XXVI

Semana de Estudios Medievales

Estella - Lizarra
19 - 23 julio 1999

Moneda y monedas en la Europa Medieval

(Siglos XII-XV)

Esteban Herández Esteve • Peter Spufford • Marc Bompaire
Miguel Ángel Ladero Quesada • Pedro Chalmeta Gendrón • Antoni Riera Melis
Michel Balard • Reinhold Mueller • Simonne Abraham Thisse • Giacomo Todeschini
Joseph Shatzmiller • Juan Carrasco Pérez • José Enrique López de Coca Castañer

MONEDA Y MONEDAS
EN LA EUROPA MEDIEVAL
(siglos XII-XV)

XXVI Semana de Estudios Medievales
Estella, 19 a 23 de julio de 1999

MONEDA Y MONEDAS EN LA EUROPA MEDIEVAL
(siglos XII-XV)

Gobierno de Navarra
Departamento de
Educación y Cultura

Pamplona 2000

Título: Moneda y monedas en la Europa Medieval (siglos XII-XV).
(Actas de la XXVI Semana de Estudios Medievales de Estella.
19 al 23 de julio de 1999).

© Gobierno de Navarra.
Departamento de Educación y Cultura.
Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana 2000.
Diseño portada: DUO
Fotocomposición: Pretexto.
Imprime: Gráficas Lizarra, S.L.
I.S.B.N.: 84-235-2001-3
Dep. Legal: NA-1071/2000

Promociona y distribuye: Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra
(Departamento de Presidencia Justicia e Interior)
C/ Navas de Tolosa, 21. Tfno. y fax: 948 42 71 23
Correo electrónico: fpubli01@cfnavarra.es
31002 Pamplona

Índice

PRESENTACIÓN 9

ESTEBAN HERNÁNDEZ ESTEVE, *La contabilidad como instrumento de control y de política monetaria en la monarquía hispana* 19

PETER SPUFFORD, *Monetary practice and monetary theory in Europe (12th-15th. centuries)* 53

MARC BOMPAIRE, *Monnaies et politiques monétaires en France (XIIe-XVe siècle)* 87

MIGUEL ÁNGEL LADERO QUESADA, *Monedas y políticas monetarias en la Corona de Castilla (siglos XIII a XV)* 129

PEDRO CHALMETA GENDRÓN, *Monedas y Fiscalidad en la España musulmana* 179

ANTONIO RIERA MELIS, *Monedas y mercados en la Edad Media: el mediterráneo Noroccidental (c. 1190-1350)* 193

MICHEL BALARD, *Marchés et circulation monétaire en Méditerranée Orientale (XIIIe-XVe s.)* 257

REINHOLD MUELLER, *St. Nicholas, patron of bankers: credits and debits, wealth and poverty in medieval legends* 277

SIMONE ABRAHAM THISSE, *Les Hanséates et la Monnaie* 309

GIACOMO TODESCHINI, *La razionalitá monetaria cristiana fra polemica antisimoniaca e polemica antisuraria (XII-XIV sécolo)* 369

JOSEPH SHATZMILLER, *Counterfeit of Coinage in England of the 13th Century and the way it was remembered in Medieval Provence* 387

JUAN CARRASCO PÉREZ, *Moneda Metálica y Moneda Crediticia en el Reino de Navarra (siglos XII-XV)* 399

JOSÉ ENRIQUE LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, *Genoveses en la corte de los Reyes Católicos: los hermanos Italian* 457

FERMÍN MIRANDA GARCÍA, *Moneda y monedas en la Europa Medieval. Aproximación bibliográfica* 485

Presentación

La vigesimosexta edición de las Semanas de Estudios Medievales se ha dedicado, como viene siendo habitual, a un tema de la mayor actualidad científica, encomendado, una vez más, a los más prestigiosos especialistas. Cercano ya el momento en que los países de la Unión Europea alcancen la total unidad monetaria bajo el signo del «euro», que ya circula por las redes del crédito y de las altas finanzas, al Comité Científico le ha parecido oportuno analizar, replantear y reflexionar sobre la «moneda y monedas en la Europa Medieval». Las sesiones de Estella, en su día, y la edición, ahora, de las ponencias, recogen el fruto de la pausada investigación previa, el fructífero debate científico del verano, la posterior reflexión al hilo de la redacción definitiva y la puntual edición, que da inevitable trascendencia y permanencia a todo el trabajo desarrollado.

En esta ocasión, y como complemento más divulgativo del tema tratado, se organizó asimismo, en dos de las salas del Museo Gustavo de Maeztu, sede de la Semana, una exposición sobre «Monedas Medievales de Navarra», que contó con parte de los fondos numismáticos medievales del Museo de Navarra (Pamplona) y con documentación del Archivo General de Navarra, y que estuvo abierta del 5 al 25 de julio.

La apertura de la Semana contó con la presidencia del Ilmo. Sr. D. Jesús Javier Marcotegui Ros, Consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, y con la asistencia del Director General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, D. Tomás Yerro Villanueva. Asistieron, asimismo, los miembros del Comité Científico, doctores, Ángel Martín Duque, presidente, Juan Carrasco Pérez, vice-presidente, y los vocales, J. Ignacio Ruiz de la Peña Solar, J. Ángel Sesma Muñoz, Pascual Martínez Sopena, y la secretaria, Eloísa Ramírez Vaquero.

La señora alcaldesa de Estella, Dª María José Bozal Bozal, anfitriona de las Semanas, dio inicio a las intervenciones con las siguientes palabras de bienvenida:

Don José de Almenares, marqués de Casafuerte, virrey del Perú en 1723 nos decía «es la moneda el espíritu universal que anima el cuerpo del comercio y la inteligencia moral que mueve la esfera del tiempo».

Recordamos, ahora que nos hallamos embarcados en la construcción de una Europa Unida sintetizada en la realidad del EURO, cómo doce siglos antes de nuestra época la creación de una moneda, el DENARIO Carolingio, unificó el Viejo Continente. El denario, como afirman ustedes los historiadores, fue la primera moneda emitida por una autoridad central, siendo común en aquellos países que hoy forman la Unión Europea. Con las medidas que Carlomagno llevó a cabo, se consiguió la unidad monetaria, la misma moneda, como dice Alessia Rovelli, podía circular de Barcelona a Colonia, de Milán a Rennes, de Lucca o Aviñón a Maastricht, sede precisamente de una ceca.

Incluso del denario, de aquella moneda, derivaría la palabra francesa denier *y la castellana* dinero.

La definición de moneda nos puede parecer escueta y aséptica, «objeto de valor convenido, generalmente un disco metálico acuñado por la autoridad, que sirve de medida común para el precio de las cosas y se emplea para pagos y transacciones comerciales». Sin embargo, es importante reflexionar sobre el grado de madurez intelectual y abstracción tan importante al que tuvo que llegar el hombre para crear este simple concepto.

Las primitivas transacciones humanas consistieron en el trueque de productos, o de servicios por productos. La dificultad de hallar correspondencia en cada caso, debió de conducir a la búsqueda de un tercer elemento que sirviera de medida-unidad de valor para regir los restantes. El nuevo producto debía de caracterizarse por su elevado valor intrínseco y abundancia no excesiva, con el fin de ser deseado por todos, así como poseer un valor estable, indispensable para servir de medida para los restantes. El metal (oro, plata, cobre, bronce), gracias a sus cualidades de inalterabilidad, homogeneidad, divisibilidad y fácil transporte, se convirtió en la especie-medida deseada.

Pero pronto ese objeto, cuyo nombre tiene su origen al acuñarse las primeras monedas junto al templo de la diosa Juno Moneta «la que avisa» *en el Capitolio, en Roma en el año 269 a.C., se convirtió en atributo de la riqueza, empleándose con la ambivalencia propia de ésta, así*

para resaltar valores positivos, por ejemplo, la generosidad, la liberalidad, o el desprendimiento, como negativos, la avaricia, la traición.

Y este es su mayor estigma, el dinero ha pasado de ser un símbolo, o un sistema simbólico, a convertirse, sobre todo en nuestra cultura occidental, debido al prestigio que hemos asignado al dinero, a ser la clave que se tiene por infalible para obtener todo lo que se desea. Ya Quevedo repetía aquello tan conocido de «poderoso caballero es Don Dinero…». El cristianismo siempre lo miró con recelo, aunque no debemos de olvidar la existencia del llamado «Dinero de san Pedro»; Mateo dice: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». Más cercano a nosotros Giovanni Papini insiste en lo peyorativo «esos pedazos de metal acuñado… esos redondos y viciosos esputos de las casas de la moneda, que todo el mundo desea, busca, roba, envidia, ama más que al amor y aún que la vida; esos asquerosos pedacillos de materia historiada, que el asesino da al sicario, el usurero al hambriento, el enemigo al traidor, el estafador al cohechador, el hereje al simoníaco, el lujurioso a la mujer vendida y comprada». Imagen nefasta marcada por una iconografía donde la bolsa conteniendo monedas es el atributo de Judas Iscariote, el traidor. Y también es imagen de la Avaricia, representada por una persona, hombre o mujer indistintamente, entrada en años, con semblante demacrado y gesto temeroso, ocupada en contar dinero aferrando nerviosamente una bolsa que lo contiene.

Y no debemos de alejarnos mucho para contemplar su imagen: en la fachada del Palacio en el que hoy ustedes me escuchan, se hallan dos personas unidas por un yugo que son llevadas a la boca del infierno por dos terribles demonios; de sus cuellos, dos bolsas identifican el pecado, uno de los nefandos, junto a la soberbia, la lujuria y la gula, estos dos últimos favorecidos precisamente por el dinero.

Pese al estigma negativo, se impone lo positivo; la moneda es historia en la que ustedes los historiadores leen e investigan los avatares del devenir humano para trasladarlos a los profanos. Prueba de ello es la magnífica exposición que se nos brinda como complemento de esta Semana en la sala de exposiciones de este Museo, en la que no sólo nos queda patente una parte de nuestra historia, sino la belleza de unos diminutos objetos que hoy trascienden la mera utilidad para convertirse en objetos cuya belleza captada con elemental sencillez no deja de asombrarnos.

Hay quien ha comparado la moneda como un ejemplo puro y perfecto de arte conceptual. Hay están las monedas en las que aparece representado el emblema del rey y no del reino como perfecta manifesta-

ción donde el objeto queda desplazado hacia el concepto, la idea o, por lo menos, la concepción de la obra.

Para terminar, me van a permitir un pequeño recuerdo para algo que se nos va y que con el tiempo, formará parte de estas colecciones numismáticas. Me refiero a la peseta, escasamente centenaria, pues nació por Real Decreto de 19 de octubre de 1868, siendo Ministro de Hacienda, Laureano Figueroa y cuyo origen partía también de un concepto de clarificación, pues se la eligió para poner fin al desorden monetario existente, con mas de 23 piezas diferentes de curso legal. Sustituía a un montón de bellos nombres, pues la moneda no sólo es bella en sí sino también por su sonoridad: dinar, dirhen, maravedí, felús, mitqal, quirate, dobla cristiana, libra, sueldo, mancús, florín, ducado, vellón, coronas, pistoletes, escudos *y otros más. Muchas de ellas incluso han pasado al lenguaje popular, al que llamamos germanía.*

Como siempre, les deseamos no sólo que compartan e impartan sus conocimientos, sino que también la estancia en nuestra ciudad y las actividades que la misma les ofrece les sean gratas y partan con el convencimiento de haber estado en una ciudad que, no por pequeña, deja de ser grande. Bienvenidos.

A continuación, y antes de proclamar la apertura de la Semana, intervino el Ilmo. Sr. D. Jesús Javier Marcotegui Ros, con las siguientes palabras:

En vísperas de la constitución del nuevo Gobierno de Navarra y tras la intensidad festiva de los populares sanfermines pamploneses, quiero darles a todos ustedes —autoridades, Comité Científico, ponentes, semanistas e invitados— mi más cordial bienvenida a la vigésima sexta edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella.

Su presencia en la Ciudad del Ega testimonia la benévola atención dispensada a este veterano y prestigioso encuentro de medievalistas entre la comunidad científica nacional e internacional. Al organizar la Semana de Estella, el Gobierno navarro continúa, con la asesoría del Comité Científico, la labor europeísta iniciada el año 1963 por la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella —pionera en España—, a la que se sumaron con tanta excelencia profesional como entusiasmo, entre otros, los Profesores Lacarra, Sánchez Albornoz y Martín Duque, además de don José Esteban Uranga, a la sazón director de la Institución Príncipe de Viana.

Desde aquella lejana fecha, Estella ha sido el foro en el que se han tratado, con el máximo rigor y amplitud de miras intelectuales, cuestiones relativas a la historia de la Europa medieval. Cuestiones alejadas en el tiempo, pero con vigencia en la actualidad, como corresponde a la sustancia de la condición humana. Por consiguiente, la Historia, y en particular la revitalizada historia medieval, prosigue ejerciendo su función magistral.

En esta ocasión, la Semana se centra en un asunto de tanta actualidad como es el de las monedas medievales europeas entre los siglos XII y XV. La inminente implantación de la moneda única en Europa, que acelerará notables cambios de carácter monetario, económico y político, dota de singular atractivo la presente edición. Estoy persuadido de que los ponentes españoles y extranjeros nos van a ofrecer en las próximas jornadas informaciones y reflexiones, tan lúcidas como útiles, sobre la economía y el comercio de la Europa medieval.

Entre las actividades culturales complementarias de la Semana hay que destacar, en este año de 1999, varios conciertos de calidad y, sobre todo, la exposición titulada «Monedas Medievales de Navarra». La muestra, producida por la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, responsable de la Semana, evidencia la riqueza y variedad de las monedas del antiguo Reino de Navarra.

Deseo que su estancia en la Comunidad Foral de Navarra les resulte positiva y aun memorable en términos profesionales, culturales y turísticos. Ojalá puedan disfrutar de la hospitalidad navarra en este Año Santo Compostelano y precisamente en una ciudad tan jacobea como Estella, donde el próximo día 22 se reúne la comisión ejecutiva del Consejo Jacobeo. Me gustaría, en fin, poder ejercer de anfitrión para ustedes en los próximos años, prueba inequívoca de su fidelidad a la localidad de Estella y a su Semana, que es un rasgo característico de este programa cultural.

La organización y ejecución de un evento científico y cultural de este clase —discreto y eficiente, refractario a efímeros fuegos de artificio— sólo es factible gracias a la concurrencia solidaria de las voluntades y los esfuerzos del Comité Científico, el Ayuntamiento de Estella, el Museo Gustavo de Maeztu, la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, el Centro de Estudios de Tierra Estella, la Residencia Nuestra Señora del Puy y los directivos y técnicos de la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana. Reciban todos ellos mi más profundo agradecimiento.

Con mis mejores augurios, declaro oficialmente inaugurada la vigésima sexta edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella.

Muchas gracias.

Dado el indudable interés de la realidad monetaria medieval para los tiempos presentes, que ven terminar un sistema monetario e inaugurar otro, nuevo y unificador para los europeos, se encomendó la conferencia inaugural a D. Esteban Hernández Esteve, subdirector del Banco de España, que trató sobre: La contabilidad como instrumento de control y de política monetaria en la monarquía hispana. A ella siguió, como es habitual, la recepción ofrecida por el M. I. Ayuntamiento de Estella, en el patio de la Casa de Cultura Fray Diego de Estella.

El mismo consistorio se ocupó de organizar, como es habitual, una serie de actividades culturales complementarias a lo largo del resto de la semana. El Comité Científico quiere expresar asimismo su agradecimiento a los demás organismos que de un modo u otro colaboran en el desarrollo de la Semana: la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, el Centro de Estudios Tierra Estella y el Museo Gustavo de Maeztu. Mención aparte merece el siempre generoso patrocinio del Gobierno de Navarra a través de su Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana.

La excursión habitual en el espacio de la Semana se dirigió esta vez a tierras más orientales, Álava y La Rioja, visitando antiguas localidades del reino medieval: Torres del Río, Viana, Laguardia, etc. con visita a una bodega riojana y comida en la propia bodega, cercana a Logroño.

En la clausura oficial, el día 18, el presidente del Comité Científico anunció el tema de la XXVII Edición de la Semana de Estudios Medievales: *Itinerarios medievales e identidad Hispánica*. Antes de dar paso al cierre definitivo de la XXVI edición, y al consiguiente aperitivo de despedida, ofrecido en esta ocasión por el Gobierno de Navarra, intervino el Ilmo. Sr. D. Tomás Yerro Villanueva, Director General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, con el siguiente discurso:

En las últimas ediciones de la Semana de Estudios Medievales de Estella (SEME) he venido realizando, en el acto de clausura, una especie de auditoría o arqueo exterior de las contribuciones de los ponentes. Tan arriesgada labor se ha debido, de un lado, a mi osadía intelectual (aunque aficionado a la historia medieval, soy un humilde filólogo especializado en novela y poesía española contemporáneas, metido a gestor cultural desde hace ocho años) y, de otro, a la benévola sugerencia y comprensión del Comité Científico. Por consiguiente, si algún mérito encierran mis observaciones es el de proceder de alguien que se enfrenta a la historiagrafía, no con los habituales y perniciosos prejuicios académicos de metodología y escuela, sino con la sana voluntad intelectual de pararse a distinguir las voces de los ecos machadianos.

A mi juicio, un acierto previo de esta edición de la SEME ha consistido en el tema elegido, referente a la moneda y las monedas en la Europa medieval. Cuando hace más de un año escuché en el Comité Científico —del que soy coordinador— la materia de la que se iba a tratar en Estella durante estos días, me sorprendí y me alegré al mismo tiempo. Experimenté sorpresa al comprobar que, por fin, el dinero iba a ser objeto de estudio riguroso, pues es sabido que, pese a su importancia, las cuestiones monetarias a menudo ha sido tratadas superficialmente o preteridas por los historiadores. Tengo la impresión de que los profesionales de la historia se han acercado a veces al dinero con la misma actitud distante y aun displicente del médico en consulta privada tras haber atendido al paciente: «Dinero, no. Por favor, eso trátelo con mi enfermera».

Las cuestiones de política monetaria pueden ofrecerse como herméticas, y no sólo para el gran público, a pesar de su repercusión directa en la vida de todos los ciudadanos. Si a esta notable circunstancia se añade la inminente implantación de la moneda única en Europa —con las consiguientes repercusiones de índole social, económica, política y cultural—, es fácil deducir la oportunidad de la materia elegida y, también, mi citado sentimiento de alegría. No debe olvidarse, como recordaba el Profesor Sesma, que estamos ante un tema básico e imprescindible para conocer la historia.

Uno de los rasgos comunes en las intervenciones de todos los ponentes ha sido el tratamiento humanizado de la moneda, la política monetaria y sus repercusiones comerciales y sociales. Al fin y al cabo, el protagonista de la Historia es la persona. El profesor Spufford indicó que las técnicas monetarias son construcciones racionales de hombres del poder, que expresan la conciencia de diferentes grupos y los conflictos de intereses. Ahondando en esta misma idea, el Profesor López de Coca afirmó que no todo era dinero en la actividad de los genoveses en las reinos hispánicos: «con el dinero circulaban ideas». De la intervención del Profesor Todeschini se desprendía a las claras la íntima relación entre el proceso de monetarización y la teología política occidental. Según el Profesor Bompaire, el verdadero debate monetario es de naturaleza económica, es decir, social. Durante todos estos días hemos escuchado con mucha frecuencia nombres y apellidos de reyes, magnates, consejeros, técnicos e intelectuales que, con sus opiniones y resoluciones, contribuyeron de modo decisivo a construir la historia de Europa. El lema «sin oro no hay riqueza, y sin plata no hay paz social» resume cabalmente la trascendencia pública y privada, humanizada, del dinero.

Todas las ponencias, sin excepción, han aportado datos inéditos y, en muchas ocasiones, han arrumbado tópicos muy extendidos. Por ejemplo, don Esteban Hernández ha documentado el carácter pionero de la tecnología administrativa de la monarquía española (en parte absorbida del sector privado) y datos parecidos ha aportado el Profesor López de Coca a propósito de los banqueros genoveses. Además, los ponentes han arrojado luz sobre cuestiones en principio muy oscuras, entre otras la evolución de la producción y los precios, cuyo conocimiento, en opinión de los Profesores Ladero y Carrasco, resulta necesario. Como lego en la materia, he experimentado singular sintonía con la ponencia del Profesor Ladero, quien con admirable claridad ha sido capaz de abordar el estudio —nada fácil, por cierto— de los precios y sus equivalencias actuales.

Asimismo, es de justicia cultivar el delicado placer de la gratitud hacia todos los ponentes y semanistas, que con su fidelidad a la SEME, la calidad de sus aportaciones científicas y su alto grado de participación ha convertido Estella en un foro de pacífica convivencia, silencioso, discreto y serio, alejado de alharacas y del fácil ruido del aplauso. Agobiados todos en mayor o menor grado por la sonora y aun ruidosa sociedad de la información, con frecuencia olvidamos que las actividades humanas esenciales requieren el sosiego y una cierta intimidad. Estoy persuadido de que la SEME constituye un encuentro sustantivo de medievalistas, no un mero escaparate exhibicionista. Cuando tanto se habla del espíritu europeísta, la diversa procedencia geográfica y cultural de ponentes y semanistas, y el enfoque abierto, multidisciplinar, de las ponencias, han impartido una sobria y eficiente labor de europeidad.

Por todas estas razones, me alegro mucho de que Navarra continúe proyectando al exterior una imagen de trabajo bien hecho, de amor por la cultura honda y no superficialmente bullanguera. A veces, paradójicamente, el más vivo sentido de modernidad se acredita, como ocurre en la SEME, en el estudio de nuestro pasado histórico.

Para terminar este apretado balance, deseo dedicar unas palabras a los jóvenes semanistas. Desde el Comité Científico, he comprobado el alto grado de fidelidad a la SEME demostrado por muchos de ellos y sus excelentes expedientes académicos. Con jóvenes estudiosos como ustedes, el relevo generacional del medievalismo español está plenamente garantizado. Les auguro un brillante porvenir profesional y les deseo, eso sí, que, tanto en su vida académica como personal, se asomen con la máxima frecuencia posible al ventanuco de la felicidad, anhelo que hago

extensivo a cuantos han participado en esta Semana y a cuantos han hecho posible su realización.

Las ponencias presentadas durante estos cinco días han abierto muchas nuevas líneas de investigación o se han ofrecido como «esbozo apresurado» (Profesor Carrasco). Tienen, pues, mucho tajo por delante. Ánimo.

Muchas gracias.

A continuación el Ilmo. Sr. D. Jesús Javier Marcotegui Ros, clausuró la Semana con las siguientes palabras:

La XXVI Semana de Estudios Medievales de Estella termina formalmente ahora, después de haberse presentado la última ponencia hace tan sólo unos minutos. Sin embargo, su clausura supone de hecho el comienzo de una serie de trabajos que afectan a diversos agentes.

En primer lugar, a los ponentes y semanistas se les abren nuevas vías de investigación a partir de lo escuchado en Estella. El fruto se recogerá pasados los meses y años, pues la ciencia es enemiga de las prisas y las improvisaciones.

Por su parte, el Gobierno de Navarra, a través de la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, se compromete a publicar las actas de la Semana en la primavera del año 2000. De este modo, las aportaciones de la Semana alcanzan mayor resonancia en la comunidad científica, como ha venido ocurriendo, de forma ininterrumpida, desde la edición de 1991. La evaluación crítica de lo sucedido estos días en Estella desde el punto de vista organizativo y los preparativos de la semana número XXVII figuran también entre los cometidos que deberá afrontar la administración foral navarra de inmediato.

En lo tocante al Comité Científico, a él le corresponde desarrollar el tema elegido, recién pregonado por su presidente, el Profesor Martín Duque: «Itinerario Medieval e Identidad Hispánica». Estoy convencido de que, ya en estas fechas, la articulación de los contenidos y aun la selección de los ponentes se hallan en proceso muy avanzado.

Aunque no me ha resultado posible seguir en directo las sesiones de la Semana, he recibido información sobre ellas por parte de mis más directos colaboradores. Por ello, quiero subrayar algunos rasgos específicos de esta edición.

Es necesario destacar la actualidad del tema elegido, «Moneda y monedas en la Europa Medieval (siglos XII-XV)», de máxima actualidad ante la inminente implantación del euro como moneda única y de continuado interés durante casi toda la historia de la humanidad.

La presencia de ponentes procedentes de diversos países europeos y de USA debe destacarse como prueba de la amplitud de miras de la Semana, alejada siempre de estériles enfoques localistas. De su calidad científica han quedado pruebas abundantes en sus intervenciones, que se editarán de forma aún más matizada en el libro de actas.

La diversa procedencia y la alta preparación de los semanistas avalan el prestigio de la Semana y, al mismo tiempo, garantizan el relevo generacional de los medievalistas españoles.

En esta edición, la colaboración de la sociedad estellesa y de su Ayuntamiento ha sido más fuerte, si cabe, que en años anteriores. Los conciertos, los mercados medievales, las representaciones teatrales y el aire medievalizante de comercios y establecimientos de hostelería han dado color y vida, social y económica, a la Ciudad del Ega de forma muy brillante.

Deseo, pues, que con estos ingredientes la estancia en Navarra y la excursión intercomunitaria —por tierras de Navarra, Álava y La Rioja— les hayan resultado agradables desde el punto de vista científico, turístico y convivencial. Estoy persuadido de que, durante esta semana, Estella ha ratificado con creces su condición hospitalaria, reforzada por la celebración de la sesión ordinaria de la comisión ejecutiva del Consejo Jacobeo en el día de ayer.

Les invito a visitar Navarra en los próximas Semanas o años. No en balde, el lema turístico de la Comunidad Foral reza: «Navarra: ...ir es volver». Quienes permanezcan con nosotros durante los meses de julio y agosto, dispondrán de una rica y variada oferta cultural, de la que son ejemplo los Festivales de Navarra/Sonidos del Mundo, Cultur 99, el Correpueblos, el Festival Internacional de Danza y otros.

Por último, quiero agradecer la labor de cuantas instituciones, organismos, asociaciones y personas han hecho posible esta edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella: el Comité Científico, los ponentes y semanistas, verdadero corazón de este encuentro de medievalistas; el Ayuntamiento de Estella y su alcaldesa, María José Bozal; la directora del Museo Gustavo de Maeztu, Mª Camino Paredes; el Centro de Estudios Tierra Estella; el Profesor Felones Morrás; la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella; la Residencia Nuestra Señora del Puy; la Sociedad Gastronómica Basaula; y los directivos y técnicos de la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, responsables directos de la organización.

Dicho esto, declaro oficialmente clausurada la XXVI Semana de Estudios Medievales de Estella.

Muchas gracias.

La contabilidad como instrumento de control y de política monetaria en la monarquía hispana

Esteban HERNÁNDEZ ESTEVE

I. Introducción: sobre los conceptos monetarios y político-monetarios

Obviamente, cuando hablamos de política monetaria en relación con la Edad Media y Moderna, nos estamos refiriendo a cosas muy distintas a las que hoy día entendemos como pertenecientes a esta área de actuación político-económica. En nuestros días la política monetaria es un concepto muy elaborado y preciso que se refiere a la actuación de los bancos centrales sobre los agregados monetarios nacionales, a través fundamentalmente de la acción sobre los tipos de interés, con el objeto de controlar el nivel de precios.

En efecto, aunque, como en seguida veremos, desde antiguo se percibía la existencia de una relación entre la cantidad de dinero circulante y el nivel de precios, el concepto moderno de política monetaria se ha ido forjando paulatinamente en el curso de los últimos cuarenta o cincuenta años, en un lento proceso de decantación no exento de errores y retrocesos. En realidad, la política monetaria empezó a cobrar verdadera relevancia práctica a raíz de la crisis de los años 30 de este siglo cuando las monedas de los principales países se desvincularon definitivamente de su referencia a determinados contenidos de oro, con lo que el volumen de la masa monetaria se liberó de cualquier límite formal en su crecimiento.

Ya a comienzos de la Edad Moderna —y posiblemente mucho antes (Guggenheim, 1989)— era conocida la relación entre la cantidad de dinero y su valor, número inverso del nivel de precios o precio medio. Este hecho le hizo comentar a Copérnico en 1526 que la «moneda normalmente se deprecia cuando hay demasiada abundancia de ella, por ejemplo, cuando tanta plata ha sido convertida en moneda que hay más

demanda del metal para hacer barras que para acuñarlo» (Le Branchu, 1935, I, p. 7). Sin embargo, no parece que Copérnico sacara las consecuencias pertinentes de este aserto, pues más adelante afirma que «los precios fluctúan en función de la calidad de la moneda», es decir, de su valor intrínseco, de forma que el elevado coste de la vida era para él consecuencia de la disminución del contenido metálico de las monedas (Le Branchu, 1935, I, p. 13).

Tal afirmación impide que las palabras de Copérnico puedan ser consideradas como una incipiente formulación de la teoría cuantitativa del valor del dinero, cuyos antecedentes deben atribuirse, como acertadamente señaló José Larraz por primera vez en 1943 (se cita por la tercera edición de 1963) y hoy día se reconoce generalmente, a los economistas españoles de la Escuela de Salamanca. En efecto, aunque durante mucho tiempo se atribuyó a Jean Bodin la formulación de esta teoría en 1568, es preciso reconocer que ya en 1556 Martín de Azpilicueta, hilvanando y desarrollando ideas incompletas que habían sido expuestas anteriormente por Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, explicó claramente cómo los elevados precios que reinaban en España en aquellos tiempos eran consecuencia de la abundancia de los metales preciosos procedentes de América (Larraz, 1963, pp. 83 ss; Grice-Hutchinson, 1952, p. 52; idem, 1982, pp. 147 ss; idem, 1995, p. 58). Esta línea de pensamiento fue continuada por Diego de Covarrubias, Tomás de Mercado, Luis de Molina y Domingo de Báñez, entre los españoles del siglo XVI, y por el citado Jean Bodin en 1568 (1932, pp. 9 s.), el editor de las obras de John Hales en 1581 (Larraz, 1963, pp. 71 ss.) y Richard Carewe en 1603 (Grice-Hutchinson, 1982, p. 147), de forma que a comienzos del siglo XVII la teoría cuantitativa se había convertido ya en un conocimiento generalizado.

En la época de la economía clásica, Cantillon, Hume, Adam Smith y Montesquieu fueron conscientes también de la problemática monetaria desde la óptica cuantitativista, aunque hay que esperar a los economistas ingleses del siglo XIX para encontrar aportaciones más precisas sobre la materia. Aunque existen antecedentes en este aspecto, como el de John Briscoe en 1694, primero según Schumpeter en formular una ecuación del cambio (1994, p. 364), se acepta que fue David Ricardo quien consolidó y popularizó la relación entre los distintos elementos de la teoría cuantitativa. En efecto, dada una cierta cantidad de bienes y servicios intercambiados (T) y una masa de dinero existente en la economía (M), el precio medio de estos bienes y servicios (P) sería $P = M / T$. Si la cantidad de dinero aumentara, como consecuemcia, por ejemplo, de una mayor emisión de billetes de banco, permaneciendo igual el volumen de bienes comprados y vendidos, el nivel medio de los precios aumentaría en proporción.

John Stuart Mill, conjuntando asimismo aportaciones anteriores, perfeccionó el planteamiento de Ricardo al introducir explícitamente en el esquema el concepto de velocidad de circulación (V). De esta manera, la fórmula quedaría: P = MV / T. Mill definió esta expresión matemática diciendo: «El valor del dinero está en razón inversa de su importe multiplicado por lo que se denomina velocidad de circulación».

Pero fue Irving Fisher el que presentó, posteriormente, la fórmula más elaborada de la teoría cuantitativa, al diferenciar el dinero metálico (M) de los billetes de banco (M'), con sus respectivas velocidades de circulación (V y V'). De esta manera, la fórmula fisheriana revistió la siguiente presentación:

P = (MV + M'V') / Q, siendo Q la cantidad existente de bienes y servicios (Schumpeter, 1994, pp. 1188 s.).

El descubrimiento, a partir de 1850, de las nuevas minas de oro en Australia y California, con el consiguiente aumento de la producción de este metal, vino a renovar e intensificar el interés que la cuestión despertaba entre los teóricos, al convertirla en un asunto de vigencia práctica, que ponía claramente de manifiesto que el aumento de la moneda se traducía, efectivamente, en un aumento de los precios. Sin embargo, se observó que los dos movimientos no eran simultáneos, pues existía un desfase entre ellos, ni eran tampoco proporcionales. Por otra parte, el aumento de precios no tenía un efecto neutro, como había pretendido David Ricardo, sino que provocaba un aumento de la producción real, como de alguna manera ya se había intuido en la Edad Media (Larraz, 1963, p. 17). No parecía, por consiguiente, que el efecto del aumento de la masa monetaria actuara directamente sobre el nivel de precios, sin más. De esta manera, surgió la preocupación por investigar los canales de transmisión de este efecto, un problema que ya había preocupado anteriormente a Thomas Tooke en 1844 (1959) y que preocupó también a su continuador Newmarch, el cual estableció una teoría sobre estos mecanismos de transmisión. Desde este momento hasta los umbrales del segundo tercio del siglo XX, la cuestión siguió interesando a grandes teóricos de la Economía, como Alfred Marshall, Knut Wicksell, Gustav Cassel, F. Knapp, etc., hasta desembocar en el propio John Maynard Keynes. Téngase en cuenta que en la parte final de este período tuvieron lugar grandes convulsiones, la primera guerra mundial, la crisis y el paro de los años 30, el abandono del patrón oro, etc., que forzosamente tuvieron que preocupar a los economistas por las carencias que la teoría económica clásica mostraba en orden a su correcta explicación. Los planteamientos de Keynes tuvieron la virtud de remediar formalmente

estas carencias al integrar la problemática monetaria dentro de la teoría general de la renta nacional.

Sea como fuere, lo cierto es que al término de la segunda guerra mundial la política monetaria, es decir, la técnica del control de los precios a través de la acción sobre el volumen de dinero en circulación, desvinculada ya totalmente del mecanicismo de las teorías cuantitativistas, había cobrado carta de naturaleza y alcanzado un protagonismo que nunca había soñado tener.

Este protagonismo ha ido creciendo de día en día, a medida que se han ido perfilando sus objetivos, los medios con que se pretendía alcanzarlos, los conocimientos estadísticos que permitieran conocer con la suficiente finura y el menor retraso posible la evolución de las magnitudes a considerar, y se conseguía, al mismo tiempo, que los bancos centrales, órgano ejecutor por excelencia de la política monetaria, obtuvieran el necesario grado de independencia para asegurar que su actuación en este sentido no sería objeto de interferencias por parte de otros sectores de los Poderes Públicos, con fines concretos que pudieran entrar en conflicto con los suyos propios.

Como se apuntaba anteriormente, hasta llegar a la situación actual, ha sido preciso recorrer un largo camino y someterse a un lento proceso de decantación y depuración. Incluso las finalidades oficialmente pretendidas por la política monetaria han variado en el transcurso de estos últimos cuarenta o cincuenta años. En un principio, se citaban, según los países, como metas finales de la política monetaria el desarrollo económico, el mantenimiento de un tipo de cambio exterior adecuado y la consecución de una tasa de inflación compatible, todo a la vez, buscando un efecto combinado. Hoy día, ha quedado claro que la función propia de los bancos centrales es la de desarrollar la política monetaria con independencia del Gobierno de turno y que esta política monetaria tiene una sola finalidad fundamental, la de mantener el valor de la moneda. El *Deutsche Bundesbank*, banco central de una nación escarmentada por la escandalosa inflación sufrida entre las dos guerras mundiales, fue el que dio el primer paso decidido en este sentido. El artículo 3º de su Ley fundacional de 26 de julio de 1957 dice así: «*Die Deutsche Bundesbank regelt... den Geldumlauf und die Kreditversorgung der Wirtschaft mit dem Ziel, die Währung zu sichern*». Es decir: «El Deutsche Bundesbank regula... la circulación monetaria y el suministro de crédito a la economía con el fin de asegurar el valor de la moneda». Esto, en unos tiempos en los que se creía firmemente que era conveniente mantener cierta tasa de inflación para favorecer el crecimiento económico.

En la actualidad este planteamiento ha sido adoptado por la práctica totalidad de los bancos centrales del mundo occidental. Así, por ejemplo, la Ley 13/1994, de 1 de junio, de Autonomía del Banco de España, dice en su artículo 7: «El Banco de España definirá y ejecutará la política monetaria, con la finalidad primordial de lograr la estabilidad de los precios». Una expresión similar es la utilizada en el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea, así como en los Estatutos del Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC) y del Banco Central Europeo (ECB), en cuyos artículos 105 y 2, respectivamente, se especifica que: «El objetivo primordial del SEBC será mantener la estabilidad de precios».

Como ya se ha indicado, una de las condiciones que parecen imprescindibles para que los bancos centrales puedan ejercer su función adecuadamente es la de su independencia con respecto a los gobiernos de los respectivos países. En lo que respecta a la Unión Económica y Monetaria europea, este principio se halla expresamente consagrado en el artículo 107 del Tratado constitutivo y en el artículo 14.2 de los Estatutos. Una de las condiciones expresas por las que se quiere salvaguardar esta autonomía es la prohibición absoluta de que los bancos centrales puedan hacer préstamos a los respectivos Estados.

También han cambiado a lo largo de estos años los valores de referencia, es decir, las magnitudes observadas y controlables, sobre las cuales se actúa a través de los objetivos instrumentales, y fundamentalmente del tipo de interés, para obtener la finalidad propuesta. Así, en un principio, por lo que respecta a España, el valor de referencia era el efectivo en manos del público, es decir, los billetes y la moneda en circulación, activos emitidos por el Banco de España y el Tesoro, respectivamente. Muy poco después se pasó a controlar la oferta monetaria, llamada hoy día M1, constituida por el efectivo en manos del público y los depósitos a la vista en instituciones de crédito. Algún tiempo después se comprobó que el nivel de precios guardaba una correlación mayor con la llamada M2, es decir, con la oferta monetaria más los depósitos de ahorro mantenidos por el público en instituciones de crédito. Posteriormente, se detectó que la correlación era aún mayor con la M3, es decir, con la M2 más los depósitos a plazo. Poco tiempo después, se tomaron en consideración como valor de referencia los llamados Activos líquidos en manos del público, o ALP, constituidos por la M3 más otros activos considerados líquidos. Finalmente, se pasó a considerar un valor de referencia aún más amplio, la ALPF, o sea, la ALP más los fondos de inversión.

Las definiciones dadas a estos agregados por el Sistema Europeo de Bancos Centrales varían ligeramente y se simplifican los agregados en relación con los empleados en España hasta su integración en la Unión

Económica y Monetaria, dada la mayor modernidad de sus definiciones, que pudieron ser establecidas ex novo. Se mantiene tal cual la M1 como oferta monetaria, con el contenido ya visto, definida como «agregado estrecho». Se amplia la M2, definida como «agregado intermedio», que incluye la M1 y los depósitos tanto de ahorro como a plazo. Y finalmente se define la M3, como «agregado amplio», máximo agregado considerado, que contiene la M2 más las cesiones temporales, las participaciones en fondos del mercado monetario (FMM) e instrumentos del mercado monetario, así como los valores distintos de acciones a un plazo no mayor de dos años.

La evolución experimentada por los valores de referencia coincide con una paulatina pérdida de interés en la práctica por conocer de forma precisa los mecanismos teóricos a través de los cuales la acción sobre los agregados monetarios se transmite al nivel de precios. A este respecto, basta con tener presente que un aumento de la masa monetaria ocasiona, de alguna manera, un aumento en la capacidad de gasto de los sujetos económicos, bien por la propia existencia de los nuevos medios de pago, bien por la mayor disposición a gastar de los sujetos como consecuencia del incremento de sus ingresos, y que esta mayor capacidad de gasto, puede derivar, en mayor o menor parte, hacia un aumento de la producción real de bienes y servicios; en mayor o menor parte, hacia un aumento de las importaciones; perderse, en mayor o menor parte, en una disminución de la velocidad de circulación o traducirse, en mayor o menor parte, en un aumento del nivel de precios. De ahí, la importancia cobrada por el perfeccionamiento de los instrumentos estadísticos y econométricos que permiten precisar cuáles son los caminos seguidos por el aumento de la capacidad de gasto y cuál es la importancia relativa de cada uno de ellos. Precisamente, el uso de estos instrumentos ha sido lo que ha mostrado cómo los sujetos económicos no reaccionaban tanto ni de forma tan estable y homogénea en función exclusiva de sus tenencias de dinero líquido, como de su capacidad de gasto en términos de activos líquidos o movilizables a corto plazo; esto explica el proceso de ampliación sufrido por el valor de referencia.

Por otra parte, la variable u objetivo instrumental utilizado para incidir en la evolución de los agregados monetarios, sigue siendo, fundamentalmente, en la más pura ortodoxia monetaria, el tipo de interés. Cuando el tipo de interés sube, disminuye la demanda de créditos, con lo que el ámbito de creación multiplicativa de los depósitos se reduce, etc., y viceversa.

De acuerdo con lo dicho, la política monetaria actual, en lugar de buscar explicaciones teóricas de la relación entre el volumen de los

agregados monetarios y la evolución de los precios, se basa fundamentalmente en la evidencia empírica suministrada por el aparato estadístico, altamente sensible y refinado en nuestros días. Como mejor ejemplo, y más próximo, para ilustrar esta política monetaria elegiremos la practicada por el Banco Central Europeo, órgano ejecutor de la política monetaria en la Unión Monetaria Europea. A la hora de explicar su elección del valor de referencia, este Banco señala que «la evidencia empírica disponible sugiere que los agregados monetarios amplios presentan las propiedades necesarias para que se establezca un valor de referencia» (Boletín, enero 1999, p. 55). En efecto, «los agregados amplios han sido buenos indicadores adelantados de la evolución del nivel de precios. Por el contrario, los agregados monetarios estrechos del área del euro, aunque controlables a través de los tipos de interés nominales a corto plazo, no han presentado un comportamiento estable, ni han sido buenos indicadores adelantados de la evolución del nivel de precios».

Como objetivo final de la política monetaria para 1999, el Banco Central Europeo ha establecido, de acuerdo con sus objetivos de estabilidad, un crecimiento del Indice Armonizado de Precios de Consumo (IAPC) inferior al 2%. Teniendo en cuenta que el crecimiento real tendencial del Producto Interior Bruto se estima entre el 2% y el 2,5% anual y que la disminución de la velocidad de circulación de la M3 se sitúa entre el 0,5% y el 1%, el valor de referencia compatible para el crecimiento de la M3 durante el año se ha fijado en el 4,5%.

Una desviación del crecimiento de la M3 respecto del valor de referencia puede predecir futuras desviaciones en la evolución del Indice Armonizado de Precios, por lo que de producirse daría lugar a un análisis completo de los datos monetarios, así como a una evaluación de un conjunto amplio de indicadores económicos, todo ello al objeto de identificar los acontecimientos y perturbaciones que puedan representar una amenaza para la estabilidad de precios pretendida. De esta forma, el Banco Central Europeo manifiesta su intención de huir de respuestas mecanicistas de política monetaria y de variar los tipos de interés del mercado a la menor desviación.

Al objeto de conseguir el objetivo de política monetaria y de corregir las desviaciones del valor de referencia, el Sistema de Bancos Centrales Europeos cuenta con una serie de instrumentos. Las decisiones respecto al empleo de estos instrumentos son tomadas en el seno del Banco Central Europeo, aunque la ejecución material de estas decisiones es realizada por los distintos bancos centrales nacionales. El instrumentario político-monetario del Banco Central Europeo, todo él a aplicar en el ámbito de sus relaciones con las entidades del sistema financiero, se compone

de tres piezas fundamentales: las operaciones de mercado abierto, las facilidades permanentes de crédito y depósito, y las reservas mínimas o coeficiente de caja (Banco, 1998).

Mediante las operaciones de mercado abierto el Sistema Europeo de Bancos Centrales controla los tipos de interés, regula la liquidez del mercado y da a conocer la orientación de su política monetaria. Hay varias formas de practicar estas operaciones, pero la más usual es la de compraventas temporales de activos financieros, con pacto de recompra, o la concesión de préstamos con garantía de valores. Dentro de ellas, las llamadas operaciones principales de financiación se llevan a cabo cada semana y tienen una duración de dos semanas. Pueden realizarse a un tipo de interés fijo o a un tipo de interés variable de acuerdo con el indicado por las contrapartes. En ambos casos, el Sistema Europeo de Bancos Centrales presta las cantidades que estima oportuno. Hasta ahora se han realizado sólo operaciones a interés fijo, que en un principio fue del 3%, bajando el 9 de abril de 1999 al 2,5%. En algunas operaciones realizadas en la modalidad de operaciones de financiación a más largo plazo (3 meses), se ha empleado, no obstante, la fórmula de tipos variables, aunque la adjudicación se ha efectuado a un tipo único.

Las facilidades permanentes de crédito y depósito son las ofrecidas por el Sistema Europeo de Bancos Centrales para suministrar fondos o absorber liquidez sobrante a las instituciones financieras al plazo de un día. Los tipos de interés vigentes en la actualidad desde el 9 de abril de 1999 son del 3,5% para los créditos y del 1,5% para los depósitos.

Finalmente, el coeficiente de caja persigue el objetivo de estabilizar los tipos de interés del mercado monetario y crear o aumentar una escasez estructural de liquidez. Consiste en imponer a las entidades de crédito la obligación de mantener en forma líquida un porcentaje de determinados pasivos. Estas reservas se remuneran por el Sistema de Bancos Centrales Europeos al tipo de interés oficial, es decir, al 2,5%. En la actualidad el coeficiente de caja está cifrado en el 2%.

Por todo lo dicho anteriormente, que representa una exposición somera, esquemática y ciertamente rudimentaria, aunque espero que comprensible, de la naturaleza, contenido e instrumentación de la política monetaria moderna, se habrá podido apreciar que, efectivamente, cuando aplicamos esta expresión a situaciones y acontecimientos de la Edad Media o Moderna, nos estamos refiriendo a cosas distintas del concepto actual de la política monetaria, que como hemos visto es muy preciso, concreto y elaborado.

Por el contrario, al aplicar esta expresión a las épocas que nos interesan abarcamos con ella un conjunto de cuestiones muy dispares, que afec-

tan tanto a la organización y estructura de los sistemas monetarios, con sus correspondencias entre las monedas de oro, plata y metales inferiores, a su contenido metálico y alteraciones del mismo, a las prácticas de acuñación, con el cobro de derechos de señoreaje, etc., como al número y organización de las cecas, a las medidas para impedir o al menos dificultar la salida de moneda metálica y de metales preciosos al extranjero, etc. Este último tema, precisamente, es el que será el tratado en el siguiente apartado.

II. La contabilidad como instrumento de política monetaria en la Castilla del siglo XVI

Los planteamientos político-económicos en la Castilla del siglo del siglo XVI, eran como en todos los países de su entorno, de tipo mercantilista, aceptando esta denominación derivada de la expresión «sistema mercantil» utilizada por primera vez por Francois Quesnay en 1757 y, poco después, en 1763, por el marqués de Mirabeau. En rigor, nunca existió nada parecido a un sistema o a una escuela mercantilista ni tampoco fue publicado jamás ningún libro que plasmara un ideario mercantilista: los escritos comúnmente englobados bajo esta denominación son, por lo general, alegatos monotemáticos y se ocupan de cuestiones concretas que interesan a los autores (Viner, 1937, pp. 58 s.; Perdices, 1998, p. 16). Sí existía, en cambio, un conjunto de ideas económicas de general aceptación que marcaban las metas político-económicas y que recibieron posteriormente, como se ha visto, la etiqueta global de mercantilistas. Estas ideas fueron resumidas por Wilhelm Roscher (1874), el ilustre miembro de la escuela histórica alemana, en el siglo pasado, como rasgos característicos de la mentalidad mercantilista, en una síntesis que conserva en parte su vigencia y que ha sido resumida modernamente de la siguiente manera (Perdices, 1998, pp. 14 ss.):

1. Idea del «bullonismo», es decir, creencia de que la riqueza de un Estado se medía por la cantidad de metaleas preciosos que acumulaba.
2. En ausencia de minas de metales preciosos, los Estados debían procurarse esta acumulación a través de la venta de sus productos a países extranjeros. En consecuencia, debían proteger el desarrollo de la industria y el comercio, como actividades económicas más importantes.
3. En esta línea de pensamiento, era esencial la consecución de una balanza comercial favorable, es decir, que el Estado vendiera al extranjero más de lo que comprase. Por consiguiente, cuanto mayor fuera su grado de autarquía, tanto más rico podría ser el país.

4. Otra idea básica de la época del mercantilismo era la de que un Estado era tanto más rico cuanto mayor población tuviera.
5. Finalmente, para los autores con ideas mercantilistas el objetivo final de toda la actividad económica era el fortalecimiento y enriquecimiento del Estado.

En este último aspecto, Murray N. Rothbard (1999, pp. 247), suscribiendo y ampliando las ideas de Heckscher (1943), considera que el mercantilismo, como dimensión económica del absolutismo estatal, fue un vasto sistema de construcción del Estado moderno.

Por otra parte, debe matizarse la idea de que el «bullonismo» fuera consustancial al mercantilismo, pues había escritores mercantilistas, como Juan Botero, por ejemplo, que no cifraban tanto la fuente de la riqueza en la posesión de metales preciosos en sí, como en el trabajo, el comercio y la industria que los procuraban. De cualquier manera, sí era observable entre los mercantilistas un aprecio exagerado del dinero, como idea heredada de la Edad Media.

Los fisiócratas y los economistas clásicos descalificaron las ideas mercantilistas tildándolas de intervencionistas y absurdas por considerar que la riqueza de las naciones estribaba en la posesión de metales preciosos. Todavía en nuestros días pueden encontrarse restos de esta actitud descalificadora, que responde a una postura un tanto maniquea. España fue el principal blanco de estos ataques, dada su posición como principal poseedor de minas de oro y plata en la época que nos ocupa. Según escribió Adam Smith en 1776, lo primero que hacían los españoles al llegar a tierras desconocidas era preguntar si había oro y plata. Sólo en caso de que lo hubiera decidían quedarse (1987, I, p. 479). Tal circunstancia, que probablemente es cierta, no parece que legitime empero para pensar que los españoles creían que la única forma de crear riqueza era la recolección directa de oro y plata. Ello no quiere decir, obviamente, que estuvieran dispuestos a dejárselos arrebatar, ya que los tenían, o que las ideas económicas dominantes al respecto entre los españoles no mostrasen cierto grado de desorientación y confusión, aunque con alguna notable excepción, como más abajo veremos.

Los arribos de oro y plata a Castilla procedentes de las Indias han sido una cuestión muy estudiada y debatida (Bernal, 1997; Hamilton, 1975; Àlvarez, 1997; Serrano, 1996). Sin duda, fueron muy cuantiosos. En parte, procedían de particulares que querían situar sus riquezas en España. Otra parte procedía de impuestos y derechos reales, y por ello tampoco tenían contrapartida. Pero una parte importante constituía el reembolso de las importaciones realizadas por las posesiones americanas. Como buena parte de los bienes exportados por Castilla era sumi-

nistrada por mercaderes extranjeros que los traían de sus tierras, era inevitable, a falta de bienes que dar en contrapartida, que se tuviera que compensar estos bienes con la entrega de metales preciosos. A pesar de todas las trabas, esto tenía que significar la salida de España de estos metales. Aparte de estas salidas motivadas por razones comerciales, había que contar con la saca especulativa de metales preciosos para beneficiarse de las dispares relaciones metálicas que hacían ventajoso introducir unas monedas para canjearlas por otras, así como con la salida para gastos de guerra y administración, rentas eclesiásticas, etc. Lo cierto es que, por tales motivos y a pesar de la abundante entrada de metales preciosos, la escasez de los mismos en Castilla, y sobre todo del oro, era objeto de clamor general. El propio monarca, cuando tenía precisión de hacer un pago precisamente en oro, se veía obligado, en ocasiones a comprar éste en el mercado, pagando por él un precio bastante superior al establecido oficialmente a efectos de acuñación. En otro lugar he dado cuenta de dos operaciones de este tipo, llevadas a cabo en abril y mayo de 1561, en las que el precio pagado por el monarca por la compra en Sevilla del oro necesario para acuñar 15.000 y 6.343 escudos, respectivamente, superó en cerca de un 13% el valor nominal de las monedas acuñadas (Hernández, 1986, pp. 92 s.).

En el sentir popular, esta escasez de moneda y de metales preciosos era atribuida generalmente a su saca ilegal. De tal modo, esta cuestión era una de las más tratadas y repetidas en las Cortes del segundo cuarto del siglo XVI, pues obsesionaba tanto a los hombres de Estado como a la nobleza, al clero y aun al pueblo llano. Estas prácticas de saca ilegal se achacaban a mercaderes y extranjeros sin escrúpulos, que, al amparo de las extracciones legales autorizadas por el emperador para atender sus necesidades exteriores, realizaban las suyas fuera de la ley, arruinando al país, como se decía, al dejarle sin oro y plata, y sin que sirvieran de gran remedio las numerosas disposiciones que se habían dictado al respecto. De tal suerte, los españoles sentían, con rabia e impotencia, como si su nación se hubiera convertido en una especie de «Indias de extranjeros», objeto de explotación de los naturales de otros países menos favorecidos por la fortuna a la hora de los descubrimientos y las conquistas.

Un manuscrito del primer o segundo decenio de la segunda mitad del siglo XVI, titulado «Copia de las leyes que prohiben el sacar de la moneda destos Reynos de Castilla», recopiladas probablemente para el estudio de la cuestión, hace patente también esta gran preocupación por evitar la salida ilegal de metales preciosos, a juzgar por el número de disposiciones, que no debían ser demasiado eficaces vista la necesidad de su repetición. Es muy interesante comprobar, por otra parte, que esta precupación por prohibir la saca de moneda de los reinos no surgió con

motivo de las remesas de metales preciosos procedentes de las Indias, pues se muestra muy anterior al descubrimiento de América, como evidencia la existencia de una prágmatica de Juan I, del año 1387. Las disposiciones contenidas en el citado manuscrito son las siguientes:

— «Ley primera en que se prohive la saca de la moneda y pone nueva orden en las penas, y se entienda aunque el oro o la plata se saque en vaxilla, sin embargo de la costumbre contraria». Constituye una refundición de las pragmáticas dadas por los Reyes Católicos en 1480, 1481 y 1501.

— «Ley segunda, que no se saque moneda para la corte del sancto padre». Es una refundición de las pragmática s de Juan II y Carlos V, de 1442 y 1523.

— «Ley quarta, que el que llevare el dinero, si manifestare quien se lo dio para sacar, aya el premio desta ley, y el que denunciare haver algunos sacado dinero provandolo, aya la terçia parte». Pragmática de Felipe II, siendo príncipe, de 1552.

— «Ley quinta, que ningun estrangero trate en Indias ni compre oro ni plata en varras, ni morisco ni arriero». Pragmática de Felipe II, siendo príncipe, de 1552.

— «Ley quarenta, que pone pena contra los sacadores y los que dan favor a sacar cosas vedadas y contra los alcaydes, y que sean obligados por los suyos». Pragmática de Juan I, de 1387.

— «Ley quarenta y uno, que se proceda contra los que diesen favor y ayuda y contra los que fueren sacadores, a exeçion de las leyes, y que señores ni ordenes no impidan a los alcaldes fazer sus officios». Pragmática de Enrique III, de 1404.

— «Ley quarenta y dos, que cualquier sacador de tierra de señorio pueda ser demandado en qualquier lugar que fuere hallado conque no se haga el proceso en tierra de señorio do se fizo la saca, y se proceda sumariamente, y los señores por sus tierras no dexen sacar y ayan la pena aqui contenida, lo contenido faciendo». Constituye la refundición de las pragmáticas de Enrique IV y Carlos V, de 1462 y 1523.

— «Ley quarenta y tres, como las cossas vedadas que se hallaren dentro de dos leguas los puertos, por su propia autoridad cada uno las pueda tomar y haver el premio desta ley». Pragmática de Enrique IV, de 1462.

— «Ley diez, que los cambios y mercaderes y tratantes en estos Reynos y fuera dellos tengan sus libros en la manera en esta ley con-

tenida». Constituye una refundición de las pragmáticas de Carlos V, de 1549 y 1552.

Precisamente estas dos últimas pragmáticas son las que constituyen el motivo de este apartado de la exposición, pues suponen un inusitado empleo de la contabilidad como instrumento político-monetario, en el sentido amplio con que entendemos este concepto con referencia a la Edad Media y Moderna. En efecto, estas pragmáticas disponen el uso obligatorio de la contabilidad por partida doble por parte de los comerciantes, hombres de negocios y banqueros al objeto de evitar o, al menos, paliar la saca fraudulenta de moneda y metales preciosos (Hernández, 1985a).

La primera de estas pragmáticas fue signada en Cigales, provincia de Valladolid, el 4 de diciembre de 1549, por Maximiliano, sobrino y yerno del emperador Carlos V, rey de Bohemia, casado con la infanta María desde hacía poco más de un año, y a cuyo cargo se habían dejado los reinos de España en ausencia de Felipe, llamado por su padre, que se sentía enfermo y cansado, y no quería retrasar por más tiempo la presentación del príncipe heredero a los señores y ciudades de Flandes.

La pragmática tuvo su origen en una petición, la 148, presentada por los procuradores en las Cortes de Valladolid, celebradas en 1548 bajo la presidencia del príncipe Felipe en ausencia de su padre el emperador Carlos V. En esta petición, los procuradores decían textualmente, según se reproduce respetando la sintaxis original, pero modernizando la ortografía, lo siguiente : «Suplicamos a V.M. mande con todo rigor se guarden las leyes que hablan cerca del sacar fuera de estos reinos la moneda, y oro y plata, porque allende de la que se saca para vuestra Majestad, y llevan los que van de su servicio, que es en gran cantidad, por otras vías, así de negociación como de ganancia que en ella sienten, se saca, y por esto procuran por vías exquisitas de sacarla hallando aparejo para ello, como lo hay por mar y por tierra, sin que ninguno les ponga en ello dificultad, por lo cual estos reinos se empobrecen cada día más y vienen a ser Indias de extranjeros». A estos efectos se le sugería al monarca que consultara con personas de experiencia para disponer el remedio más conveniente y que, entretanto, se hiciera cumplir con todo rigor la ley que disponía que los extranjeros que trajeran mercancías a los reinos, diesen fianzas a la entrada garantizando que en concepto de retorno llevarían mercancías y no dinero. Por otra parte, se instaba a que se proveyese que los establecimientos de cambio al extranjero que tuviesen que pagar algún dinero en metálico, llevaran cuenta y razón de las personas a quienes lo daban, para que se les pudieran pedir cuentas a éstas de lo que habían hecho con tal dinero.

Atendiendo esta última petición, se dictó, sin pérdida de tiempo, la pragmática indicada. En ella, se señalaba que el emperador había sido informado de que muchas personas, tanto naturales como extranjeros, desoyendo lo ordenado en las pragmáticas y leyes de los reinos, llevaban y pasaban moneda fuera de ellos, y de que una de las principales causas de que no se pudiera averiguar fácilmente quiénes eran los que la sacaban y entendían en ello, era que los bancos y cambios públicos no tenían cuenta con caja, y que tanto ellos como los mercaderes y otras personas en general no asentaban en sus libros la clase de moneda en qué recibían y entregaban los dineros. Asimismo, dificultaba esta averiguación el hecho de que en los reinos hubiera tanta variedad de naciones, de forma que cada cual tenía sus libros en su propia lengua. En consecuencia, se ordenaba que a partir del día uno de enero de 1550 en adelante todos los bancos y cambios públicos tuvieran cuenta con caja y que, asimismo, los mercaderes y otras cualesquier personas llevaran sus libros en lengua castellana, especificando en ellos la clase de moneda que recibían y entregaban, al objeto de que cuando les fuera demandada razón y cuenta, la pudieran dar.

Con la expresión «tener cuenta con caja» probablemente se quisiera significar «tener cuenta por el libro de Caja con su Manual», que era la denominación que junto con la de «debe y ha de haber» servía para designar en la tradición castellana la contabilidad por partida doble. La partida doble, método contable divulgado por el padre franciscano Luca Pacioli en su *Tractatus Particularis De Computis et Scripturis*, publicado en 1494 como parte de su famosa *Summa de Arithmetica, Geometria, Proportioni et Proportionalita*, era un método moderno de contabilidad, caracterizado por constituir un sistema completo, cerrado, que englobaba todas las operaciones realizadas por el mercader, en el que todos los asientos estaban perfectamente entrelazados y relacionados, y, por consiguiente, no se podía ocultar ninguna operación, y en el que, además, la autenticidad estaba garantizada por rigurosas normas concernientes a la encuadernación de los libros de cuentas, de forma que no pudieran introducirse o retirarse folios, a la prohibición de dejar páginas y espacios en blanco y de corregir a base de tachaduras, etc.

La segunda pragmática de las referidas fue promulgada en el contexto de las Cortes reunidas en Madrid el año 1552, y signada en esta ciudad, el 11 de marzo de 1552, por el príncipe Felipe en nombre de su padre, el emperador, por ausencia de éste, después de haber recibido los informes y dictámenes de las personas expertas y experimentadas a que hacía referencia la petición presentada en las Cortes de Valladolid. Esta pragmática constituye una confirmación y ampliación de las disposiciones contables dispuestas en la anterior, conteniendo además un conjun-

to adicional de medidas destinadas asimismo a impedir la extracción fraudulenta de metales preciosos. En la exposición de motivos de la pragmática se especifica lo siguiente: «Sabed que con mucha instancia por los procuradores que han venido a las Cortes que hemos mandado hacer en esta villa de Madrid y en las que antes hemos tenido, por los procuradores del reino y por muchas ciudades y personas particulares nos ha sido suplicado mandásemos poner remedio para que la moneda de oro y plata que en mucha abundancia por la merced de Dios, nuestro Señor, en estos reinos más que en otros hay, no se saque de ellos para los extraños, poniendo graves penas a los que la sacaran, o dieren favor y entendieren en ello, porque las que están puestas por las leyes de nuestros reinos no parece que sean bastante remedio para los que, por sus intereses y ganancia que hallan, la dejen de sacar a reinos extraños, lo cual ha venido en tanto desorden que, aunque cada día entra y viene a estos reinos gran cantidad de oro y plata, se siente y ve la falta que hay de ello y cada día se sacará más y se podrían seguir adelante mayores daños e inconvenientes, y si no se pone remedio como cosa que tanto importa a nuestro servicio y al bien universal y particular de nuestros súbditos y naturales».

A este respecto, debe significarse que, según parece, estos años, mediados del siglo XVI, marcan precisamente el punto de inflexión del efecto de las Indias sobre la economía castellana: mientras en la primera mitad del siglo la colonización de las Indias, con la inherente demanda de bienes y servicios, y las consiguientes remesas de oro, constituyen un poderoso estímulo para la producción metropolitana, en la segunda mitad la intervención extranjera en la exportación de mercaderías a través de mercaderes nacionales se hace tan importante, que la producción castellana, bajo la presión de la competencia extranjera, se ve marginada y entra en declinación.

En lo concerniente a las medidas de carácter contable, la pragmática de 1552 ordenaba que los cambios o bancos llevaran cuenta del dinero que recibiesen, y que estas cuentas las llevaran precisamente por «debe y ha de haber», es decir, explicitando expresamente, sin dejar ya lugar a dudas, que el sistema a emplear era el de partida doble, tal como entonces se denominaba en Castilla. En las anotaciones contables debía consignarse la clase de dinero que se daba y recibía, y con qué personas se hacía la operación, y de dónde eran vecinas. Para mayor garantía y seguridad de que los datos eran ciertos, los interesados debían firmar las correspondientes partidas en el libro Manual, que era como se llamaba el libro Diario en la antigua terminología contable castellana de la partida doble.

Se reiteraba, asimismo, que los extranjeros debía llevar también sus cuentas, y precisamente por el sistema de «debe y ha de haber», con su correspondiente libro de Caja, que es como se llamaba en estos tiempos el libro Mayor, sin dejar hojas en blanco entre las que estuviesen escritas, por el orden y estilo en que llevaban las cuentas los naturales del reino. Y este libro de Caja, así como todos los demás libros de cuentas, de memorias, de ferias y cualesquiera otros tocantes a negocios, debían estar escritos en lengua castellana, a fin de hacer más fácil la comprobación. Esta norma se mantuvo, con mayor o menor grado de cumplimiento, hasta el Código de Comercio de 1829 inclusive.

Estos mismos libros debían ser llevados también por cualquier persona de contratación que tuviera negocios de cualquier género de mercancías y de cambios con el extranjero, asentando en los libros el dinero que recibía y pagaba, con la clase de moneda empleada, la forma en que reembolsaba los géneros recibidos del extranjero y cómo había provisto los fondos para pagar los cambios librados sobre otros países.

Al objeto de evitar subterfugios y pretextos para eludir la presentación y examen de los libros de cuentas, requeridos con el fin de comprobar los extremos en ellos contenidos, se prohibía que estos libros se enviasen al extranjero, aunque allí residiesen los socios o principales. Para la rendición de cuentas ante estos, se proveía que se sacaran traslados de los mismos.

Por otra parte, fuera ya del contexto contable, pero en estrecha relación con él, se disponía que las letras de cambio libradas sobre lugares de los reinos se expidieran siempre en lengua castellana, mientras las libradas sobre plazas extranjeras se podían redactar en castellano o en italiano.

Estas disposiciones contables, dictadas con la voluntad de desalentar la extracción fraudulenta de metales preciosos a través de la constancia escrita garantizada por la contabilidad por partida doble, la cual permitiría identificar y perseguir a los infractores, constituyen la primera legislación dictada en el mundo imponiendo la obligación a los bancos, comerciantes y hombres de negocios de llevar su contabilidad precisamente por partida doble. En este aspecto, España se adelantó más de doscientos años al resto de naciones europeas.

No parece, empero, que estas medidas contables tuvieran mayor éxito que las anteriores para contener la salida fraudulenta de monedas y metales preciosos, de modo que la cuestión siguió estando en el candelero, suscitanto más quejas y reclamaciones.

Ciertamente, frente a este cúmulo de disposiciones y opiniones generalizadas en favor de la prohibición de la saca de moneda y de meta-

les preciosos, tendría que alzarse de vez en cuando alguna voz discordante denunciando lo equivocado del planteamiento y advirtiendo que lo que se pretendía era un imposible. Sin embargo, por lo que parece, dichas voces debieron ser muy raras. De hecho, yo no conozco más que una, la de un curioso personaje, mercader de ámbito internacional, riquísimo y afamado por su inteligencia y hombría de bien, vástago de una familia de conversos, perfectamente enterado y al tanto de las cuestiones y prácticas mercantiles y financieras de su época, que procedente de Valencia se afincó en Sevilla, estableciendo un banco y dedicándose al comercio de perlas y a la compraventa de oro y plata. En el cénit de su riqueza y poderío, abandonó sus negocios para ponerse al servicio del rey Felipe II, en cuyo beneficio trabajó desde distintos cargos. Me refiero a Pedro Luis de Torregrosa, introductor de la contabilidad por partida doble para llevar las cuentas centrales de la Real Hacienda y artífice del primer resello de la moneda de vellón en tiempos de Felipe III. He dedicado un par de trabajos al estudio de este interesante personaje (Hernández, 1985b; Hernández, 1986).

Con motivo de una consulta que le dirigió el rey en relación con una petición que se le había hecho para que reforzara las medidas prohibitivas de la saca de moneda, Torregrosa compuso un memorial en 1563 bajo el título «Si conbiene derogar la prematica que prohibe la saca de moneda, o no», en el que expuso sus ideas con respecto a la prohibición de extraer oro y plata de Castilla. Dicho escrito, anticipándose en más de sesenta años a lo argumentado por Alberto Struzzi en 1624, constituye uno de los escritos más inteligentes y realistas de entre todos los redactados sobre esta materia en el siglo XVI. Empieza así: «Presupuesto que estos Reinos tienen necesidad de proveerse de mercaderías de los Reinos extraños, en mucha más cantidad de la que de estos Reinos se puede sacar en recompensa de ella, y que no nos sería bien que nos llevasen más mercaderías de las que nos sacan, porque quedaríamos faltos de ellas, es cosa forzosa que lo que va a decir de lo uno a lo otro se saque en dinero, y aunque se pudiese bien defender y sustentar la pragmática, y cerrar todo el Reino con una llave, solamente se seguiría que no fuesemos provistos de las mercaderias que tenemos necesidad, pues para traerlas habían de ser pagados de ellas, y está claro que no podían ser con solas las mercaderías de estos Reinos».

Hecha esta afirmación, explica Torregrosa que la prohibición de extraer dinero ocasiona el que las mercancías que nos traen del extranjero tengan que comprarse a un precio más alto, pues a la ganancia ordinaria que desean obtener los mercaderes que las venden, hay que sumar el interés que les cargan en los cambios, es decir, en las letras que tienen que comprar para situar el dinero en sus países. Este interés, por otra parte,

es también mayor de lo normal, precisamente a causa de esta prohibición, ya que ésta hace que los cambios sean el único cauce legal para poder situar el producto de las ventas fuera del reino. «Y si es tan atrevido el que trae la mercadería que se atreva a sacar dinero, vende el miedo y el riesgo a que se pone, y tiene precio porque es lo propio que el interés excesivo del cambio».

Torregrosa tenía, en efecto, razón. Los altos precios reinantes en Castilla estaban originados tanto por la abundancia de metales preciosos procedentes de las Indias, como por la fuerte demanda de los bienes y servicios necesarios para la atención y el mantenimiento de los colonos de ellas, demanda que los productos españoles no alcanzaban a satisfacer. El efecto combinado de estos dos factores, abundancia de dinero y necesidad imperiosa, hacía que la demanda pudiera soportar cualquier tipo de coste adicional impuesto por la oferta sin que se alterase la situación demandante del mercado.

Por las razones que había expuesto antes, a Torregrosa le parece claro que «montan muchos más dineros las mercaderías que vienen a estos Reinos de lo que montaran no habiendo esta pragmática». La circunstancia de que el vendedor sacara por la mercancía el importe que quería obtener de ella, más el coste de situar el dinero en su nación de origen, le parecía totalmente lógico e inevitable. Es más, decía, «cuanta más diligencia se ponga a defenderlo (o sea, a prohibirlo), tanto más se sube el interés del canbio». Por eso, cree que esta pragmática había creado una razón adicional para sacar la moneda de Castilla, tanto era el ahorro que podía obtenerse al evitar el pago de intereses. Si no fuera por esta circunstancia, que potenciaba la saca de dinero, la moneda que se sacase «solamente sería por una causa, que es por las mercaderías que nos trajesen..., pues es sin duda que, aunque en Italia y Francia y Flandes valiese un escudo al doble que lo de aquí, que no vale sino al mismo respeto o con muy poca diferencia, para sacarnoslos de aquí nos habían de traer otra cosa en recompensa, y esta no puede ser sino mercaderías». Claro que alguien podría pensar que entonces «nos llevarían todo el dinero y nos cargarían de mercaderías», pero «este traer muchas sería causa que baratasen y baratando llevarían menos dinero por ello. Y no nos estaría mal que valiese allá nuestra moneda mucho más de lo que hoy vale, porque siendo nuestro dinero mercadería para ellos, qué inconveniente nos podría traer que lo tuviesen allá en más?».

Esta misma consideración lleva a Torregrosa a afirmar que resulta más conveniente tener una moneda fina y de buena ley, que no una de ley baja, pues siendo la ley alta les resulta más ventajoso a los extranjeros llevarse la moneda para fundirla y acuñar sus propias monedas, con

el consiguiente abaratamiento de las mercaderías que nos venden, porque si no, «todo esto se había de cargar sobre las mercaderías que trajesen, y por esto venderlas más caras, porque lo han de cargar sobre ellas, como nosotros hacemos; que si una pipa de aceite vale XX ducados donde se coge, para el valor de ella se cargan todas las costas que para lo llevar allá se requieren».

Otro argumento esgrimido por Pedro Luis de Torregrosa en defensa de su propuesta de derogación de las leyes que prohibían la saca de dinero era el de que, si hubiera libertad para sacarlo, el rey podría disponer más fácil y fluidamente de él en aquellas partes donde lo hubiese menester, sin necesidad de que quedaran tantos remanentes en el extranjero como entonces había. Además, la ganancia en las operaciones sería para los españoles. También serían menores los intereses que el rey tendría que pagar, porque a él «de la misma manera le venden la pragmática, que a los demás».

De igual modo padecían por la pragmática las provisiones de dinero y las pagas que forzosamente había que hacer para fuera de los reinos de Castilla. En efecto, mientras que, si hubiera libertad de saca, una remesa de 200 ducados a Italia —pone por ejemplo nuestro autor— podría costar de diez a doce ducados si se situaba mediante letras de cambio, o de cuatro a seis si se llevaba el dinero físicamente, ya que habría personas que se dedicarían profesionalmente a este menester, a causa de la prohibición «de ordinario cuesta catorce reales cada ducado, y es claro que toda (la moneda) se lleva, porque las cédulas que para allá se dan, se han de pagar con dinero, y no con papeles».

De acuerdo con lo dicho por Torregrosa, los gastos de giro sobre Italia montaban entre un 5% y un 6% del principal, mientras los de transporte físico de la moneda ascenderían en circunstancias normales a tan sólo un 2% o un 3%. Como consecuencia de la prohibición y de los riesgos que se corrían conculcándola, cada moneda de un ducado, equivalente a 375 maravedís, situada en Italia, venía a costar catorce reales, es decir, 476 maravedís, con un coste sobre el nominal del 26,9%.

Por otra parte, es muy digna de tener en cuenta la comprensión del fenómeno cambiario que muestra Torregrosa, al comentar que las cédulas, o sea, las letras de cambio, a fin de cuentas se habían de pagar con dinero. Tal aserto subraya el hecho de que no se puede girar eternamente letras en una sola dirección: si no existe un equilibrio bidireccional, el tipo de cambio se resiente y, finalmente, si el desequilibrio es lo bastante acusado, acaba por desaparecer la posibilidad del cambio.

Cierto que algunas de las ideas de este memorial resultan simples o faltas de la necesaria matización; tal vez, en parte, como consecuencia

de la reducida dimensión del escrito, apenas dos páginas de folio castellano. Con todo, hay que reconocer que su autor tenía una clara y perfecta comprensión de los principios cambiarios básicos, comprensión que se echa de menos en la mayoría de los escritos de la época tocantes a estos temas.

Por ello, no es de extrañar que la acogida que tuvo el memorial fuera netamente desfavorable, si no hostil. Algunas de sus afirmaciones provocaron incluso escándalo, como la que se refiere a mantener o mejorar la ley de las monedas para estimular la extracción de las mismas por parte de los extranjeros, cuando en todo el reino los arbitristas, y aun la opinión pública, sostenían precisamente lo contrario. El memorial fue entregado por el rey para su examen y comentario a tres censores, entre ellos a fray Ambrosio Martel, dominico. Los tres dictámenes fueron adversos, esgrimiendo argumentos que muestran, bien a las claras, la deformación del pensamiento económico de aquella época (Hernández, 1986, pp. 140 ss.).

III. La contabilidad como elemento de control en la Real Hacienda Castellana de los dos primeros Austrias

Al margen del curioso episodio de utilización de la contabilidad y, concretamente, de la contabilidad por partida doble como instrumento político-monetario, debe ponerse de relieve el importantísimo papel de la contabilidad como elemento de control, intervención e información de las finanzas reales en la Castilla del siglo XVI.

Últimamente, me he sentido muy atraído por este tema, en torno al que he elaborado unos pocos trabajos (Hernández, 1998a; idem, 1998b; idem, 1998c; idem, 1999a; idem, 1999b), teniendo en cuenta que era una materia totalmente inexplorada, pero no por ello menos importante y prometedora, hasta que me puse a trabajar en ella. En realidad, la historia de la contabilidad y sus posibilidades como elemento esclarecedor de numerosos aspectos de la historia económica han permanecido absolutamente ignoradas hasta hace muy pocos años, y aun hoy se están teniendo que abrir camino con dificultad en el campo histórico-económico. Sin embargo, en el aspecto que hoy traemos a colación la organización contable cae de lleno en el marco del admirable aparato administrativo castellano: este aparato que, hace algunos años, llevó al historiador británico John H. Elliot a exclamar que era hora de que los investigadores españoles dejaran a un lado el tema, gastado ya, de la «decadencia española» e hicieran un esfuerzo por estudiar y dar a conocer la espléndida organización administrativa del Imperio español, que había permitido mantenerlo

durante mucho más tiempo que cualquier otro Imperio moderno, el británico, por ejemplo.

La época de los dos primeros Austrias es, precisamente, la época en la que la organización administrativa de la Real Hacienda y, dentro de ella, la de las estructuras contables, es objeto de grandes e importantes cambios, y sometida a diversos e interesantes ensayos y experimentos. Ello fue totalmente lógico, pues esta fue la época en la que se forjó y desarrolló el Imperio: con ello, los ingresos que entraban en las reales arcas y los gastos, cada vez más imperiosos que debían satisfacerse, como consecuencia, sobre todo, de la implicación europea de los nuevos monarcas, cobraron una dimensión desmesurada, inimaginable tan sólo a finales de la centuria anterior. Es natural que ante esta situación y la avalancha de nuevos caudales que administrar para atender las enormes y crecientes demandas de fondos, las antiguas estructuras organizativas de la Real Hacienda castellana sintieran estallar sus costuras y precisaran un nuevo desarrollo y extensión. Carlos V y Felipe II fueron plenamente conscientes de ello: el primero, tal vez, con una visión más amplia y general de la problemática, preocupado sobre todo por el control de la toma de decisiones. El segundo, que asumió muy pronto tareas de gobierno a la sombra del emperador, dada las cuestiones bélicas y diplomáticas que absorbían la atención de éste, jugó un papel decisivo en el desarrollo administrativo y en el de los canales de trámite, con su visión práctica, su talento organizador y su minuciosidad en el despacho personal de los asuntos. Pero, tanto uno como otro comprendieron perfectamente las necesidades de desarrollar y adecuar a las nuevas dimensiones hacendísticas su aparato administrativo y el insuperable instrumento de registro, control e intervención de los fondos recaudados y distribuidos proporcionado por la contabilidad, esta contabilidad que, aparte de las funciones anteriores, debía suministrarles la información y los elementos de juicio necesarios para tomar las decisiones oportunas con vistas a un correcto gobierno del Imperio.

Ellos fueron también, y sobre todo Felipe II, quienes desarrollando la tónica iniciada por sus antepasados Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, potenciaron el empleo de personas expertas y profesionales para ocupar los puestos clave de la Administración. En este aspecto, Felipe II se inspiró clara y declaradamente en las prácticas de los grandes mercaderes, hombres de negocio y financieros, en las opiniones de las personas verdaderamente entendidas en estos menesteres, para diseñar las líneas maestras del gobierno y administración de su Hacienda. Incluso contrató a grandes mercaderes para que desempeñaran los cometidos principales. Buen ejemplo de todo ello lo tenemos en la introducción en 1556 del sistema de Factores Generales, nombrando para cubrir los car-

gos a renombrados hombres de negocios, Fernán López del Campo, Factor General de los Reinos de España, Juan López Gallo, Factor General de los Estados de Flandes, y Silvestre Cattaneo, Factor General en Génova, interesante sistema del que he dado noticia en otro lugar (Hernández, 1984). O en el nombramiento, ya citado, de Pedro Luis de Torregrosa para introducir la contabilidad por partida doble en la Contaduría Mayor de Hacienda (Hernández, 1985b; idem, 1986).

Con todos estos planteamientos, reformas e innovaciones hacendísticos y organizativos, que los gobernantes españoles tuvieron que afrontar de forma totalmente original, sin poder recurrir a esquemas o soluciones adoptados con anterioridad y ya acreditados, España se convirtió en la nación líder de su época en materia financiera y administrativa. Sus iniciativas y planteamientos acerca de cómo se organizaba y administraba un Imperio sirvieron de modelo a todas las demás naciones europeas. Es lógico que fuera así, pues su poderío no fue en esa época solamente político, económico y militar, como se ha tendido a creer a veces con alguna ligereza, sino que abarcó también la esfera de las ideas y de las iniciativas. Como ejemplo de esta ligereza, que sobrevive hasta hoy, se pueden citar las palabras que incluye el etnólogo Jack Weatherford en su libro *History of Money* aparecido en inglés el año 1997. Según él, «los españoles resultaban altamente ineficaces en el manejo de sus asuntos financieros y comerciales. Gente de otras naciones llegó al país para echarle una mano a los españoles» (1998, p. 147).

El gobierno y la administración de la Real Hacienda española estaba encomendada fundamentalmente a dos organismos centrales: la Contaduría Mayor de Hacienda o, simplemente, Contaduría Mayor, por antonomasia, y la Contaduría Mayor de Cuentas. En otros trabajos he explicado con algún detalle la naturaleza, organización, cometidos y funcionamiento de estos dos órganos hacendísticos (Hernández, 1988; idem, 1997; idem, 1998b: idem 1998c). Aquí diremos simplemente que el primero de estos organismos era el que llevaba propiamente la recaudación, la administración y la distribución de los ingresos de la Corona. Mientras el control, la intervención y el registro contable de estos fondos se llevaban en esta institución de forma absolutamente centralizada, la realización material de los cobros y pagos se llevaba a cabo, en cambio, de forma totalmente descentralizada, mediante una red periférica de recaudadores de muy variada índole y condición. En efecto, unos eran funcionarios a sueldo, tanto de la Administración central, como de las Administraciones locales; otros, simples contratados a estos efectos; otros, en fin, arrendadores o subarrendadores, o empleados de éstos. Pues, como es sabido, había tres formas de recaudar los impuestos: por administración o recaudación directa; por encabezamien-

to, es decir, por adjudicación de un importe fijo a determinado ayuntamiento o institución local que lo repartía discrecionalmente entre los vecinos; y, finalmente, por arrendamiento. Por lo regular, los recaudadores mantenían en su poder los fondos percibidos, efectuando ellos mismos los pagos que se les ordenaban por libramiento u orden de pago, originado en la Administración central. Las decisiones de pago y destino de los fondos estaban también absolutamente centralizadas, pues partían todas del monarca, descendiendo luego en cascada.

La Contaduría Mayor de Cuentas era la institución encargada de tomar las cuentas a toda la variopinta serie de recaudadores-pagadores, cumpliendo una misión trascendental en un sistema de esta naturaleza, tan descentralizado y abigarrado. Una vez liquidadas las cuentas, de acuerdo con los libros y justificantes que presentaban los interesados, que debían ser concordados y comprobados con las cuentas facilitadas por la Contaduría Mayor de Hacienda, se ingresaba el saldo, si era favorable a la Corona, o se entregaba su importe al interesado, en caso contrario.

Aunque el sistema de las dos Contadurías Mayores venía de antiguo, los Reyes Católicos introdujeron importantes reformas en el mismo, sentando con ello las bases de la organización de la Real Hacienda para los dos siglos siguientes. A efectos de control, lo corriente era que en cada Contaduría Mayor hubiera dos Contadores Mayores. Cada uno de ellos tenía su equipo de contadores menores y oficiales. En la Contaduría Mayor de Hacienda, la tramitación de los asuntos, con la oportuna intervención, control y contabilización, se efectuaba, según su naturaleza, en distintas secciones específicas, llamadas Contadurías de Libros, denominación que, por sí sola, refleja ya la importancia que se daba al registro contable. Estas Contadurías de Libros eran en tiempo de los Reyes Católicos las siguientes: Contaduría del Libro del Sueldo; Contaduría del Libro de Tierras y Acostamientos; Contaduría del Libro de las Mercedes; Contaduría del Libro de Quitaciones; Contaduría del Libro de Rentas; y Contaduría del Libro de Relaciones. Las cuatro primeras Contadurías eran de gasto. La Contaduría del Libro de Rentas tramitaba el cobro de los ingresos y llevaba la cuenta de los que debía recibir cada recaudador. La Contaduría del Libro de Relaciones tenía un carácter mixto y era como una contaduría resumen, pues llevaba la cuenta de lo que efectivamente había cobrado cada recaudador, así como de los pagos que se le había ordenado hacer. Esta Contaduría era, pues, la que, en principio, llevaba la cuenta de los recaudadores, con los saldos o posiciones respectivas en relación con la Real Hacienda. En años sucesivos se produjeron algunas variaciones sin mayor importancia en las Contadurías de Libros, en su mayor parte por una diferente asociación o combinación de los oficios que cada una llevaba. Por otra parte,

como en seguida veremos, se crearon dos Contadurías nuevas: La Contaduría del Libro de la Razón y la Contaduría del Libro de Caja.

En tiempo de los Reyes Católicos, los Contadores Mayores de cada Contaduría Mayor, y sobre todo los de la Contaduría Mayor de Hacienda, sobre la que recaía realmente el peso de la administración de la Real Hacienda, despachaban directamente los asuntos con los monarcas.

Al poco de llegar a España, Carlos V quiso variar el sistema. En primer lugar, siguiendo el modelo de Flandes, creó en 1523 un Consejo de Hacienda, interponiéndolo entre los Contadores Mayores de Hacienda y él. De esta manera, al sustituir el despacho directo con los Contadores Mayores por el despacho con un órgano colegiado de asesoramiento, el rey ganaba independencia y contaba con el juicio de varios consultores no directamente implicados en el trámite diario de los asuntos.

Por otra parte, y en segundo lugar, dentro del Consejo de Hacienda estableció la figura de un escribano o contador de finanzas, con la encomienda de llevar un libro general con la cuenta de todos los movimientos de fondos en los que entendiese el Consejo de Hacienda y, en especial, de todas las entradas y salidas en la caja del Tesorero o Receptor general. Esta iniciativa vendría ocasionada por el considerable aumento de tamaño, ya señalado, de la Hacienda Real, con un volumen de ingresos y pagos, y una complejidad de los mismos, que haría difícil obtener una visión de conjunto por el sistema heredado de las Contadurías de Libros. A estos efectos, el monarca necesitaba un libro de cuentas global y unitario que registrase todas las entradas y salidas de fondos en las que entendiese el Consejo de Hacienda, es decir, todas.

No parece, sin embargo, que este intento tuviera mucho éxito y llegara a consolidarse. Sin embargo, su establecimiento es importante, porque indica la preocupación que ya sentía el monarca en este aspecto y su percepción de que los antiguos sistemas de registro contable no eran ya suficientes, dadas las nuevas dimensiones y condiciones de la Hacienda. Su institución refleja asimismo la necesidad que percibía Carlos V de contar con un instrumento que facilitara una visión unitaria y de conjunto de la situación de la Real Hacienda en cada momento, sin tener que recurrir a los laboriosos y poco fiables tanteos. Esta preocupación será una constante durante todo su reinado y el de su hijo Felipe II.

Hacia 1543 surge otro intento de crear un instrumento que permitiera conocer el estado global de la Hacienda, el «libro de la razón de la Real Hacienda de su Majestad», heredero posiblemente del frustrado libro que debía llevar el escribano de finanzas. Parece que fue el contador Francisco de Almaguer quien, por propia iniciativa, y dándose cuenta de la necesidad que tenía el monarca de contar con una información rápida

y segura para la toma de decisiones, tuvo la idea de comenzar a llevar el libro de la razón. Este cometido no constaba en nómina ni existía dotación para él, por lo que Almaguer no percibía ningún salario por realizarlo. Finalmente, expuesto el hecho, le fue reconocido el oficio en 1554, creándose al efecto la Contaduría del Libro de la Razón, que le fue encomendada y se unió al resto de las Contadurías de Libros, llegando a ser la Contaduría más poderosa dentro de la Contaduría Mayor de Hacienda.

Las posibilidades de control y de información facilitadas por el nuevo libro de la razón no consiguieron, en cualquier caso, prevenir las suspensiones de pagos de 1557 y de 1575.

Precisamente, con ocasión de las graves dificultades que aquejaron a la Hacienda de Felipe II y que desembocaron en la referida suspensión de pagos de 1575, se volvió a hablar insistentemente de las insuficiencias del sistema contable que no proporcionaba la información suficiente para poder tomar las decisiones pertinentes en el momento oportuno y para controlar y dirigir adecuadamente las finanzas del imperio. Ciertamente, los responsables de la Real Hacienda eran conscientes de que los males de la misma no tenían su origen en las deficiencias del sistema de registro, control e información contable. Pero sí creían que era necesario llevar a cabo una sustancial mejora de dicho sistema como parte de las imprescindibles medidas a tomar para reconducir la situación. A este respecto, una de las primeras preocupaciones de Juan de Ovando, presidente a la sazón del Consejo de Hacienda, fue la de llegar a establecer una estimación fiable de la situación de la Hacienda Real, de sus ingresos, de sus gastos y de las deudas pendientes a corto y a largo plazo.

Esta tarea no era fácil de realizar, dada la falta de conexión entre los registros y competencias contables, que eran llevados por el sistema contable tradicional de la Administración Pública castellana, y aun de las Administraciones de todos los países del entorno en esa época, llamado de Cargo y Data. El sistema de Cargo y Data seguía un método de partida simple y resultaba perfecto para llevar las cuentas de la situación deudora o acreedora de terceras personas, una a una, pero no integraba dichas cuentas en un todo global. Por otra parte, existía el problema de los grandes desfases contables producidos por la gran dispersión y variedad del aparato hacendístico castellano, con el gran número y clase de agentes recaudadores. De esta manera, entre los papeles manejados por Ovando en relación con la crisis, se hallan incluidos diversos tanteos y estimaciones de este tipo, arrojando muy diferentes resultados, debidos tanto al propio Ovando, como a Francisco de Garnica, Juan Fernández de Espinosa y Pedro Luis de Torregrosa, entre otros.

Las preocupaciones de Ovando por el diseño y establecimiento de mejores métodos de gestión, registro y control contables, se insertan de este modo, como pieza esencial, dentro de los proyectos generales para reestructurar los órganos de la Hacienda, en calidad de requisito previo para poder remediar los males de las arcas reales. Esta intención fue la que llevó a Juan de Ovando a la idea de implantar la contabilidad po partida doble para llevar las cuentas generales de la Real Hacienda.

Estas inquietudes de Juan de Ovando dieron lugar a que en 1574 le fueran presentadas a la vez, posiblemente a solicitud suya, dos propuestas y modelos de implantación de la partida doble para llevar las cuentas generales de la Real Hacienda, una por el licenciado Hernando de Avalos de Sotomayor y la otra por Francisco Bravo, en sendos memoriales en los que se ponderaba el éxito que la introducción de dicho sistema había tenido para llevar la cuenta de las finanzas reales en el reino de Nápoles. Esta introducción había sido llevada a cabo, según propia confesión, por el primero de los dos personajes mencionados (Hernández, 1992).

No se procedió en este momento a la implantación de la partida doble, pero las demostraciones efectuadas por el licenciado Hernando de Avalos de Sotomayor y por Francisco Bravo no cayeron en saco roto, pues siguió discutiéndose la cuestión y unos años más tarde, tras un intento fallido en 1580, tuvo lugar en 1592 el establecimiento de la Contaduría del Libro de Caja de la Real Hacienda, encargada de llevar la cuenta y razón general de ésta por partida doble.

En efecto, los esfuerzos e intentos iniciados por Juan de Ovando para implantar la contabilidad por partida doble al objeto de llevar las cuentas centrales de la Real Hacienda dieron por fin su fruto. La cédula dada en Badajoz el 9 de julio de 1580 expresó la decisión oficial de implantar dicho sistema. La persona a quien se encomendó dicho menester fue Pedro Luis de Torregrosa, personaje a quien ya hemos conocido por su memorial sobre la inutilidad de prohibir la saca de metales preciosos. Parece que Felipe II había ya tomado esta decisión unos meses antes, pero la había mantenido en secreto esperando el momento oportuno para hacerla pública. Este momento llegó, a juicio del monarca, cuando se encontraba en Badajoz preparando su entronización en el reino de Portugal. Sin embargo, el mandato cursado por esta cédula no llegó a tener efectividad, como reconoce el propio Felipe II en la cédula siguiente, de 2 de noviembre de 1592, confirmando el nombramiento y el encargo hecho a Torregrosa, debido a la enemiga y oposición de los altos funcionarios de la Real Hacienda.

En la cédula definitiva de nombramiento de 1592, se le encomienda a Torregrosa que lleve por orden del libro de Caja y su Manual, «la cuenta y razón general, y particular, de toda nuestra hacienda». Esta enco-

mienda, que dio origen a la creación de una nueva Contaduría de Libros, la Contaduría del Libro de Caja, era completamente general y omnicomprensiva, y es consecuencia de la inquietud y deseo que ya hemos señalado de contar con una sistema contable unitario y completo. Su objetivo era el de que, merced al libro de Caja que debía llevar, donde, como se ha visto, debía tener cuenta y razón de todo el patrimonio y la hacienda del rey, «sin que faltase cosa alguna», Torregrosa pudiera dar al monarca o al Consejo de Hacienda, siempre que fuera requerido, la relación general y particular del estado en todo ello se encontrase, tanto como medio de control como de información.

En la cédula de nombramiento se especificaba que el establecimiento del libro de Caja no excusaba ni relevaba «a los demás nuestros Contadores de las obligaciones que tienen, conforme a sus oficios». Ello quiere decir que el sistema de contabilidad por partida doble se establecía como una segunda contabilidad, como una contabilización adicional, sin que por ello se dejasen de llevar las cuentas tradicionales.

El disgusto experimentado por los demás contadores de libros fue muy grande. Especialmenmte el sentido por los contadores del Libro de la Razón, ya que su cometido venía a ser asumido por la Contaduría del Libro de Caja, a la que se daba preeminencia sobre todas las Contadurías de Libros de la Contaduría Mayor de Hacienda.

A pesar de todas las trabas administrativas, dificultades y resistencias que se siguieron produciendo, la Contaduría del Libro de Caja empezó a funcionar desde el principio y a cumplir su misión de llevar las cuentas de la Real Hacienda por partida doble. Sin embargo, no parece que su trabajo pudiera nunca llegar a satisfacer las expectativas de los que la habían creado. De esta manera, cuando en 12 de octubre de 1607 murió Torregrosa, la Contaduría del Libro de Caja empezó a perder peso relativo, hasta que fue suprimida el día 12 de noviembre de 1621, en virtud de una cédula de reformación dictada por el nuevo rey Felipe IV, subido al trono a la muerte de su padre, Felipe III, ocurrida en 31 de marzo de 1621 (Hernández, 1985b; idem, 1986).

Haciendo balance de los hechos comentados —y nunca mejor empleada esta terminología contable— la inquietud sentida por Carlos V y, sobre todo, por Felipe II de mejorar su organización y metodología contables muestra claramente la importancia que otorgaban a la contabilidad como instrumento de control, entrelazado por naturaleza con la intervención de las operaciones a través de la supervisión documental. Y, efectivamente, la importancia de la contabilidad en este aspecto era grande, lo mismo que en el suministro de información para la toma de decisiones.

Sin embargo, la insatisfacción constante que estos monarcas mostraban con respecto a las prestaciones suministradas por los sistemas heredados tal vez no refleja tanto o tan sólo una falta de eficacia de dichos sistemas, sino el grado de necesidad de control e información, así como la ambición y el afán perfeccionista de los dos primeros Austrias. Con respecto a lo primero, no debe olvidarse que el volumen de fondos manejado por la Hacienda era muy grande y había crecido rápida y desmesuradamente. La organización descentralizada y variopinta de la red de recaudadores-pagadores, con su gran dispersión geográfica y las dificultades de transporte y comunicación propias de la época, incorporaba una seria dificultad adicional de control y de funcionamiento. La extensión cobrada, casi sin sentir, por la organización hacendística, sin tiempo de asimilar paulatinamente las novedades y necesarias ampliaciones, puso de manifiesto la dificultad de reclutar un funcionariado honesto, serio y debidamente formado: parece que esta falta de capacidad para encontrar personal preparado jugó un papel importante en toda esta cuestión, pues condicionó una actitud de tolerancia y permisividad por parte de los superiores, ante la imposibilidad de encontrar soluciones de repuesto. Los gravísimos retrasos en la rendición de cuentas y la falta de rigor en la imposición de sanciones en la mayor parte de los casos, tal vez debido a la actitud anteriormente citada, contribuyeron por su parte a crear o generalizar una atmósfera de desidia y corrupción. Ante estos factores, las imperfecciones técnicas y metodológicas de la organización contable, que sin duda existieron también, pierden relevancia. En circunstancias normales, la organización contable establecida, con las Contadurías de Libros por oficios o funciones y su sistema de contabilidad de Cargo y Data, hubiera podido ser suficiente y cumplir su cometido con un razonable grado de eficacia. La prueba de ello es que tampoco la contabilidad por partida doble introducida por Pedro Luis de Torregrosa a instancias de Felipe II fue capaz de solucionar los problemas de control e información hacendística, que trascendían claramente el campo de influencia del sistema y la organización contables.

En cuanto a la ambición y al afán perfeccionista de los dos primeros Austrias con respecto a su forma de entender la organización administrativa y de gobierno, lo cierto es que en los reinados de sus sucesores, los tres Austrias menores, aun cuando las dificultades financieras se habían agudizado notablemente, no se percibe la misma inquietud por mejorar la organización contable, de la cual, por lo que sabemos hasta ahora, apenas se habla. Sin duda, se había llegado a cierto grado de conformismo y resignación, combinados con una falta de interés por cuestiones técnicas e instrumentales.

Por su parte, en relación con la capacidad de la contabilidad por partida doble para llevar cuentas de la Administración Pública, cuestión que en su momento fue suscitada y puesta en duda por los adversarios de que fuera introducida en la Contaduría Mayor de Hacienda, bien por convicción real, bien por espíritu de inmovilismo, bien por no perder posiciones e influencia relativa, bien finalmente por temor a perder la posibilidad de seguir cometiendo fraudes y trapicheos ante un método de control más eficiente y riguroso, lo cierto es que dicho sistema contable funcionó perfectamente en ámbitos periféricos de la Administración, muy concretos y de menor envergadura. Sus adversarios, afirmaban que era un método muy apropiado para llevar las cuentas de mercaderes y empresas privadas, pero absolutamente inapropiado para aplicarlo en una institución pública, dejando aparte el hecho de que, según esgrimían, era un método tan complicado y sofisticado, que los funcionarios no lo conocían ni llegarían nunca a dominarlo. A despecho de estas descalificaciones, la contabilidad por partida doble se implantó para llevar las cuentas desde un principio —año 1556— del Factor General de Felipe II para los Reinos de España, Fernán López del Campo. Asimismo se usó la partida doble, a partir por lo menos del año 1555, en la Casa de Contratación de las Indias, de Sevilla, para controlar el arribo de metales preciosos y su venta a los compradores de oro y plata al objeto de que ajustaran su fino a la ley de acuñación, y los revendieran posteriormente para su entrega a la Casa de la Moneda a efectos de amonedamiento. La contabilidad por partida doble fue utilizada también para llevar las cuentas de la plata extraída en las minas de Guadalcanal durante el período 1557 a 1583 (Hernández, 1991) y lo mismo ocurrió con las cuentas de los bienes de difuntos, a partir de 1561 (Donoso, 1996). En todos estos casos, la contabilidad por partida doble funcionó perfectamente. Sin embargo, debe subrayarse como circunstancia curiosa que en todos estos casos, lo mismo que en el caso de la Contaduría Mayor de Hacienda, la contabilidad por partida doble se llevó como un sistema complementario, en virtud de su capacidad para mostrar la situación global y las interconexiones entre todas las cuentas parciales, de su capacidad de garantizar que ninguna operación se ocultaba ni escapaba al control, pero sin que ello significase el abandono de la contabilidad tradicional por Cargo y Data.

Referencias

ÁLVAREZ NOGAL, Carlos (1997): *El crédito de la monarquía hispánica en el reinado de Felipe IV*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

BANCO CENTRAL EUROPEO (1998): *La Política Monetaria Única en la Tercera Etapa. Documentación general sobre instrumentos y porocedimientos de política monetaria del SEBC*, Francfort.

BERNAL, Antonio-Miguel (1997): «El coste/beneficio del Imperio Español». Trabajo presentado en el *VI Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Girona, 15-17 de septiembre.

BODIN, Jean (1932) *Réponse à M. de Malestroit*, editado por H. Hauser, París.

Boletín mensual del BCE (enero 1999).

BOTERO, Juan (1603): *Razón de Estado, con tres libros de la grandeza de las ciudades*, Burgos: Casa de Sebastián de Cañas.

CAREWE, Richard (1603): *Survey of Cornwall*, Londres.

Copia de las leyes que prohiben el sacar de la moneda destos Reynos de Castilla. Instituto de Valencia de Don Juan, envío 31, caja 44.

DONOSO ANES, Rafael (1996): *Una contribución a la historia de la contabilidad: Análisis de las prácticas contables desarrolladas por la tesorería de la Casa de la Contratación de las Indias en Sevilla (1503-1717)*, Sevilla.

GRICE-HUTCHINSON, Marjorie (1952): *The School of Salamanca. Readings in Spanish Monetary Theory 1544-1605*, Oxford: At the Clarendon Press.

— (1982): *El pensamiento económico en Españ a 1177-1740*, Barcelona: Editorial Crítica.

— (1995): *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*, Madrid: Alianza Universidad.

GUGGENHEIM, Thomas (1989): *Preclassical Monetary Theories*, Londres y Nueva York: Pinter Publishers.

HALES, John (1581): *A Compendious or Briefe Examination of Certayne Ordinary Complaints of Divers of our Countrymen.*

HAMILTON, Earl J. (1975): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España (1501-1650)*, Barcelona: Ariel.

HECKSCHER, Eli Filip (1943): *La época mercantilista: historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la Sociedad Liberal*, México: Fondo de Cultura Económica.

HERNÁNDEZ ESTEVE, Esteban (1984): «Las cuentas de Fernán López del Campo, primer Factor General de Felipe II para los reinos de España (1556-1560)», en *Hacienda Pública Española*, núm. 87.

— (1985a): «Legislación castellana de la baja Edad Media y comienzos del Renacimiento sobre contabilidad y libros de cuentas de mercaderes», en *Hacienda Pública Española*, núm. 85.

— (1985b): «Pedro Luis de Torregrosa, primer contador del Libro de Caxa de Felipe II. Introducción de la contabilidad por partida doble en la Real Hacienda de Castilla (1592)», en *Revista de Historia Económica*, año III, núm. 2.

— (1986): *Establecimiento de la partida doble en las cuentas centrales de la Real Hacienda de Castilla (1592)*, volumen I: *Pedro Luis de Torregrosa, primer contador del libro de caja*, Madrid: Banco de España.

— (1988): *Contribución al estudio de las Ordenanzas de los Reyes Católicos sobre la Contaduría Mayor de Hacienda y sus oficios*, Madrid: Servicio de Estudios del Banco de España.

— (1991): «El negocio de los mercaderes de oro y plata de Sevilla a mediados del siglo XVI. Noticia de algunos libros de cuentas de la Casa de la Contratación», en *Contaduría, Universidad de Antioquia,* núms. 17-18, septiembre 1990-marzo 1991. Originalmente este trabajo constituyó una ponencia presentada en el I Seminario de Historia de la Contabilidad organizado por el Departamento de Contabilidad de la Universidad de Sevilla, 28-29 de mayo de 1990.

— (1992): «Propuestas de contabilidad por partida doble para llevar las cuentas centrales de la Real Hacienda castellana (hacia 1574)», en *Técnica Contable*, año XLIV, núms. 524-525 y 526.

— (1997): «La Contaduría Mayor de Cuentas de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos (1474-1515)», en *Doctor Antonio Goxens Duch. La Imagen Fiel*, Collecció Homenatges, Barcelona: Universitat de Barcelona.

— (1998a): «Intervención, contabilidad y con trol en la Real Hacienda castellana (1474-1700)». Ponencia presentada en la *I Jornada de História da Contabilidade, Centro de Estudos de História da Contabilidade de APOTEC*, Coimbra 4, de abril. Publicada en las Actas de la Jornada.

— (1998b): «Las Contadurías de LIbros de la Contaduría Mayor de Hacienda a mediados del siglo XVI», en *Revista de Contabilidad*, vol. 1, núm. 1, enero-junio.

— (1998c): «Las Contadurías de Libros de la Contaduría Mayor de Hacienda y la contabilidad de Cargo y Data en la gestión del Imperio español (siglos XV al XVII)». Ponencia presentada en el *II Encuentro de Trabajo La Historia de la Contabilidad en España: Dos Formas de Entender la Historia de la Contabilidad*, Colegio Mayor Maese Rodrigo, Mairena del Aljarafe, Sevilla, 24, 25 y 26 de septiembre de 1998. Pendiente de publicación.

— (1999a): «La Contabilidad como instrumento de registro, información y control de las Finanzas Reales españolas (siglos XVI y XVII)». Comunicación presentada en el *Simposio Internacional*: Dinero, Moneda y Crédito. De la Monarquía Hispánica a la Integración Monetaria Europea, Madrid, 4 a 7 de mayo de 1999. Pendiente de publicación.

— (1999b): «Los libros de cuentas y la organización contable en el gobierno de la Real Hacienda castellana (siglos XVI y XVII)». Comunicación presentada en el *Seminario El gobierno de la economía en el Imperio Español*, Sevilla, 11 de junio. Pendiente de publicación.

LARRAZ, José (1943): *La época del mercantilismo en Castilla*, 1500-1700, Madrid.

LE BRANCHU, J.-Y. (1935): *Écrits notables sur la monnaie*, París.

MIRABEAU, Marqués de (1763): *Philosophie rurale, ou economie générale et politique de l'agriculture, réduite à l'ordre immuable des loix physiques et morales, qui assurent la prosperit´des empires*, Amsterdam.

PERDICES DE BLAS, Luis y John REEDER (1998): *El Mercantilismo: política económica y Estado nacional*, Madrid: Editorial Síntesis, S.A.

«Protocolo sobre los Estatutos del Sistema Europeo de Bancos Centrales y del Banco Central Europeo», en *Diario Oficial de las Comunidades Europeas*, 29 de julio de 1992.

QUESNAY, François (1757): «Grains», *Encyclopédie ou Dictionnaire rai sonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-1772).

ROSCHER, Wilhelm (1874): *Die Geschichte der Nationalökonomie in Deutschland*, Oldenburg, Munich.

ROTHBARD, Murray N. (1999): *Historia del pensamiento económico*, vol. I: *El pensamiento económico hasta Adam Smith*, Madrid: Unión Editorial , S.A.

SCHUMPETER, Joseph A. (1994): *Historia del análisis económico*, Barcelona: Editorial Ariel, S.A.

SERRANO MANGAS, Fernando (1989): *Armadas y flotas de la plata (1620-1648)*, Madrid: Banco de España.

Si conbiene derogar la prematica que prohibe la saca de la moneda, o no. Instituto de Valencia de Don Juan, envío 33, caja 47.

SMITH, Adam (1987): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones,* 2 tomos, Barcelona: Oikos-tau.

STRUZZI, Alberto (1624): *Dialogo sobre el comercio destos Reynos de Castilla*, Madrid (?): Sánchez, impresor del Rey.

TOOKE, Thomas (1959): *An inquiry into the currency principle: the connection of the currency with prices and the expediency of a separation of issue from banking*, Londres: The London School of Economics. Reimpresión de la edición de 1844.

—«Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea» —versión consolidada—, en *Diario Oficial de las Comunidades Europeas*, 10 de noviembre de 1997.

VINER, Jacob (1937): *Studies in the Theory of International Trade*, Nueva York: Harper and Bros.

WEATHERFORD, Jack (1998): *La historia del dinero. De la piedra arenisca al ciberespacio*, Barcelona: Editorial Andrés Bello.

Monetary practice and monetary theory in Europe (12th-15th. centuries)

Peter SPUFFORD

I have been asked to talk about the relationship between monetary practice and monetary theory in Europe between the twelfth and the fifteenth centuries. That is too large a topic for a single paper, so I shall talk about one aspect of the subject. I shall talk about the relationship between the monetary policies of different interest groups in society and the monetary theories about the rights to mint coinage. This, as will be apparent, is more an aspect of political theory than of economic theory.

It would have been possible under the same title to have talked about various aspects of economic theory that concern coinage: about debt and restitution, but Professor Mueller will do that; about usury, but Professor Todeschini will do that; about forgery, but Professor Schatzmiller will do that; about mercantilist theories of the balance of payments, but several speakers will treat that as a part of monetary policy; and we have already heard Sr Esteban Hernández Esteve refer in passing to the quantity theory of money which was elaborated in the sixteenth century. As far as I know, no such quantity theory was developed in the thirteenth century, although the circumstances were ripe for it to do so.

I shall try to look at most of western Europe, but I shall have to concentrate particularly on France, because monetary theory first became explicit there. However I shall not overlap too much with what Dr Bompaire is about to say about monetary practice in France[1].

Medieval monetary theories, like political theories in general, were normally rationalisations of the interests of particular dominant men or groups of men. Although they normally derived from particular circumstances, they cast their shadows on future years by presenting a background of what was

1. See below.

right and proper. Change in practice needed to be followed by justificatory change in theory. Until the fourteenth century the dominant monetary theory in western Europe, first implicitly and then explicitly, was one which held that not only the right to strike coin, but also the right to regulate the coinage was vested entirely in the prince. Monetary theories were only elaborated when changing monetary policies provoked political reaction. Philip IV was the first to use debasement of the coinage on a grand scale as a means of salvaging his finances in the 1290s. The effects were so major that the whole justification for them began to be questioned in a way that it had never been before. Only after a considerable period when what appeared to be false doctrine was being taught was it necessary for the christian church to formulate its creeds. Similarly, only after a considerable period when the efforts of what appeared to be a false use of the royal prerogative of coinage were being felt, was it necessary to formulate a community based monetary theory. On the way the implicit theory underlying royal monetary practice was made explicit, and then almost immediately questioned for the first time.

Implicit monetary theory - minting a seigneurial right - a part of demesne revenues

At the beginning of our period, in the twelfth century, the right to have coins minted was widely dispersed. It was exercised not only by the emperor and by kings, but by many dukes, archbishops, counts, bishops, abbots and minor lords who had generally acquired the right by enfeoffment, but sometimes by usurpation. Many of these «rulers» were still practising a frequent *renovatio monetae* in which they totally recoined all the currency in their dominions. This was done to produce an income and was an acknowledged part of their regalian rights. Implicit in this activity was the theory that money belonged to the ruler. Many rulers attempted to take in the whole of the existing currency in their lands and replace it with newly minted coinage of a distinctively different appearance. They tried to do this at more or less regular intervals, often every two or three years, but sometimes as frequently as every six months. When a ruler engaged in this sort of *renovatio monetae*, he did not necessarily change the weight or fineness of the coinage, but offered his subjects many fewer new coins than the number of old coins that he took in. In this way he taxed the liquid wealth of his subjects at more or less frequent intervals by taking a proportion of it for himself[2]. One of the effects of this practice

2. Peter SPUFFORD, *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Cambridge, 1988, spanish translation, Barcelona, 1991, pp. 127-31, 143, 387-8.

was that it gave rulers the opportunity at intervals totally to remint all foreign coin along with their own older coins, and so to ensure that the currency that circulated in their dominions was solely their own coinage, and even solely coinage of their own current issue[3].

Renovatio monetae was not generally inflationary in its effects, since the new money was normally approximately as good as the old, sometimes a little better, sometimes a little worse, but not generally significantly different. The ruler's profit lay not in changing the weight or alloy of the coinage, but in changing its visual type and by compulsorily exchanging a set number of distinctively different new deniers on each occasion for a larger number of old ones.

Regular renewal of the coinage disappeared at different dates in different principalities. In England it came to an end in the first half of the twelfth century, and in Normandy possibly even earlier[4]. However in other places it survived into the fourteenth century. In Brandenburg, annual renewal of the coinage at the time of the St James Fair in July was still taking place in the second half of the fourteenth century[5]. The occasion for the cessation of regular renewal was often the offer by leagues of subjects of alternative forms of taxes, in return for the promise of their prince not to change his coinage, for a fixed period of time, for his own lifetime, or even in perpetuity. When subjects bargained to have the renewal of the currency replaced, they recognised the ruler's practice of calling in and reissuing coinage at intervals as a legitimate regalian right. The alternative forms of taxation, often hearth taxes, which were offered to buy out the rulers rights, were often known, like the right they replaced, by some such term as *monetagium*. In early thirteenth century Normandy a *monetagium aliter focagium* was collected every third year, perhaps reflecting the frequency of the earlier renewal of the currency there[6].

3. Lucia TRAVAINI (ed.), *Moneta Locale, Moneta Straniera: Italia ed Europa XI-XV secolo*, Collana di Numismatica e Scienze Affini, II, Società Numismatica Italiana, Milan, 1999, particularly pp. 328-9, and references there.

4. Thomas N. BISSON, *Conservation of Coinage, Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon c.1000-1225 AD*, Oxford, 1979, 14-28; and J.C.MOESGAARD, «*Renovatio monetae* en Normandie à l'époque ducale», *Bulletin de la Société Française de Numismatique*, LIII (1998) 127-31.

5. H-D. DANNEBERG, *Die brandenburgischen Denare des 13. und 14. Jahrhunderts*, Numismatische Gesellschaft zu Berlin, 1997, pp. 62-9.

6. Peter SPUFFORD, «Assemblies of estates, taxation and control of coinage in medieval Europe», *Studies Presented to the International Commission for the History of Representative and Parliamentary Institutions*, XXXI, Louvain-Paris, 1966, pp. 115-30.

The transfer to an alternative money-tax did not always go smoothly. In Aragon Pedro II inherited an undoubted right to mint as he wished. «Rex potest monetare quantumcumque sibi placuerit facere». He also inherited a tradition of intermittently exchanging the income from this right for an alternative form of taxation[7]. He followed this tradition and shortly after his coronation swore not to change his father's coinage. Unfortunately the coinage he swore not to change was the last coinage of his father, «reprobata moneta que a legitimo pondere fuerat diminuta». Alfonso II had apparently broken the *renovatio monetae* custom that new deniers should contain approximately as much precious metal as those they replaced[8]. With the support of the prelates and others of his kingdom Pedro II appealed to be released from his oath to Innocent III, who was both his nominal feudal overlord, and, as pope, claimed ultimate jurisdiction over oaths. The papal letter of 5 April 1199, *Quanto personam tuam*, was primarily concerned with the problems posed by the oath that Pedro had sworn[9]. When it was brought into the authoritative collection of Decretals made by (St) Ramon de Peñafort for Gregory IX in the early 1230s, it was therefore naturally in the section on swearing oaths (*Liber Extra*, 2.24.18)[10]. Innocent III said that Pedro did not need to be absolved from his oath, but that the oath needed interpretation. In practical terms Innocent came out strenuously against light-weight coinage, and advocated a return to coinage of the customary weight, «ad legitimum pondus». Royal control of the coinage was accepted implicitly by Innocent III, but not expressed explicitly in this letter. There was even an implication that the assent of the people was required, since the lack of such assent was one of the defects in the oath. However all the early decretalists in their glosses on the text chose to ignore the words *assensu populi*. This blindness was in itself an interesting ommission.

Explicit monetary theory - coinage belongs to the king absolutely

In many places the increase in the power of kings in the thirteenth century concentrated minting into their hands rather than that of lesser

7. Bisson, *Conservation*, pp. 75-83.

8. Although the dineros of Alfonso II are the earliest coins of Catalonia and Aragon to be very common today, it has not been possible to pick out any group which is significantly low in silver. Pedro II himself, however, does appear to have struck one issue of very poor silver, but these have been dated to 1209-13, followed by a return to traditional dineros. M. Crusafont i Sabater, *Numismatica de la corona Catalno-Aragonesa medieval (785-1516)*, Madrid, 1982, pp. 76-80.

9. The text of *Quanto personam tuam* is printed in Bisson, *Conservation*, pp. 203-4, and discussed pp. 166-72.

10. It had already been incorporated in the *Third Compilation* of decretals in 1210.

rulers, and the right to issue a «national» coinage was acceptable as a symbol of sovereignty.

In France it was (St) Louis IX who was particularly responsible for emphasising royal rights to mint, and oversee minting by others within his realm, in his monetary reforms. Some of these reforms naturally produced an unfavourable reaction from those who felt that their rights were being infringed[11]. This provoked a much fuller exercise in monetary theory than anything earlier by Gérard d'Abbeville (d.1292), one of the professors of theology in the University of Paris and also archdeacon of Ponthieu and Cambrai. He seems to have been a canon lawyer by formation. He regularly engaged in formal disputations, twice a year from Christmas 1262 to Easter 1271, and his responses have been preserved. At the Easter exercises of the Faculty of Theology in 1266, when he was Chancellor of the University, he responded to a request for an opinion on the legality of a particular aspect of Louis IX's reforms[12].

When he was asked what right the king had to promulgate laws about the coinage, Gérard relied on the letter of Innocent III to Aragon in the *Liber Extra*. By 1265 it had also been extensively glossed. Since Innocent III's letter was partially concerned with sound and light-weight coinage glossators had drawn on the *Digest* to comment on what was sound money. It had to have an officially authorised design and inscription and its precious metal content had not to undergo notable depreciation. However Gérard took Innocent III to have affirmed that the king had the right to mint as he wished, since coinage belonged to the ruler absolutely. The only limitations on his actions in this respect were of a moral order, and he was solely to be constrained by his own conscience. The king would be in a position to defraud his subjects if he issued inferior money as to form and material, and he should therefore watch out lest cupidity rather than charity govern his monetary policy. Relying on scripture he concluded that «Kings and princes, if they act out of greed rather than from love of their subjects, should blush and tremble when they hear the significance of the Book of Wisdom (of Solomon) "Look O Kings and have understanding"» (Wisdom, VI)[13].

11. See Marc Bompaire's paper, below, for a consideration of some aspects of Louis IX's reforms.

12. Possibly 1265 rather than 1266. Pierre MICHAUD-QUANTIN, «La politique monétaire royale á la Faculté de Théologie de Paris en 1265», *Le Moyen Age*, LXVIII (1962) 137-51. I owe this reference to the kindness of Sylvain Piron. Odd LANGHOLM, *Economics in the Medieval Schools. Wealth, Exchange, Value, Money and Usury according to the Paris Theological Tradition 1200-1350*, Brill, Leiden, 1992, pp. 276-83.

13. LANGHOLM, *Economics*, p. 279; and MICHAUD-QUANTIN, «La politique», pp. 144-5.

When Gérard came to consider the legislation from the subjects' point of view he had scripture to back him up. He not only used the account in the gospel of St Matthew, which reported that Jesus himself had said «Render unto Caesar that which is Caesar's» about the tribute money which bore the imperial portrait and inscription (Matt. XXII, 15-22), but also the grant of the right to mint money for Israel made by King Antiochus to the high priest Simon (1 Macc. XV, 6), and the injunction of St Paul (Romans XIII, 7) to pay to every authority the taxes that are due to it. This quotation from St Paul fits with the world of *renovatio monetae* in which changing the coinage was a form of taxation. Gérard concluded that coinage was clearly a royal prerogative (*de rationibus regis*) and that all *lay* subjects of the kingdom owed full and total obedience to decisions taken by their sovereign in the matter of coinage. A few verses earlier St Paul had told the recipients of his letter «Let everyone be subject to the highest authority» (Romans XIII, 1). Gérard commented that royal authority is the highest, particularly that of the king of France who recognises no superior. The king of France therefore has no limits to his authority in this area except natural and divine law to which his regulations ought to conform[14]. However Gérard then had to deal with the problem of whether those under ecclesiastical jurisdiction within the kingdom had also to abide by royal laws in this field. He concluded that they had also to do so, since coinage belongs to the «common good», of which the king was supreme guardian. He based his doctrine of «utilitas publici» on Canon Law[15].

Gérard finally concluded that even if the king did act wrongly out of greed, subjects still had to obey and rely on divine vengeance on the king. At the most prelates could respectfully, remonstrate with the king, but it must be in secret, so as not to derogate from *royal majesty*[16].

Some of Gérard's views were still being repeated at the end of the century, around 1300, when Thomas Aquinas' biographer, Tolomeo dei Fiadoni (c.1236-c.1327), also subscribed to the view that rulers had an exclusive right to do whatever they liked to the coinage without any interference[17]. «Nobody else is permitted to coin money of the same design and mark, as the law of nations decrees. But it is true that in so doing, albeit he is allowed to exercise his right to coin money, any prince or king

14. MICHAUD-QUANTIN, «La politique», pp. 139-41.
15. Decret. C. 7.q. 1.c. 35. MICHAUD-QUANTIN, «La politique», p. 141.
16. MICHAUD-QUANTIN, «La politique», p. 147.
17. On Tolomeo of Lucca, LANGHOLM, *Economics*, pp. 454-7.

ought to be moderate in altering or diminishing weight or metal, because this results in harm to the people, since it is a measure of things, and therefore to alter money or coin amounts to the same thing as altering a pair of scales or any kind of weight»[18]. In other words violent debasement of the coinage, as it was being practiced at the time in France, was a form of fraud by the king. However, even though a ruler might be guilty of fraud, there was no means of restraining him, for rulers had a right to do whatever they liked with the coinage. Like Gérard d'Abbeville a generation earlier, he too used the argument that this was a view sanctified by Christ himself saying of the Roman denarius that their was Caesar's.

In the fourteenth century, following long behind practice, the theoretical right of kings to control coinage was extended to independent cities, as part of their claim to statehood. Jurists, like Bartolus of Sassoferrata (1313/14-1357), one of the most famous commentators on the *ius commune*, and his pupil Baldus de Ubaldis of Perugia (c. 1327-1400), elaborating theories of the sovereignty of the city state emphasised that «cities have full jurisdiction whether conceded by the emperor or prescribed by custom». «Cities which in reality do not recognise superiors and appropriate regalian rights for themselves do this by custom, and what they have always had as an established custom should not be changed at all»[19]. Thus in cities, as in kingdoms, it was accepted that coinage remained part of the rights of the embryo state.

Unchanging coinage the ideal

The accepted view was thus that coinage belonged to the state, but that it should normally remain as far as possible unchanged. Unchanging coinage, sometimes called everlasting money, *ewige pfennige*, was the ideal.

Coinage could not, however, remain totally unchanged. After a generation of wear and tear, the coins in circulation had become so much lighter than those newly issued, that merchants would no longer bring bullion to the mints for minting. When this happened rulers had to reduce the weight of their coinage by a small amount. England provides a good ex-

18. SPUFFORD, «Assemblies», p. 119, and Tolomeo (or Ptolomy) of Lucca, *De regimine principum* (Lucca or Florence, c. 1300), book II, chapter XIII, being his continuation of THOMAS AQUINAS *De Regno, ad regem Cypri* (Rome, c. 1266).

19. Joseph CANNING, *The Political Thought of Baldus de Ubaldis,* Cambridge, 1987, p. 114, quoting Baldus commentary on the Digest of Justinian.

ample of the minimum changes that had to be made. The weight of the English silver penny remained unchanged for sixty-five years from 1279-1344. Three changes over the next seven years reduced its weight by less than a fifth. The standard established in 1351 remained unchanged for sixty-one years, when it was reduced by a sixth. The weight established in 1412 remained unchanged for fifty-two years, when it was reduced by a fifth, and that established in 1464 remained unchanged for a further sixty-two years. Other English silver coins were reduced in the same proportion as the penny. These reductions in weight by a fifth or a sixth every two generations could not correspoond exactly to the average amount of wear that the coins had suffered in the interval, for the coinage had to be reduced by a small extra amount to cover the actual costs of recoinage. The Kings of England did not expect to profit vastly from such recoinages, but had no intention of subsidising them[20]. The overall effect of these changes was that the English pennies of the early sixteenth century still contained well over half (59%) of the silver that their predecessors had contained at the end of the thirteenth century[21].

Unchanged coinage was still the accepted norm in the later middle ages, only to be broken by minor weight reductions at long intervals in order to keep the mints open. There is no evidence that reductions in weight or fineness were ever carried out with the *intention* of benefitting trade, although it is quite clear to historians that debasement was incidentally good for exports, as in the case of cloth exports from fourteenth century Flanders, or sixteenth century England, or of wool exports from fifteenth century Castille. Nor is there any evidence that debasement was generally carried out in order to produce a *multiplication des signes monétaires* in periods when coinage was in short supply as some historians have supposed. The nearest that medieval rulers came to this was to ensure that tiny quantities of the smallest denominations were minted for the use of the poor at government expense. Normally minting was carried out at the expense of those who brought bullion to the mints.

20. SPUFFORD, *Dinero*, pp. 407-8.

21. The effect of such a slow reduction in the silver content of the English penny can be seen in the extremely gentle upward slope in the graph of the value of the genuinely unchanging florentine florin in the English money of account, sterling, based on the English silver penny. SPUFFORD, *Dinero*, p. 381. Compare with the graphs, pp. 381-4, of the moneys of account of Aragon, France, Castille, Florence, Venice, Bohemia, Cologne, Austria, and Flanders to be discussed later in this paper.

If rulers had bound themselves to their assemblies of estates on oath not to alter their coinages, they morally had to seek authorisation from these assemblies to be released from their oaths before making even the slight reductions in weight needed at long intervals to keep the mints open. In the twelfth century several kings of Aragon made bargains with their subjects by which they exchanged their undoubted right to renew their coinage at will for other forms of taxation. Such bargains generally lasted for a fixed number of years, at most for the king's lifetime. We have already seen how one such bargain, made by Pedro II, came undone, and Innocent III's intervention. A generation later in 1247, Jaime I swore an oath, not only for himself, but also for his successors, never to change the coinage in type, weight or alloy *for ever*, and received from an assembly of his subjects a grant of *monedaje*. As the years passed, the promise of a perpetual, unchanging coinage naturally ceased to make economic sense. Sixty years later the kingdom of Aragon was suffering from an increasing dearth of currency as a consequence. At a session of the *Cortes* in 1307, Jaime II was unbound from his grandfather's oath, and bound himself and his successors anew to keep the coinage perpetually the same in type weight and alloy, but at a slightly lowered standard. The same process had to be repeated again, two generations later by Peter IV in 1350. Since the rare and infrequent changes of the previous century and a half had taken place in the context of political assemblies, it was hardly surprising that it came to be believed that no change in the coinage could be made without the consent of the *cortes*[22].

Jaime I of Aragon, as Count of Barcelona, apparently went even further than in Aragon when establishing the *ternal* (*three*-twelfths fine) coinage for Catalonia in 1258. He not only publicly acceded to the Catalans already traditional insistence on the immutability of their coinage, but far from exacting a *monedatge* in return for this confirmation, is reputed to have promised never to exact any such tax[23]. This cannot have really been the case for at the Cortes of Barcelona in December 1283, in the Catalan variant of the Aragonese General Privilege, Peter III made the more limited promise that «neither we nor our successors will receive either *monetaticum* or fifth from churchmen, religious, barons, knights or

22. *Fueros y Observancias del Reyno de Aragon*, I, Saragossa, 1667, fos.171 verso-175 recto; SPUFFORD, «Assemblies», p. 129; SPUFFORD, *Dinero*, pp. 406-7.

23. T.N. BISSON, *The Medieval Crown of Aragon*, Oxford, 1986, p. 79.

citizens, except as it was accustomed to be received in the time of our father King James of Aragon»[24].

Such binding and unbinding had considerably sapped the theory of the royal right to control coinage totally. The stage was set for the evolution of conflicting strands of monetary theory. The problem that arose was who should exercise rights over coinage within the state.

Fiscal Emergencies

The catalysts for this evolution were the reactions of governments to financial emergencies. The new ranges of regular taxes in the thirteenth century, direct and indirect, were more efficient than renewing the currency in providing revenues for governments. The problem for governments was no longer the funding of the regular functions of an expanded «state», but of funding war, which was becoming increasingly expensive. Different governments took different measures to cope with financial demands in emergencies. Some governments had a wider range of options than others, but re-activating the prerogative of altering the coinage as a means of providing funds for rulers in times of crisis was always one of the range of options, for coinage remained part of the prerogative of rulers, although the rationale for it as a source of regular demesne revenues had vanished. However a more usual method of coping with fiscal emergencies was to turn to assemblies of subjects to grant additional direct taxation. It was then possible to anticipate such revenues by borrowing on the security of these special «parliamentary» grants or against more normal regular income, most often that from indirect taxation.

The kings of England were particularly fortunate in having an efficient customs system. This was established for Edward I in 1275-6 by Lucasio Natale, and remained essentially unchanged until the sixteenth century. Natale himself came from Lucca and was in charge of the «English» branches of the Ricciardi in London, York, Dublin and Bordeaux. He divided the whole coastline of England and Ireland into thirty four sections. In the central port of each section he placed customs officials who collected duty on all goods leaving or entering the country anywhere along that stretch of coast. The customs dues, principally those on England's

24. «Statuimus quod nos nec successores nostri non recipiamus monetaticum nec quintam ab hominibus ecclesiarum, Religiosorum baronum militem et civium, nisi sicut predicta tempore domini Jacobi quondam bone memorie Regis Aragonum patris noster erat recipi consuetem». *Cortes de los Antiguos Reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña,* I, Catalonia 1064-1327, p. 143.

major export, wool, provided just that sort of regular and certain income from indirect taxation that made Italian businessmen slightly more secure in lending to rulers. Because of grants of direct subsidies from parliament, and more importantly, loans based on the customs, Edward I was enabled to annex Wales, to prevent king Philip IV of France from annexing Gascony, and to sustain a prolonged war with Scotland[25].

The French monarchy is often treated as the paradigm for the development of European monarchies in the thirteenth century. It was lacking, however, in fiscal muscle. Even at the end of the thirteenth century the kings of France, did not have an efficient system of regular indirect taxation. Although Philip IV ruled over a much larger kingdom, his normal revenues were barely greater than those that Edward I received from England. The resources on the strength of which he was able to raise loans were consequently much smaller. Furthermore there was no established tradition of assemblies of estates able and willing to grant substantial direct taxation for war. Philip IV had the opportunity in 1295 of reforming his taxation system. He handed over control of French royal finances to two Florentines, the Guidi brothers, Musciatto and Albizzo. As joint Treasurers, they drew up a budget, proposed new taxes and made plans for a new structure of administration for French royal finances. However, Philip IV did not take their advice. Unlike Lucasio Natale in England, the Guidi never had the opportunity to introduce into France an effective system of indirect taxation on an italian model[26]. Instead, against their advice, Philip IV introduced what was essentially a novel form of direct taxation by embarking on a succession of violent debasements of the coinage, reducing it in weight and fineness to make an instant profit to pay for his unsuccessful attempts to take Gascony from Edward I. From 1295 onwards Philip IV used debasements for ten years as a major source of finance for his wars in Gascony and Flanders. Each time he did so he effectively took a proprtion of the liquid resources of his subjects into his own hands. In 1298-9 the mints provided 60% of his total income.

25. Peter SPUFFORD, «The Role of Entrepreneurs in State Formation in Late Medieval Europe», in Simonetta CAVACIOCCHI (ed.), *Poteri Economici e Poteri Politici secc. XIII-XVIII*, Istituto Internazionale di Storia Economica «F.Datini», Prato, 1999, p. 494; M. PRESTWICH, *The Three Edwards. War and State in England 1272-1377*, London, 1980, pp. 10-18; R.W. KAEUPER, *Bankers to the Crown. The Riccardi of Lucca and Edward I*, Princeton, 1973; M. PRESTWICH, *War, Politics and Finance under Edward I*, London, 1972, p. 205, quoting patent rolls; E.M. CARUS-WILSON-O. COLEMAN, *England's Export Trade 1275-1547*, Oxford, 1963.

26. SPUFFORD, «The Role...», pp. 494-5.

Debasement and its consequences: gainers and losers

When Philip IV reduced the weight and fineness of the coinage in such a novel and severe manner, he upset the relations established over the previous hundred years, with the development of a market economy. Agricultural prices, which were always extremely sensitive to such factors as the quantity and quality of harvests and changed not only from one harvest year to the next, but frequently during the year as well, rose as the perceived value of currency dropped. Wages and payments for services were rather more sticky, but adapted as well. However it was rents that were most likely to be fixed in money of account and unchangeable. Rents and renders which were for fixed sums in money of account automatically brought in less silver. Landlords lost and tenants gained. Creditors lost and debtors gained. From this it follows that different sections of the community reacted differently to coinage debasements.

Rulers themselves, although they gained instantly from debasement, shared the interests of the nobility and higher clergy, since they were generally themselves the largest landowners in their own territories and relied extensively on ordinary revenues which primarily consisted of fixed rents and renders from tenants. In France in 1295 the Guidi naturally disapproved as creditors. They were considerable importers of Italian goods sold in Paris. It was normal for only part of the purchase price to be paid at once, and payment of the remainder to be deferred. They were therefore owed considerable sums at any one time. Furthermore they had made considerable loans to Philip IV in strong currency which had not yet been entirely repaid. They also shared the attitudes of the French nobility since, at home in Tuscany, the Guidi were amongst that group of great Florentine merchant families who had become assimilated to the old aristocracy in the second half of the thirteenth century, and, along with them, were declared *magnati* in 1293 and 1295. By then they had acquired several villages and considerable land holdings in the Florentine contado along with their own castle[27].

Later medieval monetary policies reflected these interests. In times of crisis princes debased the coinage for profit. The kings of France, for example, on a number of occasions between 1295 and 1360, embarked on periods of violent debasement when the expenses of war became too great, but as soon as practicable they returned to strong money. On each occasion the nobility and upper clergy strenuously and effectively voiced

27. Spufford, «The Role...», p. 495.

the concern of all landowners, in various political assemblies, at the consequent catastrophic collapse of the purchasing power of their incomes, particularly in terms of imported luxuries which soared in price. On each occasion therefore there was an attempt to return to the sound money of the preceding period.

In 1303-4, towards the end of Philip IV's first period of debasement, the French bishops, in their *declaratio prelatorum* expressed publicly and not, as Gérard d'Abbeville would have wished, in secret, the desire that the king should not take any action about the coinage without the approval of the bishops and greater barons. Philip IV's first period of debasement was brought to an end in 1306, with an abrupt attempt to return to sound money. This caused rioting. The ordinary working people of Paris, who had seen their rents gradually sink over the previous eleven years, and had become accustomed to low rents, suddenly found their rents tripled by the return to strong money[28]. In 1308 Philip IV was actually to be found asking advice, although not approval, from his subjects on questions of coinage.

At the end of his reign Philip IV embarked on a second period of debasement to pay for his unsuccessful attempts to hold down Flanders by force. In 1313 Jean, a canon regular of St. Victor in Paris, commented that «moneta tam turpiter fuit deformata quod non inveniebant quomodo contractus facerent mercatores unde regnum fuit mirabiliter desolatum»[29]. Gerald Odonis (c.1290-1348), who was a student in Paris at this time, explained why business should be so difficult. He wrote in his *Tractatus de*

28. Various chroniclers give a highly coloured account of these riots. «Le menu peuple de Paris comme foulons, thiesserans, couturiers, pelletiers, courdonniers et plusieurs autres de divers ouvrages firent aliance ensamble pour les louages des maisons que les bourgeois de Paris voulaient prendre en la *forte* monnoie» (*Chronique anonyme finissant 1383*). «Occasione mutationis monetae, scilicet *debilis in fortem*, dampnose seditio praecipue propter locationis domorum». The effect of the strengthening of the coinage was to reduce the value of the gros tournois from 2s.6d. parisis to 10d. parisis, which effectively meant that rents were instantly tripled (*Continuator of Chronicle of Girardi de Fracheto*). According to this chronicler, and the *Chronique anonyme finissant 1356*, Philip IV was besieged in the Temple by the rioting mob. Estienne Babette, bourgeois of Paris, was singled out for particular attention «pour le fait des monnoyes», his house was broken into, his wine barrels staved in, his coffers emptied into the street, where gold and silver plate lay in the mud. Philip IV, had been frightened and reacted violently, and with typical cruelty. Some time after the rioters had been suppressed by force, he is reported to have selected one master from each guild for hanging on specially erected new gibbets outside the city gates. All chronicles quoted from *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, XXI, Paris, 1855.

29. «Memoriale historiarum Johannes Parisiensis canonici regularis Sancti Victoris», in *Recueil*, XXI, p. 658.

Contractibus, that in contracts in which payment was to be deferred the sum ought to be increased to compensate for debasement «In the kingdom of France, merchants suffer loss owing to this delay in settlement, as good money would often be in circulation at the time when they delivered their merchandise, and altered money at the time when payment was made for them»[30]. In the autumn of 1313, there was again a return to strong money «ad antiquum cursum reducere qui fuerat tempore sancti regis Ludovici», and again a «magnum murmur» amongst ordinary people[31].

Royal theory defensively re-iterated and criticised

Philip IV's second period of debasement broke his subjects' confidence in the king's management of the coinage. Philip IV had relied on a traditional viewpoint: «Abaisser la monnaie est privilége seul et special au roi, de son droit royal, et n'appartient a nul autre, mais a lui seul»[32]. However, the way that he exercised this right began to stimulate the beginnings of an alternative monetary theory. In his commentary on the *Sentences* of Peter Lombard, written in Paris between 1310 and 1315, one of the Dominican Masters of Theology in the university, Peter de La Palu (c.1275/80-1342), considered the position of the king with regard to money, when writing in connection with the cardinal virtues. «The king is excused if he alters the coinage owing to the needs of the kingdom, and other ways of replenishing the treasury are more harmful to his subjects - like seamen who all abandon some of their possessions in fear of a common danger. ...But if he institutes money for his own utility and to the detriment of his subjects, he is a *tyrant* rather than a king»[33].

At more or less the same time, in or about 1313, one of his colleagues in the University of Paris, the Spanish carmelite, Guiu Terrena (d.1342), in his commentary on Aristotle's *Ethics* went even further:

> «But money persists in its value as long as it pleases the prince or the community. But I say "as long as it pleases the prince or the community" be-

30. Quoted LANGHOLM, *Economics*, p. 522. In 1329 Gerald Odonis succeeeded the deposed Michael of Cesena as minister general of the franciscans.

31. *Continuator of the chronicle of Gerard de Fracheto*, a Limoges Dominican, in *Recueil*, XXI, p. 39.

32. Lawyer, name not given, quoted by E. BABELON, «La Théorie Féodale de la Monnaie», *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, XXXVIII (first part), Paris, 1909, p. 309.

33. Commentary on the *Sentences*, book III, 33, quoted in LANGHOLM, *Economics*, p. 490. Peter de la Palu was a Savoyard who became nominal patriarch of Jerusalem in 1329.

> cause, as the Philosopher says here (*Ethics*, V) and in *Politics*, I, it is in our power to make money useless, for as it was invented by the consensus of the community or the prince for the use in exchange, ...therefore it can be altered by the will of the prince and the community as long as it yields to the common good, for if this were to be done against the common good and for the good of the prince and so as to harm the citizens, it would be unjust and such a prince would be a *tyrant*»[34].

For both Le Palu and Terrena, a «tyrant» was a term of opprobrium, to be understood in Aristotelian terms, as a ruler who serves himself rather than his people. What is most significant about Terrena, however, is his emphasis on joining the will of the «community» with that of the prince. At this date the «community» of a realm effectively still meant only the rich and powerful. This joining of community and prince was happening at this very time, in the second decade of the fourteenth century in practice.

Change in practice

The rich and powerful were increasingly able to influence policy in assemblies of estates, diets, parliaments, and cortes. In the second decade of the fourteenth century it came to be accepted in many places that the ruler could only change the coinage with the advice of his subjects expressed in the relevant assembly. In Brabant, for example, the duke, Jean III promised, inter alia, in a political crisis in 1314:

> «C'on ne fera ne forgera nul denier dedens Brabant, se ce n'est dedens frances villes et par le conseil desdites villes ou du pays; et ce denier on eswardera et tenra en bon point par le conseil desdites villes et du pays»[35].

Only three years earlier the leading subjects of Edward II of England, in another political crisis, suspecting him of wishing to debase the coinage like Philip IV, decreed:

34. Commentary on *Ethics*, V, 11, quoted by LANGHOLM, *Economics*, pp. 504-5. Guiu Terrena was born at Perpignan, then the administrative capital for the kingdom of Majorca. He was yet another Paris master who rose in the administration of the church. After a spell as General of the Carmelites, he became bishop of Mallorca in 1321. He was a favourite of successive popes and died at the curia.

35. Charte romane, het Waals charter, article 2, quoted in E. LOUSSE, «Les deux chartes romanes brabançonnes du 12 juillet 1314», *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, XCVI (Brussels, 1932) 24.

«Pur ceo qe a totes les foiz qe eschange de monee se fet en Realme tut le poeple est grantement grevez en multz des maners; Nous ordenons qe quant mestre sera et quant le Roi voille eschange faire, qe il le face par comun conseil de son Barnage et ceo en parlement»[36].

Conflict of theory and practice

Thus by the middle of the fourteenth century what had been the dominant monetary theory in western Europe, that not only the right to strike coin, but also the right to regulate the coinage was vested entirely in the prince, had been successfully challenged in practice by parliaments or assemblies of estates in various parts of Europe. They established in practice that coinage should not be changed without the consent of the assembly, just like other forms of taxation.

The difference between theory and practice can be neatly illustrated from the county of Holland. When Count William III fixed the official values for coins current in his dominions in 1330, the preamble to the ordinance said that he did so «in common with our councillors, nobility and towns of Holland, Zeeland, Kennemerland and Friesland»[37]. In 1337 when he made a treaty with Duke John III of Brabant for the introduction of new common coinage in the two principalities, the preamble declared that agreement had been made «par l'assent et l'accord des nobles et des bonnes villes de nos pays»[38].

Nevertheless a totally different line was taken by Filips van Leiden, secretary of the William V, the grandson of William III and the first of the Bavarian counts of Holland. He wrote the earliest work on public law and political theory in the Netherlands about 1355. In *De cura rei publicae et sorte principantis* he emphasised that the authority of the prince derived directly from God. On coinage he pointed out that, as an independent prince, the count of Holland could, keep his coinage unchanged or alter it at will, not only in appearance, but also in weight, alloy and value. The right to mint was a part of his regalia, of which the count *ipse sit solus dispensator*. The count was therefore the exclusive controller of it, and his subjects had no rights to set against him[39]. Although contemporary practice

36. Ordinance 30, 27 September 1311, *Statutes of the Realm*, I, London, 1810, p. 285.

37. «ghemeenliken met onsen ghoeden luden, welgheboren ende steden van Holland, van Zeeland, van Kenemairland ende van Vriesland».

38. J.J. Grolle, *De Muntslag van de graven van Holland*, I, Amsterdam, 1997, documents 2 and 3.

39. Grolle, *De Muntslag*, introduction, unpaginated, quoting from J.A.M.Y. Bos-Rops, *Graven op zoek naar geld; de inkomsten van de graven van Holland en Zeeland 1389-1433*, Hilversum, 1993.

had changed, the theory still remained that of Innocent III, Gérard d'Abbeville and Tolomeo of Lucca. Guiu Terrena might never have written.

In France itself Louis X inherited a crisis situation in 1314, with noble revolts in many parts of northern and eastern France. He was compelled to grant a great number of provincial charters of liberties to the nobility. Almost all of these contained a promise to keep to the «good money of St Louis» and never to change it[40]. Philip V, however, soon broke his brother's promise. In 1318 he began a long period of debasement which lasted until 1330. He and his successors totally disregarded any rights of the community, theoretical or practical, to have any say in the regulation of the coinage. French royal ordonnances could still echo the theoretical formulations of the previous century[41]. In 1347, even in the political disarray after the defeat at Crécy, a French royal ordonnace on coinage, still began stridently and defensively: «A nous et a nostre Majesté royal n'appartiegne seulement et pour le tout, en nostre royaume, le mestier, le fait, l'estat, la provision et toute l'ordenance de monoie»[42]. A decade later Oresme began his attack on this view with the words «Some men hold that any king or prince, may of his own authority, by right or prerogative, freely alter the money current in his realm, regulate it at his will...».

The overall climate of thought was also changing. Durandus of St. Pourçain (ca.1275-1346), another of the Dominican Masters of Theology in the university, in his commentary on the *Sentences* of Peter Lombard, written in Paris as early as 1307-8 opposed the then predominant fashion for Aristotle as interpreted by Thomas Aquinas. Instead he revived Augustine. He was only the most influential of a group of writers starting at the end of the thirteenth century with a larger body of compatible ideas, who were arguing that several Aristotelian categories were not «real» i.e.things in themselves, but only descriptions. This «nominalist» dissatisfaction with realist explanations rapidly gained ground in the second decade of the fourteenth century. Durandus too left the university to become a bishop, and around 1330, as bishop of Meaux, he wrote *De origine potestatem et jurisdictionem* as a contribution to the controversy between John XXII and Philip VI[43]. Nominalism had moved from philosophy and theology to po-

40. SPUFFORD, «Assemblies», pp. 121-2.

41. Sylvain PIRON, «Monnaie et majesté royale dans la France du 14e siecle», *Annales HSC* (1996) 325-54; and «"L'ordenance de monoie". Etude des ordonnances royales sur les monnaies (1285-1498)», *Mémoire de maîtrise*, Paris I, 1991.

42. Discussed PIRON, «Monnaie», pp. 341-6.

43. Like other nominalist works, it had a considerable circulation in the fifteenth century. Around 1430 it was translated into French for Philip the Good of Burgundy by his confes-

litical theory. In the «nominalist» camp, and only a few years younger than Durandus were William of Ockham (c.1285-1347) and Jean Buridan (c.1290-post July 1358). Since alternative schools of thought were emerging in philosophy, theology and political theory, at the same moment as economic and political crisis, the time was ripe for alternative monetary theories to develop further.

Conflicting monetary theories

In the 1350s, in the course of the confrontation between John II of France and a group of his magnates, Nicholas Oresme articulated the rival theory, that money belonged to the people rather than to the prince. This came to be an alternative orthodoxy of the two succeeding centuries.

Nicholas Oresme (circa 1320/5-1382) was a polymath. He was distinguished as a theologian, mathematician, political theorist, and public servant, as well as the author of the single most influential tract of monetary theory in the later middle ages. As a young man he had a successful academic career as a nominalist scholar in the University of Paris before entering public life.

As a student in Paris, Oresme was the most distinguished pupil of John Buridan, and shared many of his master's interests and attitudes. Buridan was also a nominalist and as well as economics was also interested in politics, logic, and natural science, particularly in developing a theory of impetus. By 1348, Oresme was already bursar of the Collège de Navarre, and became master of his college in 1356. It was just before he became master that he came to the notice of the group of magnates then opposing John II's policies, including that of debasement of the coinage. It was probably late in 1355 that he wrote his *Traictie des Monnoies* in French, to support their demands at a meeting of the Estates of the Langue d'oïl in December for a strong money policy. In the estates of March 1357, the same group of «reformers», drawn from the upper clergy and nobility, again demanded the same reforms from the Dauphin Charles, who was acting as regent whilst his father John II was a prisoner of war in England. After the regent escaped from Paris, then dominated by Etienne Marcel, in March 1358, he was joined by this group of landowners. It was

sor Laurens Pignon, at the time when the Council of Basel was being planned. Both Latin and French texts are to be found in Arjo VANDERJAGT, *Laurens Pignon, confessor of Philip the Good*, Venlo, 1985.

their voices that were dominant in the assembly of Estates called by Charles at Compiègne in May. It was about this time that Oresme composed the longer, definitive, latin version of the treatise, the *De moneta*[44]. From 1358, this group of men, led by Guillaume de Melun, archbishop of Sens and Jean de Melun, count of Tancarville, provided the key advisors to Charles as regent[45]. After his father's death in captivity in 1364, he became king as Charles V, and they continued as his principal councillors right through to 1380. Their policies, including a strong money policy, became the policies of government. Strong money was linked with an alternative form of taxation, the *taille*, which for the first time provided an effective fiscal base for the French monarchy. Oresme's treatise, originally written as a tract for the oppostion, in its revised form became a standard text for government monetary policy in France.

The cornerstone of Oresme's new monetary theory, expressed first in his *Traictie des Monnoies* and elaborated in his *De moneta*, was that coinage belongs to the community not to the prince; and the climax of his argument was the demonstration that although the prince might not alter the coinage, the community might do so in any way that it wished. Although he affirmed that the consequences of debasement were harmful, the community might even resort to debasement in emergencies. However the community alone had the right to determine what constituted an emergency, and should be assembled by the prince. If the emergency was so imminent that the people could not be called together, the prince might not change the coinage of his own authority, but had to resort to other means of raising money.

What was novel in Oresme's formulation was its presentation as a political tract in French, as well as many of its political conclusions. In his introduction to the *De Moneta* he explicitly stated that he was writing «secundum philosophiam Aristotilis». He was consciously drawing on, and sharpening up, arguments that had been evolving in the university ever since Le Palu and Terrena had reacted against Philip IV's second round of debasements over forty years before. The academics who followed them most frequently expressed their arguments in their commentaries on Aristotle's *Ethics* and *Politics*, and in *Quaestiones* on them. The most influential of these academics was Oresme's own master, Jean Buridan, whose questions on the *Ethics* are dated by Langholm «squarely in the period

44. Nicholas Oresme, *De Moneta*, ed. Charles Johnson, Edinburgh-London, 1956.

45. Raymond Cazelles, «La Stabilisation de la monnaie par la création du franc (décembre 1360)- blocage d'une société», *Traditio*, XXII (1976) 293-311.

when Oresme was thought to have been his student». It was of course also the time at which Philip VI was engaging in debasement to pay for his wars against Edward III of England, from 1337 to 1343 and again, after his defeat at Crécy, much more severely, from 1346 onwards. The immediate source for much of the academic material that Oresme developed so vigorously in his polemic treatise is to be found in Buridan's question on *Ethics* V, 17[46].

Oresme himself entered royal service, as one of Charles' chaplains. He was sent by the king on diplomatic missions, for example to Urban V to persuade him not to leave Avignon. He also put his scholarly abilities to practical use, and is probably best known for his influential commentaries on Aristotle's *Politics*, *Ethics*, and *Economics*, particularly on the *Politics*, and for his translations of them, from Latin into French, which he prepared for Charles V of France in the 1370s[47]. He is nearly as well known for his mathematical works, particularly on mechanics (gravity and inertia), in which he was a precursor of seventeenth century developments, and on astronomy. He wrote a tract against astrology. In addition he was well known in his own lifetime for his sermons and his theological works, particularly on Christology. As a reward for his services to the crown and the church, he was made in turn canon of Rouen in 1362, dean of Rouen in 1364 and bishop of Liseux in 1377, all in his native Normandy.

Oresme's alternative formulation became a new orthodoxy for the next two centuries, but older notions of coinage as solely in the hands of the ruler continued alongside the newer theory. Even in the court of Charles V himself the two conflicting views both had their place. In one of the collection of late thirteenth and early fourteenth century French anti-papal tracts assembled for Charles V as the *Songe du Vergier*, absolute control of coinage and currency appears amongst a list of royal rights, which belong to the crown, rather than to the king for the time being. Consequently no individual king for the time being has any power to diminish rights which are greater than he. To alienate such rights would diminish the office which is greater than himself. Although I do not believe that the date and origin of the passage which lists inalienable royal

46. Odd LANGHOLM, *Wealth and Money in the Aristotelian tradition*, Norwegian Universities Press, Oslo, 1983. For dating Buridan's commentary on the *Ethics*, LANGHOLM drew on James J. WALSH, «Some relationships between Gerald Odo's and John Buridan's Commentaries on Aristotle's "Ethics"», *Franciscan Studies*, XXXV (1975) 237-75.

47. Susan M. BABBITT, «Oresme's *livre des Politiques* and the France of Charles V», *Transactions of the American Philosophical Society*, LXXV (part 1), 1985, pp. 1-158.

rights has yet been pinned down precisely, it seems to come from the period of the Assembly of Vincennes of 1329 which provoked much controversy. It is very interesting that at the same time that Oresme was serving the king, Charles V should have had this compilation put together. It was completed in Latin in 1376, and translated into French in 1378. On money, it says that responsibility for moneyers and all others necessary for the minting of coin belongs to the crown «en tout son royaume, seul et pour le tout». By extension, the right to punish forgers of coin and those who contravened ordinances concerning coinage, also belongs to the crown[48]. However, what it does not seem to say is that the right to change the coinage belongs to the crown alone.

Whilst John II was still successfully using debasement of the coinage as a source of emergency finance in France, Pedro «the Cruel» embarked in 1354 on a similar series of debasements in Castille to pay the troops he was using to suppress revolts amongst his nobility. This was a break with a tradtion of stable currency in Castille[49]. Debasement continued when these revolts evolved into a fully fledged civil war between Pedro and his half-brother Enrique, count of Trastamara. In the 1360s both sides contracted major captains, and their contingents, made available by peace in France, and both sides issued debased coin to pay them. Members of the nobility naturally complained «These coins caused a great deal of harm for a considerable time, because things became so expensive»[50]. When peace returned in 1371 the coinage was re-stabilised for fifteen years. At the Cortes of Toro, the noble faction who had supported Enrique of Trastanmara, began to receive the reward for their support. The nominal value of the base coin issued by Henry and Pedro during the Civil War was reduced at one stroke to what it had been, and new «strong» money issued in its place. Like Charles V of France, his ally and Oresme's patron, Enrique ruled in close co-operation with his nobility. His reign was marked by his singular generosity to them in gifts of lands and privileges. It was at the same time an oasis of monetary stability for them between the two great fourteenth century waves of debasement.

Not surprisingly, Pedro IV of Aragon (king 1336-87), was tempted to follow a similar policy of debasement, despite the long tradition of stable coinage in Aragon. However, he was constrained by noble constitutional-

48. *Le Songe de Vergier*, ed. M. SCHNERB-LIÈVRE, Paris, II, 1982, chapter CCLI.

49. This should be read in the context of Professor Ladero Quesada's paper tomorrow morning, printed below.

50. Pedro López de Ayala, cited by Angus MACKAY, *Money, Prices and Politics in Fifteenth Century Castille*, Royal Historical Society, London, 1981, p. 94.

ism, even though, early in his reign, he had defeated a noble coalition and abrogated the general privileges conceded by Pedro III in 1283 and 1287. However a long sequence of wars, principally with Castille from 1356 onwards, meant that Pedro IV was always in need of funds until a final peace was made with Castille in 1375. By the end of the war the royal patrimony had been dissipated. Pedro IV had used the Zaragoza mint to produce some much needed income by striking even baser imitations there of the increasingly base Castilian coins[51]. However, he soon became reliant on the Cortes of Aragon for funds. He summoned them fifteen times after 1350 and became so dependent on them, and on the Corts of Catalonia, that he lost the initiative to them in policy and finance. As far as coinage was concerned the Aragonese nobility complained at the Cortes of Zaragoza in 1372 that even minting imitation Castilian coins infringed their rights. When peace returned in 1375 he tried to counteract the baronial preponderance in these assemblies by promoting lesser knights and dependants, but by the death of Pedro IV in 1387 it was clear that the power of the crown had been sapped at the expense of the nobility. Tom Bisson concluded «Thus the ruler who had begun his reign attempting to enhance his prerogative with Castillian law ended up bound by constitutions»[52].

It is not surprising that the coinage of Aragon continued as a stable, strong, coinage, until 1454. In countries like Aragon or England in which kings and nobility generally had a community of interests and worked together there was little conflict of interests over the coinage and monetary theory was muted. Although community control of coinage was not expressed theoretically, it existed in practice through the action of landowners and other interested parties in parliaments and cortes.

Oresme's theory ascendant

The late fourteenth century and the early fifteenth marked the high water mark of the power of parliaments, diets, cortes and other assemblies of estate. The early fifteenth century also saw the dominance of general councils of church over a monarchical papacy. The councils were accompanied by a wealth of theoretical writing, provoked by the crisis of author-

51. The king made a profit of up to 35% on these issues. His father, Alfonso III's gross seigneuriage on his own coinage in Catalonia was 1.68% in 1322-7 and 1.2% in 1327-36. The net income was virtually nil, since the siegneuriage was mostly used to pay the wages of mint officials, and maintain the the mint buildings. Apparently the seigneuriage also paid tithe to the bishop! Crusafont, *Numismatica*, p. 90.

52. Bisson, *The Medieval Crown*, p. 118.

ity in the church. There were numerous elaborations of the ascending theories of authority, stemming from Durandus, Marsiglius and Ockham.

Oresme's treatise had a wide circulation. Copies of the *de Moneta* were available, and referred to, in the libraries of princes, like John the Fearless of Burgundy and Flanders, and influenced monetary policy in practice. The *De Moneta* was naturally also to be found in the libraries of universities and academics and its contents became part of the common stock of academic discourse. At Paris, Oresme's views were naturally taken up by other nominalists who came to dominate thinking at the end of the fourteenth century. Oresme's views were subscribed to by such writers as Henry of Langenstein, who, significantly, also wrote in favour of summoning a general council to cope with the great schism in the church. Views favouring «community», effectively «magnate», control of the coinage fitted well with views favouring conciliar control of the church. This line was taken not only in Paris, but also at Padua and Bologna by Nicolo de Tudeschis, the greatest canon lawyer of his day, who in 1435 became archbishop of Palermo, and hence *Panormitanus*. He too favoured conciliar control of the church, and led the «Aragonese» delegation to the Council of Basel, working against the papal claims of Eugenius IV, until his king, Alfonso, ordered him to desist, at the expense of his conscience[53]. Panormitanus explicitly acknowledged that the alteration of the coinage was a form of taxation, and therefore, like Oresme, he allowed for alteration of coinage in weight or fineness, for the defence of the state, *with the consent of the people*. He went further than Oresme in defining what he meant by *the people*. The consent of the majority of the magnates by themselves was not enough, since it was a matter which concerns all individuals. «Alteration of the coinage is the most general form of *taxation*, embracing all classes, clergy and laity, noble and commoner, rich and poor alike». Like Oresme he insisted that «after the collection of the required amount, the currency should be restored to its former state, since cause and effect should cease together»[54]. For the first time a monetary theorist was prepared to extend the concept of the community beyond the rich and powerful.

Monetary theory muted in city states

The conflict of interests so evident in monarchies between princes desperate for war finance, noble landowners and others on fixed in-

53. Alan Ryder, *Alfonso the Magnanimous*, Oxford, 1990, pp. 215, 235.

54. Quoted with approval later in the fifteenth century by Gabriel Biel, *Treatise on the Power and Utility of Money*, trans. R.B.Burke, Philadelphia-London, 1930, pp. 34-5.

comes, and those engaged in commerce was hardly apparent in many north Italian states and in Catalonia since they were politically dominated by narrow oligarchies with interests both in land and in commerce and industry. The government, the landowners and the greater merchants formed a single group. Government was indeed a «conspiracy of riche men procuringe their own commodities under the name and title of the Common Wealth»[55]. The possibility of collecting frequent compulsory, but interest bearing, loans from the richer citizens gave a simpler alternative to debasement for raising war finances rapidly. Routine expenditure, and indeed the interest on the loans, was paid for from indirect taxes. The compulsory loans which were introduced in Venice first, in the thirteenth century, were initially repaid as rapidly as possible when peace returned, but quite soon evolved into a pattern of transferable state bonds, which were consolidated in Venice, in Genoa and in Florence without expectation of redemption. Elsewhere, as in Milan, Verona and Vicenza, they were not consolidated. For a very long time this pattern of indirect taxation and interest bearing bonds, far from damaging the interests of the richer citizens, was actually beneficial to them. It was only in the fifteenth century that the system of *prestanze* began to break down under the burden of interest payments. In the period when *prestanze* could easily be raised, the coinage remained stable. A century or more of monetary stability came to an end in Genoa and Bologna in the 1420s, and in Florence and Siena in the 1430s, when the costs of renewed war overwhelmed the system of loans. In Venice stable currency survived until the 1450s, but eventually direct taxes had to be levied and the coinage gradually to be reduced in value to provide an income.

In Catalonia, in emergencies, the city of Barcelona raised money by selling interest bearing bonds from 1326 onwards. The bonds were of two sorts, perpetual and limited to the lifetime of the purchaser. The former, *censal*, could be passed on to heirs or sold and carried interest at 7%, a high rate by Italian standards[56]. The latter, *violari*, carried interest at

55. Applied to late medieval Italy by Philip JONES, in «Communes and Despots: the City State in late-medieval Italy», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5th.ser., XV (1965) 71-96.

56. Although the Venetian funded debt nominally yielded 5% or less, yet when, as in 1412/13, the market price of the credits was only a little over 40%, the actual yield rose above 7%. Reinhold C. MUELLER, *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice, II, The Venetian Money Market,* Baltimore, 1997, graph p. 557. When the market sank even lower in the following decade, the yield was even higher - if it was paid, for the market price largely sank because interest was frequently being paid late and sometimes not at all. MUELLER, *Money,* II, pp. 474-5.

15%[57]. As in the northern Italian states, the loans were initially repaid, but from the mid-fourteenth century consolidated into a perpetual public debt, the interest on which was met from indirect taxes. Because emergency finance could be raised in this way, it was possible to keep the money of Barcelona stable from the 1310s until the 1460s.

The city of Majorca was also able to do the same. By 1372 nine tenths of the city's regular income was sused to service its public debts. Majorca's bonds were invested in by people outside the ranks of its own citizens, particularly investors from Barcelona. Around 1400 32,000 li. a year was being sent as interest to Barcelona[58].

In the southern Netherlands the great cities, particularly those in Flanders which dominated the political life of the county, also sold interest bearing bonds when they wished to raise money in an emergency. The rulers of principalities, like the counts of Flanders had largely to rely on funds raised through the cities. As in Barcelona these interest-bearing bonds, or *renten*, could be either «perpetual» or «for life». As in the north Italian or Catalan cities the interest came to consumed a large and increasing proportion of the ordinary revenues of the cities, which were primarily in the form of indirect taxes. The cities of the Netherlands were each dominated, as in northern Italy, by relatively small groups of great familes who combined both rural and urban landowning with commercial and industrial activities and partial reliance on *renten* for their income. Such families needed unchanging coinage. Indeed, across all these states, the holders of monte shares, *censal*, *renten* needed stable coinage since they depended on fixed incomes. Their states, on the contrary, as payers of interest liked slight erosion of the the value of money, so the corporate interests of the cities were opposite from that of the citizens who ran them, as individuals. However, in view of the general consensus of opinion there was no cause for the elaboration of monetary theory in these places.

The revival of princely authority

After the Council of Constance a revival of papal authority began during the second quarter of the fifteenth century, despite claims for conciliar authority put forward at Basel. In the course of the century there was also a revival of monarchical political authority in many parts of Europe. This was accompanied by a re-emphasis on papal and monarchical politi-

57. Bisson, *The medieval Crown*, p. 171.
58. J.N. Hillgarth, *The Spanish Kingdoms 1250-1516*, II, Oxford, 1978, p. 14.

cal theory. In the Regno, for example, the humanist Panormita, Antonio Beccadelli (1394-1471) from Palermo, was writing in the 1450s to provide ideological justification to legitimise the extension of royal power by Alfonso the Mangnanimous.

The fifteenth century also witnessed widespread debasement in many other European countries besides Castille and France where there were fresh waves of debasement. Some of the worst debasements were in Castille[59]. Between 1429 and 1441-2 debasement helped finance the internal struggles of Juan II and Alvaro de Luna against the Aragonese party among the Castilian nobility. Between 1463 and 1471-3 further debasement helped maintain Enrique IV and his favourites in their struggles with the nobility.

The régime of Juan Pacheco, marquis of Villena, in the middle of the fifteenth century, provided an oasis of monetary stability between the two fifteenth century waves of debasement, as a conscious attempt once again to link the interests of the nobility with those of the crown. Even if Oresme's writings were not, to my knowledge, explicitly used by the rulers of Castille, as they were in France and the Netherlands, the ideas enshrined in them informed the policies of Villena in the 1450s, as they had done Enrique II in the 1370s.

The eventual stabilisation of the Castilian coinage in 1471-3 also coincided with the beginning of a fresh period of co-operation between crown and nobility, as well as the beginning of the slow rebuilding of other sources of royal revenue under Isabella. When there was a return to «strong» money, those who lived from labour expressed their concern, much less effectively, by rioting, for example in 1391 and in 1473[60].

In France, where the *taille* had been abolished at the death of Charles V, there was once again no substantial source of royal income. The three rival governments at the end of the reign of Charles VI, were again reduced to use the coinage as a source of finance. They competed by offering higher and higher prices for bullion, and minting more and more worse coin from it, in order to generate profits to pay the troops with which they were fighting each other. The different administrations returned to «strong» money as soon as they could afford to do so. Those of Henry V, and of John the Fearless in the name of Charles VI, did so in December 1420 after the Treaty of Troyes, and provoked rioting in Paris when rents rose eight-fold as a consequence. In the parts of France con-

59. For the fifteenth-century debasements and their consequences see Miguel Á. Ladero Quesada, below, and MacKay, *Money*.

60. MacKay, *Money*, pp. 101-4 and «Popular Movements and Pograms in Fifteenth Century Castile», *Past and Present*, LV (May 1972) 33-67.

trolled by the Dauphin debasement continued longer. At its worst the ostensibly silver gros only contained 3% of silver. Alain Chartier in his *Quadriloque invectif* of 1422 put a picturesque simile into the mouth of his knight who was suffering a catastrophic decline in the real rents he was able to collect. The peasant's purse was «like the cistern which has gathered and is gathering the waters and gutters of all the wealth in the kingdom»[61]. The dauphin, newly crowned as Charles VII, eventually managed to return permanently to strong money in 1429. The *quid pro quo* of acceding to the nobility's demands for strong coinage was an alternative form of taxation. The re-introduced *taille* enabled Charles VII to finance the armies necessary to drive the English from France without again tampering with the coinage[62].

In the fifteenth century debasement spread from France and Castille to many other parts of Europe, Milan, Poland and Bohemia for example, and became a more common way of raising emergency finance, particularly when many other forms of princely revenue were shrinking.

In Milan the external wars from Gian Galleazzo Visconti to the Peace of Lodi were partially paid for by debasing the currency. The value of good gold coins nearly tripled in debased silver between the 1390s and the 1450s. In Poland there was debasement up to the 1440s. The pause in the war against the Turks in 1444, allowed a return to stronger money. In Bohemia there was run-away debasement in 1465-9 whilst George Podebrady was fighting the «crusaders» against his Hussite government. Part of the peace dividend in 1470/1 was a return to sound money.

The renewal of community theory by Gabriel Biel

In the fifteenth century Empire the standard gold coins were the gulden issued on the same standard by the emperors in their few remaining imperial cities and by four of the electors, the archbishops of Cologne, Mainz and Trier and the Elector Palatine. Together with some cities and other less important princes, the electors subscribed to a series of monetary agreements to provide a common currency in gold for the whole Empire and in silver for the Rhineland. Neither gold nor silver coinage remained stable in the last third of the fifteenth century. They both deteriorated. Their metal content was reduced frequently although not dramatically. The amount of gold in the gulden was reduced three times. In 1464, 68 gulden were struck from the Cologne mark of alloyed

61. Quoted by P.S. Lewis, *Later Medieval France*, London, 1968, p. 56.
62. For the period 1417-29 in France see Spufford, *Dinero*, pp. 396-9.

gold, 19 carats fine. By 1500, 71 1/3 gulden were struck from the Cologne mark of alloyed gold, now only 18 carats fine. The «fine» silver coinage, of weisspfennige or albus, deteriorated much faster. In 1464 24 weisspfennige were worth a gulden, as they had for nearly forty years. By 1500 the reduced gulden was worth 43 of the reduced weisspfennige. At a lower level still, that of small change, the heller had reduced even further. In 1464 the weisspfennig was worth 12 heller, in 1500 the greatly reduced weisspfennig was worth 20 heller.

It was against this background of the erosion of value in the currency that Gabriel Biel of Speyer (c.1410/15-1495) was writing. In 1464 he was already in his early forties and at the height of his powers as probably the most popular preacher in the Rhineland, based at the Cathedral in Mainz. After being priested, he had studied in the faculty of arts at Heidelberg (B.A. 1432-5; M.A. 1435-8; «instructor» 1438-41). Early fifteenth century Germany saw a revival of Thomism and universities were split between camps. There were those who followed the nominalist *via moderna*, relying heavily on the writings of Ockham and Buridan, and those who followed the realist *via antiqua*, relying heavily on the writings of Thomas Aquinas and Albertus Magnus. Biel had gone on from Heidelberg to study in the faculties of theology of the Universities of Erfurt and Cologne, both predominantly nominalist. By the time Biel arrived the realists had been expelled from Cologne, and it was there that he acquired his texts of Ockham. Biel was to become an articulate spokesman of the *via moderna*, although he was prepared to draw discriminatingly from the thought of the *via antiqua*. Around 1464 he joined the Brethren of the Common Life. In 1484 he was recruited as «ordinarius theologie» at the university at Tübingen, newly founded by Eberhard I, the Bearded, count, and later duke, of Württemberg. He had become in turn a charismatic and vastly influential Professor, responsible for giving nominalists preeminence within the university. He was twice Rector of the university, before retiring to die at one of the houses of the Brethren in 1495. He was later called the «last Scholastic». He was astonishingly erudite and knew a vast range of the writings of the later middle ages intimately. He was notoriously eclectic, although essentially a nominalist. His work was heavily built on that of Ockham. He had a huge influence through his teaching and writing, and was one of the key channels for passing on the learning of the middle ages to Reformation Germany[63].

63. Heiko A Oberman, *The harvest of medieval theology: Gabriel Biel and Late Medieval Nominalism*, Harvard U.P., Cambridge, Mass., 1963, pp. 9-26.

His short *Tractatus de potestate et utilitate monetarii*, possibly written at Tübingen around 1480, exhibits this vast learning in a very short space. In this treatise Gabriel Biel brought together Oresme and the canon lawyers. He took the *Corpus Juris Canonici* as a standard authority, and particularly used Panormitanus. But he also quoted Pope Innocent III, the Decretist Huguccio (d.1210), the Decretalist Hostiensis (Henry of Susa, Cardinal Bishop of Ostia, 1262-71, the reviser of the *glossa ordinaria* on the first five volumes of the *Corpus Juris Canonici*), Johannes Andreae. who in 1301 and 1322 produced the *glossa ordinaria* for the additional sixth and seventh volumes of the *Corpus Juris Canonici*, and Bartolus of Sassoferrato. He also quoted Aristotle and Cassiodorus from antiquity. He addressed the question «whether a man commits a mortal sin ... if he falsifies money or alters it» and offered «a clear and safe decision with regard to doubts» including «under what circumstances may a prince alter money or its value for his own gain?». This was a very proper question to ask in the light of the erosion in value of currency in the Rhineland at the time he was writing. In Württemberg itself at this time there was something of a new constitutional order as a consequence of the splitting of the county between two branches of the ruling family (based at Urach and Stuttgart), the impoverishment of both cousins and their attempt to create resources out of all sorts of rights, the minority of Eberhard and his tutelage by the nobility, and Eberhard's inheritance of the reunited county of Württemberg with the consent of the estates and under the domination of the nobility. The flavour of the moment was the authority of the «people» expressed through the assembly of estates and various noble committees. The newly established assembly of estates of Württemberg were in the full flush of their new ascendancy and the interests of those who wanted «strong» money were paramount[64]. Gabriel Biel's little *Treatise*, however learned and drawing on precedent, chimed in precisely with the wishes of this group, since for him, like Oresme, authority to regulate the coinage was vested in the community. In it he quoted (St) Antonino, archbishop of Florence from 1446-59, «Since money was invented and introduced for the good of the community, it is fitting that money should be coined by the ruler of the community ... but money in circulation among the people is not his, nor is he (the prince) himself the owner of the money current in his domain. For money is the medium of exchange for natural riches and the equivalent of them. Therefore money belongs to those who have the natural riches». Gabriel

64. F.L. Carsten, in *Princes and Parliaments in Germany*, Oxford, 1959, devoted a long section to the Estates of Württemberg, from 1457 onwards, pp. 1-148.

Biel then went on to quote Oresme with approval «Authority to fix the value of money or the rate of one denomination to another should not be vested in the prince, but in the community to which the money belongs»[65]. This had a contemporary relevance to Gabriel Biel in view of the changing relationships between the Rhinegulden, the weisspfennig and the heller when he was writing.

Gabriel Biel, like Panormitanus whom he cited, explicitly acknowledged that the alteration of the coinage was a form of taxation, and therefore, like Oresme, he allowed for alteration of coinage in weight or fineness, for the defence of the state, *with the consent of the people*, and quoted with approval Panormitanus extended definition of *the people*.

He did not mince his words in calling a contemporary abuse, theft: «If a prince should reject valid money, in order that he may buy it up more cheaply and melt it, and then issue another coinage of less value, attaching the value of the former currency to it, he would be guilty of *stealing* money and is required to make restitution»[66]. He did, however, concede that it was lawful to alter the coinage in a limited number of circumstances, the most significant of these is one which we have already recognised: «If the old money should be depreciated by excessive length of service and lessened in substance and weight by constant handling, new money should then be coined, differing from the old money in lawful weight»[67].

Meanwhile the Emperor himself, the very impoverished Frederick III, was debasing the coinage in his home duchy, Austria, up to the 1470s. Only after peace was made with Charles the Rash of the Netherlands, was Frederick able to afford to stabilise his coinage at home, and even improve it slightly. Frederick's son Maximilian (born in 1459) therefore grew up with currency manipulation at home in Austria, and next door in the Tyrol, as well as in Bohemia, as well as elsewhere in the Empire. When he married Mary of Burgundy, the ruler of the Netherlands, he moved to a part of Europe which, despite the aggressive campaigning of Mary's father, Charles, had been firmly attached to «strong» money for a long time. This tradition was maintained in Mary's reign despite the expense of continually defending her lands against the armies of Louis XI of France. However, after Mary's death, Maximilian claimed the regency for his infant son, against the wishes of many of his leading subjects, and the

65. Biel, *Treatise*, trans. Burke, pp. 31-2.
66. Biel, *Treatise*, trans. Burke, p. 32.
67. Biel, *Treatise*, trans. Burke, p. 27, and see above.

Netherlands dissolved into civil war. Maximilian drawing on his experience at home in Austria, debased the coinage in order to pay the German mercenaries he employed in attempting to subdue his son's subjects[68]. The contemporary official chronicler Molinet describes the end of the debasement:

> «A cause de l'entretenement et nourreture des guerres dures et austères ès pays de monseigneur l'archiduc, les monnoyes estoyent tellement montées en valeur gue une pièche d'or valloit trois, samblablement d'argent, qui estoit grant dhommage et desplaisir tant pour *ceulx avoyent rentes comme pour des gens d»eglises*... qui estoit chose exorbitant et hors de règle, dont pluseurs consaulx et assemblées se tindrent á Malines sur le reduction d'icelle, Jehan de Lannoy, abbé de Saint-Bertin, chancellier de la Thoison d'Or, principal directeur de ceste matière, fir convocquier de pluseurs quartiers gens experimentéz en ceste faculté, affin d'y remedier ou mieulx que possible seroit»[69].

As a member of one of the principal aristocratic families of the Burgundian Netherlands, and head of one of the greatest land-owning abbeys, Lannoy was speaking for all those «who lived from rent»[70].

In the 1490s the new ruler of the Netherlands, Mary of Burgundy's son by Maximilian, Philip the Handsome, revived the traditional alliance of ruler and greater nobility in the Netherlands forged by his ancestor and namesake Philip the Good. The alliance of monarchy and nobility at the end of the fifteenth century had consequences for coinage not only in the Netherlands, but also in France and Castille, where Philip the Handsome briefly succeeded his mother-in-law Isabella. When there was a community of interests, expressions of monetary theory were muted.

Oresme and Biel in the Sixteenth century

A community of interests did not however exist everywhere in early sixteenth century Europe. Biel's *Treatise* was still felt to be applicable. It was printed several times, for example at Oppenheim in 1516, and at Nuremberg in 1542, and circulated widely. Biel was so closely associated

68. Peter Spufford, *Monetary problems and policies in the Burgundian Netherlands 1433-1496*, Leiden, 1970.

69. *Chroniques de Jean Molinet*, ed. G. Outrepont-Omer Jodogne, III, Académie Royale de Belgique, Brussels, 1937, cap. CCXI, p. 173.

70. Spufford, *Dinero*, pp. 401-4, summarising Peter Spufford, «Coinage, Taxation and the Estates General of the Burgundian Netherlands», *Standen en Landen*, XL (1966) 61-87.

in men's minds with Oresme that when in 1605 Marquard Freher, a former Professor of Law at Heidelberg, but by then a key figure in the council of the Elector Palatine Frederick IV, published an appeal to the Emperor, the Electors and other princes of the Empire to return to and stay with sound money of good gold and silver, he added to his appeal, as proving his point, the full texts of the *De Moneta* of Oresme and the *Tractatus* of Biel, with explanatory and amplificatory annotations[71].

Biel's and Oresme's lines of argument were used again in the sixteenth century. The works of both were available in print, and their ideas clearly informed sixteenth century writers, even when they were not quoted directly. New formulations of similar ideas can be found as far apart as Prussia and England, when similar circumstances drove writers to similar conclusions. In 1526 Nicholas Copernicus in his *Monete Cudende Ratio* reaffirmed «Coinage is not to be changed without the mature counsel of the magnates and their unanimous approval».

In England, which, like Aragon, had for so long been an exemplar of the community of interest between crown and nobility in maintaining «strong» coinage, Henry VIII under the threat of a French war debased the coinage for the first time for six centuries. At the beginning of the reign of his son Edward VI, under the regency of the Duke of Somerset, the debasement continued. This was not a very violent debasement by the standards of France or Castille, but it was sufficiently startling for the English. In 1549, Sir Thomas Smith, like Oresme two centuries earlier, wrote a tract for the aristocratic party in opposition. His *Discourse of the Common Weal of this Realm of England* was couched in the newly popular renaissance form of a dialogue. Amongst other themes he rehearsed arguments on money very similar to those of Oresme and Copernicus, the intention of which was to advocate a strong money policy and so to obviate the deleterious effects of inflation on the spending power of landlords.

In October 1551 the aristocratic party took power and England returned to a strong money policy. However Edward VI died before the old weak currency had been reminted. For a decade England had the unsatisfactory currency of new «strong» coinage and older debased coins circulating together. At the beginning of Elizabeth's reign, in 1558-60, many of the old aristocratic advisors who had been out of favour, or even in exile during Mary's reign, returned to prominence, and Sir Thomas Smith pro-

71. Marquard FREHER, *De re monetaria veterum Romanorum et hodierni apud Germanos Imperii*, Lvbdvni (sic), 1605. The Cambridge University Library copy was bought within months of publication by Sir Thomas, later Lord, Knyvett, warden of the English mint since 1599.

duced a revised version of his *Discourse*. The return to «strong money» of 1551 was completed in 1561 by a demonetisation and reminting of the debased coinage of the late 1540s. Smith's tract seems to bear the same relation to practice in mid-sixteenth-century England as Oresme's had had in mid-fourteenth-century France. Both eloquently expressed the views of a political faction at a time of political and economic crisis[72].

Conclusion

Medieval monetary theories therefore were generally rationalisations of the interests of particular groups of men. We must therefore look at the writings of theorists and the preambles to monetary ordinances with an awareness that they are not neutral but partisan.

By the middle of the fourteenth century men were already conscious that different groups in society had conflicting interests in coinage. Here in Navarre, in May 1340, both the Treasurer General and, Paule Girardy, Philip III's Florentine «Maître des Mines du Roi», advised him in almost identical terms about mining and minting[73]. Patently one had borrowed from the other, most probably the Treasurer from the mining engineer, or both from some as yet unidentified third party[74]. They divided society into three categories, those who live from the work of their hands, who benefit from weak money; those who have landed-rents and fixed incomes in money of account, who wish for strong money; and those who engage in commerce who wish for a middle sort of money. The interests of princes, as the greatest landowners in their principalities, normally coincided with those of others who lived from land-rents, but in times of crisis their interests were quite the opposite, as they could benefit very considerably

72. Peter SPUFFORD, «Münzverschlechterung und Inflation im spätmittelalterlichen und frühneuzeitlichen Europa», in Michael NORTH (ed.), *Geldumlauf, Währungssysteme und Zahlungsverkehr in Nordwesteuropa 1300-1800*, Köln-Wien, 1989, pp. 109-26.

73. Paule Girardy 13 May 1340. Pamplona, Archivo General de Navarra, Archivo de la Cámara de Comptos, Comptos del Tesorero, Cajon 24, n. 38, II, exhibited Estella, in exhibition arranged by Dr Eloísa Ramírez for XXVI Semana de Estudios Medievales, *Monedas Medievales de Navarra*, document 2, discussed in Earl J HAMILTON, *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragon and Navarre, 1351-1500,* Harvard Economic Studies, Cambridge, Mass., 1936, p. 204. Guillermo LE SOTEREL, also 13 May 1340, Archivo General de Navarra, Pamplona. Comptes, Cajon 24, n. 38, I, transcribed in Beatrice LEROY, «Théorie Monétaire et extraction minière en Navarre vers 1340», *Revue Numismatique*, 6th. ser., XIV (1972) 109-18. Partially translated by Dr Eloísa Ramírez in exhibition catalogue p. 44.

74. Professor Juan Carrasco will no doubt have more to say about the circumstances of this advice being given on Friday, see below.

from debasement of the coinage. They advised the king that it was in his best interests to return to strong money as soon as a crisis was over.

Let me end by quoting one of these May 1340 documents. In this Guillaume le Soterel, as Treasurer General, set down for his king, Philip III, of Evreux, the divergent interests of rulers and of three different types of subject:

> «Par tout le monde sont de III manieres gens de quoi chascun vouldroit monnoie a son avantage. Et sont IIII manieres de monnoies. Et je vais dire quels sont les manieres de gens, et quels sont les monnoies.
>
> »La premiere maniere de la gent sont tous ceuls qui ont rente de sobre, cest que dessus les despens li demeure de sa rente; especialement ceuls qui ont les rentes en deniers. Ceste maniere de gens vouroient bien l'une maniere de monnoie, cest monnoie de fors aloy ... [Since these are the most vocal group in society we have seen numerous examples of this group from the archbishops and bishops of Philip IV to the nobility of Copernicus' Prussia and Thomas Smith's England]
>
> »L'autre maniere de gens sont tous ceuls qui usent marchanderie, qui voudroient autre maniere de monnoie. C'est monnoie moiegne ... Toutefois marcheaudisse n'est bone si non quant la monnoie est en moien estat ... [We have not seen much evidence of this]
>
> »L'autre maniere de gens sont tous ceuls qui vivent du travail de leur corps. Ceuls yci voudroient avoir une monnaie menue ... Toutefois quant il court monnaie qui n'est forte toutes les choses se tournent a commun marchie, et tousiours se trouve assez de monnoie ... [We have seen the common people of France and Castille rioting when their weak money was taken away from them]
>
> »La quarte monnoie voullent les seigneurs quant ont guerre, et a donc peut faire monnoie tant foible comme il veult pour avoir a despende et a paier a sa gent pour deffendre soi et sa gent et sa terre. Mais a la fin de sa guerre, doit recouvrer la dicte monnoie, celle qui se trouvera par le pris de la bone premiere, se ne veult avoir pechie de son peuple. [We have seen rulers from Philip IV of France to Henry VIII in England do just this]».

It is not clear if this was a novel formulation in 1340, but it brings together many of the elements that informed monetary practice and theory in the last centuries of the middle ages. Different sections of society were differently effected by «strong» and «weak» money from the thirteenth century onwards. Expressions of monetary theory to represent their reactions was principally bred by political and economic crises.

Monnaies et politiques monétaires en France (XIIe-XVe siècle)

Marc BOMPAIRE

C'est une vaste période qui, pour l'histoire monétaire comme pour la numismatique de la France[1] correspond à deux grands chapitres.

— Le temps des monnaies «féodales»[2] —terme consacré par l'usage, bien qu'impropre.

— Le temps des monnaies royales

Au point de départ, au XIIe s., la circulation monétaire de la France présente l'aspect d'une mosaïque de monnaies et de monnayages, parmi lesquels le monnayage royal tient sa place au même rang et au même titre que les autres. Aux XIVe et XVe s. en revanche la monnaie royale est prédominante dans la circulation du royaume. Le passage se fait au XIIIe s. et l'unification monétaire du royaume progresse au rythme de l'extension du domaine royal et de l'édification d'un Etat capétien. Le mouvement peut être considéré comme achevé à la mort de Philippe le Bel avec le règlement de 1315 sur le monnayage des barons[3] et la tentative d'unifica-

1. Sur l'histoire monétaire on consultera Peter SPUFFORD, *Money and its use in medieval Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, 1988, 468 p. et, plus spécifiquement pour la France Etienne FOURNIAL, *Histoire monétaire de l'Occident médiéval*, Paris, Fernand Nathan, 1970, 192 p.; et Philippe CONTAMINE-Marc BOMPAIRE-Stéphane LEBECQ-Jean-Luc SARAZIN, *L'économie médiévale*, Paris, Armand Colin, 1993, 448 p.

Pour la numismatique: Adrien BLANCHET-Adolphe DIEUDONNÉ, *Manuel de numismatique française*, 4 vol., Paris, 1912-1936, t. II, *Monnaies royales françaises depuis Hugues Capet jusqu'à la Révolution*, 1916, 468 p., IX pl., t. IV, *Les monnaies féodales*, 1936, 462 p., VIII pl.

Je me permets d'indiquer dès maintenant un guide: M. BOMPAIRE-F. DUMAS, *Numismatique française, Documents et monnaies d'origine française*, Turnhout, Brepols, 675 p. (L'atelier du médiéviste, 7) sous presse.

2. M. BOMPAIRE-F. DUMAS, *op. cit.,* ont proposé de réintroduire le terme de baronniales, utilisé au XVIIIe s., pour attirer l'attention sur cette impropriété.

3. A. DIEUDONNÉ, «L'ordonnance ou règlement de 1315 sur le monnayage des barons», dans *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 93 (1932) 5-54.

tion des monnaies, des poids et des mesures du royaume en 1321. La politique monétaire n'émane plus que du roi et ce dans la quasi totalité du royaume. De plus, elle s'exerce alors de façon similaire dans les principautés qui subsistent, aux confins du royaume (Flandre et Bourgogne, bientôt réunies dans l'ensemble bourguignon, Savoie, Dauphiné, Provence, Bretagne, Aquitaine et Béarn, Navarre...). Savoir si le progrès de la monnaie royale se fait à la suite de ce mouvement, s'il l'accompagne comme une conséquence, indirecte, ou s'il est au cœur du processus, c'est s'interroger sur la place des questions monétaires dans les préoccupations des gouvernants et rechercher l'émergence d'une politique monétaire bien individualisée et autonome au sein de l'ensemble d'une politique royale.

Problématique

Cela ne va pas de soi. En effet, la possibilité même d'une *politique monétaire* pour la France des XIVe et XVe s. a été remise en question, en particulier par H.A. Miskimin qui ne voit dans les mesures royales qu'«illusions of power»[4]: une gesticulation sans prise sur la réalité monétaire et dont les objectifs même sont tout sinon monétaires et économiques. Certes, il est naturel que la science économique qui s'est développée au XIXe et au XXe s. ait forgé ses concepts par référence aux réalités de son temps et les économistes me pardonneront d'employer le terme de politique monétaire là où je devrais parler «d'éléments» de politique monétaire, de «politique monétaire imparfaite».

Pour juger de cette question première, fondamentale, de l'existence, de la possibilité d'une politique monétaire en prise sur des réalités je présenterai des éléments sur l'existence, à l'époque, d'un débat attestant d'un choix entre plusieurs politiques monétaires possibles pour les autorités émettrices. Cela suppose de décrire brièvement pour chaque grand moment, l'évolution de la situation monétaire et les questions qui se posent, de s'interroger ensuite sur le cadre de pensée dans lequel se formalisent les questions et se définissent les objectifs. Je crois m'inscrire ainsi dans la démarche prévue par les organisateurs de cette semania qui ont placé en exergue l'exposé magistral de P. Spufford sur la théorie monétai-

4. Ce titre donné au chapitre 3 de H.A. MISKIMIN, *Money and Power in fifteenth century France*, New Haven, Yale University Press, 1984, X-295 p. résume assez bien une idée récurrente chez Miskimin: les prix s'ajustant immédiatement sur le contenu intrinsèque des monnaies les décisions monétaires ne peuvent avoir le moindre effet économique.

re et qui nous ont incités avec raison à parler de politiques monétaires (au pluriel).

Je renoncerai en revanche à décrire en détail l'éventail des mesures plus ou moins appropriées pour atteindre ces objectifs, à mesurer le succès ou l'échec de ces mesures et à analyser les raisons de ces échecs ou (plus rarement) de ces succès. Je n'insisterai pas non plus sur la grande distinction transversale entre les décisions portant sur les émissions monétaires et celles qui portent sur la circulation monétaire.

Sous le terme de *monnaie*, sans grande originalité, je m'en tiendrai à la monnaie métallique. On voit certes des reconnaissances de dette en grand nombre dans les inventaires après décès dès le XIIIe s., et à Paris au XVe s. des promesses de paiement volées dans des bourses ou offertes dans des troncs au milieu des pièces de monnaie; mais au-delà de l'anecdote, je suis incapable de décrire l'extension de ce phénomène.

On est un peu mieux renseigné sur le *change par lettre*. Il n'a fait l'objet que d'une réglementation des plus réduites de la part des autorités monétaires. Je n'ai relevé qu'un cas de consultation de la Chambre des monnaies par le lieutenant civil du Châtelet de Paris sur la valeur de la nouvelle monnaie d'or, l'agnel, qui avait perturbé les transactions des changeurs par lettres en 1417[5]. A partir de cette information les cours sont établis par les marchands banquiers en toute autonomie. Les autorités semblent à peine s'en être préoccupées comme d'un facteur d'exportation de métal précieux. Pour les marchands banquiers qui y recouraient fréquemment, en revanche, ce pouvait être un moyen de se prémunir des conséquences des mutations monétaires et d'établir un instrument monétaire plus conforme à leurs aspirations, tout en restant dans la sphère du droit privé.

La politique monétaire doit ainsi se définir comme le lieu d'un débat, sinon d'une confrontation entre des intérêts catégoriels. Je m'efforcerai d'en relever l'expression explicite dans des documents mais il faudrait aussi observer toute la gamme des résistances plus ou moins passives, plus ou moins actives. Il y a en tout cas au long de la période pluralité des politiques monétaires suivies et et à chaque moment pluralité des politiques possibles. Il convient donc d'envisager le vaste cercle de ceux qui ont ainsi pris part au débat monétaire[6] et surtout de décrire le cercle plus étroit de ceux qui ont influé sur les décisions monétaires en s'intéressant

5. Arch. nat., Z1b 2, fol. 165, le 18 août 1417.

6. C'est la piste de recherche que Marc Bloch invitait à privilégier, *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, Paris, Armand Colin, 1954 (Cahiers des Annales, n° 9), 96 p.

aux mécanismes de prise de décision et en cherchant sous les objectifs avoués des décisions monétaires, leurs enjeux et leurs implications sur des intérêts catégoriels.

Partir du XIIe siècle est un peu inhabituel dans les études d'histoire monétaire françaises puisqu'on englobe ordinairement ce siècle dans la grande période aussi diverse que mal connue des «monnayages féodaux», du Xe au XIIIe siècle. Une coupure au début du XIIe s. présente cependant l'avantage de mettre en évidence deux points importants.

Rupture avec le modèle carolingien

Il se trouve que cela rencontre mes orientations et mes préoccupations actuelles: des analyses métalliques de monnaies du XIe s. en cours ont montré la présence d'un peu de zinc dans l'alliage[7] selon une tradition dont on trouve des exemples dès l'époque carolingienne et à laquelle on trouve des parallèles dans l'Angleterre des VIIIe-XIe s. Or, en France, les cas deviennent rarissimes au XIIe s.: le *zinc disparaît des alliages* monétaires, il y a rupture avec un usage (post)-carolingien. Les données de la métallurgie excluent qu'on y voie l'arrivée d'un métal nouveau: il s'agit d'une nouvelle mode, d'un nouveau mode d'altération de la monnaie, sans doute lié à une altération accrue (baisse de la teneur en argent) et à une fabrication accrue, diluant rapidement le zinc lors de refontes.

C'est en même temps le moment où disparaissent les derniers monnayages qui portaient le *nom du roi hors du domaine* royal, à partir de Louis VI. On s'éloigne du monnayage carolingien d'essence royale ou impériale.

C'est encore le moment où les documents spécifient plus généralement la monnaie utilisée, distinguant les sous et les deniers de Paris, de Toulouse, ... etc. et rompant ainsi avec les derniers restes d'universalité du monde carolingien et avec la *fiction d'un denier d'argent unique* circulant dans tout l'Empire.

Cela a aussi pour conséquence qu'il faudrait étudier chaque monnayage, ou au moins chaque région comme un cas particulier pour éviter les risques de généralisations abusives.

7. Cf. M. GUERRA-M. BOMPAIRE, «Analyses de monnaies françaises du XIe siècle, le problème du zinc», dans *Actes du Congrès International de Numismatique*, Berlin, 1997, Berlin sous presse.

Monétarisation

Partir du XIIe s. présente un deuxième avantage: restreindre la part du débat sur le degré de monétarisation de l'économie. Au XIIe siècle, et surtout à la fin du siècle, on peut considérer en France que la transaction monétaire est le modèle dominant dans les échanges économiques marchands. Il s'agit certes d'une monétarisation imparfaite, mais elle restera imparfaite jusqu'au XVIIe sinon jusqu'au XIXe s.

J'évoquerai à ce propos l'interprétation séduisante mais un peu paradoxale de H. W. Nicklis[8] à propos des cas de la *Picardie* ou du Val de Loire. La diversité des unités de mesures qui changent tous les 10 km serait l'indice d'un réseau très serré de marchés, de marchés de proximité comme en témoignent aussi le genre des produits cités sur les tarifs. Ce seraient des indices d'une utilisation quotidienne et systématique de la monnaie. L'altération précoce de cette monnaie (*denarii vilissimi, corruptissimi,* noiretz, *moneta depravata* serait de même un signe d'intense monétarisation. H. W. Nicklis note aussi des faits plus immédiatement positifs comme la relative fréquence des trouvailles monétaires et surtout des trésors contenant des oboles. On a là l'image déjà d'un monde plein, d'un espace continu sinon homogène, ce qui sur le plan monétaire ne paraît pas faux.

Bien des observations que l'on peut faire sur sur cette nouvelle atmosphère du XIIe s. trouvent leurs développement dans la période suivante mais il me paraît légitime d'envisager en même temps ce premier XIIe s. avant même les années 1170 où débute la spirale d'expansion du grand XIIIe s. que P. Spufford[9] a bien résumée en enchaînant quelques mots-clés: nouveau métal, nouveaux ateliers, nouvelles monnaies...

I. LE XIIe SIÈCLE

Il n'y a pas d'exposés des motifs de politique monétaire dans les documents. Il faut donc observer et interpréter les faits marquants en matière monétaire.

On pourrait signaler au XIIe s. un accroissement des trouvailles et trésors monétaires, mais le fait le plus frappant est la multiplication des ateliers monétaires.

8. H.W. Nicklis, «Nahmarktlandschaft und Fernhandelslandschaft. Über die unterschiedliche geldgeschichtliche Entwiklung in Frankreich und Deutschland (10-12 Jhd.)», dans *Hamburger Beiträge zur Numismatik*, XII, 36-38 (1982-1984) 15-34.

9. P. Spufford, *op. cit.*, chapitres 5, 8, 10.

Ouverture d'ateliers

Les ateliers sont de plus en plus nombreux. Un tableau des monnayages, une cartographie des ateliers ont été établis par F. Dumas[10] pour le règne de Philippe Auguste (1180-1224) au tournant des XIIe-XIIIe s. Un coup d'œil sur le XIIe s. dans son ensemble confirmerait l'impression d'une densification du réseau des ateliers.

Prenons l'exemple du Berry et du Bourbonnais[11], au Centre de la France (voir cartes 1 et 2). On y trouvait aux temps carolingiens un atelier à Bourges et pas grand chose jusqu'à Clermont, Limoges, Poitiers ou Melle et à la vallée de la Loire (Nevers, Orléans, Blois, Tours, Chinon, Angers). L'atelier comtal de Bourges semble disparaître assez vite au XIe s. Dans son ancien ressort fleurissent près d'une vingtaine de monnayages du XIe au XIIIe s., à Gien et Sancerre, sur la Loire, mais aussi à Déols-Châteauroux et à Souvigny pour les monnayages principaux apparus avant le milieu du XIIe s. Il y a ensuite le monnayage de Bourbon-Montluçon et toute la série des petits monnayages plus ou moins anciens: Issoudun (XIe s.), Huriel (début XIIe), puis un peu plus loin Brosse et Sainte-Sévère (XIIIe s.), Romorantin, Saint-Aignan (XIIe s.), Selles-sur-Cher, Vierzon, Châteaumeillant, Charenton (fin XIIe s.), Mehun-sur-Yèvre (XIIIe s.). Ainsi le visage monétaire du Berry au XIIe s. n'a plus grand chose à voir avec ses antécédents carolingiens.

A l'issue de ce processus, à la fin du XIIe s., chaque lieu a sa monnaie «courante», «naturelle», «coutumière», fixée par le seigneur (en 1188 le comte de Nevers[12] parle de sa monnaie qui a cours dans tout le comté (elle y a *cursum debitum*). Au milieu du siècle, le prieur de La Chapelaude eut à choisir, après réflexion et consultation, la monnaie qui serait la monnaie normale du nouveau prieuré, la monnaie *quae utilis sit et que*

10. F. Dumas, «La monnaie dans le royaume au temps de Philippe Auguste», dans *Actes du Colloque international 602 du CNRS, Paris, 29 sept.-4 oct. 1980*, Paris, 1983, pp. 543-574. F. Dumas-J.-N. Barrandon, *Le titre et le poids de fin des monnaies sous le règne de Philippe Auguste (1180-1223),* Ed du CNRS,Valbonne, 1982, 104 p. (Cahiers Ernest Babelon, 1).

Pour un tableau au début du XIe s., voir Michel Parisse-Jacqueline Leuridan, *Atlas de la France de l'an mil, état de nos connaissances*, Paris, Picard, 1994, 129 p. (notamment p. 14: *Moneta*).

11. Voir G. Devailly, *Le Berry du Xe au milieu du XIIIe, étude politique, religieuse, sociale et économique*, Paris, 1973.

12. La plupart des documents utilisés dans cet exposé sont cités, avec toutes références, par T.N. Bisson, *Conservation of coinage. Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia, and Aragon (c. A.D. 1000-c. 1225)*, Oxford, Clarendon, 1979, XXIII-250 p. qui est doté d'un excellent index. Beaucoup sont également cités et publiés dans M. Bompaire, F. Dumas, *op. cit.*

circa Capellam suscipiatur. Jusque là, le lieu appartenait encore à une zone non définie, un no man's land monétaire. La définition des zones monétaires accompagne ainsi le mouvement de créations d'ateliers. Un monde plein se constitue sur le plan monétaire aussi.

L'ouverture de ces ateliers est l'objet principal des décisions monétaires et apparemment le premier objectif des politiques monétaires, c'est aussi le plus difficile à interpréter. S'agit-il d'un objectif propre aux princes émetteurs ou aussi d'un objectif des habitants soucieux d'être approvisionnés en monnaie ?

Alimenter la circulation monétaire

Il n'y a guère de documents faisant allusion à un manque de monnaie

À la fin du siècle quand il est question d'un manque de monnaies pour les monnaies de Beauvais ou de Saint-Quentin, c'est à cause de la concurrence et de l'abondance des monnaies royales.

Quand il y a intervention pour la reprise d'une fabrication (par le comte, à Saintes au XIe s.[13]) il n'est pas davantage fait allusion à un manque de monnaies.

Ailleurs on rencontre des protestations contre la frappe de «nouvelles monnaies» sans qu'on sache s'il s'agit de mutations ou de reprises de fabrication) et on a plutôt des plaintes contre l'abondance et l'afflux de «mauvaises» monnaies, à Verdun ou à Laon au XIIe s.

Manifester un pouvoir «régalien»

Pour les autorités émettrices, de quel ordre seraient les objectifs conduisant à l'ouverture d'un atelier ? On pense d'abord à un objectif d'ordre politique: affirmer un droit d'origine publique et d'essence régalienne. Après le passage de cette prérogative royale aux mains des princes et des comtes puis même des vicomtes dès la fin du Xe s. on aurait le degré ultime de l'éclatement des pouvoirs avec un passage aux simples seigneuries châtelaines, au moins là où le comte n'a pas su retenir le monnayage fermemement en sa main.

En fait, ceux qui ont ouvert ces nouveaux ateliers n'ont pas eu a conquérir ce droit (il n'est pas de trace d'oppositions dans la documenta-

13. O. Jeanne-Rose, «La monnaie en Poitou au début de l'époque féodale (fin IXe-début XIe siècle)», dans *Bull. de la Soc. des antiquaires de l'Ouest*, 5e s., 9 (1995) 163-235.

tion). La possession d'un atelier monétaire, le droit de monnaie n'apparaissent pas non plus résulter de concessions. En Berry, la seule concession royale, pour Souvigny (le seul monnayage ecclésiastique de la région), est apocryphe. Ils s'en sont saisis, sans opposition, qu'il se soit agi de l'ouverture d'un atelier supplémentaire (le comte de Blois à Romorantin), d'un atelier ouvert par une branche cadette (Sancerre, Charenton, pour la maison de Blois, Saint-Aignan à côté de Gien pour celle de Donzy, Issoudun pour celle de Déols, Brosse, Sainte-Sévère au XIIIe s.) ou de l'apparition d'un droit nouveau comme pour la famille de Vierzon (à Vierzon mais aussi à Selles et Mehun), pour celle de Bourbon à Bourbon et Montluçon. On pourrait citer la modeste seigneurie de La Ferté-Chauderon qui aurait également joui de la prérogative de battre monnaie. Rien ne s'oppose apparemment à ce qu'un baron de moyenne ou médiocre puissance s'empare du droit de monnaie et rien n'indique qu'il en retire une plus haute dignité.

J'ajouterai même qu'en matière de circulation monétaire une parcelle du droit monétaire me paraît plus largement distribuée encore. Définir la monnaie qui a cours me paraît revenir désormais au simple baron. On l'a vu pour le prieur de La Chapelaude en 1155 quand il n'y a pas sur place de monnaie coutumière. En 1188 il est prévu que si le comte de Nevers altère sa monnaie, les barons retrouvent leur liberté de choisir la monnaie qui circulera sur leurs terres (*monetam quam vellent in terra sua mittent*). Dès 1125 le seigneur de Montpellier s'était engagé à faire circuler la monnaie de Melgueil dans sa seigneurie et à veiller à ce que ses hommes ne rognent pas les pièces. Peut-être est-ce à ce titre qu'il est associé aux bénéfices du monnayage (*retento tamen jure ... Guillelmi domini Montispessulani, eo quia melgorienses debent currere in villa Montispessulani et per totam terram suam*) et surtout à toute décision de mutation. Il me semble donc difficile de présenter l'ouverture d'un atelier comme répondant en priorité à un souci politique de marquer une souveraineté. Au XIIe s. le droit de coin ne confère aucune dignité particulière.

C'est cependant au cours de cette même période que se fait jour un mouvement inverse rappelant que le droit de monnaie est un attribut exclusif de l'autorité impériale et figure parmi les *regalia*. Il y a des textes de concessions ou de confirmations du droit de monnaie en particulier dans le royaume d'Arles où les empereurs, Frédéric Barberousse en tête, ont multiplié les actes. Les seigneurs et les prélats qui en ont bénéficié auraient sans doute pu s'en passer pour ouvrir un atelier, et à l'inverse certains d'entre eux n'en ont jamais ouvert. Le bénéfice de l'opération est surtout pour l'empereur qui rappelle ainsi le caractère éminent et spécifique de l'autorité impériale. C'est sur leur modèle qu'il faut comprendre

les concessions de *regalia* et notamment du droit de monnaie aux évêques d'Uzès, de Mende ou de Lodève, sur la demande et à l'initiative de ces prélats, par les rois de France.

Autres causes d'ouverture d'ateliers:

— la liaison avec des mines comme il est précisé explicitement à Césanne pour le Dauphiné, ou même pour Mende, Viviers et Lodève où mines et monnaie sont associées parmi les *regalia*;

— un lien avec de grandes foires, selon un schéma carolingien et impérial en Germanie associant concession du marché et de la monnaie. Il n'a pas non plus laissé de traces explicites en France. Je n'en ai qu'un exemple, bien indirect, à Vendôme[14].

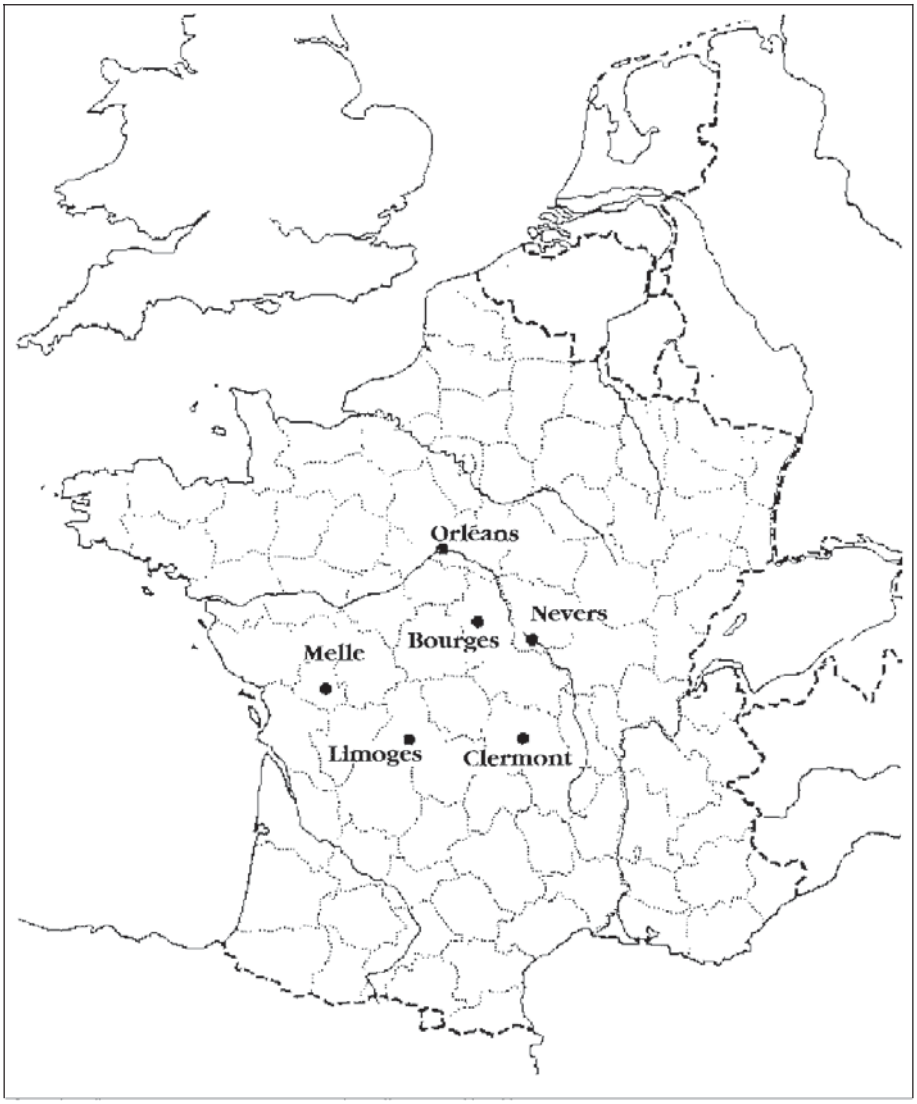
Les profits de la monnaie

L'ouverture d'un atelier monétaire sert de manifestation d'un pouvoir éminent (régalien); il est parfois un moyen de répondre à une demande en numéraire ou d'utiliser du métal, mais c'est avant tout une source de revenus. Pour la France du XIIe s., T. N. Bisson parle de «monetary exploitation» quand il veut définir le système monétaire de la période. J'en prendrai pour seule illustration l'abondance des mentions concernant le partage de ces profits: c'est assurément la catégorie dominante dans les documents monétaires de l'époque bien plus abondante que les actes de concession du droit de monnaie, bien plus abondante aussi que les actes sur lesquels T. N. Bisson a travaillé pour définir la «conservation of coinage».

Le cadre de la fabrication et de la circulation monétaire doit être ici précisé pour que l'on puisse bien percevoir comment s'insère la possibilité de gain sur la monnaie à cette époque et au bénéfice de qui elle intervient. Les monnaies sont frappées à partir de métal et de monnaies apportées à l'atelier (ou au bureau de change) en échange desquelles sont remises de nouvelles pièces dont la valeur et surtout dont l'acceptation, la recevabilité, sont garanties par l'autorité émettrice. Celle-ci pourrait à la limite proposer de simples jetons sans valeur si elle était pleinement en mesure de garantir leur cours au pair dans ses domaines. En pratique une bonne partie des utilisateurs est attentive au poids et au titre des monnaies concernées (les autorités émettrices en ont fait l'expérience au XIIe s. déjà en Picardie, *cf. supra*).

14. Relevé par D. Barthélémy, *La société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIVe siècle*, Paris, Fayard, 1993, 1118 p.

Ateliers monétaires: Xe s.



Ateliers monétaires: XIe-XIIIe s.

L'autorité se contente souvent d'un prélèvement sur le métal rendu permettant de couvrir les frais de fabrication. Le plus souvent il permet de les couvrir largement. A partir du XIIIe s., les commentaires de la décrétale *quanto* qui est le fondement de la doctrine canonique parlent de ce «petit quelque chose en plus» que le prince peut prélever de façon licite (Innocent IV, *Hostiensis*...).

Il en résulte que le bénéfice est fonction à la fois de la proportion du prélèvement et des quantités de métal monnayées.

Il en résulte aussi que des changements de l'une ou l'autre des variables de ce schéma influent sur le profit du prince émetteur:

— variation des quantités monnayées

— changement du tarif d'achat

— changement des conditions d'émission (et donc de la valeur à l'émission): c'est ce qu'on appelle une mutation

— changement dans la répartition du prélèvement entre les *monetarii* et le prince

Tout cela restant de plus dépendant de l'acceptation des pièces par le public.

Or il n'est pas assuré que toutes ces variables soient sous le contrôle de l'autorité émettrice au XIIe s.

Les premiers règlements et baux monétaires sont peu explicites sur l'ensemble de ces points et notamment sur les profits du monnayage.

La *quantité monnayée* ne semble jamais avoir été fixée par les autorités: la frappe est libre et chacun peut apporter du métal à monnayer: les *monetarii* gérant les ateliers se chargent le plus souvent d'assurer cet approvisionnement. La décision de frapper ou de ne pas frapper échappe ainsi plus ou moins à l'autorité émettrice: A Saintes au XIe s., le comte ne peut imposer la reprise de la frappe aux deux chevaliers responsables de l'atelier; à Compiègne en 1120 la population semble opposée à toute frappe; en Ponthieu en 1186 il appartient aux *monetarii* de décider s'il y a lieu de frapper ou non; à Cahors, en 1224, les consuls obtiennent le droit de suspendre la frappe en prenant l'atelier en gage de l'évêque; il n'y a guère qu'à Souvigny en 1276 que le seigneur de Bourbon se réserve de relancer à son profit la fabrication si l'atelier commun de Souvigny est inactif.

Une façon privilégiée d'assurer l'augmentation des quantités frappées pouvait être de décrier et de refrapper l'ensemble des monnaies en circulation, mais ce système des *renovationes* semble totalement étranger à la France du XIIe s. Dans ce système *Renovatio monetae* dont le modèle

avait été fourni par l'Angleterre anglo-normande depuis le Xe s., périodiquement (tous les trois ans) l'ensemble des pièces en circulation étaient refondues et refrappées à un type différent. Si un prélèvement minime accompagnait l'opération, le profit pouvait être considérable sur la quantité de métal qui transitait par les ateliers. Un système comparable fut-il appliqué en France ? On n'en a aucune attestation positive, en dehors du cas controversé de la Normandie[15]. A Saint-Quentin, en 1195 une *«renovatio»* de la monnaie est envisagé si la monnaie manque, mais il est prévu de laisser circuler l'ancienne monnaie, contrairement au principe des *renovationes monetae*. En Normandie, comme dans le domaine royal, le système aurait surtout laissé une trace en creux, dans la levée d'une taxe triennale de *monetagium* mettant la population à l'abri des refontes et refrappes. Plutôt que d'en laisser le bénéfice en tout ou en partie aux *monetarii*, les princes en France préféraient obtenir un abonnement, un rachat.

Le *tarif d'achat* du métal ne figure pas dans les documents du XIIe-XIIIe s. On peut seulement relever diverses mentions de l'existence d'un marché du métal précieux avec un cours marchand, dès 1125 à Moissac par exemple.

L'autorité émettrice fixe normalement les *conditions d'émission*, c'est-à-dire qu'elle choisit le type, le poids et le titre des espèces, deniers et oboles. Il semble qu'elle puisse fixer la proportion des oboles comme dans le premier de ces règlements conservés: pour Corbie à la fin du XIe s.[16]. La réapparition des règlements monétaires n'est-elle pas une reconquête sur les pratiques des *monetarii* qui auraient en fait pratiqué à leur seul profit l'essentiel des affaiblissements du XIe s. ? C'est l'hypothèse que je vous propose aujourd'hui.

Princes et «monetarii»

Le contrôle des «monetarii»

Ce fut sans doute pour les princes un objectif prioritaire que de récupérer la capacité de gérer au plus près leurs ateliers. Dès le XIe s. on voit le comte d'Anjou racheter à deux chevaliers la gestion inefficace de l'atelier de Saintes pour la confier ensuite à des *monetarii*. Les affaiblisse-

15. J.C. Moesgaard, «*Renovatio monetae* en Normandie à l'époque ducale?», dans *Bull. de la Soc. Franç. de Num.*, 53 (1998) 127-131.

16. M. Bompaire-A. Clairand-R. Prot, «Le monnayage de Corbie au XIe-XIIIe siècle», dans *Revue Numismatique* (1998) 297-326.

ments insidieux et progressifs du titre étaient probablement souvent le fait des monnayeurs: les chartes envisagent systématiquement cette éventualité, à Dijon, dès 1101 le comte fait jurer la stabilité à son *monetarius* Jean; à Nevers, en 1188, leur responsabilité est envisagée. Les chartes de confirmation de la monnaie et d'engagement de stabilité peuvent avoir constitué pour les princes un moyen de trouver des appuis dans leur souci de contrôler la fabrication. Le recours à des experts extérieurs pour contrôler l'aloi est prévu à Nevers en 1188 et les prescriptions sur le contrôle du monnayage vont croissant du XIe s. (contrôle hebdomadaire aléatoire du poids et menace de supplices à Corbie) au XIIe s. (contrôle par deux gardes du poids et deux contrôleurs du titre à Melgueil en 1174), jusqu'aux prescriptions extrêmement détaillées du XIIIe s. sur les diverses tolérances de poids et de titre, rattrappables ou non d'une émission sur l'autre, ou sur le nombre de pièces fortes et faibles (dans des limites également spécifiées) qui pouvaient se rencontrer par marc de monnaies..., sur les modalités du contrôle a posteriori enfin. Au XIIIe s., de plus, ces gardes et contrôleurs sont le plus souvent payés par le prince et non plus par le maître de la monnaie, ce qui devait garantir leur impartialité.

Le *partage des profits* entre *monetarii* et autorités émettrices est aussi une grande affaire et là encore les solutions sont diverses.

En 1186, le comte de Ponthieu doit percevoir un «cens» (*census*) annuel de 30 livres, c'est-à-dire une redevance forfaitaire. Le comte n'a rien de plus à gagner d'une augmentation des quantités frappées. La seule possibilité d'accroître son gain est qu'il y ait une mutation: l'année qui suit une mutation, il est prévu que le comte reçoive 200 livres. Le comte de Flandre reçoit 30 l. également de l'atelier de Saint-Omer en 1127 et les sommes figurant dans le Gros Brief laissent penser qu'un système comparable fonctionnait en Flandre en 1187 (avec d'ailleurs le même *monetarius* qu'en Ponthieu). La similitude de situation des *monetarii*, ministériaux qui tiennent de façon héréditaire la monnaie et le change, à Corbie ou à Amiens s'étend peut-être au mode de gestion des revenus. A Saintes, de même, le comte fait appel à des *monetarii trapezitae*, monnayeurs et changeurs, dès le XIe s. Cependant l'existence de lignées de *monetarii* auxquels R. Lopez[17] avait voulu assigner une origine carolingienne voire romaine, n'est pas liée à un mode d'exploitation. A Cahors, à Agen, à Melgueil au XIIIe s., les maîtres monnayeurs appartiennent à quelques fa-

17. R.S. Lopez, «An aristocracy of money in the early middle Ages», dans *Speculum*, 28 (1953) 1-43.

milles. Le milieu des changeurs qui exploitent les ateliers au XIVe s. est tout aussi restreint. On ne peut donc en déduire le mode d'exploitation dominant

A Melgueil, les mêmes noms de *magistri* se retouvent en 1174 et en 1212 alors que le système est différent. Dans un document de 1128 le prélèvement est appelé «monedatgue». C'est le système du «*monetagium*»-*monnayage*, fixé à une proportion de la fabrication: 12 d. par livre soit 5 % en 1130. Le bénéfice du comte est directement proportionnel aux quantités frappées. Les revenus du monnayage étaient d'ailleurs autrement importants qu'en Ponthieu. L'exploitation de la monnaie est même la principale source de revenus du comte[18]. Dès le début du XIIe s. «les premiers deniers du monnayage» servent à gager les dépenses de croisade (3 000 s.), à doter une fille (10 000 s.) ou encore à assurer une rente annuelle de 3 000 s. à la comtesse à la fin du siècle. En 1125 ils permettent de gager des emprunts (13 000 s.) auprès du seigneur de Montpellier. Ces gages furent consolidés en 1130 par la concession d'une rente perpétuelle au profit de celui-ci qui, en retour, s'était engagé à imposer le cours de cette monnaie à Montpellier. La perte représentée par la concession du quart des profits fut ainsi peut-être compensée par une augmentation de la masse des monnaies passées à l'atelier. Le même système est attesté à Beauvais ou en Champagne au XIIIe s. Dans ce système, une mutation, une baisse du tarif d'achat bénéficiait intégralement à ceux qui étaient en charge de la fabrication: les *magistri*, maîtres de la monnaie et les monnayeurs. Voilà qui peut expliquer la stabilité du monnayage de Melgueil.

Avant la fin du XIIIe s. il n'y a guère de trace d'une utilisation du système qui s'imposa ensuite pour les monnaies royales, celui du *seigneuriage*-brassage où la rémunération des maîtres et monnayeurs (brassage) est une proportion fixe et où les suppléments vont entièrement à l'émetteur (seigneuriage).

Il y a des indications d'un système de *servitium* en Champagne au début du XIIIe s. (en 1208 et 1224). Les monnayeurs versent une redevance, fixée pour trois ans (la durée du bail ?), quel que soit le volume de la fabrication à côté du *monetagium* de 6 d. par l. Peut-être s'agit-il d'une forme d'avance sur le montant du monnayage, correspondant à l'engagement de fabriquer une quantité minimale. Ces engagements souscrits par les maîtres se généralisent au XIIIe s. Alors apparaissent les baux négociés

18. M. Bompaire, «Les ateliers de Melgueil, Cahors et Rodez d'après les sources écrites», dans G. Depeyrot (ed.), *Trésors et émissions monétaires de Languedoc et de Gascogne (XIe-XIIIe siècle)*, Toulouse, APAMP, 1987, 180 p., aux pp. 11-51.

par les autorités avec les «maîtres», fermiers des ateliers monétaires. La négociation porte à la fois sur le taux du *monetagium*, sur la quantité minimale à frapper et sur laquelle la redevance est due de toute façon (c'est le système du «faitfort» dans les ateliers royaux). Le preneur s'engage à frapper une certaine quantité de milliers de livres.

Ce système du bail n'était apparemment pas encore dominant au XIIe s. mais je suis incapable de dire comment une conjoncture monétaire d'expansion a permis aux autorités d'échapper peu à peu à la pression du groupe des *monetarii* et de négocier dans des conditions de plus en plus favorables la part des profits qui leur revenait. Il serait également intéressant de noter d'où viennent les modèles (d'Italie?) et comment ils se sont diffusés.

Mutations et rachat

Ouvrir un atelier monétaire était donc une source de profits, mais de profits variables selon le mode de gestion utilisé. Ces profits pouvaient encore être grevés par les nombreuses concessions de rentes sur les profits de la monnaie dans le système du *monetagium*: à côté des *monetarii*, des chevaliers, des établissements religieux, des chapitres, des villes ou des bourgeois prélevaient leur part sur ces revenus. Dans ces conditions une politique monétaire active (refrappe ou mutation...) de l'autorité émettrice pouvait ne lui valoir qu'un bien maigre retour. Ne valait-il pas mieux négocier une indemnité de renonciation à la *renovatio* ou à la mutation ? Le mouvement pour la stabilisation, la «Conservation of coinage» ne se faisait pas nécessairement au désavantage (financier) de l'autorité émettrice ni contre son gré. Les utilisateurs semblent en effet prêts à payer pour assurer la stabilité de leur monnaie usuelle, à Compiègne en 1120, sans doute, comme à Dijon en 1187, à Nevers en 1188 (dans ce cas le lien est même souligné: la levée de la taxe a lieu exclusivement là où la monnaie a cours) ou encore à Cahors en 1210. Profits de la monnaie ou profits de l'impôt, la question ne se pose pas encore en ces termes.

La possibilité de mutation est affirmée aux Xe-XIe s. en Poitou (dans une optique de profit). Le cadre de pensée en limite vite l'usage. La lecture des chartes de confirmation-stabilisation de la monnaie montre en effet clairement que l'affaiblissement de la monnaie est considéré comme absolument inadmissible. Le canon *quanto* ne laisse pas l'ombre d'un doute sur la pensée du pape Innocent III; le comte de Melgueil promet de dédommager ceux qui sont lésés par l'affaiblissement qui a eu lieu en 1130. Le légat pontifical à cette occasion va même jusqu'à présenter tout abais-

sement de titre, introduisant du métal vil dans l'alliage, comme une falsification de la monnaie: *nihil falsitatis admisceas.* Mieux encore, les seules mutations qui aient apparemment été annoncées sont les renforcements ou les stabilisations consécutives à des affaiblissements. L'affaiblissement, omniprésent au cours de la période, est toujours honteux. La monnaie noire est par nature frauduleuse (*defraudatam*) et tout à fait «vile, corrompue, dépravée...» dans un sens moral autant que matériel. De plus, l'exposé de la doctrine canonique sous le titre du serment *(De jurejurando)* souligne l'importance des serments de stabilité comme moyen d'expression d'une politique monétaire, ce qui conduit à la règle d'une mutation par règne (Aragon), par épiscopat (Cahors), ou par abbatiat (Corbie dès le XIe s.).

II. LE XIIIe SIÈCLE

L'organisation de systèmes monétaires, les jeux de l'imitation et de la guerre monétaire font partie du paysage monétaire du XIIIe s. alors que persistent l'abondance d'argent et de monnaie et la multiplicité des ateliers baronniaux et royaux. Toutefois, en matière de politique monétaire l'initiative appartient désormais au roi.

Des zones monétaires régionales à l'unité monétaire du royaume

Définition de systèmes monétaires

Les choix des conditions d'émission traduisent de plus en plus fréquemment l'alignement sur des étalons dominants. Dès le XIe s. le monnayage de Corbie était aligné sur le titre de celui d'Amiens. Il devient possible de dessiner des zones qui varient un peu au cours de la période: F. Dumas s'y est essayée pour le règne de Philippe Auguste[19]: certains groupes sont déterminés par l'identité des types (les pièces à la tête bléso-chartraine), d'autres se définissent par la métrologie, les petits deniers flamands-artésiens que Philippe d'Alsace installa jusqu'en Picardie. L'initiative cependant est rarement politique. Si la zone concernée réunit pour l'essentiel des territoires contrôlés par les Plantagenêts, aucun texte n'institue le système monétaire de l'Ouest: un esterlin anglais pour deux deniers mansois ou quatre deniers de Rouen, d'Angers, de Tours (tournois)

19. Voir *supra* n. 10.

ou de Bretagne, du moins jusqu'à l'intervention de Philippe Auguste et au règlement sur le change en Normandie de frère Haimard[20]. Le bon fonctionnement du système est pourtant attesté par les trésors qui associent plusieurs de ces espèces et par les mentions d'équivalences entre ces diverses espèces[21].

De même en 1174 quand le comte de Toulouse stabilise la monnaie de Melgueil puis quelques années plus tard celle de Toulouse, il n'établit aucune relation entre ces monnaies et n'envisage pas leur association dans la circulation monétaire: les deux comtés sont en simple union personnelle. Or, durant les décennies qui encadrent ces règlements on ne compte pas les actes qui rappellent l'équivalence entre un denier de Toulouse et deux deniers de Melgueil. Le système méridional associe à ces deux pièces le denier de Morlaas, équivalent du toulousain et le denier du Puy qui en vaut le quart.

La constitution de ces systèmes monétaires s'est faite sur l'initiative des utilisateurs et d'eux seuls.

Dès que le public distingue les divers deniers il établit entre eux des comparaisons et des équivalences. Celle que propose Raimond d'Aguilers entre les monnaies utilisées lors de la première croisade est encore certainement assez grossière (1 pour 1). Même à ces hautes époques on peut opposer des équivalences approchées et d'autres où l'arrondi est moindre par exemple entre le denier de Melgueil et ceux de Béziers, de Narbonne et de Roussillon: parité ou 25 pour 26[22].

L'usage était au XIIIe s. encore[23] d'accepter un denier pour un autre mais de faire jouer des équivalences plus précises quand on maniait des masses de pièces, des livres ou des sous (*in grosso*). Cette distinction ne recoupe pas vraiment celle qui existait entre les monnaies qui avaient pleinement cours, *sine cambio*, et celles dont l'emploi, à une valeur, bien reconnue, devait comporter le passage par l'intermédiaire d'un change (*cum cambio*). La coutume et l'intervention des autorités pouvaient mo-

20. A. Dieudonné, «L'ordonnance de 1204 sur le change des monnaies en Normandie», dans *Mélanges offerts à M. Gustave Schlumberger*, Paris, 1924, pp. 328-337.

21. F. Dumas, «La monnaie dans les domaines Plantagenêt», dans *Cahiers de Civilisation médiévale*, 29 (1986) 53-59.

22. M. Castaing-Sicard, *Monnaies féodales et circulation monétaire en Languedoc (Xe-XIIIe siècle)*, Toulouse (Cahiers de l'association Marc Bloch de Toulouse, Etudes d'histoire méridionale, 4), 1961, 188 p.

23. A. Bossuat, «Une enquête sur la monnaie de Clermont à la fin du XIIIe siècle», dans *Bulletin philologique et historique du Comité des Travaux historiques et scientifiques* (1942-1943) 1-93.

difier les frontières entre ces catégories. Les systèmes des principaux groupes régionaux étaient pourtant bien constitués avant ce type d'intervention politique. Les plus anciennes séries d'équivalences apparaissent en Languedoc: Narbonne-Béziers-Melgueil, 1097, Roussillon-Melgueil (1128), Toulouse-Albi (1117), Cahors-Morlaas (1125), mais aussi dans la Vallée du Rhône: Vienne-Valence-Die (1100-1145) en attendant l'élargissement vers Lyon, la Bourgogne. Dans cette région des équivalences anciennes établissent déjà des rapports assez complexes: Chalon-Cluny-Souvigny (1080) à côté de l'équivalence Macon = Tournus. Un peu plus tard on trouve les premières attestations en Picardie, Amiens = Corbie (1151) et au seuil de la deuxième période du XIIe s. en Champagne: Meaux-Troyes-Provins (1165, sur l'intervention du comte) et un lien avec Chalons ou dans le Centre-Ouest: Poitiers-Limoges-Angoulême (1186). En y ajoutant le groupe de l'Ouest, on a là la carte des principales zones monétaires du royaume qui se met en place dans le courant du XIIe s.

Intervention des autorités

Les autorités monétaires sont tout de même intervenues dans l'organisation de ces systèmes: parfois, mais rarement, pour orienter les équivalences dans le sens de leurs intérêts, exercice difficile auquel s'est essayé le roi de France en 1204 en Normandie, en 1265 en Languedoc (règlement du sénéchal de Carcassonne) où ces équivalences accompagnent des mesures de décri[24]. C'est par ce biais du contrôle de la circulation monétaire que sont faites les interventions les plus efficaces.

Dénominations

Les autorités ont pris une part plus active et plus positive dans l'organisation de systèmes monétaires en introduisant de nouvelles dénominations: le gros marseillais valant 6 d. apparaît dès 1216, et suscita des imitations jusqu'à la fin du siècle (Le Puy...). Les doubles de Vienne et de Lyon sont moins impressionnants de même que les diverses dénominations introduites par Robert II de Bourgogne au cours de mutations complexes bien éclairées par le «mémorial» dans les années 1280. Le gros de 12 deniers de Melgueil et les monnaies blanches de Hainaut et de Flandre sont dans la ligne du gros tournois créé en 1266 et de ses divisions (à partir de 1278) qui constituaient la monnaie blanche de référence par excellence

24. T.N. Bisson, «Coinages and royal monetary policy in Languedoc during the reign of Saint Louis», dans *Speculum*, 32 (1957) 443-459.

dans le royaume. Ces monnaies dérivées et concurrentes du gros tournois concentrèrent l'hostilité du roi de France qui déjà en 1275 avait remis en cause par un arrêt du Parlement la création d'un double en Bretagne. Le roi entendait se réserver dans le royaume la frappe des monnaies blanches et l'organisation d'un système monétaire en imposant aux prélats et barons de frapper des monnaies «comme elles étaient d'ancienneté», c'est-à-dire uniquement des deniers.

Organisation de la circulation monétaire

Les autorités monétaires à défaut de pouvoir diriger l'organisation des systèmes monétaires s'efforçaient d'assurer la circulation de leur monnaie dans leur domaines et au-delà si possible. Pour des raisons de prestige et pour ne pas abandonner le bénéfice du monnayage à d'autres, vers 1175, le comte de Provence comme le roi d'Aragon établissent leurs monnaies sur leurs domaines où circulaient auparavant les deniers de Melgueil. Le comte de Toulouse réagit en établissant dans le Marquisat de Provence le raimondin qui vient concurrencer les deniers provençaux. J.C. Moesgaard y a vu un des premiers exemples de guerre monétaire[25] où les protagonistes n'hésitaient pas à muer leur monnaie et à refrapper, surfrapper les pièces concurrentes afin de mieux occuper le terrain. Le terme est peut-être exagéré. Le sire de Bourbon a eu plus de mal à imposer sa monnaie mais quand il interdit le cours de la monnaie de Souvigny en 1213, la pression est suffisante pour qu'un accord soit trouvé avec fabrication d'une monnaie commune. Alphonse de Poitiers ouvre un atelier dans sa terre d'Auvergne malgré la résistance de l'évêque de Clermont. Au siècle précédent les monnaies des évêques d'Autun ou de Meaux avaient subi de fortes contraintes de la part du duc de Bourgogne ou du comte de Champagne. On tendait ainsi vers le chacun chez soi monétaire, un principe *cujus regio ejus moneta*, si le développement du pouvoir royal n'était venu perturber l'édifice et l'orienter à son profit.

Le développement de la monnaie royale[26]

Philippe Auguste développe sa monnaie comme les autres princes (*primus inter pares*): mais elle est déjà de nature différente à la fin du règne.

25. J.C. Moesgaard, «Surfrappes en Provence au XIIe siècle: la guerre monétaire entre le comté et le marquisat», dans *BSFN*, 49 (1994) 874-876.

26. Sur cette question voir l'exposé un peu plus détaillé de M. Bompaire, F. Dumas, *op. cit.*, ch. 9. ou de E. Fournial, *op. cit.*, n. 1.

Essor de la fabrication

Tout d'abord l'accroissement du domaine royal depuis Philippe Auguste s'accompagne de la prise de contrôle de multiples ateliers. Il installe le denier parisis à Arras, puis unifie toutes monnaies du système parisis, impose le cours du parisis aux évêques de Beauvais et de Noyon dans leurs diocèses, à l'abbé de Corbie. Ensuite il détourne à son profit le système monétaire de l'Ouest en s'appuyant sur le denier de Tours qu'il contrôle et qui y participait. La fermeture des autres ateliers, les décris et équivalences expliquent l'ampleur des fabrications qui assurent le succès. En Berry le roi ordonne le décri de la mauvaise monnaie qui circulait à côté de la sienne en 1213. La monnaie royale est désormais largement connue et largement utilisée. C'est elle qui sert de référence dans les systèmes monétaires, c'est elle que l'on imite, c'est sur elle que l'on aligne sa monnaie (les mentions du marc de Troyes-Paris, d'argent le roi se multiplient au XIIIe s.); ainsi en Champagne en 1224. La conséquence en est qu'une génération plus tard la monnaie de Champagne n'a plus de raison d'être aux yeux des utilisateurs. Ce sont alors de nouveaux stocks de monnaies qui viennent alimenter dans les ateliers royaux une production qui peut maintenir une stabilité parfaite et une qualité constante. L'abondance de la monnaie facilite son acceptation généralisée, sans grands risques de perte au change.

Intervention des officiers du roi

La monnaie du roi devient la monnaie la plus courante dans le royaume, la monnaie du royaume. L'utilisateur ne pouvait que l'adopter; dans l'esprit des autorités monétaires, c'était une évidence (d'où l'idée d'un complot quand les difficultés apparurent). Comme la justice du roi, la monnaie du roi devait s'imposer d'elle même, par ses qualités d'universalité, de régularité. C'était un excellent outil de communication pour la monarchie portant dans toutes les bourses (et dans tout les cœurs ?) le nom et une image positive du roi. Cette dynamique résultait-elle d'un simple effet mécanique ? Il y eut assurément une volonté d'activer le mouvement. Les empiètements des officiers royaux étaient fréquents et les entraves à la fabrication et à la circulation des monnaies baronniales et étrangères furent multipliées: c'était là le zèle normal des officiers royaux qui utilisèrent tous les arguments juridiques et les pressions de fait dans cette matière comme dans toutes celles qui touchaient l'autorité du roi.

Leurs interventions se fondaient sur les conventions et pariages là où ils existaient. Sur les possibilités d'appel au Parlement qui permirent au roi d'intervenir au XIIIe s. dans des litiges concernant les monnaies

d'Aquitaine ou de Bretagne (1274), de Nevers, de Cahors, de la Marche ou de Souvigny. Sur une recherche systématique d'une possibilité d'intervention dans les arrière-fiefs du roi, à Meaux en 1225, à Montpellier ou à Clermont comme les textes le signalent jusqu'à la fin du XIIIe siècle. Le roi se réfère ainsi à sa position dans la hiérarchie des pouvoirs et des droits, une place éminente et régalienne. Le roi encourage peut-être l'évêque de Meaux à déclarer en 1225 qu'il tient sa monnaie du roi. Philippe le Hardi proclame à propos des barons: *«la monnoie que il tiennent de nous»* (*Ord.*, XI, 348).

Réglementation

Le plus nouveau est le recours à la notion de souveraineté. La législation monétaire du XIIIe siècle a vocation à s'appliquer dans tout le royaume et porte sur tous les domaines (émission et circulation). On n'en a pas la preuve explicite pour saint Louis, mais une génération plus tard les lettres du roi sur le cours des nouveaux doubles, le 15 avril 1295, sont adressées *«a tous prelaz, dus, comtes, barons et autres jousticier establis en nostre royaume»*. On a conservé un liste impressionnante de destinataires des ordonnances sur la circulation monétaire du 16 avril 1308 ou sur la fonte obligatoire de la vaisselle, le 23 août 1302. Cette législation doit s'appliquer aussi en dehors du seul domaine royal. Il ne s'agit pas seulement de copies pour information, le roi veille à la publication de ses ordonnances sur la circulation monétaire jusque chez le comte de Flandre, ce qui n'alla pas sans tensions. En 1301 ses commissaires font saisir des monnaies prohibées sur les domaines du comte de Foix ou du roi de Majorque. Ceux-ci protestent énergiquement contre l'intervention des sergents royaux et non pas contre la validité de la décision du roi sur leurs terres comme dans l'ensemble du royaume. Ils obtiennent finalement le droit de la faire appliquer par leurs agents et à leur bénéfice. Plus encore que pour la réunion de l'ost ou pour la levée des impôts le lien devient presque direct et immédiat entre le souverain et chacun de ses sujets. Bien plus même car l'impôt reste objet de négociations et on rencontre bien des régimes particuliers.

C'est dire combien l'autorité monétaire du roi en son royaume est clairement connue et reconnue. Personne ne conteste le bien fondé de ces interventions qui confinent pourtant à l'ingérence.

En effet la législation se fait de plus en plus précise et contraignante. Le contenu de cette réglementation et sa mise en application persévérante montrent l'importance de ces objectifs monétaires: au delà du soutien

systématique aux droits du roi, il y a une réflexion spécifique au domaine monétaire et au bout du compte une réussite elle aussi assez spécifique au domaine monétaire.

Principes de la réglementation

La législation souligne la différence de nature entre la monnaie royale, monnaie du royaume, et les monnaies locales. Cette distinction apparaît dès la première ordonnance conservée de saint Louis, le 11 mars 1263. Le premier principe est clair: la monnaie du roi circule dans tout le royaume. Elle est aussi de nature différente et les droits perçus sur un atelier baronnial ne sont plus justifiés quand cet atelier est devenu royal selon le Parlement en 1265: *dominus Rex tanquam principalis dominus non tanquam successor ipsius... faciat ibi monetam suam turonensem, cursualem per totum regnum...*

La monnaie royale, plus encore que toutes les autres monnaies, présente un caractère à part et presque sacré. Il est interdit de la refuser de la rogner ou de la fondre, où que ce soit dans le royaume. Si usés, si «*pelés*» soient-ils, les deniers parisis et tournois doivent être acceptés.

Enfin et surtout il est interdit d'imiter la monnaie royale, de «*faire monnoie semblant a la notre*», selon les termes de l'ordonnance de 1263. La bulle de Clément V de 1309 permet d'atteindre les imitateurs au-delà même des limites du royaume. Les monnaies baronniales ne bénéficient de la même protection contre les imitations et les refontes qu'un peu plus tard, en 1275. La contrefaçon de la monnaie royale devient ainsi un cas royal: le Parlement affirme que le roi seul avait compétence pour juger de la fausse monnaie copiant la monnaie royale (Nevers 1298). A la fin du XIIIe s. l'imitation est devenue une des préoccupations majeures des responsables monétaires français qui, en 1290, n'hésitent pas à qualifier de contrefaçons les pièces frappées à Valenciennes au type bien différencié de «l'échelle» mais avec des conditions proches de celles des tournois. C'est également là un point où la mise en place de la législation monétaire a finalement touché ses limites.

L'intervention sur les monnaies baronniales[27]

Emission

On a vu que le roi avait interdit aux barons et prélats la fabrication dans le royaume de monnaies d'or et d'argent et les avait confinés en 1315 dans la fabrication de deniers et d'oboles à des conditions «telles qu'elles étaient d'ancienneté» fixées une fois pour toutes.

Le roi intervient ainsi dans le *choix des types* et veille dès 1263 à proscrire les possibilités d'imitation de la monnaie royale. Dès 1271 s'y était ajoutée l'obligation de changer ouvertement le type en cas de mutation, et en 1275 l'interdiction aux barons de contrefaire leurs monnaies les uns des autres.

Il intervient aussi dans le *choix des conditions d'émission*. Les maîtres des monnaies du roi fixent ainsi les conditions d'émission et inspectent l'atelier épiscopal de Viviers en 1305. En 1305 et de nouveau en 1309 une inspection est prévue dans tous les ateliers baronniaux, avec l'installation de gardes pour le roi. En 1315 l'essai de toutes les monnaies est réalisé en prélude au règlement. De nouveau, en 1317, les officiers royaux sont chargés de saisir les coins de tous les ateliers et de vérifier la qualité et la conformité des fabrications.

La *frappe* des monnaies baronniales est ainsi pratiquement entre les mains du roi qui supend la fabrication pour deux ans en 1295 et de nouveau en 1308, ordonnance renouvelée en 1311. En 1309, le roi rappelait aux barons la nécessité de détenir un titre de concession. Il ouvrait la voie à une nouvelle donne renouvelant l'ensemble des monnayages baronniaux: En 1313, l'ordonnance monétaire maintient ainsi la suspension des frappes des barons jusqu'à ce «qu'ils aient ces lettres pendanz de nous contenant comment il devront ouvrer». Cette nouvelle concession fut chose faite après l'ordonnance de 1315 et les fabrications purent reprendre. Il y eut pourtant de nouvelles suspensions des monnayages des barons, dès 1317 sans doute, et en 1321 assurément, quand ils furent tous ajournés au Parlement ! L'exercice du droit de monnaie devenait bien théorique et épisodique pour les prélats et les barons monnayeurs, sauf à passer outre aux ordonnances.

Il devenait aussi de plus en plus difficile dans la mesure ou la réglementation tendait à priver ces ateliers de toute *matière monnayable*. La fonte des monnaies royales est interdite. Bien vite celle des monnaies dé-

27. Voir A. Dieudonné, art. cit. n. 2.

criées l'est aussi. Ainsi, lors des saisies de 1301, le roi cède au roi de Majorque (à Montpellier) et au comte de Foix le profit des saisies opérées sur leurs terres, mais garde le métal pour son atelier. L'ordonnance de 1309 en fait une règle. Les frappes baronniales devenaient insuffisantes pour alimenter la circulation monétaire, ce dont les agents royaux tiraient ensuite argument afin de réduire leur zone de circulation.

Circulation

La *circulation* des monnaies baronniales était également l'objet d'une politique systématique d'empiètements et de confinement. Avant même l'ordonnance de 1263, les agents royaux avaient d'abord proclamé que la monnaie royale devait seule avoir cours dans le domaine (à Bourges en 1213 ou à Carcassonne en 1247). Ensuite ils avaient interprété dans le sens le plus étroit la circulation des monnaies d'un baron sur sa terre, des monnaies d'un évêque dans son diocèse. La circulation de la monnaie de Nevers à Auxerre fut suspendue un temps par saint Louis, de même pour celle de Souvigny en Bourbonnais qui fut rétablie provisoirement, «par récréance», mais les responsables évoquaient dans l'accord de 1276 la menace d'une sentence définitive suspendue au-dessus d'eux. Certes, les juges ne donnaient pas toujours raison aux officiers royaux. Déjà les habitants de Saint-Pierre-le-Moustier, en 1266, avaient obtenu du Parlement le droit d'utiliser la monnaie locale et non le tournois pour le règlement de leurs impôts. Cependant la situation de monnaies dont la fabrication et la circulation pouvaient être suspendues à tout moment ne créait pas la confiance des utilisateurs et devait faire fuir les entrepreneurs de monnayage. Les entraves mises à la circulation des monnaies de Clermont tout au long d'un procès à épisodes et rebondissements avaient pratiquement réduit celle-ci à néant et l'issue (inconnue) du procès n'eut plus guère d'incidence sur la disparition de fait de ce monnayage.

En fait, la circulation monétaire ne s'organisait pas seulement en fonction des seigneuries. Le roi, à partir de l'ordonnance de 1271, reconnut la nécessité de laisser circuler certaines monnaies là où elles avaient cours d'ancienneté. Pourtant l'accord signé avec l'évêque de Maguelone en 1282 limitait à son petit diocèse la circulation de la monnaie de Melgueil qui avait connu des heures fastes et jouissait encore d'une aire de rayonnement autrement plus vaste. L'évêque espérait encore le rétablissement d'une circulation (partiellement) élargie selon un accord conclu en 1293. En vain. Le roi s'efforça même de confiner la circulation de chaque monnayage dans sa seigneurie d'origine et l'exemple le plus fameux est celui du comte de Flandre qui, théoriquement, ne pouvait utiliser dans le

royaume ses propres monnaies frappées en terre d'Empire, comme il s'en plaint en 1297. Mais il s'agit alors d'une monnaie «étrangère».

L'intervention contre les monnaies étrangères

L'interdiction des monnaies frappées hors du royaume est dans les années 1290 un nouvel élément de la politique monétaire royale qui prétend s'imposer comme une règle supérieure. J'ai eu récemment l'occasion[28] d'étudier l'apparition de la notion de monnaies étrangères à la fin du XIIIe s., de suivre les efforts de lutte contre la pénétration accrue de ces monnaies aux XIVe et XVe s. jusqu'au moment où leur circulation est finalement tolérée. Il en ressort deux points principaux. La lutte contre les monnaies étrangères n'est guère individualisée. Elle s'inscrit dans une politique d'ensemble visant au contrôle des monnaies en circulation dans le royaume. Elle est particulièrement associée à la lutte contre les imitations, mais aussi à celle contre les fausses monnaies, les monnaies rognées... On observe très tôt, en revanche, une vision d'une politique monétaire pour l'ensemble du royaume qui se développe parallèlement une fois que la concurrence intérieure des monnayages baronniaux s'est atténuée. Le développement d'une législation monétaire applicable dans la totalité du royaume y conduisait naturellement.

III. LA MONNAIE ROYALE. AUTOUR DE PHILIPPE LE BEL (1280-1320)

Nouvelles conceptions, nouveaux problèmes et débats

Sources

Tout l'intérêt de cette période tient donc aux essais de mise en œuvre d'une politique monétaire aux dimensions du royaume mais aussi de ce que nous disposons alors d'un éclairage remarquable sur ces choix. La législation se développe et surtout les préambules d'ordonnances sont infiniment plus riches sur les conceptions et les raisonnements des responsables. A cela s'ajoute un ensemble exceptionnel d'avis au roi (1270-1330) qui éclairent les débats explicites et les conceptions implicites[29]. Il s'agit

28. M. Bompaire, «Monnaie étrangère et monnaie locale en France (XIIIe-XIVe siècle)», dans L. Travaini (ed.), *Moneta locale, moneta straniera, Italia ed Europa XI-XV secolo*, Milan, 1999, pp. 135-199.

29. P. Guilhiermoz, «Avis sur la question monétaire donnés aux rois Philippe le Hardi, Philippe le Bel, Louis X et Charles le Bel», dans *Revue Numismatique* (1922) 73-80, 173-210;

alors de consultations et non de débats préalables à un consentement aux décisions monétaires.

Le cadre intellectuel

Les premiers avis conservés, qui datent des années 1270 et 1280 sont encore largement dominés par la question des monnaies baronniales, mais s'y fait également jour une sensibilité vive aux mesures inamicales prises par le roi d'Angleterre dans les domaines monétaire et économique. Les maîtres des monnaies conseillent au roi de s'inspirer du modèle des rois de Castille et d'Angleterre qui ont dressé des barrières monétaires aux frontières de leurs royaumes. Avec Philippe III et Philippe le Bel apparaissent les ordonnances interdisant l'exportation de denrées stratégiques (or, chevaux, armes...), instituant le contrôle des autres (taxes, licences d'exportation pour les laines...). Le royaume se définit comme un espace unifié face à d'autres espaces.

Les conseillers et agents du roi apparaissent particulièrement sensibles aux préjudices causés aux droits du roi, aux atteintes à son honneur et à sa majesté, mais aussi aux manques à gagner. Ils sont scandalisés que l'on préfère une autre monnaie à celle du roi. Le scandale atteint le comble lorsqu'ils assurent que 100.000 livres ont quitté le royaume pour aller en la terre des Sarazins. Un peu plus tard le roi demande à ses conseillers «comment faire revenir l'argent qui a quitté le royaume».

L'association de l'appauvrissement du royaume avec les exportations fait référence à une vision économique de type grossièrement mercantiliste (bullioniste sur le plan monétaire) qui a pour priorité d'accroître les avoirs. On peut y trouver la notion sous-jacente (c'est moi qui le reconstitue) d'un royaume avec son stock métallique, monétaire, sa richesse naturelle qui permet de nourrir la population et plus, d'où l'entrée normale de monnaie supplémentaire et l'anormalité d'importations contre monnaies de denrées (de luxe). Le bullionisme ordinaire se fait vertu d'accroitre ce stock métallique. Autant qu'un bullionisme conscient, je vois dans ces conceptions une vision «conservatrice» laissant peu de place au dynamisme économique et aussi l'influence des débats sur le juste prix fondé sur l'équilibre du marché et permis par l'abondance des marchandises et la neutralité de l'instrument monétaire. La stabilité est alors nécessaire pour atteindre cette perfection et la fixer pour l'éternité. Le rôle dé-

RN (1924) 109-128; *RN* (1925) 90-101, 212-237; *RN* (1926) 91-101; *RN* (1927) 96-111, 228-233; *RN* (1928) 106-121.

cisif des clercs et des prélats (Guillaume de Melun, Nicole Oresme) dans la stabilisation de la société par la création du franc en 1360 a été souligné par R. Cazelles[30], mais plus encore que la défense de leurs intérêts de rentiers je crois que c'est cette conception de l'ordre économique et social qui les pousse. Faute de trouver le système monétaire voulu par Dieu ou par la nature on préférait s'en tenir au modèle fondé par le bon roi saint Louis ou bien on recherchait des constructions intellectuellement satisfaisantes et bien équilibrées entre les valeurs des différentes monnaies d'or d'argent et de billon, bien «équipollées» disaient les ordonnances. Il resterait à rechercher à quel registre de vocabulaire (mathématique ?) est emprunté ce terme.

Les donneurs d'avis, des spécialistes des questions monétaires, raisonnent sur les objectifs à atteindre et les mesures techniques à prendre. Il est intéressant de délimiter les contours de ce groupe constitué des généraux maîtres des monnaies (dont le Lucquois Betin Calcinel), de Florentins (Pepe Bonaprise) ou Biche et Mouche Guidi qui intervinrent au conseil du roi, mais aussi de Limousins (Pierre Chief de Roy) ou de Cahorsins et surtout de Languedociens de Montpellier (Guillaume Mestre), Béziers (Raimond Siran), Narbonne (Jean Truel en 1317): qu'ils aient été sollicités à titre personnel ou comme représentants de leurs villes, ils ont souvent eu la responsabilité d'ateliers monétaires et ont bien assimilé les mécanismes des trafics qui se développent à la fin du XIIIe s. Dans leur cas, je crois à l'existence de comportements et d'un raisonnement que l'on peut qualifier de «marchands» visant à l'optimisation du profit, même si dans ces raisonnements les économistes peuvent certes trouver des failles. Ils pouvaient être de bons chrétiens et des sujets loyaux, leurs raisonnements avaient aussi d'autres fondements. Est-ce un hasard si c'est en Languedoc, à Narbonne, que le franciscain Jean Olieu apporte des fondements théoriques à cette autonomie marchande[31]. L'autre indice que je trouverai à la présence de ces conceptions, au moins dans le midi, c'est le cas des trafics de «millares» au milieu du XIIIe s. sur la bordure méditerranéenne d'Espagne, de France et d'Italie. On y trouve tous les ingrédients des trafics ultérieurs: large rayon d'action d'une rive à l'autre de la Méditerrannée, imitation et même contrefaçon des doubles dirhems almohades frappés dans des ateliers languedociens, gênois ou catalans, concurrence entre ces ateliers pour accaparer ce trafic en modifiant le titre des pièces («à la loi que vou-

30. R. Cazelles, «La stabilisation de la monnaie par la création du franc (décembre 1360): blocage d'une société», dans *Traditio*, XXXII (1976) 293-311.

31. Voir dans ce volume la contribution de G. Todeschini sur la mise en forme des cadres de pensée de l'économique.

dront les marchands» promet même le roi d'Aragon). C'est encore autour de Narbonne et de Montpellier que l'on trouve vers 1320 les grands trafics de fonte et d'exportation d'argent. Ces raisonnements sont donc aussi bien ceux d'une partie des opérateurs sur le marché monétaire.

Les problèmes

Un peu *moins de métal* se présente spontanément dans les ateliers royaux, ce qui surprend après deux générations d'abondance, et le prix du métal s'élève peu à peu, entravant la fabrication de petite monnaie pour laquelle les frais sont plus élevés que pour les gros. Cette concurrence interne au système monétaire est clairement perçue. «La blanche monnoie degaste la noire». Cette question de la petite monnaie que j'ai eu l'occasion d'étudier[32] est de plus en plus centrale jusque dans les années 1320 car le ralentissement des fabrications s'accompagne du vieillissement du stock de deniers avec son cortège de pièces usées, abîmées, rognées et de contrefaçons (comme les médiocres piécettes d'Achaïe et d'Athènes qui se mêlent à la circulation des deniers tournois).

Les *imitations* empoisonnent la circulation et font surenchère sur le prix du métal. Des pièces un peu moins riches en métal précieux permettent de payer le métal un peu plus cher pour un bénéfice égal ou supérieur: l'écoulement de la monnaie se fait au pair sans difficulté grâce à la similitude des types. Le système est à peu près imparable: si les monnaies royales sont frappées sans bénéfice ou presque il peut devenir avantageux de refondre les pièces bonnes et lourdes dans les officines d'imitation; si le seigneuriage est élevé il n'y a pas de refonte mais ces officines perçoivent à leur profit ce prélèvement et elles peuvent même frapper à des conditions équivalentes à celles de la monnaie imitée et attirer d'autant mieux le métal. La meilleure défense est de contrôler étroitement la circulation ou surtout d'obtenir la fermeture de ces officines: voilà pourquoi la plupart s'installent hors du royaume mais à proximité des routes commerciales. Quelques opérations de police sont attestées dès l'époque de Philippe le Bel dans les Ardennes ou dans la vallée du Rhône mais les pressions diplomatiques sont plus fréquentes (inversement bien des imitations du XIVe s. sont attribuables à des alliés du roi qui se payaient ainsi des services rendus) et l'excommunication prévue par une bullle de 1309 n'est pas le moindre argument.

32. M. Bompaire, «Pour une histoire des monnaies noires», dans *Finances, pouvoir et mémoire, Mélanges ...Jean Favier*, Paris 1999, pp. 349-371.

Les bonnes monnaies *étrangères* qui circulaient en France restaient en usage parce qu'elles s'intégraient bien au système monétaire, et en particulier le florin de Florence et l'esterlin. Celui-ci circulait dans le royaume depuis longtemps et comme il valait un peu moins de 4 deniers tournois ou d'un tiers de gros tournois, il n'était pas facile à déloger de la circulation et ses imitations abusaient le public. Le florin de Florence, après le bref épisode de frappe de l'écu de saint Louis, avait été la monnaie d'or de référence en France. Jusqu'en 1313 Philippe le Bel lui-même avait frappé sur l'étalon du florin, des florins ou des doubles florins. Il était difficile au roi dans ces conditions d'empêcher la circulation de la pièce d'or sur laquelle se fondait son système monétaire et qui en même temps était la plus abondamment frappée. Ensuite, ce fut plus difficile encore là où s'instaura un système monétaire, un système de compte, fondé sur le florin et le gros tournois. La fabrication de «masses d'or» de titre réduit avait peut-être été une tentative pour concurrencer le florin ou pour le discréditer, mais les utilisateurs avaient réagi en modifiant les cours et les parités. Les cours ne se décrètent pas par ordonnance mais par l'accord des changeurs: les spécialistes consultés par le roi le lui disaient expressément en 1315. Pour les pièces d'or en particulier. Là encore le roi ne pouvait que suivre le mouvement.

La fabrication de *l'or* était, elle aussi, un facteur de tensions et on a écrit que les mutations qui débutèrent avec Philippe le Bel en 1295 étaient le prix à payer pour l'introduction du bimétallisme. Mécaniquement, l'arrivée de l'or qui se substituait à l'argent dans certains usages entraîna une diminution du stock d'argent et quand l'attrait pour le nouveau métal eut atteint ses limites on commençait à manquer d'argent dans ses usages monétaires spécifiques. Dès 1322 le roi consultait ses sujets pour savoir comment faire revenir l'argent qui avait quitté le royaume et on rencontre alors les premières notations sur la raréfaction de la monnaie, c'est-à-dire de la monnaie d'argent et plus encore de la monnaie noire. L'analyse, par les experts, des mécanismes qui ont provoqué ces mouvements sur les métaux est plus intéressante encore que les solutions proposées. Il en ressort que le débat sur la politique monétaire avait donc des objectifs macro-économiques, c'est-à-dire qu'il s'agissait véritablement de «politique monétaire» (cqfd), mais aussi qu'il y avait véritablement débat.

Les débats

Les questions qui se posent alors concernent pour la plupart le contrôle de la circulation monétaire (empêcher les exportations de métal,

les importations de monnaies étrangères et d'imitations frontalières, imposer le cours légal des pièces d'or). L'autre grande question concerne les monnaies noires, faut-il refondre, et faut-il à cette occasion affaiblir la monnaie ? Avec l'expérience des affaiblissements de 1295-1305, le débat glissa vers l'alternative stabilité/mutations, et porta accessoirement sur le palier auquel devait se faire la stabilisation, mais les possibilités financières révélées par ces premières mutations introduisirent une dimension de négociation fiscale ou financière dans ces débats. Choisir une politique monétaire devint alors choisir une politique financière et fiscale et même une politique sociale.

Du contrôle de la circulation monétaire...

Les ordonnances de décri des monnaies baronniales en 1204 ou en 1265 avaient été couronnées de succès dans les années ou les décennies suivantes. Pourquoi les monnaies étrangères et les imitations n'auraient-elles pas subi le même sort? Le contrôle se faisait aux ports et passages mais surtout dans les transactions sur les foires et marchés et aux boutiques de change qui constituaient les points de passage obligés et naturels pour les monnaies. Jusque-là les pressions exercées pour faire appliquer les ordonnances et faire adopter la monnaie royale avaient été acceptées d'assez bonne grâce. La monnaie du roi était toujours aussi bonne, il suffisait de bien informer les utilisateurs de leur devoir et de leur intérêt bien compris; des mesures transitoires assez douces pour dissiper les craintes de spoliation (démonétisation gracieuse des pièces prohibées, cours de reprise alléchant, contrôle par des prudhommes désignés par les métiers...) devaient entraîner l'adhésion. Or il n'en fut rien, les esterlins, les florins circulaient toujours et les imitations se répandaient. On demanda une adhésion plus active de la population par des prestations de serment, dès l'époque de saint Louis, mais ces engagements furent ensuite exigés par priorité des changeurs et des intermédiaires habituels des échanges (courtiers, aubergistes, merciers...) mais aussi des notaires et de tous les marchands qui dans leurs opérations ne devaient utiliser les monnaies —les monnaies d'or en particulier— qu'à leur cours légal. La consultation des villes sur la politique monétaire n'était-elle pas aussi un moyen d'obtenir le concours des élites bourgeoises et de les impliquer dans la mise en œuvre des ordonnances? L'aspect d'engagement l'emportait souvent sur celui de consentement.

...Au contrôle du marché des métaux

Le métal se raréfiait néanmoins aux ateliers. Il fallait donc contrôler tout le marché et le circuit de métaux précieux. On ne pouvait payer en monnaies prohibées sans qu'elles soient coupées. Bientôt on ne put plus en posséder sans qu'elles soient coupées. Il fut ensuite interdit de les exporter sous cette forme, ni de les fondre auparavant. Obligation fut faite de les porter à l'atelier monétaire ou de les remettre à un changeur qui s'en chargerait. Celui-ci vit limité à 15 jours le temps où il pouvait les détenir sans être soupçonné de fraude et il ne devait plus les porter qu'à l'atelier monétaire le plus proche de son lieu de résidence et par la route directe. La thésaurisation sous forme de vaisselle fut à son tour soumise au même contrôle, interdite aux personnes de rang modeste. La refonte aux ateliers monétaires d'une partie de l'argenterie fut exigée. La fabrication des orfèvres fut également contingentée. Toutes leurs opérations devaient être enregistrées par les changeurs, les orfèvres ou les affineurs. L'affinage, qui passait difficilement inaperçu en raison des technologies employées fut interdit ou étroitement encadré. Le contrôle par les agents du roi, par les ateliers monétaires ou par des commissions d'inspection spécifiques, tout l'éventail des mesures était en place avant 1320. L'atelier monétaire prenait place au centre du dispositif de circulation monétaire aussi bien que de celui d'émission.

Quelle était l'efficacité de ce système ? Aux plus belles années, quand des bandes de coupeurs des monnaies pouvaient arraisonner tous les voyageurs, mettre sous scellés les caisses et les registres de tous les marchands et notaires et se payer du quart des monnaies prohibées qu'il saisissaient, il put avoir l'efficacité qu'avait la gabelle du sel d'ancien régime où les gabelous ne vinrent jamais à bout des faux sauniers et où les greniers à sel n'approvisionnaient souvent le public que du minimum légal et nécessaire. Une partie du métal échappait certainement aux ateliers monétaires.

La refonte

La refonte du stock de monnaies noires pouvait se faire sur le modèle anglais des refontes des esterlins, à des conditions d'émission similaires, mais il pouvait être tentant d'associer un léger affaiblissement à l'opération de façon à dégager un gain et à reconstituer une marge de seigneuriage permettant la continuation de la frappe face à un éventuel enchérissement du métal. Cela avait de plus techniquement l'avantage d'attirer aussi dans la refonte les pièces légères ou les imitations qui pullulaient et

qui se seraient maintenues en circulation à côté des nouvelles bonnes monnaies. On a pas d'indice que le débat ait été de cet ordre et dans le récit d'un conseil du roi de 1293 où la mutation aurait été envisagée, il n'est question que du recours ou non à la monnaie faible. Notons cependant que ce récit a été fait a posteriori et que le bilan pour l'année 1296 précise que la faible monnaie rapporta peu en cette première année (60 000 l. t.). L'objectif était-il financier plus que technique? Avait-on une notion précise des profits à venir? Je n'en suis pas sûr. Lors de la mutation, l'affaiblissement était de 12% nominalement mais il s'alignait sur les conditions réelles de la circulation monétaire: le pied passait de 12 (officiellement) à 13,5 quand le cours du gros tournois était déjà passé depuis 5 ans de 12 à 13,166 d. tournois et atteignait maintenant 15 d. t. Il ne semble pas qu'il y ait eu décri et refonte imposée des anciens deniers: la nouvelle monnaie des doubles s'ajoutait aux monnaies en circulation et devait peu à peu se substituer à l'ancienne par le jeu de la loi de Gresham; elle devait également entraîner la refonte des esterlins (qui pouvaient se transformer en deux doubles tournois plus un léger bénéfice).

Réticences à l'affaiblissement

Avouons cependant que l'ordonnance de mise en circulation des doubles, le 15 avril 1295, ne comporte pas d'exposé des motifs en préambule. Il y a seulement l'indication des monnaies qui ont cours, à crier et publier dans tout le royaume. Rien n'était apparemment changé au système monétaire complété par des doubles. L'affaiblissement de 1303 n'est même connu que par un bail monétaire.

Comme au siècle précédent l'affaiblissement est honteux, il ne s'affiche pas. En revanche nous avons conservé deux ou trois ordonnances en forme annonçant en 1303, 1305 et 1306 le rétablissement de la bonne et forte monnaie, ce qui était une louable entreprise aux yeux de tous. La monnaie royale n'avait pas connu de mutations depuis un siècle; l'affaiblissement était une pratique oubliée, ainsi que ses conséquences; il n'en demeurait pas moins qu'il était entâché d'une réprobation de principe, même quand il s'agissait comme ici d'une mesure d'ordre technique. Au cours du XIIIe s. le roi et son Parlement n'avaient pas hésité à sanctionner les barons qui affaiblissaient leur monnaie. Mieux encore, dès le mois de mai 1295 nous avons, en guise d'exposé des motifs, des lettres d'excuses adressées aux prélats par le roi et la reine qui promettent de les dédommager pour cet affaiblissement, avoué en termes voilés, sur leurs biens propres (*monetam cudi in qua forsan aliquantulum deerit de pondere, aleio seu lege quam predecessores nostri reges Francorum consueverunt*

in monetarum fabricatione observare, Ord. I, 325). L'affaiblissement charge personnellement la conscience du roi qui l'ordonne. Boniface VIII n'en disait pas davantage dans la bulle *Ausculta fili* où il dresse un réquisitoire contre Philippe le Bel en 1301.

La mesure en tout cas n'eut pas le succès escompté. Sans doute avait-on sous-estimé la place tenue par les imitations d'esterlins et les baudekins affaiblis et l'apparition rapide d'imitations des doubles. Les besoins financiers poussèrent à la fuite en avant dans la voie de l'affaiblissement (sans doute dès la création du demi-gros en janvier 1296); le public devenait méfiant et réservé. Pour rétablir la confiance du public et la confiance en soi des gouvernants, la bonne conscience des rois, il n'y eut plus désormais qu'une voie de salut, le retour à la *bonne monnaie de saint Louis* et au pied 12. La notion est récurrente jusqu'en 1360. Les tentatives de rétablissement se succèdent: 1307, 1313, 1329, 1343 et en décembre 1355 encore les Etats généraux qui imposent un renforcement sur le pied 24 prévoient l'ardente obligation d'un retour au pied 12 quand la guerre sera terminée. Ces réformes fondées sur un tel a priori sont systématiquement vouées à l'échec dans les conditions monétaires du XIVe s. et dès les années 1320, les spécialistes monétaires consultés par le roi se placent dans une autre perspective.

Consultations et consentement

La période des mutations de 1295 à 1360 est caractérisée par la fréquence des *consultations* en matière monétaire. J'ai déjà présenté les spécialistes qui s'étaient exprimés mais il faut également s'interroger sur le cadre de ces consultations. Plusieurs d'entre eux interviennent comme délégués de villes. Faut-il voir dans ces convocations de villes recensées par P. Guilhiermoz pour l'époque de Philippe le Bel et ses fils et étudiées par R. Cazelles pour les années 1328-1360[33], les instruments d'une participation aux décisions monétaires, l'expression d'un consentement nécessaire aux mutations? Malgré la consultation décrite dans le canon *quanto* et les commentaires des décrétalistes comme Innocent IV: «*si vult minuere non credimus quod hoc possit sine consensu populi*», la tradition antérieure offre peu d'exemples nets. A Montpellier, en 1273, quand il entreprend la frappe d'un gros valant 12 d. de Melgueil c'est le seigneur (roi d'Aragon) qui consulte, après coup, l'évêque de Maguelon-

33. R. CAZELLES, «Quelques réflexions à propos des mutations de la monnaie royale française, 1295-1360)», dans *Le Moyen Age*, LXXII (1966) 83-105 et 251-278.

ne comte de Melgueil ainsi que les consuls de Montpellier dont l'accord est expressément indiqué et qui en ont gardé des copies dans leurs archives. Il était jusque-là prévu que le comte-évêque consulte ses partenaires en cas de mutation de sa monnaie de Melgueil, ce qui est sensiblement différent. Des cas de conflits pour non consultation de chapitres ou autres parties intéressées dans les monnayages baronniaux ont abouti au Parlement, mais en 1282 les prétentions des consuls de Cahors y sont rejetées (il ne s'agissait pas d'un affaiblissement). Les ordonnances monétaires comportent régulièrement une clause rappelant la large consultation et la délibération approfondie qui les ont précédées. Pas plus qu'au XIIe et XIIIe s., il ne s'agit là d'une clause de style. Ce sont des ordonnances d'une grande sollennité, fixant la monnaie (pour longtemps, sinon perpétuellement) qui bénéficient de ces clauses, des ordonnances de renforcement en particulier. La consultation est réelle: jusque dans les années 1320 ces délégués du royaume sont consultés sur des analyes macro économiques et des options techniques, mais, on l'a vu, outre des idées le roi attend d'eux des engagements au service de la politique royale, de la politique en matière de circulation notamment. Plus d'une fois également, la monnaie n'est pas le seul sujet de la consultation (guerre de Flandre en 1317...) et de plus en plus souvent les instructions données aux délégués leur enjoignent de ne pas trop s'engager sur le versement de subsides. En 1343 par exemple le renforcement monétaire n'est qu'une sorte de *captatio benevolentiae*, de mise en bouche pour faire avaler aux représentatnts du royaume la taxe sur les transactions de 4 d par livre. Le débat ne porte plus sur la monnaie mais sur l'impôt et si les Etats du milieu du siècle, 1355-1358, revendiquent de consentir et même de décider des mesures monétaires c'est que la monnaie est d'abord ressentie comme un impôt, la politique monétaire comme une politique fiscale; comme de la politique politicienne aussi vis-à-vis de l'opinion publique.

IV. LE TEMPS DES MUTATIONS

Le débat porte désormais sur les mutations parce qu'il s'agit de la pratique monétaire dominante de la part des autorités monétaires; le principe même et non seulement les modalités sont en cause. L'expérience accumulée depuis le règne de Philippe le Bel a de plus mis en évidence deux conséquences des mutations qui deviennent le cœur et l'enjeu des débats.

L'opinion publique

Comme l'a soutenu R. Cazelles, la monnaie (et les mutations) sont un des sujets sur lesquels existaient au XIVe s. des phénomènes *d'opinion publique*. Il recense les mentions qui apparaissent au fil des documents comme, en 1354, les plaintes de l'abbé de Saint-Rémi de Reims, appauvri par les affaiblisements, celles de l'abbé de Citeaux qui déplorait en 1333, lors des renforcements que la baisse des salaires suive mal. Le procureur de l'archevêque de Bordeaux se lamentait d'avoir perdu 400 l. sur les 1000 l. qu'il avait en argent comptant lors du renforcement de 1368[34]: *sic in mille libris quas tunc habebam penes me de receptis proventium archiepiscopatus perdite fuerunt IIII^c^ l.* et les délégués de villes en avaient dit autant lors du renforcement de 1343. Chacun raisonnait ainsi en fonction de ses intérêts du moment et se souvenait plus des mauvaises affaires causées par les mutations que des bonnes comme l'allègement des charges des débiteurs lors des affaiblissements, ou comme le *crementum pecunie* enregistré par le changeur du Trésor sur les pièces d'or. Je n'insisterai pas sur les expressions de mauvaises humeurs et les raisonnements monétaires un peu courts qui les accompagnaient. Des mots d'ordre comme le retour à la monnaie de saint Louis fédèrent l'opinion, d'autres mesures démagogiques y sont souvent associées, comme le jugement et l'exécution des spéculateurs et des financiers auxquels on fait rendre gorge. Les Templiers, les Juifs ou les Lombards étaient des coupables tout désignés pour l'opinion; Enguerrand de Marigny dont les attributions avaient bien dépassé le cadre financier les suivit dans la tombe puis Pierre Rémi, le trésorier de Charles IV, mais les responsables monétaires furent ensuite particulièrement visés au temps des mutations, exécutés ou bannis comme Betin de Saint-Denis, Pierre Chauvel, Raimond Siran, Jean Le Mercier dans les années 1340, d'autres connurent aussi la prison comme Jean Poillevillain (à 3 reprises) ou les frères Nicolas et Amaury Braque et on ne compte pas ceux qui furent condamnés à de lourdes amendes et compositions. Les réformateurs réclamaient des têtes, le roi en offrait parfois pour obtenir plus de subsides, voilà à quel niveau se situaient les négociations monétaires. Si la monnaie est alors au centre de tous les débats politiques et focalise toutes les haines c'est sans doute parce qu'il s'agit à l'époque de la manifestation la plus vexatoire du fisc avec ses coupeurs de monnaies honnis.

34. Comptes de l'archevêché de Bordeaux, *Archives historiques du département de la Gironde*, t. 22, Bordeaux, 1882, p. 197.

Après avoir contribué à l'unification du royaume, la question monétaire est-elle en passe de fournir un sujet de débat permettant l'émergence d'une opinion publique critique et organisée, et son expression au sein d'assemblées et d'institutions représentatives? En effet si le débat devient aussi vif c'est qu'il s'agit désormais moins de monnaie que de pouvoir et d'argent. Des *théories opposées* et tranchées s'affrontent alors: les partisans de la théorie (improprement appelée féodale ou domaniale) proclament dans les préambules de quelques ordonnances le droit du roi à faire la monnaie qu'il veut, à la muer quand il veut (26 janvier 1347: Ord., II, 254 ou 20 mars 1362: Ord. III, 555: «A nous seul et pour le tout de nostre droit royal par tout nostre royaume appartiengne de faire telles monnoies comme il nous plaist et de leur donner priz»); les réformateurs et surtout des théoriciens comme Oresme démontrent l'illégitimité de toute mutation, sans l'accord de la communauté, et même avec l'accord de celle-ci (sauf cas très particuliers qui apparaissent surtout dans la seconde rédaction du traité en 26 chapitres).

Enjeux sociaux

Plus encore que les affaiblissements, scandaleux, les renforcements réclamés sur tous les tons suscitent des troubles de l'ordre public. Philippe le Bel en avait fait l'expérience en décembre 1306 quand il dut se réfugier au Temple alors que les émeutiers saccageaient la maison du prévôt des marchands, Etienne Barbette. Il était donc bien légitime qu'ils soient préparés avec soin, qu'ils reçoivent l'adhésion des représentants du royaume et que ceux-ci s'engagent à les faire respecter, en particulier par les locataires et autres débiteurs. Les raisonnements de ceux-ci étaient parfois sommaires mais solides: alors que leurs liquidités se trouvaient réduites en valeur nominale, leurs loyers restaient inchangés et représentaient une charge accrue (bien que marquant simpement le retour à une situation antérieure). Les spécialistes avaient plus finement compris les enjeux sociaux des mutations et je ne peux moi aussi me dispenser de citer ici l'avis pénétrant donné au roi de Navarre par son conseiller Guillaume Le Soterel en 1340[35]: Comme il est rédigé en français de Normandie, en voici du moins l'analyse.

Le conseiller trouve trois raisons à la frappe de monnaie, l'honneur du roi, les besoins de la population et le profit du roi. Il ne prône pas comme

35. Béatrice Leroy, «Théorie monétaire et extraction minière en Navarre vers 1340», dans *Revue Numismatique* (1972) 105-123.

une vertu le maintien de la stabilité monétaire, loin de là: «fol est qui telle chose jure». Il propose de modifier le niveau de la monnaie tous les 7 ou 8 ans pour favoriser alternativement, les rentiers, les marchands et le peuple et il réserve la possibilité, en cas de guerre ou de nécessité de faire de la très faible monnaie, de la monnaie de nécessité. Il ne discute pas le principe de consultation et de consentement mais il explique surtout comment manipuler les assemblées de délégués et comment en obtenir les engagements les plus précis et les plus contraignants, grâce à un étalement judicieux des mesures décisives. En dehors du consentement populaire, deux choses sont en jeu, comme le montre cet avis, le niveau de la monnaie frappée (forte ou faible) et d'autre part la stabilité de la monnaie.

Les revenus des mutations

Deuxième découverte ou redécouverte issue des mutations de Philippe le Bel: la mutation rapporte gros. De 1298 à 1300 elle entre pour plus de 50% dans les revenus de la monarchie. On a maintes fois souligné l'alternative financière pour le roi: tirer ses revenus des mutations monétaires, ce qui peut se faire très rapidement par simple décision administrative pour des rentrées très rapides, ou de l'impôt, ce qui est alors beaucoup plus aléatoire et qui nécessite consentement et marchandages, frais de perception et délais de paiement. Le consentement aux mutations se présente le plus souvent comme un consentement à l'impôt, au subside, qui vient mettre fin aux mutations à l'occasion d'un renforcement censé stabiliser la monnaie; ainsi en allait-il déjà en 1303 pour le subside obtenu du clergé à l'annonce du retour à la forte monnaie. Les affaiblissements en revanche ne faisaient pas l'objet de consultations quand ils n'étaient pas tout bonnement gardés secrets. Oresme décrit finement les avantages techniques des mutations comme source de financement, mais récusant la pratique des mutations il récuse en même temps l'impôt qui viendrait en écarter l'éventualité. L'impasse théorique est totale. Il fallut en fait l'argument fourni par la rançon du roi qui justifiait un impôt de quelque durée pour permettre une stabilisation monétaire véritable, par la création du franc en 1360.

La politique des mutations (1320-1360)

Avant la création du franc, malgré des tentatives multiples et plus ou moins sincères de stabilisation, le système des mutations l'emportait. Il impliquait une gestion monétaire et une politique en tout point opposée à celle qui se pratiquait lors des tentatives de stabilisation, avant ou après

1360. L'objet de cette politique n'était certes pas de pratiquer des mutations pour le plaisir de démontrer le droit du roi sur sa monnaie. Il était de produire du revenu: le marché conclu par Jean Poillevillain en 1358 est exemplaire: celui-ci avait toute latitude pour manipuler les monnaies pendant six mois et il promettait de verser ensuite 40 000 royaux d'or par mois au Trésor. Celui qui propose un tel marché est le grand spécialiste de la période, maître de l'atelier de Paris puis général maître des monnaies, trésorier et souverain ordonnateur des monnaies; il a profondément marqué les années 1330-1360 sur le plan monétaire. Un examen détaillé[36] des mesures prises à son initiative ou à celle de ses émules comme Nicolas Braque, montre un art consommé pour enchaîner et articuler les mesures techniques de façon à leur faire produire le meilleur rendement. Cette optimisation du profit témoigne que c'est un raisonnement de type marchand qui domine alors dans la politique monétaire, sans le moindre scrupule à l'idée de muer la monnaie. Parmi les trois incitations à frapper monnaie que relevait G. le Soterel, l'honneur du roi, les besoins en numéraire de la population (et de l'économie) et les possibilités de profit, seule la troisième était prise en compte. L'étude que j'ai pu mener pour quelques périodes et quelques ateliers montre que le système reposait sur une remarquable circulation de l'information. Les responsables demandaient aux gardes des ateliers monétaires à des généraux-maîtres en tournées d'inspection dans des régions de transmettre toutes données utiles sur l'avancement de la fabrication, les stocks de métal disponibles, les marges de profits. Ils envoyaient en retour des instructions adaptées ou donnaient d'importantes délégations aux généraux maîtres en tournée. Dans les années 1355-1356, par exemple, les échanges étaient très fréquents (quasi hebdomadaires pour l'atelier de Saint-Pourçain) et très rapides (100 km par jour ne représentent pas un record exceptionnel). Ces échanges et la présence de correspondants autorisés sur place permettaient de coller au plus près à la réalité monétaire de chaque atelier. Il fallait entretenir une activité suffisante dans les ateliers et pour cela proposer au moment opportun des primes et gratifications aux changeurs influents de la région. Pour mieux tenir compte des diversités des conjonctures locales on observe à la fin des années 1350 une multiplication des ateliers et même une sorte de décentralisation monétaire puisque les divers ateliers frappaient des monnaies différentes ou avec des conditions différentes. La gestion des profits issus du monnayage était suivie d'aussi près et les fonds restaient rarement immobilisés: ils

36. M. Bompaire, «Le gouvernement des monnaies de Jean Poillevillain», à paraître dans *Mélanges Ph. Contamine.*

étaient selon les cas portés à Paris ou faisaient l'objet d'assignations locales (en particulier pour le paiement des troupes stationnées dans la région, mais ils étaient aussi parfois (1348-1350 ou 1355-1356) réinvestis dans les opérations monétaires par des «changeurs pour le roi» installés auprès des ateliers. Le système fonctionnait apparemment par entente avec de petits cercles de changeurs initiés qui se partageaient les profits à tirer d'informations privilégiées. Ils ne fournissaient pas toujours des quantités de métal considérables aux ateliers mais le profit qui en résultait était aussi soutenu que possible. L'histoire monétaire se perd un peu à suivre les détails des émissions qui se succèdent. L'historien qui s'y aventure trouve plus à méditer sur le fonctionnement d'un système de gestion que sur une politique monétaire véritable. Les conditions d'émission étaient, semble-t-il, fixées avant tout en fonction du titre du métal disponible. La commodité des transactions était un aspect secondaire, de même que le contrôle de la circulation monétaire. Les commissions d'enquêtes visaient moins les changeurs et utilisateurs de monnaies que les ateliers où les maîtres et les monnayeurs étaient tentés de fabriquer «à part», sans déclarer ni enregistrer le métal et en s'appropriant le seigneuriage correspondant qui revenait normalement au roi.

La politique de stabilité monétaire (1360-1410)[37]

Elle reposait sur des a priori opposés. La bonne monnaie devait s'imposer par sa stabilité. Elle devait être la même dans tout le royaume. De ce fait, la fabrication pouvait se concentrer dans un petit nombre d'ateliers. Cette monnaie devait se recommander auprès des Français comme des étrangers par sa haute valeur intrinsèque: il convenait donc que le roi n'y ait que peu ou pas de profit. Il en allait ainsi en 1323 ou 1329 quand le roi annonçait qu'il voulait «faire monnaie sans rien gaaigner» en convoquant les délégués de villes. La monnaie instituée après les Etats de 1355 est aussi de ce type et Oresme fait de ce principe une exigence aussi forte que celle de la renonciation aux mutations. Charles V se tint à l'un comme à l'autre. Si cette position se défend moralement, elle n'est pas très efficace monétairement: la bonne monnaie nouvelle est thésaurisée voire fondue puisqu'elle vaut à peine plus que son poids de métal et qu'il n'y a guère à perdre en la fondant. Les imitations affaiblies poussent à la hausse le prix du métal et la fabrication se fait à perte ou en augmentant les tolérances à la fabrication, en fondant de la vaisselle, en

37. E. Bridrey, *Nicole Oresme, la théorie de la monnaie au XIVe siècle*, Caen, 1906.

négociant des accords avec de grands changeurs qui s'engagent à fournir une quantité importante de métal. E. Bridrey a décrit le détail de ces mesures. Il faut finalement périodiquement se résoudre à affaiblir très légèrement la monnaie. Face à des pratiques de ce genre qui apparaissent et freinent la frappe on incrimine la spéculation et l'étranger: les contrôles aux frontières et les coupeurs de monnaies et autres délateurs se multiplient surtout en ces temps de (tentatives de) stabilité. Pour attirer le métal on voit des ateliers monétaires apparaître aux frontières du royaume sous le règne de Charles V (Sainte-Menehould, Villeneuve-les-Avignon...) et proposer parfois des tarifs plus intéressants pour les vendeurs de métal étrangers (Tournai notamment). Là s'arrêtent cependant les efforts d'une gestion déconcentrée. Le monnayage est uniforme et centralisé. Il se fait bien souvent à perte, les gages des officiers sont réduits, les loyers des ateliers sont renégociés. La quantité de monnaie disponible pour le public préoccupe davantage que la quantité des émissions, puisqu'il n'y a pas de refontes, sinon en 1385. La fabrication correspond alors à du métal provenant de l'étranger ou déthésaurisé. Il est bien sûr illusoire de vouloir comparer le stock métallique en comparant les quantités fabriquées dans des cadres aussi différents que la période des mutations et celle de la stabilité. C'est pourtant ce qui a été fait (faute de mieux[38]).

Le XVe s. Conclusion

On retrouve une période de mutations 1415-1435, semblable à celle du XIVe s., aggravée par la division du royaume (Henri VI et Charles VII) et une décentralisation plus poussée encore des conditions d'émission (comme dans le cas des écus que j'ai pu étudier[39]). On observe une multiplication des ateliers, de la production et des profits du monnayage, mais la flambée, comme la stabilité qui l'entoure fait ressortir plus encore l'atonie monétaire de la période. Il y a un ordre de grandeur sensiblement diffé-

38. Voir les essais de quantifications de H.A. Miskimin, *Money, Prices and foreign Exchange in fourteenth century France*, New Haven, Connecticut, 1963, 215 p. et *Money and Power in fifteenth century France,* New Haven, Yale University Press, 1984, X-295 p.; ou J. Day, «Les frappes de monnaies en France et en Europe au XIVe-XVe siècle», dans *Rythmes de la Production monétaire de l'Antiquité à nos jours, Actes du colloque Paris, 10-12 janvier 1986*, ed. Georges Depeyrot, Tony Hackens, Ghislaine Moucharte, Louvain-la-Neuve, 1989, XVI-775 p., 13 pl., pp. 537-577.

39. J.-N. Barrandon-M. Bompaire, «Ecus d'or affaiblis de 1417 à 1436», dans *Revue Numismatique* (1992) 100-150.

rent entre les données du XIVe et celles du XVe s. sur la production monétaire. En étudiant[40] des tentatives de contrôle de la circulation monétaire à la fin des années 1450 j'ai dû reconnaître que cette tradition maintenue par l'administration monétaire était désormais subordonnée par le roi aux exigences de sa nouvelle politique de développement économique. Il n'y a plus guère alors de politique monétaire autonome.

Celle-ci avait connu des heures fastes, contribuant à l'édification et l'unification du royaume, devenant l'enjeu d'un débat politique intense qui avec la création de l'impôt permanent et du franc aboutit à la constitution d'un Etat moderne et d'une monnaie qui dure jusqu'à nous (pour peu de temps encore)[41].

40. M. Bompaire, «Saisie de monnaies prohibées au XVe siècle, le talbot d'or», dans *Revue Numismatique* (1995) 149-185.

41. Pour souligner la réalité du débat monétaire on pourrait dresser l'inventaire des bibliothèques princières du XVe s. où figurait le *De moneta* d'Oresme. On aurait pu déduire l'importance accordée à la politique monétaire de l'extrême abondance de la législation monétaire. Les ordonnances monétaires tiennent une large place dans les seize volumes correpondants du recueil des *Ordonnances des rois de France*. Ce type de comptage dont les éléments figurent dans Georges Depeyrot, *Histoire de la monnaie jusqu'au XVIIIe siècle*, 3 vol., 645 p., Wetteren, Moneta, 1995-1996. n'est pourtant pas très significatif pour plusieurs raisons: les archives de la Cour des monnaies sont relativement bien conservées par rapport à celles de la Chambre des comptes ou à celles des officiers locaux, et les simples mandements exécutoires ont été insérés dans le recueil. D'autre part une telle documentation privilégie la période des mutations (1320-1360) qui a vu la multiplication des mesures techniques et non politiques. Cette règlementation reste ensuite abondante sous le règne de Charles V, mais son importance décroît progressivement ensuite. Le vrai débat monétaire où les enjeux étaient de nature économique, celui qui devrait aujourd'hui intéresser les économistes est sans doute celui des années 1280-1320 sur lequel j'ai davantage insisté. Ensuite les enjeux financiers et les enjeux sociaux et politiques passent au premier plan. Et quand les préoccupations redeviennent plus spécifiquement monétaires, il s'agit de gérer une pénurie et les enjeux sont trop maigres pour que la monnaie soit un instrument privilégié d'intervention.

Monedas y políticas monetarias en la Corona de Castilla (siglos XIII a XV)

Miguel Ángel LADERO QUESADA

I. CUESTIONES GENERALES

Los puntos de vista de los numísmatas y de los historiadores de la economía y la política económica son distintos y pocas veces convergen, como debieran, a la hora de estudiar la moneda. Para aquéllos, «la primera tarea... es responder a las preguntas cuándo y dónde o, en otras palabras, establecer la fecha y el lugar de acuñación de las monedas»[1], situarlas en su contexto de «cultura material», tratarlas, en suma, como objeto de estudio arqueológico una vez superada la larga época en que prevalecían los intereses y emociones propios del coleccionista. El estudio sistemático de los tesorillos y el establecimiento de tipologías se han visto completados, o superados, con el empleo de las modernas técnicas metalográficas, que permiten alcanzar precisiones antaño imposibles. Por su parte, los historiadores de la economía y de la política económica ponen todo su empeño en combinar los datos numismáticos con los de procedencia escrita, tarea difícil a menudo, porque pretenden estudiar los sistemas monetarios y las monedas concretas en el seno de realidades económicas y políticas complejas y cambiantes, consierándolas como elementos de tales políticas económicas estrechamente relacionados con otros, como son los precios, la disponibilidad de productos, la fiscalidad y la capacidad de intervención de los diversos poderes políticos.

Hay categorías generales que todo historiador debe tener presentes a la hora de investigar sobre estas cuestiones. El mismo pensamiento escolástico bajomedieval le ilustra sobre ellas. Primero, ha de valorar en qué medida la moneda cumple en cada momento y lugar las misiones que tie-

1. M. Metcalf, en M. Rueda, *Primeras acuñaciones de Castilla y León*, Salamanca, 1991, prólogo.

ne asignadas: ser medida de valor de todos los bienes, ser reserva de valor, actuar como intermediario universal en los intercambios de bienes y servicios. A lo anterior se ha de incorporar una cuarta misión o uso, porque la moneda es siempre instrumento de políticas económicas y fiscales, dado que, de una u otra manera, su acuñación es *regalía* y, por lo tanto, expresión de un poder político y de su capacidad para hacerse obedecer por la sociedad. En Castilla y León, los reyes ejercieron esta *regalía* plenamente —con algunas concesiones menores en el siglo XII—, y la falsificación fue delito condenado con penas gravísimas, en especial desde que la recepción del derecho romano tardío llevó a equiparar a los falsarios con traidores[2]. Pues bien, el gran debate bajomedieval en torno al derecho regaliano no se refiere a la capacidad para acuñar —que se reconoce al titular del poder político— sino a la propiedad de la moneda, en última instancia: para Nicolás de Oresme (m. 1382), ésta era de la sociedad políticamente organizada y sólo a ella competía la alteración o «quiebra» de moneda, en circunstancias excepcionales pues lo ideal era que hubiese estabilidad. Otra corriente, al atribuir la plena propiedad y disposición al poder político, estimaba que éste podía alterar la moneda según su conveniencia. Por debajo de ambas, la realidad económica dictaba también sus leyes, pues la monetización de la economía exigió, desde los últimos decenios del siglo XII, una masa cada vez mayor de moneda en circulación, así como su uso cada vez más intenso[3]. Hubo, sin embargo, distintas

2. Todavía en los cánones del concilio eclesiástico de Palencia de 1129, el castigo del falsificador de moneda es el cegamiento, lo que recuerda algo las penas ejemplares de la ley islámica impuestas a los ladrones (amputación de la mano): cit. en L. Serrano, *El obispado de Burgos y Castilla primitiva*..., Madrid, 1935, cap. XI. En 1231, el castigo del falsificador era la confiscación de todos los bienes, como mínimo (J. González, *Reinado y diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1983, doc. 370, sobre el arcipreste Esteban, falsificador). A medida que se consolidan los fundamentos doctrinales del poder real en la Edad Media tardía, se afirma también la consideración de la falsificación como delito *lesae maiestatis* (*Partidas,* VII, VIII, IX: Pena de muerte en hoguera a los falsificadores de moneda y sus cómplices). E incluso se condena con la muerte a los que saquen moneda del reino fraudulentamente por encima de determinada cuantía (500 *castellanos* de oro, según la disposición regia en Cortes de Toledo de 1480).

3. Es indispensable un adecuado conocimiento del pensamiento económico medieval, como punto de partida. Entre otras obras, la fundamental de O. Langholm, *Economics in the Medieval Schools: Wealth, Exchange, Value, Money and Usury according to the Paris Theological Tradition, 1200-1350*, Leiden, 1992; G. Todeschini, *Il prezzo della salvezza. Leisici Medievali del Pensiero Economico*, Roma, 1994; P. Michaud-Quantin, «La politique monétaire à la Faculté de Théologie de Paris en 1265», *Le Moyen Age*, 68 (1962) 137-151; T.N. Bisson, *Conservation of Coinage. Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon, c. 1000-1250 AD*, Oxford, 1979; J. Kaye, «The Impact of Money on the Development of Fourteenth-Century Thought», *Journal of Medieval History*, 14 (1988) 251-270; L. Gaillard, «Nicole Oresme, économiste», *Revue Historique*, 279 (1988) 1-39; N. de Oresme, *Tractatus de origine et natura iure et mutationibus monetarum*, ed. J. Hernando, en *Acta Historica et Ar-*

políticas según cual fuera el peso de los elementos sociales partidarios de las medidas estabilizadoras: En Inglaterra o en la Corona de Aragón, por ejemplo, tuvieron mucho, debido a la manera de fijarse y repartirse las políticas y las responsabilidades fiscales y económicas entre los reyes y las asambleas representativas (Parlamento, Cortes), mientras que en Francia o Castilla tuvieron mucho menos peso en este aspecto de la toma de decisiones de política monetaria, que competían a los reyes. Por eso ha podido afirmar P. Spufford que las noblezas de Inglaterra y Aragón «fueron afortunadas y excepcionales, de una forma que no llegaron a advertir plenamente», al no practicar sus reyes quiebras monetarias o depreciaciones de las piezas de vellón como las que ocurrieron en aquellos otros reinos[4].

Ahora bien, segunda consideración general, el sistema medieval combinaba dos tipos de monedas, con posibilidades muy distintas de aumentar su masa en circulación, y destinadas a usos relativamente distintos. Por una parte, la llamada hoy «moneda-mercancía» de oro o plata de buena ley, que fue un punto de referencia relativamente fijo mientras duró la escasez de ambos metales preciosos. Era moneda destinada a grandes pagos y al ahorro o atesoramiento. No entraremos ahora en cuestiones técnicas pero el historiador debe estar familiarizado con las características de cada moneda de este tipo que haya de estudiar —ley, peso, talla—, así como con las unidades de medida empleadas que en Castilla, al menos desde el siglo XIII, fueron, para la plata el *marco* de Burgos o de Colonia y, para el oro, el *marco* de Toledo; ambos pesaban, teóricamente al menos, 230 g. El *marco* de Burgos tiene sus divisores (8 *onzas* o 64 *ochavas* o 384 *tomines* o 4608 *granos* de 0.0499 g.), su ley máxima es de 12 *dineros*: cada *dinero* tiene 24 *granos*. El *grano* es una medida a la vez de ley (288 granos en marco) y de peso (4608), de modo que estableciendo una proporción útil para nuestros cálculos, estimaremos que cada grano de ley equivale a 16 de peso, esto es, a 0.798 g. El *marco* de Toledo tiene

chaeologica Mediaevalia, 2 (1981), 9-65. Y la reedición (1978) de E. Bridrey, *La théorie de la monnaie au XIVe siècle. Nicole Oresme. Étude d'Histoire des doctrines et des faits économiques*, Paris, 1906.

4. P. Spufford, *Money and its use in Medieval Europe*, Cambridge, 1988, cap.11 (ed. española, Barcelona, 1991). Es una de las diferencias entre el ejercicio del poder según el principio de *dominium regale* o el de *dominium politicum et regale*: V. sobre estas cuestión y sobre las interacciones entre «revolución fiscal» de la baja Edad Media y política monetaria, mis trabajos, «Poderes públicos en la Europa medieval (Principados, Reinos y Coronas)», en *XXIII Semana de Estudios Medievales. Estella*, Pamplona, 1997, pp. 19-68, y, «Estructuras y políticas fiscales en la baja Edad Media», en *Poteri Economici e Poteri Politici. Secc. XIII-XVIII*, Istituto F. Datini, Prato, Firenze, 1999, pp. 369-410.

400 *tomines* o 4800 *granos*, y su ley máxima es de 24 *quilates*; cada *quilate* tiene cuatro *granos* (el grano de peso tiene 0.0479 g., el de ley equivale a 50 de peso, esto es 2.396 g.).

El precio del oro y de la plata sin amonedar es, como las mismas monedas, un punto de referencia relativamente homogéneo para observar las modificaciones y cambios en el resto del sistema monetario. Siempre, claro está, teniendo en cuenta también que la *ratio* o relación de valor entre el oro y la plata no es fija sino que tiene variaciones notables según la abundancia o escasez de uno u otro metal: la *ratio* osciló, en líneas generales, entre 1:8. y 1:12. Tanto el oro como la plata fueron escasos para satisfacer la creciente demanda, especialmente el oro, que Europa no producía y había de importar, casi siempre del África subsahariana a través del comercio con el mundo islámico: aquí radicó una de las peculiaridades más destacadas de la situación en Castilla, donde el oro fue, con frecuencia, algo más abundante y barato que en otras tierras europeas; la plata, en cambio, era algo más escasa, en el país apenas había minas y Castilla no pudo beneficiarse de esta fuente de riqueza tan importante para algunos países centroeuropeos.

El otro tipo de monedas al que antes aludía es el de las acuñadas en *vellón* —cobre con escasa aleación de plata—, destinadas a las transacciones cotidianas y pagos de rentas pequeñas, las que afectan a la mayoría de al gente y a los mercados interiores. Aquí, las posibilidades de *quiebra* y manipulación por parte del poder político emisor era mucho mayores, tanto para satisfacer sus propias conveniencias como la demanda de mayor masa monetaria, indispensable a medida que se desarrollaba la economía mercantil en el país. Así, pues, hubo una tendencia casi inevitable a la depreciación de este tipo de moneda, que hoy consideraríamos casi como «moneda fiduciaria», tomada o cedida por su valor de curso legal, no por el intrínseco, que apenas lo tuvo. Sin embargo, las *quiebras* de su ley, las emisiones masivas, o las mismas falsificaciones, causaban grandes trastornos y daban lugar a quejas y resistencias, a la vez que hacían más hondo el foso que separaba los dos circuitos de uso monetario, el que utilizaba las piezas de oro y plata, y el que manejaba las de *vellón*. Hay que considerar, en cada caso estudiado, el peso que tienen las necesidades y motivos políticos coyunturales, y el debido a la inexcusable necesidad de aumento de la masa monetaria para alimentar la actividad mercantil; si las primeras son siempre más aparentes, la segunda es un motivo de fondo al que aludían a veces los reyes que «quebraban» la moneda, para justificar su acción. Había ya entonces conciencia del distinto uso a que debía aplicarse cada clase de moneda, según fuera de oro, plata, vellón estable o vellón muy depreciado: veremos más

adelante algunos ejemplos, aunque ninguno tan completo como el texto navarro de Ghirardi, año 1340, al que se alude en otra ponencia de esta Semana[5].

Desde tiempos de Alfonso X se comenzó a caminar, de hecho, hacia la aceptación del uso universal de monedas sin apenas valor intrínseco, con el mero respaldo del poder político emisor: esta tendencia forma parte de la afirmación del poder monárquico sobre nuevas bases doctrinales e institucionales que, en Castilla, se desarrolla especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIII. No es fácil distinguir épocas de depreciación monetaria distintas por sus motivaciones. En una primera época, a lo largo del siglo XII, parece que predominan los motivos económicos, esto es, la demanda de moneda, en lento auge, pero, en torno a 1200, las necesidades políticas en torno a las «quiebras» monetarias son ya evidentes. De nuevo, durante el primer período de grandes «quiebras», entre 1265 y 1345, lo más claro son las crisis políticas, pero es una época de fuerte expansión de la economía mercantil y, en cuanto no se acuñaba vellón suficiente en Castilla, aparecían las falsificaciones, hechas con frecuencia en los reinos comarcanos.

Durante la recesión de la segunda mitad del siglo XIV no parece que haya habido aumento de la masa monetaria en vellón pero hubo algunas «quiebras» episódicas y breves, aunque muy violentas, que obedecieron a crisis políticas coyunturales. Por último, entre 1400 y 1473, la política monetaria oscila entre la estabilización y las «quiebras», con fuerte predominio de estas últimas, sobre todo en momentos de crisis política o de predominio de gobiernos que aplican principios de libre acción del poder monárquico en este terreno. La estabilización monetaria que llevaron a cabo los Reyes Católicos, y que culminó en la reforma de 1497, procuró controlar y limitar la masa de moneda de vellón circulante, y aseguró que se aceptara a su curso legal, pero consumó la pérdida de su valor intrínseco pues nunca antes había tenido menos.

Antes de explicar con mayor detalle estos asuntos, es preciso exponer todavía algunas otras consideraciones generales. En Castilla se maneja-

5. Me refiero a la del Prof. J. Carrasco. El texto, en el catálogo de la exposición *Monedas Medievales de Navarra*, Gobierno de Navarra, 1999, coord. por E. Ramírez Vaquero, p. 43 vº Ghirardi distingue entre los beneficiarios de grandes rentas, que prefieren una moneda fuerte y estable, los mercaderes, que desean una moneda «en estado medio», los que viven de su trabajo, que prefieren una «moneda menuda» abundante, aunque sea débil, y los señores que hacen la guerra, que «la quieren tan débil como puedan para pagar a sus hombres», aunque luego se restablezcan las monedas mejores habituales. A esta clasificación, en efecto, se pueden referir los distintos tipos de moneda de oro, plata y vellón bajomedievales y las fluctuaciones que experimentan unos u otros.

ron, al principio, dos sistemas de cuenta de moneda, el europeo y el islámico, y esto tuvo consecuencias muy peculiares y duraderas. El sistema europeo procede, como es bien sabido, de la reforma llevada a cabo por Carlomagno, y se refeire especialmente a la moneda de plata y vellón: 12 *denarii* hacen un *solidus* o *sueldo*, y 20 *sueldos* una *libra*. El sistema islámico, bimetalisma, se basa en el *dinar* de oro y el *dirhem* de plata; lo cristianos peninsulares conocieron sucesivamente el *dinar* califal de 4.25 g., el almorávide de 3.90 y el almohade de 2.32 así como, sobre todo, su duplo, la *dobla* de 4.60. Veremos como se produjo en Castilla una especie de fusión de ambos sistemas a lo largo del siglo XII, con predominio, en definitiva, del segundo, pues el *maravedí* (*morabetino* o *dinar* almorávide, al comienzo) acabó por convertirse en la «moneda de cuenta» del sistema castellano, en la que se expresaba el valor de curso legal de las que circulaban efectivamente[6].

Y, para concluir con estas reflexiones iniciales, redordemos que el historiador de las realidades monetarias ha de contar con buenas series de datos de producción y precios, al menos de algunos bienes básicos de consumo general, para explicar bien la situación de la moneda y sus usos en cada momento, en relación con la masa de bienes disponible y con la evolución de su producción y formas de distribución. La falta de estos datos y puntos de referencia provoca con frecuencia dificultades muy graves a la investigación porque, además, las listas de precios contenidas en las tasas o *cotos* dictados por los reyes al menos desde comienzos del siglo XIII suelen estar en relación con «quiebras» o devaluaciones de moneda, que el rey lleva a cabo al mismo tiempo que pretende imponer estabilidad en los precios, cosa imposible, de modo que los datos contenidos en los *cotos* no suelen corresponder a la realidad económica del momento, aunque muestren magnitudes y permitan comparaciones. Pueden tener un valor algo mayor, las tasas de precios fijadas por autoridades municipales a la vista de las circunstancias de cada mercado local, pero apenas quedan testimonios documentales de ellas[7].

6. Sobre metrología medieval, J. Vallvé Bermejo, «Notas de metrología hispano-árabe. III: pesos y monedas», *Al-Qantara*, 5 (1984) 147-167. J. Pellicer y Bru, «Iberian systems of weights in the Middle Ages: their role in the monetary sphere», en *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Santarém, I, 1984, pp. 105-119. A.H. de Oliveira Marques, «Pesos e Medidas», en *Dicionário de História de Portugal*, 3, pp. 369-374. F. Fita, «Igualación de pesos y medidas por don Alfonso el Sabio», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 38 (1901) 134-144. M.A. Nogales Lorente, «Metrología castellana 1265/1295. Nuevas equivalencias», *AS. Asociación Numismática de Sabadell*, 29 (1995) 11-15.

7. Sería imposible, con las fuentes documentales disponibles, hacer para Castilla algo parecido a lo que ha llevado a cabo para Aragón F. Zulaica Palacios, *Fluctuaciones econó-*

Nuestro estudio se refiere a un reino muy extenso y a un período de tiempo muy amplio. Para no renunciar a ofrecer una explicación, aunque sea provisional e incompleta en muchos aspectos, ha habido que aceptar hipótesis en abundancia y conformarse, a cada paso, con la existencia de vacíos de conocimiento. Así, por ejemplo, es imposible conocer el volumen de moneda acuñada en cada momento, los flujos monetarios en su realidad detallada, los precios del oro y la plata en detalle y en cada localidad, e incluso cuándo las acuñaciones se deben a iniciativa del poder real o cuándo éste, que las controla, actúa a demanda de los particulares que aportan el metal precioso. Por otra parte, estas páginas se limitan a tratar sobre la moneda, pero no sobre otras formas de dinero y su manejo, ni sobre el crédito y la banca, aunque siempre hay que tener en cuenta cuál era la situación legal de las bancas o *tablas de cambio* en relación con cada momento de la política o de las reformas monetarias. Tampoco se alude aquí a la cuestión sobre si hubo en Castilla expresiones de un pensamiento teórico sobre la moneda y el crédito semejantes a las que se dieron en otros ámbitos europeos.

Muchos lectores se preguntarán cómo fue posible establecer y mantener el monopolio o regalía de acuñación en un reino tan extenso, poblado y diverso en sus regiones y componentes. Es, en definitiva, la misma cuestión sobre porqué no hubo «disgregación del poder» al modo feudal clásico en una sociedad que, sin embargo, se organizaba según jerarquías y estructuras de relación de ese tipo. Hay que valorar la influencia del ejemplo andalusí y, a través de él, el de la tradición política mediterránea romana; pero, sobre todo, se debe considerar que la organización del poder político en Castilla y León se articulaba en torno al «centro» monárquico, como algo habitualmente indiscutido. En el mantenimiento de la regalía monetaria fue, por lo tanto, fundamental la colaboración de los poderes locales y nobiliarios: era su propio interés mantener la cohesión del reino, en éste como en otros aspectos, disponer de un instrumento monetario común y digno de confianza, especialmente para la nobleza, que recibía del rey sus *tierras* —así se las llamaba en los siglos XIII y XIV— a cambio de sus servicios vasalláticos o de otros tipos, pero las recibía en dinero, a pesar del nombre, y también participaban de ese interés los dirigentes de las ciudades y villas, donde se desarrollaba la actividad mercantil: en muchas de ellas hicieron acuñar moneda los reyes, en

micas en un período de crisis. Precios y salarios en Aragón en la Baja Edad Media (1300-1430), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994. O al clásico trabajo de E.J. HAMILTON, *Money, prices and wages in Valencia, Aragón and Navarre: 1351-1500*, Cambridge Mss., 1936.

uno u otro momento, y no sería raro que aceptaran la cooperación de los poderes locales para controlar la calidad de las acuñaciones, aunque se hacían siempre por orden del rey, por los monederos que él nombraba y en recintos —las *casas de la moneda* a fines de la Edad Media— bajo jurisdicción exclusiva del monarca.

II. LAS GRANDES ÉPOCAS DE LA HISTORIA DE LA MONEDA Y DE LA POLÍTICA MONETARIA EN LA MONARQUÍA CASTELLANO-LEONESA MEDIEVAL[8]

1. Antecedentes

1.1. *La inexistencia de acuñaciones en los siglos VIII a XI*

Los reyes asturianos y leoneses no acuñaron moneda, por motivos que no conocemos suficientemente aunque deben referirse tanto a la falta de necesidad económica como al insuficiente ejercicio de sus prerrogativas políticas. En el reino circularon monedas de origen ultrapirenaico y, sobre todo, andalusí: algún autor sostiene que el dirhem de plata cordobés equivaldría, en algunos momentos, al sueldo de cuenta del sistema carolingio. Además, el grado de circulación monetaria fue muy distinto según las regiones: en Asturias se practicaba mucho más el trueque mientras que en Galicia los documentos se refieren a menudo a equivalencias monetarias a la hora de fijar precios. En León y, más todavía, en Castilla, las menciones documentales a moneda fueron más frecuentes desde el segundo tercio del siglo X, a medida que se superaba la «corriente de desmonetización» hacia Al Andalus que había tenido como consecuencia un auge de la economía de trueque en los primeros decenios del siglo[9].

8. Utilizo las siguientes obras generales de referencia: M. Mozo Monroy, «La moneda medieval de Castilla y León. Bibliografía general», *Medievalismo*, 8 (1998) 243-318 (a continuar en 1999). F. Mateu y Llopis, *Bibliografía de la historia monetaria de España, con suplementos referentes a los países con ella más relacionados*, Madrid, 1958 (y la *Addenda*, Barcelona, 1971), así como su *La moneda española. (Breve historia monetaria de España)*, Barcelona, 1946. O. Gil Farrés, *Historia de la moneda española*, Madrid, 1976 (2ª ed.). J.R. Cayón-C. Castán Ramírez, *Las monedas españolas desde los reyes visigodos, año 406, a Juan Carlos I*, Madrid, 1983. Los trabajos de A. Orol Pernas contenidos en *Numisma*, 231 (1992). V. también, F. Álvarez Burgos, *Catálogo de la moneda medieval castellano-leonesa, siglos XI al XV*, Madrid, 1998.

9. V. el esclarecedor artículo de J. Gautier-Dalché, «L'histoire monétaire de l'Espagne septentrionale et centrale du IXe au XIIe siècle», *Anuario de Estudios Medievales*, 6 (1969) 43-95, y «La monnaie dans le domaine de San Pedro de Montes: fin IXe-fin XIIIe siècle», *Annales Faculté Lettres Sciences Humaines Nice*, 37 (1979) 25-35. Departamento de Historia

En el siglo XI, durante la época de los reinos de taifas andalusíes, hubo un lento aumento de los intercambios mercantiles y de la circulación monetaria, promovido en parte por las *parias* y los sueldos de guerreros mercenarios cristianos, cuyo importe se reinvertía, al menos en parte, en el comercio con Al Andalus. El efecto de esta situación fue más temprano, duradero e importante en Barcelona y otros condados catalanes, donde los *dinares* de oro andalusí o ceutí (*mancusos, mencales, mitcales*) abundaron entre 1010 y 1050 y, cada vez más devaluados, hasta el último cuarto del siglo, además de que se hicieron acuñaciones de esta moneda en la misma Barcelona donde «el dinar islámico jugó un papel crucial junto con el *denario* en la expansión económica» de los siglos XI y XII[10].

Pero en León y Castilla sólo se comenzaron a cobrar parias desde los años sesenta del siglo y debió predominar en ellas la moneda de plata sobre la de oro, ya más escasa y devaluada debido a la escasez de este metal. «Los reyes de León, Castilla y Aragón se habían perdido el boom del oro del que habían disfrutado antes los condados catalanes» (Todesca) y el que obtienen o bien se atesora, a menudo en manos de instituciones eclesiásticas, o sirve para pagar los «censos» establecidos a favor de Cluny y de Roma, respectivamente. En cambio, la plata de las parias se emplearía en la actividad mercantil, dentro de los mismos reinos y en los intercambios con Al Andalus, y sería utilizada también para las primeras acuñaciones hechas por los reyes cristianos. Desde luego, las menciones documentales a monedas de plata (*solidus argenteus, denarius*) son mucho más frecuentes que a las de oro, pero «el dinero de las parias no ha producido

Medieval de la Universidad de Oviedo, «Circulación monetaria en Asturias durante la alta Edad Media (siglos VIII-XII)», *Numisma*, 191 (1984) 239-259. C. Sánchez-Albornoz, «La primitiva organización monetaria de León y Castilla», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 5 (1928-1929) 301-345, y «Moneda de cambio y moneda de cuenta en el reino astur-leonés», *Cuadernos de Historia de España*, XXXI-XXXII (1960) 5-31. L. García de Valdeavellano, «Economía natural y monetaria en León y Castilla durante los siglos IX, X y XI», *Moneda y Crédito*, 10 (1944). También, J.I. Todesca, «Means of exchange: islamic coinage in Christian Spain, 1000-1200», en *Iberia and the Mediterranean World in the Middle Ages. Studies in Honour of Robert I. Burns S.J.*, Leiden, 1995, pp. 232-258.

10. Todesca, «Means of exchange...», y A.M. Balaguer Prunés, *Del mancús a la dobla: or i paries d'Hispània*, Barcelona, 1993, y «The influence of the moslem coinages upon the Monetary Systems of the Medieval Iberian Kingdoms», en *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Santarém, 1984, pp. 307-334, facilitan un buen estado de la cuestión. Sobre la pérdida de valor intrínseco del dinar, «mencal» o «mizcal», que en principio tendría 4.25 g. de oro, recuérdese que a fines del XI ya se hacía equivaler un dinar almorávide de 3.90 g. («morabetino») a 3, 3.5 ó 4 «mencales» de los acuñados por entonces o poco antes: en Valencia se les denominó «rovalls» (cuartos), lo que indica su verdadero valor en oro respecto al antiguo dinar.

una revolución» (Gautier-Dalché) aunque haya estimulado la circulación monetaria en el último tercio del siglo y haya sido la base de algunas fortunas militares y políticas, como la de El Cid[11]. Al lado de esta aportación andalusí, hay que recordar la entrada de dinero ultrapirenaico, traído por los peregrinos que por tierra o mar acudían a Santiago, cuyo aflujo mayor se sitúa entre él último tercio del siglo XI y finales del XII[12].

1.2. *Las primeras acuñaciones. Comienzos de una política monetaria*

Alfonso VI comenzó a acuñar moneda a raíz de la toma de Toledo (1085). Primero acuñó dirhemes, tal vez para uso local pero, con mayor probabilidad, como muestra de aquella política pan-hispánica que le llevó a intitularse «emperador de las dos religiones» en documentos de aquel mismo año[13], pero inmediatamente se decidió por la acuñación de dineros de vellón con un 30 por 100 de plata, al comienzo, según el sistema de cuenta carolingio, lo que parece ser otra muestra de la «europeización» a qué procedió este rey, aunque en aquel momento era mucho más clara la proximidad de León y Castilla al área monetaria andalusí. La medida tenía un claro simbolismo político: con la entrada en Toledo, los reyes leoneses recuperaban la plenitud de la herencia visigoda, y lo expresaban practicando la regalía monetaria. Pero poseía también un significado económico, puesto que las acuñaciones continuaron: «la necesidad de moneda fraccionaria indica el auge del comercio y el aumento de la población que participa en la circulación monetaria» (M. Rueda)[14].

11. Sobre el pasaje del *Poema del Cid* donde se menciona el oro de las parias recaudadas por su protagonista antes del destierro y supuestamente depositado como garantía en manos de los judíos Rachel y Vidas, y otros aspectos concomitantes, F. Mateu y Llopis, «La moneda en el *Poema del Cid*. Un ensayo de interpretación numismática del Cantar de Mio Cid», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 20 (1947-1948) 44-56. L. Cancio, «El Cid y sus dineros», *Gaceta Numismática*, 71 y 73 (1983.1984) 16-21, 19-27.

12. Sobre esta cuestión, v. los artículos de J. Gautier-Dalché, «À propos de l'or dans l'Historia Compostelana», en *L'or au Moyen Age*, Aix-en-Provence, 1983, pp. 153-167, y «Le concept d'"argent" dans l'Historia Compostelana», en *Études Ibériques et Ibero-américaines* (Nice), 26 (1983) 163-170. F. Bouza Brey, «La moneda de Tours y la peregrinación», *Compostellanum*, XI (1966) 444-456 («dineros» de Tours, melgorianos, angevinos... Las menciones a monedas extranjeras en el Camino desaparecen casi por completo desde comienzos del siglo XIII).

13. Vid. sobre este asunto el resumen que presento en *Historia de España* (Menéndez Pidal-Jover Zamora), Madrid, Espasa-Calpe, IX, 1998, cap. II, «La España de Alfonso VI», p. 104 y nota 27.

14. M. Rueda Sabater, *Primeras acuñaciones de Castilla y León*, Salamanca, 1991 (obra fundamental por sus aportaciones de investigación y por su condición de síntesis, hasta mediados del siglo XIII). Para todo lo que sigue, hasta comienzos del XIV, es también funda-

La entrada de los almorávides consolidó el giro «europeísta» adoptado por Alfonso VI porque significó el «final abrupto de la época de las parias» (Todesca). «La invasión almorávide paraliza el flujo de circulación del dinar justo cuando los reinos cristianos se acostumbraban a la economía monetaria...» (Rueda). Es difícil, sin embargo, saber si esto provocó inmediatamente una «recesión económica», o más bien se debió a las dificultades militares y políticas de los tiempos que siguieron, muchas de ellas debidas a la situación interna de León y Castilla, y no sólo a la presión guerrera de los almorávides.

Ciñéndonos ahora a cuestiones de historia monetaria, es preciso señalar que con los almorávides se restablece el flujo de oro de origen africano, bajo la forma del nuevo dinar que ellos acuñaron, el *morabetino* de 3.90 g. de oro fino, cuya emisión continuó hasta la época de los «segundos taifas», pues lo acuñó en Murcia el «Rey Lobo» hasta 1170, si bien depreciado y rebajado de peso en los últimos tiempos (2.50 g.) para hacer frente al pago de parias y de servicios militares de los cristianos. Así, por aquellos decenios, tomaron forma dos regiones monetarias en León y Castilla, una al N. del río Duero, que utilizaba el sistema de cuenta monetaria europeo y manejaba casi exclusivamente moneda de vellón con diversa cantidad de plata, y otra, la *extremadura* y, en especial, la *transierra* en torno a Toledo, donde la actividad mercantil urbana era mayor y se utilizaba el sistema andalusí de cuenta y la moneda de oro[15]. Había, por supuesto, relaciones entre ambas áreas monetarias, pero la «intrusión masiva del morabetino al norte del Duero y la generalización de su empleo, salvo en Galicia» (Gautier-Dalché) no ocurrió hasta los años 1136-1145, como resultado del beneficio obtenido con las razzias contra las tierras andalusíes, mientras el poder almorávide decaía y entraba en crisis.

mental la investigación de J.I. Todesca, «The monetary history of Castile-León (ca.1100-1300) in light of the Bourgey hoard», *American Numismatic Society Museum Notes*, 33 (1988) 129-203, y sus trabajos «Money of account and circulating coins in Castile-León c.1084-1300», en M. Gomes Marques-D.M. Metcalf, *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Santarém, 1988, pp. 271-286, y «Means of Exchange...», cit. Sobre las acuñaciones de Alfonso VI en Toledo, J. Gautier-Dalché, «Le rôle de la reconquête de Tolède dans l'histoire monétaire de la Castille (1085-1174)», en *Homenaje... Torres Fontes*, Murcia, 1987, pp. 613-622 y en *Estudios Alfonso VI... Conquista Toledo*, Toledo, 1987, 2, pp. 11-26; y R. Frochoso Sánchez-A. Medina Gómez-I. Tawfiq ibn Hafiz, «Datos inéditos de las primeras monedas árabes acuñadas en Toledo después de su ocupación por Alfonso VI», *Numisma*, 235 (1994) 41-45. R. Frochoso Sánchez, descripción y reproducción del dirham alfonsí de 1086 en la ficha 26 de *Las 100 mejores piezas del monetario del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1999.

15. González Palencia, citado entre otros por Todesca, señalaba las menciones en documentación toledana de los años 1129 a 1134 al «dinar de la media pieza», o medio morabetino, así como a los «mencales» de cuenta, a razón, por lo general, de 3.5 por morabetino.

Por entonces se intensificó la repoblación de Toledo y su zona, y llegó a su madurez la de la *extremadura*, de modo que se soldaron los vacíos entre el S. y el N., éste recibió un flujo apreciable de oro y, por entones, se generalizó el uso del sistema de cuenta monetaria andalusí-toledano, al tiempo que aumentaba la actividad mercantil, según lo ponen de manifiesto, entre otros indicadores, las primeras ferias surgidas en el valle medio del Duero desde los años cincuenta del siglo. Es cierto, sin embargo, que el uso del oro apenas llegó a Galicia, donde sería más intenso el comercio por vía marítima con tierras europeas donde se utilizaba sólo plata, y también lo es que se mantuvo durante siglos la distinción entre dos grandes áreas, una con mayor control de la plata —cuyo centro sería Burgos— y otra que lo tenía más bien del oro, con centros en Toledo y, más adelante, en Sevilla.

Por otra parte, continuaron las acuñaciones de moneda de vellón, con una variedad de tipos grande en época de Alfonso VII[16], que se redujo a muy pocos desde que, en Castilla, bajo Alfonso VIII «se sistematizan las emisiones, se crea el tipo del castillo y la leyenda CASTELLE ...las monedas de vellón parecen unificadas en cuanto a tipología, parece existir un control directo del monarca sobre las acuñaciones y proliferan los talleres que marcan las piezas con símbolo propio» (Rueda). Predominó la moneda con las leyendas ANFUS REX en el anverso y TOLLETA en el reverso que antaño se atribuían a Alfonso I de Aragón pero que parece ser, más bien, un «tipo inmovilizado» acuñado abundantemente por Alfonso VIII y Fernando III. Como veremos, se utilizaba el sistema de cuenta de origen carolingio para esta moneda de vellón, poniéndolo, a la vez, en relación con el morabetino o maravedí de oro, lo que permite medir desde su comienzo la depreciación de las piezas de vellón respecto a la de oro según se hacían más abundantes y bajaba su contenido en plata[17]: en 1117 un morabetino equivalía a 48 *dineros*; en 1134, a 60.

16. Entre ellos el vellón con la leyenda IMPERATOR/NAIARA cuya datación y comentario por O. Gil Farrés, *Historia de la moneda española*, Madrid, 1959, pp. 153-154 y 197, me parece la más aceptable. Vid. el comentario de Miguel Ibáñez en la ficha 27 de *Las 100 mejores piezas del monetario del Museo Arqueológico...*

17. Sobre estas cuestiones, además de las obras ya citadas, consultar las de F. Mateu y Llopis, «Estado monetario de la Península que revela la *«Chronica Adephonsi Imperatoris»*, *Gaceta Numismática*, 65 (1982) 11-16, «Releyendo la *«Chronica Adephonsi Imperatoris»*, *Boletín del Instituto de Estudios Ilerdenses* (1983) 279-285, «Estado monetario de la Península que revelan los documentos lingüísticos de España», en *Estudios dedicados a Don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, 1950-51, 2, pp. 595-628. E. Collantes Vidal, «Intento de ordenación de las acuñaciones de Alfonso VII», *Acta Numismática*, 2 (1972) 167-215.

El siglo XII fue la época en que mayor importancia tuvieron las «concesiones y participaciones en beneficios» de la acuñación de moneda, aunque no afectaron mucho ni duraderamente al monopolio o regalía regios, pero tampoco cabe desdeñar sus efectos políticos y económicos en determinadas localidades. M. Rueda distingue entre las escasas concesiones regias de instalación de ceca, con reparto de los beneficios por mitad, que obtuvieron solamente a comienzos del siglo XII las iglesias de Santiago (1107) y Palencia (1109. 1116) y el monasterio de Sahagún (1116), las «participaciones en los beneficios que obtenía el monarca» por acuñar en determinada localidad, más abundantes, y el simple arrendamiento de una ceca, como «sistema de explotación» entre otros que un monarca podía adoptar. Las «participaciones en beneficios» —un tercio, un cuarto, un décimo...— se otorgaron o confirmaron en diversos momentos, entre 1065 y 1193, a las iglesias de Lugo, León, Zamora, Salamanca, Toledo, Osma, Segovia, Sigüenza, Ávila y Calahorra; las concesiones fueron de mayor cuantía en el reino de León, lo que, según M. Rueda, sugiere que la regalía monetaria se mantuvo mejor y con mayores beneficios en la Castilla de Alfonso VIII. En cualquier caso, estas concesiones regias perdieron su importancia efectiva en el curso de la «revolución monetaria» que culminaría durante la segunda mitad del siglo XIII.

2. La «revolución monetaria», c.1170-c.1340

2.1. *Desde el último tercio del siglo XII al segundo del XIII*

Los reyes cristianos acuñaron morabetinos de oro cuando los musulmanes llevaban ya circulando habitualmente en sus dominios más de tres decenios. Aquella «vuelta al oro», ochenta años anterior a la de las ciudades marítimas y mercantiles italianas, ocurrió cuando, tras la muerte del Rey Lobo y la caída de sus dominios, los almohades unificaron políticamente el territorio andalusí y cesó de nuevo el flujo de parias. Alfonso VIII acuñó morabetinos en Toledo desde 1172, los primeros todavía con la leyenda en árabe, aunque alusiva a su persona y a su condición de rey cristiano. Fernando II de León lo hizo inmediatamente y Sancho I de Portugal desde 1185. La necesidad del morabetino como moneda-mercancía de referencia y unidad superior de cuenta monetaria era evidente, ya en los comienzos de la «revolución comercial» en la que acabarían prevaleciendo en Castilla y León las relaciones europeas sobre las islámicas, pero se mantuvieron usos y realidades de origen anterior: por una parte, la relativa distinción entre dos zonas del país, dos «regiones monetarias», más vinculada a la plata la norteña, más al oro la sureña; por otra, la dualidad de sis-

temas de cuenta monetaria, aunque acabó prevaleciendo el islámico, debido a la importancia que el tráfico de oro tuvo en la economía castellana —más relacionada con las fuentes de producción africanas— y a la conversión del morabetino en moneda de cuenta[18]. En efecto, después de las acuñaciones hechas, todavía a nombre de Alfonso VIII, hacia 1215, el maravedí pasó a ser paulatinamente moneda de cuenta, aunque su sustitución total como moneda de oro por la dobla almohade no ocurrió hasta tiempos de Alfonso X. Es notable esta supervivencia de la antigua moneda almorávide en tierras cristianas, mientras que los almohades acuñaban en su imperio norteafricano y andalusí dobles dinares (doblas de 4.60 g. de oro fino) y dirhemes de plata de 1.5 g. que también imitaría Alfonso X.

Sin duda, «los caminos del oro y del vellón siguen siendo distintos» (Rueda), los usos a que se destinan las monedas de uno y otro género crean un doble circuito monetario, y, para la mayoría de los habitantes del país, el que importaba en su vida cotidiana era el alimentado por las piezas de vellón, cuya depreciación respecto al oro continuó, y se agudizó en torno a 1200, según se indica en los datos siguientes, que muestran la equivalencia del morabetino o maravedí de oro en diversos años:

1117	4 sueldos de cuenta (48 dineros)
1134	5
1179	6
1197	7.50
1217	8.66
1253	9.33

De todas maneras, en época de Fernando III la equivalencia maravedí «de cuenta» / sueldo se mantuvo estable, en 7.5, aunque no así la del de oro, que aumentó algo, según los escasos datos que acabamos de exponer. Es muy posible que las parias y el botín obtenidos durante las campañas de conquista de los años veinte al cuarenta del siglo XIII hayan permitido mantener esa relativa estabilidad, pese a momentos críticos de escasez, e incluso que la situación mejorara gracias a la regularidad de las parias granadinas, desde 1246.

Por el contrario, en torno a 1200, desde la derrota de Alarcos de 1195 y las guerras castellano-leonesas, hasta el tratado de Cabreros (1206) y la victoria de Las Navas de Tolosa (1212), las dificultades financieras de los

18. J. Pellicer y Bru, «El morabetí: de la fiscalidad andalusí a la fiscalidad leonesa (siglos XII-XIII) (Años 1142-1230)», *Gaceta Numismática*, 112 (1994) 33-42.

reyes de León y Castilla debieron ser mayores y, con ello, la tentación de emitir moneda de vellón «quebrada» y en mayor cantidad que antaño. Fue entonces cuando se llegó a los primeros acuerdos rey/reino en los que aquel se comprometía a no «quebrar» la moneda y a no acuñar en determinado plazo —siete años— a cambio del cobro en el reino de un «monedaje» extraordinario o «moneda forera». Así se estableció en las Cortes leonesas de Benavente, año 1202, y también en Castilla por entonces, aunque la primera mención a «moneda forera» data de 1215: se ha supuesto que pudo establecerse en 1207-1208, al mismo tiempo que la tasa de precios establecida por Alfonso VIII sobre más de 140 productos, e incluso que entonces el rey reconociera el menor valor de curso legal del dinero «quebrado» con respecto al antiguo, de mejor calidad (*pepiones* y *burgaleses* respectivamente, según luego se explica)[19].

Las monedas en circulación efectiva durante el reinado de Fernando III eran, en lo que al oro se refiere, el morabetino, maravedí o *aureo alfonsino*, todavía, aunque escaso; la dobla almohade y su divisor el *maravedí chico* de 2.16 a 2.30 g. de peso —equivalente en moneda de cuenta a un 57 por 100 de maravedí «grande»—; y, en la zona de Sigüenza, se utilizaba aún a mediados del siglo XIII la cuenta con *mencales*, equivalentes a la quinta parte de un maravedí: tal vez hay que buscar en los antiguos *rovalls* valencianos el origen de esta supervivencia local. Respecto al vellón, la evolución había sido algo diferente en León y en Castilla[20]. En León, el «dinero» recibía nombre de la ceca en que se había acuñado (*leoneses, salamanqueses...*); ocho «sueldos» de *leoneses* (96 dineros) equivalían al morabetino, lo que se mantuvo respecto al de cuenta aunque el de oro se revaluó algo y en 1253 valía ya 120 dineros (diez «sueldos»). En la Castilla de Alfonso VIII circularon los dineros *burgaleses*, cuyo tenor de plata fue bajando de 30.78 % (0.46 g.) a 17 % (0.25-0.26 g.); 7.5 «sueldos» de *burgaleses* (90 dineros) equivalían al morabetino a fines del siglo XII, pero posiblemente habían dejado de acuñarse a comienzos del XIII, sus-

19. C. Sánchez-Albornoz, «¿Devaluación monetaria en León y Castilla al filo de 1200?», en *Homenaje... Vicens Vives*, Barcelona, 1965, I, pp. 607-617. H. Grassotti, «El pueblo y la moneda real en León y Castilla durante el siglo XII», en «Dos problemas de historia castellano-leonesa (siglo XII)», *Cuadernos de Historia de España*, 49-50 (1969) 163-197. F.J. Hernández Sánchez, «Las Cortes de Toledo de 1207», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, Valladolid, 1988, I, pp. 219-263.

20. A. Orol Pernas, *Acuñaciones de Alfonso IX*, Madrid, 1982. E. Collantes Vidal, «Monedas de Alfonso VIII y sus problemas», *Acta Numismática*, 3 (1973) 113-136. Y las noticias contenidas en los libros de Julio González, *Alfonso IX de León*, Madrid, 1944, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, *Reinado y diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1980-86.

tituídos por un «dinero» de peor ley, el *pepión*, con un 13.3 a 14.1% de plata, cuyo curso legal habría sido acaso el mismo que el del *burgalés*, a fines del XII, hasta que Alfonso VIII lo fijó de nuevo, tal vez en 1207, reconociendo la «quiebra» y reduciéndolo a la mitad, de modo que 15 «sueldos» de *pepiones* (180 dineros) equivalieron a un morabetino. Ya se ha indicado que en el reinado de Fernando III se mantuvieron estas equivalencias respecto al maravedí «de cuenta», mientras que el de oro se revalorizaba[21].

2.2. *La primera gran expansión del vellón: de Alfonso X a los años cuarenta del siglo XIV*

a) Alfonso X

A partir de esta situación se produjeron los grandes cambios promovidos por Alfonso X, entre cuyos proyectos políticos se contaba, desde luego, el pleno y libre uso de la regalía monetaria y, posiblemente, un deseo de racionalizar y unificar los tipos en circulación, tal como intentó hacer también con el sistema de pesos y medidas, aunque sin mucho éxito, homogeneizándolo según el modelo toledano, según disposiciones de 1261 y 1268.

El rey comprendió la necesidad de aumentar el numerario circulante en plata y vellón, más que en oro, puesto que las monedas de este metal debían reservarse a grandes pagos, mientras que las otras eran las habituales en la práctica mercantil, y más aún a medida que Castilla estrechaba sus relaciones con otros países europeos. La plata era cara en aquel momento —la ratio oscilaba entre 1:9.13 y 1:9.20—, pero Alfonso X acuñó, parece que a comienzos de su reinado según algunos autores, «sueldos» de plata fina con un peso de 5.4 a 6 g., y sus divisores de 3 y 1.5 g.; seis de aquellos «sueldos» equivaldrían a un maravedí de oro. Si esto hubiera sido así, la nueva moneda de plata vendría a indicar que las de vellón corrían ya muy por debajo de los valores de curso del reinado anterior, salvo que la acuñación del nuevo sueldo de plata se deba datar en 1268, cuando el *Rey Sabio*, según se indicará, modificó las equivalencias del vellón, lo que parece lógico, y más si se tiene en cuenta la similitud de los nuevos tipos monetarios. Sea como fuere, si la reforma del vellón se impuso, el intento de acuñar buena moneda de plata fracasó, aunque el rey nunca abandonó la esperanza de conseguirlo, y así lo declaraba toda-

21. A recodar también que un «sueldo» de pepiones equivalía a un dirham de plata almohade (1.5 g. de plata), y que 15 dirhemes equivalían, a su vez, a un maravedí.

vía ante las Cortes de 1281. Es posible que Sancho IV continuara aún con el empeño. Recordemos que en otros reinos hubo intentos semejantes, algo más tardíos: el *gros* de Luis IX de Francia, el *gros* navarro, el *croat* de Pedro III de Aragón, y el fracasado intento de *groat* inglés en 1279[22].

Alfonso X tropezó con dificultades económicas y financieras crecientes para llevar a cabo sus grandes proyectos políticos. El país padeció escasez y carestía en los primeros años del reinado, lo que llevó a restaurar la tasa de precios de 1207 en 1252, pese a la escasa eficacia de la medida. El *fecho del Imperio* obligó a gastos muy cuantiosos desde 1257. Los proyectos conquistadores del rey en la zona del Estrecho de Gibraltar y S.O. de la península provocaron también gastos, aunque se contó con las parias granadinas hasta la gran revuelta de musulmanes *mudéjares* del valle del Guadalquivir y Murcia en 1264-65: éste fue el momento crítico a partir del cual el rey utilizó a la vez dos vías para allegar más recursos: la emisión de moneda de vellón quebrada, por una parte, y las reformas hacendísticas, por otra, con fuerte aumento de la presión fiscal. La vía de la alteración monetaria se utilizó antes porque era más expeditiva y rápida en resultados, como se requería a la altura de 1265.

La modificación de los tipos monetarios en vellón varias veces a lo largo del reinado se debió a la necesidad regia de hacer frente a pagos y gastos pero también al apremio de la demanda monetaria ante una masa de numerario insuficiente para el volumen de comercio, de modo que Alfonso X no fue un simple rey-falsificador, aunque actuara acuciado por circunstancias políticas, sino que sus iniciativas monetarias respondían a motivos de fondo más amplios y permanentes, y eran parte de un proyecto político de renovación y aumento del poder real. Se ha escrito que «los beneficios derivados de la acuñación de moneda conocieron sin duda su apogeo en el momento en que los ingresos domaniales dejaron de ser suficientes mientras que el sistema fiscal no había alcanzado todavía su pleno desarrollo» (Bonney), pero, a mi parecer, en ello tuvieron mucho que ver también, a menudo más que la evolución del sistema fiscal —que en Castilla fue muy rápida—, otros factores que actuaron a lo largo de toda la Edad Media tardía, como son, en primer lugar, las consecuencias de las políticas regias encaminadas a la construcción de «territo-

22. L. ESPAÑA, «Las acuñaciones monetarias de Sancho IV según el Ordenamiento de Vitoria», *Numisma*, 240 (1997) 101-122, recoge la noticia de una moneda de plata de Sancho IV, que supone acuñada como consecuencia del ordenamiento de 1288, de 5.4 g. de peso. Cabe suponer que fuera un intento de continuar la acuñación de buena moneda de plata en los términos establecidos por Alfonso X.

rios monetarios» de acuerdo con el principio de soberanía (Piron). En segundo lugar, las circunstancias concretas de crisis bélicas y políticas, difeentes para cada reino y, en tercer lugar, la disponibilidad global de oro y plata, pues es evidente que las escaseces agudas de algunos períodos han tenido efectos importantes sobre el funcionamiento de la fiscalidad y la política monetaria[23].

La política monetaria de Alfonso X se conoce hoy mucho mejor gracias a algunos trabajos recientes que han modificado y superado hipótesis emitidas en otros anteriores[24]. Hubo tres momentos de «quiebra» mo-

23. Sobre cuestiones monetarias del medievo, me limito a reseñar algunas obras relativamente recientes de consulta obligada para fijar conceptos y establecer comparaciones. P. SPUFFORD, *Money and its Use in Medieval Europe*, cit., *Handbook of Medieval Exchange*, London, 1986, «Assemblies of Estates, Taxation and Control of Coinage in Medieval Europe», en *Studies Presented to the International Commission for the History of Representative and Parliamentary Institutions*, Louvain-Paris, 1966, pp. 115-130, *Monetary Problems and Policies in the Burgundian Netherlands*, Leyden, 1970. J. DAY, *Money and Finance in the Age of Merchant Capitalism*, Oxford, 1998, *Monnaies et marchés au Moyen Âge*, Paris, 1994, «The problem of the standard in preindustrial Europe (Thirteenth-Eighteenth Centuries)», en *Fra Spazio e Tempo. Studi in onore di Luigi de Rosa*, Napoli, 1996, y, como editor, *Études d'histoire monétaire. XIIe-XIXe siècle*, Lille, 1984. F.C. LANE-R.C. MUELLER, *Money and Banking in Medieval and Renaissance Venice*, I, Baltimore, 1985. R.C. MUELLER, *The Venetian Money Market. Banks, panics and the public debt, 1200-1500*, 1997. R. DE ROOVER, *The Bruges Money Market around 1400,* Bruselles, 1968, *Money, Banking and Credit in Medieval Bruges*, Cambridge Mss., 1948. H.A. MISKIMIN, *Money and Power in Fifteenth-Century France*, London, 1984. J.H. MUNRO, *Bullion Flows and Monetry Policies in England and the Low Countries, 1350-1500*, Londres, 1992 (7 estudios). S. PIRON, «Monnaie et majesté royale dans la France du 14e siècle», *Annales HSS*, 2 (1996) 325-354. M.Th. BOYER-XAMBEAU-G. DELEPLACE-L. GILLARD, *Monnaie privée et pouvoir des princes. L'économie des relations monétaires à la Renaissance*, Paris, 1986. G.DEPEYROT-T. HACKENS-G. MOUCHETE (ed.), *Rythmes de la production monétaire de l'Antiquité à nos jours*, Louvain-la-Neuve, 1987.

24. En especial los de J. TODESCA, «The monetary history of Castile-Leon...», cit.; y F.J. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, *Las rentas del rey. Sociedad y fisco en el reino castellano del siglo XIII*, Madrid, 1993, 2 v. Un estado de cuestiones y algunas sugerencias, hasta mediados del siglo XIV, que resumo aquí, en mi libro *Fiscalidad y poder real en Castilla. 1252-1369*, Madrid, 1993. Anteriormente, J. GAUTIER-DALCHÉ, «La politique monétaire d'Alphonse X», *Cuadernos de Historia de España*, LXIX (1987) 77-96, y «Remarques sur les premières mutations monétaires d'Alphonse X de Castille», en *Mélanges en l'honneur d'Étienne Fournial*, Saint Etienne, 1978, pp. 147-156. J. O'CALLAGAHN, «Paths to ruin: the Economic and Financial Policies of Alfonso the Learned», en R.I. BURNS (ed.), *The Worlds of Alfonso the Learned and James the Conqueror*, Princeton, 1985, pp. 41-67. Mi ensayo, «Aspectos de la política económica de Alfonso X», *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense* (Madrid), 9 (1985) 69-82. También, E. COLLANTES VIDAL, «Notas sobre las acuñaciones de Alfonso X», *Acta Numismática*, 6 (1976) 141-161. J. TORRES FONTES, «La ceca murciana en el reinado de Alfonso X», *Murgetana*, X (1957) 45-56. I. GARCÍA RÁMILA, «Ordenamientos de posturas y otros capítulos generales otorgados a la ciudad de Burgos por el rey Alfonso X», *Hispania*, V (1945) 179-235.

netaria desde 1265 y una realidad de fondo, la continua depreciación del vellón, cuyas características se pueden sintetizar así:

En 1265, el rey acuñó los llamados *dineros alfonsíes, moneda de la guerra, blancas o blanquillas,* con el mismo valor legal de curso que los *burgaleses* pero con un peso de 0.70 a 0.84 g. y un contenido de solo 0.17 g. de plata, esto es, dos tercios con relación al *burgalés*: 90 *burgaleses* contenían 23.4 g. de plata, 90 *dineros alfonsíes*, 15.3, o algo más en el mejor de los casos. El beneficio del monarca fue grande, a corto plazo, pues pudo pagar sueldos o *tierras* y otras obligaciones con una moneda «quebrada» que valía un tercio menos que la anterior, lo que provocó también, inmediatamente, un aumento de los precios, esa *grant carestía que era en la tierra* a la que se alude en las Cortes de 1268. Ante estas Cortes, Alfonso X trató de remediar los males a que su «quiebra» había dado lugar, apelando a medidas de corte tradicional que se mostraron insuficientes: prometió no volver a quebrar la ley de la moneda —cosa que no cumplió— y reiteró la prohibición de sacar oro y plata fuera del reino. Estableció una amplia tasa de precios con la que no se evitó la continuación de la carestía. Reconoció en ella que la *moneda de la guerra* valía menos que los antiguos *burgaleses*, que ya habrían desaparecido de la circulación, al fijar el precio del marco de plata en 1.350 dineros de *moneda de la guerra*, cuando antes era de 900 dineros *burgaleses*. Y, cosa muy importante, vinculó el curso del maravedí «de cuenta» al que tuviera la moneda de vellón, separándolo del que tuviera la moneda de oro; así, mientras ésta se convertiría en un término casi fijo de referencia, por su condición de moneda-mercancía, el maravedí «de cuenta» se depreciaría junto con la moneda de vellón. En la tasa de 1268 se establece que la dobla de oro almohade (4.60 g.) equivale a tres maravedíes «de cuenta» y el maravedí de oro a dos: esto último plantea un problema de difícil solución, salvo que se admita que los pocos maravedíes de oro todavía en circulación tenían o bien peor ley o bien un peso de en torno a tres gramos.

En las Cortes celebradas en 1269 consiguió el rey, por primera vez, el otorgamiento de un servicio extraordinario equivalente a seis «monedas foreras», para asegurar los pagos a sus vasallos nobles y sufragar los gastos de boda del infante Fernando. Se ha supuesto que, en esta reunión, los procuradores pidieron al rey que acuñara *moneda más fuerte que la que era antes*, según un testimonio de 1277 que maneja F.J. Hernández. Lo cierto es que a finales de 1270 o comienzos de 1271 estaba ya en circulación una nueva moneda, el *dinero prieto*, llamado así por su color oscuro, ya que no se le había plateado en superficie, estaba *por emblanquir*. Sin embargo, su contenido en plata era muy apreciable: la moneda pesaba de 0.90 a 1.10 g. y tenía un 60 por 100 de plata (de 0.54 a 0.65 g.;

0.57 g. como media). El rey estableció que 60 *dineros prietos* equivalieran a un maravedí «de cuenta» —esto es, unos 32.4 a 39 g. de plata—, lo que parecía venir a restaurar la situación antigua de buena moneda de vellón, puesto que, recordemos, un maravedí «de cuenta» de 90 dineros de la *moneda de la guerra* no representaban más que 15.3 g. de plata.

Pero esto era simple apariencia porque, al mismo tiempo Alfonso X estableció que un *dinero prieto* equivaldría a seis dineros o *blancas* de la *moneda de la guerra* —por eso se llamará al *prieto* y a sus sucesores del mismo tipo *seisenes*— o, lo que es lo mismo, un maravedí «de cuenta» de *prietos* equivalía a cuatro de *blancas* de *moneda de la guerra*. De modo que se había producido una nueva devaluación, esta vez jugando con el curso legal, ya que un *prieto* (0.57 g. de plata) se hacía equivaler a seis *blancas* (1.02 a 1.26 g. de plata). En tales condiciones, nadie admitiría *prietos* por *blancas* al curso oficial, salvo que se viera obligado a ello por motivos extra-económicos como, por ejemplo, el tener que aceptar a dicho curso o cambio el pago de sueldos o deudas de la corona. Posiblemente esta situación tuvo que ver en el estallido de la revuelta nobiliaria de 1272 y en el hecho de que, en los años siguientes, muchos nobles se cobraran directamente sus sueldos o «tierras», en clara ruptura con la legalidad y extorsionando con sus *malfetrías* al reino.

También se puede tomar el episodio de la acuñación de los *prietos* como testimonio de una realidad de fondo: la acuñacion en grandes cantidades de dineros o *blancas* de *moneda de la guerra* había continuado, pese a las promesas regias, con una ley o tenor de plata cada vez más bajo, de modo que los *prietos* no habrían estado tan excesivamente apreciados respecto a ellas en su curso legal como a primera vista parece. Hay una posible indicación que avala esta hipótesis: en junio de 1272, Alfonso X acuñó maravedíes de oro fino, los llamados «maravedíes chicos» o medias doblas, con un peso de 2.30 g., y ordenó que tuvieran un curso legal de diez maravedíes «de cuenta», aunque hubo protestas porque se consideró que estaban sobrevaluados. Ahora bien, la equivalencia legal de la dobla quince años después era de 20 a 22 maravedíes «de cuenta», de modo que se puede suponer que lo más fuerte de la depreciación del vellón había ocurrido ya hacia 1272, debido a la quiebra de su ley en plata y a la masa ingente que el rey debió acuñar.

En aquellas circunstancias aumentó la saca ilegal de oro y plata fuera del reino, e incluso de *prietos*, que al fin y al cabo tenían bastante plata comparados con la «deleznable blanca de la guerra» (Hernández); fue forzoso tomar medidas legales para prohibirla (octubre de 1277) y otras monetarias para que no resultara tan atractivo hacerlo: en las Cortes de mayo de 1277, los procuradores pidieron al papa que absolviera al rey del jura-

mento, hecho siete años atrás, de conservar los *prietos* como moneda del reino, apoyaron la emisión de nueva moneda y concedieron un servicio anual vitalicio a Alfonso X *que monta tanto como una moneda forera*.

La nueva acuñación circulaba ya en junio de 1278. Era la *moneda nueva blanca*, que equivalía a seis dineros de la *moneda de la guerra*. Pesaba cerca de un gramo y tenía en torno a 0.22 g. de plata[25]. De modo que venía a ser una nueva depreciación; si consideramos la *moneda de la guerra* tal como era en 1265, con 0.17 g. de plata, lo que se pretendía era la equivalencia de 0.22 g. de este metal con respecto a 1.02 g., cosa absurda, salvo si se admite que los dineros de *moneda de la guerra* habían ido perdiendo su contenido en plata a través de sucesivas acuñaciones y que, por su parte, las acuñaciones de *prietos* en 1271 y de *blancas nuevas* en 1278, lo único que hacían era testimoniar la realidad de tan tremenda depreciación de fondo, al par que se procuraba con ellas poner en circulación piezas con mayor poder liberatorio, y se fracasaba, al sobreevaluar su curso legal en relación con la plata que tenían. En otro caso, los dineros o *blancas de la guerra* habrían desparecido de la circulación y no fue así sino que se siguen utilizando para la elaboración de las cuentas reales hasta finales de siglo. Así pues, sería un error comparar los *prietos* o las *blancas nuevas* con las *blancas de la guerra* tal como fueron en el momento de su primera acuñación, en 1265, puesto que su tenor de plata tuvo que bajar muchísimo a lo largo de los años siguientes: esto es lo que indica, sin lugar a dudas, sus equivalencias con el *prieto* y la *blanca nueva*, así como la apreciación de la dobla de oro.

El resultado final de la política alfonsí, en resumen, había sido vincular el maravedí «de cuenta» a las fluctuaciones de un vellón cada vez más depreciado, y disociarlo de una relación fija con respecto a la moneda de oro. Respecto al sueldo de plata, había desaparecido, si es que llegó a circular realmente, y con él la última referencia al sistema de cuenta de origen carolingio; se había fracasado, por lo tanto, en el intento de contar con una moneda de plata estable, debido probablemente a la escasez extrema de este metal; no fue posible lograrlo hasta la época de Pedro I. A pesar de todo, el Rey Sabio continuaba convencido de su necesidad, o pretendía que así lo creyeran los procuradores de las Cortes de 1281, ante los que declaró que proyectaba *facer dos monedas, una de plata e otra*

25. Estos son los datos que facilita J. Todesca, «Coinage and the Rebellion of Sancho of Castile», en *Mediterranean Studies*, IV (1994) 27-44. Pero en un trabajo anterior («The Monetary History...», 1988), daba 0.70 g. de peso y 42 a 46 % de plata, esto es, en torno a 0.31 g., que es el correspondiente a la «Moneta Castelle» que este autor refiere, en 1994, a la acuñación ordenada en 1282 por Sancho, y no a la alfonsina de 1278.

de cobre, porque andasen todas las mercaderías, grandes e pequennas, e porque el pueblo fuese mantenido y viviesen todos por regla y por derecho, e que oviesen abastamiento de moneda, porque por ella oviesen las cosas que oviesen menester.

Podemos concluir que Alfonso X tuvo una teoría de la moneda, a tenor del texto anterior: la moneda era parte de la ley regia, servía para vivir *por regla y por derecho*, y el rey tenía que acuñar diversos tipos de moneda según los tipos de demanda. Pero sus prácticas monetarias tuvieron muy poco que ver con la teoría y mucho, en cambio, con los apremios y necesidades a que se vio sometido en el curso de su gobierno.

b) Los sucesores del «Rey Sabio»

El ritmo rapidísimo de depreciación del vellón y aumento de su masa en circulación impuesto por Alfonso X fue uno de los motivos principales de las perturbaciones que ocurrieron en la segunda mitad de su reinado, y sus sucesores no lo mantuvieron aunque, eso sí, aprovecharon sus efectos y lo continuaron de forma más pausada: en cada uno de los reinados siguientes —Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI— hay al menos una «quiebra» o *abatimiento* de la moneda de vellón. Así, pues, las causas políticas y económicas que propiciaban aquel fenómeno no dependían de la voluntad personal o de los proyectos específicos de un monarca.

Sin embargo, cuando se alzó contra su padre el rey en abril de 1282, el infante Sancho prometió volver a los buenos tiempos de estabilidad monetaria anteriores a 1265 y apeló al expediente de enajenar más rentas e ingresos reales para pagar sueldos y «tierras» lo que, en definitiva, era mucho peor para los intereses de la corona que continuar con las «quiebras» de moneda, de modo que, una vez rey en 1284, Sancho procuró rectificar. Mientras tanto, había ordenado en 1282 reducir a la mitad el valor de curso legal de la *moneda blanquiella de la guerra* —la de 1265— puesto que su desaparición rápida era imposible, y acuñar monedas de mejor ley de plata que recordaran a los antiguos *burgaleses* y *leoneses*. Recientemente se han estudiado los nuevos tipos monetarios —*moneta Castelle* y *moneta Legionis*— que se acuñaron entonces sin mención a rey alguno[26]. El castellano tiene en torno a 0.31-0.33 g. de plata y, en efecto, Sancho había ordenado deshacer la moneda paterna y acuñar «burga-

26. TODESCA, «Coinage and the Rebellion...». A. ROMA VALDÉS, «La rebelión del infante don Sancho y su incidencia en las acuñaciones del siglo XIII en León y Castilla», *Numisma*, 239 (1997) 75-90.

leses» a razón de 12 por cada 18 *blancas nuevas* de las de 1278: la proporción de plata de una y otra pieza indica que, al principio, se obedeció su orden, pero ambos tipos continuaron circulando hasta 1286 sin que se hiciera distinción entre ellos, al menos en los documentos que los mencionan, de modo que cabe suponer un rápido descenso del tenor de plata de las nuevas monedas, para igualarlas con las de 1278, o, en el mejor de los casos, el cumplimiento de la orden de Sancho y la desaparición de las *blancas nuevas* de 1278, sustituídas por la moneda recién acuñada. Sobre la *moneta Legionis* se sabe menos aún, salvo que imitaba el tipo de los antiguos *leoneses* y *salamanqueses*.

En 1286, Sancho IV procedió a una «quiebra» de la moneda de vellón al acuñar *coronados* o *cornados*, y su mitad, la *meaja*, llamados así porque figuraba en su anverso el busto del rey de perfil y con corona, tipo que no se había utilizado desde la época de Alfonso VIII. El *coronado* equivalía a nueve dineros *de la primera guerra*, de donde vino su nombre de *novén*, y a 1.5 *blancas* seisenes de las acuñadas en 1282. Era, por lo tanto, un décimo del maravedí «de cuenta». Tenía entre 0.38 y 0.40 g. de plata[27]. Ahora bien, 10 de estos *novenes* tendrían como máximo 4 g. de plata, mientras que 15 *blancas* seisenes tenían 4.68, de modo que, en términos generales, se producía un *abatimiento* del quince por ciento. Una consecuencia: las *blancas* seisenes desaparecieron rápidamente de la circulación. Y una deducción: como las cuentas se siguen haciendo en dineros *de la primera guerra*, hay que suponer que éstos aún circulaban pero tenían que ser casi completamente de cobre. Era el momento de apogeo del *privado* Diego López de Haro, que gobernaba en nombre del rey, había acumulado los oficios de mayordomo mayor y alférez mayor del rey, tenía bajo control su hacienda y pagaba las *tierras*, según le parecía, a todos los vasallos reales[28].

Después de la muerte violenta de su *privado*, Sancho IV dio satisfacción a los sectores «estabilizadores» de la nobleza, prometió ante las Cortes de Haro de 1288 que no volvería a acuñar moneda ni a alterarla, y prohibió sacar fuera del reino moneda, excepto *novenes*, cuando se contara con la autorización adecuada[29]. Era un nuevo intento de estabilización,

27. G.F. Carter, J. Rodrigues Marinho, M. Gomes Marques, «Chemical compositions of cornados novenes de Sancho IV of Castile-Leon», en *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Santarém, 3 (1988), 307-314. M. Aullo Costilla, «Coronados de Sancho IV», *Numisma*, 16 (1955) 65-85.

28. Sobre estas cuestiones, F.J. Hernández Sánchez, *Las rentas del rey*, y mi *Fiscalidad y poder real*... J.M. Nieto Soria, *Sancho IV. 1284-1295*, Palencia, 1994.

29. Cortes de 1288, I, p. 4. L. España, «Las acuñaciones monetarias...», cit.

destinado sobre todo a evitar la fuga de metales preciosos, cuya escasez era cada vez mayor, especialmente la del oro. Pero el fallecimiento de Sancho en 1295 y los años difíciles de la minoridad de Fernando IV dieron al traste con aquellas intenciones: se acuñaron *novenes* de peor ley, con un contenido de solo 0.23 a 0.26 g. de plata, y a veces menos —los emitidos en Lorca tenían 0.15—, y hubo acuñaciones de moneda de vellón falsa, especialmente la introducida desde Aragón durante la guerra de 1296 a 1304. En un *ordenamiento* de 1303, Fernando IV, ya mayor de edad, reconocía la situación, al menos en parte, al disponer que diez *novenes* de los suyos equivalieran a seis de los de Sancho IV. Dos años después prometía no realizar nuevas acuñaciones[30].

Así, un maravedí «de cuenta» de *novenes* de Fernando IV equivaldría a 2.30 g. de plata, frente a los 23.4 que tenían 90 *burgaleses* anteriores a 1265 o los 15.3 g. que todavía tenían 90 *dineros de la guerra* de los de 1265. La inflación de los precios a partir de este momento habría sido de 650 por 100, suponiendo constante la cantidad de bienes y las condiciones del mercado, lo que posiblemente no es cierto, dadas las dificultades y perturbaciones de la época. Mientras tanto, la dobla de oro había pasado de equivaler a tres maravedíes «de cuenta» en 1268, a 21-22 en 1288 y 1294, y 25 en 1310: su apreciación, de 833 por 100, muestra la mayor escasez del oro y el aumento de su valor respecto a otras mercancías, entre ellas la plata: la ratio había pasado de 1:9.97 en 1268 a 1:12.50 en 1310.

Las dificultades de la población no iban a terminar ahí, porque la crisis se agudizó durante la larga minoridad de Alfonso XI, a partir de 1312: acuñaciones falsas, exportación fraudulenta de metales preciosos, circulación de moneda de otros reinos en las zonas fronterizas: «dineros jaqueses por *coronados* y dineros *reales* por *novenes* en la de Aragón, *sanchetes* en la de Navarra, y otras monedas en la de Portugal». Este último fenómeno evidenciaba la persistencia de una dificultad de fondo, a la que las sucesivas acuñaciones también habían tratado de poner remedio, como era la necesidad de moneda de vellón en cantidad suficiente para las transacciones mercantiles cotidianas. Pasaron casi veinte años antes de que Alfonso XI intentara poner remedio a aquel estado de cosas.

En el *ordenamiento* de diciembre de 1331, declara: *por razón de la grant mengua que en los míos regnos ha de moneda menuda... non fallan las gentes moneda con que conpren ni vendan ninguna cosa de lo*

30. D.M. Metcalf, «A hoard of billon of Fernando IV», *American Numismatic Society Museum Notes*, New York, 18 (1972) 87-107. Un traslado del ordenamiento de 1303 en *Colección diplomática de Fernando IV*, Madrid, 1860, doc. 229. La denuncia de falsificaciones y la promesa de no acuñar más moneda en Cortes de Medina del Campo de 1305, p. 3.

que es meester, e es venida la tierra a grand pobreza por mengua de la moneda ... y la moneda de fuera de mío señorío corre por muchas partes de los míos regnos. En consecuencia, ordena labrar moneda de vellón de la misma ley que la acuñada por Fernando IV, para evitar alteraciones en los precios y en las deudas ya contraídas. Con el fin de evitar movimientos especulativos o de ocultación o encarecimiento de la plata precisa para acuñar aquellos nuevos *novenes* y, sobre todo, para obtener mayor ganancia de la acuñación, el rey recuperó por un año el control de las *tablas de cambios* del reino; para que sólo en ellas se pudiera comprar moneda de oro, plata o vellón a los precios de tasa marcados en aquel momento (25 maravedíes la dobla; 90 mrs. el marco de plata fina sin amonedar).

La acuñación comenzó a hacerse *en fieldad*, a cargo de *omes bonos de las villas que eran do se labraba*, pero el precio de tasa era bajo y los dueños de plata no se querían desprender de ella. Así se pasó desde enero de 1334 a una nueva situación: el rey hizo acuñar *coronados* del mismo tipo que los de Sancho IV, con un contenido en plata máximo de 0.36 g., pero ordenando, como ya lo había hecho Fernando IV en 1303, que seis de ellos equivalieran a un maravedí «de cuenta», y no nueve como en tiempos de su abuelo. Esta apreciación permitió que la nueva acuñación fuera efectiva, y más aún porque se arrendó su gestión a personas de la confianza regia, dirigidas por el médico real Samuel ben Huacar, pero el precio del marco de plata fina subió a 100 y 120 maravedíes «de cuenta» rápidamente, y muchas mercancías encarecieron ante las exportaciones que se realizaban, con las debidas *licencias de saca*, para obtener la plata necesaria. Es la primera vez que podemos conocer con cierto detalle el buen negocio que significaban estas acuñaciones y alteraciones monetarias para gentes próximas al poder real[31].

En aquellas circunstancias, a las que se añade la evidencia de que también circulaba moneda falsa y la posibilidad de que la ley de los nuevos *coronados* no fuera la debida, *encarescieron las cosas a valer tanto y la mitad de lo que solían valer*, según reconoce la Crónica regia[32]. En efecto, en aquel momento, hacia 1340, la dobla de oro equivalía ya a 35 maravedíes. Y la situación habría ido a peor si Alfonso XI hubiera cumplido su propósito de acuñar moneda de más baja ley en 1342, para atender a los gastos del cerco de Algeciras, cosa que las Cortes evitaron otorgándole un

31. Sobre las iniciativas monetarias de los años 1331 a 1340, J. Torres Fontes, «La ceca murciana en el reinado de Alfonso XI», en *Melanges... Gautier-Dalché*, Niza, 1983, pp. 295-315, y diversos documentos de la *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia. Alfonso XI*, que detallo en mi libro *Fiscalidad y poder real*, cit., pp. 114-117.

32. *Gran Crónica de Alfonso XI*, cap. 116. *Crónica de Alfonso XI*, cap. 95, 96 y 98.

servicio extraordinario, circunstancia que hemos de relacionar necesariamente con la implantación general de la *alcabala*[33]. Así, la mayor abundancia de oro después de la victoria sobre los benimerines en el río Salado fue efímera y no tuvo reflejo en la carestía de moneda corriente.

Además, el rey llegó a acuñar *moneda nueva*, tal vez en 1345, consistente en *dineros* de veinte maravedíes «de cuenta», según consta en algunas referencias documentales andaluzas. Era una moneda de oro, divisor de la dobla, pero hay poquísimos testimonios numismáticos de esta tal vez última iniciativa monetaria de Alfonso XI[34]. Con su muerte y con las consecuencias inmediatas de la gran epidemia de 1348-1350, se abre una época nueva en la historia monetaria de la Castilla bajomedieval.

3. La Baja Edad Media

3.1. *Introducción general a la época 1350-1497*

Las circunstancias económicas cambiaron mucho con respecto al período anterior durante la fase recesiva de la segunda mitad del siglo XIV, que consumó, en términos a menudo catastróficos, la «entrada en la crisis» de los decenios anteriores, y fueron también nuevas en muchos aspectos durante la expansión económica del siglo XV. También lo fueron las condiciones políticas, debido a la consolidación del estado monárquico en términos compatibles con un fuerte aumento y una mayor estabilidad del poder aristocrático en sus diversos niveles. La historia de la moneda y de las políticas monetarias ha de construirse en relación con todas estas situaciones; se cuenta para ello con mejor documentación y más testimonios monetarios, y con un conocimiento más detallado sobre las técnicas y las instituciones implicadas, pero, antes, es preciso hacer una pequeña introducción y recapitular sobre determinados asuntos[35].

33. *Crónica de Alfonso XI*, cap. 282.

34. En mi estudio, «La población en la frontera de Gibraltar (siglos XIII y XIV)», en *Los señores de Andalucía. Investigaciones sobre nobles y señoríos en los siglos XIII a XV*, Cádiz, Universidad, 1998, doc. 21 y 23, pp. 381 y 384: *mil dineros de oro de los que el rey don Alfonso mio padre que Dios perdone mandó labrar, que vale cada dinero veynte maravedíes de esta moneda nueva que agora corre* (año 1350). Menciona estas piezas de 20 y 15 mrs. O. Gil Farres, *Historia de la moneda española...*, pp. 210 y 212. Descripción y reproducción de una de estas piezas (ficha 29, por M. Ibáñez) en *Las cien mejores piezas del monetario...*, cit.

35. A partir de aquí me baso directamente en el contenido de investigaciones anteriores, en especial, «La política monetaria en la Corona de Castilla (1369-1497)», *En la España Medieval* (Madrid), 11 (1988) 79-123, y algunos aspectos contenidos en *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*, La Laguna de Tenerife, Universidad, 1973, y *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982. En consecuencia, sólo mencionaré en

a) Las monedas

Hay que recordar siempre que el *maravedí*, como moneda de cuenta que es, sigue las fluctuaciones de la moneda de vellón, casi siempre a la baja en relación con las de oro y plata. Entre las monedas de oro, la referencia más estable sigue siendo la *dobla* de origen almohade (4.60 g., 23.75 quilates de oro, talla de 50 en marco), acuñada en Castilla, a vees con nombres específicos —*enriques, castellanos*—, aunque también circularon doblas granadinas y meriníes a un curso algo más bajo. En 1430 y 1442, Juan II acuñó la llamada *dobla de la banda* (4.70 g., 19 quilates, 49 en marco); era una moneda de calidad inferior, destinada a combatir la continua salida de oro del reino y las acuñaciones de doblas granadinas depreciadas, pero no llegó a sustituir a la dobla tradicional, ni siquiera en los momentos de mayor escasez de oro, como tampoco se consolidaron las acuñaciones de doblas o *enriques* de peor ley —23, 18 quilates— que hizo Enrique IV en 1469-70, durante el peor momento de su reinado.

Por el contrario, en Castilla se aceptó, y a veces también se acuñó, la moneda de oro típica de la Corona de Aragón, que era el *florín*, acuñado desde 1346 a imitación del florentino, primero con ley de 23.75 quilates pero, desde 1365, con la de 18, peso de 3.48 g. y talla de 68 piezas en marco[36]. Esto permitió contar con una moneda de oro con menor valor intrínseco y de curso, pero no consiguió detener la exportación fraudulenta o no del metal precioso. Se conoció también el *ducado*, moneda de curso corriente en otras partes de Europa (3.50 g., 23.75 quilates, 65 1/3 piezas en marco), pero circuló poco y hasta la reforma de 1497 no sustituyó a la dobla como pieza áurea básica del sistema castellano.

Desde la época de Pedro I se contó con una moneda de plata, el *real* (3.48 g., ley de 11 dineros y 6 granos o, a veces, 4 granos, 66 piezas en marco, o 67 a fines del siglo XV con 3.43 g. en este caso). La calidad del

nota algunas obras fundamentales, como las de A. MacKay, o más recientes, salvo excepciones. Las citas textuales y demás referencias que hago en el texto están justificadas en las notas del mencionado artículo «La política monetaria...».

36. Sobre esta moneda, tan importante en la Castilla bajomedieval, v. M. Crusafont i Sabater-R. Comas Ezequiel, *El florí d'or català: Catalunya, Valencia, Mallorca. Emes un curt temps a Saragossa i conegut històricament com a florí d'or d'Aragó*, Barcelona, 1996. M. Rueda Sabater, «For a better knowledge of the florin and of its role in the economy of the catalan-aragonese crown», en *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Santarém, I, 1984, pp. 275-282. F. Mateu y Llopis, «El florí d'Aragó. La ceca de Valencia», *Acta Numismatica* VI (1976) 167-185. Sobre la relación oro/plata y las modificaciones en ley y talla del florín bajomedeival es de gran importancia el trabajo de F. Zulaica Palacios, «Curso del florín y relación bimetálica: una aproximación a la política monetaria bajomedieval en Aragón», *Aragón en la Edad Media*, XIV (1999) 1627-1654.

real se mantuvo estable, salvo en algunos momentos, aunque no así la de sus divisores —medios, cuartos, octavos— sujetos a veces a «quiebras» como las llevadas a cabo por Enrique IV entre 1468 y 1470.

Permanecieron algunos tipos de moneda de vellón de la época anterior, pero cambiada su anterior relación con el maravedí y con un poder liberatorio cada vez más escaso, como el *cornado* —1/6 de maravedí—. Otros nombres pasaron en uno u otro momento a ser meras referencias (*dinero*, 1/10 de maravedí; *meaja* 1/60). Desde Enrique III, 1391, se acuñaron piezas con valor de medio maravedí, son las *blancas cinquenes*, que fueron sustituídas hacia 1400 por nuevas piezas, también llamadas *blancas*, cuyo valor de curso fue también de medio maravedí, aunque a veces descendió a un tercio o un cuarto. El tenor de plata de estas *blancas* fue cada vez más bajo, según se muestra en el cuadro siguiente:

Año	*Ley en granos*	*Talla por marco*	*Peso de la plata*
1391	54	110	0.387 gramos
1406	24	112	0.169
1442	20	118	0.133
1462	19	152	0.100
1469	11	160	0,054
1470	8	170	0.037
1471	10	205	0.038
1497	7	192	0.029

Equivalencia de las piezas monetarias y del marco de plata respecto al maravedí:

año	*dobla*	*dobla banda*	*florín Ar.*	*ducado*	*dobla mor.*	*real*	*marco plata*
1268	3						15
1288	20-22						
1310	25						
1334	35						120
1351	35					3	190
1391	35					3	205
1400c.	95 (84-110)		50 (40-52)	66-75	70-80	7-8	505
1429		104	52	73	104	8-10	505
1438		111	70	105		8.5	600
1440c.		123				10	800
1442		104	65			8	560 (tasa)

año	*dobla*	*dobla banda*	*florín Ar.*	*ducado*	*dobla*	*real*	*marco plata*
1455	210	150-160	105-110	165	150	16	1000
1461	280	180	120-130			20	1300
1462	210	150	103			16	930-1000 (tasa)
1465	300-320	190-200	150	230-260		20	1400c.
1471	420	300	210	315		31	
1473	400	300	200			30	1900
1476	440	335	240			31	2000
1483	485	365	265	375	445	31	
1497				375		34	2210

b) Aprovisionamiento y empleo de oro y plata

Es posible formar una tabla con la evolución de la *ratio* oro/plata desde mediados del siglo XIV, utilizando al efecto el valor de curso legal de las monedas, lo que indica que sólo tiene una exactitud aproximada aunque suficiente para nuestro objeto. En ella se pone de manifiesto la gran escasez de plata —o tal vez la extraordinaria abundancia de oro— que había a mediados del XIV, cuando Pedro I comenzó a acuñar el real, o bien lo mucho que la revaluó al acuñarlo. También, la escasez del oro hacia 1400, aun considerando que la plata también había subido mucho, lo que permitiría a Enrique III depreciar el vellón y aumentar su masa monetaria como único medio de responder a la demanda de moneda. Hubo escasez especial de plata nuevamente en los años veinte, cuarenta y cincuenta del siglo XV, y valor más alto del oro hacia 1430 y, de nuevo, a partir de los cincuenta hasta culminar en los ochenta, para retroceder ligeramente en 1497.

1268	1:9.97
1310	1:12.50
1335	1:13
1351	1: 8.82
1404	1:10.90
1430	1:11.11
1455	1: 8.89
1465	1:10.74
1483	1:11.17
1497	1:10.35

Dentro de la escasez general de oro y plata que afectó a todo Occidente en la segunda mitad del siglo XIV y en el XV, Castilla parece que la padeció algo menos y que ambos metales, sobre todo el oro, fueron relativamente más abundantes que en otras partes, como lo sugieren el conocimiento de sus fuentes de procedencia y los testimonios acerca de la *saca* fraudulenta de moneda, o sobre lo provechoso que era exportar moneda de oro, e incluso de plata y vellón, castellana y fundirla para acuñar piezas de otros países, acaso porque la *ratio* castellana infravaloraba a uno u otro metal, o porque las monedas corrían a menos valor que en el extranjero en relación con el metal precioso que tenían. Lo cierto es que este «premio» del oro en Castilla —y también en Granada— parece una realidad constante en las relaciones comerciales exteriores del reino durante toda la Baja Edad Media, incluso con la Corona de Aragón, y causó pérdidas que unas veces se intentó evitar —Enrique III— mientras que otras se toleraron, por motivos políticos, más que económicos[37].

3.2. *Estabilización o estancamiento en la segunda mitad del siglo XIV*

El primero de los dos aspectos enunciados en este epígrafe se muestra especialmente a través de la acuñación del real y de la permanencia de su valor de curso en maravedíes, así como el de la dobla. El segundo, en la irrelevancia de las fortísimas quiebras de moneda hechas en 1369 y 1387, una vez pasados sus violentos efectos a corto plazo, para modificar las condiciones de circulación y el curso legal de la moneda de vellón una vez restaurada la situación previa a la quiebra.

Pedro I hubo de hacer frente a la desorganización de la vida económica causada por las primeras epidemias de «peste negra» y agudizada por las turbulencias políticas y guerreras de su reinado. En 1351 promul-

37. Un ejemplo, entre otros, es el que cita M. DEL TREPPO, *Els mercaders catalans...*, p. 255: las doblas de oro adquiridas en Granada y exportadas dejaban un beneficio neto de 25 por 100 en Florencia, una vez reacuñadas en florines de 22 quilates y puestos éstos en circulación a los cambios vigentes. También, R. CONDE Y DELGADO DE MOLINA, «Valor intrínseco y valor de curso en la moneda medieval: una conversión de doblas castellanas en florines de Florencia en 1376», *Acta Numismática*, 11 (1981) 165-177; y J. HEERS, «Les hommes d'affaires italiens en Espagne au Moyen Âge. Le marché monétaire», en *Société et Économie à Gênes (XIVe-XVe siècles)*, Londres, 1979. Sobre el aprovisionamiento de origen norteafricano, E.W. BOVILL, *The Golden Trade of the Moors. West African Kingdoms in the Fourteenth Century*, 1995. H.W. HAZARD, «The Numismatic History of Late Medieval North Africa», *American Numismatic Society Studies* (Nueva York), 8, 1952. Más adelante indicamos otros ejemplos castellanos de finales del siglo XV.

gó un ordenamiento de precios y salarios, contemporáneo a los de otros países europeos occidentales, y por entonces debió comenzar la acuñación del real de plata cuya equivalencia, tres maravedíes, se mantuvo durante varios decenios, igual que la de la dobla, que era de 35 maravedíes[38]. La estabilidad era, en este caso, signo del estacamiento o descenso de la actividad económica; de otra manera sería difícil comprender cómo el rey triunfó en la acuñación de una moneda estable de plata cuando este metal alcanzaba su precio más alto respecto al oro (ratio 1:8.82): el descenso del volumen de tráfico y consumo de bienes hizo posible el que hubiera plata suficiente para acuñar la nueva moneda y asegurar su continuidad.

Enrique II comenzó su reinado efectivo, en 1369, con gran estrechez de medios de pago monetarios. Sus medidas, como más adelante las de Juan I, tuvieron carácter coyuntural y no constituyen, a decir verdad, reformas monetarias sino, más bien, impuestos extraordinarios muy elevados, al contrario que las de Enrique III, poco antes de 1400, porque este rey combinó la depreciación del vellón, al reducir la ley de las monedas, con el reconocimiento de su menor valor de curso respecto a las monedas de oro y plata fina y con la aceptación de las alteraciones de precios inevitables ante el aflujo de una masa monetaria mayor, pero de valor intrínseco y legal disminuido —cosa que no habían hecho sus predecesores—. Así, con su reforma abrió una época nueva.

Por el contrario, lo que preocupaba a Enrique II en 1369 era cómo hacer frente a las obligaciones y pagos derivados de la guerra civil que acababa de terminar con su triunfo. Encontró la solución en un impuesto de guerra bajo la forma de quiebra de moneda, al reducir en un 75 por 100 el contenido en plata de los nuevos reales, *cruzados* (un tercio de real) y coronados que hizo acuñar, y aumentó su beneficio con otras medidas clásicas, tomadas ya por Alfonso XI: arrendamiento de las «casas de moneda» con monopolio de compra de oro y plata por los arrendadores al precio de tasa establecido aquel mismo año, control directo de todas las «tablas de cambios» del reino. El beneficio alcanzaba también a grandes personajes de la corte o de la confianza regia, vencedores de la guerra, que se hicieron cargo de aquellos arrendamientos y monopolios. Las consecuencias para el conjunto del reino fueron graves e inmediatas, con

38. J. Torres Fontes, «El ordenamiento de precios y salarios de Pedro I al reino de Murcia», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXI (1961) 281-292. F. Castillo Cáceres, «Los símbolos del poder real en las monedas de Pedro I de Castilla», *Numisma*, 222-227 (1990) 505-516. L. Domingo Figuerola-A.M. Balaguer Prunés, «Ordenación cronológica de las emisiones monetarias de Pedro I y Enrique II», *Numisma*, 150-155 (1978) 421-447.

fuerte subida de precios y salarios, pese al ordenamiento o tasa de 1369. Además, las hostilidades aún no habían cesado por completo y desde Aragón entraba moneda de vellón falsa.

En 1370, una vez efectuados los pagos más importantes, el rey comenzó la vuelta atrás: redujo en dos tercios el valor de curso de la moneda quebrada, aunque siguió acuñando *moneda menuda ... por ser grand pro e guarda de nuestros regnos*, esto es, para evitar que el beneficio de aquella acuñación lo obtuviera su rival aragonés y otros acuñadores de moneda falsa, y encomendó el control de precios en mercado a cada concejo, lo que equivalía a transferir a estas instituciones la responsabilidad, una vez suprimida la tasa de 1369. Hasta finales de 1373 no dejó de circular la mala moneda y no se volvió a las equivalencias antiguas (dobla a 35 mrs.; real a 3 mrs.) reduciendo a la cuarta parte el curso legal de la moneda mala. Se acuñaron reales de plata y sus divisores, y moneda de vellón como la de Alfonso XI: coronados de 1/6 de maravedí y sus divisores o «cenquines» de 1/12, así como «dineros» de 1/10[39].

El hijo y sucesor de Enrique II, Juan I, se encontró en una situación semejante a la de 1369 a finales de 1386, debido a las obligaciones derivadas de la guerra contra Portugal e Inglaterra; entre otras, tenía la de pagar una indemnización de 540.000 *francos* de oro al duque de Lancaster —equivalentes a unas 465.000 doblas—, así como una pensión anual vitalicia, y debía su sueldo a muchos de los combatientes, de modo que, para cumplir con su primera obligación, hizo retirar gran cantidad de oro de la circulación, y para atender a la segunda acuñó una moneda quebrada pero con valor de curso legal muy elevado: eso fueron los *blancos del Agnus Dei*, que equivalían a un maravedí. Una vez alcanzado el primer efecto de aquel impuesto por vía monetaria, y una vez también provocada la inflación de precios correspondiente y el desorden del mercado, Juan I disminuyó algo el valor de curso legal de aquellas piezas, al disponer en noviembre de 1387 que el *blanco del Agnus Dei* equivaliera a 0.60 maravedíes. Sin embargo, era muy poca rebaja y el rey insistía en cobrar los *servicios* de Cortes en moneda de oro o plata, pues era la que necesitaba para pagar las indemnizaciones y pensiones.

En consecuencia, los poseedores de moneda de oro, plata o vellón «viejo» siguieron resistiéndose a desprenderse de ella, continuó la retracción del comercio y el desorden en el régimen de precios y en los pagos

39. Además de los documentos citados en mi «La política monetaria...», cit., véase J. VALDEÓN BARUQUE, «Las reformas monetarias de Enrique II de Castilla», en *Homenaje al profesor D. Emilio Alarcos*, Valladolid, 1966, 2, pp. 2-17.

de deudas en medio de una presión fiscal que alcanzó entonces su punto máximo y del empobrecimiento de todos los que cobraban rentas expresadas en maravedíes, si habían de aceptar el pago con los deleznables *blancos*. Era, no hay que olvidarlo, el momento de mayor contracción demográfica y económica del siglo, y presionado por aquellas contribuciones y deudas de guerra, el reino no aceptaba la expansión de la masa monetaria basada en vellón depreciado pero con valor de curso alto, sino que se aferraba a la estabilidad representada por un oro y una plata escasos, e incluso por la «moneda vieja» de vellón.

Los regentes de Enrique III consumaron la vuelta a la situación anterior al disponer en enero de 1391 que el *blanco del Agnus Dei* tuviera curso legal de un coronado (1/6 de maravedí), pues sólo aquella fortísima devaluación podía asegurar que siguiera circulando, pese a los trastornos que causaría a muchos. Además, se aceptó un aumento del precio legal de oro y plata, que las circunstancias del mercado hacían inevitable[40]: el marco de plata no amonedada había llegado a valer 250 maravedíes en 1388, y se valoró en 205 a efectos de las nuevas acuñaciones de vellón que se hicieron en 1391 o poco después bajo la responsabilidad de oficiales monederos vecinos de las plazas conde había cecas reales. En ellas, se prescindió ya del *dinero* de 1/10 de maravedí por su escasísimo poder liberatorio, y se acuñó una moneda de cinco *dineros* —medio maravedí— de 54 granos y talla de 110 piezas por marco, que ha de ser la llamada más adelante *blanca cinquén*, para diferenciarla de la acuñada por Enrique III después de su gran reforma monetaria[41].

3.3. *El siglo XV: la segunda gran expansión del vellón*

Las alteraciones monetarias de la época de Juan I, junto con otras circunstancias específicas de la minoridad de Enrique III, propiciaron la explosión de descontento social, polarizada contra judíos y también contra mercaderes extranjeros, que ocurrió en el verano de 1391. Pocos años

40. Vid. algunas estimaciones en R. Izquierdo Benito, «Las reformas monetarias de la segunda mitad del siglo XIV en Castilla y su reflejo en la documentación: los contratos de arrendamiento de la catedral de Toledo», *Numisma*, 150-155 (1978) 491-497. F. de P. Pérez Sindreu, «El valor del oro según los papeles del Mayordomazgo de la ciudad de Sevilla (1387-1431)», *Numisma*, 238 (1996) 147-169.

41. La ordenanza de labra de esta moneda en Simancas, Diversos de Castilla, libro 4, doc. 57, sin fecha. Me parece que la valoración del marco de plata en 205 mrs. y otros indicadores son suficientes para fecharla en torno a 1391. No obstante, los análisis desde el punto de vista numismático no son concluyentes: J. Torres Lázaro, «El ordenamiento de Cuenca», *Numisma*, 238 (1996) 123-146.

después, la situación comenzaba a cambiar y el nuevo rey, ya durante su reinado efectivo, tomó nuevas medidas relativas a la política mercantil y de precios, a la fiscalidad indirecta y a la moneda que marcarían la historia económica castellana del siglo XV. Es preciso estudiarlas todavía con más detalle y en la interrelación que guardan sus diversos aspectos. El efecto sobre la política monetaria fue muy claro: comienza una época de expansión de la masa monetaria en vellón, acompañada de inflación de precios expresados en maravedíes, que parece inevitable para sostener la actividad mercantil en auge durante una nueva fase de crecimiento económico y demográfico. Se enfrentan, durante todo el siglo, dos tendencias: la que afirma la plena libertad del poder real para depreciar la moneda si así se aseguran tanto sus proyectos políticos como el necesario aumento de la masa monetaria, y la que pretende limitar las acuñaciones y controlar así los precios, incluso aumentando el valor de curso legal del vellón. Ambas tendencias aparecen en el seno de luchas políticas, a veces muy agudas, que siempre condicionan o deforman su aplicación y causan efectos imprevistos o no deseados por sus mismos promotores, y que no se pueden separar de una cuestión de fondo: la pugna por controlar fuentes de renta, tanto las derivadas directamente de la actividad económica como las que dependen del ejercicio del poder político[42].

a) La reforma de Enrique III

Entre 1399 y 1403, Enrique III promovió una politica de reformas económicas conocida hoy sólo indirectamente pero fundamental tanto por sus efectos como por la memoria que dejó en el país. Prohibió a los mercaderes castellanos salir fuera del reino, al menos por las fronteras terrestres, de modo que todo el comercio se hiciera en los *puertos*, pagando allí las aduanas correspondientes, con lo que se controlaba o evitaba la exportación de *cosas vedadas* —sobre todo metales preciosos y moneda— y se petendía conseguir que todos los mercaderes extranjeros pagaran aduana en Castilla mientras que los castellanos no tendrían que pagarla fuera del reino. Al mismo tiempo, Enrique III pretendió en 1398 estable-

42. Los trabajos de A. MACKAY trataron sobre muchas de estas cuestiones y aportaron explicaciones fundamentales: *Money, prices and politics in fifteenth-century Castile*, London, 1981. «Las alteraciones monetarias en la Castilla del siglo XV: la moneda de cuenta y la historia política», *En la España Medieval*, 1 (1980) 237-248. «Métaux précieux et devaluation dans la Castille du XVe siècle», en *Le s Espagne s médiévales. Mélanges offerts à Jean Gautier Dalché*, Nice, 1983, pp. 315-320. «Las Cortes de Castilla y León y la historia monetaria», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, Valladolid, 1988, I, pp. 375-426.

cer un «acta de navegación» a favor de los navíos castellanos anclados en puerto donde se necesitara de servicios de transporte, lo que indica la importancia que tenía la capacidad castellana de flete en aquel momento, aunque la medida —tomada en Inglaterra pocos años antes— fuera difícil de imponer. Estas disposiciones sólo se podían tomar en un reino con claro superavit exportador de cosas necesarias para otros países —lanas, ganados, cuero, cereales, materias primas— y relativamente libre de la necesidad de importar mercancías esenciales para su población, lo que parece ir en contra de las teorías sobre el carácter dependiente o «colonial» del comercio castellano, salvo que se acepte que las colonias pueden imponer a las metrópolis el régimen de intercambios mercantiles: sólo una visión anacrónica de estos asuntos y la inadecuada aplicación de conceptos sobre el subdesarrollo o la «periferización» propios del sistema económico contemporáneo pueden llevar a sostener posiciones tan alejadas de la realidad, como ya he indicado en otros trabajos[43]. Es cierto que había un predominio del intercambio de productos agrarios y materias primas por manufacturas, pero se llevaba a cabo en el seno de un sistema económico no industrial ni capitalista —salvo algunos aspectos de la actividad mercantil y financiera— de modo que la situación era beneficiosa para las élites políticas y económicas del reino, y para consolidar aquel tipo de sociedad. De ahí la simbiosis entre sus intereses y los de los mercaderes interesados en el comercio exterior, ya fueran del país o extranjeros.

Pues bien, la conversión de la alcabala en impuesto indirecto de cobro universal, sin necesidad de consentimiento expresado en Cortes, data de aquel mismo momento, y también la reforma monetaria cuyo contenido se expone a continuación. Es notable que la política fiscal y económica de Enrique III haya sido añorada y propuesta como ejemplo en los tres cuartos de siglo siguientes, precisamente por los partidarios de la estabilidad, pese a que había desencadenado la primera gran inflación expresada en moneda de vellón pero, eso sí, con una masa monetaria controlada. Así, se puede explicar la defensa de la política fiscal de Enrique III hecha hacia 1429, o la carta escrita por Diego de Valera a Fernando V en 1475 proponiéndole, nada menos, que la vuelta pura y simple a la política de Enrique III, a Fernando precisamente que, como su abuelo paterno del mismo nombre, procuró abrir las fronteras y volcar recursos econó-

43. Por ejemplo en «El crecimiento económico de la Corona de Castilla en el siglo XV: ejemplos andaluces», en *Los mudéjares de Castilla y otros estudios de historia medieval andaluza*, Granada, 1989, pp. 257-282, y en «Economía y poder en la Castilla del siglo XV», en A. Rucquoi (coord.), *Realidad e imágenes del poder*, Valladolid, 1989, pp. 371-388.

micos de origen castellano en sus reinos patrimoniales de la Corona de Aragón[44].

Pero la política económica de Enrique III, basada en una idea de proteccionismo radical, implicaba también el reconocimiento de una expansión del instrumento monetario, bajo control de la corona, y contradecía algunos intereses nobiliarios de perceptores de sueldos y mercedes regias, a corto plazo, pero no a plazo más largo puesto que pretendía la estabilidad. Tal vez por eso se aceptó su reforma monetaria pese a su radicalidad. El rey hizo acuñar *blancas*, son las llamadas en el futuro *blancas viejas*, de ley de 24 granos y talla de 112 piezas en marco, lo que significaba una reducción de más del 200 por 100 respecto a las anteriores pero, a la vez, fijó nuevas equivalencias de las monedas de oro y plata que superaban en un 250 por 100 a las anteriores:

alfonsí de la cabezuela	110 maravedíes (D. de Valera)
dobla castellana	95 (entre 84 y 110)
dobla morisca baladí	80 (etre 79 y 90)
ducado	75
florín de Aragón	50 (entre 40 y 52)
real de plata	7 (entre 7 y 8)

Como la cuantía de mercedes, sueldos, etc. situados sobre los ingresos de la Hacienda regia se evaluó a razón de un maravedí viejo, anterior a la reforma, por dos de la nueva —cuando en realidad debía haber sido de mas de 2.5—, hubo una auténtica reducción de mercedes y los beneficiarios de la Hacienda regia sufrieron un quebranto, a cambio de mantener la seguridad de sus cobros. Que hubo protestas, no hay que dudarlo, así como resistencias populares, pero Enrique III consiguió imponer la reforma, incluso a través de una tasa de precios, promulgada en 1406, que debería ser analizada convenientemente.

44. Vid. mi libro, *La Hacienda real de Castilla en el siglo XV*, pp. 328-345 (memorial de hacia 1429). D. de Valera, *Epístolas y otros varios tratados*, Madrid, 1878, ep. IX al rey Fernando, en que le propone la vuelta pura y simple a la política mercantil y monetaria de Enrique III, nada menos que en 1475. El anciano Valera expresa un punto de vista caro a muchos miembros de la alta nobleza, al parecer: autarquía, moneda estable, venta ventajosa al exterior sin desarrollar un aparato mercantil propio en el extranjero sino, sólo, otro de transportes en la medida de lo necesario.

b) La política de don Álvaro de Luna

Este trabajo presenta, entre otros, un vacío: el referente a la política financiera, fiscal y monetaria del infante don Fernando —corregente del reino tras la muerte de su hermano en 1406—, aunque es de suponer que modificó profundamente la seguida por Enrique III, tanto en el aspecto aduanero —libertad de *sacas*— como, sin duda, en el monetario, para conseguir la exportación más sencilla de moneda de origen castellano a la Corona de Aragón[45].

Respecto a la política de don Álvaro de Luna durante el decenio en que tuvo todo el poder en sus manos, hay que partir de la idea de que los problemas de fondo seguían en pie: se trataba de combinar la inevitable escasez de oro y plata con la necesidad de una masa monetaria cada vez mayor, que por fuerza había de ser de vellón casi por completo, y de conseguir, al tiempo, que las piezas de vellón fueran aceptadas sin que ello produjera subidas bruscas de los precios, que se expresaban en maravedíes, y tampoco fuga o retracción del oro y la plata si se establecían nuevas equivalencias monetarias desfavorables para las piezas labradas con uno u otro metal. En general, el ideal de la estabilidad monetaria era más un argumento de propaganda política y un deseo de los perceptores de rentas o salarios expresados en maravedíes, que un proyecto realizable en aquellas circunstancias, pese a la mayor baratura del oro y, tal vez, de la plata en Castilla, que daba lugar a cierta escasez de moneda en circulación como se denunciaba, una vez más, en 1425.

En 1429-1430, recién instaurado el gobierno de Álvaro de Luna, hubo una reforma de cierta importancia que daba más valor de curso a la moneda de oro, en relación con su contenido en metal precioso, a la vez que pretendía mantener una abundancia adecuada de moneda de plata y vellón. Conocemos, en este último aspecto, un memorial de 1429 que preveía acuñar hasta 33.000 marcos de plata al año, especialmente en las cecas de Sevilla y Burgos, cuando, en realidad, se estaban labrando unos 12.000 marcos anuales. Esto era, por lo tanto, un proyecto. En cambio, la acuñación de *doblas de la banda* en 1430 fue una realidad, pues se labraron más de 400.000, unos 8.000 marcos, con 19 quilates de ley y 49 piezas por marcos, a un valor legal de curso alto, de modo que *pujó mucho el oro e todas las monedas de ello e aun de plata.*

45. Una visión general en A.M. Balaguer Prunés, «Las emisiones monetarias de Juan II de Castilla (1406-1454)», *Numisma*, 228 (1991) 31-58. También, J. Lluis y Navas Brusi, «Notas sobre la legislación y organización de las cecas de Juan II y Enrique IV», *Ampurias*, XIII (1951) 135-152.

Por primera vez, los gobernantes castellanos se avenían a acuñar una moneda de oro de menor ley, como en los reinos comarcanos, lo que parece una medida hábil, respaldada por la percepción de parias granadinas desde 1431. Sin embargo, en los años siguientes se siguieron denunciando salidas fraudulentas de oro (Cortes de 1438), y hubo carestía de este tipo de moneda aunque el rey otorgó libertad para el establecimiento de *tablas de cambio* desde 1435-36. Al parecer, en Granada se acuñaban doblas *baladíes* de baja ley, cuya circulación en Castilla era difícil de evitar. Pero lo peor, por sus efectos inmediatos y generales, era la escasez de moneda de vellón de calidad adecuada: a las acuñaciones fraudulentas se añadió, desde 1435 y a instancias de las Cortes, la labra de *blancas* de peor ley, de modo que los recaudadores de impuestos demandaban ya en 1436 *dos cornados por blanca*, en lugar de tres que era lo legal, y esto suponía un aumento brutal de la tributación para la gente humilde, que pagaba con blancas.

En aquellas circunstancias, el ordenamiento real de diciembre de 1438, ante la carestía del oro y la plata, fijó nuevos valores para estas monedas: 111 maravedíes para la dobla de la banda y de 8.5 para el real, pero hacia 1440 los cursos legales eran mayores: 123 y 10 maravedíes respectivamente, lo que significaba una apreciación de en torno al 25 por 100 respecto a 1430. Mientras tanto, un ordenamiento de 1439 reafirmaba que la blanca valía medio maravedí y ordenaba retirar de la circulación las piezas falsas y de peor calidad, *la qual no fue fecha por mi mandado*: recordemos que en aquel momento el condestable don Alvaro de Luna estaba desterrado y que la medida parece inspirada por un nuevo equipo de gobierno nobiliario.

El significado de aquellos cambios de política debe ser puesto en relación con enfrentamientos de intereses distintos. Las depreciaciones afectan negativamente a la nobleza y también a los miembros del patriciado urbano representado en las Cortes, puesto que tienen mercedes reales, *tierras* o sueldos y rentas expresadas en maravedíes, pero apenas a la monarquía, cuyo principal ingreso era la alcabala, un impuesto «ad valorem» que debía crecer —aunque no siempre lo hizo— al mismo ritmo que los precios, ni tampoco a los mercaderes, ni a los productores o dueños de bienes agrarios o artesanales que, por el contrario, tenían interés en que hubiera una masa monetaria suficiente y fluída, aun a costa de la inflación de precios. Por otra parte, aquella política permitía a la monarquía defenderse mejor de algunos aspectos del auge de la alta nobleza, o fragmentar los intereses de sus miembros[46]. Si a esto añadimos el factor

46. Entre los que se contaba el afán por atesorar moneda de oro. Un ejemplo destacado en F. Castillo Cáceres, «Notas acerca del tesoro monetario de don Álvaro de Luna en el castillo de Escalona», *Numisma*, 235 (1994) 61-75.

de fondo, esto es, la necesidad de numerario en circulación y la escasez de oro y plata, su práctica se mostraba inevitale.

c) La reforma de 1442

Las diversas ligas nobiliarias formadas en época de Juan II y Enrique IV tuvieron siempre en sus programas políticos un punto relativo a la estabilización monetaria, cuyo cumplimiento consiguieron en dos ocasiones al menos, 1442 y 1462. En ambos casos produjeron una devaluación del curso de la moneda de oro y plata que causó perjuicios aún mayores, pues iba en contra de la realidad económica del momento. Los resultados de aquella política fueron algo más duraderos en 1442, y más catastróficos en 1462, en plena expansión de la actividad mercantil castellana. En ambos casos, la violencia de la situación política aumentó en los años siguientes, y hay que preguntarse si, en parte, no estaría atizada también por los efectos de aquellas fracasadas reformas monetarias.

A lo largo de 1442 se sucedieron varios *ordenamientos* sobre moneda, lo que parece indicar que no se tenía una idea clara sobre el camino a seguir para evitar que la plata y, en especial, el oro, siguieran subiendo con respecto al vellón, y que continuara la salida de oro del reino. A finales de enero se ordenó la acuñación de doblas de la banda, con un valor de curso de 82 maravedíes, en lugar de los 111 que legalmente tenían, lo que significa una devaluación del 25 por 100, y se intentó fortalecer a la moneda de vellón ordenando que sólo circularan *blancas* de buena calidad, es decir, *blancas viejas* de la época de Enrique III y las de los primeros tiempos de Juan II, mientras que las demás serían retiradas de la circulación y utilizada su plata para nuevas acuñaciones, que incluían también la emisión de reales y sus divisores (medios y cuartos).

Pero en marzo se revocaba la disposición referente a las *blancas*, sustituyéndola por otra que establecía un doble curso legal: las *blancas viejas* y demás de buena calidad conservarían el suyo (medio maravedí), mientras que las peores valdrían sólo un tercio de maravedí, lo que constituía una devaluación del 33 por 100. Al mismo tiempo, se restablecieron los valores de curso legal que tenían las monedas de oro y plata en 1430: 100 maravedíes la dobla de la banda, 65 el florín, ocho el real, 560 el marco de plata sin amonedar. De modo que, en poco más de dos meses, se habían sucedido dos disposiciones de signo diferente, y, además, en la segunda el rey se comprometía a no labrar moneda de vellón *en ningunt tiempo ... sin acuerdo de los procuradores de mis regnos.* También se promulgó una amplia tasa de precios con ánimo de impedir su subida, cosa que no ocurrió por dos motivos, al menos: primero, porque las

blancas siguieron utilizándose al valor de medio maravedí —hay que suponer que las de mejor calidad desaparecerían pronto de la circulación— y, segundo, porque la carestía de metales preciosos se agudizó, la de la plata en los años cuarenta sobre todo, y la del oro más aún en los cincuenta, y esto, junto con la necesidad de más moneda circulante, es el auténtico argumento de fondo de todo este relato.

De todos modos, la estabilización de 1442 tuvo ciertos efectos durante algunos años porque las circunstancias políticas no favorecieron la acuñación abundante de moneda de vellón, pero siguieron las dificultades, y las nuevas propuestas relativas a la escasez de oro y plata: los reunidos en las Cortes de 1447 pidieron que se acuñaran más reales para lograr, por una parte que *el oro abaxase* y, por otra, combatir la inflación de los precios en moneda de vellón, aunque no se comprende bien, a primera vista, cómo la moneda de plata podía conseguir a la vez ambas cosas. De todos modos, en las Cortes de 1451 se reconocía que tal acuñación no había sido posible por la misma escasez y carestía de metales preciosos, aunque seguían exportándose fraudulentamente, y se denunciaba la circulación, cada vez más abundante, de *blancas* de peor ley y de piezas falsas.

Enrique IV procuró acomodarse a aquellas realidades en los primeros años de su reinado, que comenzó con una activa política monetaria, inspirada por el equipo del marqués de Villena[47]. En 1455 acuñó *blancas* nuevas, reconociendo su peor ley, y ordenó retirar las *viejas* que aún circularan, restableciendo como único valor de curso el de medio maravedí. Por eso, el curso legal de las monedas de oro y plata subió inmediatamente: la dobla de la banda a 150/160, el florín a 105/110, el real a 16, el marco de plata a algo más de 1.000 maravedíes. Pero, además, se incrementó la acuñación de oro y plata, sobre todo en Sevilla, también en las otras cecas reales de Burgos, Toledo y La Coruña, en la de Cuenca, que se reactivó, y en la de Segovia, establecida por el nuevo rey. Pese a todo, había cierta abundancia de oro, lo que explica la nueva acuñación de doblas de buena ley (23.75 quilates y 50 por marco), llamadas en aquel momento *enriques*, a las que se dio valor de curso de 210 maravedíes.

47. Noticia general en A.M. Balaguer Prunés, «Las amonedaciones de vellón de Enrique IV. Secuencia de las emisiones e identificación de los tipos», *Gaceta Numismática*, 76 (1985) 43-58, y, «Cuadro cronológico de los tipos de monedas de vellón de Enrique IV y sus denominaciones», *AS/Asociación Numismática de Sabadell*, 40 (1998) 17-20. L. Domingo Figuerola, «Los reales castellanos de Enrique IV», *Numisma*, 23 (1956) 15-31. J.J. Rodríguez Lorente, «Aportación al estudio de los reales castellanos. El problema de los reales castellanos de Enrique IV (1454-1474)», *Numisma*, 29 (1957) 19-28.

En los años que siguieron hubo nuevas acuñaciones de *blancas*, de peor ley cada vez, lo que causaba su depreciación inevitablemente y el aumento de valor de curso de la moneda de oro y plata: en 1461 se labraban *blancas* devaluadas, de las que 130 equivalían a 100 de las anteriores, el *enrique* circulaba ya a 280 maravedíes, la dobla de la banda a 180, el florín a 120/130 y el real a 20, de modo que el vellón se había depreciado un 25 por 100 respecto a la plata, más de un 30 por 100 respecto a la mejor moneda de oro, que acaso se emitió con un valor de curso demasiado bajo, lo que contribuiría a hacer más rentable su exportación fraudulenta, pero sólo en torno a un 20 por 100 respecto a las monedas de oro de peor ley[48]. Fue entonces cuando Enrique IV o, mejor, su nuevo equipo de gobierno encabezado por Beltrán de la Cueva, decidió una nueva reforma «estabilizadora» que respondía mucho más a motivos de programa político que a las conveniencias de la situación económica.

d) De la reforma de 1462 a la guerra civil y el caos monetario

La reforma de 1462 fue semejante en muchos aspectos a la de 1442, pero más inoportuna todavía, efímera en su vigencia y catastrófica en sus resultados. Por una parte, se volvió a establecer el valor de curso legal que tenían las monedas de oro y plata en 1455, lo que implicaba una devaluación de entre 20 y 30 por 100 y produjo el inmediato cese de su circulación efectiva e incluso, en Sevilla, el de las importaciones de oro africano para acuñar. Por otra parte, la reforma pretendía tener una moneda de vellón más apreciada en su contenido de plata y ajustar a ella tanto los precios —para lo que se promulgó una tasa muy detallada— como el curso del vellón ya existente, que se devaluó: las *blancas* en circulación pasaron a valer un tercio de maravedí y se ordenó que se denominaran *dineros* hasta que se retiraran de la circulación, en plazo máximo de seis meses. A la vez, se acuñaría nueva moneda de vellón: *maravedíes* de 24 granos de plata y 96 en marco, *blancas* de medio maravedí (19 granos, 192 en marco), medias blancas y *cornados*[49].

48. L. Domingo Figuerola, «Ordenamiento de Aranda del año 1461», *Numisma*, 177-179 (1982) 361-369. Sin embargo, hay un ordenamiento dado en Cuenca, 9 agosto 1461 (estudio inédito de L. Hernández-Canut y Fernández-España).

49. Publiqué el ordenamiento o tasa de precios de 1462 en mi trabajo «Moneda y tasa de precios en 1462. Un episodio ignorado en la política económica de Enrique IV de Castilla», en *El siglo XV en Castilla*, pp. 114-142 (2ª ed.). También, R. Paz, «Tasas de artículos, mercaderías y salarios del siglo XV», en *Homenaje a Federico Navarro*, Madrid, 1973, pp. 351-372. F.A. Sainz Varona, «La moneda de vellón de Enrique IV. La Ordenanza de 1462», *Boletín... Institución Fernán González*, Burgos, 199 (1982) 231-265. L. Domingo Figuerola, «Nuevo valor monetario de Enrique IV: el maravedí», *Numisma*, 165-167 (1980) 271-286.

En resumen, la reforma buscaba que en el reino y para el comercio interior circulara casi exclusivamente moneda de vellón apreciada y estable, con un curso legal adecuadamente respaldado por la autoridad regia y por una tasa de precios, y reservar la de plata y, en especial, la de oro, para un comercio exterior que estaría limitado y subordinado en beneficio del interior, de modo que la fuerte escasez de ambos metales repercutiera lo menos posible en la actividad mercantil. Pero el deterioro político de los dos años que siguieron provocaron el que la autoridad de Enrique IV no fuera suficientemente respetada, y la alteración de los mercados demostró que era imposible desplazar los intereses predominantes de quienes controlaban el comercio exterior. El resultado, en términos monetarios, fue que, en enero de 1465, el *enrique* corría a 300-320 maravedíes, la dobla de la banda a 200, el florín a 150 y el real a 20, esto es, se había consolidado el valor de curso de la moneda de plata anterior a 1462 y aumentaba el de la de oro en torno a un 10 por 100. La reforma había fracasado completamente.

En el otoño de 1464, los precios habían subido entre dos tercios y la mitad, la escasez de moneda era grande, sobre todo de vellón, y la acuñación estaba suspendida en todas las cecas, salvo tal vez en la de Segovia, además de que los últimos *enriques* y reales amonedados eran ya de peor ley, cosa inevitable si se quería mantener a toda costa el curso legal fijado en 1462. La guerra entre Enrique IV y los partidarios de su hermanastro Alfonso (1465-1468) impidió que se cumpliera la orden dada en enero de 1465 de acuñar nueva moneda, y trajo consigo un considerable caos monetario, debido a la proliferación de acuñaciones, promovidas unas por el rey y otras por sus adversarios, en mayor número de cecas, sin el debido control de la ley de las monedas, de modo que su «quiebra» fue fácil y general, e incluso se produjeron falsificaciones: la Hermandad de 1467 incluía entre los casos de su competencia el delito de falsificación de moneda[50].

50. Resumo, como en las páginas anteriores, lo fundamental del contenido de mi artículo «La política monetaria en la Corona de Castilla...», citado. También, M.I. DEL VAL VALDIVIESO, «Un motivo de descontento popular: el problema monetario en Castilla durante el reinado de Enrique IV», *Historia. Instituciones. Documentos*, 8 (1981) 151-170. M.D. CABAÑAS GONZÁLEZ, «Notas sobre los monederos de Cuenca en el siglo XV», *En la España Medieval*, 4 (1984) 183-209. Sobre las acuñaciones de Alfonso e Isabel, especialmente en Ávila, A.M. BALAGUER PRUNÉS, «La disgregación del monedaje en la crisis castellana del siglo XV. Enrique IV y la ceca de Ávila según los documentos del Archivo de Simancas», *Acta Numismática*, 9 (1978) 155-190, y «Carta de concesión de los derechos de la casa de la moneda de Ávila a la Princesa Isabel (1468)», *Numisma*, 150-155 (1978) 519-530. D.C. MORALES MUÑIZ-L. HERNÁNDEZ-CANUT, «El enigma de las acuñaciones abulenses: Isabel la Católica, la princesa rebelde (1470-1473)»,

Para hacer frente a los pagos de guerra, vincular fidelidades, etc., se estaba apelando a procedimientos semejantes a los de 1369. El rey procuró mantener la calidad de la moneda de oro pero desde 1468 ordenaba labrar *enriques* de sólo 23 quilates, y hubo otros de 18 e incluso de mucha menor ley; por el contrario, generalizó en 1470 la acuñación de divisores del real (sus *cuartos*) y de *blancas* muy depreciados, aunque manteniendo su curso legal de modo que la inflación de precios expresados en maravedíes se disparó a la par que todos los que tenían cobre a su disposición pretendían acuñarlo para participar en aquellos efímeros beneficios: *tanto que Flandes nin otros regnos no podieron bastar a traer tanto cobre, e non quedó en el reyno caldera nin cántaro que quisiesen vender que seis veces más de lo que valía non lo comprasen*[51].

La política monetaria de Enrique IV había experimentado un giro completo entre la reforma de 1462 y las acuñaciones de 1470, y no cabe explicarlo sólo por motivos genéricos —remediar la escasez de vellón aumentando la masa monetaria— sino, especialmente, por las circunstancias que el reino atravesaba: la guerra, entre 1465 y 1468, los apuros financieros del monarca, la vuelta al poder del marqués de Villena y su grupo en pugna con la princesa heredera Isabel. Parece que 1470 fue el año de inflación más aguda, pero todavía estaba por llegar lo peor, en cuanto se procedió a rebajar el curso legal de aquella mala moneda, pues entonces, ya en 1471, el régimen de precios y pagos se dislocó completamente por algún tiempo: *nacían muchos pleytos y debates y muertes de hombres y confusión tan grande que las gentes non sabían qué hacer nin cómo vivir, que todo el reyno absolutamente vino en tiempo de se perder, y por los caminos non hallaban qué comer los caminantes por la moneda, que nin buena nin mala nin por ningund precio non la tomaban los labradores, tanto eran cada día de las muchas falsedades engañados. De manera que en Castilla vivían las gentes como entre guineos, syn ley y sin moneda, dando pan por vino, y así trocando unas cosas por otras. Y de la grand confusión y desorden de las monedas vinieron las cosas todas tan caras en el reyno que de aquel mal estilo destonces hoy y siempre durará el daño sin remedio de tornar a los precios convenibles que solían.*

Cuadernos Abulenses, 19 (1993) 41-68. F. Castillo Cáceres, «Aproximación a las monedas del príncipe Alfonso de Castilla (1465-1468)», en *Actas del VIII Congreso de Numismática*, Madrid, 1994, pp. 501-516.

51. Esta cita y la siguiente, tomadas de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*, Madrid, 1934, p. 95 y ss.

3.4. *La relativa estabilización del último cuarto del siglo XV. 1471/73 a 1497*

Enrique IV comenzó a remediar los efectos de su desastrosa política monetaria en los últimos años del reinado y por el mismo camino siguió su hermana y sucesora Isabel hasta 1483 aunque con un condicionamiento nuevo, como era la presión más directa de determinados intereses económicos de origen catalano-aragonés sobre el curso de la moneda castellana. Entre 1483 y 1497, la estabilidad monetaria fue completa, en líneas generales, lo que permitió, a su vez, la reorganización general del sistema en este último año, justamente en vísperas del gran cambio y paulatina «revolución de precios» causada por las nuevas posibilidades que se abrían en el aprovisionamiento de oro y plata.

a) La estabilización. 1471-1483

El final de la situación que hemos descrito sólo podía ser una brusca baja del valor legal de circulación del vellón, como ya había ocurrido exactamente cien años atrás, para ajustarlo a las realidades de oferta y demanda vigentes, aun contando con el daño que se causaría a quienes tuvieran moneda de ese tipo en su poder. Era la única salida del caos, y el mismo rey que había producido éste comenzó aquélla con medidas que continuaría su sucesora Isabel I porque la recuperación tardó varios años en producirse.

Ya en enero de 1471 se devaluaron los *enriques* con ley de 18 quilates a 310 maravedíes y los *cuartos* de real «quebrados» bajaron de 7.5 a dos maravedíes de curso. En abril se ordenó la reanudación de acuñaciones sólo en las seis cecas reales anteriores a 1465: hubo labra de *enriques*, reales y también de *blancas* con menos plata que las anteriores (10 granos y 205 en marco); al mismo tiempo, se establecieron nuevos valores de curso en los que se reconocía la tremenda depreciación del vellón ocurrida desde 1465, pues el aumento de dichos valores era del orden del 50 por 100: *enrique* a 420 maravedíes, dobla de la banda a 300, florín a 210, real a 31.

El rey encomendó a las autoridades municipales de las ciudades donde se hacía la acuñación que nombraran *veedores* para controlarla y denunciar cualquier fraude que observaran: intentaba, como ya habían hecho otros reyes en momentos de crisis, corresponsabilizar al poder local, delegado del regio en definitiva, para que la reforma emprendida fuera más fiable. Pero los efectos de la mala moneda de *cuartos* de real acuña-

da en los años anteriores seguían siendo desastrosos: en julio se ordenó que los de peor calidad valieran sólo 1.5 maravedíes, de modo que una moneda que había valido diez *blancas* valía ya sólo tres, y eso si no era falsa, pues en tal caso había que retirarla de la circulación sin ninguna compensación. Entonces llegó a su ápice la desconfianza social ante la moneda, ese vivir *como entre guineos* a que antes aludíamos, y el daño tardó en remediarse porque, además, seguía habiendo fraudes y falsificaciones contra cuyos autores lanzó excomunión el legado pontificio, cardenal Rodrigo de Borja, a comienzos de 1473, para reforzar así las sanciones políticas con las religiosas, cosa poco frecuente a aquellas alturas de desarrollo del estado monárquico[52].

Las nuevas medidas legales tomadas en marzo y mayo de 1473 muestran que se habían absorbido ya los peores efectos de la mala moneda anterior. Se ordenó la inmediata retirada de cualquier moneda no acuñada en las seis cecas oficiales, y la reducción del valor de curso de la *blanca* a un tercio de maravedí, para reconocer así una relación adecuada entre ella y las monedas de plata y oro, aun a costa de un nuevo sacrificio para las gentes humildes que utilizaban moneda de vellón cada día para pagos menudos. Al mismo tiempo, se previno la inmediata acuñación de 400.000 reales en piezas de *medios* y *cuartos*, para restaurar la confianza en la buena moneda de plata, y se pudo reajustar el valor de curso de las piezas de oro y plata con un ligero descenso respecto a 1471: *enrique* a 400 maravedíes, dobla de la banda a 300, florín a 200, real a 30.

El éxito de aquellas medidas sólo era posible si se restablecía la confianza social en el poder monárquico, cosa poco probable en aquel momento, aunque el rey apeló nuevamente a la colaboración de *veedores* municipales. Las *blancas* seguían bajo sospecha, incluso de falsificación, y los cambiadores no quería tomarlas a su curso legal dando a cambio piezas de oro y plata, pese a la orden regia. La situación del reino era confusa y, en cierta medida, la facilidad con que se produjeron disturbios contra los judeoconversos en algunas ciudades —Córdoba, Jaén— en la primera mitad de aquel año, también tendría que ver, como en 1391, con el descontento provocado por el caos monetario.

Sin embargo, el camino emprendido para lograr la estabilización era adecuado por su realismo: reconocer la apreciación de las piezas de oro y plata para mantener la confianza en ellas como moneda de referencia, y

52. A. García de la Fuente, «La legación del cardenal Rodrigo de Borja y la cuestión monetaria de Enrique IV», *Religión y Cultura*, 23 (1933) 334-354. R. Romero Molina, «Disposiciones de Enrique IV para la recuperación monetaria de 1471-1473. Estudio y revisión documental», *Numisma*, 238 (1996) 205-228.

devaluar el vellón lo que fuera preciso controlando, al mismo tiempo, su masa en circulación para no aumentar más aún las tensiones inflacionarias de precios expresados en maravedíes. Así procedieron Isabel I y Fernando V entre 1475 y 1483, y en este contexto resalta más aún el anacronismo de la propuesta que el anciano cronista Diego de Valera hizo al rey Fernando en una de sus epístolas, donde le aconsejaba volver a los tipos y valores monetarios de Enrique III, a su política mercantil y al régimen de tasa de precios instaurado en 1442. Frente a aquel eco de vejos programas nobiliarios de contracción, más que de estabilización, que ignoraban tanto la realidad económica como lo ocurrido en el medio siglo anterior, los reyes culminaron la reforma mediante disposiciones tomadas en 1475, 1476, 1480 y 1483 que consideraremos ahora conjuntamente, como jalones de una misma política.

El valor del real de plata se mantuvo estable: pasó de 30 a 31 maravedíes, pero mejoró algo su ley porque se acuñaron 66 piezas en marco y no 67 como hasta entonces. En cambio, la moneda de oro continuó apreciándose: un 10 por 100 en 1476, y otro en 1483 (el *castellano*, sucesor del *enrique*, pasó a valer respectivamente 440 y 485 maravedíes, la dobla de la banda 335 y 365). El aprecio del florín del cuño de Aragón es muy llamativo pues aumentó su curso un 20 por 100 ya en 1476 (240 maravedíes) y otro 10 por 100 en 1483 (265) de modo que el aumento total de valor de curso de esta moneda respecto a 1473 fue de un 32.50 por 100, cuando era la que tenía peor ley (18 quilates): es preciso investigar más sobre el significado de esta singularidad, que estimulaba la circulación, e incluso la acuñación, en Castilla, de una pieza de oro de ley similar a la de otros países europeos, lo que respondía a ideas ya expuestas en tiempos anteriores para evitar la fuga de este metal, pero también favorecía los intereses políticos de Fernando, como rey de Aragón, pues nada sería más fácil, en aquellas circunstancias, que evadir *castellanos* hacia sus reinos patrimoniales e importar florines, con el beneficio correspondiente, cosa que se hacía y se siguió haciendo pese a la pena de muerte establecida en las Cortes de Toledo de 1480 para los que sacaran fraudulentamente del reino moneda por valor superior a 500 *castellanos*.

En lo que respecta a la moneda de vellón, en 1483 se produjo la rebaja del valor de curso de la *blanca* a un cuarto de maravedí. Fue el último reajuste en la valoración de la enorme masa de vellón «quebrado» amonedado en los años anteriores. La medida era, de nuevo, dolorosa para el pueblo llano y se tomó en el momento más duro de la acción inquisitorial contra los conversos, y en plena guerra contra Granada: tal vez no sea ajena al transitorio descenso de valor de las rentas reales que ocurrió entonces. Pero con el buen orden político ya restaurado y con ello el con-

trol sobre la masa de moneda circulante, fue posible su asimilación y el fin del proceso estabilizador iniciado en 1471[53].

b) La reforma de 1497

La pragmática de 13 de junio de 1497 reordenaba el sistema de piezas en circulación, al establecer nuevos tipos y disponer que toda la moneda anterior se fundiera y transformara en nueva en el plazo de diez meses. Los encargados de las cecas reales —Sevilla, Toledo, Cuenca, Segovia, Burgos, La Coruña, Granada— no cobrarían en este caso derechos de acuñación sino sólo el costo material de la operación.

El *ducado* o *excelente de la granada*, con 3.45 g. de oro, ley de 23.75 quilates, talla de 65.33 piezas en marco y valor de curso de 375 maravedíes pasaba a ser la pieza de oro básica del nuevo sistema, que ponía fin a la larga era de la dobla en Castilla, pero el valor del oro permanecía estable, pese a que en los años siguientes hubo demanda de *castellanos*, cuya circulación por tiempo indefinido se autorizó en octubre de 1497, para atesorarlos y sacarlos fuera del país, lo que parece indicar que la ley de los ducados no siempre fue tan buena. En cambio, la reforma de 1497 produjo una apreciación de la plata de en torno a 10 por 100, puesto que se acuñaron 67 reales por marco, en lugar de 66, y su curso legal subió a 34 maravedíes.

Y, sobre todo, se reorganizó la moneda de vellón al ordenarse la acuñación de un máximo de diez millones de maravedíes en *blancas* de peor calidad que las anteriores (ley de 7 granos, talla de 192 piezas en marco) pero con un valor de curso que era, nuevamente, de medio maravedí. Aunque admitamos que las *blancas* viejas estarían en muchos casos

53. Lo que no quiere decir que dejara de haber fluctuaciones locales o momentáneas según las circunstancias concretas de abundancia o escasez de moneda de oro. J.M. DE FRANCISCO OLMOS, «La evolución de los cambios monetarios en el reinado de Isabel la Católica según las cuenta sdel tesorero Gonzalo de Baeza», *En la España Medieval*, 21 (1998) 115-142. También, A.M. BALAGUER PRUNÉS, «La moneda y su historia en el reinado de los Reyes Católicos», *Numisma*, 233 (1993) 93-109. J. LLUIS Y NAVAS-BRUSI, *Las cuestiones legales sobre la amonedación española bajo los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, 2 v. A. OROL PERNAS, «Las monedas en la época de La Celestina», *Numisma*, 231 (1992) 65-71. Sobre la política monetaria respecto a la Corona de Aragón y la posible «saca» de oro, M.A. LADERO QUESADA, «El Banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro castellana. 1500-1503», *Anuario de Estudios Medievales*, 17 (1987) 571-594. J. VENTURA, «Equivalencia de las monedas castellanas en la Corona de Aragón, en tiempos de Fernando el Católico», *Medievalia*, 10 (1992) 495-514. F. MATEU LLOPIS, *Acerca de la política monetaria de Fernando el Católico y en especial en el reino de Valencia*, Valencia, 1957.

«quebradas», y que la emisión de las nuevas se ajustó a las necesidades del mercado en masa monetaria, al limitarla a un máximo de diez millones de maravedíes, los Reyes Católicos habían procedido en 1497 a una reforma que obligaba a aceptar las blancas nuevas por su valor de curso legal, sin pararse a considerar su precio verdadero en plata: si, como estimamos, la blanca contenía 0.029 g. de plata, un real de buena plata debería haber equivalido, por su precio como moneda-mercancía, a unas 120 blancas y no a 68. Así, en términos de cuenta monetaria, la plata se había revalorizado algo respecto al oro y el vellón respecto a la plata, lo que implicaba además ámbitos de uso bien diferenciados para cada tipo de moneda.

Una disposición regia de octubre de 1499 demuestra que la monarquía estaba ya dispuesta a consumar una política basada en la consideración de la moneda como medida de valor, según su curso legal, con independencia de las características concretas de las piezas monetarias: los reyes ordenaron que todas las transacciones se expresaran en maravedíes, y nunca en reales, ducados, florines o *castellanos*. Claro está que esto ya se había hecho antes así, pero la insistencia regia mostraba que entonces quería llevarse a pleno cumplimiento, en un momento en el que, con toda probabilidad, la apreciación de la plata producía retiradas de circulación o exportaciones fraudulentas de oro[54].

Las medidas de 1497 estaban destinadas a tener larga duración, y a ello contribuyó el cambio de circunstancias que se produjo en los años siguientes, cuando comenzaron a afluir a Castilla cantidades cada vez mayores de oro y, algo después, de plata, que pusieron fin a la carestía de ambos metales propia de la baja Edad Media. Así se consolidó, también, una realidad bajomedieval como era el precio menor a que el oro corría en Castilla respecto a otros países, y la perturbadora tendencia que esto introducía, pues el «premio» que el oro tenía de hecho, y que la plata llegó a tener después de derecho, estimulaba su salida legal o ilegal como simple mercancía, y la entrada de manufacturas extranjeras en detrimento de su producción en el país.

Es evidente que esto debía ser lo más conveniente, al menos de manera inmediata, para los intereses políticos y socio-económicos dominantes puesto que nunca se quiso poner remedio, pese a que estaba al alcance de la mano, como exponía un memorial de 1516. Por entonces llegaba ya cada año de las Indias a Sevilla oro por valor de unos 700.000 duca-

54. 23 octubre 1499. Simancas, Cámara-Pueblos, leg. 6 (Granada). Y mi citado artículo, «El Banco de Valencia...».

dos; la propuesta del memorialista consistía en que la corona lo tomara para sí, pagando el precio legal, y acuñara ducados de ley de 18 quilates, con un valor de curso de 410 maravedíes, igual al que tenían los portugueses, e inferior, todavía al francés, donde un ducado se valoraba en el equivalente a 445 maravedíes, según el precio de los productos que podían comprarse con él. De esa manera se evitaría la exportación ilegal de oro, que practicaban, como antaño, los mercaderes genoveses muy especialmente, y se estimularía la producción manufacturera propia para el consumo interno e incluso para la exportación[55].

Conclusión

Así, en el paso de una época monetaria a otra, permaneció una constante de la situación castellana, mientras cambiaba casi todo lo demás, excepto, también, la escasa consideración hacia sus súbditos con que el poder político aplicaba la regalía y desarrollaba sus políticas monetarias, atento más a resolver sus necesidades y proyectos inmediatos y a los intereses de los poderosos que a los del conjunto de la sociedad, salvo excepciones. Es cierto, pese a todo, que los objetivos últimos no se podían perder de vista, por muy rudimentarios que fueran los conocimientos sobre la realidad económica: contar a la vez con varios tipos de moneda-mercancía dotada de valor intrínseco y con la masa suficiente, y casi siempre creciente, de moneda de vellón en relación con el despliegue de una economía monetaria plena. Por eso, a través de sobresaltos y momentos críticos, y a costa de muchos sacrificios coyunturales de amplios sectores de la población, la política monetaria bajomedieval había cumplido su cometido desde que Alfonso X desatara lo que podemos denominar revolución del vellón porque las realidades económicas —en las que también había intereses sociales dominantes— acababan siempre por absorber o compensar las manipulaciones políticas: una dobla de oro valía en 1268 tres maravedíes de cuenta y en 1497, 485, esto es, 161,66 veces mas; un marco de plata había pasado de valer 15 maravedíes en 1268 a 2.210 en 1497, es to es, 147,33 veces más; mientras tanto, la plata

55. Simancas, Cámara-Pueblos, leg. 6, transcrito íntegro en mi «La política monetaria en la Corona de Castilla...», pp. 119-123. Algunos aspectos sobre el oro en época de los Reyes Católicos en A.M. Balaguer Prunés, «Documentos referentes a moneda y al comercio de oro africano del Tumbo de los Reyes Católicos del Concejo de Sevilla: 1474-1492», *Numisma*, 33 (1983). M. de Menaca, «Or et code moral dans les Pragmáticas des Rois Catholiques», *Senefiance* (Nice), 12 (1983) 273-292.

contenida en la moneda de vellón equivalente a un maravedí había descendido de 15,3 g. en 1268 a 2.30 g. en 1310, 0.77 en 1391 y 0.058 en 1497, esto es 273 veces menos: he aquí indicadores simples que muestran cómo se había multiplicado y depreciado la masa monetaria de vellón más aún que el descenso de su valor de curso legal, eso sin tener en cuenta que la de oro o plata, aunque fueran escasos ambos metales, también habría aumentado considerablemente a lo largo de más de dos siglos. Pero necesitamos todavía conocer cómo evolucionaron, según tiempos y lugares, la producción y los precios —en vellón y en moneda-mercancía—de un conjunto suficiente de bienes y servicios principales para integrar la historia monetaria no sólo ni tanto en sus contextos políticos sino también, y sobre todo, en los económicos propios de los siglos XII al XV.

Moneda y Fiscalidad en la España musulmana

Pedro CHALMETA GENDRÓN

En el 711, un hecho militar (la ocupación de Iberia) dio lugar a una nueva entidad política, social, religiosa, cultural, lingüística, jurídica, fiscal, económica y monetaria: al-Andalus. Hubo un cambio, del que sólo interesan aquí las tres últimas facetas. No siendo coleccionista ni numismático, sino historiador, me ceñiré a la moneda como instrumento de determinada política económico-fiscal. No cabe olvidar que, para los contemporáneos, las monedas fueron instrumentos de pago: entre particulares, del contribuyente al Estado, del Estado a sus servidores.

Esencialmente podemos distinguir dos grandes áreas:

a) la voluntaria entre pariguales, regida por relaciones consensuadas, acuerdo mutuo entre interesados, afectando la cantidad, fecha y materia entregada. Nos estaríamos moviendo en términos de moneda real y de cambio[1].

b) la forzada, impuesta por el Poder sobre los contribuyentes. Tributación organizada en un sistema fiscal que fija la cuantía, fecha, lugar, modalidad y moneda de pago.

Pese a que se atribuye al Profeta «Dios nos libre de pagar impuestos, porque quien tiene que hacerlo declara en falso e incumple su promesa»[2] optaremos, tras una panorámica de los conceptos monetarios imperantes en al-Andalus, por tratar de desentrañar un poco la madeja de la fiscalidad, por ser ésta la causa esencial de la emisión de moneda.

1. Me permito remitir a mis «Monnaie de recouvrement des impôts...», *Q.S.A.*, V-VI (1987-9), «Monnaie de compte,...», en *Documents Islam Médiéval*, Cairo 1991; así como a las posteriores aportaciones de A. Canto, J. Pellicer, T. Ibrahim.

2. Ibn Ḫaldūn, *Muqaddima*, I, 258.

Conceptos

Para los alfaquíes, las monedas constituyen instrumentos económicos, con un valor liberatorio, destinados a efectuar pagos, servir de medida de estimación y a atesorar un capital.

Se habla de *dīnār* (moneda física, acuñada en tal fecha y lugar por Fulano) y de *miṯqāl* (patrón teórico del dinar moneda, con un peso de 4,25 grs.). Razón por la que se habla de pagos efectuados en *dīnār miṯqāl*; es decir en monedas físicas de peso y ley. La plata tiene también curso, es el dirham *waraq* (moneda real) frente a dirham *nuqra* (patrón teórico de 2,97 grs.). El *miṯqāl* se define también como el 10/7 del *nuqra* y éste como las 7/10 del *miṯqāl*. La presencia simultánea de estas dos monedas implica una relación, un cambio. Se puede pagar en plata cantidades enunciadas en oro (que funciona como moneda de cuenta) y tenemos el *dīnār darāhim*, el *dīnār fiḍḍa*. A la inversa y aunque sea poco frecuente, se puede abonar en oro cantidades enunciadas en plata (que se ha transformado en moneda de cuenta), dando el *dirham ḏahab*. Analizaremos: la moneda, su emisor, para que, cuando y cuanto.

Moneda

La moneda/*naqd* (en al-Andalus, los textos fiscales utilizan también *nāḍḍ*) parecía tan obvia y «natural» que se tardara varios siglos en sentir la necesidad de definirla. Tadanza sorprendente puesto que, desde un principio, se alude al pago de impuestos y cambio de monedas. Para el jurista al-Māwardī: «El oro y la plata puros de toda mezcla son las monedas exigidas en pago. Estas llevan la impronta de la Ceca estatal, cuya acuñación ofrece toda confianza y garantizan que no puede haber sustitución ni fraude. Monedas que deben ser utilizadas exclusivamente y no lingotes ni trozos de plata u oro. Tratándose de obligaciones derivadas del precio de mercancías y valor de las operaciones se trata siempre de monedas acuñadas... Todas las naciones siguen una norma común, a saber que las monedas que sirven de precio de mercancías y de valor de sus transacciones, son *únicamente* de oro o de plata. Ninguna historia seria, ni tampoco una sospechosa, menciona que nación alguna haya utilizado una moneda diferente, y esto tanto en los tiempos antiguos como en los modernos».

No es que los juristas desconozcan la existencia del cobre, de conchas, etc. pero se niegan —al igual que los autores de manuales de la Ceca— a considerar que pueda existir más emisión monetaria que las hechas de oro o de plata.

Emisor

Todas las fuentes coinciden en señalar que «en el 75/695, el califa ʻAbd al-Malik ordenó a al-Ḥaǧǧāǧ que acuñase dirhemes en el Iraq. Este creó una ceca donde reunió acuñadores. Hizo que se acuñase para el Poder [monedas de] oro. Tras lo cual, autorizó se emitiesen [monedas de] plata para los mercaderes y demás gentes, percibiendo el equivalente al salario de los acuñadores».

Acuñar moneda es una prerogativa del Poder. El gobernante imprime su nombre sobre una cara de la moneda y, bajo el califato andalusí, inscribirá en el reverso el nombre del jefe de la Ceca. Siendo la emisión de moneda un privilegio del Poder/*sulṭān*, implica que es actividad vedada a cualquier otro. «Al-Ḥaǧǧāǧ ya prohibió taxativamente emisión alguna que no fuesen las oficiales. Pero Sumayr, encargado de la Ceca, trabajó también por cuenta propia y al-Ḥaǧǧāǧ ordenó su ejecución. Sumayr alegó que la ley de sus dirhemes era superior a la de los del gobernador por lo que no existía causa legal que justificase su condena...».

Finalidad

Las monedas son acuñadas por y para el Estado porque éste ha de hacer frente a unos gastos: pago de las tropas, sueldo de los funcionarios, compras al exterior, etc. Lo reconocen los textos «acuño [primero] para el Estado /*yaḍribu al-māl lil-sulṭān*. Después lo permitió/ *ṯumma aḏina lil-tuǧǧār* para las necesidades del comercio y de los particulares». Pero se trata clarísimamente de una concesión, y esa «benevolencia» conlleva unos gastos. El acuñar moneda es, aparte de un servicio a la comunidad, uno de los recursos utilizado por el Poder para aumentar sus ingresos.

Las emisiones monetarias están también destinadas a cerrar el circuito económico que une gobernantes y gobernados. Como paso previo para hacer frente a sus gastos de funcionamiento, el Poder tiene que sacárselos previamente a sus súbditos. Por tanto, se acuñará esencialmente con el fin de que los contribuyentes dispongan de la masa monetaria suficiente para pagar sus impuestos.

Cuando

De lo supradicho se deriva un corolorio: o se acuña de forma regular y sistemática una cantidad más o menos fija o será necesario hacerlo de modo puntual cada vez que haya que hacer frente a gastos «extraordina-

rios», tales como una campaña militar especialmente onerosa, política de prestigio concediendo subvenciones, fases de «glorificación del poder», etc.

Cuanto

Habiéndose perdido las cuentas y estadísticas de la Ceca, fuerza es recurrir a medios indirectos para calcular el volumen de lo emitido:

1) Hacer el recuento de los cuños atestiguados y multiplicarlos por su vida media. Es camino en el que somos tributarios de los resultados de la labor de los arqueólogos e historiadores de la moneda. Resultados que no llegan con la velocidad que desearía nuestra impaciencia...

2) Partir del total de los ingresos fiscales. Diversos autores afirman que el califato era capaz de atesorar anualmente un tercio de lo recaudado. De donde la necesidad de reinyectar en el circuito monetario una cantidad que fuera superior a este tercio.

3) Partir de la acuñación pedida por los particulares. Estimación aleatoria susceptible de variar del todo a la nada según la situación fuese: a) basta con el volumen estatal y lo particular es poco menos que anecdótico; b) el Estado aguarda a que el particular necesite moneda para pagar sus impuestos, para que éste se vea obligado a solicitar su acuñación... abonando los derechos de Ceca. En cuyo caso los derechos de acuñación son directamente proporcionales al volumen recaudado.

De hecho, resulta que las emisiones o, mejor dicho, lo que podríamos calificar de «tiradas masivas» han coincidido históricamente con: 1) fases de asentamiento-organización del poder (ʻAbd al-Raḥmān II, el califato, etc.); 2) situaciones de gasto: a. externo (política de atracción de los caudillos magribíes; compra de treguas a cambio de parias); b. interno (el programa almohade de fortificaciones, etc.). Un tanto anómala fue la primera emisión andalusí, la del conquistador Mūsā b. Nuṣayr, hecha no con fines fiscales sino de reparto del botín y retribución de las tropas invasoras.

La justificación de las percepciones recaudadas por el Poder es sencilla: corresponde a la necesidad de disponer de los medios necesarios para cumplir su misión. Puesto que «ha de proteger a la comunidad musulmana, defender su territorio y tener a raya a sus enemigos». El cometido del Estado es responder de la presencia y vigencia efectiva de una sociedad donde el individuo —y su familia— pueda vivir como musulmán, cumplir sus obligaciones cultuales, dentro de una sociedad y un sistema regidos por las normas de la Xara. De no realizarlo, el gobernante incumple su obligación, perdiendo simultáneamente cualquier derecho a dirigir y a recaudar.

Fiscalidad

Hemos señalado que las emisiones de moneda permiten la imposición de determinado sistema tributario y que su volumen estaba ligado a la cantidad que se quería recaudar. Es decir, estamos hablando de un sistema fiscal, aunque no lo hayamos nombrado ni analizado todavía.

Existe una relación que vincula al Poder (recaudador) con el súbdito (contribuyente) y la moneda (instrumento de pago).

Para el sociólogo Ibn Ḫaldūn existía un medio de vida «no natural»: el poder/*imāra*. Por cuanto se puede sacar provecho y subsistencia del poder, ya que permite extraerlos de los demás y apropiarselos siguiendo determinadas reglas. Es lo que se llama tasa/*magram* y tributo/*ǧibāya"*. A principios del s. XI, el cordobés Ibn Ḥazm señalaba ya la existencia de la circulación monetaria que unía los contribuyentes al poder, éste a sus servidores y como éstos reinyectaban sus sueldos en el circuito monetario. Ibn Ḫaldūn había sentado que el propósito de los impuestos era el obtener del contribuyente parte de su producción, apropiación legal que constituye el medio de subsistencia del Estado. Resultando que «Hacienda/*dīwān al-ǧibāyāt* es una función indispensable para el poder. Este *dīwān* se ocupa de las operaciones de recaudación. Mira por los intereses del Estado en materia de ingresos y gastos. Lleva una contabilidad de todo... basándose sobre unas normas establecidas... lo va inscribiendo en un registro donde constan por lo menudo todos sus ingresos y gastos».

Había enunciado las reglas clásicas del «buen impuesto»: justicia, estabilidad, comodidad, rentabilidad. También observó que unos impuestos ligeros estimulan la producción e incrementan el volumen total de lo recaudado. En cambio, el crecimiento de la corte y de la burocracia, implican un aumento de la fiscalidad. «Los impuestos crecen más allá de las normas de lo justo y provocan, en los súbditos, el desinterés por la producción. Estos, comparando los gastos y tasas pagadas con sus ingresos y ganancias, se desaniman, renunciando a trabajar, lo cual provoca una disminución de la renta global... Redución que induce al gobierno a incrementar la imposicón per cápita, con la esperanza de enjuagar el déficit, creando tasas sobre el comercio. Como esto también se revela insuficiente, se inventan nuevas contribuciones, llegando a gravar el paso de los peregrinos a la Meca. No bastando con esta técnica de apropiación legal de los recursos del contribuyente, el Estado se transforma en concurrente de las posibles actividades lucrativas de sus súbditos, haciéndose también agricultor y comerciante»[3].

3. Cfr. CHALMETA, «Au sujet des théories économiques d'Ibn Ḫaldūn», *R.S.O.*, LVII (1983).

Sistema andalusí

Dejando momentáneamente de lado lo percibido en especie (*'ušr* y *waẓīfa*), analicemos lo recaudado en metálico.

Durante el período omeya, al-Andalus constituyó un país musulmán «clásico» desde el punto de vista fiscal, con una tributación confesional. Habrá por tanto una imposición que grava al súbdito musulmán (*'ušr*) y otra diferente para el no-musulmán «protegido»/*ḏimmī*. Esta última se compone de capitación/*ǧizya* e impuesto territorial/*ḫarāǧ*. Sobre este esquema de base se superpondrán: 1) Los tributos extra-canónicos constituidos por los impuestos indirectos/*mukūs, rusūm 'alā l-buyū'*, etc. (que afectan a toda la población). 2) Las redenciones/*fidā'* de obligaciones militares y otras (que atañen sólo a los musulmanes). 3) La contribución censitaria/*ṭabl, ṭasq* (que únicamente deben satisfacer los *muwallad*. 4) Los *ḍarā'ib, magārim, nawā'ib* que probablemente afecten a todos los terratenientes, independientemente de su creencia.

Esta fiscalidad utiliza distintos tipos de perceptores según el objeto y el sujeto de la tributación. El diezmo o *'ušr* (percibido en especie) es remitido al *qābiḍ, 'aššār*. El *ḫarāǧ* y el *ṭabl* (después de la estimación de la cosecha/*'ibra* por el *ḫāris*) serán percibidos en metálico por los agentes del *'āmil*. La *ǧizya* era reunida tanto por un adjudicatario como por el jefe de la comunidad local (el obispo, el *qūmis*). Los impuestos indirectos son cobrados por el *makkās* o el alcabalero/*mutaqabbil*. La responsabilidad fiscal era individual (para las grandes propiedades/*ḍay'a*) o colectiva (para los miembros de las comunidades campesinas/*qarya*). Estas últimas constituían la unidad administrativa inferior de base. Esta es la teoría. Veamos ahora si los datos históricos cuadran con ella.

El diezmo/*'ušr* tiene un baremo distinto tratándose de cultivos de secano (10%) o de regadío (5%). Cuando se aplica al ganado recibe propiamente el nombre de *zakāt/ṣadaqa,* siendo del 2% para camélidos y vacuno y del 1% para los ovidos y capridos. El azaque del dinero, metales preciosos es del 2%. Esta obligación del musulmán puede recibir tres nombres —prácticamente intercambiables—: azaque/*zakāt, ṣadaqa* o *'ušr*. Nunca se emplea el plural *'ušūr* sino *a'šār* para el diezmo[4].

Por tanto hay que aclarar que son realmente estos *'ušūr,* que aparecen citados dentro de la tributación que grava —o de la que están exentas— las fincas[5]. Existían en época del emir Hišām que «suprimió los *'ušūr*

4. Cfr. FORAND, P., *Notes on «ušr» and «marks»*; CHALMETA, P., «Consideraciones sobre el establecimiento de la fiscalidad musulmana», *Res Orientales*, VI (1994).

5. *Formulario* de Ibn al-'Aṭṭār, pp. 26, 166-9, 219, 606.

[limitándose a] percibir el azaque/*qaṭa'a al-'ušūr wa aḫaḏa al-zakawāt*». Walīd b. Ganīm se niega a cobrarlos cuando el hambre del 160, mientras que Ḥamdūn b. Basīl se propone para arrendarlos. Umayya b. 'Īsā «encargaba al recaudador/*'āmil al-'ušūr* ordene a los vecinos de tal aldea que en cuanto Ibn Maṭrūḥ haya trillado, se extralimiten en percibirle [lo que adeuda de lo amontonado] en su era y que cuando bajen a Córdoba [para entregar el grano] reclamen [diciendo que aquel no ha abonado su cuota] de *'ušūr*»[6]. Estos *'ušūr* son percibidos por alcaides/*quwwād, 'ummāl* y *wulāt* o zalmedinas[7]. Son considerados una tacha o vicio/*'ayb*[8]. Ibn al Qūṭiyya los califica de abuso/*ẓulm* y engendradores de las múltiples quejas contra la actuación de los zalmedinas[9]. Dichos *'ušūr* han de ser entregados en los graneros estatales, controlados por el zalmedina[10]. Gravan la cosecha, limpia y trillada, de trigo y cebada en las eras y parece tratarse de una cantidad fija que afecta a la comunidad campesina de tal pueblo[11]. Aunque básicamente pagables en especie son susceptibles de ser exigidos en metálico[12]. No siendo individuales sino colectivos, su pago (o exención) repercute directamente sobre el resto de los co-aldeanos que se sienten escasamente proclives a cargar con obligaciones ajenas. De ahí la automática oposición campesina a este tipo de exención que afecta esencialmente a las tierras comunales, de *qarya*, no a fincas particulares/*ḍay'a*[13].

Resulta obvio que gobernante alguno es quien para eximir de una obligación religiosa, impuesta por el *Qur'ān*. Ergo las exenciones/*taḥrīr* —aunque utilizan términos que parecen referirse al impuesto canónico del azaque— están aludiendo a una tributación totalmente laica, un tanto «extra legal», púdicamente recubierta con un nombre coránico. En este sentido ha de entenderse el *taḥrīr* que va a cubrir a los tortosinos que, habiéndose quejado de lo pesado de sus *magārim,* se encuentran con que el califa al-Nāṣir suprimió sus/*asqaṭa al-zakawāt wal-ṣadaqat*[14]. Lo cual no quita para que todos los musulmanes traten de liberarse de tanto *waẓīfa, magram* y *nā'iba,* desde la de Abū l-Maḫšī, padre de Ḥassāna al-

6. Ibn Qūṭiyya, *Iftitāḥ,* pp. 42, 87-8, 94-5.
7. *Formulario*, pp. 167, 169, 599-609.
8. *Op. cit*., pp. 167, 606.
9. *Iftitāḥ,* pp. 69, 86, 95.
10. *Formulario*, pp. 167, 220; Ibn Qūṭiyya, pp. 93, 95.
11. *Formulario*, pp. 167; Ibn Qūṭiyya, pp. 95.
12. *Op. cit*., pp. 167, 219.
13. *Op. cit*., pp. 168, 600-8.
14. *Muqtabas*, V, p. 316.

Tamīmiyya[15], pasando por la de los emeritenses en 316 y de los toledanos en 320[16]. Ḫalaf b. Yaḥyā pide al califa al-Ḥakam II se le alivie de un pecho/*taḫfīf magram*[17]. En 353, al-Ḥakam II suprime los *waẓā'if* y *magārim* de los ceutíes, cargándoles al Ajarafe sevillano[18]. En 362, prohibía al jeque bereber Abū l-'Ayš b. Ayyūb «instaurar *marṣad* alguno ni cobrar a sus súbditos *itāwa, qabāla, magram* ni *rasm*»[19].

Abū Muḥammad 'Abd Allāh al-Bāǧī aduce el hadiz «un musulmán no está sujeto a *ǧizya*» para conseguir que Almanzor exima sus cortijos[20]. Lo cual, incidentalmente, supone que *ǧizya* no está utilizado en el sentido técnico de «capitación», sino en el genérico de «contribución». Aquí más concretamente de impuesto «territorial», o sea, de *ḫarāǧ* que es el utilizado en *Ḥulla* al referirse a la exención del *ḫarāǧ ḍiyā'ihi* concedida por Almanzor a Ibn al-Ḫaṭṭāb en agradecimiento a su hospitalidad.

El *Formulario* de Ibn al-'Aṭṭār nombraba varias cargas impositivas: *waẓīfa* (plr. *waẓā'if*), *magram* (plr. *magārim*), *nā'iba* (plr. *nawā'ib*), *'ušūr, ḥašd, ṣadaqa, ǧizya, ṭabl.* Trataremos —dentro de lo posible— de precisarlos.

Waẓīfa es: carga, tributo con el matiz de que suele ser pagadero en especie. Esencialmente un impuesto sobre la producción cerealista. Sospecho que los *'ušūr* deben equivaler a la *waẓīfa,* nombre genérico, del que los *'ušūr* sería la partida esencial. Avala esta hipótesis el que la *waẓīfa* es el término que aparece siempre, mientras que los de *magram* y *nā'iba* no lo hacen más que cuando se empieza a enumerar.

Magram es: obligación, deuda, tasa, pecho, contribución, multa, escote, alcabala, sisa. A título sumamente tentativo, podría aludir a los impagados o atrasados, albaquia/*baqiya* que se van arrastrando de un año fiscal para otro. Interpretación que aparece avalada por Ibn 'Iḏārī al narrar como «en 305, 'Ubayd Allāh al-Šī'ī impuso a los terratenientes/*ahl al-ḍiyā'* de Ifriqīya un pecho llamado *taḍyī'* pretendiendo que se trataba de un impagado de la tasa/*baqāyā al-taqsīṭ*»[21]. Las *waẓā'if* son *maḫzaniyya*/gubernamentales, mientras que los *magārim* son *sulṭāniyya*/reales[22]. La *nā'iba* es: contribución extraordinaria, prorrateo, derrama.

15. *Nafḥ*, V, p. 299-301.
16. *Muqtabas*, V, pp. 159, 217.
17. *Muqtabas*, VI, p. 63.
18. *Bayān*, I, p. 227.
19. *Muqtabas*, VI, p. 113.
20. Qāḍī 'Iyāḍ, *Tartīb*, VII, pp. 36-7.
21. *Bayān*, I, p. 181.
22. *Bayān*, I, p. 227.

El *ḥašd* o más exactamente su rescate en metálico/ *al-naḍḍ lil-ḥašd* es tasa de descarga de las obligaciones militares (de los musulmanes). Esta sustitución pecuniaria constituía pues la *ḍarībat al-ḥušūd wal-bu'ūṯ,* igualmente llamada *wazīfat al-nafīr*[23]. Parece haber sido instaurada, hacia 184/800, por el emir al-Ḥakam, y ser lo bastante pesada para que el emir Muḥammad hiciera de su supresión, en 238/852, su regalo de feliz advenimiento a los habitantes de la capital. En 364, el califa al-Ḥakam II comunica a los *quwwād* y *'ummāl* de las provincias que ha rebajado en un sexto el *magram al-ḥašd, al-ḥušūd* de aquel año[24]. La importancia económica de esta redención/*fidā'* es considerable y debía, probablemente, guardar una cierta relación con el montante percibido a título de *'ušr* y de *ṭabl.*

El *naḍḍ lil-ḥašd* iba seguido por el *ṭabl.* Este *ṭabl* no es otro que el antiguo impuesto territorial que pagaba el cultivador indígena. Impuesto que, tras la conversión del propietario al Islam, ha recibido una denominación nueva, sin que el montante de la tributación haya sufrido una variación sensible. Es, por tanto, el *ḫarāǧ* con otro nombre[25] y es una tasa de neo-musulmanes, de *muwallad,* en tanto que el *'ušr* constituye la tributación propia de los arabo-musulmanes.

El esquema fiscal de al-Andalus sería, por tanto, el siguiente: 1) el arabo-musulmán, que no paga más que la *zakāt/'ušr* de su producción; 2) el *ḏimmī,* que debe satisfacer el *ḫarāǧ* (calculado sobre la superficie cultivable) y la *ǧizya;* 3) el neo-musulmán, que deja de pagar la *ǧizya* pero que, en al-Andalus, continúa pagando un impuesto en función de la tierra cultivable, *ṭabl,* de una magnitud idéntica a la del *ḫarāǧ* anterior. En efecto, parece difícil aceptar que el fisco vaya a aceptar que el *muwallad* supedite la comercialización de su cosecha (para poder pagar el *ṭabl, ṭasq, ṭaqs* o *ṭaks*) a la percepción del diezmo en las eras. Ello supondría la increíble complejidad de una agrimensuración de los campos, más la medida de la cosecha, efectuada por dos equipos de agentes, pertenecientes a «administraciones» diferentes. Social y políticamente, también parece difícil hacer digerir al interesado que el cambio ideológico-jurídico-fiscal de su conversión no representase más que un cambio de nombre: *ḫarāǧ* convertido en *ṭabl* y *ǧizya* transformada en *'ušr.* Es probable, por ello, que el neo-musulmán adquiriese el *deber moral* de entregar la *zakāt* (que podía satisfacer dándola directamente como limosna a los pobres y viajeros) pero no la *obligación fiscal* de pagarla. Este cumplimiento de la

23. *Bayān*, II, p. 109; *Muqtabas*, II, p. 271.
24. *Muqtabas*, VI, pp. 207-8.
25. Chalmeta, P., «Au sujet du *ṭabl*», in *Hommage...* A. Miquel.

zakāt confiado a la buena fe de las gentes/*kāna al-nās mu'minīn 'alā mā ya'ṭūnuhu min zakāt amwālihim fīl-nāḍḍ wal-ṭa'ām wal-mawāšī wa yaqsimūn ḏālika 'alā l-masākīn* era justamente la situación que el emir 'Abd Allāh describía para el final del califato...[26].

A priori *ṣadaqa* no plantea problema: es el azaque del ganado, siendo término que, genéricamente, designa también la limosna legal. Las dificultades surgen con las *ǧizā* (que tal vez haya que leer *ǧazā'*) al estar asociadas con *ṣadaqa*. En principio, es impensable que pueda superponerse en una misma finca un status —y tributación— musulmán y otro de protegido/de *ḏimmī*[27]. Habría de ser el uno o el otro, nunca los dos simultáneamente. Ello siempre que se interprete *ǧizya* como «impuesto de capitación del protegido». Ahora bien, *ǧizya;* plural *ǧizā*, significa así mismo «renta, producto de las tierras»; lo cual sí es aceptable en términos jurídicos-fiscales aplicables a un musulmán. Es más, lo teníamos referido a los cortijos de Abū Muḥammad 'Abd Allāh al-Bāǧī, que logrará la exención del *magram ǧizyat ḍiyā'ihi*. Nombre que debe corresponder al *taḍyī' ifrīqī*[28]. A mayor abundamiento, el *Vocabulista* da *ǧazā'* como «censum».

De ser ciertas estas deducciones, tendríamos que durante el emirato-califato el terrateniente musulmán andalusí estaría sujeto a un pago similar al del antiguo tributum soli/*ḫarāǧ*. Este tributo recibiría el nombre de *ṭabl* o *'ušūr* tratándose de tierras colectivas de *qarya* y el de *ǧazā'* o *taḍyī'* tratándose de fincas particulares. ¿Cuantía aproximada de este tributo? Es probable que sea similar a la de la tasa/*taqsīṭ, ṭaqs ifrīqī*. Sabemos que, en 303, «Ubayd Allāh encargó del *ḫarāǧ* al cadi Abū Ma'mar 'Imrān que procedió a fijar la cuota/*waẓīf al-taqsīṭ* de las fincas. Tras hacer su recuento y estudiar el producto máximo y mínimo de sus *'ušūr,* sumó ambas cantidades, dividiéndolas por la mitad, [exigiendo que] cada finca tributase aquello»[29].

Posteriormente, la carta-programa-propaganda dirigida por el califa almohade 'Abd al-Mu'min a los andalusíes en 543/1148, fustigaba la fiscalidad almoravid, culpable de «haber introducido *magārim, mukūs, qabālāt, taḥǧīr al-marāsī/* secuestro portuario y otros... más una tasa equivalente al azaque que percibían para el *maḫzan...*». En cambio, «[los al-

26. *Tibyān*, p. 17.

27. Al-Ṭaḥāwī, *Šurūṭ*, I, pp. 167-183, distinguía claramente entre tierra de *ḫarāǧ* y tierra de *'ušr*. Por cierto, que denominaba a la segunda «libre/*ḥurra*» aclarando repetidas veces: *ḥurr 'ušrī, ḥurra 'ušriyya* —discutiendo de paso si la *ṣadaqa* había de ser pagada— por el comprador o el vendedor. Recogía también el distingo que «para los medineses, la tierra estaba exenta del *'ušr* por cuanto éste grava su producción, mientras que una tierra *ḫarāǧiyya* el *ḫarāǧ* recae sobre la tierra».

28. *Bayān*, I, p. 181.

29. *Bayān*, I, p. 173.

mohades] se limitaban al azaque, diezmo y prestaciones de hospedaje, alimentos, forraje, aprovisionarse sin pagar...»[30]. En 547/1152, insistirá ante las gentes de Constantina, paragonando las cargas fiscales almoravides, sus múltiples impuestos extra-canónicos: *qabālāt*, *mukūs* y *magārim* con las exclusivas *zakāt* y diezmo percibidos por los almohades[31].

Estas son las afirmaciones oficiales, pero la realidad objetiva iba por otro camino. Diversas fuentes[32] recogen que 'Abd al-Mu'min, tras su conquista de Túnez, obligó a los judíos y cristianos de la zona a islamizar o morir. Sabemos que los mozárabes granadinos fueron deportados en 1126, tras su ayuda al Batallador y, poco después se obligó a los judíos a convertirse. Post 554/1159 no quedaba —cuanto menos oficialmente— ningún *ḏimmī* en todo el Magrib y, por tanto, ningún protegido no-musulmán que hubiese de pagar por sus tierras, nadie sujeto *al ḫarāǧ*... Perfecto, pero entonces ¿cómo es que seguimos encontrando referencias al *ḫarāǧ*?

Las *farā'id mafrūḍāt* que, sincronicamente con las *zakawāt,* cobraban los almojarifes sevillanos en 557/1162[33]¿no serán un púdico eufemismo para aludir al tributum soli? Bajo Abū Ya'qūb «crecieron *al-ǧibāyāt wal-ḫarāǧāt*»[34]. «La cuantía del *ḫarāǧ* de Ifrīqiya que se le entregaba anualmente era la carga de 150 mulas»[35]. Tras la construcción de los zocos sevillanos por Abū Yūsuf, «la gente pujo por arrendar las tiendas, creciendo el producto del *ḫarāǧ*»[36]. Estas *ḫarāǧāt al-aswāq* existían en Córdoba según una fetua de Ibn Ḥamdīn (m. 521/1127)[37]. Tan pronto como repueblan Beja (570/1174) «sus moradores remitieron a la Hacienda/*dār al-išrāf* de Sevilla, la partida correspondiente a sus diezmos y alquiler de sus inmuebles/*al-ḫidma bi-a'šārihim wa kirā' ribā'ihim*»[38]. Ibn Abī Zar'[39] afirma que «El año 554/1159 [el califa 'Abd al-Mu'min] ordenó medir Ifrīqiya y el Magrib... en parasangas y millas a lo largo y a lo ancho, descontando un tercio por ser montes, bosques, ríos, salitrales, caminos y barrancos. Impuso el *ḫarāǧ* sobre los [dos tercios] restantes y obligó a cada cabila a entregar cierta cantidad de cereales y dinero. [Este califa] fue el primero

30. Ibn al-Qaṭṭān, *Naẓm*, pp. 193-4.
31. Lévi-Provençal, *Trente sept lettres...*, n. VII.
32. *Nuwayrī*, p. 211; *Kāmil*, XI, p. 242,
33. Ibn Ṣāḥib al-Ṣalā, *Mann*, p. 204.
34. *Bayān*, IV, p. 75; *Mann*, p. 353; *Mu'ǧib*, p. 183; *Rawḍ*, p. 408.
35. *Mu'ǧib*, p. 184.
36. *Mann*, pp. 485-6.
37. *Mi'yār*, VI, pp. 160-1.
38. *Bayān*, IV, p. 105.
39. *Rawḍ*, p. 396.

que hizo esto en el Magrib». Ibn al-Aṯīr[40] señala con su habitual precisión que «tras su toma de Túnez, se quedó con la mitad de los bienes y propiedades de los habitantes... que permanecieron en la ciudad pagando un alquiler/*uǧra* por la mitad [restante] de sus moradas».

Ḫarāǧ, un impuesto territorial pagado por musulmanes... A ello alude ʻAbd al-Wāḥid al-Marrākušī[41] «ʻAlī b. Yūsuf se conformaba con que se le llamase *amīr al-muslimīn* y se le pagase el *ḫarāǧ*». El colmo de la desintegración fiscal de un Estado es cuando «[En 633/1236] no había gobernador del Príncipe de los Creyentes en parte alguna, ni encargado de recaudar los impuestos, hasta el punto de borrarse por completo el sistema del tributum soli/*rasm al-ḫarāǧ* y desaparecer totalmente»[42].

De siempre el Estado ha cobrado un tributo sobre las tierras. Una fetua de ʻIyāḍ (m. 543/1149) atestigua que «en una aldea rural, las gentes pagaban *ʻušūr, fiṭra, magram al-sulṭān* y otros»[43]. Resulta evidente que en una *qarya min al-bādiyya* no caben más impuestos que los rurales. Es decir que estamos tocando una evidencia: *magram al-sulṭān = ḫarāǧ...* No hay porque espantarse, esta equivalencia ya había sido señalada por Ibn Ḥazm: «... porque los tributos/*magārim* que cobraban los diversos gobiernos [antes de Ibn Abī ʻĀmir y de la Fitna] cargaban exclusivamente sobre las tierras y, por ello, eran muy parecidos al *ḫarāǧ* que [el califa] ʻUmar impuso sobre los campos...»[44]. Según el qayrawānī al-Qābisī (m. 403/1012) «la Autoridad reclamaba que se le abonase una tasa conocida como diezmo y *ḫarāǧ/gurm yuʻrafu bil-ʻušr wal-ḫarāǧ,* cosa sabida en la zona». Siempre para Qayrawān, al-Laḫmī (m. 478/1085) fue consultado acerca del *magram al-sulṭān* exigido de una explotación agrícola. Un *ḫarāǧ al-sulṭān* gravaba la finca propiedad de un peregrino qayrawānī. Para al-Suyūrī (m. 460/1067) cuando una finca está gravada con un *ḫarāǧ ẓulm fī dīwān al-ḫarāǧ,* la exención de uno de los propietarios no afecta al otro[45]. Parece ser que las recomendaciones de tener cuidado con el *ṭabl* que hace Yaʻqūb al-Manṣūr en su lecho de muerte (595/1199) se refieren a este censo. Por cuanto Ibn Abī Zarʻ afirmaba que «todo al-Andalus, el Magrib e Ifrīqiya... obedecían a su mando, acataban sus leyes, le pagaban el *ḫarāǧ,* la *zakāt* y el diezmo y le invocaban en sus almimbares»[46]. En

40. *Kāmil*, XI, p. 242.
41. *Muʻǧib*, p. 128
42. *Bayān*, IV, p. 325.
43. *Miʻyār*, VIII, p. 70.
44. M. Asín, *Un códice inexplorado...*
45. *Miʻyār*, IX, pp. 575, 560; X, pp. 407, 417, 507-8.
46. *Bayān*, IV, p. 208; *Rawd*, p. 448.

614/1217, el Benimerín Abū Yūsuf Ya'qūb b. 'Abd al-Ḥaqq «impuso el pago del *ḫarāǧ* a las tribus magribíes que le reconocieron»[47]. Ibn Abī Zar' da como título de honra del califa Abū Ya'qūb Yūsuf que «durante su gobierno bastaron el *ḫarāǧ* sin *mukūs* ni injusticia, para hacer frente a los cuantiosos gastos estatales»[48].

Se extendieron títulos de exención fiscal, con los que las tierras quedaban libres/*ḥurra, salima* de impuestos territoriales. Sabemos los hubo durante el califato omeya y seguiran existiendo durante la época almohade.

El archiconocido texto de las *Desventuras del setabitano*, recogido por Ibn al-Ḫaṭīb[49] no ha sido correctamente analizado en sus aspectos socio-económicos. Cronológicamente se ha de situar como un poco anterior al 560/1165, refiriéndose a la situación murciana durante el gobierno de Ibn Mardanīš. Lo primero que tenemos es un agravamiento/*'uẓimat, ṯuqilat* de los *maǧārim* que se cobran inclusive sobre las tiendas de pan y artículos de primera necesidad; se impone una contribución/*mu'na* sobre ganados y mercancías. Existen derechos de boda y jolgorios/*rusūm al-a'rās wal-malāhī,* derechos reales/*ḥaqq al-irṯ*. Derechos reales que seguían vigentes dos siglos más tarde en la Granada nasrí. Donde, según una fetua de Ibn Lubb (m. 782/1381) el *nāẓir fīl-mawārīṯ* reclamaba a los herederos de un peregrino muerto en el Ḥiǧāz, un «correctivo/*ṯiqāf maḫzanī*» sobre todo el as hereditario, incluidas las donaciones a los pobres...[50]. Se exige de los montañeses prestaciones personales/*suḫra* (probablemente limpieza de foso y refección de murallas) y servicio/*ḥidma* (abastecimiento de leña, agua, acarreo de víveres) del castillo durante diez días (¿anuales?). La confiscación de los bienes del contribuyente huido a título de *rasm al-ǧālī* es una vieja práctica administrativa. Sabemos de ella por los papyri egipcios que evidencian la importancia fiscal de este problema de los *ǧawālī*. Y una fetua del valenciano Muḥammad b. 'Abd al-Malik al-Ḫawlānī (m. 304/974) confirma que, acto seguido, «la autoridad ordena a otra persona cultivar la tierra, imponiéndole el mismo tributo que el que gravaba al antiguo dueño»[51].

Pero lo más relevante es su introducción. «Un setabitano llamado... vivía del [producto] de una finquita, pero la imposición fiscal/*lāzima* superaba el provecho/*fā'id* obtenido. Estuvo pagando su impuesto hasta

47. *Ḥulal*, p. 145.
48. *Rawḍ*, p. 408.
49. *Iḥāṭa*, II, pp. 124-6.
50. *Mi'yār*, X, p. 293.
51. *Mi'yār*, VIII, p. 328.

arruinarse, [momento en el que] huyó a Murcia [abandonando su finca]...» Historia que ejemplifica un proceso económico. Imposición creciente sobre la producción agrícola, empobrecimiento del campesino que aguanta hasta que no cubre gastos. Huida del agricultor hacia actividades urbanas difícilmente controlables por el fisco. Pero ello ha supuesto un abandono del campo y, por tanto, falta de producción, que provocará la consiguiente disminución de los ingresos estatales. Con lo que entramos en el círculo vicioso descrito por Ibn Ḫaldūn: incremento de la presión fiscal, provocando el descontento y más huidas, malestar campesino que se apunta a cualquier rebelión como única opción de cambio, debilitamiento del estado...

Acabamos de describir la evolución de la economía y de la fiscalidad andalusí hasta su fase terminal. Cuando el agravamiento de la fiscalidad nasrí está tocando a vísperas de la desaparación de lo que fue el Islam andalusí.

Monedas y mercados en la Edad Media: el Mediterráneo Noroccidental (*c.* 1190-1350)

Antoni RIERA MELIS

1. Introducción

El marco geográfico de mi intervención en esta Semana de Estudios Medievales —desde Grosseto a Orihuela, con una atención especial para los territorios de la Corona Catalanoaragonesa— me fue sugerido por los organizadores; el arco cronológico lo elegí yo, en cambio, libremente. Opté por el período comprendido entre 1194 y 1348, desde la irrupción de los Staufen en el Mediterráneo central hasta la Peste Negra, una época caracterizada por el crecimiento demográfico, la expansión económica, la diversificación social y la innovación tecnológica. Entre finales del siglo XII y mediados del XIV —cuando, según Roberto Sabatino Lopez[1], se produjo el despegue de la «revolución comercial medieval»— la moneda desempeñó un papel decisivo en las economías urbanas y rurales de los numerosos estados de la cuenca occidental del Mare Nostrum, donde el alza gradual de la oferta de metales preciosos, el aceleramiento de la circulación monetaria y el desarrollo del crédito permitieron atender la demanda creciente de numerario.

Esta bonanza comercial y liquidez monetaria se prolongaron hasta 1337, cuando estalló la Guerra de los Cien Años, un conflicto que sometió las finanzas francesas e inglesas a una tensiones sin paralelo en el pasado. Esta larga e intensa contienda coincidió, por otra parte, con una caída de la oferta de plata en Europa, con el bloqueo, como consecuencia del hundimiento de los estados mongoles, del comercio directo con el Asia oriental y con la Peste negra, que diezmó, en pocos años, la po-

1. *La revolución comercial en la Europa Medieval*, Barcelona, 1981, pp. 93-182; IDEM, «El Comercio de la Europa medieval: el Sur», *Historia Económica de Europa de la Universidad de Cambridge*, dir. M. Postam y E.E. Rich, II, Madrid, 1967, pp. 367-404.

blación del Viejo Continente. La coincidencia de estos cuatro procesos acabó por provocar una brusca contracción de la demanada interna y una prolongada crisis monetaria, que repercutieron fuertemente en las economías occidentales[2].

2. El retorno al bimetalismo (*c*. 1190-*c*. 1300)

La reactivación de los intercambios había provocado en Occidente, desde finales 1100 aproximadamente, un incremento de la circulación monetaria. La demanda de plata había sido atendida básicamente mediante la acuñación de los stocks congelados durante la Alta Edad Media. A partir de mediados del siglo XII, en cambio, un conjunto de descubrimientos sucesivos de filones generó un alza gradual de la oferta de metal blanco, que se prolongó hasta 1320 aproximadamente.

a) *El incremento de la oferta de plata*

Aunque los descubrimientos más rentables se efectuaron en la Europa Central, la «nueva plata»[3] acabó por estimular las economías del Mediterráneo occidental. La serie de los descubrimientos se había iniciado, hacia 1170, en Freiberg, en Sajonia, y en Montieri, en Toscana. Los derechos de las nuevas explotaciones cisalpinas enriquecieron a los obispo de Volterra y al común de Siena[4]. Unas décadas más tarde, hacia 1190, se iniciaron las extracciones de galena argentífera en Friesach, en los confines de Estiria y Carintia, en los Alpes orientales.

El lucrativo descubrimiento de nuevos yacimientos provocó una reacción en cadena, una auténtica fiebre de plata a escala de Occidente. La búsqueda dio resultados positivos, después de 1220, en Jihlava, en Moravia, y en Iglesias, en Cerdeña. Estas últimas minas estaban asentadas en el sector suroccidental de la isla, en el àrea de influencia pisana. Su producción, de una magnitud suficiente para alimentar un tráfico inter-

2. Para una visión detallada de la depresión económica de la segunda mitad del siglo XIV siguen siendo imprescindibles, a pesar de su tendencia a magnificar los efectos, R.S. LOPEZ, «El comercio: el Sur», pp. 427-447; y B.Z. KEDAR, *Mercanti in crisi a Genova e Venezia nel '300*, Roma, 1981.

3. Como la designa Peter SPUFFORD en su magnífica monografía *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Barcelona, 1991, pp. 147-175.

4. W. BOWSKY, *The Finances of the Commune of Siena 1287-1355*, Oxford, 1970, pp. 24-24 y 62-63. P. SPUFFORD, *Dinero y moneda*, pp. 154-156.

nacional, provocó una fuerte expansión económica en el distrito y aceleró el crecimiento urbano de Iglesias, dos procesos coetáneos e indisociables que pueden seguirse con detalle a partir del corpus documental de Carlo Baudi de Vesme[5] y de la reciente monografía de Marco Tangheroni[6].

Como ha subrayado el profesor John U. Nef, entre 1160 y 1320, hubo pocas décadas en las que no se incrementara la producción de plata en Europa[7]. Esta alza de la oferta de metal blanco se produjo, por otra parte, en un contexto muy favorable, caracterizado por la expansión demográfica, el crecimiento de la producción agraria, la reactivación de los intercambios comerciales, el despertar de la manufactura urbana, la renovación de la tecnología y la emergencia de una mentalidad económica más dinàmica que la vigente durante la Alta Edad Media.

El despegue de las tareas extractivas provocó, durante el siglo XIII, una multiplicación de los mineros en muchas regiones de Europa. La minería era una actividad arriesgada que exigía, además de fuerza física, el dominio de unas técnicas específicas. En los filones trabajaban, por cuenta propia o como asalariados de compañías, hombres de extracción social humilde, que no disponían de tiempo para cultivar los campos, pero que podían llegar a disfrutar, si la suerte les acompañaba, de una notable solvencia económica. Estos profesionales, cuando daban con una veta rentable, tendían a resarcirse del duro trabajo cotidiano con un comsumo elevado de alimentos y de artículos manufacturados, que pagaban directamente con parte de la producción. Hacia los poblados mineros afluían, pues, mercaderes de muy diversa procedencia, con todo tipo de artículos de consumo, desde cereales y vino a paños e instrumental férrico. Los cargamentos de vuelta consistían casi exclusivamente en lingotes o moneda de plata.

Los grandes beneficiarios de la explotación de los filones, en la Europa central, no eran, sin embargo, los mineros, sino los titulares de los derechos fiscales o de la propiedad de la tierra, que se quedaban con a una parte del mineral extraído, que solía consistir en el 10%[8]. La insólita opulencia de los reyes de Bohemia, de los arzobispos de Salzburgo o de los margraves de Meissen se apoyaba, en gran parte, en los impuestos paga-

5. El *Codex Diplomaticus Ecclesiensis*, Turín, 1877.

6. *La città dell'argento*, Nápoles, 1985.

7. «La minería y la metalurgia en la civilización medieval», *Historia Económica de Europa de la Universidad de Canbridge*, II, pp. 549-552.

8. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 171-172.

dos por los mineros en sus respectivas circunscripciones jurisdiccionales. En Toscana y Cerdeña, donde los yaciminetos eran explotados por compañías, el grueso de la producción se lo reservaban los socios, entre los que preponderaban los miembros de la alta burguesía. Tanto las jerarquías nobiliarias y eclesiàsticas germànicas como el patriciado urbano toscano utilizaban los artículos de lujo como indicadores de rango; manifestaban su poder con un consumo creciente de paños finos, joyas, especias, armas y pieles.

Una parte importante de la plata extraída era captada, pues, en las áreas de producción por comerciantes especializados, que la distribuían, mediante compras e inversiones, por los principales mercados internacionales. El metal precioso no se esparcía, sin embargo, de una forma equilibrada por las diversas regiones de Occidente: la magnitud de los contingentes puestos en circulación variaba según las rutas. La plata centroeuropea vitalizaba especialmente dos itinerarios, uno meridional, que conducía a Venecia, y otro occidental, que se dirigía a Champagne y Flandes por Renania. En Troyes, Provins, Lagny y Bar-sur-Aube se articulaban, desde mediados del siglo XII, los circuitos comerciales del Mar del Norte y de Germania con los del Mediterráneo occidental. Después de 1280, el centro regulador del gran comercio internacional tendió a desplazarse hacia el norte, hacia Brujas y los otros núcleos manufactureros flamencos[9]. Las viejas ciudades feriales iniciaron su ocaso, transformándose de emporios comerciales en centros financieros[10]. Los avances de la náutica y la colonización castellana del Bajo Guadalquivir permitieron a los genoveses y a los mallorquines abrir, antes de 1290, una vía de acceso a Flandes por el estrecho de Gibraltar[11]. La nueva ruta marítima

9. G. Sivéry, *L'économie du Royaume de France au siècle de Saint Louis*, Lille, 1984, pp. 265-293.

10. *Ibidem*, pp. 228-245.

11. La presencia de embarcaciones genovesas en los puertos del Canal de la Mancha está documentada desde 1277 [R. Doehaerd, *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont d'après les archives notariales génoises, aux XIIIe et XIVe siècles*, I, Bruselas-Roma, 1941, pp. 223-224]. Los funcionarios de aduanas registran, en 1281, la primera escala de un bajel mallorquín en Londres [Public Record Office, E 122, 68/2]; desde este año, las galeras baleares frecuentarán los puertos ingleses, junto con las ligures y venecianas [R.S. Lopez «Majorcans and Genoese on the North Sea route in the Thirteenth Century», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XXIX (Bruselas, 1951), pp. 1163-1179. A. Lewis, «Northern European Sea-Power and the straits of Gibraltar», *Order and Innovation in the Middle Ages. Essays in honor of Joseph R. Strayer*, Princeton, 1976, pp. 139-164. D. Abulafia, «Les relacions comercials i polítiques entre el Regne de Mallorca i Anglaterra», *XIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, Comunicacions III, Palma de Mallorca, 1990, pp. 69-79].

redujo gradualmente la circulación de mercancías por los antiguos caminos que conectaban el Bajo Languedoc con los valles del Sena y del Escalda[12], relegándolos a un segundo plano.

La plata centroeuropea que llegaba a las Ferias de Champagne o a Flandes no se remansaba en estas dos áreas: una parte se difundía por Francia, mediante compras de alimentos básicos; otra era captada por la Hansa, que la distribuía por el Báltico, a cambio de cereales, pieles y conservas de pescado; otra se dirigía hacia Inglaterra, de donde provenía la lana de calidad utilizada por los menestrales textiles flamencos; y otra se encaminaba hacia el Mediterráneo occidental, como contrapartida de los cargamentos de especias, colorantes textiles, alumbre, sal, cueros, frutos secos y arroz aportados por los hombres de negocios italianos, catalanes y occitanos. Mientras la llegada de los mercaderes renanos provocaba un incremento de la oferta monetaria en las Ferias de Champagne y en las plazas flamencas, la partida de los comerciantes mediterráneso sumía ambas áreas en una transitoria escasez de numerario[13].

La plata que circulaba por la cuenca occidental del Mediterráneo procedía, pues, tanto de los yacimientos toscanos y sardos como de las minas de Europa Central. El metal transalpino llegaba a Venecia, por Ratisbona o Viena, y a Génova, Lucca, Siena, Florencia, Barcelona o Montpellier, desde las Ferias de Champagne o las ciudades flamencas.

Italia septentrional, Cataluña y el Languedoc tampoco eran, sin embargo, el destino final de la plata toscana, sarda y germánica: mientras una parte penetraba efectivamente en los circuitos interiores de estas regiones y contribuía a acelerar los intercambios, otro contingente era reexportado, desde finales del siglo XII, a ultramar. Los hombres de negocios italianos, catalanes y occitanos, para poder adquirir especias, sedas, colorantes textiles, alumbre y algodón, en Romania, Siria y Egipto, o lana, cueros, azúcar, marfil, cera y esclavos negros, en el Magreb, tenían que desprenderse de una parte de sus reservas argénteas.

12. J. Combes, «Transports terrestres à travers la France central à la fin du XIVe siècle et au commencement du XVe», *XXIXe Congrès de la Fédération Historique du Languedoc Mediterranéen et du Roussillon*, Montpellier, 1957, pp. 43-47. R.H. Bautier, «Recherches sur les routes de l'Europe Médiéval. I: De Paris et des Foires de Champagne à la Méditerranée par le Massif Central», *Bulletin Philologique et Historique* (Bruselas, 1961), pp. 111-126.

13. R. de Roover, *Money, Banking and Credit in Medieval Bruges*, Cambridge, Mass., 1948, pp. 66-67. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 189.

b) *El alza de las acuñaciones de vellón*

La explotación de los nuevos yacimientos argentíferos y la destesaurización de la plata vieja provocaron, desde finales del siglo XII, un rápido crecimiento de las acuñaciones de vellón en todo el Occidente. Aunque el metal blanco continuó circulando profusamente en barras o lingotes, el crecimiento de los intercambios provocó una fuerte sed de numerario. Los poderes públicos, para atender la ascedente demanda monetaria, estimularon la actividad en las cecas ya existentes y crearon otras nuevas.

La minas de Montieri permitieron, además de la reactivación de la antigua ceca de Lucca, el establecimiento, entre 1151 y 1290, de nuevos centros de emisión en Pisa, Volterra, Siena, Arezzo y Florencia. La entrada en producción de los yacimientos sardos, en el área de influencia pisana, significó, desde 1240, un nuevo estímulo para las acuñaciones monetarias en Toscana[14]. La afluencia de plata germánica y cisalpina provocó también una multiplicación de cecas en el valle del Po: a las tres preexistentes —Milán, Pavía y Verona— se les sumaron las de Asti, Piacenza, Cremona, Brescia, Ferrara y Mantua, durante la segunda mitad del siglo XII, y las de Vercelli, Alejandría, Tortona, Bérgamo, Lodi, Parma, Módena y Vicenza, en la primera mitad de la centuria siguiente[15].

A partir de un determinado nivel de actividad, resultaba más práctico y rentable, sin embargo, concentrar las acuñaciones en unas pocas cecas, grandes y bien controladas. A fin de reducir riesgos y facilitar la disfusión de las acuñaciones, los poderes públicos tendieron a establecer estas factorías junto a las minas y en las principales ciudades hacia las que afluía el metal. La mejora de las comunicaciones y la centralización progresiva del poder político incidieron también positivamente en esta transformación. En Toscana, los dineros de Pisa se impusieron como moneda principal hacia 1200.

La llegada de la plata mediterránea y ultralpina provocó, en el Languedoc marítimo, una inusitada actividad en la ceca de Melgueil, controlada, hasta la incautación pontificia de 1211, por los condes de Tolosa[16].

14. D. Herlihy, «Pisan coinage and monetary development of Tuscany, 1150-1250», *American Numismatic Society Museum Notes*, VI (1954), pp. 143-168. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 246-247.

15. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 248-249.

16. A quienes la Santa Sede privó de sus derechos por el apoyo prestado a sus súbditos albigenses, frente a la ofensiva lanzada por Simón de Montfort contra las estructuras políticas de Occitania: J. Baumel, *Histoire d'une seigneurie du Midi de la France*, II, Montpellier, 1971, p. 48.

Los dineros melgoreses no sólo se convirtieron en la moneda oficial de la gran plaza mercantil y manufacturera de Montpellier, sino de todo el Bajo Languedoc: su éxito provocó el cierre, a finales del siglo XII, de las cecas de Béziers, Carcasona, Uzés, Nîmes y Saint-Gilles. La infeudación del condado de Melgueil al obispo de Maguelonne, en 1215, por Inocencio III[17] y la cesión, en 1218, de una parte de los derechos de acuñación por la mitra a Jaime I[18] contribuyeron a reforzar el prestigio de la moneda melgoresa, que, durante el siglo XIII, además de desplazar casi íntegramente de la circulació al numerario narbonés, atravesó los Pirineos occidentales, expandiéndose por Cataluña, Mallorca[19] y Valencia. En 1273, Jaime I y el obispo Berenguer de Frédol, para incrementar la afluencia de plata hacia la ceca de Melgueil, pactan una sensible reducción de los derechos de acuñación[20]; el soberano aragonés se compromete, además, a permitir la circulación de la moneda de Melgueil en todos sus dominios[21]. Jaime II de Mallorca, cuatro años después, ratificará el citado acuerdo, cuya validez quedará restringida, sin embargo, a los territorios sometidos a su jurisdicción: el señorío de Montpellier, los condados del Rosellón y la Cerdaña y el archipiélago balear[22]

La conquista de una parte considerable de los dominios de los Plantagenet por Felipe Agusto colocó, hacia 1205, bajo su autoridad la ceca de Tours, cuyos dineros circulaban profusamente por la Francia central. Los monarcas franceses no intentaron imponer el numerario parisino en los territorios incorporado; continuaron las acuñaciones de moneda tornesa, que, convertida en real, se impuso en las regiones situadas al sur del Loira. En la Corona Catalanoaragonesa, las acuñaciones tendieron a concentrarse en las cecas reales de Barcelona y de Jaca. Las conquistas del archipiélago balear y del Reino de Valencia obligaron, sin embargo, a Jaime I a establecer, en 1247, un nuevo centro emisor en la ciudad del Turia, para atender las necesidades de numerario de los «repobladores».

17. *Ibidem*. F. Pares, «La douane au temps des royaumes d'Aragon et de Majorque en Roussillon», *Bulletin de la Société Agricole, Scientifique el Littéraire des Pyrénées-Orientales*, LXIII (Perpiñán, 1958), p. 145. E. Fournial, *Histoire monétaire de l'Occident médiéval*, Paris, 1970, p. 175.

18. J. Baumel, *Histoire d'une seigneurie*, II, pp. 131-132.

19. R. Soto, «Aproximació a l'estudi de la circulació de moneda a Mallorca després de la conquesta (1236-1276)», *Symposium numismático de Barcelona*, II, Barcelona, 1979, pp. 388-398.

20. Que pasan de 6 a 2 dineros por marco, para la mitra, y de 4 dineros a 2 dineros por marco, para el soberano.

21. Archives Municipals de Montpellier —en adelante, AMM—, Gran Chartrier, armario E, caja 7, doc. 2349.

22. AMM, Gran Chartrier, armario E, caja 7, doc. 2352.

Las nuevas cecas, a diferencia de los primitivos talleres, eran auténticas fábricas. Disponían de amplios edificios, donde trabajaban numerosos menestrales especializados, bajo la dirección de hombres de negocios con una larga experiencia en el manejo del dinero. Estos empresarios ponían sus conocimientos al servicio de los gobernantes, que les cedían en arriendo las acuñaciones. Los concesionarios de las cecas supervisaban y coordinaban el trabajo de los monederos, que trabajaban a cambio de un salario[23].

De las grandes cecas surgieron, pues, las monedas regionales, unos tipos de numerario que franqueron ampliamente, por su regularidad en peso y en ley, los límites de las respectivas circunscripciones administrativas y cuyo éxito provocó el cierre, en amplias áreas, de numerosos talleres locales.

Inicialmente estas monedas regionales eran de vellón, con una ley inferior a los 6 dineros, al 0,50, y un peso del orden de 1 gramo. En 1251, los dineros torneses, con una talla de 18 sueldos y 1 dinero por marco de Troyes y una ley de 4 dineros menos una *pugesa*, pesaban 1,127 gramos y su fineza era del 0,312[24]. Desde 1261, la moneda melgoresa, con una ley idéntica a la del numerario tornés, pesaba un poco menos, 0,996 gramos, al acuñarse 20 sueldos por marco de Montpellier[25]. Esta ligereza excesiva no debió de complacer plenamente a los usuarios, puesto que el monarca aragonés y el obispo de Maguelonne, en 1273, manteniendo la fineza, rebajan la talla a 18 sueldos y 9 dineros por marco[26], elevando el peso del dinero a 1,062 gramos.

El dinero de vellón barcelonés experimentó entre 1180 y 1280 numerosas alteraciones, como consecuencia de las fluctuaciones de los superávit argénteos exteriores, del crecimiento de la demanda monetaria interior y de las dificultades financieras de los diversos monarcas. Entre 1180 y 1196, Alfonso el Casto batió en Barcelona moneda de cuaterno[27], de ley de 4 dineros, con una talla de 44 sueldos por marco[28] de plata; sus

23. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 252-253. Véase también *infra*, pp. 209 y 210.

24. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 71.

25. J. Beaumel, *Histoire d'un seigneurie*, II, p. 132.

26. AMM, Gran Chartrier, armario E, caja 7, doc. 2349. J. Baumel, *Histoire d'un seigneurie*, II, pp. 132-133.

27. Arxiu de la Corona d'Aragó —en adelante, ACA—, Cancelleria —en adelante, C—, reg. 2, fol. 47r.; Pergamins, Alfons I, extra inventario, n. 2602. Ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, Barcelona, 1976², III, doc. 2, p. 240.

28. El peso del marco de Barcelona ha constituido, hasta muy recientemente, un problema abierto, puesto que los especialistas discrepaban acerca de su cuantía. Mientras J. Botet [*Les monedes catalanes*, II, p. 18] había propuesto, en 1909, un peso de 234,274 gramos,

dineros pesaban, pues, 1,331 gramos y su fineza era del 0,333[29], magnitudes que, en la fase final de su reinado, compartieron las monedas de curso legal en sus otros dos estados, Aragón y Provenza[30].

En la tercera década del siglo XIII, Cataluña atravesará una importante crisis monetaria, cuando Jaime I, en 1222, presionado por las deudas, decide rebajar la ley del numerario barcelonés, que pasa de 4 a 2 dineros[31], del 0,333 al 0,166. Al establecer que 12 dineros de los viejos equivaldrían a 18 de los nuevos y no a 24, como correspondería por sus respectivos valores intrínsecos, el soberano consiguió saldar sus deudas en una condiciones privilegiadas, a costa de generar, sin embargo, graves perjucios a los prestamistas y despretigiar la nueva moneda. El recelo suscitado por el dinero *doblenc* entre pequeños comerciantes, menestrales y estamentos populares favoreció la penetración, en el segundo cuarto de la centuria, de la moneda melgoresa en el mercado interior catalán.

En un contexto económico mucho más favorable, Jaime I, en 1247, crea una nueva moneda, para atender las necesidades de numerario de los pobladores de las tierra nuevas. A la hora de crear el real valenciano, los asesores del monarca optaron por la ley de tres dineros y establecieron la talla en 18 sueldos por marco[32] para los dineros y en 20 sueldos para los óbolos[33]. Las nuevas monedas, que circularían con carácter obligatorio y exclusivo por los Reinos de Valencia y de Mallorca, pesaban, pues, 1,101 gramos los dineros y 0,991 gramos los obolos, y su fineza era del 0,250. El soberano, para agilizar su curso, ordenó que se establecie-

E. Fournial [*Histoire monétaire*, p. 168] se inclinaba, en 1970, por otro ligeramente inferior, de sólo 233,333 gramos. Recientemente M. Crusafont [*Pesals monetaris de la Corona Catalanoaragonesa*, Barcelona, 1999, pp. 48-52], después de examinar detenidamente la cuestión, se ha decantado por la hipótesis de Joaquim Botet y propone como magnitud más aceptable la de 234,27 gramos, cuantía que utilizaré en todos mis cáculos.

29. ACA, C, reg. 2 fol. 47 r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 2, p. 240.

30. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 28. M. Crusafont, *Història de la moneda catalana*, Barcelona, 1996, p. 76.

31. *Rubriques de Bruniquer. Ceremonials dels Magnífichs Consellers y Regiment de la Ciutat de Barcelona*, IV, Barcelona, 1915, p. 129. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 38. M. Crusafont, *Història de la moneda catalana*, pp. 76-78.

32. El marco de Valencia pesaba 237,988 gramos [M. Crusafont, *Pensals monetaris*, p. 54].

33. Arxiu Municipal de València, perg. 13; ed. A. Huici y M.D. Cabanes, *Documentos de Jaime I*, II, Zaragoza, 1976, doc. 458, pp. 258-259. El numerario de terno valenciano ha sido analizado por J. Botet [*Les monedes catalanes*, II, pp. 47-48] y O. Gil [*Historia de la moneda española*, Madrid, 1976, p. 284].

sen oficinas de cambio en todas las ciudades y villas de los Reinos de Valencia y Mallorca para que los particulares, en el plazo de cuarenta días, pudieran reconvertir sus reservas de numerario, de acuerdo con las equivalencias siguientes:

16 dineros melgoreses	12 reales
15 dineros jaqueses	12 reales
15 dineros torneses	12 reales
18 dineros barceloneses	12 reales
1 morabetino alfonsino	6 sueldos de reales
1 mazmodina *yucifia*	4 sueldos de reales
1 mazmodina *contrafacta*	3 sueldos 6 reales
2 dineros genoveses	1 real
2 dineros de Marsella	1 real
1 dinero *grosso* genovés	3 reales

Pasado el término establecido, las deudas contraídas en cualquier tipo de moneda se reintegrarían en reales de Valencia, de acuerdo con el cambio vigente en la plaza en el momento de efectuarse el pago[34]. El numerario de terno valenciano fue confirmado a perpetuidad, en 1265, por Jaime I en una sesión las Cortes valencianas[35], en la que los representantes de los estamentos le concedieron, a cambio de no alterar las características del mismo, el pago, cada siete años, de un impuesto específico, el monedaje.

El dinero *doblenc* barcelonés tuvo unos efectos inmediatos muy negativos pero, a medio plazo, permitió al Concejo adquirir un cierto control sobre las futuras acuñaciones. Presionado por los estamentos intermedios catalanes, Jaime I decidió corregir su error: en agosto de 1258,

34. Archivo del Reino de Valencia —en adelante, ARV—, Libro III Enajenaciones, fol. 97 r. Ed. J. BOTET, *Les monedes catalanes*, III, doc. 7, pp. 257-258; A. HUICI y M.D. CABANES, *Documentos de Jaime I*, II, doc. 459, pp. 260-262.

35. *Per nos et omnes heredes et successores nostros qui pro tempore fuerint statuimus imperpetuum, ex certa sciencia, et concedimus vobis, probis hominibus ac civibus et habitatoribus omnibus civitatum et regnorum predictorum, presentibus et futuris, et promitimus et obligamus nos et successores nostros vobis et successoribus vestris imperpetuum quod presens moneta regalium Valentie, sub eisdem forma, rotunditate, figura, pondere atque lege, quam nomine nostro cudi fecimus et formari, in sua omnimoda firmitate, secundum quod nunc est, currat imperpetuum publice et permaneat atque duret in civitatibus et regnis predictis: ita ut quod neque a nobis et heredibus vel successoribus nostris destrui valeat vel permutari* [ARV, Aureum Opus, fol. 19 r.; ed. J. BOTET, *Les monedes catalanes*, III, doc. 8, pp. 259-260].

inició la acuñación de un nuevo tipo de numerario en la ceca de la ciudad condal. El nuevo dinero barcelonés se alineó en ley, 3 dineros, y en talla, 18 sueldos por marco, para los dineros, y 20 sueldos, para los óbolos[36], con el real de Valencia. El marco de Barcelona era, sin embargo, ligeramente inferior al de Valencia[37], de ahí que el nuevo dinero, pesara un poco menos que el real, 1,084 gramos exactamente. El monarca, en el acta de creación[38], acepta una larga serie de compromisos: privar de curso legal al dinero melgorés y a cualquier otro tipo de numerario en los condados de Barcelona, Rosellón, Cerdaña, Conflent y Vallespir, área donde correrá con carácter exclusivo el nuevo numisma; mantener a perpetuidad sus características originarias, encargar la supervisión de las futuras acuñaciones a dos prohombres elegidos por el Concejo y no batir más que las cantidades necesarias, negociadas previamente con el obispo y los ediles barceloneses. Este control de los poderes locales sobre el funcionamiento de la ceca conferirá una notable establidad a la moneda de terno catalana. Para evitar dificultades en las transacciones y los préstamos, se estableció un cambio oficial para el viejo numerario *doblenc*, que continuaba circulando: por cada 3 dineros antiguos se pagarían 2 nuevos[39]. A fin de facilitar su difusión, Jaime I se compromete, en 1260, a recaudar sus derechos exclusivamente en moneda barcelonesa y a potenciar su circulación en el área delimitada en el acta de creación[40], que no incluía los distritos de Lérida y Tortosa. Su uso avanza, sin embargo, con gran lentitud en el Rosellón y la Cerdaña, por donde corren en abundancia los dineros melgoreses. El infante Pedro, lugarteniente de Cataluña, reitera, en octubre de 1271, que el nuevo numerario de vellón, tal como se estableció en el acuerdo sucesorio de 1262[41], debe

36. Han analizado la reforma del dinero barcelonés, entre otros, J. Botet [*Les monedes catalanes*, II, p. 40]; F. Mateu [*La moneda española*, Barcelona, 1946, pp. 176-177]; O. Gil [*La moneda española*, pp. 226-228]; y M. Crusafont [*La moneda catalana*, pp. 87-79].

37. Véase *supra*, p. 200, nota 28, y p. 201, nota 32.

38. ACA, C, reg. 9, fol. 64 r.; reg. 24, fols. 69r.-70r.; Pergamins, Jaume I, n. 1554. Ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III; doc. 4, pp. 244-246; A. Huici y M.D. Cabanes, *Documentos de Jaime I*, IV, Zaragoza, 1982, doc. 1033, pp. 124-126.

39. ACA, C, reg. 9, fol. 60r., y reg. 11, fol. 229 r.; ed. J. Salat, *Tratado de las monedas labradas en el Principado de Cataluña*, II, Barcelona, 1818, doc. 12.

40. ACA, C, Ciutat de Barcelona, perg. 147; ed. A. Aragó y M. Costa, *Privilegios reales concedidos a la ciudad de Barcelona*, Barcelona, 1971, nº 10, pp. 3-4.

41. Con el que Jaime I, depués de seis proyectos sucesivos de división territorial, intentó cerrar definitivamente la cuetión sucesoria planteada entre sus dos únicos descendientes masculinos, los infantes Pedro y Jaime. El acuerdo, editado por M. de Bofarull [*Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, XXIX, Barcelona, 1866, pp. 8-15], ha sido analizado por A. Lecoy de la Marche [*Les relations politiques de la*

circular con carácter exclusivo en Perpiñán[42], a pesar de que la ciudad estuviera ubicada en uno de los territorios que, a la muerte del Conquistador, se segregarían de la Corona de Aragón para constituir la Corona de Mallorca. El curso preceptivo de la moneda barcelonesa en los dos condados pirenaicos será ratificado en el acuerdo de Perpiñán, suscrito, en 1279, por Pedro el Grande y Jaime II de Mallorca[43]. La ruptura de relaciones, durante la primera fase de la Guerra de las Vísperas Sicilianas, y el paso, en 1285, de una hueste francoangevina, camino del Ampurdán, provocarán que los dineros melgoreses y torneses reemplacen casi por completo al numerario catalán en los distritos pirenaicos del Reino de Mallorca. Por esta época, Pedro el Grande, para atajar el desorden monetario introducido en la Cataluña Vieja por la irrupción de los cruzados, establece, durante el asedio de Gerona, que las monedas extranjeras de uso más frecuente en el Principado se cambiarán de acuerdo con las equivalencias siguientes[44]:

1 dobla *d'almir*	15 sueldos
1 dobla *rexadia*	14 sueldos 6 dineros
1 dobla castellana	14 sueldos 6 dineros
1 augustal	14 sueldos
1 florín	11 sueldos
1 morabetino	10 sueldos 6 dineros
1 tornés de plata	13 dineros y óbolo
1 melgorés de plata	12 dineros y óbolo

Los condes-reyes, hasta finales del siglo XV, no acuñarán ningún otro tipo de moneda de vellón en el Principado. El dinero de terno, con el paso del tiempo, sólo experimentará ligeras disminuciones de su valor intrínseco, por rebaja de ley o de peso.

France avec le Royaume de Majorque, I, París, 1892, pp. 108-113]; F. Soldevila [*Pere el Gran: l'Infant*, I, Barcelona, 1950, pp. 111-114]; y por mí mismo [*La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca en el primer cuarto del siglo XIV. I: Las repercusiones arancelarias de la autonomía balear (1298-1311)*, Madrid-Barcelona, 1986, pp. 31-34 y 49-76].

42. Archives Municipales de Perpignan —en adelante, AMP—, Livre Vert Mineur, fols. 31v-32r.

43. Publicado por M. Bofarull [*Colección de documentos del Archivo de la Corona de Aragón*, XXIX, pp. 119-124] y por A. Lecoy de la Marche [*Les relations de la France avec Majorque*. I, doc. 27, pp. 446-449]. Para un análisis detenido del mismo, véase A. Riera Melis, *La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca*, pp. 32-34.

44. ACA, C, reg. 57, fol. 150r. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, pp. 71-72.

En 1259, Jaime I reformó también al alza el dinero jaqués. Las Cortes de Monzón le autorizaron a batir moneda de tres dineros de ley, y de 72 sueldos por marco de plata de talla, los dineros, y 82 sueldos, los óbolos[45]. El nuevo numerario tenía un valor intrínseco idéntico al del barcelonés[46]. El Conquistador, en la década central del siglo XIII, uniformó, pues, las tres monedas reales de vellón de la Corona Catalanoaragonesa.

Características de los principales
dineros de vellón de mediados del siglo XIII

Ceca	*Año de emisión*	*Ley*[47]	*Peso*	*Área de circulación*
Tours	1251	0,312	1,127	Francia central y meridional
Montpellier	1273	0,312	1,062	Bajo Languedoc y Cataluña
Valencia	1247	0,250	1,101	Valencia y Mallorca
Barcelona	1258	0,250	1,084	Cataluña Vieja

Debido a su escaso valor, estas monedas regionales de vellón sólo eran aptas para las pequeñas transacciones cotidianas en los mercados locales. Fue este tipo de numerario el que permitió la irradiación de la moneda desde la ciudad al campo: con él se pagaban los salarios a los menestrales, se compraban los alimentos y los artículos manufacturados corrientes tanto en las plazas de las villas como en los mercados rurales, se recaudaba una parte creciente de las rentas de la tierra. El dinero de vellón circulaba, pues, tanto entre los mercaderes y los artesanos como entre los payeses y los señores.

c) *La aparición de monedas fuertes de plata*

La monetización creciente de la economía y la sustitución de los numerosos talleres locales por las escasas y bien equipadas cecas regionales, además de permitir un aumento de las emisiones y de conferir mayor estabilidad a las especies tradicionales, acabaron por provocar un cambio cualitativo en los numerarios occidentales. De las cecas-fábrica surgieron nuevas monedas de plata, más fuertes que los antiguos dine-

45. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, pp. 45-46. F. Mateu, *La moneda española*, p. 178.
46. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 78.
47. De plata fina, de 11,5 dineros, no de plata pura.

ros de vellón. Este cambio, en el ámbito del Mediterráneo occidental, se desarrolló gradualmente a lo largo del siglo XIII, a tenor de las necesidades económicas de cada una de las diversas regiones.

El cambio de planteamientos monetarios se inició en la Italia septentrional. Las causas de esta precocidad son diversas: la regiones comprendidas entre el Tíber y los Alpes constituían, entonces, el área económicamente más avanzada de Europa, hacia la que afluía una parte considerable de la plata nueva; la ley de los dineros de vellón tradicionales había experimentado, durante la Alta Edad Media, una caída, en estas regiones, sin paralelo en el resto de Occidente.

Los devaluados dineros de vellón se habían convertido en un instrumento de pago poco idóneo para las compras de inmuebles y las operaciones mercantiles. El auge del gran comercio, de la urbanización y del marcado de la tierra exigían monedas más fuertes. La Cuarta Cruzada creó la coyuntura propicia para el cambio monetario. En 1201, los cruzados, procedentes en su mayor parte de la Europa central, alquilaron en Venecia las embarcaciones que les trasladarían a Palestina, comprometiéndose a pagar 85.000 marcos de plata. El armamento de una gran flota requería el trabajo conjunto de numerosos expertos, presuponía el pago de un gran número de pequeñas sumas a muchos perceptores, en cantidades fácilmente divisibles. Para acelerar los pagos a los proveedores y a los menestrales del arsenal, el dogo Enrico Dandolo —según el cronista Martino da Canale[48]— decidió acuñar una moneda mucho más fuerte que el numerario de vellón, los *grossi*, de buena ley, parecidos a los «hiperperos» bizantinos de finales del siglo XII.

El *grosso* veneciano o «matapán», que valía 24 dineros de vellón, pesaba 2,18 gramos y su ley era del 0,965, magnitudes sin paralelo en la Europa coetánea[49]. La otra ciudad-república marinera, Génova, adoptó la moneda gruesa de plata pocos años después: la primera referencia documental data de 1222[50], aunque investigaciones recientes tienden a rebajar la fecha de emisión. En Toscana, la prioridad en las acuñaciones de los *grossi* corresponde a la ceca de Siena, cuyos dineros grandes entraron en circulación en 1231. Pisa, la principal ciudad portuaria de la región, se sumó rápidamente a la reforma. En 1237, la ceca de Florencia ini-

48. *Les Estoires de Venise*, ed. A. Limentani, Florencia, 1972, p. 46; cit. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 293, nota 4, y p. 518.

49. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 78. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 294.

50. R.S. Lopez, «Prima del ritorno all'oro nell'occidente duecentesco: i primi denari grossi d'argento», *Rivista Storica Italiana*, LXXIX (Nápoles, 1967), pp. 174-181.

ciaba también las acuñaciones de dineros gruesos; la nueva moneda, con una imagen de Juan el Bautista, patrón de la ciudad, en el anverso, y una flor de lis, emblema de la urbe, en el reverso, fue designada pronto con el término florín de plata[51]. Los *grossi* luqueses están documentados desde 1242; de peso y ley idénticos a los «matapanes» venecianos[52], se separaban, pues, de los modelos toscanos, bastante más ligeros. A partir de mediados del siglo XIII, las emisiones de dineros gruesos se multiplican en la Italia septentrional . Cada ciudad mercantil crea el suyo: Arezzo y Volterra, en Toscana, Milán, Verona, Parma, Bolonia, Ferrara, Reggio Emilia y Cortona, al norte de los Apeninos[53].

Mientras que en el valle del Arno, todos los *grossi*, exceptuado el luqués, debieron de pesar lo mismo, más al norte, los dineros grandes no tenían un peso uniforme. Todos eran de plata fina, de unos 11 dineros y medio de ley, pero su peso oscilaba entre los 1,4 o 1,5 gramos de los *grossi* de Génova, Bolonia o Ferrara y los 2,2 gramos de los gruesos milaneses[54]. Su valor en relación con los de vellón variaba igualmente de una ciudad a otra, en función de las respectivas características intrínsecas. En Génova, inicialmente, los *grossi* sólo equivalían a 4 dineros *piccoli*. En Toscana, en cambio, por 1 dinero grande se pagaban, hacia 1240, 12 dineros de vellón, con lo cual el sueldo, unidad de cuenta, disponía de una equivalencia acuñada.

Los dineros gruesos, en la segunda mitad del siglo XIII, franqueron los confines de la Italia septentrional y se expandieron por el resto de Occidente. Ramón Berenguer V inició las acuñaciones de plata fina, en Provenza, antes de 1245[55]. El Senado de Roma, durante el gobierno de Brancaleone d'Andalo, en 1253, creó una moneda gruesa de plata, equivalente a 12 dineros de vellón. Las emisiones prosiguieron después de su muerte, impulsadas por Carlos de Anjou[56]. En Francia, la adopción del dinero grande data de 1266, cuando Luis IX, incia la acuñación del dinero grueso tornés. Incialmente de cada marco de plata «del rey», con una ley del 0,958, se obtenían 58 dineros, cada uno de los cuales pesaría, por lo tanto, 4,219 gramos[57]. La nueva moneda, que corría por 1 sueldo o 12

51. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 79.
52. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 79.
53. M. Bloch, «Il problema dell'oro nel Medievo», *Lavoro e tecnica nel Medioevo*, Bari, 1972, p. 147.
54. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 294 y 518-519.
55. M. Crusafont, *Barcelona i la moneda catalana*, Barcelona, 1989, p. 144.
56. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 79. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 296-297.
57. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 85. G. Sivéry, *L'économie de France au siècle de Saint Louis*, pp. 44 y 305-306.

dineros torneses pequeños, fue acuñada abundantemente y gozó de gran aceptación tanto en Francia como en Italia, el Reino de Mallorca y la Corona Catalanoaragonesa[58].

Los ejemplos italianos y franceses indujeron a los cónsules de Montpellier a solicitar de Jaime I la creación de una moneda de plata fina en el señorío. El soberano, consciente de que el comercio interior y exterior del enclave occitano precisaba de un instrumento de pago más fuerte que el dinero melgorés de vellón, el 2 de noviembre de 1272, autoriza a Pere Vidal para batir, en el plazo de dos años, a contar desde la próxima Navidad, 50.000 marcos de plata de dineros gruesos, de talla idéntica a la de los emitidos recientemente por Luis IX de Francia; el soberano, después de reservarse 12 dineros melgoreses por marco en concepto de derecho de acuñación, renuncia al beneficio restante en favor del concesionario[59]. La nueva moneda no fue promulgada, sin embargo, hasta el 8 de febrero de 1273, unas semanas después del inicio de las acuñaciones[60]. Según el acta de creación[61], el dinero grueso melgorés, de plata fina y con una talla de 60 dineros por marco[62], se acuñaría exclusivamente en Montpellier, bajo el control de dos vigilantes nombrados por el rey o su lugarteniente, a propuesta del Concejo de la ciudad. La nueva divisa, que, con un peso de 3,985 gramos y una ley del 0,958, equivalía a 12 dineros melgoreses de vellón, correría tanto por el señorío como por los restantes territorios de la Corona Catalanoaragonesa. Para conjurar el peligro de la inflación, el soberano se compromete a no emitir más moneda nueva que la estrictamente necesaria, después de consultar al obispo y a los cónsules de la ciudad[63].

La prioridad de Montpellier en la emisión de moneda gruesa de plata no era, sin embargo, una mera consecuencia de la previsión comercial y financiera de sus autoridades locales ni del afán de incrementar los ingresos fiscales del monarca, obedecía también a otras causas. El señorío,

58. Véase *supra*, p. 204, e *infra*, pp. 216-217.

59. ACA, C, reg. 14, fol. 148r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 9, pp. 263-264.

60. AMM, Gran Thalamus, fol. 21r.

61. ACA, C, reg. 21, fols. 99r-101r. AMM, Grand Chartrier, armario E, cajón 7, doc. 2348; ed. C. Devic y J Vaissete, *Histoire Génerale de Languedoc*, IX, Toulouse, 1885, p. 28.

62. El marco de Montpellier pesaba de 239,126 gramos [E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 168; M. Crusafont, *Pesals monetaris*, pp.48 y 50].

63. La nueva moneda ha sido estudiada, con desigual detenimiento, por J Botet [*Les monedes catalanes*, II, pp. 50-51]; F. Mateu [*La moneda española*, p. 184]; J. Beaumel [*Histoire d'une seingneurie*, II, p. 134]; E. Fournial [*Histoire monétaire*, p. 79].

ubicado en los confines del Bajo Languedoc y Provenza, disponía, en el tercer cuarto del siglo XIII, de la ceca mejor equipada de la Corona Catalanoaragonesa. La alta cualificación de su personal ya había sido reconocida por Jaime I, quien, en 1265, le concedió un estatuto especial[64]. El soberano, después de establecer que las infracciones laborales cometidas por los monederos no serían sancionadas por el *veguer* o el *batlle* reales, sino por el maestro de la ceca; autorizó a los menestrales a parar la producción si el maestro no les pagaba semanalmente sus salarios; les eximió de hueste, cabalgada, lezdas y peajes durante las acuñaciones; les garantizó el ingreso preferente de sus hijos, nietos y sobrinos en los talleres. El Conquistador, como contrapartida a todas estas concesiones, sólo les impuso la obligación de trasladarse, con los gastos de viaje a cuenta de la Tesorería, a cualquier ciudad de sus dominios donde decidiera acuñar moneda.

Jaime II de Mallorca confirma, en 1277, el *gros* melgorés[65]. La moneda de Melgueil, en el último cuarto del siglo XIII, ya ha iniciado, sin embargo, su ocaso. El afianzamiento del poder real francés en Occitania acabará por provocar, a medio plazo, su desaparición. Felipe III, en 1282, después de reconocer que el numerario del señorío circulaba por Carcasona, Beuacaire, Albi, el Millavois, la Cerdaña y otras regiones, confirma al obispo de Maguelonne el derecho a acuñar moneda propia, del peso y ley que crea oportunos, pero restringe su curso a la diócesis[66]. La iniciativa capeta perseguía reforzar la vinculación económica del Bajo Languedoc a Francia mediante la sustitución gradual de las dos modalidades de dinero melgorés por sus equivalentes torneses. La segregación del señorío Montpellier de la Corona de Aragón y su integración al disperso y débil Reino de Mallorca, en 1276, y la adquisición por Felipe IV, en 1293, de los derechos feudales de que disfrutaba el obispo de Maguelonne sobre el emporio occitano aceleran considerablemente el proceso. Los oficiales galos, además de ralentizar las acuñaciones locales, introducirán cantidades crecientes de numerario francés en el señorío. Los dineros grueso melgoreses desaparecen de la documentación en 1298 y los de vellón, en 1356[67].

La necesidad de una moneda fuerte de plata se dejaba sentir también, desde mediados del siglo XIII, entre los medios financieros catalanes. Un

64. ACA, C, reg. 15, fol. 53r.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 56, nota 5.
65. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 52. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 79.
66. J. Beuamel, *Histoire d'un seigneurie*, II, p. 135.
67. E Fournial, *Histoire monétaire*, p. 79. J. Beuamel, *Histoire d'une seigneurie*, II, pp. 135-136.

sector de los hombres de negocios barceloneses, en 1269, cuatro años antes de la creación del *gros* de Montpellier, habían convencido al infante Pedro, lugarteniente de Cataluña, para que dotara al sueldo de vellón de una equivalencia acuñada. La iniciativa chocaba con el compromiso contraído, en 1258, por Jaime I con el Concejo de no acuñar numerario nuevo. La iniciativa debió de ser considerada como demasiado arriesgada por los ediles, quienes presionaron al monarca para que sometiera la cuestión a un asamblea de expertos. La conferencia se reunió, el 21 de octubre, en el convento de Santa Catalina. Convocados por el soberano, que asumió la presidencia, concurrieron el infante Pedro, el obispo, el deán, el arcediano, tres canónigos, los *consellers*, el *batlle* y el *veguer* de Barcelona, el jurista Raimon de Penyafort, el abad de Ripoll, el sacristán de Lérida y una representación de la alta burguesía local. El soberano, tras los debates, desautorizó al infante, prohibió la acuñación de numerario de plata en la ciudad condal y confirmó la moneda de vellón[68].

El proyecto rechazado en 1269 se llevará a cabo, sin embargo, dieciséis años después: Pedro el Grande, el 27 de junio de 1285, en la fase final de su reinado, decide, con el consentimiento de los ediles y prohombres locales, iniciar la acuñación de numerario grueso en Barcelona. La nueva moneda de plata, de 11 dineros y medio de ley (0,958) y de 72 piezas por marco de talla (3,253 gramos), valdría 12 dineros de vellón[69]. El *croat*, designado así por la cruz que aparecía en su reverso, compartía le ley de los gruesos torneses y melgoreses, pero era sensiblemente inferior en peso, característica que evitó, inicialmente, su exportación.

La acuñación de numerario grueso constituía un cambio cualitativo en el funcionamiento de la ceca de Barcelona. Pedro el Grande, para evitar fraudes, promulgó unas ordenanzas que regulaban con precisión tanto las atribuciones de cada una de las categorías en que estaba estructurado el personal como los aspectos técnicos de la producción[70]. La mo-

68. ACA, C, Ciudad Barcelona, perg. 379.

69. Instituto Municipal de Historia de Barcelona —en adelante, IMHB—, Llibre Vert, I, fols. 247r.-248r.; eds. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 12, pp. 267-269, y C. Batlle en A. de Capmany, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, II-1, Barcelona, 1962², doc. 39, pp. 60-62]. El dinero grueso barcelonés ha sido estudiado por J. Salat [*Tratado de las monedas de Cataluña*, I, pp. 153-157]; J. Botet [*Les monedes catalanes*, II, pp. 68-69]; F. Mateu [*La moneda española*, p. 184]; O. Gil [*La moneda española*, pp. 236-237]; y M. Crusafont [*Barcelona i la moneda catalana*, pp. 142-144; *La moneda catalana*, pp. 80-81; *Pesals monetaris*, Barcelona, 1999, p. 39].

70. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 13, pp. 270-275.

neda era el resultado del trabajo conjunto de una serie de expertos; en la ceca, bajo la supervisión atenta del maestro, trabajaban entonces el escribano, el calibrador de fineza, el pesador y los monederos.

El numerario grueso barcelonés despertó un auténtico entusiasmo entre los medios financieros locales; tanto los mercaderes como los armadores preferían disponer de una pieza de plata cotizable internacionalmente que de doce dineros locales de vellón. La buena acogida, al coincidir con la reincorporación del archipiélago balear a la Corona Catalanoaragonesa, animó a Alfonso el Franco a introducir el *croat*, en mayo de 1286, diez meses después del inicio de su acuñación, en Mallorca[71]. Los soberanos se aprovecharon de este fervor y, a pesar de confirmar reiteradamente las características iniciales de la moneda[72], procedieron, desde la primera emisión, a recortar ligeramente su peso: la talla efectiva fue de 75 dineros por marco (3,12 gramos) durante el reinado de Pedro el Grande y de 76 (3,08 gramos), en el de Alfonso el Franco[73].

Restaurado el prestigio del numerario catalán, Alfonso el Franco, en 1290, en el curso de unas negociaciones con Jaime II de Mallorca, intenta infructuosamente que recupere el carácter de moneda legal exclusiva en los condados del Rosellón y la Cerdaña[74] Jaime II de Aragón autoriza, en 1297, su circuluación por la veguería de Tortosa, en detrimento del dinero jaqués[75]. Al año siguiente, concierta con su homónimo de Mallorca el restablecimiento del curso legal de los dos tipos de dinero barcelonés en el Rosellón y la Cerdaña[76]. Con su introducció en Lérida, en 1346[77], la moneda batida en la ceca de la ciudad condal correrá definitivamente por toda Cataluña[78].

En noviembre de 1296, recién ocupado el Reino de Murcia, Jaime II de Aragón, para pagar a las tropas acantonadas en la frontera del nuevo

71. ACA, C, reg. 66, fol. 84r.

72. El *croat* fue ratificado por Alfonso el Franco, en 1286 [ACA, C, CB, perg. 428; ed. A: Aragó y M. Costa, *Privilegios de Barcelona*, doc. 30, pp. 18-19], y por Jaime II, en 1295 [IMHB, Llibre Vermell, I, fol. 44r.]

73. M. Crusafont, *Pesals monetaris*, p. 41.

74. ACA, C, Alfons II, perg. 371.

75. ACA; C, reg. 196, fol. 214 r.

76. Desde la entrada en vigor de los acuerdos de Argelers, firmados el 29 de junio, aunque los dineros franceses podrían continuar corriendo por ambos condados, la única moneda de aceptación obligada sería la catalana [A. Riera Melis, *La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca*, p. 34, nota 9, y p. 71, nota 63].

77. ACA, C, reg. 882, fol. 128r.; ed. J. Botet, *Monedes Catalanes*, III, doc. 28, pp. 317-320.

78. Que se convertirá, por primera vez, en una única circunscripción monetaria.

territorio y estimular su integración económica al resto de sus estados, sustituye el sistema monetario castellano por otro de nueva creación, inspirado en el catalán. Ordena al maestro y al personal de la ceca de Murcia la acuñación, en Alicante, de una moneda gruesa, de 11 dineros de ley y 72 piezas por marco de Barcelona de talla, y de otra de vellón, de 3 dineros de fineza y con una talla de 21 sueldos por marco[79]. Mientras el dinero grueso pesa igual que el *croat*, 3,253 gramos, pero su fineza es inferior, del 0,916 en vez del 0,958; el dinero de vellón comparte la ley (0,25) con el de Barcelona, pero es más ligero, al pesar sólo 0,929 y no los 1,101 gramos del modelo. Aunque en el acta de creación no se específica, 1 dinero grande debía de equivaler a 12 pequeños.

Por testimonios documentales coetáneos, sabemos que la acuñación se efectuó y que el dinero de vellón era designado, como el valenciano, con el término de real[80]. Este sistema monetario tuvo, sin embargo, escasa vigencia, puesto que, el 24 de abril de 1301, Jaime II, para acelerar la erradicación del numerario castellano, concedió curso exclusivo en el Reino de Mucia al real de Valencia[81].

La convulsa coyuntura creada, en las dos últimas décadas del siglo XIII, por el levantamiento antiangevino de los sicilianos y la ulterior ocupación catalana de las islas Baleares impidieron a Jaime II de Mallorca ejercer el derecho que le confirió su padre, el 8 de noviembre de 1270, de acuñar moneda propia en el archipiélago[82]. Esta prerrogativa del monarca insular había sido confirmada por Pedro el Grande, en el tratado de Perpiñán[83], por Alfonso el Franco, en su ratificación[84], y por Jaime II de Aragón, en el acuerdo de Argelers[85].

Las espaciadas acuñaciones del real de Valencia y su escaso poder adquisitivo provocaron en las islas, durante la segunda mitad del siglo XIII,

79. ACA, C, reg. 105, fol. 206r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 16, pp. 280-282.

80. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 81.

81. ACA, C, reg. 198, fol. 284r.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 82, nota 3.

82. A. Lecoy de la Marche, *Les relations politiques de la France avec Majorque*, I, doc. 17, pp. 431-432.

83. A. Lecoy de la Marche, *Les relations de la France avec Majorque*, I, pp. 211. A. Riera Melis, «Mallorca 1298-1311, un ejemplo de "planificación económica" en la época de plena expansión», *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, V (Barcelona, 1977), p. 211.

84. ACA, C, Alfons II, perg. 371.

85. M. de Bofarull, *Documentos del Archivo de la Corona de Aragón*, XXIX, pp. 121-122. A. Riera Melis, «Mallorca, 1298-1311», p. 211.

una insuficiencia creciente de moneda legal. Mientras las transacciones aumentaban ininterrumpidamente en cuantía y número, la masa metálica circulante se incrementaba a un ritmo mucho más lento. Este desfase entre la oferta y la demanda monetarias obligó a los mallorquines a suplir la escasez de reales mediante la utilización gradual de una vasta gama de numerarios procedentes de Cataluña, Aragón, Languedoc y Provenza, así como de réplicas cristianas de modelos áureos islámicos[86].

Esta heterogeneidad dineraria facilitaba el fraude y abría el archipiélago a la injerencia de los centros emisores de las diversas divisas que circulaban por él. De ahí que la elite mercantil y financiera insular, partidaria de afirmar la autonomía económica del Reino con respecto a la Corona Catalanoaragonesa, alentase a Jaime II de Mallorca para que creara un sistema monetario exclusivo, estable y de fácil utilización. El monarca, atraído también por los ingresos que podía proporcionarle la iniciativa, decreta, en marzo de 1300, la acuñación de dos tipos de numerario en Ciutat de Mallorca, uno de vellón y otro de plata[87].

La acuñación del vellón dio origen a los reales *senars*, simples, y *doblencs*, dobles, y a los óbolos. La ley de las tres piezas era idéntica, 2,75 dineros de plata fina; la talla se estableció en 11 sueldos por marco, para el dinero doble, en 22 sueldos, para el real simple, y en 44 sueldos, para el óbolo. Al ser el marco de Mallorca ligeramente mayor que el de Barcelona[88], de 235,73 gramos[89], las tres piezas pesaron 1,785 gramos, 0,892 gramos y 0,446 gramos, respectivamente. La nueva moneda balear era, pues, sensiblemente inferior en ley y en peso a los dineros de vellón melgorés, catalán y valenciano.

Para las operaciones de cuantía media y alta, Jaime II de Mallorca creó simultáneamente el real de plata, trasunto del *gros* de Montpellier y del *croat* de Barcelona. La nueva moneda fuerte balear, de 11 dineros de ley y 60 piezas por marco de talla, pesaba 3,928 gramos y su fineza era del 0,916. El cambio oficial del real de plata se estableció en 16 reales

86. R. Soto, «La circulació de moneda a Mallorca», pp. 388-398. A Riera Melis, «Mallorca, 1298-1311», p. 211

87. Archivo Histórico de Mallorca —en adelante, AHM— perg. 33; ed. A. Campaner, *Numismática Balear*, Palma, 1879, doc. 6, pp. 264-268. La creación del numerario balear ha sido estudiada por A. Campaner [*Ibidem*, pp. 108-110]; F. Mateu [*La moneda española*, p. 181]; O. Gil [*La moneda española*, pp. 292-293]; y por mí mismo [«Mallorca, 1298-1311», pp. 210-217].

88. *Marco 1 d'argento di Maiolica fa oggi in Barzalona marchi 1 e sterlini 1* [J.B. Pegolotti, *La pratica della mercatura*, ed. A. Evans, Cambridge Mass., 1936, p. 127].

89. M. Crusafont, *Pensals monetaris*, p. 54.

simples de vellón, no en los 12 del sistema occitano o catalán. El dinero grueso mallorquín —de ley y talla inferiores a las del *croat*— no equivalía, pues, a 1 sueldo de vellón.

Ambas especies monetarias, desde la fecha de su entrada en circulación, serán de uso obligado y exclusivo en las islas, tanto en los pagos en efectivo como en la redacción de los contratos. Jaime II de Mallorca, a cambio de mantener inalterado el valor intrínseco de los nuevos numerarios, exige como compensación un monedaje de 1 morabetino cada siete años, pagadero por cuantos ciudadanos insulares dispusieran de un patrimonio valorado en 10 libras o más[90].

Inicialmente el real de Mallorca fue equiparado al de Valencia. Esta paridad era artificial, puesto que la moneda levantina superaba en ley y en peso a la insular; sus respectivos contenidos de plata fina eran de 0,275 y 0,204 gramos respectivamente. La sobrevaloración del numerario balear, además de provocar una rápida desaparición del dinero levantino en el archipiélago, evitó su fuga hacia los mercados exteriores, donde se le valoraría por debajo de su curso legal.

La cotización inicial, sin embargo, tuvo escasa vigencia. El real mallorquín sólo pudo mantener la paridad con el valenciano desde noviembre de 1300 hasta mayo de 1301, cuando inició un rápido proceso de depreciación[91]. El curso comercial del numerario insular cayó ininterrumpidamente hasta octubre de 1202[92]; la moneda levantina, por estas fechas, superaba a la balear en 10 sueldos por libra[93]. El progresivo desplome del nuevo numerario no tardó en provocar conflictos entre quienes habían concertado contratos, antes de su creación, en reales valencianos y que, en virtud de la normativa vigente, tenían que hacerse efectivos en la depreciada moneda local. La administración se vio obligada a establecer unos mecanismos de compensación a favor de los acreedores[94].

La paridad establecida entre el dinero de plata y el de vellón tampoco era exacta. Mientras el cambio se había fijado en 16 reales de vellón,

90. AHM, perg. 33. F. Sevillano, «La demografía de Mallorca a través del impuesto del morabatí: siglos XIV, XV y XVI», *Bolletí de la Societat Arqueológica Lul.liana,* XXXIV (Palma, 1974), pp. 234-235.

91. *Stetit et fuit equalis moneta Maioricarum cum moneta regalium Valencie de die qua incepit currere ad novem madii, quo die valuerunt regales Valencie plus quam regales Maioricarum, pro libra, VI denarium* [AHM, Cod. Sant Pere, fol. 35v.].

92. Período para el que se han conservado doce cotizaciones del real de Mallorca, todas ellas descedentes [*Ibidem*].

93. *Ibidem.*

94. AHM, Lletres Reials, I, fols. 91r. y 93v.

el real grueso, en función de su contenido de metal fino, equivalía a 17,63. Una evaluación más precisa habría situado el curso de la moneda grande en 18 dineros pequeños, cambio que acabó por imponerse[95]. Esta infravaloración del *gros* fue rápidamente detectada y provocó su atesoramiento y su masiva evasión hacia los mercados exteriores, especialmente hacia el Magreb, donde gozaría de un curso comercial bastante superior a su valor legal[96]. La política monetaria de Jaime II de Mallorca no se caracterizó, pues, por unos prometedores aciertos iniciales, sino por unos considerables errores de cálculo[97]

Características de los principales dineros gruesos
de plata en la segunda mitad del siglo XIII

Ceca	*Año de emisión*	*Ley*	*Peso*	*Curso legal*
Tours	1266	0,958	4,219	12 d. peq.
Montpellier	1272	0,958	3,985	12 d. peq.
Barcelona	1285	0,958	3,253	12 d. peq.
Alicante	1296	0,916	3,253	12 d. peq.?
Mallorca	1300	0,916	3,928	16 d. peq.

Desde finales del siglo XIX se había venido sosteniendo que las monedas gruesas de plata se crearon para atender las necesidades del comercio internacional. A pesar de que Marc Bloch[98], en los años treinta de nuestra centuria, y Etienne Fournial[99], cuatro décadas más tarde, continuaban apoyando esta hipótesis, Peter Spufford la ha cuestionado recientemente[100]. Considera que el numerario grueso tenía un valor todavía demasiado bajo para desempeñar el papel de instrumento de pago en las transacciones internacionales, función que habrían continuado ejerciendo los lingotes de plata. En la aparición del nuevo numerario,

95. Esta era la paridad vigente en Ciutat de Mallorca hacia 1340: F.B. Pegolotti, *La pratica della Mercatura*, p. 125.

96. AHM, Lletres Reials, I, fol. 77v.

97. A. Riera Melis, «Mallorca, 1298-1311», pp. 210-217.

98. «Il problema dell'oro», pp. 146-147.

99. *La multiplication des frappes de ces grosses monaies d'argent révèle l'ampleur croissante des échanges. Il s'agit d'une modification capitale dans le régime monétaire de l'argent, modification qui précéda la reprise du monayage de l'or, deux choses qui, au reste, ne seuraient être séparées: elles traduisent la même besoin des gens d'affaires de disposer de signes monétaires adaptés à des paiments élevés* [*Histoire monétaire*, p. 80].

100. *Dinero y moneda*, pp. 305-310.

las necesidades del mercado interior de las plazas emisoras habrían primado sobre las exigencias del comercio exterior. Su valor estaría relacionado con algunas operaciones muy frecuentes en las ciudades y para las cuales ya no servían las monedas tradicionales. Entre esta transacciones destacarían los salarios de los menestrales, las rentas de las casas y las compras al por mayor de alimentos en el distrito rural. Las adquisiciones periódicas de alimentos por parte de los mercaderes urbanos provocaron una irradiación de la moneda grande desde la ciudad hacia el campo, donde fue objeto de tesaurización parcial: los payeses reservaban el numerario de plata para las dotes de las hijas y para las compras de pequeñas parcelas de tierra. Estas funciones explicarían, según el profesor de Cambridge, que la mayoría de los *grossi* hubiesen tenido un área de circulación relativamente restringida. Para las compras cotidianas de alimentos en los mercados locales por parte de los menestrales asalariados y demás estamentos urbanos subalternos, los dineros de vellón continuaron siendo, a pesar de sus progresivas pérdida de peso y caída de ley, una moneda idónea.

La teoría, atractiva y bien documentada, presenta, sin embargo, algunas excepciones significativas. El *gros* tornés, en el último cuarto del siglo XIII, corrió en abundancia por Italia, Cataluña y el Reino de Mallorca. Como ha demostrado John Day[101], el dinero fuerte galo constituyó el 38,9% de todas las monedas recaudadas, en 1296, por los colectores de la décima pontificia en las diócesis de Toscana; la circulación del numerario transalpino era especialmente intensa en alguna de esta circunscripciones eclesiásticas, como las de Sovana, Pisa o Massa, donde significó el 43,0%, el 38,9% y el 30,6% respectivamente del total de las especies percibidas. Se podrá aducir que la introducción de estos dineros gruesos torneses en el valle del Arno no era más que un efecto colateral de la presencia de tropas francesas, desde 1265, en Italia, a raíz de la conquista de Nápoles por Carlos de Anjou. Su curso podría relacionarse también con el funcionamiento de la propia fiscalidad pontíficia, que habría recaudado estos dineros al oeste del Ródano y los habría esparcido, sin reacuñarlos, al sur de los Alpes. Aunque en el caso de Cataluña[102] y los

101. *Monnaies et marchés au Moyen Âge*, Paris, 1994, pp. 29-39.

102. Donde se cambiaban a 13 dineros y óbolo, en 1285 [ACA, C, reg. 57, fol. 150r.], a 15 dineros, en 1302 [E. González Hurtebise, *Libros de tesorería de la casa real de Aragón. I: Jaime II. Libros de cuentas de Pedro Boyl, tesorero del monarca desde marzo de 1302 a marzo de 1304*, Barcelona, 1911, pp. 117, 119 y 124], y a 16 dinero y óbolo, en 1305 [Archivo Capitular de Barcelona, Protocolos Notariales, Bernat de Vilarrúbia, Manual de 1305, fol. 63r.].

condados del Rosellón y la Cerdaña[103], el principal agente difusor del numerario galo fue, sin duda, el ejército cruzado que, en 1285, asedió Gerona ¿Cómo explicar, en cambio, su curso en Mallorca[104]? ¿Fue aportado todo el stock por los pobladores occitanos y provenzales que, desde la conquista catalana, se asentaron en la isla? ¿No introducirían los comerciantes del Midi contingentes de torneses de plata en la capital balear durante sus frecuentes y bien documentadas escalas? El *gros* de Tours se cambiaba, en 1307, a 18 reales *senars* locales[105]. Sabemos, además, que los reales gruesos de Mallorca, por esta misma época, gozaban de gran aceptación en el Magreb[106]. Algunos comerciantes pagaron, pues, parte de sus adquisiciones exteriores en moneda de plata.

La articulación de la moneda grande al comercio internacional no es, por lo tanto, una hipótesis sistemáticamente descartable. No todas las transacciones exteriores serían de una cuantía tan alta como para que los dineros gruesos no constituyeran un instrumento de pago idóneo. Además de las compañías, con factores en ultramar, que ponían en circulación grandes contingentes de mercancías y para cuyos pagos serían mucho más útiles efectivamente los lingotes que el numerario de plata, existían, en la segunda mitad del siglo XIII, mercaderes itinerantes que trabajaban por su cuenta, capaces de efectuar, incluso con el apoyo del crédito, sólo operaciones de magnitud intermedia. Estos negociantes, que constituirían el sector menos innovador del comercio internacional, aceptaban, por otra parte, comandas de menestrales y de otros estamentos populares que invertían en el exterior una parte de sus ahorros, repartida, para reducir riesgos, en numerosos contratos de cuantía reducida. Para este sector de la población urbana, de una amplitud nada desdeñable, los dineros grandes debieron de ser de gran utilidad y los pondría en circulación más allá de las fronteras de los respectivos estados. La acuñación, entre 1250 y 1280, de *millareses* —réplicas de monedas de plata islámicas— en algunas plazas mercantiles del Mediterráneo occidental reforzaría esta conjetura.

Durante la segunda mitad del siglo XIII, el sistema monetario dominante en el Magreb era todavía el bimetálico creado por el recién

103. Donde, entre 1288 y 1301, se cotizaron a 16 dineros de vellón barceloneses [AMP, Llibre d'Ordinacions, I, fol. 11v.; D.M.J. Henry, *Histoire de Roussillon*, I, Paris, 1835, p. 194].

104. A. Campaner, *Cronicón Mayoricense. Noticias y relaciones históricas de Mallorca desde 1229 a 1800*, Palma, 1881, p. 10. F. Mateu, «Posición de Mallorca en la Historica Económica Medieval», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul.liana*, XXIX-XXX (Palma, 1947-1952), p. 15.

105. Archivo Capitular de Barcelona, Diversorum (e), caja 34, nº 1419.

106. Véase *supra*, p. 215.

desaparecido califato almohade[107]. La dinastía Mumínida acuñó dos tipos de piezas argénteas: el dirhem, de 1,41 gramos, y el semidirhem, de 0,72 gramos[108]. Los *millareses* eran una copia cristiana de los dirhemes cuadrados islámicos[109]. Diez *millareses* equivalían a un besante, dinar de cuenta[110]. Las monedas de plata musulmanas eran, pues, bastante más ligeras que los dineros gruesos cristianos coetáneos; pesaban menos de la mitad, los dirhemes, y de una cuarta parte, los semidirhemes.

No se ha podido establecer aún la fecha del inicio de las acuñaciones de los *millareses* en los puertos cristianos del Mediterráneo occidental. La primera referencia documental corresponde a 1253, cuando la poderosa familia genovesa de los Fieschi autoriza a un consorcio encabezado por los Bonsignori de Siena a troquelar falsos dirhemes en su castillo de Savignone, en la ruta principal de los Apeninos a Génova[111]. Aquel mismo año, la ceca del estado acuñó también *millareses* en Génova[112]. Marsella se apresuró a imitar el ajemplo ligur; las emisiones se iniciaron antes de que Carlos de Anjou, en 1257, se apoderara de la ciudad[113].

Los hombres de negocios de la Corona Catalanoaragonesa, durante la segunda mitad del siglo XIII, desarrollaban una intensa actividad mercantil en todo el Magreb[114]. Si la conquista del reino de Valencia y de las islas Baleares les obligaron, entre 1229 y 1240, a replegarse de esta área, el restablecimiento de las relaciones les permitió aprovechar los puertos de las tierras nuevas para reiniciar, en mejores condiciones, la penetración comercial en Berbería[115]. A fin de incrementar la rentabilidad de sus tran-

107. A. Laroui, *Histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, I, París, 1970, pp. 177-184.

108. F. Mateu, *La moneda española*, p. 165. O. Gil, *La moneda española*, p. 199. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 229, nota 38.

109. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 229, nota 38, y p. 514.

110. O. Gil, *La moneda española*, pp. 228-229 y 284.

111. R.S. Lopez, «Contribute alla storia delle miniere argentifere di Sardegna», *Studi economico-giuridici dell'Università di Cagliari*, XXIV (1936), p. 12. P. Spufford, *Dinero y moneda,* p. 227

112. G. Pesce y G. Felloni, *Le monete genovesi*, Genova 1975, p. 341.

113. L. Blancard, *Essai sur les monnaies de Charles Ier comte de Provence*, Paris, 1879, pp. 483-492. E Fournial, *Histoire monétaire*, p. 75.

114. Ch.E. Dufourcq, *L'Espagne Catalane et la Maghrib aux XIIIe et XIVe siècles*, París, 1966, pp. 93-192.

115. J.M. Madurell y A. García, *Comandas comerciales barcelonesas de la Baja Edad Media*, Barcelona, 1973, pp. 152-155, 164, 168-169, 174-179, 182-185 y 190-191. C. Batlle, J.J. Busqueta y C. Cuadrada, «Notes sobre l'eix comercial Barcelona-Mallorca-Barbaria, a la segona meitat del segle XIII», *XIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, Comunicacions, I, Palma, 1989, pp. 33-47. A. Santamaría, *Ejecutoria del Reino de Mallorca, 1230-1343*, Palma, 1990, pp. 431-436.

sacciones en los emporios islámicos de ambas cuencas del Mediterráneo, los mercaderes catalanes solicitaron de Jaime I la autorización para acuñar *millareses* en las cecas reales. Parece que la prioridad corresponde a los montpelliereses, que mantenían estrechos vínculos económicos con los genoveses y los provenzales. Jaime I, en 1258, faculta a Pere Andreu, platero oriundo de Pamplona, para acuñar vitaliciamente, en Lérida o Barcelona, dirhemes idénticos en peso y ley a los que se acuñaban en el señorío occitano[116]. Del Bajo Languedoc, las emisiones de *millareses* se extienden a algunas ciudades interiores de la Corona Catalanoargonesa, como Lérida, Jaca o Zaragoza[117], cuyos mercaderes, peor ubicados en la red de vías internacionales que sus colegas de las plazas portuarias, sólo podían competir en territorio islámico mediante una sistemática reducción de costes, suprimiendo las tasas de beneficio de los cambistas. La fiebre de la moneda de tipo islámico alcanza pronto a las tres capitales marítimas, Valencia, Mallorca y Barcelona, donde las emisiones se inician en 1262, 1266 y 1269, respectivamente[118]. Las acuñaciones de *millareses* alcanzaron, sin embargo, sus cotas máximas en el señorío de Montpellier, donde uno solo de los diversos concesionarios, Pere Vidal[119], llegó a troquelar, entre octubre de 1266 y abril de 1268, 54.509 marcos de plata[120]. Tanto Jaime I como Berenguer de Frédol, obispo de Maguelonne, concedieron, para incrementar sus ingresos, numerosas licencias de acuñación a burgueses locales[121]. Para guardar las formas, el soberano y el el prelado prohibieron a los concesionarios ejercer su derecho en la ciudad de Montpellier y en los castillos de Melgueil y Montferrand, territorios que tenían en feudo de Luis IX de Francia. Las acuñaciones tendieron a concentrarse en núcleos urbanos secundarios, como Castelnau o Lattes. Las precauciones adoptadas se revelaron pronto como insuficientes: Clemente VI, en 1266, ordena al obispo de Maguelonne que prohiba las emisiones de *millareses* en su diócesis, puesto que la invocación a Mahoma que figura en ellos constituye una ofensa a Dios[122]. Los recelos de la Santa Sede y de la Monarquía francesa, al chocar con los intereses de los mer-

116. Véase *infra*, p. 221.

117. Véase *infra*, p. 221.

118. Véase *infra*, p. 221.

119. Un platero altamente cualificado y con un notable prestigio en la corte, puesto que Jaime I le confiará, en 1272, la primera emisión de *grossos* melgoreses: Véase *supra*, p. 208.

120. ACA, reg. 16, fol. 144v; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 56.

121. Véase *infra*, p. 221.

122. *Sane de moneta miliarensi, quam in tua diocesi cudi facis, miramur plurimum, cuius hoc agas consilio, non quod iniuriam facias dicto regi* [*Ludovici*], *si in feudis non*

caderes occitanos y catalanes, no tuvieron, sin embargo, consecuencias importantes.

La documentación conservada proporciona bastante información sobre las características intrínsecas de los *millareses* acuñados en la Corona Catalanoaragonesa. Eran copias exactas de los modelos islámicos, de los que reproducían incluso las leyendas coránicas.

Su peso, fácil de precisar, no se menciona, pero se situaría ligeramente por debajo de los 1,41 gramos del modelo[123]. Casi todas las licencias especifican, en cambio, la fineza que deberán tener los futuros *millareses*, magnitud más difícil de calibrar por parte de los compradores. Jaime I, en 1261, establece la ley de los *millareses* en 10 dineros de plata[124]. Esta disposición tuvo, sin embargo, escasa vigencia, puesto que la ley descendió a 10 dineros menos 1 *pugesa*, en 1262, a 9 dineros, en 1264, y a 9 dineros menos 4 granos, en 1266[125]. Este mismo año, el soberano autorizó incluso la acuñación de *millareses* de la fineza que solicitaran los mercaderes[126], sus usuarios preferentes.

La duración del derecho de emisión solía ser indefinida. Algunos concesionarios[127], sin embargo, sólo pudieron acuñar *millareses* por un período de 5 años. El más afortunado fue el ya mencionado Pere Andreu, que obtuvo, en 1258, una autorización vitalicia[128]. El soberano, a cambio de la licencia, reclamaba una tasa, que podía consistir en una cantidad de moneda por marco acuñado o en un censo anual en metálico. En el primer caso, el monedaje solía establecerse en numerario de vellón; las cuantías documentadas oscilan entre los 2 sueldos barceloneses de terno, exigidos a Pere Andreu, y los 8 reales valencianos, que se compromiteron a pagar Ramon de Torres, en 1266, y Bernat de Torres y Vicens d'Ascàsia, en 1272[129]. La magnitud de la tasa dependería, en buena parte, de la duración de la licencia, puesto que la cuantía máxima co-

suis fabrices, sed Regi gloriae, extra cuius dominium nec hoc potes, nec aliud operari. Quis enim catholicus monetam debet cudere cum titulo Mahometi? Quis etiam licite potest esse alienae monetae percurssor? [J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 11, p. 266].

123. No diferiría mucho de los 1,36 gramos que, según L. Blancard [*Les monnaies de Charles* I, p. 488], pesaban los millareses acuñados coetáneamente en Marsella.

124. Véase *infra*, p. 221, notas 134 y 135.

125. Véase *infra*, p. 221, notas 136-140.

126. *Ad illam legem quam voluerint mercatores qui eam emere voluerint* [ACA, C, reg. 15, fols. 56r., 57 r. y 113 r.].

127. Como Ramon de Torres, en 1266, y Bernat de Torres y Vicens d'Ascàsia, en 1272 [J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 54].

128. ACA, C, reg. 10, fol. 141r.

129. Véase *infra*, p. 221.

rresponde a una autorización vitalicia y la mínima a dos concesiones temporales de 5 años. Sólo en dos ocasiones, ambas relacionadas con las cecas del señorío de Montpellier, el monedaje se estableció en *millareses*, 2 por marco[130], tasa casi idéntica a las ya citadas de 8 reales valencianos, puesto que cada millarés, en función de su contenido en plata fina, equivalía a 4,175 reales. La excepción la personificaron los hermanos Guillem y Arnau Faure, a quienes, para poder batir dirhemes en Aragón, se les exigió, en tanto no renunciasen a la licencia, el pago de 60 morabetinos alfonsinos anuales[131].

Licencias de acuñaciones de millareses concedidas
por Jaime I de Aragón en el tercer cuarto del siglo XIII

Año	*Ceca*	*Ley*	*Monedaje*[132]	*Concesionarios*
1258	Lerida-Barcel		2 s. b.	P. Andreu[133]
1261	Aragón	0,833		G. Faure y A. Faure[134]
1262	Valencia	0,833	12 r. v.	A. Llorens[135]
1262	Montpellier	0,812	2 d. mll.	J. Riba, G. Gros y E. Joan[136]
1263	Montpellier	0,791	2 d. mll.	R. de *Lugantracto* y G. de *Veralio*[137]
1264	Montpellier	0,750		G. Bonanfós[138]
1265	Montpellier	0,750	8 d. mlg.	R. de *Luganacho*, G. de *Veralio*, R. Bertran y G. Bonanfós[139]
1266	Montpellier	0,736		P. Vidal[140]
1266	Mallorca		8 r. v.	R. de Torres[141]
1269	Barcelona			P. Andreu y socios[142]
1272	Mallorca		8 r. v.	B. de Torres y V. d'Ascàsia[143]

130. Véase *infra*, notas 136 y 137.
131. Véase *infra*, nota 134.
132. Expresado en dineros por marco
133. ACA, C, reg. 10, fol. 141 r.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 53, nota 2.
134. ACA, C, reg. 12, fols. 38r y 49r.; cit. *Ibidem*, p. 53, notas 6 y 7.
135. ACA, C, reg. 12, fol. 90r.; cit. *Ibidem*, p. 54, nota 1.
136. ACA, C, reg. 12, fol. 118r.; cit. *Ibidem*, p. 55, nota 2.
137. ACA, C, reg. 13, fols. 221r.-222r.; cit *Ibidem*, nota 3.
138. ACA, C, reg. 13, fol. 279r. ; cit. *Ibidem*, nota 4.
139. ACA, C, reg. 15, fol. 35 v.; cit. *Ibidem*, nota 6.
140. ACA, C, reg. 15, fols. 56r.-57r.; cit. *Ibidem*, p. 56, nota 1.
141. ACA, C, reg. 15, fol. 113r.; cit. *Ibidem*, p. 54, nota 2.
142. ACA, C, reg. 37, fol. 3r.; cit *Ibidem*, p. 53, nota 3.
143. ACA, C, reg. 21, fol. 129r.; cit. *Ibidem*, p. 54, nota 4.

Las acuñaciones de *millareses*, en el tercer cuarto del siglo XIII, se extendieron por todo el Midi francés. Carlos de Anjou, desde 1257, batía cantidades crecientes de moneda islámica en la ceca de Marsella. El obispo de Agde, siguiendo el ejemplo del de Maguelonne, iniciaba, hacia 1265, las emisiones[144]. Alfonso de Poitiers, unos años después, autorizaba la fabricación de dirhemes en el condado Venaissin, probablemente en los talleres de Pont-de-Sourges. Luis IX de Francia, alarmado por estas iniciativas monetarias filoislámicas, recriminó, en 1268, a sus dos hermanos que, por afán de lucro, no dudaran en troquelar numerario *in cuius superscriptione fit mentio de nomine perfidi Machumeti et dicatur esse propheta Dei*[145]. Mientras Alfonso de Poitiers se dejó convencer, Carlos de Anjou, con un mayor margen de maniobra, no sólo no interrumpió las acuñaciones en Marsella, sino que las extendió, en 1272, a Tarascón[146]. Por esta época, se batían ya dirhemes falsos en toda la ribera noroccidentale del Mediterráneo, desde Pisa a Valencia, y en algunas plazas atlánticas, como Oléron[147].

Los *millareses* —como ya se ha expuesto— obedecían a un afán de potenciar la penetración de los comerciantes cristianos en las plazas magrebíes y levantinas, no a un interés por incrementar la oferta de plata acuñada en los respectivos mercados interiores[148]; sus destinatarios preferentes fueron, en consecuencia, los hombres de negocios, que solían adquirirlos en grandes cantidades[149]. La articulación evidente de las réplicas de los viejos dirhemes almohades al comercio internacional parece contradecir la hipótesis de Peter Spufford acerca del insuficiente valor de los diversos tipos de moneda de plata para las transacciones exteriores. El profesor de Cambridge[150] se pregunta ¿por qué los comerciantes arrostraban los inconvientes de transportar enormes cantidades de *millareses* en lugar de unos cuantos lingotes de plata, como se hacía normalmente en el comercio a larga distancia? Aduce como única explicación que los falsos dirhemes, en el tercer cuarto del siglo XIII, tendrían, en territorio islámico, una prima, sobre la plata no acuñada, suficientemente elevada como para compensar los gastos de troquelado y las molestias. El éxito

144. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 75.
145. Cit. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 229.
146. L. Blancard, *Les monnaies de Charles I*, pp. 483-486.
147. M. Bloch, «Il problema dell'oro», p. 139.
148. M. Bloch, «Il problema dell'oro», pp. 139-140.
149. Jaime I exigió a Pere Vidal, Ramon de Torres, Bernat de Torres y Vicente d'Ascàsia que vendieran los millareses exclusivamente a marcos, no al por menor: véase *supra*, p. 221, notas 140, 141 y 143.
150. *Dinero y moneda*, pp. 229-230.

de los *millareses* en el Magreb estaría, pues, relacionado más con unas dificultades transitorias de las cecas, con una fuerte caída de la ley de los dirhemes, con un déficit eventual de numerario argénteo, que con sus magnitudes intrínsecas. La coincidencia, hacia 1275, del inicio de las acuñaciones, en las cecas hafsíes, de un nuevo dirhem, con una fineza superior a la de los antiguos, con el ocaso de las emisiones de *millareses*[151] confiere verosimilitud a una hipótesis todavía poco documentada.

La moneda constituyó, hasta finales del siglo XIII, sólo una parte de la plata en circulación. Para las grandes transacciones, tanto interiores como exteriores, los lingotes continuaban siendo un instrumento de pago más adecuado que los dineros gruesos y los *millareses*. Después de 1300, la plata, según Pegolotti[152], no sólo continuaba vendiéndose, en las Ferias de Champagne, *a marco*, sino que se utilizaba aún, en barras, como instrumento de pago en el Magreb y en el Levante.

La funcionalidad comercial de los lingotes indujo a las autoridades de las grandes plazas financieras de Occidente a certificar su fineza. La primera cita documental de la utilización de barras marcadas con los troqueles de la moneda data de diciembre de 1253 y corresponde a un notario genovés[153]. Como ha precisado el profesor Spufford[154], la ley garantizada por esas marcas no era, sin embargo, idéntica; oscilaba, hacia 1230, entre las 11 onzas 12 dineros (0,958) de Roma y las 11 onzas y 21 dineros y medio (0,991) de Cerdeña. De esta diversidad no debe colegirse la inexistencia de patrones internacionales de fineza de la plata no amonedada. El más utilizado era el esterlino, de 11 onzas y 2 dineros (0,925); ley que, según Pegolotti, compartian las *verghe della bola di Genova* y los lingotes *della bolla di Vinegia*[155].

Los lingotes de plata marcados conservarán su función comercial hasta mediados del siglo XIV aproximadamente, cuando serán sustituidos por la moneda aúrea. El uso de las barras como instrumento de pago en las grandes transacciones está documentado, tanto en Italia como en Francia, hasta la cuarta década de la centuria. La *Camera Apostolica* recaudará plata en lingotes hasta la fase final del pontificado de Juan XXII.

151. Que en la Corona catalanoaragonesa se prolongaron, no obstante, hasta 1292. ACA, C, reg. 91, fol. 39r.

152. *La pratica della mercatura*, pp. 133 y 236.

153. G. Pesce y G. Felloni, *Le monete genovese*, p. 341.

154. *Dinero y moneda*, pp. 283-284.

155. *La pratica della marcatura*, p. 291.

d) *La circulación de numerario áureo de tipo islámico*

Entre 1180 y 1300, mientras en Europa se incrementaba con rapidez la oferta de plata, en el norte de África aumentaban las reservas áureas. La afluencia de oro subsahariano hacia los puertos del Magreb constituía un fenómeno bastante anterior a los descubrimientos de los filones de plata en Freiberg y Montieri, se remontaba a la segunda mitad del siglo VIII.

La expansión islámica permitió el establecimiento de una red de rutas comerciales entre el África tropical y el litoral beréber[156]. Por las largas pistas saharianas, desde el 750, circulaban, hacia los valles del Níger y del Senegal, sal y una amplia gama de artículos manufacturados, como paños, utillaje de metal, cerámica o vidrio. Los cargamentos de regreso estaban integrados básicamente por marfil, ébano y esclavos negros. La balanza de pagos era sistemáticamente favorable al Norte y el déficit comercial se saldaba en oro[157]. Mientras la plata sajona, en el siglo XI, circulaba por la Europa atlántica, el oro del Sudán fluía hacia Al-Andalus y Sicilia.

Durante la Edad Media, el área de producción del oro subsahariano no experimentó cambios importantes; las minas principales continuaron siendo las de Bambuk, en el alto Senegal, y Bure, en el alto Níger. Esta estabilidad no es aplicable, sin embargo, a las rutas de circulación del metal, que variaron considerablemente entre el 700 y el 1500. Mientras en la primera mitad del siglo XI, la vía principal era la de Kairuán, entre 1050 y 1200, los almorávides y los almohades consiguieron canalizar una parte importante de la producción por la ruta atlántica, que concluía en Ceuta. En el siglo XIII, coincidiendo con el declive del califato almohade en el Magreb, Mali se convirtió en la potencia dominante de la sabana, creó un extenso reino en los confines del desierto y la selva tropical, y unificó los distritos mineros. Por esta época, el grueso de la producción tendió a canalizarse por dos de las rutas: la oriental, que, por Wargala, se

156. M. Lombard, *Espaces et réseaux du haut moyen âge*, París-La Haya, 1972, pp. 7-29.

157. El comercio entre el Africa subtropical y el litoral mediterráneo magrebí ha atraído la atención de numerosos historiadores, entre los que destacan F. Braudel [«Monnaies et civilisation: de l'or du Soudan à l'argent d'Amerique», *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, I (París, 1946), pp. 9-22]; R.H. Bautier [«L'or et l'argent en Occident de la fin du XIIIème au début du XIVème siècle», *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Letres*, Paris, 1951, pp. 169-174]; Ch.E. Dufourcq [*L'Espagne Catalane et le Maghrib*, pp. 136-138]; J. Devisse [«Rutes de commerce et échanges en Afrique occidentale en relation avec la Mediterranée. Un essai sur le commerce africain médiévale»; *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 50 (Paris, 1972) 42-73 y 357-397]; y E.W. Bovill [*The Golden Trade of the Moors*, Oxford, 1968², pp. 86-105].

dirigía hacia el valle del Nilo, y la occidental, que, por Sidjilmasa, se encaminaba al estrecho de Gibraltar.

El oro sudanés atravesaba el Sahara en forma de polvo. Una pequeña parte era transformada en lingotes en Sidjilmasa o Wargala, el grueso era acuñado en las cecas del norte de Africa y de Al-Andalus. Desde el Magreb, los dinares se dirigían hacia el Levante y hacia los estados cristianos del Mediterráneo occidental, por donde circulaban como moneda fuerte, para las transacciones de alta cuantía.

El control total de la ruta occidental transahariana había permitido a los almorávides acuñar dinares de 3,89 gramos de peso y 20 quilates de fineza[158]. El rápido hundimiento del sultanato de Marrakech, a mediados del siglo XII, provocó en Castilla, donde sus dinares circulaban profusamente, bajo la denominación de morabetinos, una falta de numerario de alto valor. Alfonso VIII, en 1172, para atender la demanda interior de moneda fuerte, empezó a acuñar dinares propios en Toledo. Reprodujo el modelo almorávide, del que sustituyó únicamente las inscripciones musulmanas por otras cristianas[159]. León y Portugal se sumaron poco después a la iniciativa castellana. Por esta misma época, los reyes normandos de Sicilia, siguiendo el ejemplo de los duques de Amalfi, batían, en las cecas de Palermo y Messina, cuartos de dinar almorávides, los *taris*[160].

El califato almohade, para retirar de la circulación el numerario almorávide, acuñó, durante la segunda mitad del siglo XII, un nuevo dinar, bastante más ligero que el anterior, puesto que no pesaba más que 2,32 gramos[161]. Esta pieza circuló, con el nombre de mazmodina, por Castilla y la Corona Catalanoaragonesa, concurriendo con los morabetinos cristianos. Para compensar la devaluación de la divisa áurea, la dinastía Mumínida, creó una moneda nueva, el doble dinar.

Por esta misma época, los genoveses, los pisanos y los sicilianos se introducían en los mercados norteafricanos. El oro sudanés, durante la segunda mitad del siglo XII, fluía hacia los puertos cristianos en forma de soldadas de tropas mercenarias o botines; los superávit comerciales significaban todavía una parte pequeña, aunque ascedente, de sus ingresos en esta área. La demanda de fletes en las costas beréberes atraía a las flotas cristianas, que reforzaban las conexiones marítimas con Al-Andalus y Egipto.

158. O. Gil, *La moneda española*, p. 194.
159. O. Gil, *La moneda española*, pp. 322-323.
160. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 220 y 514.
161. O. Gil, *La moneda española*, p. 199.

A finales del siglo XII, el oro africano se utilizaba como moneda en Sicilia y en los estados cristianos ibéricos, y empezaba a acumularse, no siempre amonedado, en Génova y en Pisa. Los notarios ligures, antes de 1200, anotaban ya por separado los pagos efectuados en *paiola* de oro africano de los realizados en *tari* de oro siciliano. El metal amarillo, en el resto de Occidente, constituían aún un producto exótico y muy ansiado.

Desde 1180, mientras las caravanas continuaban aportando contingentes de oro subsahariano hacia los puertos del Magreb, los descubrimientos de nuevos filones en Sajonia, Estiria, Carintia, Bohemia, Moravia, Toscana y Cerdeña incrementaban la producción de plata en Europa. La producción cristiana de oro estaba circunscrita entonces a Transilvania, de cuyos yacimientos, documentados desde finales del siglo XII, sólo se obtenían, sin embargo, pequeñas cantidades. Los dos metales precisosos, como consecuencia de la disparidad de sus respectiva ofertas, se valoraban de forma muy diversas en las riberas sententrionales y merdionales del Mediterráneo occidental. Hacia 1200, la relación plata/oro, en Túnez, era sólo del 6,5[162]. En Génova, por el contrario, el metal amarillo solía valer, por esta misma época, ocho o nueve veces más que la plata[163].

Los mercaderes cristianos capitalizaban esta disparidad de cursos pagando sus adquisiciones, en el Magreb, en plata y cobrando sus ventas en oro. Depués de 1200, a medida que los superávit comerciales empiezan a eclipsar las soldadas de mercenarios y los botines, se multiplican las referencias al oro africano en los registros notariales genoveses. Las anotaciones, a partir de 1210, suelen especificar la fineza del metal, que acostumbraba a oscilar entre los 20 y los 21 quilates, entre el 0,833 y el 0,875. Parte del metal, por lo menos desde 1229, llegaba a Liguria en forma de barras selladas. Unos años después, en 1237, la república empieza a fabricar lingotes de oro, garantizando su ley con una marca del troquel de la moneda[164]. En las décadas centrales del siglo XIII, los dinares y sus réplicas se difunden lentamente, desde las ciudades-estado italianas, Sicilia y los reinos cristianos ibéricos, al resto de Occidente, donde se utilizan inicialmente para establecer la cuantía de algunos censos y rentas de la tierra[165].

162. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 224.
163. G. Pesce y G Felloni, *Le monete genovesi*, pp. 337-344.
164. G. Pesce y G. Felloni, *Le monete genovesi*, pp. 343-348.
165. M. Bloch, «Il problema dell'oro», p. 134.

Poco antes de 1250, Fernando III, aprovechando una liquidez transitoria, una acumulación coyuntural de botines de guerra, sustituye los morabetinos —de raíz almorávide— por el doble dinar almohade, de mayor valor. El relevo del morabetino por la dobla se ha relacionado con la conquista castellana del valle del Guadalquivir, donde el doble dinar almohade constituía la divisa usual[166]. La reforma monetaria de Fernando III obedecería, por lo menos en parte, a la necesidad de evitar un colapso económico en las tierras nuevas. La dobla, al responder a las necesidades del mercado interior, se convertirá en la moneda áurea normal en el Reino de Castilla durante toda la Baja Edad Media. La prioridad en la acuñación del doble dinar no corresponde, sin embargo, a Castilla, unos diez años antes, Federico II, había batido el augustal, réplica del modelo hafsí, con una fineza de 20 quilates y medio (0,854)[167]. Aunque la venta de la paz y un comercio desigual con Ifriqiya garantizaban a los Staufen unos ingresos áureos importantes, la reforma monetaria parece obedecer más a una política de prestigio que a unas exigencias económicas. De la escasa circulación internacional de los augustales, que apenas rebasaron los confines del Reino de Sicilia, parece desprederse que su oferta fue siempre escasa.

Los catalanes, después de las conquistas de las islas Baleares y del reino de Valencia, se apresuraron —como ya se ha expuesto— a liquidar por la vía diplomática las secuelas de las campañas, que habían provocado numerosas víctimas y una cantidad considerable de cautivos en ambos bandos. Hacia 1240, el infante Pedro de Portugal, que gobernaba Mallorca en nombre de Jaime I, abre unas negociaciones con el sultán de Túnez. Los contactos, en cuya preparación había jugado un papel decisivo el barcelonés Guillem de Vic, desembocan en un acuerdo de paz, que comportaba el intercambio de todos los presos[168]. Pocos meses después, el 9 de abril de 1241, Gregorio IX autoriza a los habitantes de Mallorca a comerciar con los estados musulmanes de Berbería[169]. La paz entre el sultanato Hafsida y la Corona Catalanoaragonesa fue ratificada, en 1246, por un embajador de alta extracción social, el conde de Ampurias.

En esta atmósfera de distensión, las antiguas relaciones comerciales entre Ifriqiya y Cataluña se reactivaron y, desde mediados del siglo XIII,

166. O. Gil, *La moneda española*, pp. 327-328.
167. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 222-223 y 521.
168. Ch.E Dufourcq, *L'Espagne Catalane et le Maghrib*, pp. 96-97.
169. Arxiu Capitular de Mallorca, *Liber Privilegiorum*, fol. 3r.

superaban ya las cotas alcanzadas antes de la crisis de 1229-1240. La documentación notarial conservada en Barcelona y Mallorca refleja un intenso tráfico de mercancías, capitales y personas entre el litoral mediterráneo ibérico y los puertos de hafsíes[170]. Jaime I, para atender las necesidades generadas por el alza de las transacciones, estableció sendos consulados de catalanes en Túnez y Bugía, cuyas primeras referencias documentales datan de 1253 y 1259, respectivamente[171]. Detrás de los mercaderes, que abrían camino, llegan a Ifriqiya los caballeros y los mendicantes. Antes de la muerte del Conquistador, en 1276, se han formado en las principales plazas del Magreb oriental unas activas y heterogéneas «colonias» de catalanes.

Los mercaderes y los caballeros, desde 1245, encaminan una cantidad creciente de oro desde Berbería hacia la Corona Catalanoaragonesa. Una parte considerable del metal amarillo llegaría acuñado. La circulación de dinares, abundante en toda la franja litoral, alcanzaría su cotas máximas en los distritos meridionales, en Valencia y Mallorca. En 1247, Jaime I, en el acta de creación del real valenciano, establece sendas equivalencias para la mazmodina *jucefina* y la mazmodina *contrafacta*[172]. El cambio inicial fijado para la mazmodina *jucefina*, 4 sueldos, era demasiado favorable a los reales valencianos y debió de tener poca vigencia: en diciembre de 1269, se cotizaba, en Mallorca, a 5 sueldos de reales[173]. Por esta misma época, en la capital catalana, donde la oferta sería más ecasa, su curso comercial era de 6 sueldos barceloneses de terno.

La buena aceptación del numerario áureo islámico entre la sociedad catalana indujo a los asesores financieros de Jaime I a sugerir la conveniencias de transformar parte del oro circulante por la «confederación» en mazmodinas. Las acuñaciones de dinares se iniciaron en una fecha imprecisa, hacia mediados del siglo XIII, en Lérida[174]. El 22 de abril de 1272, Bernat de Torres i Vicens d'Ascàsia, especiero ilerdense, obtenían, a cambio de un monedaje de 1 dobla por marco, una licencia real para batir, en Mallorca, doblas y mazmodinas[175], de magnitudes idénticas a las que se acuñaban en Lérida[176]. Unas semanas después, el 8 de mayo, el

170. Véase *supra*, p. 218
171. ACA, C, reg. 8, fol. 2v., y reg. 11, fol. 169r.
172. Véase *supra*, p. 202
173. A. Campaner, *Numismática Balear*, p. 97.
174. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 57.
175. ACA, C, reg. 21, fol. 129r.; ed. A. Campaner, *Numismática Balear*, doc. 5.
176. *Ad illam scilicet formam et legem quibus cudi debent secundum quod in Ilerda est fieri consuetum* [*Ibidem*].

soberano faculta a Pere Andreu, experto en la acuñación de *millareses*[177], y a su hijo Pere para batir, en Barcelona, *masmodines dobles y senzilles*, de peso y ley idénticos a los de las doblas *del Mir*. La concesión, cuya vigencia era de doce años, implicaba el pago, por parte de los titulares, de una tasa de 1 morabetino por marco acuñado[178]. Para acelerar las emisiones, el monarca, el mismo día, cursa una circular a todos los oficiales notificándoles que ha concedido un salvoconducto a cuantos aportasen oro a la ceca de Barcelona para fabricar los citados dinares[179]. Los dinares y sus réplicas, por su alto valor intrínseco, se utilizarían, en la Corona Catalanoaragonesa, tanto para saldar operaciones exteriores como pagar censos y rentas de alta cuantía[180].

e) *El reinicio de las acuñaciones de oro*

A mediados del siglo XIII, en el Mediterráneo occidental se batía, pues, numerario de oro, de metrología islámica, en el Magreb, el sultanato de Granada, Sicilia y los reinos cristianos ibéricos. El gran cambio monetario de la centuria fue, sin embargo, el reinicio de la acuñación del oro en aquellas regiones donde se había interrumpido en el siglo VIII. La iniciativa correspondió a las ciudades mercantiles del Norte de Italia.

Desde 1240, pasaba suficiente oro por Liguria, Toscana o Lombardía para que los medios financieros y mercantiles propusieran a sus respectivos gobiernos la acuñación de moneda áurea propia[181]. La vuelta al bimetalismo, en Occidente, se inció poco antes de 1246, cuando se acuñó, en Lucca un *gros* de oro fino reproduciendo exactamente el tipo del dinero grande de plata[182]. El ejemplo de Lucca fue seguido rápidamente por Génova, que en 1252 empezó a batir el *genovino*[183], y por Floren-

177. Véase *supra*, pp. 219-221.

178. ACA, C, reg. 21, fol. 32r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 10, p. 34.

179. ACA, C, reg. 21, fol 32v.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 53, nota 5.

180. Jaime II de Mallorca, en 1276, percibía del tenente de la alquería Matona, situada en Deià, un censo anual de 48 mazmodinas [J. Vich y J. Muntaner, *Documenta Regni Maioricarum*, Palma, 1945, doc. 39, p. 48]. Unos años después, en 1280, establece a Guillem Cerdà la montaña Voltor, en Valldemosa, a cambio de un censo anual de *unum morabatinum bonum in auro anfussinum et recti ponderis* [*Ibidem*, doc 40, p. 50].

181. Giovanni Villani, en su conocida crónica, recalca el importante papel que jugaron los hombres de negocios en la creación del florín. Véase *infra*, p. 230, nota 184.

182. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 80.

183. *Eodem anno nummus aureus Ianue fabricatus* [«Annales Ianuenses, ann. MCCLIMCCLXIV», *Annali Genovesi di Caffaro e de' suoi continuatori*, ed. C.I. di Sant'Angelo; IV, Roma, 1926, p. 10].

cia, donde, unos meses después, se empezó a acuñar el *fiorino d'oro*[184]. Roberto Sabatino Lopez, en un importante artículo[185], relacionó la iniciativa monetaria ligur con la expansión del comercio exterior.

El *gros* áureo luqués, el florín y el *genovino* no se inspiraban en los dinares islámicos. Las magnitudes iniciales de las tres piezas derivaban de sus respectivos sistemas monetarios. Con 24 quilates de ley (1,00)[186] y una talla de 64 piezas por marco (3,54 gramos)[187], la moneda florentina contenía la cantidad de oro correspondiente a 20 sueldos de vellón[188], con lo cual la libra, unidad de cuenta, pasaba a tener un equivalente acuñado. En Génova, donde el dinero pequeño se había devaluado menos que en Florencia, el contenido de oro del *genovino* era el equivalente a 8 sueldos de vellón[189]; esta opción dio como resultado una moneda de peso casi idéntico al del florín: 3,53 y 3,54 gramos respectivamente. Aunque no hay testimonio de ningún acuerdo entre ambos comunes, sorprende que sus las dos monedas, además de coincidir ponderalmente, compartiesen la fineza de 24 quilates, en lugar de los 20 quilates y medio de los dinares y de sus réplicas cristianas.

El florín reunía los atributos necesarios para conventirse en una moneda internacional: valor fuerte y constante, tasa de monedaje baja, de un 0,6% según Pegolotti[190], acuñaciones grandes y frecuentes. Se beneficiaba del prestigio y de la potencia económica de la República florentina. Dante no duda en colocar entre los réprobos de su Infierno[191] y en castigar con los dolores de la hidropesía al maestro Adamo, que fue condenado a la hoguera, en 1281, por haber acuñado, en el castillo de Romena[192], florines de 21 quilates. La nueva moneda, al gozar de gran aceptación entre los medios mercantiles y financieros, se expandió rápidamente fuera del

184. *I mercatanti di Firenze per onore del comune, ordinaron col popolo e comune che si battese moneta d'oro in Firenze; e eglino promisono di fornire la moneta d'oro, che in prima battea moneta d'ariento da denari dodici l'uno. E allora si comincio la buona moneta d'oro* [G. Villani, *Cronica*, VI, 53, ed. F. Gherardi Dragomanni,I, Florencia, 1844, p. 276].

185. «Settecento anni fa; il ritorno all'oro nell'occidente duecentesco», *Rivista Storica Italiana*, LXV (Nápoles, 1953), pp. 19-55.

186. *Fine di ventiquattro carati* [G. Villani, *Cronica*, p. 276].

187. *I quali fiorini, gli otto pesarono una oncia* [*Ibidem*]. El marco florentino pesaba 8 onzas [E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 163].

188. *E contavasi l'uno soldi venti* [G. Villani, *Cronica*, p. 276].

189. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 233.

190. *Pratica della mercatura*, p. 191.

191. Inferno, XXX, 49-90 [*La Divina Comedia*, a cura di F. Mazzoni, I, Florencia, 1972, pp. 616-621].

192. Una de las fortaleza del Casetino.

contado. El florín, en 1296, significa ya más del 30% del total de la monedas recaudadas por los colectores de la décima pontificia en las diócesis de Fiesole, Chiusi, Pisa, Volterra y Siena; su circulación ha alcanzado especial intensidad en los obispados de Pistoia y Arezzo, que con el 88,1% y 65,5%, superan ampliamente el 50,0% correspondiente a la circunscripción de Florencia[193].

El éxito del florín indujo a los gobiernos de otros estados italianos a imitar la iniciativa florentina. Perugia inicia las acuñaciones de oro en 1259. Lucca, hacia 1265, renuncia a su *gros* de oro para alinear su moneda áurea al florín. Milán crea, por esta misma época, el *ambrosino d'oro*, otra réplica del florín. Unos años después es Siena la que se incorpora al numerario áureo[194]. Venecia, con una penetración en los mercados beréberes inferior a la de Génova y Pisa, no sustituye los lingotes por la moneda de oro hasta 1284. El *ducato*, cuyas características eran idénticas al florín, 24 quilates de ley y 3,55 gramos de peso, equivalía inicialmente a 18 dineros gruesos de plata o a 39 sueldos de vellón[195]. Un curso tan extraño evidenciaba que, en la creación del ducado, las equivalencias internas fueron supeditadas a las externas.

El prestigio de la moneda áurea rebasó pronto los confines de la Italia septentrional. Ya en 1266, Luis IX de Francia, tras haber puesto en circulación el *gros* tornés[196], había ensayado la acuñación del oro. El escudo, de 24 quilates de ley y con una talla de 58 1/3 por marco, pesaba 4,195 gramos. La nueva moneda compartía, pues, con el florín la fineza del 1,00, pero no el peso, al excederle en 0,659 gramos. Su curso fue establecido en 10 dineros gruesos torneses[197]. La iniciativa del Capeto, que formaba parte de una reforma orientada a imponer la primacía de las monedas reales sobre las señoriales, había sido, sin embargo, precipitada, al no disponer Francia de unos intensos vínculos comerciales con el Magreb. Sus sucesores immediatos acuñaron plata y vellón en idénticas condiciones. En cuanto al oro, que llegaría, en pequeñas cantidades, desde la Italia septentrional[198] y la Península Ibérica[199], se ignora si se

193. J. Day, *Monnaies et marchés*, p. 32.

194. M. Bloch, «Il problema dell'oro», pp. 115-116.

195. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 81. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 234.

196. Véase *supra*, pp. 207-208.

197. E Fournial, *Histoire monétaire*, p. 85. G. Sivéry, *L'economie de France au siècle de Saint Louis*, pp. 44 y 306.

198. R.H. Bautier, «L'Or et l'argent en Occident», p. 170. G. Sivéry, *L'économie de France au siècle de Saint Louis*, p. 305.

199. Los ecasos testimonios documentales relativos a la circulación de morabetinos y mazmodinas en Francia corresponden casi integramente a las regiones del Midi, fronterizas

mantuvo la oferta de escudos. La ausencia de hallazgos parecen indicar, no obstante, que las acuñaciones áureas se abandonarían pronto.

Felipe IV, en 1290, reinició las acuñaciones de oro, sustituyendo, sin embargo, el escudo por el real. La nueva moneda mantuvo la ley del 1,00 y el curso de 10 sueldos torneses, pero su peso descendió de 4,195 a 3,547 gramos, alineándose con el florín, cuya circulación fue prohibida en Francia[200]. El real apenas circuló fuera de las fronteras galas, fue sólo una moneda fuerte «nacional», no llegó a alcanzar la categoría de divisa internacional.

Las equivalencias entre la moneda áurea y la argéntea se establecieron, tanto en Italia como en Francia, a partir de una relación plata/oro del orden del 9,65[201]. La integración del numerario amarillo en el sistema monetario fue especialente funcional en Toscana, donde las conversiones entre las tres especies acuñadas, al equivaler el florín de oro a una libra de vellón y el de plata a un sueldo, serían muy fáciles. Los asesores financieros de la Monarquía capeta, al establecer el valor tanto del escudo como del real de oro en media libra de torneses pequeños, también facilitaron su conquista del mercado interior. Los cursos establecidos en Génova y en Venecia complicarían ligeramente, en cambio, los cáculos a los banqueros y a los mercaderes nacionales.

3. Las dificultades del bimetalismo (*c*. 1300-*c*. 1350)

El funcionamiento de un sistema monetario bimetálico es mucho más complejo que el de un monometálico, puesto que se apoya en una relación estable entre los valores del oro y de la plata, dos metales cuyas respectivas oferta y demanda no evolucionan siempre de forma sincronizada. Cuando la divergencia entre los dos cursos comerciales, con el paso de tiempo, se acentúa, todo el sistema se tambalea.

Esta discordancia entre las cotizaciones del oro y las de la plata era debida, en buena parte, al auge del comercio internacional y al descubrimiento de las ventajas del numerario áureo por parte de los mercaderes del Mediterráneo occidental. El oro, hacia 1300, disfrutaba de un curso comercial, en el peor de los casos, unas once veces y media superior

con la Corona Catalanoaragonesa [J. Duplessy, «La circulation des monnaies arabes en Europe occidentale du VIIIème au XIIIème siècles», *Revue Numismatique*, 5ª serie, XVIII (París, 1956), pp. 128-144].

200. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 88.

201. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 87.

al de la plata y, al ser mucho más denso, ocupaba sólo la mitad de volumen por idéntico peso. A los hombres de negocios ligures, toscanos y catalanes les resultaba mucho más fácil transportar *genovini*, florines o mazmodinas que lingotes o dineros gruesos de plata.

a) *La difusión de la moneda áurea*

El florín, en el primer tercio del siglo XIV, se convirtió de la moneda más apreciada en el Mediterráneo occidental en la divisa más aceptada en toda Europa, donde sustituyó gradualmente a los lingotes de plata y al numerario áureo de metrología islámica. Al prestigio internacional del florín contribuyeron decisivamente el control, por parte de las bancas toscanas, de la recaudación de los impuestos pontíficios en la mayor parte de Occidente y la activa presencia, en sus principales emporios, de compañías como las de los Buonsignori, de Siena, o las de los Bardi, Peruzzi, Acciaiuoli, Alberti y Medici, de Florencia.

La moneda de oro, desde 1300, se impone gradualmente en toda Europa. Los hombres de negocios exigen de sus autoridades respectivas que acuñen numerario fuerte, de unas características que faciliten las conversiones exteriores e interiores, y en grandes cantidades.

A principios del siglo XIV, una de las economías más vinculadas al Magreb era la balear. Jaime II de Mallorca, después de recuperar, en 1298, el control del archipiélago, había iniciado una aproximación a los sultanatos de la Berbería centrooriental. La ofensiva diplomática obtuvo resultados positivos: Abu-l-Baqa Halid de Bugía autorizó, en 1302, la instalación de un consulado propio, distinto del de los catalanes, en la ciudad y se compretió a reintegrar al monarca insular una cuarta parte de los derechos de aduanas satisfechos por sus súbditos en el sultanato[202]. Los mallorquines, por esta época, se mostraban mucho más activos, en esta zona, que los catalanes. Charles E. Dufourcq[203] ha cifrado el valor global de las operaciones concertadas, entre 1302 y 1307, por los hombres de negocios baleares en el territorio bugiota en torno a los 80.000 dinares anuales, mientras que el monto de las efectuadas coetáneamente por los ciudadanos de la Corona Catalanoaragones no superarían los 10.000.

202. AHM, Lletres Reials, I, fol. 19v.; II, fol. 178r. Cit. A. Riera Melis, «Mallorca, 1298-1311», p. 235, nota 113.

203. *L'Espagne Catalane et le Maghrib*, pp. 554-555.

La diplomacia mallorquina, en 1305 y en 1308, solicitó de la corte hafsida concesiones similares a las obtenidas en Bugía[204]. La iniciativa balear fue abortada, sin embargo, por una actuación conjunta de Jaime II de Aragón y el Concejo de Barcelona.

El comercio activo desarrollado por sus ciudadanos en el Magreb era la principal fuente de ingresos del Reino de Mallorca, pero no la única. La posición del archipiélago respecto a la red de vías marítimas que cruzaban el Mediterráneo occidental le confería una auténtica «renta posicional». Los hombres de negocios catalanes, italianos, provenzales y occitanos, en el curso de de sus desplazamientos a Berbería, solían recalar en los puertos insulares, donde efectuaban operaciones comerciales y financieras. Este trasiego de mercancías, capitales y embarcaciones, al estar gravado por cargas fiscales, garantizaba unas entradas considerables al Erario[205].

Los ingresos proporcionados por el comercio activo con Berbería y por la actividad mercantil y financiera de los hombres de negocios extranjeros generan en Mallorca, a principios del siglo XIV, un stock áureo de una cierta entidad. En 1310, Jaime II de Mallorca, para reafirmar la independencia económica del archipiélago respecto a la Corona Catalano-aragonesa, decide sustituir las monedas áureas de metrología islámica por otra de nueva creación. Las características del *reial d'or* eran las siguientes: una fineza de 23 quilates y medio de oro de florín, que se consideraba como puro, y una talla de 60 piezas por marco[206]. La moneda nueva de oro se inspiraba, pues, en el modelo toscano, del que se diferenciaba por una ley algo más baja, del 0,979 en vez del 1,000, compesada por un peso ligeramte superior, de 3,92 gramos en lugar de 3,54. En

204. A. Riera Melis, «Mallorca, 1298-1311», p. 236.

205. Los cargamentos introducidos o extraídos del archipiélago por comerciantes de ciudadanía no balear estaban sometidos al pago de un arancel de 3 dineros por libra [A. Riera Melis, *La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca*, pp. 196-200]. Las embarcaciones extranjeras que fondeaban en los puertos insulares satisfacían una tasa de *ancoratge*, cuya cuantía variaba en función de su tonelaje [M. Durliat y J. Pons, «Recerques sobre el moviment del port de Mallorca en la primera meitat del segle XIV», *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959, pp. 358-359].

206. AHM, Cód. Sant Pere, fols 13r.-13v.; ed. A. Campaner, *Numismática Balear*, doc. 15, pp. 27-278. Se han ocupado de la nueva moneda F. Mateu [«Posición de Mallorca en la Historia Económica Medieval», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul.liana*, XXIX-XXX (Palma, 1947-1952), pp. 18 y 22-23]; O. Gil [*La moneda española*, p. 293]; Ch.E. Dufourcq, *L'Espagne Catalane et le Maghrib*, p. 364]; A. Riera Melis [«Mallorca, 1298-1311», pp. 232-239]; y M. Crusafont y R. Comas [*El florí d'or català: Catalunya, València, Mallorca*, Barcelona, 1996, p. 26].

el acta de creación de real no se precisa la paridad entre la nueva pieza y las ya existentes. A pesar de esta importante omisión informativa, se puede suponer que inicialmente la moneda áurea equivaldría a 20 sueldos de reales mallorquines, con lo cual la equivalencia plata/oro sería del 12,76. En septiembre de 1323, los agentes fiscales insulares computan el *reial d'or* a 22 sueldos 6 dineros[207]. Los 2 sueldos y 6 dineros en que rebasa la cifra propuesta pueden imputarse a la progresiva sobrevaloración experimentada, en los 13 años que separan esta última fecha de la de la entrada en circulación, por el marco de oro respecto al de plata. Si esta hipótesis fuese acertada, la libra, en el sistema monetario balear, habría pasado a disponer, como en Florencia, de un equivalente acuñado.

En 1310, Mallorca se integraba, pues, en el selecto grupos de emporios con moneda de oro de metrología no islámica. La medida encerraba una fuerte dosis de propaganda política: el real de oro constituía un testimonio a escala de todo el Mediterráneo del potencial financiero del Reino balear y de su indepencia económica respecto a la poderosa Corona Catalanoaragonesa. Este prestigio, sin embargo, implicaba el mantenimiento de las características originarias del nuevo numerario, lo que obligaría al reino insular a vigilar ininterrumpidamente sus canales de aprovisionamiento de oro, a volcarse todavía más sobre el Magreb.

La capacidad de acuñación de oro del Reino de Mallorca debió de ser limitada. De las emisiones, que se prolongaron hasta 1340, sólo nos han llegado dos o tres ejemplares de Jaime II y otros tantos de Sancho. Pegolotti[208], en su descripción —incompleta— del sistema monetario mallorquín, sólo menciona los dineros gruesos de plata y los pequeños de vellón; la descripción de la moneda áurea figuraría tal vez en el pasaje que no nos ha llegado. Este hiato del gran informante coetáneo toscano y la escasa penetración de la historiografía relativa a la Corona Catalanoaragonesa en los circuitos universitarios anglosajones explican que el real de oro mallorquín haya pasado desapercibido incluso para expertos tan bien informados como John Day y Peter Spufford. Es de suponer que con la reciente aparición de una obra de síntesis de David Abulafia sobre el Reino de Mallorca[209], su historia monetaria empezará a ser conocida entre los medievalistas de habla inglesa.

207. AHM, Llibre de Dades 1321-1322, fol. 7r.
208. *Pratica della mercatura*, p. 125.
209. *A Mediterraean emporium. The Catalan kingdom of Majorca*, Cambridge, 1994.

Entre 1310 y 1340, nuevos estados del Mediterráneo occidental adoptan la moneda áurea. Juan XXII, en 1322, inicia, en Pont-de-Sorgues, las acuñaciones del florín de Cámara, de fineza y peso idénticos al florentino[210]. Las compras de provisiones para la corte de Aviñón contribuirán a difundir la moneda áurea pontificia por los valles del Ródano y del Saona. Por esta misma época, el marqués de Montferrato, Teodoro Paleólogo, empieza a batir una réplica de la divisa toscana. De las riberas del Mare Nostrum, la moneda de oro cristiana se expande, siguiendo los grandes ejes comerciales, por todo el Occidente.

b) *La inestablidad del curso comercial de los metales preciosos*

En la primera mitad del siglo XIV, el gran comercio adoptó, a escala europea, la moneda de oro. El auge de los florines generó una gran demanda de metal amarillo, que rebasó los superávit aúreos obtenidos en el Magreb. Según los cálculos de Balint Homan[211], entre 1250 y 1350, las importaciones occidentales de oro sudanés serían del orden de las 2 toneladas anuales, estimación que parece algo baja. El hambre de oro tampoco pudo ser satisfecha mediante el incremento de las actividades extractivas en las minas de Transilvania, en explotación desde XII. De los filones húngaros sólo se obtenían cantidades modesta, que no superarían, según el experto ya citado, las 0,1 toneladas anuales[212]. La entrada en producción, hacia 1320, de los yacimientos de Kremnica, en Eslovaquia[213], al inyectar, según Marion Malowist[214], entre 3 y 4 tonelada de oro cada año en los circuitos europeo, supuso un alivio importante, pero transitorio, puesto que la producció, después de 1385, cayó rápidamente, situándose por debajo de las 1,5 toneladas anuales[215].

El oro húngaro, en el primer cuarto del siglo XIV, llegaba ya, en pequeñas cantidades, al Norte de Italia, su vía normal de entrada era Venecia. En 1315, la ceca de Florencia acuñaba ya oro magiar[216]. El descubrimiento de los citados filones de Kremnica, además de permitir al rey

210. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 81.

211. «La circolazione delle monete d'oro in Ungheria dal X al XIV secolo e la crisi europea dell'oro nel secolo XIV», *Rivista Italiana di Numismatica*, 2ª serie, V (Milán, 1922), p. 116.

212. *Ibidem.*

213. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 345-347.

214. «Problems of the Growth of the National Economy of Central-Eastern Europe in the Late Middle Ages», *Journal of European Economic History*, III (Roma, 1974), p. 345.

215. *Ibidem.*

216. B. Homan, «La circolazione delle monete d'oro», p. 131.

Carlos Roberto de Anjou iniciar las acuñaciones de florines en el valle del Danubio, generaron un gran poder de compra en Hungría, que fue atendido casi exclusivamente por los hombres de negocios italianos, quienes acostumbraban a regresar de las ferias de Buda con importantes cantidades de metal amarillo. Mientras que, en el siglo XIII, la ruta de Viena había canalizado el grueso de los intercambios entre Venecia y los grandes mercados de Bohemia y de Hungría; desde 1335, a raíz de un tratado comercial subscrito por estos dos últimos estados, el tráfico comercial entre el valle medio del Danubio y la Serenísima se encauzó por otra vía, más meridional, cuyas principales estapas eran Zagreb y Senj[217]. La demanda de artículos de lujo, en Hungría, era tan fuerte y variada que difícilmente podía ser cubierta por unos proveedores únicos; de ahí que numerosas compañías florentinas, por esta misma época, instalaran factores en Buda[218]. Durante el segundo tercio del siglo XIV, la afluencia de oro magiar hacia Italia septentrional se incrementa rápidamente y el desequilibrio existente entre la oferta áurea africana y la transalpina se atenúa.

El florín, el escudo y sus réplicas, como señaló Marc Bloch[219], constituían «monedas de clase»; su uso estaba reservado a las capas altas de la sociedad, a los hombres de negocios, miembros de la nobleza y jerarquías eclesiásticas. La moneda de oro estaba pensada para el comercio internacional y para las finanzas públicas. Su alto valor restringía, en cambio, su funcionalidad en el mercado interior. Después de 1300, los salarios[220] y las rentas de inmuebles continuaban pagándose en dineros gruesos de plata, mientras que para las compras cotidianas de alimentos y de pequeños artículos de consumo se seguían utilizando los viejos dineros de vellón. Las dos modalidades de moneda de plata conservaban, pues, un papel social muy importante. En el Mediterráneo occidental, la demanda de metal blanco, en la primera mitad del siglo XIV, siguió creciendo, aunque a un ritmo más lento que la de oro.

La importante función desempeñada por los numerarios de plata y de vellón en las monetizadas sociedades de la Europa occidental explica que, durante la primera mitad del siglo XIV, la actividad extractiva no se

217. B. HOMAN, «La circolazione delle monete d'oro», pp. 123-139. P. SPUFFORD, *Dinero y moneda*, pp. 347-348.

218. *Ibidem.*

219. «Il problema dell'oro», p. 154.

220. En Florencia, en 1336-1338, los estipendios de los funcionarios públicos, incluidos los del *podestà* y del *capitano del popolo*, se pagaban todavía en florines de plata [G. VILLANI, *Cronica*, XI, 93; III, pp. 322-323].

estancara, sino que continuara intensificándose, con resultados diversos, en todos los yacimientos conocidos. Durante toda la Edad Media, como consecuencia del nivel de desarrollo tecnológico, que restringía la explotación a las vetas superficiales o de escasa profundidad, las empresa mineras tenían, sin embargo, un período de vigencia corto. Según Gustav Schmoller[221], los yacimientos de plata germánicos, en los siglos XIV y XV, sólo fueron rentables durante dos o tres generaciones. La caída de la producción, desde 1285, era muy manifiesta en los filones más antiguos, como los de Freiberg y Freisach, al norte de los Alpes, y los de Montieri, en Toscana, que habían sido reemplazados respectivamente por los de Jihlava, en Moravia, y los de Iglesias, en Cerdeña[222].

El agotamiento de los viejos yacimientos inducía a los mineros y a las autoridades a coordinar esfuerzos para localizar nuevos filones. La colaboración de la iniciativa privada con los poderes públicos había permitido abrir, en la segunda mitad del siglo XIII, nuevas minas de plata en Schemnitz, Zips y Rodna, en el Reino de Hungría. El hallazgo más importante se produjo, sin embargo, en 1298, en Bohemia. La producción de los yacimientos de Kutná Hora alcanzó rápidamente una magnitud espectacular, puesto que ha sido evaluada, para la primera mitad del siglo XIV, entre unas 20[223] y unas 35[224] toneladas anuales, cantidades que superarían ampliamente la caída de rendimiento registrada coetáneamente en otras vetas de la Europa central. Las extracciones, después de 1350, experimentan, sin embargo, un fuerte declive: la producción media anual desciende hasta el nivel de las 10 toneladas[225].

La explotación de las minas de Iglesias, según John Day[226], garantizaba, en el primer cuarto del siglo XIV, poco más de una tonelada de plata anual. El común de Pisa, que, desde 1302, administraba directamente la región, estableció una ceca en la ciudad sarda, donde acuñó, *aquilini grossi*, parecidos a los batidos en Toscana[227]. La derrota de la Meloria, en 1284, había relegado, sin embargo, la república de las bocas del Arno a la categoría de potencia de segunda fila. Este ocaso naval y político fue aprovechado por la Monarquía catalanoaragonesa, que, con el beneplá-

221. Citado por P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 153, notas 22 y 23.
222. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 160.
223. B. Homan, «La circolazione delle monete d'oro», p. 136.
224. J. Janacek, «L'argent tchèque et la Mediterranée, XIVe et XVe siécles», *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel*, I, París, 1973, pp. 245-261.
225. J. Janacek, «L'argent tchèque et la Mediterranée», pp. 245-261.
226. *Uomini e terre nella Sardegna coloniale, XII-XVIII secolo*, Turín, 1987, p. 95.
227. C. Baudi de Vesme, *Codex Diplomaticus Ecclesiensis*, pp CCXXVII-CCXXX.

cito de la Santa Sede y de los güelfos florentinos, desmontó, entre 1323 y 1325, la presencia pisana en la mitad meridional de Cerdeña. El infante Alfonso, tan pronto como se hizo con el control del distrito minero, adoptó todas las medidas legales y técnicas necesarias para reiniciar las acuñaciones, en nombre de su padre, Jaime II. La nueva administración intensificó las extracciones, que alcanzaron, entre 1335 y 1340, las 2,2 toneladas de plata anuales[228]. Por estos años se efectuaron importantes acuñaciones de *alfonsins d'argents* y de *alfonsins menuts*. Los alfonsinos gruesos eran idénticos en peso y ley a los *croats* de Barcelona. Los alfonsinos de vellón, 18 de los cuales equivalían a 1 alfonsino de plata[229], eran, en cambio, un 33,33% más ligeros que los dineros de terno barceloneses; los cambios se efectuarían, pues, de acuedo con la siguiente relación: 3 insulares por 2 catalanes. La producción experimentó, en cambio, una caída acelerada a partir de mediados del siglo XIV. La ciudad de Iglesias fue incendiada en 1355, en el curso de la guerra entre los catalanes y los partidarios de los jueces de Arborea. El ocaso culminó con el cierre de la ceca, en 1365.

Entre 1285 y 1350, tanto la producción de oro como la de plata aumentaron, pues, considerablemente, aunque a un ritmo inferior al de las respectivas demandas. Las ofertas de ambos metales no evolucionaron, además, de forma sincronizada; mientras que las extracciones de plata crecieron a un ritmo más vivo durante el primer cuarto del siglo XIV, las de oro no despegaron hasta después de 1325. Este conjunto de circunstancias provocó que la relación entre los cursos comerciales de ambos metales se alterara. La inestabilidad, que se había iniciado en 1285, se acentuó a partir del cambio de siglo. El aumento del stock metálico, aunque importante, no fue suficiente para atender las necesidades del comercio exterior e interior; el incremento de la velocidad de circulación del numerario y la organización del crédito contribuyeron decisivamente, sin embargo, a ajustar los medios de pago a las transacciones.

228. J. Day, *Uomini e terre nella Sardegna*, p. 95.

229. *Com los alfonsins d'argent qui.s baten a Vila d'Esgleyes sien d'un pes ab barceloneses d'argent et axí de una lley o de mellor, vol lo dit senyor Rey* [Alfonso el Benigno] *que.ls alfonsins d'argent correguen en la illa a .XVIII. diners d'alfonsins menuts per cascú, com a semblant for hi correguen los barceloneses d'argent* [ACA, C, reg. 510, fol. 160r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 102]. *Ispendensi in Sardigna, specialmente in Castello di Castro, una moneta d'argento che si chiamano anfrusini, che sono di lega d'once 11 d'ariento fine per libbra, ed entrante in uno marchio di Castello, com'escono della zecca, 72 de' detti grossi anfrusini a conto, e spnedensi in Castello per denari 18 piccioli anfrosini l'uno* [F.B. Pegolotti, *La pratica della mercatura*, pp. 119-120].

En Francia, donde la relación plata/oro, entre 1266 y 1295, había pasado del 9,65 al 13,67, la inestabilidad —como ha demonstrado Etienne Fournial[230]— se acentuó después de 1300. La relación descendió, en 1303, situándose en el 12,24. Cambió de tendencia entre 1306 y 1311, pasando del 14,13 al 15,69. Durante los nueve años siguientes osciló a la baja, hasta colocarse, en 1318, en el 9,60. Esta equivalencia fue, sin embargo muy efímera, puesto que volvió a elevarse en la tercera década del siglo, cuando alcanzó su cota máxima: el 18,85, en 1326. La correspondencia entre los dos metales experimentó, a partir de este último año, un descenso ininterrumpido, que la condujo, en 1350, al 9,25, equivalencia inferior a la que había servido de base, en 1266, a la reforma monetaria de Luis IX.

Los cursos comerciales del oro y de la plata, durante la primera mitad del siglo XIV, también oscilaron considerablemente en el Norte de Italia, aunque con menos intensidad y a un ritmo más lento. En Génova, el oro valía, hacia 1300, trece veces más que la plata[231]. Durante venticinco años, el curso comercial del metal blanco crece a un ritmo más lento que el del amarillo. La tendencia se invierte en 1326-1327, cuando se inicia una caída gradual del precio del oro. Esta dinámica, con pequeños retoques, es aplicable a los restantes comunes de la Italia septentrional: en Florencia el oro alcanzó su valor más alto entre 1326 y 1331, y en Siena en 1329[232]. En ninguna de estas ciudades-república el precio del oro llegó superar, sin embargo, en más de catorce veces el de la plata. Una tecnología comercial avanzada y una posición favorable en los circuitos internacionales de los metales preciosos contribuyeron a aminorar las turbulencias monetarias en Liguria y Toscana.

La revaluación descompensada del oro y de la plata también se produjo en Cataluña, como se desprende de la evolución del curso comercial del florín de oro. La divisa florentina, que se cambiaba a 14 sueldos 6 dineros barcelones en 1302[233], se paga a 15 sueldos 4 dineros en 1310[234], y se cotizará a 18 sueldo en 1324[235], en plena campaña de Cerdeña. La relación plata/oro, durante el primer cuarto del siglo XIV, pasa, pues, del 13,32 al 16,53. A partir de 1335, la plata se revaluará con respecto al oro: en 1346, cuando se inicien las acuñaciones de florines perpiñaneses[236], la

230. *Histoire monétaire*, pp. 88-95.
231. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 234.
232. *Ibidem*, p. 348.
233. E. González Hurtebise, *Libros de tesorería de Jaime II*, p. 114.
234. ACA, C, Jaime II, Cartes Reials i Diplomàtiques, nº 3965.
235. C.E. Dufourq, *L'Espagne Catalane*, p. 564, nota 3.
236. Véase *infra*, pp. 253-255

correspondencia entre ambos metales se habrá situado en el 14,71. Seis años antes, el oro valía, en Cerdeña, un territorio con minas argentíferas, catorce veces más que la plata[237].

c) *La primeras mutaciones monetarias*

Las oscilaciones asimétricas de las ofertas de metales preciosos, al coincidir con una demanda creciente de numerario, obligaron a los poderes emisores a modificar reiteradamente el valor oficial y las características intrínsecas de la moneda, para adaptarlos al curso comercial del oro y de la plata. La inestabilidad monetaria alcanzó su máxima expresión en Francia, donde las dificultades generales se vieron agravadas, durante toda la primera mitad del siglo XIV, por los costos de diversos conflictos bélicos. La Monarquía capeta, en la fase álgida de los contenciosos, devaluaba la moneda, para pagar a las tropas, y la revaluaba en los períodos de distensión, cuando sus déficit presupuestarios se atenuaban.

En 1295, Felipe IV de Francia, después de un siglo de moneda estable, para financiar su frustrado intento de desmontar la presencia inglesa en Gascuña, empezó a alterar la moneda. El curso del *gros* tornés pasó de 13 1/8 a 15 dineros pequeños, y el del real de oro, de 10 a 15 sueldos torneses[238]. Estos cambios significaban que el contenido de plata fina del dinero de vellón había experimentado una caída notable, del orden del 9,12%, al pasar de los 0,307 a los 0,279 gramos. La devaluación proporcionó a la Corona unos ingresos extraordinarios del orden de las 101.000 libras parisinas. Los beneficios, a medida que las devaluaciones se intensificaban, crecían. Durante el bienio de 1298-1299, las cecas aportaron 1.200.000 libras tornesas. A finales del siglo XIII, el monedaje se había convertido en la principal fuente de ingresos del Erario francés[239].

Las primera devaluaciones del reinado de Felipe IV se prolongaron hasta 1306. Una mejora de la coyuntura internacional permitió al soberano atender las reiteradas peticiones de los rentistas, partidarios de la moneda vieja. La revaluación se reveló, sin embargo, como una tarea mu-

237. Véase *infra*, p. 251.

238. E. FOURNIAL, *Histoire monétaire*, p. 88.

239. A. LANDRY, *Essai économique sur les mutations des monnaies dans l'ancienne France de Philippe le Bel á Charles VII*, Paris, 1969², pp. 203-206. E. MILLER, «La política económica de los gobiernos», *Historia Económica de Europa de la Universidad de Cambridge*, III, Madrid, 1972, pp. 361-348. P. SPUFFORD, *Dinero y moneda*, p. 388.

cho más compleja que la devaluación. El dinero de vellón recuperó las magnitudes que tenía en 1290, antes de la ruptura de hostilidades con Inglaterra, y el curso del *gros* se rebajó de 15 dineros a 13 1/8. En cuanto al oro, el regreso a la buena moneda se efectuó mediante la acuñación de un nuevo real, de 24 quilates, pero algo más ligero que el de 1290, puesto que pesaba sólo 3,496 gramos, 0,051 gramos menos. Su curso fue establecido en 13 sueldos 9 dineros torneses[240].

Apenas se habían logrado los objetivos propuestos, cuando los costos de una nueva guerra, con Flandes, obligaron a los asesores financieros de Felipe IV a diseñar, en 1311, una segunda serie de devaluaciones, que se materializó en la creación de especias nuevas y en la elevación del curso de las antiguas. Las piezas nuevas fueron el *agnel* de oro y los *bourgeois* de vellón. El *agnel*, de 24 quilates, pesaba 4,136 gramos y corría por 20 sueldos torneses. En cuanto a las especies antiguas, la modificación más importante consistió en que la cotización del *gros* tornés volvió a establecerse en 15 dineros[241]. Una oportuna bajada del metal blanco[242] permitió, sin embargo, reiniciar, en 1313, la vuelta a la buena moneda. Se trató de una mutación nominal que afectó exclusivamente al curso de las diversas especies. La equivalencia del *agnel* fue rebajada de 20 a 15 sueldos torneses, y la del *gros*, de 15 a 12 dineros torneses[243].

La buena moneda sólo pudo mantenerse hasta 1318, cuando el alza de la plata[244] indujo a los coordinadores del Erario a sugerir a Felipe V la conveniencia de devaluar el gros. La mutación respetó la ley (0,958) pero redujo su peso, de 4,219 a 4,136 gramos, y elevó su curso, de 12 a 15 dineros torneses[245]. Ocho años después, fue la subida del oro[246] la que obligó a Carlos IV a sustituir el *agnel* por un el real *long vêtu*. La nueva pieza, de 24 quilates, pesaba 4,219 gramos y equivalía a 25 sueldos torneses[247].

240. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 90.

241. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 91.

242. Cuyo marco, que se había pagado a 66 sueldos 6 dineros torneses en enero de 1311, valía, en septiembre de 1313, 54 sueldos torneses [E. Fournial, *Histoire monétarie*, p. 91].

243. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 91.

244. Cuyo marco había pasado de 54 sueldos torneses, en diciembre de 1316, a 67 sueldos 6 dineros torneses, en marzo de 1318 [E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 92].

245. E Fournial, *Histoire monétaire*, p. 92.

246. El marco, por el que se habían pagado 53 libras 8 sueldos 9 dineros torneses en octubre de 1322, se compraba, en febrero de 1326, a 67 libras 10 sueldos [E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 93].

247. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 93.

El deseo de estabilidad era, sin embargo, general. Una caída del curso comercial de los dos metales preciosos[248] permitió emprender, en setiembre 1329, un proceso de revaluación que culminó en abril de 1330. La buena moneda de Felipe VI era, no obstante, distinta a la de Luis IX. En el sistema monetario de 1266-1270, el dinero pequeño tornés equivalía a 0,3369 gramos de plata fina o a 0,0349 gramos de oro; en el de 1330, correspondía, en cambio, a 0,3263 gramos de plata fina o a 0,0234 gramos de oro[249]. La relación entre ambos metales había pasado del 9,65 al 13,94

La buena moneda restaurada en 1330 no durará mucho tiempo. Desde 1337 hasta 1360, la primera fase de la Guerra de los Cien Años, las carestías, las epidemias y las crisis políticas provocarán en Francia una cascada de rápidas y fuertes devaluaciones, interrumpida por breves e inoperantes esfuerzos de revaluación. Sorprende tanto el número de mutaciones, ochenta y cinco en veintisiete años, como la intensidad de la pérdida de fino. Mientras que, en enero de 1337, el sueldo tornés contenía 2,605 gramos de plata fina, en enero de 1360, sólo equivalia a 0,217 gramos[250]; la merma había sido, pues, del 91,7%. La degradación fue especialmente intensa en los dineros de vellón, que se convirtieron prácticamente en piezas de cobre, en «moneda negra». Los ingresos obtenidos por la Corona con estas devaluaciones fueron espectaculares: de las 782.000 libras ingresada, en 1439, por la Hacienda francesa, 522.000, el 66,75%, procedían del monedaje[251]

¿Por qué Francia conoció, en la primera mitad del siglo XIV, más de cinco décadas de inestabilidad monetaria? La mutaciones obedecen a diversas causas, que se combinan de forma diversa con el paso del tiempo. La penuria de metales preciosos que experimentó Occidente, a pesar de la entrada en producción de los yacimientos argentífero de Kutná Hora y auríferos de Kremnica, constituye, sin duda, el primer motivo. La demanda de numerario crecía en Europa a un ritmo superior al de la oferta de oro y de plata, cuyos cursos comerciales seguían una tendencia alcista. La sed de metal amarillo —como ya se ha expuesto— fue especialmente intensa en el primer cuarto de la centuria, y la del metal blanco, en la segunda. Cada vez que el precio del oro o de la plata se elevaba en una proporción que no permitía acuñar moneda en condiciones remunerativas, los poderes públicos se veían obligados a practicar una

248. En septiembre de 1329, el marco de oro valía 40 libras 10 sueldos torneses y el de plata, 48 sueldos torneses [E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 93].

249. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 95.

250. E. Fournial, *Histoire monétaire*, pp. 100-101.

251. P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 392.

devaluación. Por el contrario, estas mismas autoridades se apresuraban a revaluar la moneda cuando el curso comercial de los metales preciosos bajaba.

A menudo, el rey manipuló la moneda en una coyuntura económica que no lo exigía, sólo para obtener unos rápidos ingresos extraordinarios. Tanto los últimos Capetos como los primeros Valois consideraron más fácil finaciar las guerras mediante devaluciones que con incrementos de la presión fiscal. Cuando la falta de metal precioso coincidió con la fase álgida de un conflicto bélico, como entre 1346 y 1360, las manipulaciones monetarias se sucedieron a una velocidad frenética, a un ritmo casi mensual.

La crisis económica y social por la que atravesó Francia a partir de 1340 repercutió, además, en la oferta interior de metales preciosos. En las épocas de dificultades, todos los estamentos reducen el consumo y las inversiones; un futuro incierto estimula el espíritu de ahorro, de tesaurización. Los estamentos que disponen de stocks de oro o de plata tiende a congelarlos, se muestran reacios a acuñarlos. La Corona procura neutralizar esta tendencia exigiendo periódicamente a los particulares solventes que vendan a la ceca una parte de sus vajillas de metales preciosos[252]

Las tentativas de retorno a la buena moneda fracasaron porque las especies envilecidas de las emisiones anteriores, aunque con el curso legal rebajado, continuaron circulando, concurriendo con las de buena ley. Los particulares se reservaban las piezas fuertes y se desprendían sistemáticamente de las de baja fineza. Doscientos años antes que Gresham, los consejeros del rey de Francia ya constataban que «la mala moneda expulsaba la buena».

¿Cuáles fueron los principales efectos de cincuenta años de mutaciones monetarias? Las devaluaciones repentinas empobrecían a quienes vivían de rentas fijas en metálico y, al encarecer las importaciones, perjudicaban a las clases consumidoras. Los afectados, entre los que figuraban la nobleza y las jerarquías eclesiásticas, respondían a la iniciativa real con acciones políticas, con enérgicas intervenciones en las asambleas representativas. Las revaluaciones bruscas repercutían negativamente sobre quienes pagaban censos fijos en dinero o trabajaban para el comercio exterior, puesto que encarecían las exportaciones. Los damnificados, faltos de plataformas políticas adecuadas, sólo podían oponer a la mutación la revuelta.

252. E. Fournial, *Histoire monétaire*, p. 117.

Durante los siglos XII y XIII, aunque los moralistas sostenían que la moneda pertenecía al gobernante, los príncipes habían concertado, en Francia, una serie de pactos con la nobleza y el patriciado urbano por los que se comprometían a no modificar la moneda[253]. Esta autoregulación del monarca, que implicaba la percepción de una tasa específica, el monedaje, entró en crisis en el reinado de Felipe IV, quien inició —como ya se ha expuesto— una serie de devaluaciones para finaciar la guerra de Gascuña. Los juristas de la corte defendieron con convicción la iniciativa del soberano.

Después de diez años de devaluaciones, la teoría tradicional sobre el derecho del soberano a alterar la moneda empezó a ser cuestionada por los estamentos privilegiados del reino, los grandes perjudicados por la iniciativa real. Poco a poco se abrió paso la idea de que la moneda se había convertido en una competencia compartida entre el príncipe y sus «consejeros naturales». Desde la segunda década del siglo XIV, los colectivos económicamente solventes defienden la tesis de que el monarca, para poder alterar la moneda, debía solicitar su consentimiento[254], puesto que las mutaciones tenían graves consecuencias sobre los precios, los préstamos y el ahorro. En la práctica, los últimos Capetos, acostumbraron a someter a la consideración de las Cortes sus proyectos monetarios, aunque no estaban convencidos de que fuera necesario. Este cambio, sin embargo, no había alcanzado aún el nivel de la teoría política. No será hasta depués de 1350 cuando Nicolás de Oresmes, en un cotexto de devaluaciones en cascada, redactará su tratado *De moneta*[255], síntesis argumentada de las opiniones de los colectivos privilegiados. La idea central de la teoría de Oresmes[256] es que la moneda pertenece a la sociedad

253. Como ha demostrado T.N. Bisson, *Conservation of Coinage, Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon c. 1000-1225 A.D.*, Oxford, 1979.

254. Este proceso ha sido muy bien analizado por P. Spufford en «Assemblies of estates, taxation and control of coinage medieval Europe», *Studies Presented to the International Commission for the History of Representative and Parliamentary Institutions*, Paris-Lovaina, 1966, pp. 115-130.

255. He utilizado la edición de J. Hernando, «"Tractatus de origine et natura, iure et mutationibus monetarum" de Nicolás de Oresmes (s. XIV). Introducción, transcripción y traducción», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 2 (Barcelona, 1981) 9-65.

256. Analizada, entre otros, por E. Bridey [*La théorie de la monnaie au XIVe siècle. Nicole Oresme. Etude d'histoire des doctrines et des faits économiques*, Paris, 1906]; J.A. Schumpeter [*Historia del análisis económico*, Barcelona, 1971, pp. 138-139]; S.M. Babbit [«Oresme's *Livre de Politiques* and the France of Charles V», *Transactions of the American Philosophical Society*, LXXXV-1 (Filadelfia, 1985), pp. 1-158]; y P. Spufford [*Dinero y moneda*, pp. 379-395].

y sólo sus representantes legales pueden autorizar, en coyunturas especiales, al soberano a modificarla[257]. Corresponde a las asambleas representativas establecer cuándo las circunstancias exigen una mutación monetaria. Si la situación de emergencia fuera tan perentoria que no permitiese convocar a las Cortes, el príncipe, por propia iniciativa, podrá reclamar recursos a sus súbditos, a título de préstamo, pero no alterar la moneda[258].

La teoría de Oresmes se convirtió en la nueva ortodoxia en 1360, cuando la Monarquía francesa, aprovechando una pausa de la Guerra de los Cien Años, optó por restablecer la moneda fuerte e incrementar la fiscalidad directa, de la que estaban exentos los estamentos privilegiados[259].

Las ciudades-república italianas, con un territorio exiguo, una economía muy desarrollada, una política exterior pragmática y unas estructuras administrativas ligeras, no experimentaron, en la primera mitad del siglo XIV, unas sacudidas monetarias de la magnitud de las francesas. Los emporios toscanos se vieron afectados, sin embargo, por la inestabilidad del real de oro o del *gros* tornés, como consecuencia tanto de la asiduidad con que los últimos Capetos, en los momentos de falta de liquidez, acudían a algunas compañías toscanas[260] en busca de créditos como de la fuerte presencia de las bancas florentinas, sienesas y luquesas en el mercado financiero galo. Las devaluaciones complicarían el reintegro o reducirían la rentabilidad de muchos préstamos, especialmente de los concedidos al soberano, un cliente muy especial, sobre el cual era muy difícil ejercer una presión eficaz.

La degradación de la moneda quedó prácticamente circunscrita al numerario de vellón. Los florines florentinos, que originariamente pesa-

257. *Item moneta est ipsius communitatis... et ipsa potest eam sic mutare...; ergo ipsa communitas potest aut potuit auctoritatem taliter mutandi monetas principi concedere et seipsam spoliare iure ordinationis et mutationis monete* [J. Hernando, «Tractatus de mutationibus monetarum», p. 52].

258. *Determinandum est per comunitatem aut per valentiorem eius partem, expresse vel tacite, quando, qualis et quanta necessitas imminet. Expresse dico quare ad hoc debet congregari communitas, si adsit facilitas; tacite vero, si fuerit tam festina necessitas quod populus convocari non possit, et tam evidens quod postea appareat notorie. Tunc enim licet principi aliqua recipere de facultatibus subditorum non per mutationen monete sed per modum mutui, de quo postea facienda restitutio plenaria* [*Ibidem*, p. 54].

259. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 379-387 y 391-396.

260. Felipe IV, entre 1290 y 1310, mantuvo estrechos contactos económicos con las compañías florentinas de los Spiglatti y los di Guido [G. Bigdwood, «La politique de la laine en France sous les règnes de Philippe le Bel et de ses fils», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, XV (Bruselas, 1936) 430-432].

ban 3,54 gramos, no cayeron nunca por debajo de los 3,33 gramos, su merma ponderal no superó, pues, el 6%. La ley se mantuvo inalterada, en los 24 quilates iniciales. Las variaciones del curso comercial del oro y de la plata, junto con la depreciación gradual de los dineros pequeños, obligaron, sin embargo, a los poderes emisores a corregir periódicamente el curso legal de las monedas fuertes. En Florencia, el valor del florín de oro pasó, entre 1300 y 1350, de 46 sueldos 6 dineros a 64 sueldos de *piccoli*. En Siena, el florín, en este mismo período, también se revaluó, pasando de 50 a 63 sueldos de *piccoli*. El *genovino*, que se había pagado, en 1302, a 17 sueldos 2 dineros, se cotizaba, después de la Peste Negra, a 25 sueldos de *piccoli*[261].

La Corona Catalanoaragonesa tampoco se vio afectada, en la primera mitad del siglo XIV, por fuertes y reiteradas mutaciones monetarias. Sus monarcas, controlados de cerca por los representantes de los grandes concejos y del episcopado, no pudieron sucumbir a la tentación de financiar las guerra con devaluciones en cascada; tuvieron que enjugar sus crecientes déficit presupuestarios mediante el incremento de la presión fiscal, instaurando nuevos impuestos[262]. Jaime I, en 1258 y 1265, se había comprometido bajo juramento, en su nombre y en el de sus herederos, a no modificar el dinero de terno barcelonés y los reales valencianos respectivamente[263]. No era posible, sin embargo, mantener inalteradas las monedas de plata y vellón, ni siquiera en un contexto en que el valor del marco de plata se mantuviera estable, puesto que las monedas se desgastaban gradualmente y perdían peso[264]. Al cabo de cierto tiempo la divergencia entre su curso legal y su contenido en metal fino era tan considerable que, al superar el margen de tolerancia, dejaba de ser rentable su adquisición para reacuñarlas de acuerdo con la talla y la ley

261. P. Spufford, *Dinero y moneda*, pp. 374-375.

262. Como han demostrado, entre otros, M. Sánchez Martínez [«La fiscalidad real en Cataluña (siglo XIV)», *Anuario de Estudios Medievales*, 22 (Barcelona, 1992), pp. 341-376; *El naixement de la fiscalitat d'Estat a Catalunya*, Vic, 1995; «La evolución de la fiscalidad regia en los países de la Corona de Aragón (c. 1280-1356)», *Europa en los umbrales de la crisis (1250-1350). XXI Semana de Estudios Medievales de Estella*, Pamplona, 1995, pp. 393-428]; y A. Sesma [«Fiscalidad y poder. La fiscalidad centralizada como instrumento de poder en la Corona de Aragón (siglo XIV)», *Espacio, Tiempo y Forma*, III-1 (Madrid, 1988) 447-463; «La transformación de la fiscalidad real en la Baja Edad Media», *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, I-1, Zaragoza, 1996, pp. 231-291].

263. Véase *supra*, pp. 202-203.

264. Los primeros cálculos exactos del degaste de la moneda, efectuados en Inglaterra en el siglo XIX, demostraron que la merma anual media era del orden del 0,362% del peso de la pieza [P. Spufford, *Dinero y moneda*, p. 407, nota 48].

originarias. La experiencia había demostrado que era imprescindible practicar una reducción ponderal de la moneda nueva, de una cuantía ligeramente superior a la merma producida por el uso, aproximadamente cada generación. Si el poder emisor no practicaba esta corrección al alza de la talla, los cambistas y otros proveedores dejaban de aportar moneda vieja a la ceca, que, al no disponer de metal, tenía que interrumpir su funcionamiento. El cese de la oferta de numerario provocaba, a su vez, nuevos inconvenientes. La demanda era cubierta por monedas extranjeras, especialmente por las peor fineza, que invadían el mercado interior. Las monedas nacionales de las últimas emisiones era tesaurizadas por los particulares, en espera de una revaluación, o exportadas a los estados vecinos, donde se pagaba mejor. Cuando las cecas cerraban, la oferta monetaria se degradaba y los mercados financieros se resentían.

En un contexto de revaluación gradual del marco de plata y de oro, como el que vivió Europa desde 1285, el proceso descrito anteriormente se aceleraba y las correcciones periódicas del valor de las monedas se convertía en una auténtica necesidad. Las Cortes Catalanas, en 1307, ante la evidencia de los hechos, desligan a Jaime II del juramento prestado por su abuelo de no modificar las características del numerario barcelonés; el soberano, sin embargo, se compromete de nuevo a respetar a perpetuidad el peso y la ley de la moneda, aunque a un nivel ligeramente inferior al tradicional. Todo este proceso se tendrá que repetir, dos generaciones después, en 1350, durante el reinado de Pedro el Ceremonioso. Los compromisos contraídos por los soberanos afectaban exclusivamente a la talla y la fineza legales, no a las efectivas, que retocaban a la baja cuando subía el curso comercial de los metales preciosos.

La degradación era más evidente en la moneda de vellón que en la de plata, porque sus usuarios preferentes, los estamentos populares, no disponían —como ya se ha expuesto— de plataformas políticas adecuadas para defender sus intereses; la representación de las ciudades en las Cortes estaba controlada por los mercaderes y los artesanos cualificados, por los colectivos altos y medios de la sociedad urbana. La falta de conocimientos contables y de instrumentos de comprobación no permitía a las capas subalternas detectar las mutaciones monetarias, especialmente las que afectaban a la fineza, con una rápidez idéntica a la de los medios comerciales o bancarios. Para los poderes emisores, las desvalorizaciones del dinero pequeño implicaban, pues, menos riesgo que las alteraciones de la moneda gruesa. En Cataluña, durante el primer tercio del siglo XIV, un sector mayoritario de la sociedad rechazaba los dineros de vellón, por considerarlos sistemáticamente sobrevaluados, y sólo admitía los *croats*. Los asesores financieros sugirieron, en 1329, a Alfonso

el Benigno que, dada su utilidad para las pequeñas transacciones cotidianas y como divisores de la moneda de plata, ratificara el curso legal y la aceptación obligatoria del numerario de terno[265].

Durante el primer tercio del siglo XIV la Monarquía acentuó la práctica de compensar la revaluación del marco de plata mediante una merma gradual del peso de los dineros gruesos, hasta situarlo ligeramente por debajo del nivel legal. Mientras la talla oficial del *croat* se mantenía inalterada en las 72 piezas por marco, la efectiva fue de 77 unidades (3,04 gramos), en el reinado de Jaime II, y de 77,5 (3,02 gramos), en el de Alfonso el Benigno[266]. Los monederos de la ceca de Mallorca detectaron, en octubre de 1321, una partida de *croats* defectuosos[267]. Unos años después, en 1329, se descubrió, en Barcelona, la primera falsificación masiva; los falsos dineros gruesos, de procedencia italiana, sólo valían la mitad de los auténticos, por su bajo contenido de plata[268]. El desprestigio del dinero de vellón repercutía positivamente, sin embargo, en el *croat*, cuyos poseedores, considerando que estaba infravalorado, cuestionaban su curso legal: exigían más de 12 dineros pequeños o lo recortaban antes de cambiarlo. En mayo de 1330, Alfonso el Benigno ha de desautorizar expresamente al maestro de la ceca, a los banqueros y a los mercaderes de Barcelona que exigían, para cambiar *croats* por dineros de vellón, una tasa, puesto que deben ser entregados y recibidos por su justo valor, por 12 dineros de terno[269].

Durante la cuarta década del siglo XIV, las irregularidades detectadas en los dineros gruesos adquirieron tal magnitud que los usuarios empezaron a prescindir de su curso legal. El valor de cada pieza tendió a establecerse a peso, práctica que provocó una gran difusión de los ponderales entre los particulares. El descontento afloró abiertamente en 1339. El 12 de mayo de este año, Pedro el Ceremonioso, después de establecer que los *croats* enteros, que no hubiesen sido recortados o raspados, tenían que ser admitidos preceptivamente, sin pesarlos, por el valor de 12 dineros de terno, admite que las piezas aparentemente manipuladas sean pesadas con un ponderal específico, de 1/76 de marco, aceptándose como buenas las que alcanzasen el citado peso[270]. Los dineros recorta-

265. *Rubriques de Bruniquer*, IV, p. 130.
266. M. Crusafont, *Pesals monetaris*, p. 41.
267. ACA, C, reg 339, fol. 390r.
268. *Rubriques de Bruniquer*, IV, p. 130.
269. ACA, C, reg. 481, fol. 182r.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 105, nota 2.
270. *Primerament ordonam que tot barchinonès que sia o parega ésser complit e no parega ésser taylat o tasorat, sie reebut per XII. diners menuts per tothom generalment e*

dos fraudulentamente se venderán a peso y el comprador los inutilizará ante el vendedor.

Estas disposiciones y otras complentarias que se adoptaron en los años sucesivos no consiguieron, sin embargo, erradicar el descontento entre los medios comerciales y financieros catalanes. Pedro el Ceremonioso, el 4 de julio de 1345, ordena al maestro de la ceca que, por un período de un año, cambie los *croats* ligeros por otros de buen peso, de una talla no superior a 76 piezas por marco. Los costes de la operación correrán a cargo del *General* de Cataluña[271]. Cinco días después, el soberano, después de derogar las disposiciones que obligaban a pesar los dineros recortados, dejando en libertad a quien los recibiese de pesarlos o no[272], ordena a los oficiales reales de todas las cabeceras de distrito de Cataluña que se provean de un juego de ponderales, a fin de que los particulares pudieran efectuar las comprobaciones pertientes[273]. Esta última resolución era de especial relevancia, puesto que consagraba el uso sistemático y general de los ponderales en todo el territorio por donde circulaba el *croat*[274]. De la insistencia del monarca de que sólo se utilizase, para pesar las monedas gruesas, el *pensum noviter ordinatum* parece deducirse que los ponderales entonces vigentes eran aún más ligeros que los de la talla 76 establecidos en 1339[275].

La alarma de los usuarios y los mecanismos de comprobación puestos a su alcance obligaron al soberano a reforzar los dineros gruesos. El peso medio de los *croats* acuñados por Pedro el Ceremonioso es de 3,162 gramos, superior al de todos sus antecesores, equivalente a una talla efectiva de 74 piezas por marco[276].

La Corona Catalanoaragonesa era el único estado del Mediterráneo occidental con un importante comercio exterior que no disponía, en 1335, de moneda áurea propia. Sus hombres de negocios utilizaban co-

sens pesar. Item, que tot barchinonès qui parrà ésser tesorat, sia pesat ab pesal que entren .LXXVI. barchinonesos en lo march, e aquells qui seran del dit pes sien reebuts per bons, a rahó de .XII. diners menuts [ACA, C, reg. 1055, fol. 148v.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 25, p. 314].

271. ACA, C, reg. 1060, fol. 61v; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 26, pp.315-316.

272. ACA, C, reg. 1060, fol. 65v.; cit. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 119, nota 1.

273. ACA, C, reg. 1060, fol. 66r.; ed. J Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 27, pp. 316-317.

274. M. Crusafont, *Pesals monetaris*, p. 42.

275. M. Crusafont, *Pesals monetaris*, p. 42.

276. M. Crusafont, *Pesals monetaris*, pp. 41 y 43.

mo instrumento de pago en las grandes transacciones el florín toscano[277]. Las réplicas de antiguas monedas áureas islámicas, como el morabatino y la mazmodina se habían convertido, en la primera mitad del siglo XIV, en meras unidades de cuenta[278]. Los compromisos contraídos por los monarcas con las Cortes de cada territorio de no alterar el numerario local dificultaban la introducción de novedades monetarias. Pedro el Ceremonioso, en enero de 1338, tras la segunda guerra con Génova, para afianzar el prestigio mercantil de la «confederación» a escala mediterránea, decide crear una moneda fuerte en Cerdeña, distrito de reciente incorporación, donde el soberano disfrutaría de mayor autonomía respecto a los estamentos privilegiados que en las circunscripciones ibéricas. La nueva especie, el alfonsino de oro, tenía que compartir peso (3,253 gramos) y fineza (0,958) con los alfonsinos de plata, 14 de los cuales valdrían 1 de oro. Los asesores del soberano establecieron, en consecuencia, la talla en 72 piezas por marco, la ley en 22 quilates 8 granos de oro fino y la liga en 1 quilate 16 granos, 2/3 de la cual debía ser de plata y el 1/3 restante de cobre[279]. De la emisión, que se efectuaría en Callari, no en Iglesias, se encargarían el maestro Arnau de Llor y el tallador de troqueles Jaime Gracián. El proyecto real suscitó la oposición de un sector de la sociedad sarda, pero el soberano desestimó sus alegaciones y ordenó emprender la acuñación. Parece que el experimento, sin embargo, no tuvo éxito, puesto que la última mención documental relativa al alfonsino de oro data de enero de 1339 y no se ha localizado ningún ejemplar[280].

En el Reino de Mallorca, cuya Monarquía no estaba sometida al control de asambleas representativas estatales y que había establecido estrechos vínculos comerciales con Francia y Liguria, la política monetaria fue mucho más innovadora que en la Corona Catalanoaragonesa. Jaime II y Sancho acuñaron —como ya se ha expuesto— numerario áureo, en el primer cuarto del siglo XIV, en el archipiélago balear. Sus plantea-

277. M. Crusafont, «Del morabatín almorávide al florín. Continuidad o ruptura en la Cataluya medieval», *I Jarique de estudios numismáticos hispano-árabes*, Zaragoza, 1988, pp. 191-200.

278. En las Cortes Catalanas de Perpiñán, en 1351, para despejar las frecuentes dudas que suscitaban el valor de los morabatinos que aparecían citados en los *Usatges* de Barcelona, se estableció que, en adelante, se computarían a 4 sueldos barcelonesese de terno; una cotización muy baja, que parece indicar que se trataba de una especie obsoleta, retirada de la circulación [J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 119].

279. ACA, C, reg. 1009, fol. 235r.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 23, pp. 311-312.

280. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, p. 112.

mientos monetarios se prolongaron hasta 1341, cuando Jaime III, introdujo importantes y arriesgadas innovaciones.

El estallido de la Guerra de los Cien Años, al privar a la Monarquía balear del apoyo de Francia, y el fracaso de la invasión benimerí en el Salado, que garantizaba la navegabilidad del estrecho de Gibraltar a las flotas cristianas, crearon, en 1340, un escenario muy favorable para que Pedro el Ceremonioso, con el apoyo decidido de la burguesía y de la nobleza catalanas, intentara reintegrar el Reino de Mallorca a la Corona de Aragón.

Jaime III, ante una inmiente ruptura de hostilidades por parte de la «confederación», intentaba incrementar sus ingresos. Esta coyuntura prebélica debió de influir decisivamente en sus iniciativas fiscales. Interrumpió las acuñaciones del real de oro y del real grueso de plata, en Mallorca, y empezó a batir, en Perpiñán, numerarios de mayor aceptación internacional. Esta nueva política monetaria fue considerada incompatible con los acuerdos de Argelers, que habían restablecido la circulación exclusiva del dinero catalán en los condados del Rosellón y la Cerdanya[281], por el poderoso concejo de Barcelona. La denuncia fue aprovechada por Pedro el Ceremonioso, que citó judicialmente, en 1342, a Jaime III en Barcelona, por falsificación de moneda e incumplimiento de los deberes vasalláticos.

Las actas del proceso[282] —una fuente de difícil explotación, al apoyarse casi exclusivamente en el testimonio de partidarios del conde-rey, que requiere una lectura cautelosa[283]— permiten entrever el alcance de las innovaciones monetarias de la corte de Perpiñán. Mientras los testigos denuncian la acuñación fraudulenta de florines, escudos, *agnels* y *grossos* torneses, y la emisión de tipos propios concordantes con los citados modelos toscanos y franceses; los hallazgos sólo demuestran que el monarca balear batió, en nombre propio, florines de oro, torneses de plata y reales de vellón. Aunque las precauciones que toman los falsificadores por enmascarar la procedencia de sus piezas dificulta extraordinariamente la tarea de los numismáticos a la hora de establecer las atri-

281. Véase *supra*, pp. 211, nota 76, y 212, nota 85.

282. Editadas por M. Bofarull, «Proceso contra el rey de Mallorca don Jaime III mandado formar por el rey don Pedro IV de Aragón», *Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, XXIX, Barcelona, 1866.

283. Equidistante de las propuestas por A. Lecoy de la Marche [*Les relations de la France avec Majorque*, II, pp. 63-108 y 317-323]; y Miguel Crusafont [«Jaume III de Mallorca veritable creador del florí català», *Acta Numismática*, 15 (Barcelona, 1985) 203-218].

buciones, de la no coincidencia entre las declaraciones de los presuntos perjudicados acerca de las especies propias batidas de acuerdo con modelos foráneos, que no plantean graves problemas de identificación, y los hallazgos parece desprenderse que, en las actas del proceso, se habrían incluído bastantes falsedades. La información disponible permite afirmar, en cambio, que Jaime III, del sistema monetario creado por su abuelo a principios del siglo XIV, mantuvo el dinero de vellón y prescindió de las dos monedas fuertes, sustituyéndolas por réplicas exactas de dos importantes divisas internacionales[284].

La ofensiva de la Corona de Aragón contra el Reino de Mallorca se inicia con un despliegue diplomático ante sus aliados potenciales, a fin de aislarle internacionalmente, y una guerra de corso contra sus súbditos, para desestabilizar su economía. Alcanzados ambos objetivos, en mayo de 1343, una poderosa flota catalana, en el armamento de la cual la aportación de Barcelona había sido decisiva[285], desembarca en la bahía de la capital balear e inicia una rápida conquista del archipiélago. La reincorporación de los condados del Rosellón y la Cerdaña a Cataluña, que exigirá dos cruentas campañas estivales, no se consumará hasta finales de julio de 1344.

En 1346, Pedro el Cermonioso, después de asesorarse acerca de su presumible rentabilidad económica y política, decide retomar una de las iniciativas monetarias del despuesto Jaime III de Mallorca e inicia la acuñación de florines de oro en la ceca de Perpiñán[286]. El florín, a mediados del siglo XIV, era la divisa con mayor aceptación en los emporios europeos y entre los grandes mercaderes catalanes, cuya acuñación podía proporcionar al Herario unos ingresos considerables e integrar a la Corona de Aragón en el selecto grupo de las potencias financieras solventes y avanzadas. La nueva moneda no se batió en Barcelona, la ceca más activa y la principal plaza comercial y bancaria de la «confederación», sino en la capital de la recién incorporada Catalunya ultrapirenaica. Esta opción geográfica estaba cargada de intencionalidad política, cada florín

284. M. Crusafont y R. Comas, *El florí català*, p. 28.

285. Del orden de las 76.000 libras, según los cálculos efectuados por Jaume Sobrequés, «Contribució econòmica del municipi de Barcelona a l'empresa de recuperació del regne de Mallorca», *VIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, II-3, Valencia, 1973, pp. 291-302.

286. J. Botet, *Les monedes catalanes*, II, pp. 122-138. O. Gil, *La moneda española*, pp. 238-241. M. Crusafont, *La moneda catalana*, pp. 85-90. M. Crusafont y R Comas, *El florí català*, pp. 30-43. X. Sanahuja, «L'arrendament de les encunyacions d'or de Perpinyà a Pere Blan entre 1352 i 1365», *Acta Numismàtica*, 26 (Barcelona, 1996), pp. 147-160.

constituiría un testimonio material, un símbolo, que acreditaría en todos los mercados del Mediterráneo y del Atlántico la reintegración definitiva del Reino de Mallorca a la Corona Catalanoaragonesa.

El acta de la creación del florín catalán, redactada en Poblet el 7 de agosto de 1346, no ha sido aún localizada, por lo que debemos reconstruir sus características iniciales a partir de referencias posteriores. En el contrato de arrendamiento cocertado, el 22 de junio de 1356, por Pere Blan y Joan Pluer con el monarca, se especifica que la talla debe ser de 68 piezas por marco de Perpiñán[287] y la ley de 22,75 quilates[288]; la moneda áurea catalana, a mediados del siglo XIV, pesaría, pues, 3,536 gramos y tendría una fineza del 0,947. Miquel Crusafont[289] y Xavier Sanahuja[290], complementando la información aportada por Joaquim Botet con referencias inéditas y editadas, han establecido con notable exactitud los cambios cuantitativos experimentados por el florín catalán desde su creación hasta 1378. Según sus investigaciones, en una primera etapa, que abarcararía desde 1346 hasta 1353, el florín mantuvo un peso y una ley prácticamente idénticos a los de modelo toscano, 3,536 gramos de oro de una fineza superior al 0,989[291], y corrió por 16 sueldos barceloneses de terno. Las fluctuaciones del curso comercial del marco de oro, sin embargo, obligaron a la ceca de Perpiñán, a partir de 1354, a retocar las características iniciales de la pieza, a fin de preservar la rentabilidad de las acuñaciones. Por las cuentas de los arrendadores de la ceca[292], sabemos que en 1356, cuando la talla legal continuaba siendo de 68 piezas por marco, la efectiva oscilaba entre las 69 y 71 monedas por marco. El peso real del florín, en dos años, se había situado, pues, entre los 3,485 y los 3,387 gramos, había experimentado unas mermas ponderales moderadas, que fluctuaban entre el 1,44% y el 4,21%. Estas amortizaciones de costes mediante ligeras reducciones del peso —como ya se ha expuesto— también

287. Cuyo peso fue establecido en 240,509 gramos por E. Fournial [*Histoire monetarie*, p. 168]. M. Crusafont, por vías diferentes, ha llegado recientemente a una cuantía muy parecida: 240 gramos [*El florí català*, p. 36; *Pesals monetaris*, p. 52]. Utilizaré exclusivamente la primera de las dos propuestas.

288. ACA, C, reg. 1327, fols 122v.-123v.; ed. J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. 23, pp. 327-330.

289. *El florí català*, pp. 35-38.

290. «Encunyacions d'or de Perpinyà», pp. 148-153 y 157-160.

291. J.N. Barrandon, M. Crusafont y J. Joussemet, «Identificació amb anàlisi per mètodes nuclears d'alguns florins de Perpinyà. Altres qüestions referents als florins catalans», *Acta Numismàtica*, 25 (Barcelona, 1995) 121-137. M. Crusafont y R. Comas, *El florí català*, pp. 36-37. X. Sanahuja, «Encunyacions d'or de Perpinyà», pp. 157 y 160.

292. Editadas por J. Botet, *Les monedes catalanes*, III, doc. XXXII, pp. 325-326.

se habían practicado con los *croats*. La caída de la ley, más difícil de detectar por los usuarios, fue, en cambio, mucho más pronunciada, puesto que pasó de los casi 24 quilates iniciales a 18, en 1365[293]; la reducción de la fineza fue, pues, del orden del 25%. Estas mutaciones, muy inferiores a las practicadas coetáneamente por los Valois en Francia, alejaron al florín catalán, desde 1354, de su modelo toscano, mucho más estable.

Las acuñaciones de florines proporcionaron al Herario unos ingresos considerables[294]. En la primera emisión de 1354, el beneficio del soberano fue de un 1,8% del valor emitido, una tasa realmente moderada. Las tres acuñaciones siguientes, dos de 1354 y una de 1356, proporcionaron ya unas ganancias del 2,5%. El nivel de rentabilidad alcanzó su cota máxima, un 4,2%, entre 1356 y 1358, cuando inició una caída gradual, a fin de no comprometer el prestigio internacional de la divisa catalana. Las reducciones de peso y de fineza introducidas, desde 1353, en el florín intentaban encontrar un valor de equilibrio entre el crédito de la moneda y la rentabilidad de las acuñaciones.

Mientras conservó sus características originarias, entre 1346 y 1354, el florín de Perpiñán disfrutó de una excelente acogida en el Languedoc y Provenza[295]. Este crédito internacional empezó a erosionarse a mediados de la década de los cincuenta, a raíz de las reiteradas reducciones de la fineza. A partir de 1365, cuando su ley había sido rebajada a 18 quilates, deja de circular por Francia meridional, donde se podía elegir entre otras divisas occidentales de mayor valor. En esta segunda época, la especie áurea catalana penetra, en cambio, en Castilla y en Navarra[296], tierras castigadas por fuertes mutaciones monetarias y en las que se perpetúan patrones obsoletos de metrología islámica, como la dobla. En estos dos reinos, el florín catalán resulta atractivo por su menor inestabilidad y por seguir modelos europeos de prestigio

* * *

Desde mediados del siglo XIV, el estallido de largos y cruentos conflictos bélicos, el bloqueo de los accesos directos al Asia oriental, la caída gradual de la oferta de metales preciosos en Europa y las pérdidas

293. M. Crusafont y R. Comas, *El florí catalá*, p. 37.

294. Como han demostrado M. Crusfont y R. Comas, *El florí català*, pp. 38-42.

295. Donde se han efectuado seis hallazgos [A.M. Balaguer, «La circulació del florí de la Corona Catalano-aragonesa», *Gaceta Numismática*, 72 (Barcelona, 1972) 83-96. M. Crusafont y R. Comas, *El florí català*, pp. 48-53].

296. Donde se ha efectuado 3 y 2 hallazgos respectivamente [*Ibidem*].

humanas generadas por la Peste Negra y las pandemias sucesivas repercutirán negativamente sobre el gran comercio internacional. Algunas compañías, incapaces de adapatarse a los nuevos tiempos, se hundirán, otras lucharán contra las dificultades reduciendo costes y depurando sus técnicas comerciales y financieras, adoptando modelos de gestión de carácter más «capitalista».

La sed de numerario, cada vez más intensa a partir de finales del siglo XIV, se neutralizará mediante el desarrollo del crédito y la difusión de la moneda escriptuaria. La justificación del lucro por parte de los canonistas se hace más explícita, aunque nunca llega a ser total. La antigua imagen de usurero queda restringida al judío, que se dedica casi exclusivamente al pequeño crédito al consumo, el prestamista cristiano se convierte en un profesional socialmente integrado. En las principales plazas internacionales, se produce una creciente concentración del capital. El crédito prospera por doquier y las tasas de interés, al aumentar la concurrencia bancaria, caen. Desde antes de 1350, los pagos, en los grandes emporios de Occidente, se efectúan cada vez más mediante letras de cambio o transferencias entre cuentas, no en metálico. El dinero bancario, cuya circulación es mucho menos arriesgada, sustituye al numerario en el tráfico comercial. Las compañías comerciales y los mercaderes depuran sus anotaciones contables, para analizar con mayor precisión los beneficios y las pérdidas, evitar los estancamientos improductivos de capital e invertir más rentablemente los recursos disponibles. Todas estas innovaciones permitirán, en una época de contracción de la oferta de moneda metálica, multiplicar los instrumentos de pago, a fin de adaptarlos al volumen de las transacciones. Las dificultades se superarán, pues, con creatividad, con una incipiente «ingeniería financiera». Pero esos son ya otros tiempos y otras técnicas, que caen fuera del marco cronológico contemplado en mi aportación a esta —interesante— Semana de Estudios Medievales de Estella.

Marchés et circulation monétaire en Méditerranée orientale (XIIIe-XVe s.)

Michel BALARD

«Le ducat se répand dans les principales villes du monde (musulman), au point d'y devenir la monnaie courante». La phrase de Maqrizi, maintes fois citée[1], peut illustrer les difficultés de la question que nous nous proposons de traiter. D'une part le domaine géographique à envisager est considérable. Il s'étend des steppes bordières de la mer Noire au delta du Nil, en passant par l'empire byzantin, les émirats turcs d'Anatolie, les possessions occidentales en mer Egée, Chypre des Lusignans et la Syrie des Mamlûks. Il voit coexister une grande variété de systèmes monétaires, depuis le monométallisme-argent des khanats mongols jusqu'aux triples circulations —or, argent, billon— qui caractérisent, au moins pendant un temps, les grands ensembles byzantins et mamlûks.

D'autre part, au cours des trois siècles qui seront ici considérés (XIIIe-XVe), interviennent de profondes mutations sur les grandes places marchandes, et, par voie de conséquence, dans les frappes monétaires qui en accompagnent le fonctionnement. Les grands axes du commerce international s'orientent vers la Syrie-Palestine et Alexandrie jusqu'aux dernières décennies du XIIIe siècle, dans la mesure où les produits d'Extrême-Orient arrivent par voie maritime jusqu'en mer Rouge et dans le Golfe Persique, pour être ensuite acheminés par caravane et voie fluviale jusqu'aux grands *emporia* syriens et égyptiens. A partir des années 1260-1270, la formation des khanats mongols, assurant la libre circulation des marchands, favorise les voies terrestres trans-asiatiques, tandis que les interdits pontificaux du commerce avec les Sarrasins anémient les places marchandes égyptiennes et syriennes. Le déplacement vers le nord des

1. J. Day, *Monnaies et marchés au Moyen Age*, Paris 1994, p. 146; P. Spufford, *Money and its Use in medieval Europe*, Cambridge UP, 1988, p. 354.

grands axes du commerce international ne dure pas au-delà des années 1350. L'anarchie qui gagne alors les khanats mongols, la fermeture de la Chine aux étrangers avec l'avènement des Ming, le relâchement des interdits pontificaux favorisent à nouveau la voie maritime du commerce avec l'Extrême-Orient et redonnent pleine vitalité à Alexandrie et à Beyrouth, tandis que les ports pontiques commencent à s'étioler.

Ces basculements successifs mettent en évidence l'interdépendance des économies orientales, qu'elles soient mongoles, turques ou mamlûkes, avec leurs homologues d'Occident. Point de richesse à Alexandrie, sans l'apport de l'argent ou de l'or des marchands occidentaux. Point de prospérité sur les routes mongoles de la soie et des épices, sans les transferts de liquidités occidentales. Au coeur des problèmes monétaires, se situe la question de la balance des paiements et du déséquilibre provoqué par le financement des achats de produits orientaux par les marchands occidentaux. Le déséquilibre structurel qui en résulte ne peut être compensé que par d'amples transferts, eux-mêmes tributaires des ressources en métaux précieux disponibles en Occident. Parler des marchés et de la circulation monétaire en Méditerranée orientale revient donc à situer cette région dans une «économie-monde», où les principaux intermédiaires du grand commerce font la loi: Vénitiens, bien sûr, mais aussi Génois, Provençaux et Catalans. Entre Orient et Occident, la solidarité commerciale se double d'une «solidarité de liquidités».

D'où l'importance de l'approvisionnement en métaux précieux, qu'ils soient d'origine minière ou l'apport d'échanges bénéficiaires pour l'Occident. A la suite d'Eliyahu Ashtor et de Peter Spufford[2], l'histoire de l'exploitation minière peut être retracée dans ses grandes lignes. En ce qui concerne l'or, l'Occident aussi bien que l'Orient est tributaire de l'apport africain, ce célèbre or «di paiola» venu par caravanes de Bambuk sur le haut Sénégal et de Bure sur le haut Niger. Plusieurs routes le dirigent du coeur de l'Afrique vers les rivages méditerranéens: l'une mène vers l'Egypte par Takadda et Ouargla, une autre vers le Maghreb central et occidental par Tombouctou et Sidjilmassa, une troisième vers Tunis et Tripoli. La première est aussi empruntée par les pèlerins de La Mecque, tel ce célèbre Mansa Musa, roi de Mali, dont les prodigalités au Caire en 1328 firent baisser le taux de change du dinar[3]. La balance déficitaire des échanges entre l'Afrique du Nord et le Proche-Orient fait passer une partie de cet or africain vers l'Egypte, l'autre irrigant les places marchandes

2. E. Ashtor, *Les métaux précieux et la balance des payements du Proche-Orient à la basse époque,* Paris 1971; P. Spufford, *Money and its Use*, cit., pp. 109-131.

3. E. Ashtor, *Les métaux précieux*, cit., p. 18.

de Méditerranée occidentale, qui paient en argent leurs importations des pays du Maghreb et récupèrent l'or africain, diversement apprécié sur les rives nord et sud de la Méditerranée. Le retour à l'or en Occident, au milieu du XIIIe siècle, est la conséquence naturelle de cet apport africain. Le *genovino* et le florin, frappés en 1252, le ducat, émis en 1284, circulent largement au Levant dès la seconde moitié du XIIIe siècle: le trésor d'Alep, daté de la dernière décennie du siècle, comprend 600 florins sur 630 pièces d'or[4]. Au XVe siècle, comme le remarquait le Vénitien Alvise da Ca da Mosto[5], le métal jaune arrive encore en Egypte et en Syrie, alors que les cités marchandes italiennes le reçoivent davantage par l'intermédiaire de la Castille et du Portugal, dont le comptoir de la Mina commence à capter une part non négligeable du précieux métal[6].

L'extraction minière complète l'or africain. Dans les années 1320, le roi de Hongrie met en exploitation les mines de Kremnica (Kremnitz) en Slovaquie, ce qui lui permet en 1328 de frapper les premières pièces d'or produites au-delà des Alpes et de financer ses importations de produits orientaux par Venise[7]. L'or d'Europe centrale accroît la frappe du ducat et, par cet intermédiaire, passe au Proche-Orient, pour financer le déficit de la balance des paiements occidentaux. Il renforce ainsi la main-mise de Venise sur le commerce des épices.

L'approvisionnement du Proche-Orient en métal blanc est presque autant dépendant des marchands occidentaux. Dans la seconde moitié du XIIIe siècle, les stocks d'argent s'accroissent grâce aux apports des Mongols qui mettent en circulation au Proche-Orient le métal blanc de l'Asie centrale, et aux pillages des Mamlûks en Petite-Arménie: les Monnaies sultaniennes peuvent ainsi frapper des dirhams de bonne qualité jusqu'au premier quart du XIVe siècle. Le relais est alors pris par les marchands italiens, en particulier par les Vénitiens qui exportent en Orient l'argent produit par les mines de Serbie et de Bosnie. Mais cet approvisionnement extérieur est lié aux fluctuations de la production minière en Occident. D'abord localisée en Styrie et Carinthie (Friesach), l'exploitation se diversifie dans la seconde moitié du XIIIe siècle: les mines de

4. Ph. Grierson, «La moneta veneziana nell'economia mediterranea del Trecento e Quattrocento», dans *La civiltà veneziana del Quattrocento*, Florence 1987, pp. 82-83.

5. E. Ashtor, *Les métaux précieux*, cit., p. 28.

6. V. Magalhaes Godinho, *Les découvertes. XVe-XVIe: une révolution des mentalités*, Paris 1990, pp. 70-71; J. Heers, *Christophe Colomb*, Paris 1981, pp. 92-94; J. Day, *Monnaies et marchés au Moyen Age*, cit., p. 93.

7. S. Kazimir (éd.), *Kremnicka mincovna 1328-1978*, Kremnica 1978 et P. Spufford, *Money and its Use*, p. 268.

Montieri (Italie), de Freiberg, de Jihlava (Iglau) prennent le relais, mais, rapidement épuisées avant 1300, laissent la première place à Iglesias (Sardaigne)[8], à Schemnitz (Hongrie) et surtout à Kutná Hora dont la production annuelle atteint 22 tonnes en 1328[9]. Le déclin de ces mines dans la seconde moitié du XIVe siècle provoque une grande famine monétaire dans les années 1400, une hémorragie de l'argent vers l'outre-mer, qui ne suffit pas à approvisionner les Monnaies sultaniennes, contraintes d'abandonner la frappe des dirhams de 1398 à 1412, puis d'émettre des demi-dirhams de bon aloi (qualifiés de *maydin* par les Occidentaux), grâce, semble-t-il, à l'afflux d'argent d'Asie centrale. De nouvelles découvertes minières au Tyrol (Schwaz) et en Saxe (Schneeberg) font disparaître la pénurie monétaire après 1460 et facilitent à nouveau le drainage du métal blanc vers l'Orient[10].

Il y a peu à dire sur l'approvisonnement en cuivre, dans la mesure où la monnaie noire qui sert aux besoins quotidiens interfère peu avec le grand commerce, sinon pour le trafic du métal. Celui qu'utilisent les Monnaies sultaniennes vient surtout des mines d'Allemagne et d'Autriche, par l'intermédiaire de Venise, et sert à l'émission de *fulus* que l'on rencontre en grandes quantités en Syrie et en Egypte aux XIIIe et XIVe siècles[11]. Le cuivre tient alors la première place parmi les marchandises exportées vers l'Orient. Les mines d'Anatolie sont exploitées au profit des émirats turcs, parfois même du sultanat mamlûk, desservi par les marchands occidentaux. Nul doute qu'en Orient comme en Occident, on assiste à la fin du XVe siècle à une «inflation des monnaies d'appoint»[12]. L'interdépendance des liquidités entre Orient et Occident concerne donc les trois niveaux de circulation monétaire.

Dans les régions pontiques, sous la domination de la Horde d'Or, l'argent est avec le cuivre le seul métal de frappe. Sur la monnaie blanche, l'aspre, seul le nom du maître du Kiptchak apparaît, signalé par le titre *Han*, éventuellement complété par les mots *Sultan* (après 1310) et *Haqan* (grand khan) après 1342. Les armes du khan sont remplacées par le *tamga*, issu d'une très ancienne marque apposée sur les chevaux, auquel s'ajoutent des empreintes individuelles, étoile, fleur, oiseau, poisson, arc et flèche. Le droit de frappe appartient exclusive-

8. M. Tangheroni, *La città dell'argento*, Naples 1985.
9. P. Spufford, *Money and its Use*, cit., p. 124.
10. *Ibidem*, pp. 339-362; E. Ashtor, *Les métaux précieux*, cit., pp. 44-53; J. Day, *Monnaies et marchés au Moyen Age*, cit., pp. 41-82.
11. E. Ashtor, *Les métaux précieux*, cit., pp. 55-64.
12. J. Day, *Monnaies et marchés*, cit., p. 80.

ment au khan[13]. Les marchands occidentaux ne fréquentent guère que les premiers tronçons des routes de la soie menant de La Tana à Saraï, la capitale de la Horde. Rares sont ceux qui, à la suite de Marco Polo, suivent jusqu'au bout la route du Cathay, décrite par Pegolotti[14]: des Génois, comme l'attestent des actes notariés et les mesures en usage sur l'itinéraire, et quelques Vénitiens[15]. Pour financer leurs achats de soie et d'épices, les Occidentaux sont tenus d'apporter de l'argent monnayé ou des lingots d'argent.

Comme l'aloi du métal est plus faible en Occident (0,925) qu'en mer Noire (0,98), la refonte des lingots s'impose afin de les remodeler sur les normes mongoles: une opération qui ne peut se dérouler que dans les hôtels de monnaies des deux grands comptoirs génois, Péra et Caffa. Les *saum* (*sommi*), ainsi obtenus, ne sont pas tous d'un poids égal: les 92 *sommi,* que comprenait le trésor découvert en 1962-1963 à Mihail Kogalniceanu (Dobroudja, province de Tulcea) s'échelonnent de 172 à 219 grammes, mais ont un poids moyen de 198 grammes[16]. La monnaie issue des *sommi*, l'aspre, connaît une importante dévaluation tout au long du XIVe siècle: 120 aspres par *sommo* vers 1290, 190 vers 1340, selon Pegolotti, apparition de nouveaux aspres en 1344, qui se dévaluent à leur tour, puisque en 1409 on tire 200 aspres d'un *sommo*, selon un change officiel effectué par les autorités de Caffa[17].

Dès les premières décennies de l'occupation génoise, ces dernières enfreignent le monopole du khan en imitant les aspres de la Horde d'Or: il s'agit de petites pièces d'argent, de 12 à 15 mm. de module, portant le portail castral, emblême de Gênes, mais au revers le nom du khan du Kiptchak. Peut-être est-ce pour se prémunir contre la circulation d'es-

13. B. Spuler, *Die Goldene Horde. Die Mongolen in Russland 1223-1502*, Wiesbaden 1965, pp. 260-264, 270-273.

14. F.B. Pegolotti, *La pratica della mercatura*, éd. A. Evans, Cambridge (Mass.) 1936, pp. 21-23.

15. R.S. López, *Su e giù per la storia di Genova*, Gênes 1975, pp. 83-186; M. Balard, «Precursori di Colombo: i Genovesi in Estremo Oriente nel XIV secolo», dans *Atti del Convegno internazionale di Studi colombiani (Genova 13-14 ottobre 1973)*, Gênes 1974, repris dans Id., *La mer Noire et la Romanie génoise XIIIe-XVe siècles*, Londres 1989, étude XIV.

16. O. Iliescu-G. Simion, «Le grand trésor de monnaies et lingots des XIIIe et XIVe siècles, trouvé en Dobroudja septentrionale. Note préliminaire», dans *Revue des études sud-est européennes*, 2 (1964), pp. 217-228; O. Iliescu, «La monnaie génoise dans les pays roumains aux XIIIe-XVe siècles», dans *Colocviul Româno-italian. Genovezii la Marea Neagră în secolele XIII-XIV*, Bucarest 1977, pp. 160-161, 165; B. Spufford, *Money and its Use*, cit., pp. 219-221.

17. M. Balard, *La Romanie génoise (XIIe-début du XVe siècle)*, 2 vol., Gênes-Rome 1978, t. 2, pp. 658-664.

pèces dépréciées que les Génois se décidèrent à frapper des aspres bilingues d'un poids à peu près constant, oscillant entre 0,85 gr. et 0,90 gr. Mais l'absence de toute analyse ne permet pas de déterminer le poids d'argent fin dont elles se composent[18]. De petites monnaies bilingues de cuivre, qualifiées de *follari*, ont été également émises au XVe siècle, sans doute pour la solde des officiers et des mercenaires et pour les besoins de la vie quotidienne dans les colonies génoises de Crimée.

Sur les côtes occidentales de la mer Noire, la monnaie de Gênes ne semble pas avoir eu un grand succès. Un seul *genovino* d'or a été jusqu'ici retrouvé sur le territoire roumain, dans le trésor de Braesti en Moldavie, qui comprend en revanche 70 ducats et 27 imitations des ducats de Venise. Ici, comme ailleurs, la monnaie vénitienne, gros d'argent à partir de 1204 et ducats quatre-vingts ans plus tard, s'infiltre rapidement et est imitée par les Serbes et les Bulgares[19]. Mais ce sont les aspres de la Horde d'Or que l'on retrouve en grand nombre dans les comptoirs danubiens: 23.440 dans le trésor déjà cité de Mihail Kogalniceanu, 11 imitations différentes des aspres du khan Toctaï dans le trésor d'Oteleni, des aspres tatars contremarqués d'une croix dans le trésor de Cirpiti, enfoui vers 1465, 52 aspres du Kiptchak dans celui de Prajesti[20]. Mais les ports valaques et moldaves, tout en imitant les aspres mongols, adoptent au XIVe siècle des étalons pondéraux locaux, en relation avec des mesures génoises, preuve évidente de la prépondérance commerciale des marchands de la Superbe aux bouches du Danube. Parallèlement ont été émis des *follari* bilingues portant le tamga, la croix et l'année de l'Hégire, mais leurs caractéristiques essentielles —module et poids— restent inconnus[21]. Par la suite, les voïvodes de Vallachie et de Moldavie adoptent le système monétaire hongrois, qu'ils abandonnent au moment de la conquête ottomane, pour ajuster leur monnaie à l'aspre de leurs vainqueurs[22].

Au monométallisme-argent de la Horde d'Or peuvent se rattacher les autres Etats mongols, les émirats turcs et même l'empire de Trébizonde. Chez les Il-khans de Perse, la monnaie usuelle est aussi l'aspre; elle porte le nom du souverain qui l'a émis: *abagatus* pour la monnaie du deuxième souverain de Tabriz, Abaga (1265-1282), *casaninus* pour le sixième

18. G. Lunardi, *Le monete delle colonie genovesi*, Atti della Società ligure di Storia patria, t. XX/1, Gênes 1980, pp. 31-125.

19. O. Iliescu, «La monnaie génoise», cit., pp. 155-158.

20. *Ibidem*, pp. 160-167.

21. G. Lunardi, *Le monete delle colonie genovesi*, cit., pp. 139-144.

22. H. Inalcik, *An economic and social History of the Ottoman Empire*, t. 1: *1300-1600*, Cambridge 1997, p. 289.

Il-khan Ghazan (1295-1304). D'après les équivalences données en monnaie génoise, la valeur de cet aspre est supérieure d'un bon tiers à celle de la monnaie du khanat voisin, le Kiptchak. Mais, selon Pegolotti, l'atelier de Tabriz frappe également une pièce d'or de bon aloi, valant de 28 à 29 aspres d'argent[23].

En Anatolie, les émirats turcs ont conservé d'abord la frappe seldjûkide, dont Simon de Saint-Quentin vante les qualités: dirhams et même dinars d'argent, utilisant la production des mines locales[24]. L'incorporation de l'Asie mineure au système mongol entraîne l'alignement de la monnaie sur celle des Il-khans. Mais au XIVe siècle, chaque émir d'Asie mineure frappe sa propre monnaie d'argent, l'*aqce* (aspre) qui, d'après al-Umari, serait vers 1330 égal à trois quarts de dirham: une appréciation qui doit être nuancée, dans la mesure où les poids des exemplaires conservés sont très variables et où l'on ignore encore, faute d'analyse, la qualité de l'aloi. Mais, bien vite, pour les nécessités du grand commerce, les émirats riverains de la mer Egée se mettent à frapper de faux ducats (à Aydin à partir de 1344, c'est-à-dire au moment de la prise de Smyrne par la croisade pontificale) et de faux gigliats, la monnaie d'argent angevine qui connaît un rayonnement international en Méditerranée orientale dans la première moitié du XIVe siècle[25].

Parmi les émirats, se détache celui d'Osman, promis à un grand avenir. Ici encore, la monnaie seldjûkide s'impose dans les premiers temps de la principauté. On attribue toutefois à Osman (1299-1324) une pièce de cuivre, portant une invocation religieuse, mais aucune indication du lieu ou de la date de frappe[26]. Ses successeurs poursuivent ce monnayage

23. F.B. Pegolotti, *La pratica della mercatura*, cit., p. 27. Sur la monnaie des Il-khans, voir J.M. Smith-F. Plunkett, «Gold Money in Mongol Iran», dans *JESHO*, 11 (1968); J.M. Smith, «The Silver Currency of Mongol Iran», dans *JESHO*, 12 (1969); et E. Ashtor, *A Social and Economic History of the Near East in the Middle Ages*, Londres 1976, pp. 255-257; S.S. Blair, «The Coins of the Later Ilkhanids: a Typological Analysis», dans *JESHo*, 26 (1983), pp. 295-317.

24. C. Cahen, *La Turquie pré-ottomane,* Istanbul-Paris 1988, pp. 130-131.

25. E. Zachariadou, *Trade and Crusade. Venetian Crete and the Emirates of Menteshe and Aydin (1300-1415)*, Venise 1983, pp. 140-142; F.W. Hasluck, «On imitations of the Venetian sequin struck for the Levant», dans *Annual of the British School at Athens*, XIII (1911), pp. 261-264 et XIV (1912-1913), pp. 174-181; Ph. Grierson, «Le gillat ou carlin de Naples-Provence: le rayonnement de son type monétaire», dans *Catalogue de l'Exposition Centenaire de la Société française de Numismatique 1865-1965*, Paris 1965, pp. 48-52; H.E. Ives, «The Venetian gold Ducat and its imitations», dans *Numismatic Notes and Monographs*, n. 128, New-York 1954; G. Majer, «Imitazioni e contraffazioni dello zecchino veneziano», dans *Actes du Congrès international de Numismatique (Paris 1953),* Paris 1957, t. II, pp. 391-399; G. Gorini, «Le imitazioni orientali dello zecchino veneziano. Considerazioni stilistiche», dans *Studi veneziani*, X (1968), pp. 587-597.

26. N. Pere, *Osmanlilarda Madenî Paralar (Coins of the Ottoman Empire)*, Istanbul 1968, pp. 40-42; I. Artuk, «Osmanli beyliginin kurucusu Osman Gazi'ye ait sikke (Une pièce

avec des pièces d'une grande variété de poids, de 1,95 gr. à 3,12 gr. Orhan (1324-1362) semble être le premier à avoir émis une monnaie d'argent, l'*aqce*, de type totalement épigraphique, d'un poids de 1,15 gr. et d'un module variant de 15 à 19 mm. Elle porte à l'avers une invocation religieuse et au revers le nom d'Orhan, le lieu (Bursa) et la date de frappe (727 de l'Hégire, soit 1326)[27]. Le type épigraphique de l'*aqce* se maintient tout au long du XVe siècle, mais avec de fortes variations de taille, particulièrement au temps de la guerre civile entre Süleyman, Mehmed Celebi et Musa (1403-1413), et une réduction de poids jusqu'à 0,75 gr. sous Bayezid II (1481-1512)[28]. Il semble bien que le monnayage ottoman ait connu les conséquences de la raréfaction de l'argent au XVe siècle et la famine monétaire subie par l'ensemble de l'Occident[29].

Il se distingue de celui des Mongols et des Seldjûkides par la frappe de monnaies d'or, des florins, de facture vénitienne, pesant 3,57 gr. Alors que les premières pièces d'or ottomanes parvenues jusqu'à nous ne sont pas antérieures à 1477/78, il a été démontré que des florins ottomans circulent sur divers marchés européens, Florence, Raguse, Lemberg et en Moldavie entre 1425 et 1465[30]. Murad, puis Mehmed II, et peut-être même leurs prédécesseurs, puisqu'un règlement de Bayezid II fait allusion à la frappe de l'or par ses aïeux, ont pu utiliser les pillages de leurs conquêtes ou l'apport des tributs imposés aux vaincus pour frapper une pièce d'or, destinée à remplacer l'hyperpère byzantin et à lutter contre la concurrence du ducat, dont elle adopte le type et le poids.

Longtemps fidèle aux trois niveaux de circulation monétaire —or, argent, billon— l'empire byzantin en déclin est amené à abandonner au cours du XIVe siècle la frappe de l'or pour se contenter d'émissions de monnaies d'argent et de cuivre. L'hyperpère d'or, dont la circulation a repris après la restauration byzantine de 1261, subit des altérations successives qui font passer le titre de la monnaie de 16 carats en 1261 à 11 carats

de monnaie d'Osman, le fondateur de l'Etat ottoman)», dans *Türkiye'nin sosyal ve ekonomik tarihi (1071-1920)*, Ankara 1980, pp. 27-32.

27. *Ibidem*, p. 48 et I. et C. Artuk, *Istanbul Arkeoloji Mözeleri Teshirdeki Islâmî Sikkeler Katalogu* (*Catalogue des Monnaies islamiques exposées au Musée archéologique d'Istanbul)*, Istanbul 1974, t. 2, p. 453.

28. *Ibidem*, pp. 459-480. Sur l'*aqce*, voir H. Sahillioglu, article *aqce*, dans *Islâm Ansiklopedisi*, fasc. 16, 1990, pp. 224-227.

29. Sur ces problèmes, on utilisera avec profit l'ouvrage de S. Pamuk, *A Monetary History of the Ottoman Empire*, Cambridge UP, 1999.

30. N. Beldiceanu-I. Beldiceanu-Steinherr, «Les informations les plus anciennes sur les florins ottomans», dans *A Festschrift presented to Ibrahim Artuk on the occasion of the 20th Anniversary of the Turkish Numismatic Society*, Istanbul 1988, pp. 49-57.

1/4 vers 1350[31]. Aussi les documents occidentaux soulignent-ils la circulation parallèle d'espèces de valeur intrinsèque différente. Il y a donc sur le marché de Constantinople des apparitions tardives de pièces de bon aloi, que les marchands reconnaissent au poids et à la couleur. Ce phénomène de circulation-retard, constaté dans d'autres régions au Moyen Age, connaît une grande ampleur à Byzance sous les Paléologues. Ainsi deux minutes génoises de 1288 et 1289 mentionnent la circulation quasi simultanée des hyperpères *paialogi* et des hyperpères des trois saints[32], tandis que Pegolotti ne distingue pas moins de douze types différents d'hyperpères. Même si, selon les conclusions de Ph. Grierson, la liste en a été composée en deux temps, d'abord vers 1290, puis après 1320, il est incontestable que la plupart des pièces citées devaient circuler simultanément dans les premières décennies du XIVe siècle[33].

Les documents occidentaux permettent aussi de suivre l'abandon de la frappe de l'or à Byzance et l'adoption d'un nouveau système monétaire fondé sur l'argent. L'on sait que le dernier hyperpère d'or connu est celui de Jean V Paléologue, postérieur à 1355, d'un titre très élevé (979/1000), mais d'un poids réduit (3,86 gr.) et proche par son type du florin de Florence[34]. Les hyperpères d'or ont cependant continué à circuler longtemps après cette date, et même dans les années qui ont suivi l'adoption d'un monnayage exclusivement d'argent, que Bertelè date de 1376[35]. Aussi bien les comptes de l'expédition d'Amédée VI de Savoie[36] que des minutes notariales génoises de 1393, 1395 et même de 1402[37] font encore ré-

31. T. Bertele, «Moneta veneziana e moneta bizantina», dans *Venezia e il Levante fino al secolo XV. Atti del I° Convegno internazionale di Storia della civiltà veneziana (Venezia 1968)*, Florence 1973, t.1, pp. 1-146.

32. M. Balard, *La Romanie génoise*, cit., t. 2, p. 648, n. 16.

33. F.B. Pegolotti, *La pratica della mercatura*, cit., pp. 288-289; Ph. Grierson, «The coin list of Pegolotti», dans *Studi Sapori*, 1 (Milan 1957), pp. 483-492.

34. C. Morrisson, «Alterazioni e svalutazioni», dans *La cultura bizantina. Oggetti e messaggio. Moneta ed economia*, Rome 1986, p. 132 et pl. XIV; Ph. Grierson, *Byzantine Coins*, Londres 1982, p. 294.

35. T. Bertele, «Moneta veneziana», cit., pp. 22-25, 138-139; Idem, «L'iperpero bizantino dal 1261 al 1453», dans *Rivista italiana di Numismatica*, V, n.s. (1957), pp. 9-11; D.M. Metcalf, *Coinage in South-Eastern Europe (820-1396)*, Londres 1979, pp. 333-334; C. Morrison, «Les noms de monnaies sous les Paléologues», dans W. Seibt (éd.), *Geschichte und Kultur der Papaiologenzeit*, Vienne 1986, pp. 151-162.

36. F. Bollati di Saint-Pierre, *Illustrazioni della spedizione in Oriente di Amedeo VI (Il Conte Verde)*, Turin 1890. Sur ces comptes, nous renvoyons à notre étude «La circulation monétaire à Péra dans la seconde moitié du XIVe siècle», sous presse dans les *Actes du Symposium internatioal «Money and Markets in the Palaeologan Era, 13th-15th centuries»* (Athènes 1998).

37. M. Balard, *La Romanie génoise*, cit., t. 2, p. 657, n. 33.

férence à l'or. L'examen des sources vénitiennes et génoises montre que les années 1386-1388 sont une période charnière dans le passage d'un système à l'autre. En 1386, le Sénat de Venise prend acte du fait en majorant le cours du gros d'argent par rapport à l'hyperpère[38]. Deux ans plus tard, se distinguent vraiment hyperpères d'or et hyperpères nominaux d'argent, lorsque dans les contrats de change le taux de rechange sur Gênes est pour les premiers de 16 sous et pour les seconds de 12 sous[39]. Enfin, en octobre 1389, sont mentionnés en toutes lettres les hyperpères d'argent dans les actes du notaire Donato di Chiavari, scribe de la cour du podestat de Péra[40]. C'est dire que si les deux pièces d'argent émises par Andronic IV (1376-1379) entrent dans le nouveau système monétaire, l'avènement effectif du monométallisme-argent à Byzance devrait être retardé de quelques années par rapport à la date communément admise. Pendant près de quinze ans, pièces d'or et d'argent circulent concurremment, avant que ne s'imposent ces dernières à partir des années 1390.

Le monnayage d'argent byzantin connut aussi un glissement inexorable au cours du XVe siècle. Alors qu'à son origine les pièces d'un demi-hyperpère pesaient 8,80 gr., leur poids s'abaissa lentement à 7 gr. à la fin du règne de Manuel II et à près de 6,5 gr. dans les dernières années de Jean VIII Paléologue. Aussi, par rapport au ducat, valeur constante, l'hyperpère-nominal d'argent voit sa valeur se réduire: les taux de change de base sont de 2 hyperpères par ducat à la fin du XIVe siècle et passent à 3 hyperpères dans les livres de comptes de Giacomo Badoer[41], d'Andrea Barbarigo ou de Contarini[42]. Entre 1440 et 1450, à la fin de sa longue histoire, l'hyperpère n'équivaut plus qu'à 8 gros vénitiens, alors qu'au début du XIIIe siècle, il valait près de 15 gros, si l'on fait une moyenne entre les valeurs données par les contrats de change sur Constantinople et sur Venise. On mesure mieux par là la débâcle des finances et de l'Etat à Byzance[43]. L'abandon de la frappe de l'or et le glissement régulier de la monnaie

38. F. Thiriet, *Régestes des délibérations du Sénat de Venise concernant la Romanie*, Paris-La Haye, t. 1, 1958, n.º 709.

39. M. Balard, *La Romanie génoise*, cit., t. 2, p. 657, n. 31.

40. Idem, «Monete bizantine e monete occidentali a Bisanzio dal XIII al XV secolo», dans *La cultura bizantina. Oggetti e messaggio*, cit., pp. 273-276; M. Balard-A. Laiou-C. Otten-Froux, *Les Italiens à Byzance. Edition et présentation de documents*, Paris 1987, p. 33, n.º 68.

41. M. Balard, «Monete bizantine», cit., p. 285; et U. Dorini-T. Bertele, *Il libro dei conti di Giacomo Badoer (Costantinopoli 1436-1440)*, Rome 1956, passim.

42. F.C. Lane, *Andrea Barbarigo, merchant of Venice 1418-1449*, Baltimore 1944; Venise, Museo Correr, Archivio Tron-Donà (livres comptables Contarini).

43. D.A. Zakythinos, *Crise monétaire et crise économique à Byzance du XIIIe au XVe siècle*, Athènes 1948, pp. 1-29.

d'argent sont les signes que Byzance n'a pu résister à l'exploitation économique entreprise sur son territoire par les Vénitiens et les Génois.

Dans le secteur égéen, la complexité de la circulation monétaire est encore plus grande. Dans des régions ayant appartenu à l'empire byzantin et habituées à la longue tradition de l'hyperpère, la monnaie «coloniale» des Occidentaux vient se juxtaposer à la monnaie byzantine et engendre plusieurs systèmes de comptes. Le cas le plus complexe est certainement celui de Chio. Ici, comme dans la plupart des comptoirs génois de Méditerranée orientale, la monnaie de la métropole n'a pas pu s'imposer. Gênes, en dépit d'une expansion économique remarquable à partir du XIIe siècle, n'a jamais réussi à faire du *genovino* le «dollar du Moyen Age», l'instrument privilégié des échanges dans ses comptoirs du Levant.

Durant la première période de l'occupation génoise de l'île (1304-1329), le système monétaire utilisé est celui de Byzance: les Zaccaria font frapper des matapans, sur le modèle du gros vénitien, mais pesant 1,8 gr. comme les *basilika* d'argent du *basileus*, et de plus petites pièces d'argent proches des *harati* byzantins; ils ont en outre un système de compte fondé sur l'hyperpère et se dispensent d'émettre des monnaies de billon, sans doute pour utiliser la monnaie de cuivre byzantine alors en circulation. Cependant Martino Zaccaria, dans ses dernières années de règne (1324-1329), en émettant des tournois proches de ceux de Clarence, semble s'orienter vers le système du gigliat alors en pleine expansion[44].

Avec la domination de la Mahone, le système monétaire byzantin subsiste, mais est profondément influencé par trois monnaies de compte, le «ducat d'or», le «florin» et le «ducat d'or de Chio» qui entretiennent entre eux un rapport destiné à faciliter les opérations commerciales. En ce qui concerne les monnaies réelles, Gênes, par la convention du 26 février 1347 autorise la création d'un atelier monétaire par la Mahone, mais lui interdit la frappe de l'or; celle-ci ne sera acceptée qu'après la convention de 1373. Dès lors sont émis des ducats de 3,56 gr. d'un excellent aloi, des gigliats d'argent de 11 onces et demi avec leurs monnaies divisionnaires, *harati* à 52% d'argent et deniers tournois à 1/12 d'argent. Après 1428, la monnaie d'or prend le nom de gigliat d'or de Chio ou florin de Chio, d'un poids théorique de 3,56 gr, qui coexiste avec un ducat de 2,26 gr., des gigliats d'argent de 3,60 gr., des petits gigliats s'échelon-

44. A. Mazarakis, «Some thoughts on the Chios Mint during the time of the Zaccaria family rule 1304-1329», dans L. Balletto (éd.), *Dai feudi monferrini e dal Piemonte ai nuovi mondi oltre gli Oceani*, Alessandria 1993, pp. 319-336.

nant de 1,4 gr. à 2 gr., des *harati* de 0,84 gr. et des deniers tournois qui, suivant la dévaluation constante du «ducat d'or de Chio» auquel ils sont rattachés, passent de 0,59 gr. en 1428 à 0,44 gr. dans les dernières décennies du XVe siècle[45]. La cinquantaine de types d'espèces en circulation résulte de l'interférence entre les systèmes monétaires byzantin, angevin et vénitien; celle-ci manifeste le rôle économique de Chio, pont naturel entre l'Occident et l'Anatolie turque, en même temps qu'escale essentielle sur les voies maritimes menant à Constantinople et en Méditerranée orientale. Les différentes monnaies en circulation dans l'île sont reliées les unes aux autres et subissent les à-coups de l'approvisionnement en métaux précieux déjà relevés en ce qui concerne l'Occident. Mais dans cette colonie génoise, on peut remarquer que le ducat vénitien arrive largement en tête des espèces répertoriées dans les actes notariés de la fin du XIVe et du début du XVe siècle: 38,7% des occurrences monétaires en 1394 et 68,7% en 1403-1404.

En Crète, la grande majorité des contrats notariés vénitiens sont libellés en hyperpères, dont le taux de change avec le gros d'argent vénitien s'établit au cours des XIIIe et XIVe siècles à 1 pour 12[46]. Que ce soit pour des ventes de froment, de bétail ou de vin, les parties contractantes utilisent constamment la monnaie byzantine: sur 408 transactions passées devant les notaires Leonardo Marcello (1278-1281), Benvenuto de Brixano (1301-1302), Pietro Pizolo (1300, 1304-1305) et Zaccaria de Fredo (1352 et 1357), seules 48, soit 11,7%, font intervenir la monnaie d'argent vénitienne[47]. Au cours des XIVe et XVe siècles, l'hyperpère est utilisé dans toutes les transactions courantes: paiement de dots, de salaires d'officiers, legs testamentaires qui font constamment référence aux hyperpères «currentia cretensia»[48]. Le ducat est réservé au paiement des plus hautes soldes, comme celle du duc de l'Archipel, aux règlements internationaux et aux legs prescrits dans leur testament par quelques Vénitiens de passa-

45. A. Mazarakis, «Chio: revisioni monetarie», dans L. Balletto (éd.), *Oriente e Occidente tra Medioevo ed Età moderna*, 2 vol., Gênes 1997, t. 2, pp. 812-901, que l'on préférera à G. Lunardi, *Le monete delle colonie genovesi*, cit., pp. 169-240.

46. T. Bertele, *Moneta veneziana*, cit., p. 46; M. Gallina, *Una società coloniale del Trecento. Creta fra Venezia e Bisanzio*, Venise 1989, p. 110.

47. M. Chiaudano-A. Lombardo, *Leonardo Marcello, notaio in Candia (1278-1281)*, Venise 1960; R. Morozzo della Rocca, *Benvenuto de Brixano, notaio in Candia (1301-1302)*, Venise 1950; S. Carbone, *Pietro Pizolo, notaio in Candia (1300, 1304-1305)*, Venise 1978; A. Lombardo, *Zaccaria de Fredo, notaio in Candia (1352-1357)*, Venise 1968.

48. F. Thiriet (éd.), *Duca di Candia. Ducali e lettere ricevute (1358-1360, 1401-1405)*, pp. 14, 23, 25, 42; S. McKee, *Wills from medieval Venetian Crete 1312-1420*, 3 vol., Washington 1998, t. 1, pp. 151, 319, passim.

ge à Candie[49]. La Crète connaît donc une longue survivance du système monétaire byzantin, en même temps que l'introduction de la monnaie vénitienne qui s'impose largement en Méditerranée orientale. Il ne faudrait pas négliger à cet égard le rôle du *tornesello*, cette petite pièce blanche, fortement surévaluée au début de ses émissions (vers le milieu du XIVe siècle), puis de plus en plus légère, qui occupe dans les territoires vénitiens et dans les principautés latines de Grèce la place laissée vacante par la disparition des deniers tournois. Le *tornesello,* qui procure de copieux bénéfices à l'hôtel des monnaies de Venise, sert à la Sérénissime au paiement des soldes et à l'entretien des fortifications et des galères[50]. C'est une monnaie «noire», tout juste bonne pour l'outre-mer.

En Chypre, la monnaie de base est le besant blanc, qui rappelle l'*aspron trachy* de Byzance. Pesant à l'origine 3,8 gr., il contient 17% d'or, 64% d'argent et 19% de cuivre. Les émissions cessent au début du XIVe siècle; le besant devient alors une monnaie de compte[51]. Sous le règne d'Henri II (1285-1324), s'introduisent deux nouvelles monnaies s'inspirant du gigliat angevin: le gros grand de 4,55 gr. valant un demi-besant ou deux sous, et le gros petit pesant la moitié du précédent. Le gros grand représente au droit le roi assis sur son trône, et au revers la croix de Jérusalem et les armes des Lusignans[52]. Cette évolution résulte d'une adaptation au gigliat, monnaie blanche du commerce international au XIVe siècle. «Entrepôt général du commerce avec le Levant» et rendez-vous de toutes les nations marchandes d'Occident, l'île de Chypre jouit d'une prospérité sans pareille dans la première moitié du XIVe siècle: on s'explique que l'atelier monétaire de Nicosie ait pu émettre de 6 à 7 millions de gros grands, soit environ 27 tonnes d'argent, en recyclant les monnaies étrangères dont la circulation ne semble pas avoir été admise dans l'île[53].

49. F. Thiriet, *Duca di Candia*, cit., p. 18; S. McKee, *Wills*, cit., pp. 935, 959.

50. A. Stahl, *The Venetian Tornesello, a medieval colonial Coinage*, New York 1985; J. Day, *Monnaies et marchés*, cit., pp. 137-138.

51. C. Otten-Froux-M. Metcalf, «Evidence concerning the activity of a mint at Famagusta in 1456-1457», dans *Epetèrida*, XXV (1999), pp. 41-42.

52. D.M. Metcalf, «The Gros grand and the Gros petit of Henry II of Cyprus», dans *Numismatic Chronicle*, t. 142, pp. 83-100, et t. 143, pp.177-201; D.M. Metcalf-A.G. Pitsillides, «Studies of the Lusignan Coinage», dans *Epetèris tou Kentrou Epistèmonikôn Erevnôn*, 19 (1992), pp. 1-104; G. Lunardi, «Le monete dei Crociati», dans *Memorie dell'Accademia italiana di Studi Filatelici e Numismatici,* t. 2, fasc. 3-4, Rome 1985; C. Morrisson-M. Bompaire, «Le monnayage du royaume médiéval de Chypre (1195-1489), dans Th. Papadopoullos (éd.), *Historia tis Kyprou* (en grec), t. 5/2, Nicosie 1996, pp. 1455-1484.

53. D. Metcalf, «A Decline in the Stock of Currency in Fourteenth-Century Cyprus?», dans P.W. Edbury, *Crusade and Settlement*, Cardiff 1985, pp. 264-267.

Mais, dès le règne de Pierre Ier et surtout après 1373 et l'occupation de Famagouste par les Génois, la situation change du tout au tout. Les marchands occidentaux gagnent directement l'Egypte ou Beyrouth, en évitant l'escale de Famagouste trop coûteuse. Les Lusignans sont appauvris par le paiement de leur dette envers les Génois et Famagouste, quasi désertée par le grand commerce international, dépérit. Le stock monétaire disponible diminue. Les trésors dont l'enfouissement est datable de la fin du XIVe et de la première moitié du XVe siècle contiennent peu de pièces étrangères. La circulation monétaire à Famagouste, qui se dote d'un atelier, est alimentée par les paiements faits par le roi de Chypre et qui sont transmis à Gênes par lettre de change ou sous forme de cargaisons de coton et de sucre. D'après les registres de la *Massaria* (trésorerie) de Famagouste, deux besants, monnaies de compte, subsistent et fluctuent par rapport au ducat: le besant de Nicosie et celui de Famagouste, 100 unités du premier équivalant à 124 du second en 1406. Au cours du XVe siècle, l'écart se creuse: en 1458, le ducat est donné pour 7 besants et demi dans les comptes royaux de Nicosie, et pour 12 besants et demi de Famagouste[54]. La détresse financière de la colonie génoise au milieu du XVe siècle ressort clairement de l'état de sa monnaie qui s'écarte progressivement du besant de Nicosie, lui-même lentement déprécié par rapport au ducat.

L'Egypte et la Syrie mamlûkes, tout en étant dans une étroite dépendance vis-à-vis des fluctuations du commerce international et de l'approvisionnement en métaux précieux que celui-ci suscite, ont réussi pendant plus de deux siècles et demi à maintenir trois niveaux de circulation monétaire, hérités de l'ancien système califal. Deux périodes sont toutefois à distinguer: la dynastie bahrite et la dynastie burdjite ou circassienne. Le monnayage mamlûk commence avec Baybars Ier (1260-1277), qui rompt avec la monnaie ayyubide en introduisant son blason, un lion rampant, sur toutes ses monnaies, qui gardent néanmoins un caractère épigraphique prononcé: des inscriptions circulaires entrent dans le champ de la pièce, mais sont remplacées, sous al-Nasir (1294-1295, 1299-1340), par des lignes horizontales. Les dinars sont d'une grande pureté, mais de poids assez largement irréguliers, bien qu'ils fassent référence à une monnaie de compte fondée sur le *mithqal*, pesant 4,3 gr. Les dirhams d'argent présentent les mêmes caractères: type épigraphique, avec introduction d'un lion sous Baybars, mais sans image animale jusqu'à la fin du XIVe siècle, poids irrégulier, et pureté moyenne allant de 65 à 75%. Quant aux *fulus*

54. C. Otten-Froux-M. Metcalf, «Evidence concerning», cit., pp. 42-47.

de cuivre, ils sont très nombreux et très diversifiés: totalement épigraphiques en Egypte, ils sont ornés de motifs héraldiques en Syrie[55].

Dans la seconde moitié du XIVe siècle, les Mamlûks commencent à subir les effets de la famine monétaire qui touche l'Occident. Elle est aggravée en Egypte par les dépenses énormes provoquées par l'entretien de l'armée et les expéditions militaires, ainsi que par la consommation somptuaire du sultan, de sa cour et des hauts officiers. Une thésaurisation de précaution par les grands amoindrit aussi la circulation des bonnes monnaies[56]. La dynastie burdjite en tire les conséquences. Face à la forte pénétration du ducat[57], Barsbay (1422-1437) promeut une réforme monétaire: le dinar imite désormais le ducat vénitien, mais avec un poids un peu plus léger que celui-ci, soit 3,4 gr. Frappés grâce à la refonte des 300.000 ducats provenant de la rançon du roi de Chypre, Jacques Ier, les dinars *ashrafis*, d'une grande pureté, vont jouer le rôle de «mauvaise monnaie», au sens de la loi de Gresham et refouler provisoirement le ducat, jusque là triomphant[58].

En revanche, la pénurie de métal blanc, aggravée par le drainage de l'argent vers les Indes pour le paiement des épices, a comme conséquence l'arrêt des frappes de dirhams pendant quinze ans, de 1397 à 1412. Lorsqu'elles reprennent, elles concernent des pièces plus petites, plus fines et plus légères qu'au cours du XIVe siècle, mais d'un bon aloi qui se maintient (80 à 90%) jusqu'à la dévaluation du début du XVIe siècle. Le dirham devient monnaie de compte et on ne frappe plus que des demi-dirhams, appelés *maydin* par les Occidentaux ou des quarts de dirham. L'affaissement des stocks de métal blanc est compensé par de massives émissions de pièces de billon, qui remplacent les dirhams pour les transactions moyennes et petites. Selon Maqrizi les *fulus* deviennent au début du XVe siècle la monnaie dominante en Egypte: d'un poids stable (4,3 gr.) jusqu'en 1392, ils connaissent ensuite une telle variété de poids que marchands et changeurs musulmans ont pu éprouver une certaine défiance envers les monnaies locales[59].

55. P. Balog, *The Coinage of the Mamlûk sultans of Egypt and Syria*, New York 1964, pp. 12-13; W.C. Schultz, «The Monetary history of Egypt 642-1517», dans C.F. Petry (éd.), *The Cambridge History of Egypt,* Cambridge 1998, pp. 333-335.

56. E. Ashtor, *Les métaux précieux*, cit., pp. 97-108.

57. J.L. Bacharach, «The ducat in Fourteenth Century Egypt», dans *Itinéraires d'Orient. Hommages à Claude Cahen, Res Orientales*, VI (1994), pp. 95-102.

58. Idem, «The Dinar versus the Ducat», dans *International Journal of Middle East Studies*, 4 (1973). pp. 77-96.

59. Idem, «The Ducat in the Fourteenth Century Egypt», cit., pp. 98-99; et B. Shoshan, «Exchange-rate policies in Fifteenth Century Egypt», dans *JESHO*, XXIX (1986), pp. 28-51; W.C. Schultz, «The monetary history of Egypt», cit., pp. 336-338.

Ce large panorama de la circulation monétaire en Méditerranée orientale met en évidence la domination du marché sur la politique monétaire des Etats, l'interdépendance des liquidités entre Orient et Occident, l'échec relatif des monnaies de substitution visant à compenser l'approvisionnement insuffisant en métaux précieux.

Le moteur des transformations monétaires me paraît être le vaste jeu de transferts de métaux précieux nécessité par la demande croissante de produits de luxe venant d'Orient. Lingots d'argent et argent monnayé vers les pays mongols, fournisseurs de soie et d'épices venus de Chine ou d'Extrême-Orient et qui ne font que traverser les pays mongols, médiocres acheteurs de produits occidentaux (vin, tissus), dont la valeur est insuffisante pour compenser une balance des comptes déficitaire pour l'Occident. Monnaies d'or ou d'argent vers les pays mamlûks, mais qui ne profitent pas également à ceux-ci: la Syrie, fournisseur du coton qu'elle produit, tire plus d'avantages du drainage des métaux précieux occidentaux que l'Egypte, simple zone de transit pour les épices qu'elle doit payer aux pays producteurs du Sud-Est asiatique. La plus grande part des métaux précieux occidentaux ne fait que passer par l'Egypte, qui doit en outre financer l'achat des esclaves-soldats mamlûks et du matériel de guerre. Dans un circuit commercial qui va de l'Europe du Nord au Cathay, les flux de métaux précieux profitent d'abord aux producteurs de poivre et de gingembre, ensuite seulement aux intermédiaires. L'Egypte essaie bien de compenser la fuite de l'argent vers l'Extrême-Orient en instaurant une politique douanière rigoureuse, parfois un monopole, qui augmente le prix des épices[60]. La conséquence en est la recherche de nouvelles voies vers les pays producteurs. La découverte du Nouveau Monde et de la route portugaise vers les Indes constitue la réponse de l'Occident au coût excessif des droits de douane à Alexandrie.

On peut aussi se demander si l'offre de métaux précieux suffit à équilibrer la balance des comptes. La famine monétaire, due à l'épuisement des mines argentifères de Sardaigne et de Kutná Hora, se traduit par une raréfaction de l'argent en Orient: dévaluation de l'aspre mongol, transformation de l'hyperpère en monnaie de compte, disparition des dirhams mamlûks au tournant des XIVe et XVe siècles, puis reprise timide de la frappe avec des pièces plus légères, tout cela traduit une interdépendance des liquidités entre Occident et Proche-Orient.

On peut néanmoins s'interroger sur le déséquilibre de la balance des comptes entre Orient et Occident, qui, pour la plupart des auteurs, paraît

60. E. Ashtor, *Histoire des prix et des salaires dans l'Orient médiéval*, Paris 1969, pp. 270-271.

être un fait structurel, solidement établi. D'un côté, est mise en avant la faiblesse des exportations occidentales, constituées de draps et de toiles, de vin, d'huile, de bois et de quelques métaux comme l'étain; de l'autre la valeur des importations occidentales, portant non seulement sur les épices, la soie et les tissus précieux, mais aussi sur des matières premières indispensables comme l'alun ou le coton. J. Day rappelle par exemple qu'en 1376-1377, Gênes importe des marchandises du Levant pour un montant de 626.000 livres, mais n'en exporte vers l'Orient que pour une valeur de 248.000 livres[61]. D'après Tommaso Mocenigo, les trois quarts de l'argent frappé à Venise en 1423, soit environ l'équivalent de 20 tonnes d'argent par an, partent pour le Levant[62]. Les frais des pèlerins et des voyageurs européens en Orient, ceux des expéditions sous forme de ligues ou de croisades creusent le déficit.

Ce sont là des faits incontestables, auxquels toutefois deux remarques peuvent être opposées. D'une part, on tient rarement compte des profits des services, des bénéfices des marchands et des armateurs occidentaux en Orient, dans la mesure où ils sont difficilement quantifiables. Mais il ne faut pas oublier qu'aux XIVe et XVe siècles les flottes des républiques maritimes italiennes et des Catalans ont le quasi monopole du transport des marchandises entre les divers pays de la Méditerranée orientale; les coûts des affrètements sont parfois équivalents à ceux des produits transportés[63]. Les profits des marchands occidentaux au Levant ont été estimés à 40% de la valeur des marchandises acquises[64].

D'autre part, il n'est pas du tout évident que le prix des épices l'emporte toujours sur celui des produits de l'industrie textile occidentale. D'après les comptes de la douane d'Aigues-Mortes en 1358, R-H. Bautier a montré qu'à quantités égales, la valeur des balles de draperie exportées de France était bien supérieure à celle d'épices apportées par des navires génois[65]. Si les industries des draps et toiles d'Occident, ainsi que celle du verre réussis-

61. J. Day, «Monnaies et marchés», cit., p. 44.

62. P. Spufford, *Money and its Use*, cit., pp. 351-352.

63. M. Balard, *Gênes et l'Outre-mer. T.1: Les actes de Caffa du notaire Lamberto di Sambuceto 1289-1290*, Paris-La Haye 1973, doc. n° 629, p. 235.

64. E. Ashtor, «Profits from Trade with the Levant in the Fifteenth Century», dans *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, XXXVIII/2 (1975), p. 272, repris dans *Studies on the Levantine Trade in the Middle Ages*, Londres 1978.

65. R-H. Bautier, «Les relations économiques des Occidentaux avec les pays d'Orient au Moyen Age. Points de vue et documents», dans M. Mollat (éd.), *Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'océan Indien. Actes du 8e colloque international d'Histoire maritime (Beyrouth 1966),* Paris 1970, p. 302.

sent au cours du XVe siècle à l'emporter sur leurs concurrentes d'Orient[66], elles rétablissent au moins partiellement la balance des paiements et contribuent à diminuer le drainage des métaux précieux vers l'Orient, mettant par là même en difficulté les ateliers monétaires du monde mamlûk. L'interdépendance des liquidités résulte non seulement de la production minière, mais aussi des fluctuations de la balance des paiements.

En ces deux domaines Venise paraît la mieux placée par rapport à ses rivales italiennes, provençales ou catalanes. D'une part affluent vers la Lagune l'or des mines de Hongrie, puis au XVe siècle celui du Soudan, ainsi que l'argent de Serbie et de Bosnie. Les gros de Venise puis les ducats pénètrent partout en Méditerranée orientale et l'emportent sur les gigliats et les florins, encore dominants dans la première moitié du XIVe siècle. Les ateliers génois de Chio et de Péra imitent le ducat. Les émirats d'Anatolie font de même. Les économies égyptienne et syrienne restent tout au long du XVe siècle dans un état de dépendance monétaire vis-à-vis de Venise, comme l'attestent les manuels de commerce du XVe siècle et les notations des voyageurs[67]. Le ducat est devenu «l'euro-dollar» (J. Day) du Proche-Orient aux XIVe et XVe siècles, une monnaie-étalon dont l'usage dans les échanges internationaux reflète la puissance commerciale du pays émetteur. Son succès s'explique par la détérioration des monnaies locales d'Orient, affectées par le drainage de l'argent vers les Indes et le gaspillage militaire qui aggrave chez les Mamlûks la pénurie monétaire du XVe siècle.

Or rien ne s'oppose à cette suprématie vénitienne. Gênes, confrontée à une impuissance chronique de l'Etat, à des difficultés financières incessantes, malgré la richesse de l'élite marchande, ne peut défendre la valeur intrinsèque de sa monnaie. Florence est contrainte d'affaiblir son florin en 1402, d'arrêter pendant dix ans la frappe de l'argent et de la reprendre avec un *guelfo* dévalué de 3,1%. En 1442, les Florentins vont même jusqu'à contrefaire des ducats pour mieux financer leurs importations levantines. Venise seule réussit à maintenir inaltérés le poids et l'aloi du ducat et du gros jusqu'en 1462 et à limiter les fluctuations de la *ratio* entre l'or et l'argent. Cela lui assure l'hégémonie dans la circulation monétaire en Méditerranée orientale et une domination sur les marchés d'épices du Levant.

66. E. Ashtor, «The Economic Decline of the Midle East during the later Middle Ages-An Outline», dans *Asian and African Studies*, 15 (1981), pp. 253-286, repris dans Id., *Technology, Industry and Trade*, Ashgate 1992, étude II.

67. J. Day, *Monnaies et marchés*, cit., p. 146.

La contraction des stocks de métaux précieux aurait-elle pu être compensée par de nouveaux moyens de paiement? Il faut souligner que le troc n'a pas perdu de son importance dans les relations commerciales entre l'Orient et l'Occident: toiles contre soie à Tana et sur les routes mongoles, comme le conseille Pegolotti, draps de Champagne contre mastic à Chio[68], bois et fer contre épices à Alexandrie. Entre Corfou et la terre-ferme grecque, il semble bien que le troc l'emporte sur les échanges monnayés. Mais il s'agit là de phénomènes marginaux à peine évoqués par la documentation. En revanche on s'étonne de ne pas trouver plus fréquemment mention de la monnaie scripturale en Orient, alors que son usage s'est développé entre toutes les grandes places marchandes d'Occident, comme l'atteste la correspondance Datini. De fait, la lettre de change semble plus largement utilisée pour les transferts d'argent public entre les autorités de la métropole et leurs représentants outre-mer, que pour résoudre les compensations financières entre marchands. Au Proche-Orient, la diffusion restreinte d'une lettre de crédit, ou *havale*, assignant par un ordre écrit une somme sur une source éloignée de revenu[69], ne peut en aucun cas être comparée à l'essor de la lettre de change. Tout se passe comme si les différences de valeur entre or et argent en Orient et en Occident avaient limité l'usage de la monnaie scripturale entre les deux zones économiques considérées[70].

A travers l'étude de la circulation monétaire, qui ne peut être que «pan-méditerranéenne», se révèle à la fin du Moyen Age le recul des économies orientales par rapport à l'Occident. Au *nomisma* et au dinar triomphants des IXe-Xe siècles, se sont substituées à la fin du Moyen Age des monnaies affaiblies qui n'ont pu résister à la pénétration des monnaies occidentales, essentiellement vénitiennes. Le basculement de la puissance commerciale en faveur de l'Occident est accompli. Dans les économies «périphériques» de la Méditerranée orientale, s'est instaurée une circulation dominante de monnaies étrangères que seule la conquête ottomane réussira à contenir.

68. M. Balard, *La Romanie génoise*, cit., t. 2, p. 645, n. 5 et p. 837.
69. H. Inalcik, *An Economic and Social History of the Ottoman Empire*, cit., p. 208.
70. P. Spufford, *Money and its Use*, cit., p. 256.

St. Nicholas, patron of bankers: credits and debits, wealth and poverty in medieval legends

Reinhold C. MUELLER

The present paper is an attempt to intrude on the fields of canon and civil law and theology, of the Jews, of art, of hagiography, of literature, in order to bring to the fore some sources on money and riches which seem to me not usually studied, especially not by economic historians. Those sources are both literary —saints' lives and miracles— and visual —the decoration of ecclesiastical space. Involved are diverse themes: the commendation of credit; the rationalization of wealth; concern for the Franciscan *usus pauper* of wealth; the interplay of banking enterprise, both Christian and Jewish, with miracles; the encounter of Jews and Christians on the marketplace.

Much of this paper will be dedicated to some of the many legends attached to the name of St. Nicholas of Myra and Bari, those dealing in some way with money and wealth, so it is a happy coincidence that we have been invited to discuss serious problems of monetary history in a location situated on a street dedicated to St. Nicholas. But I will be forced, at the outset, also to engage some other saints in a discussion of the problem of wealth and voluntary poverty[1].

Let us begin (as I myself did when I first became interested in this topic) with the St. Nicholas cycle depicted in the Castellani chapel of the

1. In a vast bibliography on the saint and his legends, the following are the most important recent studies: Ch. W. Jones, *Saint Nicholas of Myra, Bari, and Manhattan. Biography of a Legend.* Chicago, 1978; E.G. Clare, *St. Nicholas, His Legends and Iconography*, Florence, 1985; G. Cioffari, O.P., *S. Nicola nella critica storica*, Bari, Centro Studi Nicolaiani, 1987, which lists a dozen stories of the saint that deal with money, coins, merchants, and the like (pp. 220-224); those chosen for discussion here are the only ones that have important iconographical documentation. The above authors, finally, are all beholden to K. Meisen, *Nikolauskult und Nikolausbrauch im Abendlande. Eine Kultgeographish-Volkskundliche Untersuchung*, Düsseldorf, 1931.

Franciscan church of S. Croce in Florence, a cycle taken almost verbatim from the *Legenda aurea* of Iacopo da Varazze, Dominican bishop of Genoa in the late 13th century, whose compendium of saints' lives and miracles was so important as a reference work for artists[2]. The central legend from my point of view recounts the following miracle, said to have taken place after the death of the saint:

A Christian borrowed a certain amount of money from a Jew, swearing solemnly before the altar of St. Nicholas, «because he had no other guarantor ("fideiussor")», to repay the debt incurred as soon as he could («quam citius posset») [fig. 1]. The Jew is the figure holding the money bag and wearing a hat with a kind of tassle; note that he is not portrayed here with the caricatured features generally attributed to Jews in Medieval art. The transaction and the promise were made in a church before the altar of the saint; upon the altar we see the icon of the saint in the pose he typically assumed, namely, in the act of blessing the onlooker —here he is actually bestowing his blessing on a loan transasction to which he alone was witness. When the debtor delayed repayment, the Jew went to him to ask for his money; in response, the Christian claimed to have already repaid the sum. All the Jew could do was to resort to a court of law and have the man cited before a judge. In the second and central scene (the story develops from right to left), we might well imagine ourselves in the court of the Mercanzia, on Florence's Piazza della Signoria. There the judge required the defendant to swear on the Gospels that he had indeed made good his debt. But what the accused did before going to court was to fill a hollow staff («baculum cavatum») with gold coins («aurum minutum») and bring it along as though he needed it to support himself. When it came time to swear the oath, he passed the staff to the Jew to hold for him while he swore that he had indeed repaid all he owed and even more («quod plus sibi reddiderit etiam quam deberet»)— that is, that he had repaid the principle plus interest. He then reclaimed the staff and the Jew, ignorant of the deceit, returned it. Upon leaving the court, the deceitful debtor was overcome by drowsiness «as onto death» and sat down on the road, at a bend, to sleep. Along came an oxcart (this one, in the third scene from the right, is loaded with bales of wool) which ran over and killed him, at the same time breaking the staff and causing the gold coins to pour out. Upon hearing the news, the Jew rushed to the scene and realized the fraud («dolus») that had been committed and of which he was the victim. Many of the onlookers told the Jew he should take the

2. I have used the recent critical edition by Giovanni Paolo Maggioni, 2 vols., Florence, 1998.

money since it was due him, but he refused unless the dead man were brought back to life by St. Nicholas, asserting that if that happened he would accept baptism and become a Christian. And so it was: the dead man was promptly resuscitated and the Jew was baptised, «in Christi nomine».

The moral of this story is rather unique. As is very well known, theologians and jurists of the Middle Ages generally took pains to show how difficult it was for a merchant to enter the gates of paradise and how much more so for a usurer, especially if a manifest usurer. Baldus (d.1400), talking obviously of Christian usurers —the only kind Florence and the Florentines in the later 14th century knew from first-hand experience— affirmed that they were in grave danger and that even after penance and restitution their infamy would remain forever, making them civilly unfit. While Baldus considered legitimate transactions made between Christians and Jews, Jewish lenders were generally considered, by very nature of their *infidelitas,* to be thieves and devourers of the property of Christians[3]. At the same time, in this particular fresco the artist did not utilize for the figure of the lender the usual highly caricatured features of the Jew; although the Jew wears what might be a characteristic hat with a tassel, it seems that the figure was meant to portray the lender *tout court*, in order to drive home with more effect the absolute importance in human relations and in the economy of good faith in the repayment of debts, and thus in making loans, irregardless of the religious or ethnic origin of the parties[4].

Before continuing the analysis of the saints' legends depicted in the chapel, let me turn to discuss the persons who were instrumental in the choice of the pictorial program —for, as we shall see, a program had

3. «In magno ergo periculo sunt usurarii, maxime manifesti, quia etiam post poenitentiam peractam et restitutionem usurarum remanente infames, cum infamia jam sit inflecta et sic sunt inhabiles ad testimonia et dignitates, quod tene menti». B. SCHNAPPER, «La repression de l'usure et l'evolution economique (XIIIe-XVIe siècles)», *Tijdscrift voor rechtsgeschiedenis / Revue d'histoire du droit*, 37 (1969) 47-75, at n. 62, pp. 64-65. See also D. QUAGLIONI, «"Inter Iudeos et Christianos commertia sunt permissa". Questione ebraica e usura in Baldo degli Ubaldi (c. 1327-1400)», *Aspetti e problemi della presenza ebraica nell'Italia centro-settentrionale (secoli XIV e XV),* Quaderni dell'Istituto di Scienze Storiche dell'Università di Roma, 2, Rome, 1983, pp. 283, 293, and G. TODESCHINI, «Usura ebraica e identità economica cristiana: la discussione medievale», *Gli ebrei in Italia*, Annali 11 della *Storia d'Italia*, Turin, 1996, pp. 291-293.

4. For the absolute necessity in the marketplace of good relations between Jewish lenders and Christian borrowers, see especially J. SHATZMILLER, *Shylock Reconsidered. Jews, Moneylending and Medieval Society*, Berkeley, 1990.

clearly been defined before the decoration of the chapel was begun. Attention is first drawn to the artist. Important parts of the chapel's decoration, including parts of the Nicholas cycle, are generally attributed to the painter Agnolo di Taddeo Gaddi and, when not to him directly, to his «companions», workshop and followers[5]. Agnolo was not only the son and grandson of famous painters but brother of the merchant banker Zanobi di Taddeo Gaddi, who was the principal correspondent in Venice of Francesco di Marco Datini, merchant of Prato, and founder in Venice of a merchant-banking concern that in another two generations would become banker to the papacy in Rome. There in Venice, precisely in those years, a comunity of Jewish lenders was operative, a fact that Zanobi had surely recounted to his brother the painter as one of the visible contrasts with the economic life of Florence. Furthermore, Agnolo himself decorated part of Datini's private palace in Prato, as well as parts of Prato's cathedral, and corresponded with the merchant of Prato. In all probability, he had a major say in the definition of the program as well as in its execution. Intimately acquainted as he was with the ambient of Florentine and Tuscan merchant-bankers, Agnolo could hardly have been anything but supportive of the choice of the Nicholas legend cited above[6].

Who were the others involved in making the choices regarding the pictorial program? We must begin with the patron of the chapel, Michele di Vanni di ser Lotto Castellani. In his testament of about 1370, formalized in Latin as he lay ill in 1383, Michele, «civis et mercator florentinus», left 1000 florins for the construction and decoration of a chapel at the Franciscan church of S. Croce in Florence in which he and a predeceased son

5. B. Cole, *Agnolo Gaddi*, Oxford, 1977, and the brief notes by R. Salvini, «Agnolo Gaddi» and «La cappella Castellani», in *Il complesso monumentale di Santa Croce. La basilica, le cappelle, i chiostri, il museo*, Florence, 1983, pp. 185-210, 211-226, respectively; this latter book lacks footnotes and Salvini ignores Cole's study. Cole recognized the central role of money and the «value of wealth to society» in the program, suggesting as rationales «some connection with the restitution of usury… [or] the wise use of money» (pp. 78-79) but he, along with other art historians who have dealt with the chapel, ignored the reasons for the choice of the saints there depicted.

6. That Gaddi was the «maestro che diresse i lavori» is taken for granted by Ugo Procacci in his study dedicated to another of the painters in the chapel, the best of Gaddi's disciples: *Gherardo Starnina*, Florence 1936 (reprinted from *Rivista d'arte*, 1933, 1935-36), pp. 50-52. On the Gaddi connection to Venice (Zanobi also had a branch in Montpellier), see R.C. Mueller, *The Venetian Money Market. Banks, Panics and the Public Debt, 1200-1500*, Baltimore and London, 1997, index under Gaddi, and the geneologies on p. 643. On the Jews then in Venice, see Idem, «The Jewish Moneylenders of late Trecento Venice: a revisitation», *Mediterranean Historical Review*, 10 (1995) 202-17. Jews were allowed to lend in Arezzo and Siena but not in Florence before 1437.

were to be buried[7]. He gave the task of carrying out his wishes in this matter to his eldest sons and executors Vanni and Nicolò, and instructed them to proceed with the advice of two Franciscans, fra Marco de' Ricci, his confessor, and fra Francesco Allori, both of the convent of S. Croce[8]. The theme of the program was indeed Franciscan, dealing with the importance of wealth and its correct use. In fact, even though he did extend credit, Michele was not concerned about the restitution of usury or ill-gotten gain received during his lifetime, a suggestion that has been put forward, *en passant*, to explain the pictorial program. He leaves only £100 di piccioli, a pittance the equivalent of only 27 florins, to the bishop of Florence for any «incerta» or uncertain usury, but, he continues, should the sum left exceed actual ill-gotten gain, it should be spent for the souls of those from whom he had extorted money, adding however that he did not believe he had taken anything illegally from anyone («per l'anime di coloro del cui io avesse, che non credo avere niente»). Even in the testament, as he registered the instructions for his sons Vanni and Nicolò, Michele admits that he has accumulated great wealth as a gift from God, and that he was passing that wealth on to his heirs; he writes, «...m'à dato Idio tante della sua gratia e fattomi guardatore di tanto del suo che io lascio i miei figliuoli in grande stato da parte di richeza...» Of that wealth, he says, he the testator had been only the guardian, but that admission did not cause him to hesitate to pass it on to his heirs. In sum, the committee chosen to make the decisions regarding the use of the bequest for the chapel, that small portion of accumulated wealth, was made up of Vanni and Nicolò Castellani and the two Franciscan friars; these in turn called in the painter Agnolo di Taddeo Gaddi as artistic director as well as artist. The extent to which Michele himself, toward the end of his life, took an active interest in the definition of the program cannot be determined.

Who was Michele di Vanni di ser Lotto Castellani? He was a member of one of Florence's leading merchant-banking houses, recorded by Gio-

7. The undated testament as drafted in Italian in a *ricordanza* was published, albiet not completely, by Gene A. Brucker, *Firenze nel Rinascimento*, Florence, 1980, doc. 15, pp. 266-269. Procacci published an extract of the formal Latin version in his *Gherardo Starnina*, pp. 110-111 (reprinted in Cole, *Agnolo Gaddi*, p. 61, doc. 7); there we read that an additional sum, or so it seems, written to Michele's credit in his «fundaco et sotietate» and earmarked for pious giving («amore Dei»), was to be applied to the construction, decoration and furnishing of the chapel.

8. Marco de' Ricci is registered as member of the capitolo and librarian of S. Croce in the years 1340, 1353, 1362; see the lists in *Studi Francescani*, 57 (1960) 259, and 62 (1965) 391, 393 (references for which I thank Carlo Delcorno). The Ricci were still a powerful family with many branches; for those in our period who were merchant bankers, see A. Borlandi, *Il manuale di mercatura di Saminiato de' Ricci*, Genoa, 1963, cap. I.

vanni Villani as having failed in 1342. Whatever the truth of that report, the company was active in the sector of foreign exchange as *cambisti* for the papacy in the 1350s[9]. Michele spread his investments carefully: he bought landed —often «fortified»— property; he imported large amounts of Catalan and English wool for resale to the biggest Florentine producers of wool cloth in the 1350s and '60s; he himself enrolled in the Arte della Lana in 1362, when he had a «bothega de la lana» with a huge capital base (which he closed, however, after only a few years)[10]. In the 1370s he enrolled in the Arte di Calimala (where his sons would later be elected consuls) but, what interests us most here, he entered the Arte del Cambio, the guild of local bankers, together with his son Nicolò, in November 1372; a younger son Giovanni, to be distinguished from the first son Vanni, enrolled in the same guild in November 1383. Nicolò was member of a banking partnership with five others in 1373; one of them, the one who would stay on with Nicolò and provide continuity in the company for the next thirteen years, was Nofri di Giovanni di ser Lapo Arnolfi, Nicolò's brother-in-law; Michele's younger son Giovanni joined the partnership in February 1381, even before he was formally registered in the Cambio guild. At the time of their father's death, probably of plague in 1383, his sons Nicolò and Giovanni were operating the bank with only two other partners, Arnolfi and Domenico d'Andrea di Maccarone[11].

Michele Castellani, furthermore, is listed among the wealthiest taxpayers of his quarter of S. Croce. His political leverage matched his economic success: he was elected gonfaloniere della giustizia in 1354, 1366,

9. *Due libri mastri degli Alberti. Una grande compagnia di Calimala, 1348-1358*, ed. by R. Goldthwaite et al., Florence, 1995, vol. 2, pp. 441, 443. G. Ciappelli, *Una famiglia e le sue ricordanze. I Castellani di Firenze nel Tre-Quattrocento*, Florence, 1995, pp. 15-16.

10. Giovanni Ciappelli made a census of the purchases of real estate and reports that Michele was partner in the wool shop with an investment of 20,000 florins out of a total of 33,400 florins, a huge figure that put his operation among the first three of the city; see *Una famiglia*, pp. 19-20, where he revises some of the findings regarding Michele Castellani made by H. Hoshino, *L'arte della Lana in Firenze nel basso medioevo*, Florence, 1980, pp. 163, 183, 201n, 209, 215, 232.

11. Archivio di Stato di Firenze, Cambio, reg. 12, fols. 40v, 41r, 8 and 16 November respectively; Nicolò's formal registration was dated January 1373. Domenico d'Andrea di Maccarone had taken the place in 1381 of the brothers Bartolo and Piero di Giovanni de' Siminetis. Two members of the Villani family (Giovanni di Michele and Giovanni di Matteo) were also members, albiet for shorter periods, in 1374 and 1377 respectively. For the eight partnerships registered between 1373 and 1385, see ibid., reg. 14, fols. 66v, 69v, 75v, 77v, 79v, 81v, 83v, 85v; it is not clear whether the register is complete after 1385, so that the absence of further notices of the Castellani bank is not of itself proof that it no longer carried on after 1386 or '87. My thanks to Luca Molà for checking these sources.

1372; prior in 1360; member of the Otto della Guerra in 1363 (when he even served personally in the army); in 1376 he was sent as ambassador to Avignon to negotiate peace with the papacy; he and his brother were leaders of the Parte Guelfa and as such Michele's houses were among those burned by the Ciompi during the uprising of 20 July 1378, when he was also excluded from holding public office; after having taken active part, with his son Vanni, in armed demonstrations of force against the «popolani», Michele was among the most prominent members of the oligarchy that overturned the popular government in early 1382 and inaugurated the restoration. His sons followed in his footsteps, being elected to high government and guild offices with regularity during the oligarchical regime. In 1383, the year of Michele's death, his son Nicolò was member of the Mercanzia, the merchants' court that would have heard just such a case as that described above in the Nicholas legend; and his brother Vanni was elected member of the same court only two years later[12]. In short, when Michele wrote his testament he was both a merchant banker and a local banker, with heavy investments in the finishing of wool cloth, a political figure to be reckonned with, publicly associated with opposition to the Ciompi and all they stood for, politically and ideologically, a person close to the Franciscans at S. Croce and intimate with specific friars; at his death in 1383, when his testament was formally redacted in Latin, his sons were well placed to carry on the family's fortunes and carry out their father's last will.

The program for the decoration of the chapel requested by Michele with the sizeable bequest of 1000 florins bears the mark of the Castellani in various ways. The run-away cart that struck down the unpaying debtor is loaded with bales of wool bearing merchants' marks, not impossibly those of a Castellani company. And the scene in court, although both the building and the figures are highly stylized, may well have been meant to represent the Mercanzia of Florence and that court's procedures, with which members of the Castellani family were intimately familiar[13]. Unquestionable, on the other hand, is the relationship between the saints

12. See the careful reconstruction of Michele's curriculum and that of his sons in Ciappelli, *Una famiglia*, chap. 1 and Appendice, tavole 2-5.

13. The building in which the judge took the oaths was not meant to be a faithful representation of the seat of the Mercanzia, on Piazza della Signoria, which was quite different, but the onlooker surely read it as such. According to statute, the judge or rector was a foreigner, flanked by five Florentine counsellors; here only two constables are depicted in the background. See Antonella Astorri, *La mercanzia a Firenze nella prima metà del Trecento. Il potere dei grandi mercanti*, Florence, 1999, where we find that Michele's father Vanni di ser Lotto also had been elected twice to that court; see pp. 79-80, 98 and *passim*.

whose legends are depicted and the names of Michele Castellani's children —a relationship so close as to make one wonder whether behind the pictorial program there had not been a conscious program in the choice of names for the children. As we have already noticed, the son who joined the Cambio guild together with his father and who was partner in a local bank is named Nicolò: if his father had not had a hand personally in the definition of the program, on the eve of his death, Nicolò had good reason to have his own patron saint depicted, especially in the legend recounted above. But he was not alone: as we shall see, space was devoted to John the Evangelist, Anthony the Abbot, John the Baptist, and Catherine of Alexandria, patron saints respectively of Vanni, Antonia, Giovanni and Caterina. But before turning to their stories, we must move on with other stories of St. Nicholas depicted in the same chapel.

Another legend with a strong, rather surprising connection to the family, much more popular than that above and the only one of an economic nature that stems from Byzantine *lives* of the saint preceding the *translatio* of the body to Bari in 1087, concerns Nicholas' first act of charity when he was still a young man in his native city of Patara in Lycia (Asia Minor) [fig. 2]. As recounted in the *Legenda aurea*, Nicholas himself had been left heir, upon the death of his parents, to great wealth and wondered how to use it, not to human glory but to glorify God. Having heard of the straits of a rather noble («satis nobilis») neighbor who, having fallen upon hard times and unable to dower his three daughters, planned to put them to work as prostitutes in order to live off this infamous trade. Young Nicholas then, at night and on three different occasions, threw lumps of gold wrapped in a cloth («masse auri panno involute») through the window to the three damsels[14]. On the third occasion the nobleman kept vigil and discovered who it was who had made it possible for him to marry off his daughters, but Nicholas swore him to secrecy. Even this common legend, depicted wherever there are Nicholas cycles, is an echo to an interesting part of Michele di Vanni's last will. The testator tells of the dowries of 1000 florins already given to each of his first two daughters and already ordered for the third, and then enjoins his male heirs to take back into the family and provide hospitality to any of their sisters who

14. The form which the gift took is peculiar in many literary and iconographic renditions: a lump of gold, gold balls, or coins, either in sacks or loose. In Giovanni Diacono's 10th century *Vita*, the first gift was «non modicum aurum ligansque in panno», the second «fulvi pondus metalli», the third a «talentum». See P. Corsi's critical edition in, «La "Vita" di San Nicola e un codice della versione di Giovanni Diacono», *Nicolaus, Rivista di teologia ecumenico-patristica*, 7 (1979) 359-80, at cap. 5-6.

might remain a widow; more importantly, he continues, should any one of them not succeed in getting her dowry back, then the heirs should dower her again with 1000 florins, should she wish to remarry; should she get the dowry back, then the heirs had no particular duty toward her except «as good brothers should do for good sisters»[15]. Michele was concerned for the well-being even of his own sisters and gave instructions to his sons to provide hospitality and alimony for their aunts should their dowries not suffice to permit them to live comfortably as widows. Thus the inclusion of this scene in the arch, high in the chapel, served as a kind of guarantee that the brothers accepted their father's injunction and were ready to fulfill his wish, if the occasion arose. It is worth quoting the passage that he wrote in his *ricordanza*, since the forecast of a problem in getting the dowry back is quite unique: «E voglio che dove intervenisse che alcuna rimanesse vedova e non si potesse riavere la dota, che lle mie rede siano tenute di ridotalla di fiorini mille d'oro se si volesse rimaritare». In short, a commonly told Nicholas story, especially popular in Florence, here becomes particularly relevant to a specific last will with a certainly uncommon provision for eventual redowering[16] [fig. 3].

One further Nicholas episode portrayed here must also be considered from the viewpoint of economic relations. The *Legenda aurea* recounts the story of a nobleman who prayed to Nicholas that he might have a son, promising («promitens») that he would take the son to the church of St. Nicholas and offer a golden cup at his altar [fig. 4]. The son was born and the father had a beautiful goblet made —so beautiful that he decided to keep it for himself and had another, a substitute, made as an offering. When his son came of age he took ship with his wife and son to go to the shrine of St. Nicholas; on board the father asked his son to bring him water to drink in the original cup; but the son fell into the sea and disappeared. The distraught nobleman continued on his way, however, in order to fulfill his vow and sought three times to place the substitute cup on

15. Each was also to receive the usufruct of a farm or a house worth 500 florins which, at their death, would return to the male heirs and their line. Ciappelli derived the following information from Michele's *ricordanza*: Caterina married Nofri di Giovanni Arnolfi in 1363, with a dowry of 730 florins; Margherita married Roberto di Piero Aldobrandini in 1367, with a dowry of 800 florins; Antonia married Nicolò di Andrea di Neri di Lippo in 1378 (*Una famiglia*, p. 55).

16. See also Ch. Klapisch Zuber, «La bourse ou les boules de saint Nicolas. De quelques représentations des biens féminins en Italie», *Clio: histoire, femmes et société*, 7 (1998) 73-89. G. Ricci touches on the theme briefly in «Donzelle in pericolo e fanciulli in salamoia. Una immagine indisciplinata e la sua normalizzazione», *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento*, 8 (1982) 373-406.

the altar but each time it was thrown off, physically rejected. Whereupon the son appeared, with the first goblet, recounting that when he had fallen into the water St. Nicholas had saved him. The father then placed both cups on Nicholas' altar. Obviously the saint hardly needed a golden cup, but a promise is a promise and a deal is a deal: he who does not keep his promise, his side of the deal, or keeps it only in part, is punished— just as in the case of the unpaying debtor. In short, the story underscores the virtue of that foundation of any economic relationship, the promise to pay, that *sine qua non* of the marketplace but especially of the banks and bankers, which the Castellani represented.

The rest of the Nicholas cycle in the Castellani chapel records other episodes of the saint's life and miracles not involving economic relations and they are clearly given a secondary role in the total program. There are other stories of this saint that are relevant to our theme but that are not recounted in the *Legenda* nor in the chapel. But before turning to them, let us finish our look at the Franciscan program of frescos in the chapel.

Just opposite the Nicholas cycle, on the left side upon entering the chapel, we find John the Evangelist, patron saint of Vanni, the eldest surviving son of Michele. John, as we read in the *Legenda*, entered into a disputation with the philosopher Crato on the question of wealth. Crato had just demonstated to the people in the forum of Ephesus his distain for the things of this world by convincing two wealthy young men to convert their patrimony into precious stones which they then proceeded to smash into pieces. Giovanni sought to demonstrate that Crato's distain for the world was erroneous with three arguments: first, that even if men might approve such distain, God disapproved of it; second, that the destruction of wealth was no cure for the vice of greed; third, that distain for riches was meritorious only when those riches were distributed to the poor. Crato retorted that if John's master was truely God, he could restore the fragments into the precious stones; John promptly prayed that it be so, the young men converted, sold the gems and gave the proceeds to the poor, and Crato accepted baptism [fig. 5].

The second miracle involved the conversion of banal objects into riches: two young men (later in the story they are called «disciples») sold their property, gave to the poor their money and elegant clothing, and donned miserable mantles. The inversion of roles, however, clearly saddened them, as John noticed. He therefore told them to go to the seashore and to collect stones and twigs, which he transformed into gems and gold —adjudicated by goldsmiths to be of unique purity and value. He then told them to repurchace their former properties since they had

already lost their divine recompense: «go and make your wealth multiply and you will rot like fruit; you will be rich in this world and you will beg in the next». This gave John the occasion for another disputation against riches with six arguments «which should keep us from an immoderate appetite for wealth (quod sex sunt que nos ab immoderato divitiarum appetitu debent retrahere)». The six are basically evangelical stories and parables concerning different ways in which man does not actually possess wealth at all but is rather possessed by it and by the fear of losing it. At the end of the disputation he resuscitated a dead youth who had been brought to him, whom he enjoined to recount his experience in the nether world— of punishment and loss of glory —to the two fallen disciples; the latter in consequence asked forgiveness, at which John had them pray for thirty days that the gems and twigs-turned-into-gold return to their pristine state; that came about and they themselves thus returned to their previous state of grace, thanks to the convinced renunciation of wealth.

The moral of both stories, as well as of the evangelist's «disputation against riches», is clear: the accumulation of wealth in itself is legitimate as long as it is pursued with discretion, not out of greed (*immoderatum divitiarum appetitum)*, as long as it is possessed by the owner and does not possess him, and as long as its final destination was the poor; the moral, in short, is in line with the themes of the *mercator christianus* and the *usus pauper*, much debated in those very decades amongst the Franciscans[17].

The last story for our purposes depicted in the chapel is that of Anthony the abbot, patron saint not only of Michele's daughter Antonia, but also of a nephew and a grandson[18]. Here we have the premise to Anthony's story, namely his response to the evangelical challenge «If you wish to be perfect, go and sell all you have and give to the poor». Once again, Anthony, a rich man, responded to the challenge and dedicated himself to the life of a hermit. Only then did his real troubles begin with his terrible temptations and confrontations with the devil [fig. 6].

17. For the clearest and most pointed statement of the coinciding justification both of the economic activity of the merchant and of the *paupertas voluntaria* of the Franciscans in the thought of Pietro di Giovanni Olivi (who taught at S. Croce in Florence in the late 13th century), see G. Todeschini, «Olivi e il *mercator christianus*», forthcoming in the acts of the Olivi conference, Narbonne, 11-15 March 1998 (my thanks to the author for permitting me to see it prior to publication).

18. Antonia was the third daughter of the patron of the chapel to be given in marriage; Michele also had a nephew Antonio (di messer Lotto), and the only surviving son of his son and executor Nicolò was named Antonio.

The last major cycle of the chapel can be mentioned simply in passing since it contains no economic message, namely, that of John the Baptist, patron saint of Giovanni Castellani as well as of Florence. Considerable space on a pilaster just to the right of the Nicholas cycle, finally, is devoted to Catherine of Alexandria, depicted as she is being executed by two soldiers for refusing to offer sacrifice to the idols, this to honor the patron saint of daughter Caterina. Seemingly left out of the pictorial program were the patron saints of the daughter Margherita and of the last son, Matteo (Michele, by the way, had three wives and it is not clear which child he had with which wife); a son Alberto, who seems to have predeceased his father, is also unrepresented. The exclusion of St. Matthew, often portrayed in Tuscany and elsewhere in Italy not so much as a tax-collector but as a banker or moneychanger, is in itself interesting, for Matthew was called by Christ to *leave* his profession as dealer in money, while the banker Michele di Vanni di ser Lotto Castellani and his sons surely had no intention in the early 1380s of leaving the field of local and international banking.

A word about the Florentine context is necessary at this point. The death of Michele and the work on the chapel took place in an atmosphere of serious tension in the city but especially within the Franciscan community as regards the themes of usury and poverty. A harsh law was passed by the conservative regime in 1382 against the *fraticelli*, dubbed as heretics for their firm belief in evangelical poverty; in 1383 a riot was unleashed during the attempted arrest of a suspected heretic by the Inquisition —in the hands precisely of the Franciscans of S. Croce— and by the podestà; in 1389 the Franciscan and *fraticello* fra Michele da Calci was condemned for his beliefs and executed. The intellectual atmosphere before and after the victory over the Ciompi was permeated by the discussion about wealth and poverty. The Franciscan of S. Croce, Andrea de' Ricci, master of theology, inquisitor (from 1370-73), and quite surely a relative of Castellani's confessor Marco de'Ricci, wrote a *Tractatus contra fraticellos* in 1381, a tract concerned also with poverty and wealth, with the use and possession of goods. The saintly Vallombrosan monk Giovanni dalle Celle wrote a letter to the *fraticelli* conjecturing that «a rich man knowing how to use wealth could be more holy than a pauper never called on to resist temptation». All these themes, part of the daily intellectual debate in Florence at the time, made their way into the pictorial program of the Castellani chapel in the Franciscan church of S. Croce[19].

19. On the fraticelli, see BRUCKER, *Firenze nel Rinascimento*, pp. 169-170; on Dalle Celle, see M. BECKER, *Florence in Transition*, II, Baltimore 1968, pp. 55-56. For Andrea de' Ricci and

Let us now return to the Nicholas legends relevant to economic themes. Three we have seen above: *Three daughters, Golden cup*, and *Broken staff* —as they are referred to in short-hand form in the literature— all in the chapel of a banker and relevant both to economic endeavor and Franciscan economic ethics, favorable to the possession of wealth as long as it was accumulated and used properly. Further iconographic sources in Italy before 1500 were registered by George Kaftal: besides the cycle in the Castellani chapel, fourteen painted representations of the *Three daughters* (of which five in Tuscany), three of the *Golden cup*, only two of the *Broken staff*[20]. The latter are found in Udine and Serravalle, in northeast Italy, hardly in the mainstream of medieval economic development.

The earlier version of the *Broken staff* is in the cathedral of Udine, in the chapel of St. Nicolò dei fabbri [fig. 7]. The artist Vitale da Bologna painted a whole Nicholas cycle immediately following the Black Death, in1348-49. Precisely this episode is the most seriously damaged part of the entire fresco, but it is in part still easily readable [fig. 8]. The artist seems consciously to have inverted the account of the *Legenda aurea*: instead of the Christian debtor, it is the Jew —a strongly stereotyped representation of a Jew— who is taking the oath, on a *sudarium*[21] held by the magistrate, while it is the Christian who is holding the staff. Perhaps Vitale meant to represent a scene preceding or following the oath of the Christian, on the assumption that in a court of law the Jew would also have to swear —presumably that the debtor had indeed not paid— or he wanted to get across a negative image of the Jew. The scene of the cart, to the right, is nearly completely destroyed but we get enough of an idea of it to know it was there. There may or may not have been a scene still further

the text of his *Tractatus*, see Livarius Oligier, «Documenta inedita ad historiam Fraticellorum spectantia», in *Archivium Francescanum Historicum*, 3 (1910) 253-279, 505-529, 680-699; it might be noted that the tract was commissioned by the Franciscan bishop, papal collector and inquisitor Giacomo Tolomei, of the once great Sienese banking family (pp. 260-263, 267). My thanks to Giovanni Ceccarelli for this and other references. Very useful on the history of the Franciscan debate on poverty is R. Lambertini-A. Tabarroni, *Dopo Francesco: l'eredità difficile*, Turin, 1989. Ciappelli notes that Michele was close to the Ricci faction when his daughter Margherita married an Aldobrandini in 1367 (*Una famiglia*, p. 23).

20. G. Kaftal, *Iconography of the Saints in Tuscan Painting*, Florence, 1952, cols. 755-766; *Iconography of the Saints in Central and South Italian Schools of Painting*, Florence, 1965, cols. 799-813; (with F. Bisogni) *Iconography of the Saints in the Painting of North East Italy*, Florence, 1978, cols. 763-773; (with F. Bisogni) *Iconography of the Saints in the Painting of North West Italy*, Florence, 1985, cols. 511-516.

21. I owe the identification of this object, similar to a handkerchief, to Joseph Shatzmiller.

to the right, depicting the baptism of the Jew. In any case, what is left of the narrative makes it difficult to imagine the Jew as the hero of the story, as tradition had it.

The second representation is in the church of S. Giovanni in Serravalle (today Vittorio Veneto), which boasts a very complete program of the Nicholas legends, with a certain emphasis on the parts dealing with devils and exorcisms. The artist is unknown but, given the high quality of the execution, the cycle has been attributed to Jacobello del Fiore (d.1439) [fig. 9]. Here for the *Broken staff* legend we have only one of the three episodes, the cart which ran over and killed the deceitful debtor and broke the stick, spilling out the gold coins. Perhaps the Jew is one of the three, besides the carter, who observes the scene, but he is not stereotyped and thus difficult to identify. The wall of the chapel is completely covered with scenes from Nicholas legends, so the absence of any other element besides that of the cart must surely have made the episode difficult for the observer to understand[22].

The rarity of depictions of this episode in Italy makes its inclusion in the program of the Castellani chapel all the more important. But let us move back in time to the sources of the legends that interest us here and add one more.

The episodes of the *Broken staff* and the *Golden cup* were first known in northern Europe, long before the *Legenda aurea*, which incorporated both. The very earliest version of the two stories appears as an addition to a versified version of the *Vita* by John the Deacon at Battle Abbey, the abbey founded by William the Conqueror, who attributed to Nicholas his being saved in a storm while crossing the Channel. It is assumed that the manuscript dates from the 1060s or even earlier[23]. In Chartres cathedral alone, of three full windows dedicated to Nicholas, the scene was depicted in two, once in the 13th century, once again in the 14th, in stained glass[24] [figs. 10-11].

In the representations at Chartres (especially in the second) and in their probable literary source, we note two differences from the story as told in the *Legenda aurea*: the figure of the civil judge is definitely missing and the icon of St. Nicholas, instead of resting on the altar, as we have

22. Another chapel dedicated to the saint is in the cathedral of S. Marco in Pordenone, again in northeast Italy, but the fresco cycle is so seriously damaged that it cannot be determined whether the episodes of economic import here considered were represented.

23. See Jones, *Saint Nicholas*, pp. 227-228.

24. The classic work on the windows is Y. Delaport, *Les vitraux de la cathedrale de Chartres*, Paris, 1926.

seen above, was given by the debtor as a pawn for the loan. The source for these representations is the poetic version of the saint's life by the Norman poet Robert Wace of about 1150; it is he who adds this interesting twist to the tale, so that the affair remains between the Jew and the Christian alone —or almost alone, for the saint is ever present, as witness to the transaction, as the image on the icon pawned for the loan, and as judge. Wace writes that he will now tell us how a poor Christian who needed money («d'or e d'argent mestier aveit») sought to deceive a Jew; he had nothing to give as a pawn, but the Jew agreed to lend him money on faith («Sur sa fei aveir lui a prestat»), and took as a pawn an image of St. Nicholas («e un image en gage prist»), much praised and honored. At maturity («La vint le terme del aver rendre»), the Christian refused to repay, saying he already had rendered the loan. Instead of a court citation, as the *Legenda aurea* has it, here the Jew and the Christian agreed that if the debtor would swear on the image which he held as pawn («Que si cil iurer voleient / Sur l'image qui plege esteit») that he had already paid, the Jew would declare him free of the debt («quil quite le clamereit»). First, however, the Christian, taken by greed («coveitise»), secretly filled his hollow staff with the amount due and, when the time agreed upon came, asked the Jew to hold it while he swore on the icon that he had already repaid the loan; he then asked for the «baston» back. The Jew was sad and annoyed and cursed St. Nicholas («Le iudeu fu dolenz et laz / Asez maldit seint Nicholas»), crying that the saint was not the powerful figure people had touted him to be. The Christian, upon leaving, was overcome by sleep (he was «dead tired») and lay down on the road. An ox cart which the carter could not control in time killed the man, at the same time breaking his staff, from which the gold coins issued. From the witnesses a cry went up and the poet writes: «Now hear the praise of lord St. Nicholas, who in this way demonstrated that he [the Christian] had seriously erred». The Jew, called to the scene, «loved» St. Nicholas for what he had shown and promised to become a Christian if the saint resuscitated the dead man. Another promise and its fulfillment: the revived man admitted how he had sought to deceive the Jew; the Jew and his family converted and were baptised. «Listen, lords», concludes the poet, «and learn to render what you owe; no one should promise something he does not intend to make good…» The later window at Chartres [fig. 11] holds closely to this version: in the third scene the Jew threatens the icon with a club and in the fifth scene, in the center, he is being baptised[25].

25. The poem was republished with a facing Italian translation; see Robert Wace, *Il poema di S. Nicola (1140-1150 circa)*, ed. by R. Brienza Lagala, Centro Studi Nicolaiani, Bari,

In Wace's story, there is the same happy ending and no negative treatment of the Jew, who was to be considered on the same plane as any creditor; even more, it was the Jew who forced Nicholas to revive the Christian debtor who had been so exemplarly punished for his act, the deceitful non-payment of a loan, and made it possible for him to convert and save his soul. In short, Nicholas is witness, pawn, judge, executioner and redeemer all in one; the intervention of a civil judge in this early French version was not considered necessary.

Todeschini would tell us that such a positive rendition of the figure of the Jew was still possible when Wace wrote, which was at the very time that the *Decretum Gratiani* (1140) was promulgated, the beginning of the church's virulent condemnation of the economic activity of the Jews in Europe as manifest usury. At the same time, Shatzmiller has shown that loans made just like this by Jews to Christians —on trust, «on faith», on a promise or *iuramentum*, without pawns or documents— were common in 13th and 14th century Provence and that both civil and ecclesiastical courts issued *mandamenta* and even excommunications against unpaying Christian debtors. Perhaps Wace's poem is simply an early testimony of the practice of lending in that manner, especially in France. Once the story was rendered «canonical» by its inclusion in the *Legenda aurea* and portrayed in frescos in economically advanced Italy, complete with the intervention of a civil judge, the message was probably directed as much to Christians who borrowed from Christians. That would seem to be the meaning of the fresco in the Castellani chapel of the Franciscan church of S. Croce. The message was a warning, represented in a church, just as the loan had been made in a church: a Christian must repay the loans received from any creditor —Christian or Jew. We might even go so far as to see, at least in Gaddi's fresco, a reduction of the distance, underscored by Ariel Toaff, between «Christian bankers» and «Jewish lenders»[26].

One final episode important for our purposes, missing from the *Legenda aurea* as well as from the program of the Castellani chapel, concerns an icon of St. Nicholas and a band of thieves. Kaftal counted only three painted representations of the episode in Italy, but it was very popular in Norman France and England, where it was adapted to poetry, song and theater. The story is of Byzantine origin, from around the year 900, spread in the West as an appendix to the *Vita* by the Neapolitan John the Deacon

1985, at pp. 48-53. The episode that follows is that of the *Golden cup*, practically identical with the version in the *Legenda aurea*.

26. See Todeschini, as cited above in n. 3, pp. 291-299; Shatzmiller, as cited in n. 4; A. Toaff, «"Banchieri" cristiani e "prestatori" ebrei?», in *Annali 11*, as cited above, n. 3, pp. 265-287.

(10th century); a play based on the story is attributed to Hilary, a student of Abelard and a contemporary of Wace; Wace developed the story in poetical form. The story goes as follows: during the depredations by pagan Vandals in Calabria (the historical reference might be the Saracen invasions), a pagan soldier picked up an icon as loot, showed it to a Christian prisoner who identified it as portraying the powerful St. Nicholas. The infidel (given the name Barbarus by Hilary) took it back with him to Africa, where he was a publican or tax-collector. Having to absent himself from his city for a time, he placed his accumulated possessions under the guardianship of the image of St. Nicholas, to protect them from thieves; so convinced was he of the saint's power that he left the depository unlocked. Upon his return, he found that thieves had cleaned it out, whereupon he took to beating the image, accusing it of having betrayed his trust, threatening to burn it if his property was not returned. Nicholas, sometimes portrayed as bloody from the beating he had received, sought out the thieves, berated them for having ruined his «credit» and ordered them to return the goods or they would be reported to the authorities and executed; needless to say, they did so, much to the surprise of the the pagan and his family who converted to Christianity and built a chapel in honor of the saint[27].

Sometime after the mid 12th century, the figure of the infidel publican is transformed from a barbarian (or Saracen) to a Jew, probably a moneylender. It is thus that we find him in the 12th century *Fleury Playbook*, where there are parts for three thieves and the Jew, in a lively, versified Latin play[28]. The fact that the story was not incorporated into the *Legenda aurea* accounts for its scarce use in Italian Nicholas cycles; the episode, by now always with a Jew as the main character, is found in Assisi (lower church of S. Francesco, 14th century), in Lecce (church of SS. Nicolò e Cataldo, 15th century), and in Serravalle (15th century)[29] [fig. 12]. In the earlier of the two cycles of Chartres, Barbarus is shown beating a statue of the saint, as distinct from the icon, which was the pawn in the *Broken staff* episode depicted just below it (where the Jew is featured) [fig. 10]. The episode is rendered unambiguously in a stained glass window of the

27. Jones, *St. Nicholas*, 78-83, 252-53; Clare, *St. Nicholas*, pp. 110-111; Wace, *Il poema*, pp. 44-47.

28. O.E. Albrecht, *Four Latin Plays of St. Nicholas*, Philadelphia, 1935, no. III, Iconia sancti Nicholai, pp. 129-134. Clare, *St. Nicholas*, pp. 110-111, 133, 138-143, erroneously quotes the translation of a version with «Barbarus» while citing the Fleury version, which involves a Jew.

29. Kaftal (in *Iconography...*, in *Tuscan Painting*, p. 758) reports that the scene of the Jew beating the icon, by a follower of Giotto, is found in the lower church of S. Francesco in Assisi; the rest of the fresco is no longer extant.

cathedral of Freiburg im Breisgau, about 1320-30 [fig. 13], and as late as the early 16th century, another window, this time in England —where there were no Jews (Hillesden Church, Buckinghamshire)[30] [figs. 14-15]. In all these representations, the Jew is carefully identified by his peculiar hat as well as a beard. It is on the basis of this story that Nicholas is considered patron not only of moneylenders but of thieves as well.

Of course, there were contaminations and cross-breedings between the *Broken staff* and the *Icon* stories; as we have already seen, in Wace's version the Jewish lender received the icon as a pawn, when it served as both witness to the loan and judge of the deceit of the Christian. When the victim of both the deceitful debtor and the thieves was clearly a Jew, it was easy to depict him as the one who maltreated Nicholas' image; the rough treatment, however, rattled the saint enough to cause him to use rough treatment himself against the wrongdoers (the debtor is killed, the thieves are berated as «prophani», «dementes», miserrimi», «inpudentissimi» and threatened with execution, in the *Fleury Playbook*). In both cases, the Jew, upon seeing the miraculous repayment of the debt or the restitution of the stolen property, accepted baptism —thus becoming a rich Christian[31].

One cannot conclude a treatment of St. Nicholas without mentioning Venice, which had a parish church, a monastic church, a friary, the doge's private chapel in the ducal palace, an oratory and two confraternities (one of them founded by fishmongers, the other by merchants) dedicated to this St. Nicholas. Venetian merchants had supposedly vied with those of Bari for the remains of the saint. Some say that the Venetians got some relic, perhaps only an arm, in a *translatio* of 1096. In any case, the Benedictine church of S. Nicolò del Lido, which was to receive the remains, was founded in 1044[32]. When the church was rebuilt around 1630, numerous stories of the saint were carved on the new choir stalls. Of the episodes recounted above, only two were rendered. One is the popular

30. Both are portrayed in Clare, figs. 50, 53, 54.

31. Once the victim of the theft in the *Icon* episode is transformed from a publican into a Jew, it is possible to associate his concern for safeguarding his «goods» with Giacomo Todeschini's thesis about the Jewish conception of wealth being goods rather than money, even though they were often the result of loans of money on pawns that remained unredeemed; see his *La ricchezza degli ebrei. Merci e denaro nella riflessione ebraica e nella definizione cristiana dell'usura alla fine del Medioevo*, Spoleto, 1989. In this miracle, Nicholas saves the rich Jew from sudden misery (in the *Fleury Playbook* the Jew exclaims «Qui modo dives eram, vix aut nullius egebam / pollens argento, preciosis vestibus, auro. / Sum miser…») and restores his goods. ALBRECHT, *Four Latin Plays*, p. 132.

32. See C. CAMPANA, «La tradizione veneziana della «Translatio sancti Nicolai» nel primo volgarizzamento italiano a stampa della «Legenda aurea» di Jacopo da Varazze», in *Miscellanea marciana*, 7-9 (1992-94) 103-122.

Three daughters story, where one sees just how close the sisters —shown here to be quite desperate— came to prostitution, for a drunken client is already waiting outside the father's house, into which Nicholas is throwing balls of gold or sacks of money, in the nick of time [fig. 16]. The other is a fragment of the story of the *Icon*: there is no Jew but Nicholas is berating the thieves and ordering them to return the stolen property —to whom it belonged is no longer represented [fig. 17].

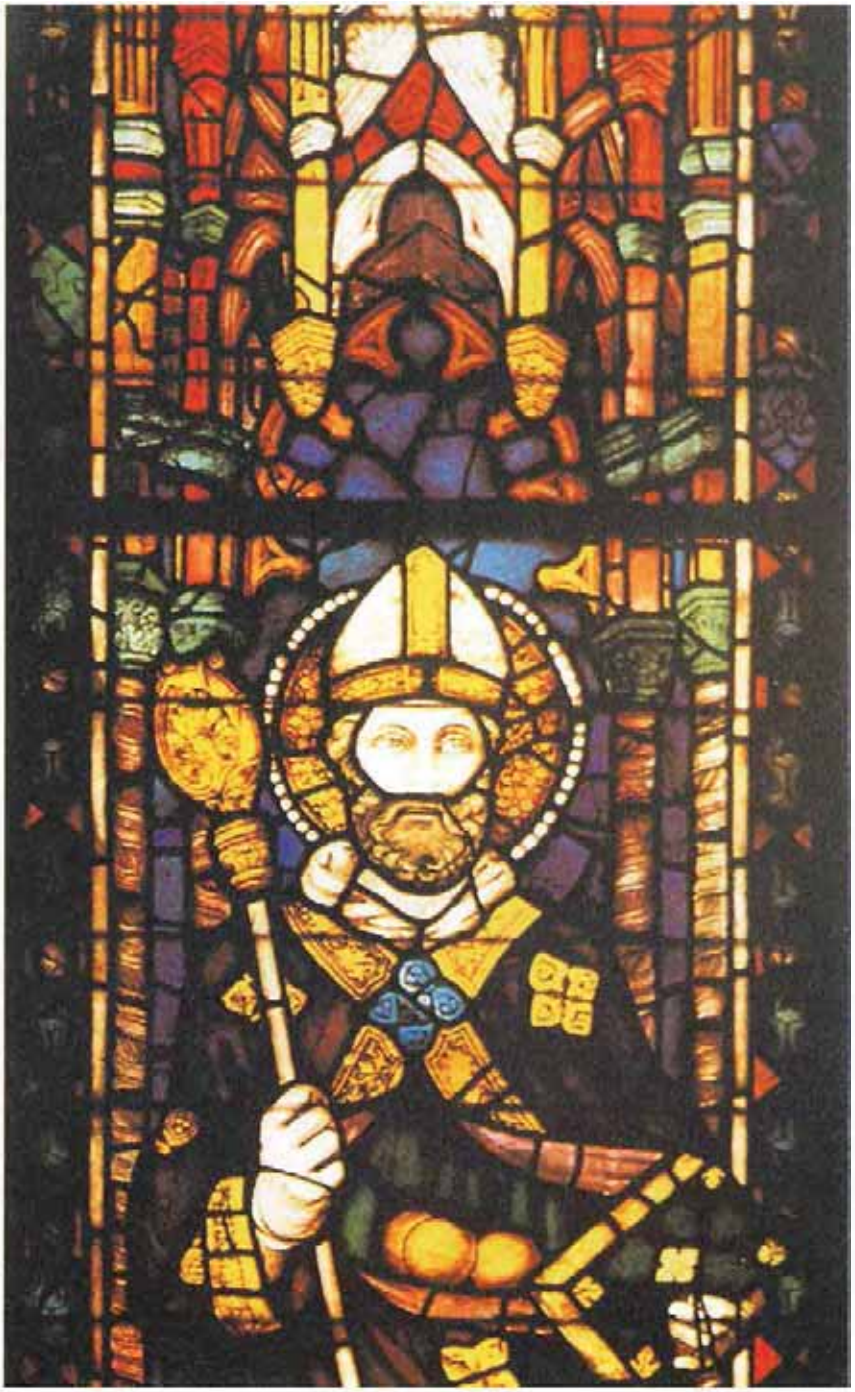
Two words of conclusion will suffice. Historians of economics and of economic thought generally do not consider as sources of investigation saints' legends and their artistic representations. It is my hope that I made a case for searching more widely for sources. We looked at a banker's chapel in a Franciscan church in that hot-bed of entrepreneurial endeavor and ideological debate that was Florence: its pictorial program represented the patron saints of a family but it also played to an audience that was concerned that the emphasis on absolute poverty preached by the *fraticelli* should not jeopardize accumulated and accumulating patrimonies. A place of honor in the program was held by Nicholas, a saint who allowed himself to be beaten and cursed, even by infidels; but he himself had a heavy hand, punishing with death those who failed to make good their promises-to-pay. He righted economic wrongs, took the side, not of the borrower, but of the lender, of the man who had accumulated wealth and sought its protection, even if an infidel. To say it more pointedly: Nicholas took the side of the Jewish lender to show that he, an infidel, was the one who had faith and trust, the crucial traits that make the marketplace work, while the Christian borrower, the believer, was shown to be unworthy of *fides* and *fiducia*. Of course, the stories had happy endings: economic *fides* became religious faith for the infidel —he had credit and he believed (*credere / credit*)[33]; and the deceitful debtor, the father who did not keep his word with the saint, and the band of thieves, all Christians, all had the opportunity to repent and change their ways. Thus it was that Nicholas became the patron saint, *inter alia*, of bankers and moneylenders as well as of thieves, and his most popular attributes in artistic representations, the three balls of the *Three daughters* episode, became the symbol of the pawnshop[34].

33. The play on words is found already in a hymn of the 12th century; see Meisen (as in n. 1, above), p. 281.

34. Cf. Meisen, pp. 284-85, and Cioffari (both as in n. 1, above), pp. 220-224. R. de Roover found it impossible to imagine that manifest usurers, excommunicated as public sinners, could have had a patron saint; he would have been even more surprised to discover Nicholas as a patron saint of Jewish lenders; see his «The Three Golden Balls of the Pawnbrokers», *Bulletin of the Business Historical Society*, 20/4 (1946) 117-124.

1. Castellani chapel, S. Croce, Florence. Agnolo Gaddi school, *Broken staff* story. Right to left: the loan before Nicholas' altar, the day in court with the staff, the accident of the cart which killed the deceitful Christian.

2. Castellani chapel. Agnolo Gaddi school, the *Three daughters* story: Nicholas throws balls of gold through the window to serve as the maidens' dowries.

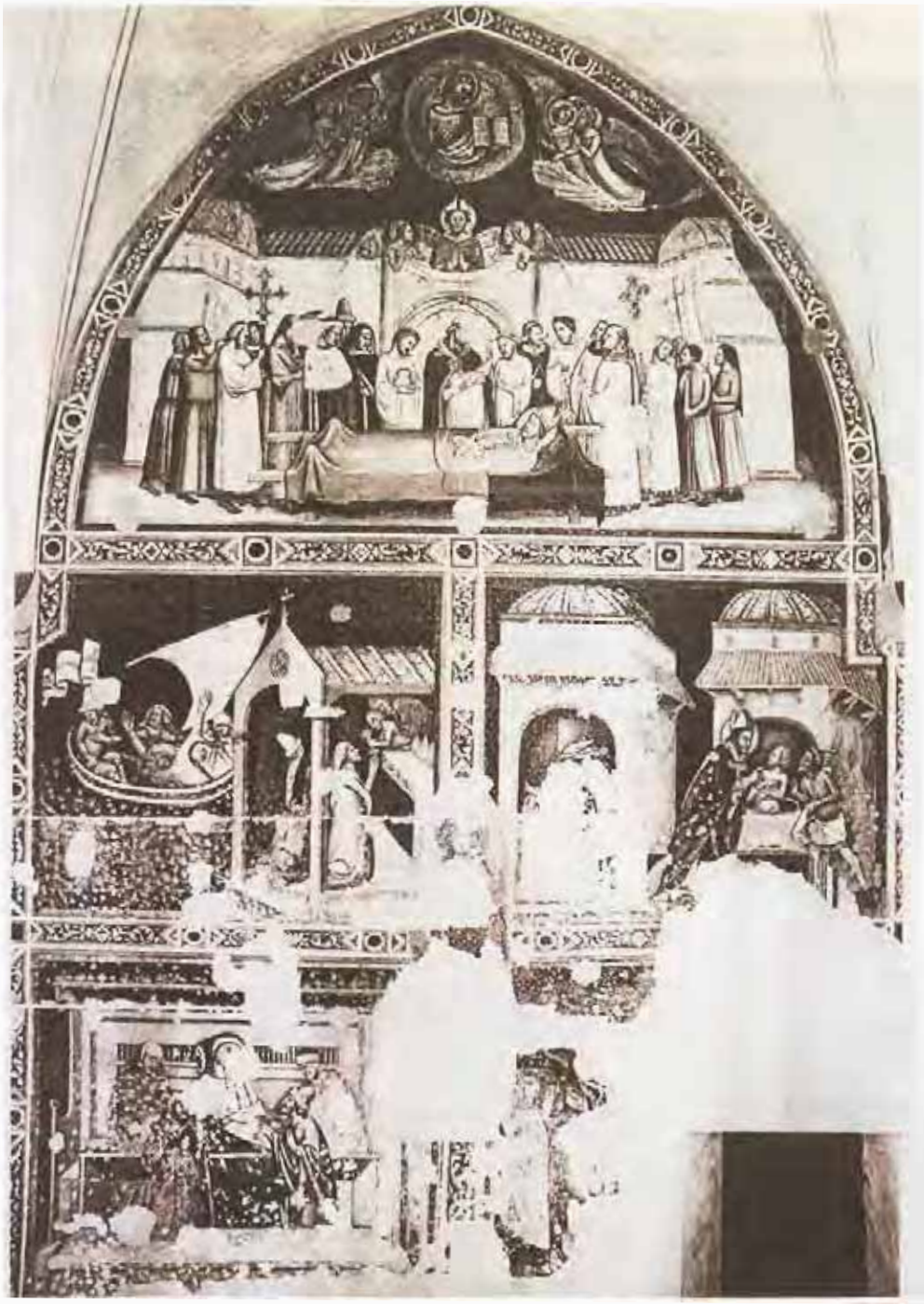


3. Church of S. Croce, nave. Mariotto di Nardo, St. Nicholas holding three golden balls on a book.

4. Castellani chapel. Agnolo Gaddi school, the *Golden cup* story.

5. Castellani chapel. Agnolo Gaddi, story of St. John the Evangelist: the baptism of Crato and the miracle of the stones and twigs changed into gems and gold.

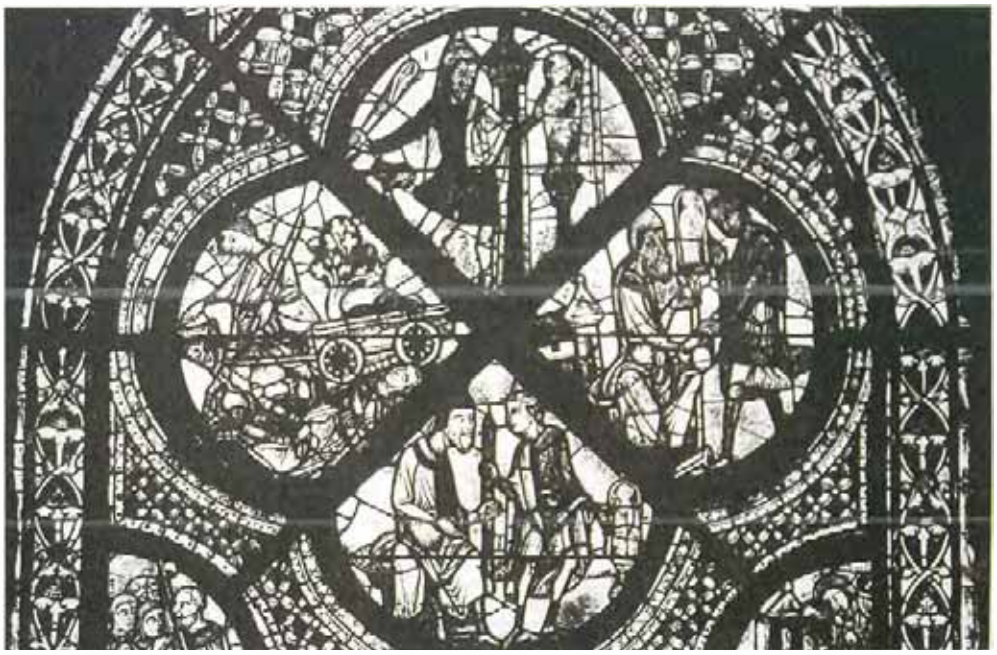
6. Castellani chapel. Agnolo Gaddi school, story of St. Anthony: the saint hears the evangelical challenge and gives his wealth to the poor.



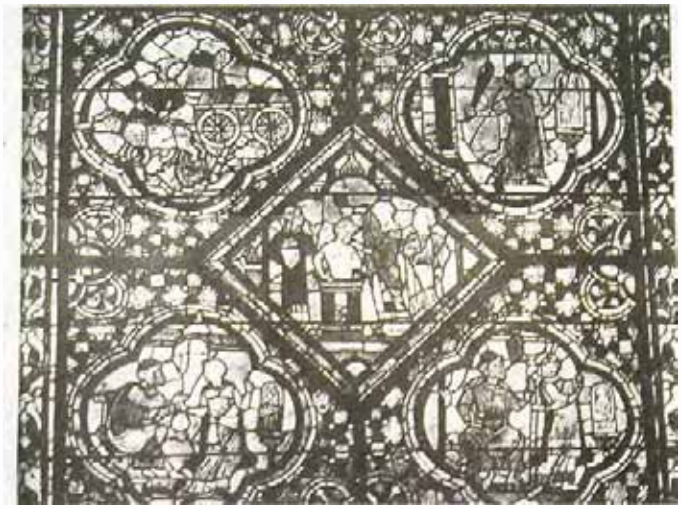
7. Udine, cathedral, chapel of S. Nicolò dei fabbri. Vitale da Bologna, 1348-49: life and miracles of St. Nicholas.

8. Udine, cathedral. Detail: the *Broken staff* story, with the Jew swearing before the magistrate and the Christian holding the staff.

9. Serravalle (Vittorio Veneto), church of S. Giovanni, Jacobello del Fiore (?): *Broken staff* story, the cart kills the deceitful debtor, breaking the staff.

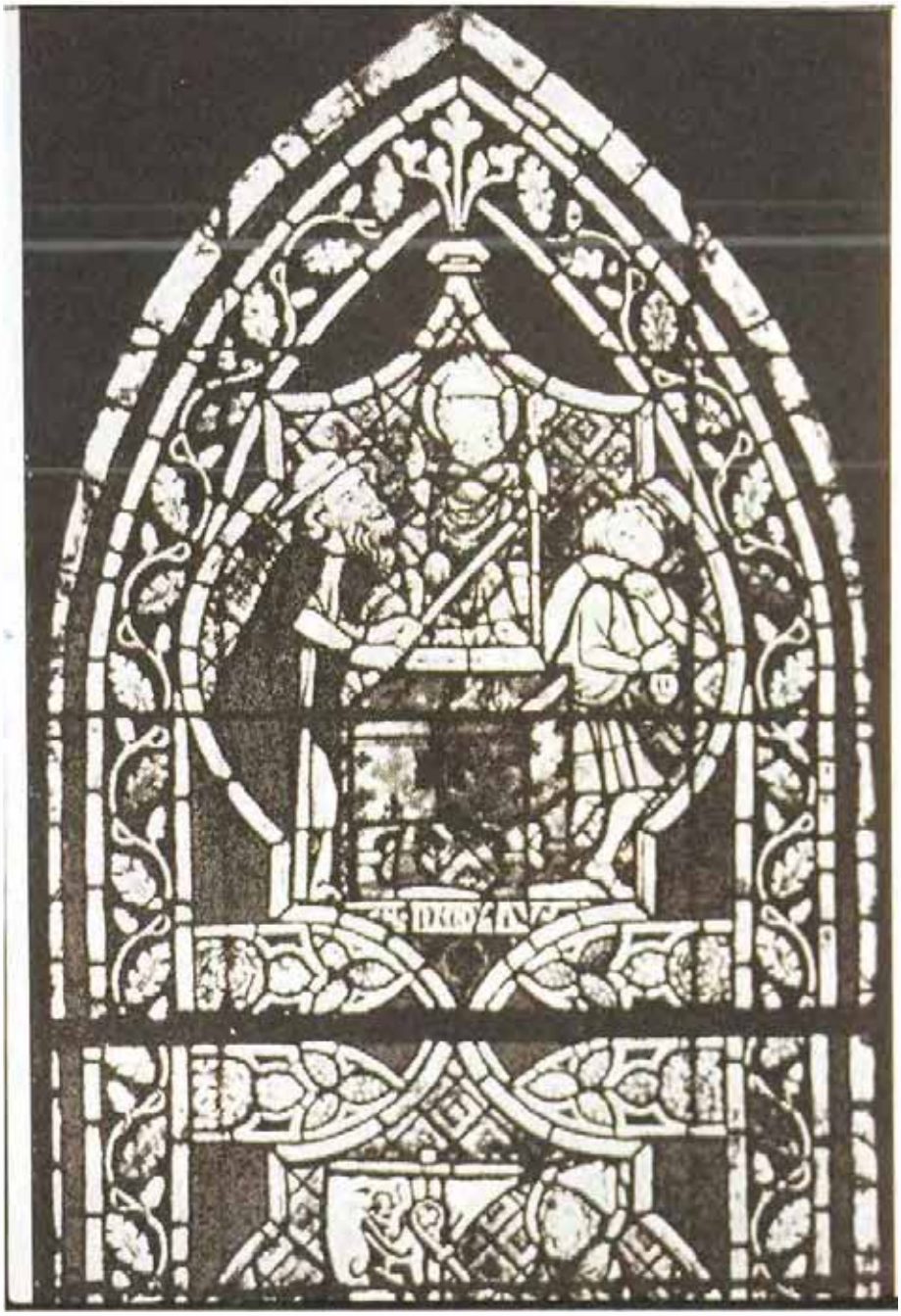


10. Chartres Cathedral, 60th window (13th century). Right: the Jew lends a bag of money to the Christian, who promises, on the icon, to repay it. Bottom: the Christian, having handed the staff to the Jew, swears on the icon that he had repaid the debt. Left: the Christian is run over by the cart, the staff is broken. Top: Barbarus beats a statue of Nicholas.



11. Chartres Cathedral, 27th window (14th century). Bottom left: the Jew makes the loan. Bottom right: the Christian swears on the icon. Upper left: the Christian is run over by the cart. Upper right: the Jew beats the icon. Center: the Jew is baptised.

12. Serravalle (Vittorio Veneto). The *Icon* story: the Jew beats the icon of Nicholas, for not having protected his patrimony, and the saint appears to the thieves and orders them to return the stolen goods.



13. Freiburg im Breisgau, cathedral, Tulenhaupt window (ca. 1320-30): the Jew beats the image of Nicholas, while a thief goes off with his loot.

14. Hillesden Church, Buckinghamshire, the Jew and St. Nicholas window, early 16th century: detail of the thieves with their loot.

15. Hillesden Church, Buckinghamshire: the thieves make restitution of the stolen goods to a surprised Jew.

16. Venice, Church of S. Nicolò del Lido, choir stall, 1630: the *Three daughters* story. (Photo Böhm).

17. Venice, Church of S. Nicolò del Lido, choir stall: the *Icon* story, showing only St. Nicholas berating the thieves. (Photo Böhm).

Les Hanséates et la Monnaie

Simonne ABRAHAM THISSE

Dans la littérature historique, les Hanséates ont plutôt fait figure «d'attardés» dans le domaine des techniques financières et commerciales[1].

Il est devenu classique d'opposer le conservatisme rétrograde et paralysant des Hanséates à l'éclatante supériorité progressiste et dynamique des Italiens.

L' apparente réticence à innover de la Hanse a souvent été confondue avec une certaine prudence, d'ailleurs pas toujours dénuée de fondement, si l'on en juge par les faillites en cascades des marchands italiens du XIVe et celle d'un Veckinchusen au XVe siècle.

En fait, une lecture, même rapide, des livres de compte des marchands de la Hanse nous apprend qu'ils n'ignoraient rien des techniques financières et commerciales de leur temps, qu'ils surent aussi prendre des risques de grande ampleur, qu'ils manipulèrent eux aussi des capitaux non négligeables.

En outre, pour une juste connaissance des réalités monétaires et financières, il importe de distinguer la pratique quotidienne des marchands, des diverses législations hanséatiques

Ne nous y trompons donc pas: la monnaie fut pour les Hanséates une préoccupation permanente. Elle transparait régulièrement dans les législations urbaines comme dans celle de la ligue hanséatique. Et les mar-

1. Conception encore énoncée par J. DAY, *Monnaies et marchés au Moyen-Age*, Paris, 1994. p. 199. Voir la critique partielle des théses de Day, concernant l'Angleterre, in S. JENKS, «Hartgeld und Wechsel im hansisch-englischen Handel, in M. NORTH (éd), *Geldumlauf, Währungssysteme und Zahlungsverkehr in Nordwesteuropa 1300-1800*, Quellen und Darstellungen zur hansischen Geschichte (QDHG) NF. 35, Cologne-Vienne, 1989, pp. 127-181.

chands y font constamment écho dans leurs livres de comptes et leur correspondance.

Une telle préoccupation n'a pas échappé aux historiens et la politique monétaire des villes de la Hanse comme celle de la Ligue (les deux n'étant pas synonymes) est aujourd'hui en partie bien connue grâce aux études de W. Jesse, F.A. Vossberg, E. Waschinski, M. Dygo, plus récemment, celles de Michael North, sans oublier Peter Spufford, Rolf Sprandel ou John Day qui ont consacré une partie de leurs recherches aux monnaies hanséatiques[2].

Mais une vaste synthèse intégrant tout l'apport des sources privées fait encore défaut. Nous n'y prétendrons pas ici, bien sur, ce serait trop long. Mais il a paru intéressant de tenter de cerner les rapports que les Hanséates ont entretenu avec la Monnaie et en particulier le numéraire, qui par suite de règlementations et d'interdits multiples visant les techniques de paiement de substitution resta tout au long du Moyen Age, le moyen essentiel de paiement reconnu et recommandé par la Hanse.

Le droit de frappe monétaire

Vu de loin, le système connu est assez simple, basé sur un monométallisme argent, d'abord servi par les mines de Goslar au Xe siècle, de Freiberg au XIIe, puis celles de Rammelsberg. Il s'agissait en vérité d'un mélange billon-argent intégré[3], qui donna lieu à la circulation quasi

2. W. Jesse, «Die Münzpolitik der Hansestädte», *Hansische Geschichtsblätter* (HGbll) 53 (1928) 78-96; W. Jesse, *Der wendische Münzverein*, QDHG, NF 6, 1928 ou 2de éd, Brünswick, 1966; W. Jesse, «Lübecks Anteil an der Münz-und-Geldgeschichte Deutschlands», *Zeitschrift für lübeckische Geschichte* (ZLG) 40 (1961) 5-36; F.A. Vossberg, *Geschichte der preussischen Münze und Siegel bis zum Ende der Herrschaft des Deutschen Ordens*, 1842; E. Waschinski, *Die Münz-und Währungspolitik des deutschen Ordens in Preussen*, 1952; M. Dygo, *Die Münzpolitik des Deutschen Ordens in Preussen in der ersten Hälfte des 15. Jahrhunderts*, Fasciculi Historici, 14, Varsovie, 1987; M. North, *Geldumlauf und Wirtschaftskonjunktur im südlichen Ostseeraum an der Wende zur Neuzeit* (1440- 1570). Untersuchungen zur Wirtschaftsgeschichte am Beispiel des grossen Lübecker Münzschatzes, der nordeutschen Münzfunde und der schriftlichen Überlieferung, Sigmaringen,1990 (Kieler historische Studien 35); M. North, «Der wendische Münzverein», in *Die Hanse. Lebenswirklichkeit und Mythos* I, J. Bracker (éd), Hambourg, 1989; P. Spufford, *Money and its use in medieval Europe*, Cambridge, 1993; P. Spufford, *Handbook of médieval Exchange,* Londres, 1986; R. Sprandel, *Das mittelalterliche Zahlungssstem. nach hansisch-nordischen Quellen des XIII-XV Jahrhunderte,* Monographien zur Geschichte des Mittelalters 10, Stuttgart, 1975.

3. Selon J. Day, *op. cit.,* p. 268. Jusque dans le premier tiers du XIIIe siècle, circulaient en Allemagne du Nord, des Bractéates, soit de très minces monnaies d'argent, frappées sur

unique jusqu'au milieu du XIVe siècle du pfennig et de ses dérivés: le demi-pfennig («Halblingen») et le quart de pfennig («Vierlingen»). Ce qui souligne d'emblée l'une des grandes faiblesses de ce système: l'absence d'une monnaie réelle de plus forte valeur, équivalente au gros d'argent par exemple.

En outre, ce système est plus complexe qu'il n'y parait.

Depuis le milieu du XIIe siècle, les seigneurs avaient récupéré le droit de frappe monétaire[4]. Il s'en était suivi une dispersion de ce droit de frappe et la multiplicité des types de pfennige en circulation.

Mais les villes, en pleine expansion commerciale au XIIIe siècle, supportaient de moins en moins les mutations arbitraires décidées par les princes à des fins personnelles et lucratives et qui perturbaient abruptement les échanges.

C'est pourquoi, durant le XIIIe et le XIVe siècles, les villes, souvent soutenues par l'Empereur avaient à leur tour cherché à obtenir le droit de frappe monétaire[5].

L'acquisition s'était souvent faite par étapes, commençant généralement par le contrôle du rythme des frappes, de la qualité des pièces, de la police monétaire et du cours des changes.Dans un deuxième temps, les villes prenaient à ferme le droit de frappe[6], géraient l'atelier monétaire[7], puis finissaient par acheter le libre droit de frappe.

une seule face, dont les «hohlpfennige» ou deniers creux faisaient partie: P. GRIERSON, *Monnaies du Moyen-Age,* Fribourg, 1976, p. 206 et 308.

4. Frédéric II octroie ce droit à l'Ordre Teutonique en Mars 1226 par la Bulle d'or de Rimini qui définissait les privilèges de l'Ordre en Prusse et lui garantissait la possession du pays de Chelmno (Culm), en échange sans doute de son soutien militaire contre les Prussiens païens.

5. Dès 1111, l'Empereur Henri V interdisait à l'évêque de Spire de déprécier la monnaie sans l'accord de la communauté urbaine. Il en fut de même à Strasbourg: en 1152, le maître des monnaies pouvant changer la forme des monnaies (pour parer aux copies et imitations) mais pas leur teneur: JESSE, *Derwendische...,* p. 65. Voir aussi JESSE, *Münzpolitik...,* p. 82 sq. De leur côté, les villes prussiennes demandent, à partir de 1391 au Grand-Maître teutonique le droit de frappe monétaire, SPRANDEL, *op. cit...,* p. 157.

6. Ainsi Greifswald et Anklam prennent le droit de frappe à ferme en 1325 contre le versement de 800 Marcs par an, pendant huit ans. Ce droit incluait la récolte du profit des frappes, la législation sur les monnaies étrangères présentes sur le territoire urbain: SPRANDEL, *op. cit...,* pp. 5-8.

7. Les ateliers monétaires étaient placés sous l'autorité d'un maître des monnaies: «Münzmeister», en principe nommé à vie. et lié par contrat à la ville. A Lübeck, Rolf Gude mort en 1405 fut remplacé par Peter Huek, maître des monnaies et changeur, quoique qu'il effectua cette dernière charge à titre privé, avec ses propres deniers: *Urkundenbuch der*

Certes, toutes les villes ne suivirent pas l'ensemble de ce schéma. Certaines ne dépassèrent pas le second stade au Moyen Age, mais nombreuses furent celles qui atteignirent la plénitude du droit de frappe, notamment en Allemagne du Nord, dans le haut-Rhin et le sud-ouest de la Souabe.Dans l'ensemble, l'obtention fut plus rapide dans les villes nées de la colonisation, alors que dans certaines villes saxonnes et westphaliennes, les princes, laïcs comme ecclésiastiques conservèrent jalousement leurs droits, quitte parfois à le partager avec la ville: deux monnaies circulaient alors concurremment.

Le premier décret impérial de 1188 donnait à Lübeck et Hambourg le droit d'examiner «in pondere et puritate «la qualité des monnaies impériales frappées dans la ville[8]. Celui de 1226 lui conféra le droit complet de frappe monétaire, moyennant le versement annuel de 6O marks et l'assurance que les pfennige lübeckois porteraient l'effigie impériale[9]: Lübeck était la première ville de tout le territoire germanique à bénéficier d'un tel privilège.

Hambourg obtint l'affermage de la monnaie en 1293 et n'acheta son droit monétaire au comte de Holstein qu'en 1325, en même temps que Stralsund,Greifswald[10] et Anklam.

Stadt Lübeck (UB. L.), F. TECHEN et WEHRMANN (éd), 11 vol, Lübeck, 1858- 1893, 4, n.° 494. Il devait néanmoins faire faillite en 1409, ainsi qu'en témoigne une inscription dans le Niederstadtbuch: *UB. L*, 5, n.° 256. Rudolf Cumhar, fit également faillite en 1421: *UB.L* 6, n.° 306, 323. La charge de Maître des monnaies était également en régie publique à Hambourg, à Torun: M. TOEPPEN, *Acten der Ständetage Ost-und Westpreussens unter der Herrschaft des Deutschen Ordens,* Publikation des Vereins für die Geschichte der Provinzer Ost und Westpreussen, VI, Leipzig, 1878, vol. 3, n.° 385 et vol. IV, n.° 50. Le Maître est assisté d'un ou plusiurs valets des Monnaies: «Münzknecht», et d'un fondeur, *UB.L,* 5, n.° 135, 256. A Lübeck, les relations entre l'atelier et le conseil de la ville étaient assurées par deux «Münzherren», souvent eux-mêmes membres du conseil. Il appartenait à l'atelier de se procurer le métal précieux. Pour sa part, l'Ordre disposait de plusieurs ateliers monétaires, dont ceux de Culm, Elbing, Königsberg, et surtout celui de Torun qui devait jouer le rôle le plus important jusqu'en 1448. Mais dès la fin du XIVe siècle, celui de Danzig, qui avait reçu le libre droit de frappe, prit une importance tant financière que politique face à ceux de l'Ordre., désorganisés après la défaite de Tannenberg: J. SARNOVSKY, *Die Wirtschaftsführung des deutschen Ordens in Preussen* (1384-1454), Veröffentlichungen aus den Archiven preussischer Kulturbesitz 34, Cologne-Weimar-Vienne, 1993, p. 62.

8. *UB.L* 1, n.° 7. Le décret instaure la liberté du change. Mais dès le début du XIII siècle coexistent le change officiel dépendant de la régie monétaire de la ville et le change concédé à des changeurs privés. En 1421, à Lübeck, le change est dissocié de la Monnaie. De même à Hambourg en 1483. Dans d'autres villes, comme Wismar, Groningue, la Monnaie garda le monopole du change, SPRANDEL, *op. cit...,* p. 7, et JESSE, *Der wendische...,* p. 161.

9. JESSE, *Münzpolitik...,* p. 84.

10. JESSE, *Münzpolitik...,* p. 84, et *Der wendische...,* p. 67.

A titre de comparaison, rappelons que des villes partenaires comme Breslau en Silésie, le reçoivent en 1362, mais Torun et Danzig en Prusse, ne l'acquirent de l'Ordre teutonique qu'en 1425, et encore ce droit était il alors limité à 10 ans[11]. C'est le roi de Pologne en 1457, qui le leur concèdera définitivement[12].

En fait, toutes les villes de la Hanse s'attachèrent à cette indépendance monétaire dans laquelle, elles voyaient un moyen de sécuriser les affaires commerciales. Il ne s'agissait nullement pour elles d'acquérir ce droit à des fins lucratives en multipliant les mutations, mais bien au contraire de pratiquer une politique de stabilité monétaire réclamée par les marchands.

La politique monétaire des villes de la Hanse est donc avant tout un élément de leur politique commerciale. Elle est oeuvre de marchands.

L'association monétaire vende

Mais pour autant, tout n'allait pas pour le mieux dans le meilleur des mondes et si les grands bouleversements monétaires furent effectivement limités, les villes furent amenées à pratiquer des mutations, la plupart du temps sans coordination, que ce soit pour des raisons de finances locales ou pour seulement suivre la variation nominale du marc d'argent qui quintupla entre le XIVe et le XVIe siècle[13].

Le pfennig de Lübeck perdit ainsi la moitié de son poids entre 1200 et 1492, tandis que sa teneur en argent passait, durant la même période de 0,825 de fin à 0,335 en 1350 et 0,1g. à la fin du XVe siècle[14]. Les pfennige différaient de plus en plus dans leur méthodes de fabrication, leur forme, leur présentation et les écarts entre leurs valeurs respectives s'accroissaient. Il devenait difficile d'établir durablement des équivalences. Le be-

11. C'est par suite des difficultés monétaires ressenties après son échec contre la Pologne en 1411, que l'Ordre afferma ses droits de frappe monétaire aux villes de Prusse, notamment à Danzig.

12. Jesse, *Münzpolitik...,* p. 85

13. Jesse, *Münzpolitik...,* p. 88: en 1323, le marc d'argent valait 2M 15 schilling= sc (sous); en 1506, il passe à 12 M 8 sc, monnaie de Lübeck.

14. Jesse, *Anteil...,* p. 75; Durant la même période, on passait d'une taille de 466 pfennige au marc, dans un argent à 15 1/2 lot (= mesure du titre de l'argent égale à une demi-once et divisée en 18 grains) à 576 au marc (13 1/4 lot) en 1350, et à 864 au marc (6 lot) en 1492: Voir tableau in Jesse, *Der wendische...,* p. 209. Le marc équivaut à 233, 8 g au XVe siècle.

soin de stabilité et d'un rapprochement monétaire, sinon d'une unité, se faisait sentir. Il fallait coordonner les libertés.

Lübeck et Hambourg furent les premières à s'acheminer vers un «Münzverein», c'est à dire une alliance monétaire.

Dès 1255, elles signaient un premier contrat par lequel, elles adoptaient un pied monétaire commun[15]. Renouvelé en 1304-1305, l'accord établissait un cours parallèle de leurs pfennige[16].

En 1307, Hambourg invitait Wismar et Lünebourg à une rencontre monétaire à Lübeck[17]. Mais ce n'est qu'en 1379, c'est à dire, et ce n'est certainement pas un hasard, dans les années qui suivirent la victoire vende sur le Danemark et la paix de Stralsund de 1370, que Lünebourg et Wismar s'associaient à Lübeck et Hambourg[18].

Et comme Rostock, Stettin et Greifswald, ainsi qu'un certain nombre de petites villes de Poméranie antérieure, utilisaient le pied de Stralsund, lui même lié à celui de Lübeck, on peut estimer qu'en 1381, il existait bien une entente monétaire de toutes les villes vendes[19].

Elle ne regroupait que des villes hanséatiques et maîtresses de leur droit de frappe monétaire, à l'exclusion, en principe, de celles qui partageaient encore ce droit avec un prince.

C'est donc en tous points une entente strictement urbaine, facilitée et préparée par l'évolution parallèle des stratégies monétaires des villes membres.

15. *UB.L*,1, n.° 218. Rappelons que le pied de monnaie ne fut instauré en France qu'en 1337 par Philippe VI: J.P. Cormier, *Monnaies médiévales*. Reflets de pouvoirs, Paris, 1996, p. 33. Le pied monétaire est un indice lié au poids et au titre du métal précieux contenus dans les monnaies, ainsi qu'à leur cours légal. Il permet de comparer les émissions monétaires. En 1225, on taille 408 pfennige au marc à 15 lot de fin et une teneur en argent de 0,53, pour un poids de 0,57g: donc un bon aloi. Jesse, *Der wendische...*, p. 209.

16. *UB.L*, 2, n.° 199 et *Hamburgisches Urkundenbuch*, H. Nirrnheim (éd), Hambourg, 1842-1953, vol. 2, n.° 80.

17. Jesse, *Der wendische...*, p. 69

18. K. Pagel, *Die Hanse*, Brünswick, 1983, p. 138.

19. L'entente regroupa des villes jusqu'à Salzwedel, Hanovre et quelques autres villes de la Weser, mais souvent à titre temporaire; les piliers permanents de l'Entente restèrent: Lübeck, Hambourg, Wismar et Lünebourg, même si Lübeck se tint un temps en retrait de l'Entente entre 1389 et 1403, par suite de mésententes entre les villes. Ces dernières abandonnèrent alors le modèle des monnaies de Lübeck pour prendre ceux des villes voisines de Poméranie ou du Mecklembourg; Toutefois, ces dernières, encore soumises à des autorités princières, oscillèrent entre le système de l'Entente (favorable commercialement) et les systèmes monétaires locaux (politiquement corrects).pour lesquels elles optèrent finalement.

De durée temporaire de 3 à 10 ans, cette entente fut régulièrement renouvelée, sur des bases remises à jour, en 1392[20],1403[21], 1406[22], 1408[23], où l'on reprécisa par exemple les conditions techniques de la frappe monétaire, ainsi que le nombre de pièces que chaque ville était autorisée à frapper. Enfin, les statuts de la Hanse de 1418 en reprenaient les grandes lignes[24].

La domination commerciale de ces villes dans l'espace baltique favorisa la contagion monétaire des secteurs géographiques auxquels elles étaient étroitement liées: vers le Holstein, le Meklembourg, la Livonie et surtout la Scanie où les mutations annuelles portaient préjudice aux intérêts commerciaux des villes vendes.

Or, ces intérêts, liés au commerce du hareng et à sa salaison, étaient considérables, à tel point que l'on a pu se demander si leur défense n'a pas été le facteur déclenchant de la ligue monétaire[25].

En effet, les fouilles menées à Kirial dans le Djursland en 1967 montrent que les pfennige de Hambourg étaient en 1365, plus répandus au Danemark que les monnaies proprement danoises[26]. Cela signifie que bien avant la conclusion du «Münzverein», les pfennige vendes étaient acceptés comme moyens de paiement bien au delà des frontières vendes[27].

20. *HR* 1, VIII, p. 618, avec Rostock en plus des 4 villes vendes. L'acte fixe la frappe d'un Pfennig, d'un triple pfennig («Dreiling»), d'un «Sechsling» (6 pf) dans un argent au titre de 12 lot, JESSE, *Der wendische...,* p. 210: le «Dreiling» a une teneur de 0,76, pour un poids de 1,01g., et le «Sechsling», une teneur de 1,53, pour un poids de 2,05g.

21. *HANSERESSE (HR). Die Recesse und andere Akten der Hansetage von 1256-1530,* 1, Leipzig 1870, K.Koppmann (éd), V, n.° 114 et *UB.L,* 5, n.° 66. Avec Rostock et Stralsund. Frappe d'un Blanc de 4 pf équivalant à celui de Lübeck, dont la monnaie sert alors de référence à l'Entente. Le pfennig de Lübeck est alors une petite pièce d'assez bon aloi, à 0,825 de fin et pesant 0,405g. L'argent est au titre de 13 1/2 lot.

22. *UB.L* 5, n.° 141 Hanovre s'ajoutait aux quatre villes vendes.

23. *HR,* 1, V, n.° 725 et *UB.L,* 5, n.° 229. Autre renouvellement en 1410: *UB.L,* 5, n.° 347, avec les seules 4 villes vendes; Il établit la frappe d'un Blanc ou Witte de 3 Pfennige: 0,87 de teneur en métal, pour un poids de 1,01g: JESSE, *Der wendische...,* p. 210.

24. *HR*1, VI, n.° 398.

25. Les intérêts des Hanséates étaient en effet menacés par la prise de Gotland par Waldemar IV en 1361 et la guerre entre le Danemark et le Meklembourg (1376-1401). De même, on peut se demander si la volonté préalable des villes de récupérer le droit de frappe monétaire dans les années 1325 fut concertée dans cette même optique de défense économique.

26. J.S. JENSEN, «Montfundet fra Kirial pa Djursland», in *Nordisk Numismatisk Arsskrift,* 1979, pp. 37-168. Sur 81422 pièces retrouvées, 38578 sont de Hambourg, et 73881 sont des «Hohlpfennige» vendes, soit des deniers creux, antérieurs à la frappe des «Witten», ou Blancs, de Lübeck. Aucune pièce n'est danoise, *ibidem.*, pp. 51-58. Voir aussi du même auteur, «Lübecker und Hamburger Münzen in dänischen Schatzfunden», 1450-1660, in NORTH, *Geldumlauf...,* pp. 19-24.

27. JESSE, *Quellen...,* n.° 295.

Dès 1396, on note un rapprochement des frappes monétaires lübeckoises et danoises[28], qui déboucha en 1424 sur une véritable convention monétaire étendue aux autres régions scandinaves[29].

Néanmoins, soyons clair: Il ne semble pas que durant le Moyen Age, l'Entente vende ait envisagé de frapper une monnaie commune à toutes ses villes membres: une monnaie qui aurait pu être la monnaie commerciale de l'espace hanséatique La première de ce type en milieu vende, le Mark lübeckois, à l'effigie des 4 villes de Lübeck, Wismar, Hambourg et Lünebourg, ne devait voir le jour qu'en 1502[30].

Mais pour l'heure, si les villes décidaient de l'équivalence de certaines de leurs monnaies, elles conservaient leur indépendance monétaire, c'est à dire le droit de garder leurs ateliers, leurs techniques, leur propre effigie sur les monnaies de l'Entente et celui de frapper par ailleurs des monnaies de leur choix[31]. Ainsi, en 1360, Lübeck décide la frappe d'un double pfennig, puis en 1360 d'un Blanc «Witte» de 4 pfennig; celle du sou de 12 pfennige en 1365 fut d'abord un échec, avant d'être reprise avec succès en 1432. Entre temps en 1370-1380, avaient été mis en circulation un «dreiling» de 3 pf et un «sechsling» de 6 pf. En 1468, ce fut le tour d'un double schilling[32]: Lübeck était on le voit, à la recherche d'une unité monétaire supérieure à celle du pfennig[33].

L'ambition, ou plutôt le rêve de ces villes marchandes était d'avoir une monnaie à la valeur quasi immuable: c'est sans doute ainsi qu'il faut

28. En accord avec la reine Marguerite qui désirait entreprendre le redressement des monnaies danoises, jusqu'alors de billon (cuivre et moins de 30% d'argent) de peu de valeur, tandis que continuaient à circuler parallèlement les monnaies vendes, mais aussi le gros tournois de France,l'argent en barre et même l'or: P. GRIERSON, *op. cit...,* p. 244. Les délégués hanséates s'interrogent en 1404 sur l'opportunité de lui laisser la liberté des frappes monétaires: *HR 1*, V, n.° 181 §2.

29. La convention mena à l'échec durant le cours du XVe siècle. En effet, selon la loi de Gresham qui veut que la mauvaise monnaie chasse la bonne, les bonnes monnaies vendes auraient été thésaurisées, tandis que ne circulèrent plus que les petites monnaies danoises, à faible teneur en argent, Thorsten AFFLERBACH, *Der berufliche Alltag eines spätmittelalterlichen Hansekaufmanns,* Beiträge zur Schleswig-Holsteinischen und skandinavischen Geschichte, 7, Francfort, 1993, p. 159.

30. PAGEL, *op. cit.,* p. 139.

31. Les Monnaies de l'Entente devaient avoir le même poids d'argent en fonction de leur valeur nominale: JESSE, *Der wendische*., p. 211, SPRANDEL, *op. cit*., pp. 156-160 et 176-177.

32. JESSE, *Anteil...,* p. 17 et *Der wendische*, pp. 209-211. En revanche, le Florin d'or resta une monnaie propre à Lübeck.

33. Néanmoins, le denier creux et le Blanc de Lübeck devaient inspirer le monnayage de Brême, et d'autres villes de Westphalie et de Frise orientale, jusque le long du Rhin, toutes régions avec lesquelles Lûbeck entretenait des relations commerciales: JESSE, *Münzpolitik...,* p. 89.

comprendre la frappe en 1412 à Brunswick d'un «ewigen pfennig», un pfennig éternel[34].

Néanmoins, la règle du jeu imposait à chacune des villes de demander aux membres de l'Entente l'autorisation de modifier ses monnaies: ainsi, Lübeck et Wismar s'opposent en 1401 au souhait de Lünebourg d'augmenter la teneur en métal précieux de son Blanc, ce qui eut changé tous les rapports monétaires entre les villes ou obligé toutes les villes à modifier la teneur de leurs Blancs[35].

L'entente restait strictement monétaire et ne créait aucune solidarité financière: c'est ce que souligne un intéressant document de 1406, par lequel les villes de Hambourg, Rostock, Wismar et Stralsund refusent au Grand Maitre teutonique de payer à son sujet livonien Jacob Abrahamsson, le montant de la rente que lui devait Lübeck[36]. Les villes ne sont nullement responsables des dettes de l'une d'entre elles. Mais cet incident prouve que les limites de cette alliance n'étaient pas claires pour tout le monde.

A fortiori, il ne s'agissait pas non plus d'imposer une monnaie commune à toutes les villes de la Hanse.

Il ne faut en effet pas confondre l'alliance monétaire vende avec la ligue hanséatique, sous prétexte qu'elle regroupe les villes chefs de la Hanse et qu'elle soit aussi tirée par Lübeck[37]. L'une et l'autre avaient leurs institutions, leurs assemblées[38] et leurs prescriptions. Mais il est indéniable que la politique monétaire de la Hanse s'inspira des propositions de l'alliance: les statuts de la Hanse en 1418 en témoignent étroitement[39].

D'autre part la Hanse ne se résume pas aux villes vendes. Il faut comprendre que bien d'autres villes hanséatiques, dans l'Est de l'Europe notamment, n'avaient pas acquis la même indépendance monétaire. Elles ne pouvaient donc décider seules d'une frappe monétaire.

De plus, elles étaient implantées dans des secteurs commerciaux qui débordaient le cadre strictement hanséatique et qui privilégiaient d'autres monnaies[40].

34. Jesse, *Quellenbuch...,* n.° 99.

35. *HR* 1, V n.° 727.

36. *UB.L.* 5, n.° 148 et *LECUB* 4, n.° 1700.

37. Même si l'entente monétaire vende eut ses prolongements politiques par la constitution d'une alliance défensive qui regroupait ses membres en 1417: *HR* 1, VI, n.° 338.

38. Elles ne furent vraiment structurées qu'à partir de 1439-1441: Jesse, *Der wendische...*, p. 151.

39. *HR* 1, VI, n.° 398.

40. C'est le principe du «bleiben für sich», du «quant à soi», adopté par les villes prussiennes, entre l'Oder et la Weser, qui leur permirent de s'adapter au système vende par des

Enfin, l'entente monétaire vende, si elle fut la plus importante, ne fut pas la seule. D'autres ententes monétaires se constituèrent dans les deux dernières décennies du XIVe siècle au sein desquelles on ne dénombre pas que des villes hanséatiques mais qui regroupaient surtout des villes concernées par d'étroits intérêts commerciaux.

Elles comptaient un nombre variable de villes, parfois seulement deux (Soest et Osnabrück) ou bien associaient une ou des villes à un prince, laïc ou ecclésastique, comme celle unissant Erfurt et l'archevêque de Mayence en 1341[41].

Elles portaient sur des aspects divers de la politique monétaire, soit le pied monétaire, soit la teneur en métal précieux, par exemple.

Ainsi s'organisèrent —l'union des villes de Basse Saxe en 1382, sous l'égide de Brunswick, Goslar et Hildesheim, et qui surveillait particulièrement le cours du Marc d'argent usuel Elle se maintint, avec plusieurs remaniements jusqu'à la fin du Moyen-Age[42].

— l'union de 7 villes de Thuringe autour d'Eisenach en 1332 et dont l'activité perdura jusqu'en 1382,
— les premiers pas de l'Entente rhénane remontent à 1348, lorsque les Archevêques de Cologne, de Trêves et les comtes de Juliers et de Luxembourg s'accordent sur la frappe du gros à l'Aigle. Puis, en 1354, les mêmes archevêques, auxquels s'ajoute celui de Mayence, décident de donner une valeur commune à leurs monnaies d'argent (et d'or). En 1372, ceux de Cologne et de Trêves décident la frappe commune d'un blanc et d'un Florin. L'Entente des 4 Electeurs se constitue entre 1385 et 1386[43].
— l'union des villes de Westphalie, rejointe en 1469 par Brême et les villes du Zuiderzee[44], tandis qu'en 1395 se regroupaient les villes de Poméranie (qui ne s'éloignèrent totalement de la ligue vende qu'en 1425), et finalement celles de Livonie en 1415, qui maintinrent des liens fluctuants avec l'Entente vende[45].

équivalences tout en gardant leur autonomie monétaire et leurs propres systèmes de compte

41. Jesse, *Der wendische...,* p. 224.

42. Jesse, *Der wendische...,* p. 318; *Quellenbuch...,* n.° 306; R. Doebner, *Urkundenbuch der Stadt Hildesheim,* Nouvelle édition, Aalen, 1980, VIII, n.° 210.

43. Voir à ce sujet, W. Hess, «Das rheinische Münzwesen im XIV ten. Jahrhundert und die Entstehung des kurrheinischen Münzverein», in H. Patze, *Der deutsche Territorialstaat im XIV ten Jahrhundert*, Sigmaringen, 1970.

44. Jesse, *Der wendische...,* p. 304.

45. Entente livonienne de 1420: *LECUB* 5, n.° 2191, 2435, 2452, 2478, 2632, 2641, 2689.

En 1450, se constitue également une alliance monétaire autour de la ville de Breslau, avec l'évêque de la ville, ses voisines Schweidnitz et Liegnitz. Elles s'entendent pour dix ans autour d'un florin d'or équivalant à 14 schillinge[46].

Ces ententes eurent certes un rôle secondaire par rapport à celui de la ligue vende. Elles n'en limitaient pas moins de fait la suprématie des monnaies vendes. Parfois même, elles les concurrençaient, comme ce fut le cas des monnaies de Cologne, dont le rayonnement s'étendait de Londres à Lübeck même.

On était donc, loin d'une Union monétaire et d'un système monétaire unique dans la Hanse, d'autant qu'y circulaient également en quantité les nobles et les pennies anglais, les gros de Flandre, les florins hollandais: conséquence logique de son réseau commercial.

D'ailleurs les statuts monétaires de la ligue, comme ceux de l'Entente ne prévoyaient aucun moyen de coercition à l'égard de leurs membres. La participation restait basée sur le volontariat, on préférait l'arbitrage à la contrainte et l'on était encore loin de ce que l'on appellerait aujourd'hui le système de la monnaie unique.

Finalement, au delà des principes constitutifs, quel fut le bilan de l'entente monétaire vende?

L'alliance s'était donnée 4 objectifs communs:

Maintenir le titre monétaire fixé en commun; règlementer la frappe des monnaies autorisées, les quantités frappées, leur domaine de circulation,

Assurer la police monétaire: retenir dans la ville les bonnes monnaies locales et éloigner les mauvaises monnaies étrangères, interdire les monnaies fausses ou imitées et l'exportation des monnaies de l'Entente hors de l'Alliance sous peine de perdre sa bourgeoisie et de ne pouvoir en acquérir aucune dans les villes de la Hanse;

Contrôler les ateliers, les orfèvres et le personnel: les orfèvres ne pouvaient fondre l'argent sans autorisation, et seulement dans les limites indispensables à la fabrication des pièces. Ils devaient maintenir la finesse du métal décidée par l'alliance, la ville pouvait ordonner une fouille de leur atelier[47]

46. Grierson, *op. cit...,* p. 243, et Jesse, *Der wendische...,* p. 26.
47. *HR* 1, VI, n.° 397.

Se procurer le métal précieux nécéssaire[48]: En général, les villes s'arrogent le monopole de son importation. Chaque année au XVe siècle, le métal est contrôlé par la ville dont il porte le sceau ainsi que celui du Maître des Monnaies.

Quatre principes auxquels s'ajoutent en 1403, l'établissement d'un cours commun des monnaies d'or par rapport au sou de Lübeck, ainsi qu'un cours des monnaies étrangères[49].

Si l'on en juge par leur fréquent renouvellement, il faut croire que les prescriptions émises dans le but de réaliser ces objectifs, ne furent pas parfaitement respectées.

Il semble cependant que l'association ait réussi à maintenir les pfennige face aux crises militaires et financières des villes et qu'elle ait su coordonner son affaiblissement, le plus grand écart de poids d'argent ne dépassant pas 9% en 1390, mais se situant généralement autour de 3 à 5%[50].

Si elle n'évita pas le long processus inflationniste, elle parvint cependant à garder aux monnaies vendes la confiance de leurs usagers.

En revanche, elle ne leur donna jamais une diffusion internationale, semblable à celle du gros de Flandre par exemple.

Pour sa part, la politique monétaire de la Hanse fut surtout étrangère et s'attacha principalement à protéger les intérêts de ses membres contre les mutations monétaires, qui, à l'étranger, lésaient leurs intérêts. Tel est le sens par exemple, des interventions de la Hanse à l'encontre du Duc de Bourgogne, lorsque celui ci décide le renforcement du gros en 1409-1410[51], et la même année au Danemark, lorsque les Danois remboursèrent leurs dettes aux Hanséates dans leurs mauvaises monnaies danoises, tandis qu'ils thésaurisaient les bonnes monnaies hanséatiques.Finalement, la politique monétaire de l'Entente, à l'intérieur du monde hanséa-

48. Ces mesures sont régulièrement reprises et mises à jour en 1392,1403, 1406, 1408, 1410: voir ci dessus notes 20 à 23.

Elles précisent quelques dispositions d'application: rencontres régulières des «Münzmeister» auxquels s'adjoint à partir de 1492, un membre du conseil de chaque ville. En outre, ils doivent, à partir de 1441, prêter serment de respecter leurs obligations. Contrôle de la Monnaie d'une ville par une autre ville depuis 1379, si cela s'avère nécéssaire; Vérification annuelle des monnaies du Danemark après 1424.

49. *HR* 1, V, n.° 158 § 1.

50. En dosant la réduction du titre et du poids des nouvelles émissions. Jesse, *Der wendische...*, p. 209 donne les évolutions suivantes: entre 1375 et 1502, le blanc perd 18,6% de son poids et 59,6% en aloi; entre 1392 et 1492, le «Sechsling» perd 45,2% en poids et 33,3% en aloi; entre 1365 et 1492, le sou perd 44,9% de son poids et 40% en aloi.

51. Voir ci-dessous p. 19, note 84.

tique, et celle de la Ligue, à l'étranger, se complètent et se renforcent mutuellement.

La Hanse et la monnaie d'or

Mais l'une des principales difficultés de la politique monétaire de la Hanse vint de son impossibilité d'éviter la dépréciation des monnaies d' argent face à l'étalon l'or[52]. La preuve en réside dans son incapacité à maintenir un rapport ferme entre les deux monnaies de référence de ces deux étalons dans les villes hanséatiques, soit entre le florin d'or et le sou d'argent de Lübeck[53].

Il faut rappeler que, contrairement à une idée fort répandue, la Hanse connaissait parfaitement la monnaie d'or depuis la seconde moitié du XIVe siècle. Ses marchands utilisèrent communément le florin d'or de Cologne dans lequel on voit encore en 1416, la ville de Lübeck payer ses rentes à vie. Et lors du Concile de Constance, les députés de la dite ville faisaient un emprunt de 2.350 florins rhénans auprès de Jean de Médicis[54].

Lübeck avait reçu en 1340, de la part de l'empereur Louis IV, le droit de frappe de la monnaie d'or[55]. Il est vrai que la date était tardive par rapport à la diffusion des monnaie d'or dans les villes italiennes, qui datait au moins de 1252. Mais c'est sans doute pour faciliter les affaires des Lübeckois avec les Italiens, en particulier avec ceux installés dans la ville même que Lübeck avait requis ce privilège. L'un des membres de la famille des Salimbene ne fut il pas l'un des maîtres de la monnaie d'or lübeckoise entre 1340 et 1370? Durant cette période, elle effectua donc d'importants achats de florins florentins par le biais de lettres de change tirées à Bruges[56] et frappa dès 1341 un florin d'or à 23 3/4 carats identique à celui

52. Pagel, *op. cit...,* pp. 140-141.

53. Spufford, *Handbook...,* p. 280.

54. *UB.L* V, n.° 575 et HR1,VI, n.° 207;. Le 27 Mai 1416, Philippe Raponde, marchand de Lucques et représentant des Médicis donne quittance à la ville de Lübeck des 2350 florins (Gulden) rhénans payés par Rudolph Cumhaer, et d'autres marchands, en remboursement de l'emprunt.

55. *UB. L,* 2, n.° 692 et 703.Lünebourg obtint ce même droit en 1434 et Hambourg en 1435: Jesse, *Münzpolitik...,* p. 93, mais leur florin s'inspirait du florin impérial. Rappelons que la monnaie d'or des villes de la Hanse n'entrait pas dans le cadre institutionel de l'Entente vende.

56. *UB.L* 2, n.° 703, 716 Lübeck aurait ainsi acheté à Bruges 23000 florins par an durant cette période: H.C. Dittmer «Geschichte der ersten Gold-Ausmünzungen zu Lübeck im XIVten». Jahrhundert, *ZVLG* I (1860) 22-78, 48.

de Florence, d'une valeur d'abord égale à 10 sous de Lübeck[57], mais qui, en 1359, chuta dans plusieurs villes à 9s 3 d.

L'année suivante, les marchands lübeckois se plaignirent d'un trafic du nouveau florin par les étrangers, trafic qui leur était à eux, Lübeckois, particulièrement défavorable: en effet, les étrangers se procuraient le florin hors de la ville à 9 sous et venaient le revendre à Lübeck 10 sous[58]. Cette spéculation monétaire[59], exercée par les étrangers aux dépens des Lübeckois conduisirent finalement ces derniers à bouder leur florin et à se réfugier dans la monnaie d'argent.

L'instabilité du «ratio» or-argent[60] et les pertes dues au change incitèrent Lübeck à interrompre la frappe de la monnaie d'or en 1370, lorsque sa balance commerciale avec la Flandre devint nettement déficitaire et que les villes livoniennes prenaient la tête de la croisade contre les monnaies d'or. Finalement en 1450, les villes vendes interdisaient le paiement en monnaies d'or dans le commerce extérieur, y compris à Londres et à Bruges, sous peine de confiscation de la marchandise[61].

Une nouvelle tentative en 1475, avec cette fois un florin d'or propre à Lübeck, ne réussit guère mieux, car sa valeur intrinsèque, au titre de 23 carats 1/3 était trop élevée, supérieure même à celle du florin rhénan[62] et à celle des autres florins d'or allemands dont la finesse s'était progressive-

57. Selon MOLLWO, *Das Handlungsbuch von Hermann und Johann Wittenborg* 1338-1359, Leipzig, 1901 p. LXXVII.

58. *UB.L* 3, n.° 189.

59. Opérations que l'on appellerait aujourd'hui «Arbitragegeschäfte», soit achat et vente simultanés sur 2 marchés différents pour profiter du meilleur cours.

60. Le ratio est l'unité de poids en argent que l'on peut échanger contre une unité de poids en or. A Hambourg, en 1352, il est de 11 (soit l'or vaut 11 fois plus que l'argent), en 1400, de 14 et en 1424, de 12,9; en Flandre en 1400, de 10 à 11 et en Angleterre en 1465, de 11,6.

61. P. DOLLINGER, *La Hanse,* Paris, 1965, p. 258-259; DAY, *op. cit...,* p. 269 et SPUFFORD, *Money...,* pp. 280-281. En 1437, les villes livoniennes interdisent de payer en or les non-Allemands, en particulier les Russes et les Estoniens: *HR* 2, II, n.° 132.

62. Tombé à 19 carats de fin au tournant du XVe siècle. Ce florin rhénan est aussi appelé «Vertragsgulden», Kurfürstengulden «et encore «Florin des quatre électeurs» et à partir de 1420: le «Oberländische gulden». Sa frappe est en effet le résultat d'un accord monétaire entre les quatre princes électeurs rhénans, soit les Archevêques de Mayence, de Trêves, de Cologne et le Prince palatin du Rhin. La première frappe date de 1348. et s'inspire encore du florin de Florence. Ce n'est qu'en 1368 qu'il sera proprement germanique.Il servit également de modèle à l'«Andreasgulden», frappé par les derniers ducs de Bourgogne en 1466. SPUFFORD, *Handbook...,* p. 240; M.M. ARCHIBALD, «Coinage in Andrew Halyburton's Ledger», *Studies in Numismatic Method,* Mélanges Grierson, C.N.L. Brooke (éd), Cambridge, pp. 263-301, p. 276.

ment dégradée. Une frappe ambitieuse donc, trop sans doute, en décalage avec l'évolution des monnaies d'or européennes, même si elle voulait répondre aux besoins des Hanséates en relation avec l'Angleterre, la France et l'Italie.

Les Hanséates installés à Bruges par exemple, manipulaient plusieurs types de monnaie d'or qu'ils se trouvèrent parfois condamnés à utiliser en circuit presque fermé: ainsi la «frankische Krone», soit l'Ecu à la couronne[63] que Veckinchusen recevait en France sur ses ventes de fourrures, de cire et de harengs, et qu'il ne réinvestissait que dans les achats locaux de draps du Hainaut, de l'Artois et d'Aix[64]. D'autres Hanséates l'utilisèrent pour payer le frêt du sel de Bourgneuf. Mais peu de marchands, si ce n'est peut être les Teutoniques de Marienbourg traitaient cette monnaie au coeur du monde hanséatique[65].

A l'inverse, on ne voit guère de florins lübeckois sur les places occidentales. Ils n'auraient donc pas eu cette destinée internationale pour laquelle ils avaient été créés.

Pourquoi? Leur naissance tardive, leur rapide dépréciation n'a sans doute pas suscité la confiance des marchands occidentaux qui n'ont pas cru en son éventuelle pérennité.

Il est vrai qu'il était difficile à des marchands étrangers de faire confiance à une monnaie dont les marchands nationaux eux-mêmes.se méfiaient

La réticence des Hanséates face à la monnaie d'or peut s'expliquer diversement: la première tentative de 1340 avait souligné le risque de déficit commercial et financier, mais beaucoup craignaient surtout de perturber la circulation des monnaies d'argent, dont le cours se dépréciait face à celui des monnaies d'or. Il est également probable, et nous y reviendrons pour le crédit, que la Hanse ne tenait guère à rentrer tout à fait dans un système européen dont elle n'aurait pas tout le contrôle. L'or devait donc

63. Il est vraissemblable qu'il s'agisse de l'Ecu à trois fleurs de lys surmontées d'une couronne et frappé par Charles VI, depuis 1385. Contenant 4,07 de fin au départ, il n'en comptait plus que 3,82 en 1411, pour un même cours nominal en France de 22s 6. D. DAY, *op. cit...*, p. 168.

64. AF1, 66v° en 1405.

65. Relevons toutefois l'exemple du Franc, dit «Vranken», utilisé pour payer le scribe de Lübeck en 1391: HR1, IV, n.° 38. Autres emplois du Franc, par l'Ordre teutonique, SATTLER, *Handelsrechnungen des Deutschen Ordens*, Leipzig, 1887, p. 18, en 1404, pp. 74 et 75, en 1417, pour indemniser le capitaine prussien Ronefelt, p. 383; en 1396 pour payer des draps de Malines.

avoir une place secondaire, réservée aux échanges extérieurs avec l'Occident, l'Italie en particulier, évitant ainsi l'exportation de l'argent. En ce sens, il avait son utilité, mais l'essentiel du système devait reposer sur l'argent.

Cet échec, relatif (Lübeck continue à frapper son florin jusqu'en 1801!), souligne également que l'intérêt proprement hanséatique, disons même, baltique, l'avait emporté une fois de plus sur celui du commerce occidental et méditerrannéen des marchands de la Hanse, là où la monnaie d'or était désormais devenue quasi-incontournable. C'est donc aussi un échec commercial,qui prive les Hanséates d'un outil précieux, bref, un échec qui marginalise la Hanse, en confirmant toutefois son identité.

Les marchands et les monnaies

Il ressort donc de tout ce qui précède que les Hanséates faisaient appel à un nombre varié de monnaies, réelles et comptables. Plus leur réseau commercial était étendu, plus ces manipulations étaient nombreuses.

Si l'on parcourt leur livre de compte, on constate par exemple qu'un Tölner recourait au pfennig de Rostock pour son commerce local et la livre de Flandre était l'une de ses principales monnaies de compte avec le Marc de Rostock[66];

Dans les années 1350, Wittenborg suit le même schéma localement, il use des monnaies de Wismar et de Flensburg, d'ailleurs rattachées à celles de Lübeck, mais aussi du Marc de Prusse. Il règle ses achats en Flandre en Gros, en Mouton d'or[67], en Ecu et viel Ecu de France[68] et Ecu de Flandre, Il recourt à l'occasion au sou sterling[69]. La livre flamande est également sa principale monnaie de compte

Nous avons, dans la Correspondance et les comptes de Veckinchusen répertorié 23 monnaies différentes, tant réelles que de compte. Une pluralité à l'image de son réseau d'affaires, mais dans laquelle priment ce-

66. K. Koppmann, *Johan Tölners Handlungsbuch* 1345-1350, Rostock 1885. L'essentiel de son commerce reposait sur l'importation des draps de Flandre.

67. *Ibidem*, II, 323 Wittenborg les reçoit de Scanie. Il perçoit également un paiement en «Malgen», monnaie d'or de Flandre: *ibidem*, II, 85.

68. *Ibidem,* II, 77: 1 older scilt Francrikes, et II, 236: «twe olde schilde». L'identification de ces monnaies se fait par rapport à la date, étant entendu qu'un écu vieux a été lors de sa création, un écu neuf.

69. *Ibidem,* II, 60.

pendant, les marcs de Lübeck et de Prusse,l'écu à la couronne, les différents florins, tant du Rhin que de Gueldre, de Florence ou de Bohême.

Les livres de compte de l'Ordre Teutonique révèlent l'utilisation de 11 systèmes monétaires différents basés sur le marc d'argent parmi lesquels prédominent bien sur le Marc de Prusse, mais aussi celui de Lübeck. On y trouve également des monnaies plus rares comme le Marc de Gotland.

Les monnaies d'or sont nombreuses et figurent surtout dans le livre du Lieger de Bruges, les Nobles d'Angleterre et de Gand, l'Ecu à la couronne, le Franc, l'Ecu et le viel Ecu, pour les monnaies d'or françaises, mais aussi de très nombreux florins,d'Arnheim, de Hongrie[70], de Florence, de Bavière[71], le Florin de l'évêque, de Cologne, et autres «Reinaldusgulden», «Fredericus Gulden», «Arnoldus Gulden»[72] et «Peter gulden», au total, près d'une trentaine d'unités monétaires, sans compter leurs sous multiples, et parmi lesquelles on recense un grand nombre de monnaies «étrangères».

Mais pour tous ces marchands le livre de gros de Flandre apparait comme leur seconde monnaie de compte.

A tel point qu'en 1361-1367, la livre à 24 deniers est adoptée comme monnaie de compte par la Hanse, lorsqu'elle met en place le premier «Pfundgelt» ou taxe à la livre, destiné à financer ses frais de guerre contre le Danemark, et les quittances ainsi délivrées par Hambourg sont effectivement libellées dans la monnaie de compte flamande[73].

Certains bourgeois de Brunswick notent dans leurs testaments la valeur de leurs draps en livres de gros[74], ce qui n'est pas seulement une réponse à une logique d'importation, car la même ville de Brunswick en 1372 rétribue partiellement le garde de la grande porte de la ville en gros de Flandre[75].

70. Frappé par Sigismond, roi de Hongrie (1386-1437). Le ducat hongrois est à 24 carats de fin, au poids de 3,53g: ARCHIBALD, *op. cit...,* p. 287.

71. Frappé par Jean de Bavière, comte de Hollande, en 1421, sur le modèle du florin de Cologne, ARCHIBALD, *op. cit...,* p. 277.

72. Frappé par le duc Arnold de Gueldre (1423-1473) a seulement 10 carats de fin, au poids de 3,1g: ARCHIBALD, *op. cit...,* p. 287.

73. JESSE, *Münzpolitik...,* p. 91. *Urkundenbuch der Stadt Braunschweig (UB.B),* Brünswick, 4 vol, 1873-1912, 6, n.° 484.

74. *UB.B,* 6, n.° 374 en 1367.

75. *UB.B*, 6 n.° 690: En 1372, le contrat de service de Henningh Paperstop, à la grande porte de la ville, lui prévoit un salaire de 3 Livres, payables en quatre versements l'an, et 7 aunes de drap gris.

Et pour Veckinchusen installé à Bruges au tout début du XVe, elle est encore la monnaie de référence essentielle. Ses notes égrènent de multiples équivalences entre la livre et les autres monnaies européennes.

Alors la livre de gros de Flandre, monnaie de compte de l'Europe du Nord?

Ce qui est sur, c'est que ce choix est révélateur du besoin d'une monnaie de référence pour tous ces marchands dont l'activité couvrait l'Europe du Nord; révélateur aussi du rôle prédominant de plaque tournante joué par les Pays bas pour les Hanséates au tournant des XIVe et XVe siècles.

De cette monnaie, l'Hanséate use pour son commerce, mais il l'investit aussi à d'autres fins de rentabilité: soit il achète des terres à la campagne, comme son homologue italien, soit il participe aux emprunts publics lancés par les villes et remboursés en rentes urbaines, ou encore il rachète des hypothèques urbaines[76].

Ainsi, dans la seconde moitié du XIVe, les marchands du conseil de Lübeck traitèrent jusqu'à 20000 Marks sur le marché des hypothèques de Hambourg et au XVe siècle, ce chiffre aurait triplé[77].

Mais une mention particulière doit être réservée au placement en marchandises: une activité qu'il faut distinguer du simple achat commercial. Le terme employé «beweren» est d'ailleurs différent de «kaufen».

Il s'agirait donc bien à priori d'une affaire financière. Citons par exemple le cas du Grand Maître, qui en 1423, demande à Reval de placer en cire et en fourrures les 3900 Marcs que le Maître de Livonie avait remis pour lui au Conseil de Reval[78].

L'opération vise t-elle à une spéculation? à éviter un dangereux transport de numéraire, la perte, le vol ou le détournement de la somme? Quoiqu'il en soit, dans nombre de cas similaires, les marchandises ainsi acquises ne sont pas destinées à une commercialisation immédiate et restent en attente.

Reste à savoir si les Hanséates ont fait un usage courant de la spéculation monétaire[79]. C'est plus que probable, même si cela reste difficile à dé-

76. *LECUB* 4, n.° 1402, 1406, 1481, 1734.

77. R. Sprandel, «Les techniques commerciales», in *L'Europe de la mer du Nord et de la Baltique,* Le monde de la Hanse, A.d'Haenens (éd), Paris, 1984, pp. 120-129, p. 127. Exemple de rentes à vie: *UB.L* 5, n.° 99, en 1404, n.° 119 en 1405 et n.° 556 en 1416, payée en florins rhénans à Lübeck.

78. *LECUB* 5, n.° 2682, 2683.

79. Néanmoins, on relève en 1410 une décision du «Münzverein» interdisant la spéculation sur le pfennig: *HR* 1, V, n.° 729.

montrer. Certes, il est facile de voir si le marchand perd ou gagne sur un change lorqu'il «kauft» c'est à dire achète des monnaies (alors considérées comme une marchandise) : mais là est justement la difficulté d'interprétation et le terme «kaufen» est ambigü: comment distinguer la stricte opération monétaire à but lucratif, du règlement d'une dette ou d'un change à destination commerciale immédiate?

Aussi habiles et avertis qu'ils fussent dans les opérations monétaires, les Hanséates se sont cependant, comme leurs contemporains, heurtés à nombre de problèmes monétaires.

Les problèmes monétaires des Hanséates

Ces problèmes tiennent d'abord aux variations monétaires de tous ordres et à la sensibilité du cours des monnaies dans le cadre international[80]. Car, s'il existe un cours officiel des monnaies dans chaque ville, il semble davantage servir de référence que de valeur obligée. Le cours réel, dit commercial, est généralement le résultat de négociations personnelles, si l'on en juge par les différents cours pratiqués pour une même date, une même personne en un même lieu, comme le montre la comptabilité des Veckinchusen.

Certains évènements politiques eurent des incidences considérables sur le cours des monnaies : ainsi, par exemple, le blocus de la Flandre entre 1358 et 1360: le marchand Johann Wittenborg exprime alors toutes ses inquiétudes de voir le cours lübeckois de la livre de gros passer de 6M 13s à 9 M[81]! On le comprend et on imagine volontiers le désordre financier puis commercial qui s'ensuivait, compromettant gravement les affaires des marchands.

Il en alla de même lors de la défaite des Teutoniques à Tannenberg en 1410. L'ordre était alors la première puissance économique de la Prusse et son échec provoqua la thésaurisation de la bonne monnaie qui vint à manquer. Toujours mobilisé par des préparations militaires et condamné en outre à une lourde indemnité de guerre due à la Pologne victorieuse[82],

80. La seule approche d'un important mouvement commercial provoquait la hausse du cours des monnaies: ainsi elles étaient plus cher avant les foires qu'après. Leur cours variait aussi avec l'arrivée des bateaux: ainsi en 1341, à Bruges, le cours du Marc de Lübeck grimpe au moment de l'arrivée des flottes de bière: *UB.L* 2, n.° 1077.

81. Mollwo, *op. cit...,* II,295.

82. Cette indemnité avait été évaluée en gros de Bohême. L'Ordre proposa vainement de payer en marchandises J. Voigt, *Codex Diplomaticus Prussicus*, Königsberg, I vol. 7, p. 186 et 194.

le Grand Maître devait, en 1413 interdire l'exportation du métal argent, bloquant ainsi par effet rebond, l'activité de l'atelier monétaire de Reval alimenté par le maître livonien de l'Ordre[83]. En 1416, l'assemblée des villes de Prusse dut se résoudre à la mise en place, prévue jusqu'en 1422, d'un petit mark dévalué de 50% par rapport à l'ancien mark dont le cours était parallèlement maintenu[84].

Une mesure qui aurait, si l'on en croit le Marchand Allemand de Bruges, provoqué le soulèvement des Marchands à Danzig[85]. L'initiative ne fit qu'accroître le repli de la bonne monnaie ce que l'associé de Veckinchusen traduit en écrivant «qu'il n'y a plus d'argent comme avant dans la province» remarque de portée tant qualitative que quantitative[86].

En général, les Hanséates assimilaient à une violation de leurs privilèges toute mutation monétaire survenant dans les régions où se trouvaient leurs comptoirs. C'est en ce sens qu'il s'expriment en 1410, sur le renforcement nominal du gros de Flandre survenu en 1407 et ils exigent (en vain) du duc de Bourgogne, comte de Flandre que l'on revienne aux anciennes coutumes et aux anciennes monnaies[87].

D'autres problèmes tiennent à la mauvaise qualité de certaines monnaies. Là encore, il est difficile de discerner la «mauvaise monnaie» relevant des mutations monétaires, de la mauvaise qualité intrinsèque des pièces (soit de mauvaise teneur, soit de poids insuffisant), des monnaies

83. *LECUB* 4, n.° 1614, en 1402 «besiegelte brief 2000 M. Riga an sulver, to der Munte behof». Dès 1413, le manque d'argent-métal se fait sentir: *ibidem*, n.° 1930» Wi sulven nein sulvere en hebben, und weten ok nu tiit nemande de sulver to koppe hebbe»: Nous n'avons nous mêmes pas d'argent (écrit le Maître de Livonie à Reval) et sachez, qu'ici (Riga), pour le moment, personne ne peut commercer d'argent. Voir aussi n.° 1927, 1941.

84. Toeppen, *op. cit...,* I, n.° 221 et *HR* 1, VI, n.° 193. Cette mutation s'accompagna de la création de nouvelles monnaies à Torun, et qui n'avaient cours que dans la ville: 1 marc blanc de 112 schillinge, dont le commerce et la refonte était interdite: *HR* 1, VI, n.° 284. L'Ordre tenta de limiter la hausse des prix qui devait suivre cette importante dévaluation de la monnaie courante: Waschinski, *op. cit...,* pp. 113 et 143; Cette réforme provoqua également un réajustement de la valeur du Marc lotig, monnaie comptable qui servait de base à l'évaluation des barres d'argent. Il passe de 2M 7 1/2 à sl. à 2M 9 sl. au début du XVe sècle à 3 marc de bon argent en 1423 (le marc non dévalué) et 7 marc à 7m 5sc en petit argent entre 1422 et 1424: Il a donc plus que doublé sa valeur en nouvelle monnaie dévaluée.

85. *HR* 1, VI, n.° 303.

86. W. Stieda, *Briefwechsel eines deutschen Kaukmannes im XV. Jahrhundert, Hildebrand Veckinchusen*, Leipzig, 1921, lettre n.° 160.

87. *HR* 1,V, n.° 710, 711, 712 et HR1, VI, n.° 35,36 et 392, 400, 474 (en 1417). L'affaiblissement du gros avait jusqu'alors favorisé les exportations des Hanséates. Désormais, le pfennig prussien s'échange à 3 engels au lieu de 4.

rognées[88] ou défectueuses, des pièces n'ayant pas cours légitime dans la ville à moins d'autorisation spéciale ou des monnaies falsifiées[89], les Hanséates les désignant les unes et les autres sous le vocable de «quade gelt», soit mauvais argent.

Il importe de distinguer les imitations frauduleuses (la fausse monnaie) des imitations légales («nachprägung»): ainsi les archevêques de Cologne firent frapper des monnaies inspirées des meilleures monnaies étrangères, françaises notamment,dans les années 1340, tandis que Mayence copiait celles de Cologne[90].

Toutefois on rencontre çà et là des mentions qui ne laissent aucun doute: en 1402, les villes livoniennes constatant la mauvaise qualité du métal précieux utilisé pour la fabrication des monnaies rappellent que l'on ne doit employer que le métal fondu par des fondeurs jurés et impose aux orfèvres une surveillance très étroite[91].

Afin de pouvoir vérifier la qualité des pièces [92] qui leur étaient quotidiennement remises, la plupart des marchands, tel le colonais Hermann van Goch à la fin du XIVe, disposaient d'aiguilles d'argent ou de pierres en or qu'ils portaient à leur ceinture[93]; et qui leur permettaient de vérifier immédiatement la teneur en or et la finesse du métal précieux des pièces[94]. De même, les autorités pourchassaient la «fausse monnaie», en 1422

88. En 1438, le Collecteur pontifical se plaint des pièces abrasées qui lui ont été remises en Scandinavie, SPRANDEL, *op. cit...,* p. 36 ou *Diplomatarium Norvegicum*, Oslo, 1849 sq, 6, n.° 471.

89. K. KOPPMANN, *Kammereirechnungen,der Stadt Hamburg,* 1350-1562, 10 vol., 1869-1959, 3, p. 362: en 1479, un marchand de Hambourg est mis en prison pour avoir diffusé des florins (obtenus par change) «per obscisionem falsificati».

90. J. CHAUTARD, *Imitations des monnaies de type esterlins frappées en Europe aux XIIIe et XIVe siècles,* Nancy, 1871, p. 235.

91. *HR* 1, V, n.° 69 et *LECUB* 5, n.° 2589. En 1410, les marchands de la Hanse se plaignent du «Gebrechen» des monnaies danoises: *HR* 1, V, n.° 708.

92. La ville est responsable de la qualité des monnaies frappées. Le conseil peut demander la refonte de pièces (surtout étrangères) en circulation pour en vérifier la teneur, comme c'était le cas à Hambourg: *Kammereichnungen* II, p. 341 et SPRANDEL, *op. cit...,* p. 35.

93. On en trouve quelques exemplaires dans les comptes de Veckinchusen: AF1, 144v° en 1401: «myn grote sulveren godel weghet 12 marcs 2 onces de Troyes; avec les cordons, elle atteint: 13 marcs 7 onces auxquels s'ajoutent "6 schalen" ou étuis qui valent 6 marcs 7 onces: Total = 19 marcs 1 once de Troyes. AF1, 53r°: La vente de l'une d'entr'elles à Riga en 1405, rapporte 9M moins 4 ore de Riga; Voir aussi AF6, 167r°: en 1415, envoi en Livonie d'une "gordel" valant 7 Nobles. Rappelons que le marc de Troyes équivaut à la demi livre poids, soit 8 onces».

94. Ainsi que le confirme l'inventaire des biens d'Herman van Goch, après sa décapitation en 1398, AFFLERBACH, *op. cit.,* p. 159.

à Vellin, on arrête un homme porteur de «falsche gelt»[95] et en 1450 à Poznan, c'est un tailleur qui essaie de se justifier en disant tenir sa monnaie d'un orfèvre de Torun[96].

En général, il était du devoir des villes de surveiller la qualité des monnaies, y compris celle des monnaies étrangères autorisées à circuler et dont le conseil de la ville détenait un exemplaire de référence.

Mais le marchand hanséate dut surtout faire face à l'insuffisance du numéraire: plusieurs raisons à cela qu'il importe de bien dissocier:

— le manque dû aux mauvaises affaires et qui relèvent alors de la gestion commerciale;
— celui dû à la thésaurisation;
— ou aux conséquences de la hausse des salaires après la peste de 1348 et ses récurrences;
— on peut également évoquer avec Sprandel, l'insuffisante flexibilité des prix et et la mauvaise répartition des moyens de paiement[97];
— mais il y a surtout le manque dû à l'insuffisance d'unités monétaires et à celle du métal précieux[98] qui, de fait, limite les frappes. Le phénomène, on le sait concerna toute l'Europe notammant dans la seconde moitié des XIVe et XVe siècles (entre 1395-1415 et 1440-1460), conduisant les villes à interdire l'exportation de tout métal précieux détenu dans la ville. En 1417, la Hanse en rappelle le principe dans un paragraphe de ses statuts[99].

Il est vrai qu'auparavant,les marchands hanséates pratiquaient volontiers le commerce du métal précieux; dans les seules années 1404-1405, H. Veckinchusen n'écoule pas moins de 100 marcs d'argent (au marc de Troyes), au prix de 18 sous de gros de Flandre le marc, auprès de chan-

95. *LECUB,* n.° 2624. Vellin est un comptoir teutonique.

96. «Acta Consularia Posnaniensia», 1398-1433, A. Warschauer (éd), in *Stadtbuch Poznan*, Poznan, 1892, 1, n.° 444.

97. Sprandel, *op. cit...,* p. 125.

98. Les villes vendes importaient l'argent d'Erfurt et de Brünswick: le «Harzsilber». Stralsund utilisait celui de Bohême: «silber sundes», moins fin que les autres et meilleur marché. L'argent importé arrivait en barres de grosseurs diverses. Les villes recouraient aussi au «Brandsulver», provenant de la refonte, et les éclats ou débris d'argent : le «Bruchsilver» Jesse, *Der wendische...,* p. 159. En revanche il était devenu difficile de se procurer du cuivre depuis la fin du XIVe siècle, quand l'exploitation des mines de Falun en Suède, qui avaient jusqu'alors approvisionné Lübeck, devint très problèmatique. Restaient les gisements germaniques du Harz et de Rammelsberg, mais surtout ceux de Hongrie.

99. HR 1, VI, n.° 398, § 7.

geurs flamands[100]. On enregistre d'autres exemples d'exportation d'argent vers la Flandre[101], mais aussi vers l'Angleterre, où en 1436, des marchands de Danzig sont autorisés à échanger des barres et de la vaiselle d'argent contre des draps de laine[102].

Il fallut cependant attendre les années 1450 et l'apport d'argent des mines de Schwaz en Tyrol, du Schneeberg en Saxe et celui du Harz pour entrevoir un véritable réapprovisionnement des ateliers monétaires en Allemagne.

De plus, non seulement le métal manquait, mais sa qualité laissait souvent à désirer. En principe, l'argent fin était à 15-16 «lot», et celui de Lübeck était la référence en ce domaine[103]. Dès 1436, les Russes objectent aux Hanséates que leur argent (non monétisé) est de bonne qualité dessus et dessous, mais mauvais à l'intérieur[104]. En 1462, Hambourg se plaint que l'argent fourni par le roi de Danemark est au moins inférieur de quatre lot au titre requis[105]. En 1480, c'est Stockholm qui proteste du mauvais poids de l'argent[106]. La situation ne s'arrange guère dans les années 1490, où les marchands du comptoir de Novgorod soulignent les dommages commerciaux dus à la mauvaise qualité du métal[107]. Certaines pièces, ainsi fabriquées à partir de cet argent médiocre, n'inspiraient plus confiance aux marchands qui les refusaient en paiement, provoquant parfois leur cours forcé de la part des autorités urbaines, comme cela

100. AF1 47 r° et 49r° en 1405: vente de 32 marc 7 onces de Troyes à 18 sous de gros le marc; AF1, 79R° en 1405: 10 marcs 2 onces à 18 sous 4g le marc, et 25 marcs 2 onces à 18sous 3g le marc.A propos du marc de Troyes employé aux Pays- Bas, et de sa relation avec celui de Cologne, voir, H. WITTHÖFT, «Die Kölner Mark zur Hansezeit», in NORTH, *Geldumlauf...,* p. 65 sq.: du début du XIVe au milieu du XVe siàcle, le Marc de Troyes employé en Flandre et à Bruges était à 243,552g, soit le poids du Marc d'argent de Cologne., tandis qu'ensuite, lorsque Anvers eut pris le relai de Bruges, le nouveau marc de Troyes employé dans le Brabant et les Pays-bas et qui fut la norme à Cologne, était de 246 g, 083 *op. cit...*, p. 67. Plus généralement, voir: E. AERTS-E. VAN CAUWENBERGHE, «Organisation und Technik der Münzherstellung in den südlichen Niederlanden whärend des Ancien Regime», in *Die historische Metrologie...,* H. WITTHÖFT (éd), St. Katharinen, 1986.

101. *HU* 3, n.° 624.

102. Cité par G. SCHANZ, *Englische Handelspolitik gegen Ende des Mittelalters*, 2 vol., Leipzig 1881, I, pp. 228 et 495.

103. SPRANDEL, *op. cit...*, p. 33. L'argent au titre de 16 lot, correspondait à 100% de fin. Dès le XIIIe, il tomba à 15, 151/2, à Lübeck et Hambourg.

104. L.K. GOETZ, *Deutsch-russische Handelsgeschichte des Mittelalters*, Hansische Geschichtsquellen, Lübeck, 1922, p. 332.

105. *Kammerreichnungen,...* II, p. 146 et 269.

106. SPRANDEL, *op. cit...,* p. 37.

107. *HU* 11, n.° 365. Reval demande que l'argent soit au moins à 15 lot.

avait déjà été le cas pour le «quadrant» (un quart de pfennig) à Hambourg en 1336[108]. Si la mauvaise qualité du métal poussait les villes à faire avec, malgré tout, pour maintenir une circulation monétaire déjà ralentie, elle contribuait aussi de la part des marchands, vigilants sur la qualité des monnaies, à la ralentir encore davantage.

Ce manque de métal précieux eut des conséquences particulièrement lourdes pour la Prusse et les Hanséates qui y commerçaient. En 1410, les maîtres des monnaies de Torun et de Danzig se plaignent du manque de métal précieux[109], et l'interdiction prononcée en 1413 et 1416, d'exporter le dit métal, s'inscrit dans ce cadre[110]. Elle fut mal respectée, souvent même contournée par les représentants de l'Ordre eux mêmes[111], et en 1419, les plaintes se renouvelaient, alors que depuis 1417, tout transport d'argent à l'intérieur de la Prusse était soumis à autorisation[112]. Cette politique de maintien du métal sur les territoires ne suffit pas plus à compenser son manque qu'elle n'empêcha son hémorragie. Un manque qui occasionna d'importantes variations de prix du métal que n'enrayèrent pas les deux tentatives de fixer un Maximum de son prix, en 1411 et en 1450, ce maximum ayant été fixé trop bas[113]: c'était peut être l'intérêt des autorités émettrices, ce n'était pas celui des marchands. En outre, il ne tenait pas compte des difficiles conditions d'approvisionnement.

108. Jesse, *Münzpolitik...,* p. 79.

109. En 1444, le Maître allemand de l'Ordre écrit au Grand-Maître: «La famine monétaire est sans exemple»: Voigt, *op. cit...,* 8, p. 84. Autre preuve, la difficile rentrée du Denier de Saint-Pierre: Sprandel, *op. cit...,* p. 129.

110. Sarnovsky, *op. cit...,* p. 64 et Waschinsky, *op. cit...,* p. 112, en 1416; Dygo, *op. cit...,* pp. 21-23 et 38-39: donne les témoignages du Maître des monnaies de Torun.Depuis 1365, les villes hanséatiques avaient interdit l'exportation du métal pour la refonte: *HR* 1, n.° 374 §11. et n.° 375. En 1369 à Hambourg, elle est soumise à autorisation: *Kammerreichnungen...,* I, p. 99. En 1373, L'entente Monétaire interdit son exportation vers Novgorod: *HR* 1, II, n.° 63. Mal respectées, les interdictions sont renouvelées *UB.L* 5, n.° 66 en 1403. En 1463, il fut interdit d'exporter son métal dans une autre ville de la Hanse, et même à l'intérieur de l'Entente: *UB.L* 5, n.° 289. En 1448, Lübeck impose des amendes à qui exporte l'or, cette fois, à Lünebourg: *UB.L*, 8, n.° 524..On en conclue que le commerce des métaux monétaires des villes de la Hanse était strictement encadré dans la seconde moitié du XVe siècle.

L'Entente dut néanmoins se résoudre à baisser le pied monétaire du schilling en 1467-1468: Jesse, *Münzpolitik...,* p. 94: le sou passe de 1, 522 de fin à 1, 269.

111. Exportation de 5 kilos d'argent depuis la Prusse vers la Flandre, pour les besoins du représentant de l'Ordre («Lieger») à Bruges, en 1420, Dygo, *op. cit...,* pp. 21-33, 38-39.

112. Sprandel, *op. cit...,* p. 131.

113. Jesse, *Der wendische...,* p. 160. Après la défaite teutonique de 1410, les villes vendent leur métal de plus en plus cher à l'Ordre, tant pour des raisons de marché que pour des raisons politiques, la plupart d'entre elles soutenant le Roi de Pologne contre l'Ordre, Sarnowsky, *op. cit...,* p. 65.

D'autre part, la Prusse souffrait d'un manque de grosses unités monétaires. Le demi-scot («halbschoter»), frappé par le Grand-Maître Kniprode entre 1351-1382, n'ayant guère eu de succès[114], le pfennig restait le principal numéraire. Werner Paravicini démontre bien le surréalisme d'une telle situation en relevant l'exemple en 1360 d'une somme de 3OOO marcs qui se matérialisait par 2160000 pfennige soit environ 400kg d'argent! [115]. On imagine qu'il n'était pas aisé de se déplacer avec une telle masse, plutôt encombrante et peu discrète.

Il en résulte que les lettres des marchands du XVe siècle se font l'écho du ralentissement, voire du blocage des affaires dus à ce manque de disponibilités monétaires. La circulation monétaire ne suivait pas le rythme de circulation des marchandises[116] et il devenait de plus en plus difficile pour les Hanséates d'obtenir des paiements «rede gelt», c'est à dire comptant et en espèces[117]. C'est aussi à la lumière de tout ceci qu'il faut interpréter la faillite d'H. Veckinchusen, largement investi dans le commerce avec la Prusse, et dont les sérieuses difficultés ont justement commencé dans les années 1410.

Alors comment faire face?

Commercialement d'abord, en vendant immédiatement et souvent à perte les marchandises susceptibles de rapporter au plus tôt de l'argent liquide, ce que nos marchands traduisent par «umme rede gelt to maken». Et l'expression revient aussi souvent qu'un leit-motiv.

114. Grierson, *op. cit...,* p. 239. Et le petit schilling d'argent était de peu de valeur: *ibidem*, p. 246.

115. Le Mark de Prusse équivalait alors à 720 pf. W. Paravicini, «Edelleute, Hansen, Brügger Bürger: die Finanzierung der westeuropäischen Preussenreisen im 14. Jahrhundert», *Hgbll,* 104 (1986) 5-20, p. 10. L'auteur en conclue que le système de paiement des marchands-banquiers italiens ne s'était pas développé vers le Nord au delà de Bruges (au XIVe siècle). Mais de tels transports ne concerne pas que les Hanséates: le comte de Hollande emporte avec lui à Venise 28 kilos d'or en 1343. Afflerbach, *op. cit...,* p. 161.

116. Or certains produits impulsaient d'importants transferts monétaires, permettant, ou au contraire, réduisant l'approvisionnement en numéraire et en argent. Ainsi, les draps et le sel, à l'ouest occasionnaient une sortie considérable de monnaie et le commerce avec Novgorod, une hémorragie non négligeable de métal-argent. Au total, le commerce était largement déficitaire, monétairement parlant. A cela, il faut ajouter les nombreuses exportations d'argent relevant du paiement des indemnités de guerre ou de piraterie, les achats de territoires, les dots, sans parler du coût des armées: toutes sommes qui échappaient au mouvement strictement commercial et l'handicapaient plus qu'ils ne le facilitaient.

117. Comme l'exprime Marschede, l'associé Veckinchusen en Prusse, Stieda, *Briefwechsel...,* n.° 160.

En déduisant les dettes des créances en cours ou à venir[118],c'est à dire en pratiquant l'Assignation ou Obligation, qui n'étaient autres qu'un transfert de créances[119].

En recourant au métal non monétisé ou démonétisé, et dont la qualité et le poids étaient vérifiés par le métier des «Fernhändler», soit des Grands Marchands. Il pouvait s'agir d'argent en barres[120] ou de marcs d'argent, dits marcs usuels,taillés dans ces barres[121], de bijoux, de vaisselle. dont le métal était évidemment de qualité inégale. De tels procédés sont d'ailleurs bien antérieurs à la «famine monétaire» et entraient dans certains processus traditionnels de paiement, comme le montre la plupart des trésors monétaires retrouvés.

Plusieurs notations dans le livre de Wittenborg laissent à penser qu'il utilisait ces moyens monétaires[122]. Et Jesse considère que les trouvailles de quart et demi barres d'argent ainsi que les tailles de marcs retrouvées à Peine, près d'Hildesheim en 1954-1956 confirment l'emploi de ce marc usuel, intégré dans le système monétaire local[123]. Nordmann considère qu'il était à la fois un substitut monétaire et une monnaie de compte, dont le rapport avec les autres monnaies était fixé[124].

118. Exemple relevé chez Veckinchusen: «Den (un terling de draps de Saint-Omer) sal hey vorkopen to den besten, dat hey kan, unde sal dat ghelt holden in mynnerynghe, dat meyn broder unde ic emme sin van Karbouwen weghen»: soit, il doit le vendre au mieux et le mettre en déduction de ce que mon frère et moi nous leur (Brekevelde et Bode van Stochem à Lübeck) sommes redevables de la part de Karbow : AF6, 102r° en 1412.

119. Dès 1313, le duc de Mecklembourg transfert les créances qu'il avait sur la ville de Rostock: *Meklemburgisches. Urkundenbuch*, Schwerin, 1863, 25, n.° 13876 et 13882. D'autres furent faits sur le montant du Pfundgelt et transmis par l'Ordre teutonique à des marchands de Lübeck et de Sralsund, De telles assignations pouvaient être transmises à des bénéficiaires successifs: SPRANDEL, *op. cit...,* p. 44. Ce procédé pouvait également être utilisé pour éviter les transferts de numéraire.

120. Exemples à Staveren, Brême et Gotland en 1292, SPRANDEL, *op. cit...,* p. 38.

121. «Marca argenti»: JESSE, *Lübecks Anteil...,* p. 14. Cet argent est aussi appelé «Pagament Silber» ou «payosilf». selon SPRANDEL, *op. cit...,* p. 33. Il est aussi appelé «Wachsmark» par F. RENKEN, *Der Handel der Königsberger Grossschäfferei des deutchen Ordens mit Flandern um 1400*, Abhandlungen zur Handels und Seegechichte, NF 5, Weimar, 1937, p. 84, ce que conteste C. NORDMANN, «Die Veckinchusenschen Handelsbücher», *HGbll.* 37 (1941) 39-144, p. 142, à juste titre, car il ne servit pas qu'à payer la cire; Ces différentes appellations témoignent finalement du caractère non institutionnel de se système de paiement qui ne devait sa légalité qu'au caractère incontournable de sa pratique. Selon Nordmann, il équivaudrait à 2 marcs de Lübeck, *ibidem.*

122. K. MOLLWO, *op. cit...,* pp. 78-81: «*pfennig sulveren*».

123. JESSE, *Lübecks...,* p. 14. En 1262, on relève déja le cas de draps flamands achetés contre de l'argent non monétisé, *HU* 1, n.° 573.

124. JESSE, *Münzpolitik...,* p. 90. Il aurait égélement servi d'étalon pour le troc.

Certains associés d'H. Veckinchusen, dans les années 1400-1401 paient d'ailleurs leur part associative dans les «Wedderleghinghe» ou encore leurs achats de fourrures, avec ce mark d'argent[125].

Le paiement en métal précieux fut particulièrement répandu durant le XIVe siècle avec les Russes qui ne reconnaissaient guère les monnaies occidentales. Toutefois en 1401, la Hanse interdit ce système coûteux en métal et peu contrôlable, dans le traitement des affaires avec les Russes. Breslau et Cracovie s'y associent la même année[126]. Mais il se maintient, entre Hanséates[127] et l'on voit en 1403, le comptoir de Novgorod payer ainsi sa quote-part à la construction de l'église de Dorpat, ce qui était une façon de rapatrier le métal vers les villes livoniennes qui en manquaient[128].

De toutes manières, la pénurie de métal précieux limitait de fait de telles pratiques. Il fallait trouver d'autres solutions.

Le crédit ou «Borg», sous toutes ses formes, y compris la lettre de change[129], le virement à ordre, offrait une autre parade au manque de numéraire. Soulignons le fortement, il fut largement pratiqué par les marchands de la Hanse.Il n'est qu'à lire les papiers d'un Mornewech ainsi que les comptes et la correspondance d'un Veckinchusen pour s'en convaincre. A plus haut niveau, les prêts consentis aux villes, souvent remboursés en rentes perpétuelles, les prêts aux princes[130], qu'ils fussent laïcs ou écclésiastiques, étaient très répandus: preuve que la Hanse et

125. AF1, 3r° en 1400; AF1, 10r° en 1401.

126. *HR* 1, V, n.° 7 et n.° 61 §6 en 1402.

127. La méthode est encore en cours au XVIe siècle à Narva entre les Russes et les Hanséates, mais aussi entre Hanséates eux-mêmes: M.L. PELUS, *Le commerce des draps à Lübeck dans la deuxième moitié du XVe siècle*, Paris 1968. Mémoire de maîtrise inédit, p. 76.

128. *HR* 1, 5, n.° 113. Selon GOETZ, *op. cit...*, p. 356 et C. NORDMANN, *op. cit...*, p. 143, ces «Stücke» seraient plus une monnaie de compte que réelle. En 1468, on relève à Novgorod la vente de draps «up Stücke», GOETZ, *ibidem.*

129. H. Veckinchusen fit un important usage du change, change de paiement, ou change financier, sous forme d'emprunts. Le délai d'usance est variable, deux mois par exemple avec Venise, mais il eut tendance à s'allonger, tout comme le délai de remboursement des dettes qui pouvait atteindre 2 à 3 mois. Hildebrand pratiqua de nombreux changes forcés qu'il imposait à ses associés, mais surtout à son frère, Sievert. Le change s'accompagnait d'une commision, le «Bate», souvent inclus dans la somme.

130. Voir le prêt accordé de 3000 Couronnes de France, soit 3234 Marcs de Lübeck, à Sigismond par H. Veckinchusen et 5 autres marchands en 1416. W. STIEDA, «Ein Geldgesellschaft Kaisers Sigismunds mit hansischen Kaufleuten», *HGbll* 16 (1887) 63-82. Autres exemples: UB.L 5, n.° 82 et 83: prêt de 6000 marcs par Lübeck au roi de Suède et au duc de Meklembourg; UB.L 5, n.° 409, Tideman Steen de Lübeck avance 2000 marcs au roi de Danemark; UB.L 5 n.° 417, Tymme von Kyle prête 382 marcs au comte de Holstein en 1412; LECUB 4, n.° 1709, prêt du Grand Maître à l'évêque d'Oesel.

surtout Lübeck (et Cologne) furent aussi de véritables puissances financières, dégageant de véritables capitalistes[131].

Il convient de souligner le rôle des autorités publiques dans la diffusion des techniques de crédit, que ce soit l'ordre teutonique en Prusse et en Livonie, ou que ce soit les villes qui garantissaient les banques, encourageaient les crédits particuliers par l'ouverture de leur «Schulbuch», ou Grand livre de la dette publique. Dettes et créances y étaient consignées, évitant ainsi toute contestation, rassurant le créancier en lui permettant de se retourner juridiquement contre tout débiteur indélicat[132]. Dès 1270, Hambourg a le sien, Lübeck ouvre en 1277 le Niederstadtbuch[133], en 1286, c'est le tour de Riga, puis de Stralsund en 1288, de Lünebourg en 1290 et encore Anklam en 1401. L'efficacité de ces livres n'est pas négligeable et en 1420, H Veckinchusen n'eut qu'à se repentir de ne pas avoir inscrit dans celui de Riga la dette que lui devaient ses associés livoniens Evert Snoye et Kurt Visch : toute poursuite à leur égard s'avéra irrecevable, puisque rien n'était inscrit dans le Livre[134].

Les pratiques[135], parfois conjuguées,du «Pfand»[136] et du «Widerkauf»[137] complétaient le panel des protections, le premier concernant le dépôt de

131. On connait désormais l'exemple de Tideman Limberg, hanséate de Dortmund, et créancier d'Edouard III et du Prince Noir qui obtint la concession des mines d'étain en Cornouailles en échange du prêt de 4400 Florins qu'il leur avait accordé.; Il était également titulaire de nombreuses rentes à Cologne, DOLLINGER, *op. cit...,* pp. 212-213. Mais l'initiateur en la matière fut certainement Mornewech, dont les lettres de change, entre Lübeck et Bruges, sont les premières connues (à ce jour) du monde hanséatique, en 1290. *UB. L.* 1, n.° 560.

132. Certes, les livres comptables des marchands de la Hanse ressemblent finalement beaucoup à ces «Schuldbücher» en ce sens qu'il contiennent essentielement les créances et les dettes des sociétés, plus que l'ensemble de leur comptabilité. A la différence cependant, que le Livre du marchand n'offre pas la même garantie juridique que le Grand livre urbain;

133. Voir par exemple la dette de Veckinchusen de 207 marcs de Lübeck, pour l'achat de fourrures à deux marchands de la ville en 1418: AF8, 9r°.et aussi: AF8 11v° en 1419, pour un achat de cire se montant à 428 M 8 sc de Lübeck «dyt es screven in des stades bock hir bynen Lub».

134. STIEDA, *Briefwechsel...,* lettre n.° 247.

135. Dont le serment fait toujours partie: «uf Koufmans gelouben», B. KUSKE, *Die Entstehung der Kreditwirtschaft und des Kapitalverkehrs,* Cologne, 2 vol., 1926-II, 85.

136. Exemple: *UB.L* 5, n.° 68 et *LECUB* 4, n.° 1376 et 1431. La pratique du «Pfand» évolua parfois vers un échange de services, la garantie devenant alors un service militaire, une dot, voire une alliance: SPRANDEL, *op. cit...,* p. 127. On s'achetait donc des fidèlités: tout cela pouvait avoir des incidences militaires et politiques non négligeables. Les garants ou «Bürgen», qui doivent être acceptés par le créancier, sont différents des témoins de l'engagement. La garantie commune se rencontre fréquemment sous l'expression «Conjucta Manu»: nombreux exemples dans les livres de Veckinchusen.

137. Exemple: *UB.L* 5, n.° 230, en 1409. Le paiement de la dette donnait lieu à l'établissement d'une quittance. Pour l'une d'entre elles, «vor quytansye», Hildebrand Veckinchusen

marchandises en garantie, le second autorisant la vente de ces marchandises au cas où le débiteur ne s'acquitterait pas de son dû[138], mais avec la possibilité pour ce dernier de racheter son bien ultérieurement.

Les dettes donnaient lieu à la rédaction de reconnaissances de dettes appelées «Schuldbrief»[139] ou «besloten Brief» ou «oppenen Brief»[140] ou encore, quoique plus rarement «obligacien»[141]. En ce qui concerne la question qui nous préoccupe, l'intérêt était d'en faire une monnaie scripturaire, permettant à son détenteur de l'utiliser comme moyen de paiement, comme nous l'avons vu pour l'Assignation. Une telle pratique, a été repérée récemment par Stuart Jenks,en Angleterre dans le livre de Johann Thorpe [142]. Il semble que l'on y ait également recouru en Prusse, dans les années 1455-1457 où certains marchands déclarent payer leur dette à leur créancier ou à toute personne qui détiendrait leur reconnaissance de dette [143]. Il s'agit encore dans ces cas de marchands liés au commerce avec l'Angleterre.

paie 3g en 1404, sur le règlement d'un change de 16 livres de gros de Flandre: AF1, 28 v°. Est-ce à dire que la délivrance des quittances était (toujours?) payante? Cette somme, certes très faible, dissimulait-elle un intérêt ou une commission quelconques?

138. Il s'agit en fait d'une forme d'hypothèque. Rappelons que l'histoire du Pierre de la Rochelle, caravelle confisquée par ses créanciers de Danzig à leurs débiteurs nantais Aymar Beuf et ses héritiers, relève en bien des points d'un «Widerkauf». Voir mon article: «Le commerce des Hanséates de la Baltique à Bourgneuf», in *L'Europe et l'Océn au Moyen-Age*, Paris, 1988, pp. 131-167, et p. 133.

139. Courante dès le XIVe siècle, comme le prouve le livre de Geldersen. Voir exemples: *LECUB* 4, n.° 1452 et *UB.L.* 5, n.° 92, 250, 377, 379. Mais les marchands écrivent plus simplement une «Breyf»: «I Breyf van myr Hant» pour Sievert: AF 7, 10r°; «I Breyf myt unser beyder singhenet»: «une lettre avec nos deux sceaux», pour deux marchands «conjucta manu», AF7, 12r°. «To mere sekerheyt habbe ic dessen breyf met miner hand screven und myn pytzet neden an dey scrift drücket»: «pour plus de sécurité, j'ai écrit cette lettre de ma main et j'y ai apposé mon sceau de cire» STIEDA, *Briefwechsel...,* Lettre n.° 71; toutes précautions qui laissent à penser que circuleraient de fausses lettres de dettes, ce qui est d'autant plus vraissemblable qu'elles sont payables à vue, au détenteur. (en fait Veckinchusen précise généralement le nom de la personne devant recevoir paiement) Exemples de paiement à vue: SPRANDEL, *op. cit...,* p. 44: on note que les exemples cités (deuxième moitié du XVe siècle) concernent encore les Prussiens en relation avec l'Angleterre: faut-il souligner le rôle de ces relations avec l'Angleterre dans la maîtrise des techniques financières par les Prussiens, alors que les Lübeckois les auraient sans doute apprises à Bruges?

140. AF1, 44r° et 54r°.

141. *UB. L* 5, n.° 416 et *HR* 1, VI, n.° 62.

142. Wilhelm Ketweigh paie les draps qu'il achète à Richard Payne, drapier de Londres, avec des reconnaissances de dettes que lui ont remis des pelletiers auxquels il avait vendu ses fourrures; S. JENKS, «Schreibebuch des Johan Thorpe und der hansische Handel in London 1457-1459», *HGbll* 101 (1983) 67-113, 84-85.

143. SPRANDEL, *op. cit...*, p. 44.

Dans l'ensemble,le principal intérêt monétaire de la Schuldbrief était de différer la date du règlement dans des délais très variables pouvant atteindre deux mois, exceptionnellement trois, chez Veckinchusen[144].

Les emprunts, destinés à l'investissement ou au règlement des dettes n'apportèrent pas non plus le soulagement espéré.

Tout d'abord, les Hanséates ne disposèrent guère de véritables institutions banquaires, malgré les tentatives sans suite de Boeris d'abord dans la première moitié du XIVe siècle et celle, pourtant garantie par la ville, du lübeckois Godeman van Buren, mort insolvable en 1472[145].

Boeris lui même, quoique marié à une Lübeckoise, était originaire de Pérouse et faisait partie de ces Italiens, surtout Lucquois[146] et florentins, nous l'avons vu, s'activant à Lübeck. Les relations entre les deux communautés étaient partout étroites, et nombre d'entre eux, déja marchands, se firent prêteurs et changeurs (ils tiennent le «Wechselbuch», soit le livre du Change, de Lübeck au XVe siècle[147]) auprès des Hanséates, imbriquant les mondes monétaires, attirant les monnaies italiennes (surtout les monnaies d'or) et accroissant de la sorte, la circulation monétaire dans le Nord hanséatique.

A plusieurs reprises, Hildebrand fit appel aux Lombards, tels Peter de Vysputse[148], peut- être le même que Peter dey Spusse soit Vespucci, et à un autre dit Romunde[149] en 1404, à Nadal Balresse[150], à Philippe et Johan

144. Et même 5 ans pour un prêt de 100 Nobles anglais qu'Hildebrand accorde à son neveu Serge Oldendorp, au remboursement mensuel de 20 Nobles par an: AF1, 6r°.

145. La banque fondée en 1410 par Boeris et son associé Ludovic Baglioni, tous deux de Pérouse, ne survécut pas au décès du premier en 1449. Les intérêts des créanciers furent repris en main par Benedict Stéfani, de la banque des Médicis. Lübeck avait donné sa garantie à la banque de Buren, moyennant une caution de 6000 marcs avancés par 6 bourgeois de Lübeck, dont H. Castorp. Le rôle des Médicis à Lübeck datait du début du XVe siècle: H. SIEVEKING, *Die Handelsbücher der Medici,* Sitzungberichte der Wiener Akademie, phil-histor. Klasse, 151, V, Vienne, 1906. On peut y associer l'emprunt de 2350 Florins contracté par les députés lübeckois au Concile de Constance, auprès des mêmes Médicis. *HR* 1, VI, n.° 207 et *UB.L* 5, n.° 575. Voir ci-dessus note 53.

146. Ils ont également joué le rôle de banquiers intermédiaires entre Lübeck et Sigismond en 1416: *UB.L* 5, n.° 623: Lübeck avait avancé à Sigismond 13000 Florins et Johann Vind de Lucques (et Eberhardt Windeck de Mayence) donnent quittance, au nom de Sigismond,de la réception de 9000 Florins.

147. Concernant le change à Lübeck, voir: K.W. PAULI, «Uber die frühere Bedeutung Lübecks als Wechselplatz des Nordens», in *Lübeckische Zustände im Mittelalter*, Lübeck 1872.

148. AF2, 6r°.

149. AF2, 80v°.

150. AF2, 91v°. Citons également Barnaba Glyo: AF2, 68r°, et sans doute, les Italiens: Poyto, AF1, 43r° et Danyn Pagayn, AF1, 55v° et 57r°.

les lombards en 1420[151], à d'autres anonymes encore.et qui en le sauvant sur l'instant le perdaient plus surement dans l'avenir[152].

Rendus coupables de favoriser le crédit perpétuel et de causer les faillites, les Lombards furent interdits de commerce et de change en Prusse à partir de 1403 et de nouveau en 1405, ce qui revenait à les bannir du territoire[153].

Une fois encore l'interdit venait de l'est.

Il en fut encore de même pour tout crédit pratiqué avec des étrangers.

Dès 1295 en effet, la Skra, qui règlementait le comptoir de Novgorod préconisait l'interdiction du crédit (et de toute forme d'association) avec les Russes[154]. Le but alors plutôt politique, était d'éviter tout conflit né d'éventuelles contestations au sein d'un comptoir instable.

Mais les adversaires du crédit avançaient des raisons financières et commerciales plus profondes.

Le crédit était accusé de bien des maux[155]: on lui reprochait d'augmenter le prix des marchandises[156], de porter atteinte à la renommée de la Hanse, lorsque ses marchands «oubliaient» de s'acquitter du solde de leur dû[157]. Les autorités locales usaient alors de ce prétexte pour ne pas reconduire les privilèges des comptoirs, comme ce fut le cas en Angleterre en 1462[158] (et cela bien que le principe de la responsabilité individuelle des

151. AF9, 18r°.

152. STIEDA, *Briefwechsel...,* lettre 344 en 1423: Hildebrand inventorie ce qu'il leur doit.

153. *HR* 1, V, n.° 241 § 6. et *LECUB* 4, n.° 1611 et 1628: «das sy off ire dyner keyne wandelunge in Kofenschaft adir in wessele hir ymme lande haben»: «ni eux ni leurs serviteurs ne peuvent venir dans la province, ni pour le commerce, ni pour le change». L'interdiction vise particulièrement un dénommé Rafael Walen de Milan, pourtant sujet du roi de France, dit le texte, et dont il est porteur de lettres de créances.

154. *UB.L* 1, p. 703.

155. HR 2, V, n.° 263 §49. Voir M. NORTH, *Kredit im Spätmittelalterlichen und Frühneuzeitlichen Europa*, QDHG 37 (1991), Cologne-Weimar.

156. Pour dissimuler l'intérêt, surtout lorsque la durée du crédit était longue: E. von LEHE, *Das hamburgische Schuldbuch von 1288*, Hambourg, 1956, p. 49. L'intérêt pouvait aussi être constitué par une «avance» sur le prix des marchandises avant leur livraison, ou encore «un cadeau», allant jusqu'à une rente à vie, qui ressemblait fort à de l'usure: des Lübeckois furent condamnés pour ce fait par un tribunal religieux en 1362: *UB.L* 3, n.° 426. Soulignons que l'intérêt parait avoir eu une existence légale dan les villes de la Hanse, comme il ressort des «Schuldbücher» des villes, où il est mentionné: SPRANDEL, *op. cit...,* p. 57. Les Grands Economes teutoniques y recourent également: SATTLER, *op. cit...,* p. XXXVIII.

157. *HR* 1, V, n.° 83. Voir aussi STIEDA, *Briefwechsel...,* Lettre 80: Sievert fait allusion à un «bosen man», qui refuse de lui payer sa dette à Lünebourg.

158. *HR* 2, V, n.° 263, § 49.

dettes fasse partie des privilèges des Hanséates): c'était donc bien toute l'activité commerciale des Hanséates qui était menacée.

Mais il s'agissait aussi d'empêcher la participation des étrangers aux affaires des Hanséates[159], ce qui aurait obligé la Hanse à partager ses privilèges avec eux. De cela, la Hanse ne voulait pas entendre parler, veillant jalousement à se réserver le bénéfice des dits privilèges.

Pas plus que l'on ne pouvait s'associer avec un étranger, on ne pouvait donc pratiquer le crédit avec lui. C'était une façon de maintenir les étrangers en dehors des affaires hanséates et par là, de limiter la concurrence[160].

L'interdiction s'étendit donc dès 1399 aux villes livoniennes dont les marchands à leur tour ne pouvaient plus pratiquer le crédit avec les Russes[161].

Sous la pression des mêmes villes, la Hanse se résolut en 1401 à interdire le crédit en Flandre pour une durée de trois ans dans toutes les opérations avec les étrangers[162], proposant même, mais en vain, d'étendre l'interdiction aux autres provinces des Pays-Bas[163].

Les protestations émises par ces dernières (Brabant, Hainaut, Hollande, Artois) ainsi que celles du comptoir de Bruges[164] et d'autres Hanséates[165] limitèrent en fait leur application aux marchandises relevant du

159. Il était en effet possible d'avancer une somme d'argent à une société marchande, en récupérant une partie de ses bénéfices à titre de remboursement: SPRANDEL, *op. cit...*, p. 56. Ce qui était un moyen de contourner l'interdiction d'association avec des étrangers, dont ainsi on disposait de prêts de capitaux. Les risques encourus par le prêteur s'accompagnaient d'un intérêt élevé. En cas de piraterie, les prêteurs avaient droit à une part des dédommagements.

160. POELMAN, n.° 2169. En 1457, il est interdit à tout marchand de Nüremberg, Angleterre, Hollande, Flandre, ainsi qu'à tout Juif ou Lombard d'habiter Danzig pour y exercer le commerce, sans une autorisation officielle. Voir aussi E. DE ROOVER, «La balance commerciale entre les Pays-bas et l'Italie au 15e siècle», *RBPH,* XXXVII (1959) 374-386, p. 384.

161. Et en 1318, *LECUB* 6, n.° 2776, ni à Dorpat,ni ailleurs..L'interdiction du crédit avec les Russes fut rappelé à plusieurs reprises: en 1402: *HR* 1, V, n.° 61, 84, 112 et *LECUB* 4, n.° 1613, en 1405: *LECUB* 4, n.° 1656 §2; en 1406, de nombreuses plaintes s'élèvent concernant son non-respect: *LECUB* 4, n.° 1670 et 1704, elle est donc répétée en 1407: «geyn man myt den Russen compslaghen sal anders dan reyt umme reyt»: nul ne doit commercer avec les Russes autrement que comptant contre comptant: *HR* 1, V, n.° 370. En 1417, l'interdiction vise surtout les Livoniens: *HR* 1, VI, n.° 475.

162. *HR* 1, V, n.° 9 et 23; VI, n.° 7 et HU 5, n.° 496.

163. *HR* 1, V, n.° 61 § 12 et n.° 74 §5.

164. *HR* 1, V, n.° 74 § 5, Le comptoir demande de «laisser les choses en l'état».

165. Les marchands de Dortmund, pratiquant le commerce de la laine, déclaraient que celui-ci ne pouvait se faire sans crédit. En Prusse, également, les marchands se prononcent pour le maintien du crédit en Flandre en 1407: *HR* 1, V, n.° 406. et *LECUB* 4, n.° 1729.

commerce avec la Livonie, qui imposa en 1411 l'attestation d'achat comptant dite «Freibrief», pour toutes les marchandises importées de Flandre notamment les draps, le sel, le vin, les fruits, faute de quoi elles seraient confisquées[166].

Certes, ce n'est pas encore l'abolition générale du crédit en Flandre, qui ne sera imposée qu'en 1417[167], et l'ordonnance de 1402 s'était contentée d'aménager le crédit, fixant notamment le délai de remboursement à deux mois, mais ces mesures entravèrent considérablement le commerce des Hanséates, qui perdaient avec la liberté de crédit, une indispensable suppléance monétaire.

Et si la législation fut amplement contournée, les textes le prouvent, elle ne fut pas révoquée[168]. Au contraire, les tentatives pour la rendre plus contraignante se multiplièrent du coté de Novgorod qui demanda en 1412, l'extension des mesures d'interdiction du «Borgkauf» (commerce à crédit) à tous les produits non flamands venus de Prusse ou des villes vendes[169]. La même année, l'importation de tels biens achetés à crédit était interdite à Lübeck même[170] tandis qu'en 1462, il était question (vainement) de supprimer le crédit en Angleterre pour tout achat de draps[171].

Or la mesure de 1417 se conjuguait de plein fouet avec la pénurie monétaire et la dévaluation du Mark en Prusse dont nous avons parlé plus haut. On peut donc comprendre que les problèmes monétaires furent sans aucun doute à l'origine du repli des affaires des Hanséates, au moins de ceux travaillant avec l'est et ils étaient les plus nombreux.

Ces lois hostiles au crédit sont également un révélateur, devons nous dire un de plus, des discordances existant entre les décisions prises par l'organisme hanséatique regardant vers l'Est baltique et ses marchands agissant dans les pays occidentaux.

166. *LECUB* 4, n.° 1739 et *LECUB* 5, n.° 2068. La confiscation était prévue pour un an et un jour, dans l'attente du certificat. En attendant, le marchand devait prêter serment devant le comptoir de Bruges ou devant celui de la ville destinataire, que les marchandises avaient bien été achetées au comptant. Si la preuve n'était pas donnée dans le délai fixé, les marchandises étaient saisies et réparties aux 2/3 pour la ville où la marchandise était retenue et 1/3 pour le comptoir. Renouvellement de la mesure en 1422,: *HR* 1, VI, n.° 609 § 18-19, et encore en 1434, 1447: Dollinger, *op. cit...,* p. 256.

167. *HR* 1, VI, n.° 398 §10.

168. Contournements de l'interdiction: *LECUB* 4, n.° 1670, 1704.

169. *HR* 1, VI, n.° 59.

170. *HR* 1, VI, n.° 166. ET aussi *HR* 1, VI, n.° 609 § 18-20.

171. *HR* 2, V, n.° 263 § 49.

Ceux-ci avaient en outre bien compris que ces mesures ne visant pas le commerce par Cologne, allaient favoriser le développement des relations commerciales entre la ville rhénane et la Livonie, aux dépens du comptoir de Bruges. Il en allait de même avec l'Angleterre et ces aménagements du crédit ont très certainement favorisé l'importation des draps anglais aux dépens des tissus flamands. Flamands et Hanséates avaient donc de bonnes raisons de s'inquiéter de ces mesures hostiles au crédit.

Le blocage des techniques de crédit devait aussi entraîner l'intensification des *transports de numéraire* sur de longues distances et malgré les risques encourus qui soulignent l'urgence et la nécessité d'un tel recours. Les grands «professionnels» dans ce domaine furent sans doute les collecteurs pontificaux, en Scandinavie notamment

En 1415, le comptoir de Novgorod envoie ainsi à Reval, dans un tonneau de fourrures, un sac contenant 150 Marks de Riga, 7 nobles anglais et 17 «Stücke Silber»[172]. En 1421, le Maître de Livonie explique qu'une somme d'argent est bloquée à Bruges dans un tonneau de fourrures qui a été confisqué[173]; mais d'autres exemples montrent 400 florins rhénans dans un tonneau de beurre entre Lübeck et Nüremberg et d'autres marcs de Riga dans un tonneau de poivre.

W. Paravicini a démontré quant à lui que les Français se rendant en Prusse emportaient des pièces dans des sacs posés sur le dos de leurs chevaux ou sur des charrettes et l'on a vu l'exemple du comte de Hollande transportant 28 kilos d'or. On relève des cas identiques dans les comptes de Veckinchusen qui tous soulignent le rôle des tonneaux de fourrures dans le transport du numéraire[174].

Le blocages du crédit favorisa surtout *le troc* et les paiements en nature.

Longtemps considéré comme le signe d'une économie naturelle, le paiement en nature est en fait un complément non négligeable de l'économie monétaire

Il permet la poursuite des échanges quand le numéraire vient à manquer ou lorsque le marchand est en difficulté financière.

172. *LECUB* 5, n.° 1998, 2000, 2001.

173. *LECUB* 5, n.° 2532.

174. AF1, 2r°vers Riga; AF1 46r°., AF2, 13r°, AF3, 28r°, 29r° et AF4, 44r°. Autres exemples: *HR* 1, V, n.° 320 et n.° 445, 446. Tous ces transports sont à destination de la Livonie. SPRANDEL, *op. cit...,* p. 42 nous offre d'autres exemples relevés entre 1346 et 1495. Dès 1378, Geldersen faisait de même, expédiant en moyenne 300 marcs lübeckois par an vers Bruges. Au XVe siècle, les Médicis expédient l'or caché dans des ballots de draps entre Bruges et Genève, DE ROOVER, *op. cit...,* p. 384.

Posthumus souligne également qu'il permet, au moins à Amsterdam à la fin du XVe siècle, de faire face aux trop grandes disproportions dans les équivalences monétaires[175].

Il n'est donc pas une simple étape vers l'économie monétaire, comme le considérait Goetz.

Toutefois, selon Lesnikov, le troc, au sens strict du terme, n'existerait pas vraiment à l'intérieur du monde hanséatique, dans la mesure où toute marchandise reçue par échange était finalement destinée à être vendue et se transformait, tôt ou tard, en monnaie[176]. La marchandise donnée serait alors une sorte de garantie, «un Pfand», et l'opération ainsi réalisée se rapprocherait d'un «Widerkauf».

Les termes généralement utilisés dans les documents hanséatiques pour désigner ce troc est «Butinghe» ou «vorbuten».

Ce «Butinghe» est particulièrement significatif avec la Prusse, et la Scanie, ce qui, compte tenu de tout ce que nous avons exposé précédemment, ne saurait nous étonner. Mais on rencontre aussi des cas, plus rares avec Venise et l' Angleterre.

Quelques exemples non exhaustifs bien sur: Veckinchusen échange en 1408, des figues, du gingembre, des kersseye et des draps d'Enghein contre de la cire en Prusse[177], mais aussi du vin pour de la fourrure.

A Danzig, en 1417, son associé, Gerwin Marschede finit par échanger contre du plomb, des draps de Maastricht qu'il détenait depuis un an[178].

A Venise, c'est Loseking qui se propose d'échanger des chapelets d'ambre «contre tout autre produit»[179]. En Scanie, on troque les harengs contre des draps d'Angleterre et d'Enghein et en Angleterre des draps d'Arras et d'Ypres pour du cuivre[180].

175. N.W. Posthumus, *Het oudest Bewaarde Amsterdamsche Koopmansboek, Symon Reyersz et Reyer Dircsz 1485-1490*, Medelingen der koniglik Akademie van Wet, Afd et Letterkunde, 10, n.° 1, La Haye, 1947, pp. 22-23.

176. M.P. Lesnikov, «Der hansische Pelzhandel zu Beginn des XV. Jahrhunderts», *Hansische Studien* 1 (1961) 219-272, p. 267.

177. AF6, 126v°.

178. Stieda, *Briefwechsel...,* lettre n.° 190. De tels procédés permettait aussi de se débarasser des stocks invendus.

179. Stieda, *Hansische-venetianische Handelsbeziehungen im XV. Jahrhundert,* Rostock, 1894, p. 91. Toujours à Venise, Karbow écrit en 1411 «ich mute dar ware annemen», je vais devoir échanger contre des marchandises, car il ne peut vendre pour de l'argent «umme gelt». Stieda, *Briefwechsel,* lettre 5.

180. AF1, 13r°.

Selon la côte des marchandises sur les différents marchés, toutes peuvent être prises en échange. Ainsi, on échange de la soie contre du seigle en 1477[181], de la laine contre des draps,[182] tandis qu'à Bergen, les Allemands prennent la morue en retour des produits qu'ils apportent[183]. Cependant, ce sont généralement les draps, la cire et les fourrures qui sont le plus volontiers acceptés: ces produits bénéficiaient en effet d'un très large marché, étaient assurés d'une revente ou au pire d'un autre échange. En 1401, Veckinchusen donne des draps de Tournai pour rembourser une dette, tout comme il rembourse un capitaine avec des rouleaux de chanvre[184].

Faut il pour autant en conclure que ces marchandises de référence, et en particulier le drap, soient devenues de véritables monnaies, semblables à la monnaie de poivre rencontrée dans les contrats gênois de la fin du XIVe siècle [185], au «heringsgeld» danois (1326)[186] ou au «fellegeld», les peaux de martes, qui servaient de moyen d'échange avec les Russes[187]? Les draps d'Ypres «offerts» aux Boyards et princes russes avaient ils une signification monétaire?

La question se pose également dans le cas où le troc sert de complément monétaire: Ne voit on pas en 1422 Lübeck demander que les arriérés de «Pfundgelt» lui soient payés en cire[188]? et la ville de Brunswick payer une partie des salaires des employés de la ville en draps gris? Faut-il aussi parler des amendes qui, à Emden, pouvaient être réglées en vaches[189], «plutôt grasses que maigres», dans les années 1467-1475?

Le phénomène est courant dans toute l'Europe centrale: en Hongrie, par exemple, les draps complètent les salaires versés à des charpentiers par l'évêque de Siebenbürger en 1291, tout comme une partie des baux payés à leur ville par des bourgeois d'Ofen le sont en draps de Gand et de Tournai. C'est encore avec du drap de Gand que des biens fonciers sont achetés à Zips en 1344.

181. *HR* 3, I, n.° 6.

182. A. Derville, «Les draperies flamandes et artésiennes vers 1250-1350», *Revue du Nord* 54 (1972) 353-370, p. 358.

183. Posthumus, *op. cit...*, p. 23.

184. AF1 5v°.

185. Day, *op. cit...*, p. 42.

186. *Diplomatarium danicum,* Copenhague, 1938 sq, II, 9, n.° 288.

187. Goetz, *op. cit...*, pp. 355-356.

188. *LECUB* 5, n.° 2615.

189. On parle de «Kuhgeld et «Haütegeld» en Norvège où ils sont dans un rapport constant: 1 vache= 4 peaux: Sprandel, *op. cit...*, p. 127.

Plus près en Silésie, où commercent les Hanséates, les «hosentuch» et le poivre servent à régler les droits de douane. Partout là encore dans la province, le drap de Gand fait figure de moyen de paiement fréquent[190].

Le drap joue donc manifestement un rôle de substitut monétaire[191]. Il n'est pas impossible que bénéficiaires et créanciers aient espéré tiré davantage de profit du drap ainsi récupéré que d'une monnaie locale de plus ou moins faible valeur. Allons plus loin en supposant que des marchands aient parfois préféré un paiement en nature au paiement en numéraire. La marchandise compensait donc non seulement le manque de numéraire mais aussi sa trop faible valeur, offrait au marchand une valeur refuge contre les risques d'instabilité monétaire.

Quoi qu'il en soit,la difficulté était de s'assurer de la qualité des produits ainsi récupérés. Le risque était grand de se retrouver avec un produit abîmé ou de valeur inférieure à celle escomptée

On imagine que les abus furent nombreux.

Aussi les Hanséates s'efforcent d'évaluer très précisement les marchandises échangées. Ainsi, en 1410, Veckinchusen échange 2OOO peaux de fourrures contre un «Stucke Wandes» c'est à dire un paquet de draps et sur cet échange, il conserve une créance de 20s[192].En 1411, 4 «Stücke» de soie valant 70 marcs de Prusse sont échangés contre des fourrures estimées à 10 livres 13s 4g. On relève encore 37 «Stücke» Stocbred troqués contre 36 timbres d'hermines[193].

Mais en Norvège, Haakon V, dans les années 1440 dut limiter le troc avec les étrangers, c'est à dire surtout les Hanséates[194]. Le comptoir de Novgorod, dans lequel le troc draps-fourrures était une véritable institution, se borna à interdire en 1415, le troc des marchandises achetées à crédit en Flandre : preuve que l'interdiction du crédit n'était guère respectée et qu'il fallait peu attendre de la nouvelle mesure.

190. M. Scholz-Babisch et H. Wendt (éd), Quellen zur schlesischen Handelsgeschichte bis 1526, 1. Vol. 1 (*Codex Diplomaticus Silesiae*, 2 série, 1), Breslau 1940, successivement les n.° 15, 14, 15, 121 et 373.

191. «Butinghe» est d'ailleurs parfois employé dans le strict sens de «payer»: «1/2 rot laken ...dat stont an butinghe 12s 3g» AF1, 18v° en 1401.

192. En 1398, Il avait également échangé à Novgorod 2 draps d'Ypres contre 1000 peaux d'écureuil: AF1, 13r°.

193. AF4, 37v° et AF2, 5r° L'équivalence tenait compte des conditions de marché dans lesquelles se trouvaient personnellement les contractants et l'estimation qualitative des produits troqués.

194. O.A. Johnsen, «Commerce et navigation en Norvège au Moyen-Age», *Revue Historique,* Juil- Déc. (1936) 385-410, p. 407.

Mesure que pourtant Lübeck et les autres villes vendes adoptèrent à leur tour.

Conclusion

— Il n'est pas possible de traiter de la monnaie sans faire une part aux techniques financières.

— Il est nécesssaire de distinguer le monde inter-hanséatique de celui des échanges avec les étrangers où la règlementation fut pour les Hanséates, de plus en plus contraignante

— Le poids des villes livoniennes et du comptoir de Novgorod semble avoir peser lourd dans la politique financière de la Hanse, aux dépens de la volonté des Hanséates installés à Bruges.

— Le bilan des techniques financières peut nous paraitre globalement négatif dans la mesure où il met en évidence la limitation, voire le refus du recours à des moyens de substitution monétaire.

— Mais il n'est pas non plus exclu, que la législation rigoureuse de la Hanse ait pu éviter des catastrophes financières.

— En revanche, le bilan de la politique strictement monétaire, qui par des ententes ou autres associations monétaires ont conservé une certaine stabilité monétaire au sein des villes de la Hanse, est plutôt positif, malgré l'échec du bimétallisme.

— La prohibition progressive des techniques de substitution et de la monnaie d'or ont renvoyé les Hanséates en relation avec les étrangers à la seule utilisation du numéraire dans leurs affaires. En ce sens, plus que pour tout autre marchand occidental du Moyen-Age, la monnaie réelle a eu pour les Hanséates, un rôle primordial.

TABLEAUX D'EQUIVALENCES MONETAIRES

AVERTISSEMENT

Les équivalences qui suivent ont été essentiellement prises dans le cadre hanséatique. Elles ne sont donc pas exhaustives.

Elles ont été particulièrement relevées dans les correspondances et les livres de comptes des marchands de la Hanse et de l'Ordre teutonique, parfois complétées par des notations extraites des délibérations hanséatiques.

Toutefois, la monnaie comparative de référence est la livre de gros de Flandre, comme il apparait dans les comptabilités hanséatiques.

LIVRE DE GROS DE FLANDRE

RAPPEL:

1 livre	=	20 sous = 240 g ou deniers
	=	720 esterlins ou eingels
	=	5760 myten
1 sous	=	12 g = 36 esterlins = 288 myten
1 denier	=	3 esterlins: 24 myten
1 esterlin	=	8 myten

1407 «58 lg 40 g in nyes gheldes maken 64 lg 12 sl 6 g 26 myten in olden ghelde»[1]
«8 lg 10 sl nyes gheldes dyt maket in olden ghelde 9 lg 8 sl»[2]

1419 «13 sl 3 den nyes ghelds = 22 sl oldes geld»[3]
«19 sl 3 den nyes ghelds = 22 sl»[4]

1. AF1 131r°. Cette refrappe monétaire exceptionnelle se serait accompagnée d'une dévaluation de 8% de la valeur nominale: Day, *op. cit.,* p. 54.
2. AF2 38r°.
3. Stieda, Bw 219. Nouvelle dévaluation de 30% en 1418: Day, *op. cit.,* p. 54.
4. Stieda, Bw 220, en Septembre.

1420	«8 sl altes geldes	=	7 sl neuen geldes»[5]
1434	50 g ancienne monnaie	=	38 g nouvelle monnaie[6]

NOBLE DE FLANDRE- LIVRE DE GROS DE FLANDRE

1403	1 «vlamesch nobele»	=	6 sl 4 g	AF2 13r°

EQUIVALENCES DU MARC DE PRUSSE

RAPPEL:

1 MP	=	4 fierdung
	=	24 scot
	=	60 schillinge ou solidi
	=	180 vierchen
	=	720 pfennige ou deniers
1 Fierdung	=	6 scot
	=	15 schilling
	=	180 pfennige
1 Scot	=	2 1/2 schilling
	=	30 pfennig
1 Schilling	=	12 pfennige

MARC DE PRUSSE- LIVRE DE GROS DE FLANDRE

1328	1 livre	3 m 14 scot	Sat., p. XL
1393		2 m 8 scot	HR1, IV, n° 140 §7[8]
1398		3 m 14 scot	HR1, IV, n° 140 §7
1400	1 livre	2 m 12 scot	HR1, IV, Stieda, Bw 321
1404	1 livre	3 m 7 à 12 scot	AF2 46v°, Stieda, Bw 321
1405	1 livre	3 m 13 scot	AF1 76r°
		3 m 10 scot	AF1 100v°
1407	1 livre	3 m 1/2	AF1 100v°
		3 m 13 scot	AF4 14v° et AF6 4r°

5. SATTLER, *op. cit.,* p. XL.
6. *Ibidem.*
7. Vaut également 71/2 sl «hebbe ic vornomen dat ik nicht mer hebben en sal vor dat pfund dan 6 m und 71/2 sl lub.»: il s'agit donc d'une équivalence maximale.
8. «*Das pfunt grosse nicht mer sullen gebiin den 2 mark 8 scot*», à Marienbourg, le 20 Mars.

1408	1 livre	3 m 6 scot	AF6 30v°
1409	1 livre	3 m 4 scot	AF6 33r°
		3 m 5 scot	AF6 16v° et AF4
1410	1 livre	3 m 6 scot	17r°
			AF6 58r°à Danzig
		3 m 5 scot	AF6 44r° à Danzig
		4 m 6 scot	AF6 112 v°
1412	1 livre	3 m 18 scot	Sattler, p. XL, Bw 105
		3 m 8 scot	Sattler, p. XL, Bw 105
1414		4 m 12 scot	AF6 133r°, Bw 321
		61/2 m	AF6 151v°
1415		5 m 5 scot	AF6 165 v° et AF4
		6 m	77r°
			AF6 151v°
		5 m 1 fird.	
		5 m 8 scot	Bw, 106"
		6 m[7]	AF6 151v° et 152r°.[9]
		51/2 m	AF6 151 v°
		6 m 14 scot	AF6 152r°
		6 m 15 scot	AF6 181v°[10]
1416		4 m 3 fird	Sattler, p. XL
		10 m	AF4 93 v°, Bw 321
1417		10 m	AF4 93 v°, Bw 321
		8 m 18 scot	AF4 93 v°, Bw 321
		9 m	AF4 93 v°, Bw 321
		8 m 3 fird à Danzig	Bw, 177[11]
		8 m 21 scot	
		9 1/2 m	AF4 90v°
1419		10 m	AF4 90v°
		8 m 21 scot	AF4 90v°
		8 m 18 scot	Sat. p. XL
1420		8 m 19 à 21 sl	AF9 fol. 28[12], Bw 321
		8 m 3 fird	AF9 fol. 28, Bw 321
		8 m 15 scot	AF9 fol. 28, Bw 321
		8 m 20 scot	AF9 fol. 28, Bw 321
		9 m -4 scot et -3 scot	Sat., p. XL

9. Veckinchusen donne également: 16 lg 14 sl 4 g pour 92 marc 13 scot (AF4 76 r); 12 lg pour 66 marc (AF4 85 v°), soit 1 lg = 5,5 marc; et 145 lg pour 788 marc 14 scot (*ib*).

10. Et in AF4 92v°: 12 lg 5 sl = 109 marc 10 scot; 24 lg 15 sl = 207 marc et 7 lg = 56 marc: ce qui met la livre entre 8 et 9 marcs et reflète une dévaluation de près de 50%.

11. In AF6 176r°, comme dans la lettre 177 (STIEDA, Bw), on rencontre encore des équivalences mettant la livre entre 3 et 4 marcs. Mais ces estimations, quoique datées de 1417 soit reprennent textuellement des comptes antérieurs, soit sont données en bons marcs, qui se maintiennent parallèlement au «geringe mark».

12. A Danzig, de Juillet à Novembre.

1421	8 m 6 scot	Stieda, Bw 315
1422	9 m - 1/2 fird	
	9 m - 1 fird	
	9 m -9 scot	
	9 m -4 scot	

MARC DE PRUSSE -MARC DE LÜBECK

1403, le 15 Juin	1marc de Prusse	vaut 30 sl de Lübeck à Lund[13]	
1409	36 ML 10 sl = 18 MP 8 scot,	soit	1 MP = 2 ML
1410			1 MP = 35 sl[14]
1411	18 MP 8 scot = 36 ML 10sl,	soit	1 MP =2 ML[15]
1416	24 MP = 50 ML,	soit	1 MP = 2 ML[16]
			1 MP = 1 ML[17]
1418	37 MP 1 scot = 100 ML	soit	1 MP = 1,37 Ml
	133 MP 8 scot = 100 ML	soit	1 MP = 1,33 ML[18]
1423			1/2 MP = 1 ML[19]

AUTRES ÉQUIVALENCES DU MARC DE PRUSSE[20]

1399	16 Gulden rhénans = 6 MP 16 scot, soit 1 GR = 10 scot[21]
1399	1 Noble anglais = 25 scot
1399	1 Vierdung = 1 Florin de Gueldre
1403	1 Ducat = 6 m 6 1/2 scot 3 pf de Prusse

13. HR 1, V, n° 133.
14. STIEDA, Bw 33 et 35.
15. STIEDA, Bw 59.
16. STIEDA, Bw 117 et 67: cette équivalence date de 1412. Ell est ici renouvelée.
17. Selon SATTLER, *Handelsrechnungen*..., p. XXXIX. L'auteur considère qu'aux beaux temps de l'ordre (avant 1410?) 1MP valait 1ML 11 à 14 sl de Lübeck. La dévaluation de 1416 explique ces deux valeurs: «*Nu nye ghelt slan sal, des sal 1 Mark 2 ghelden des alten, dat nu her tut get*»: STIEDA, Bw 123. Août 1416.
18. STIEDA, Bw 232.
19. SATTLER, *op. cit.,* p. XXXIX.
20. JESSE, *Quellenbuch*..., n° 361. Rappelons également que l'Ordre frappait aussi un florin d'or, le «Gulden an Golde» depuis le Grand Maître H. von Plauen. (1410-1413). Ce florin conserva l'équivalence de 15 scot environ. pour atteindre 23 scot avec le nouveau marc dans les années 1426-1443: SLASKI, *op. cit.,* p. 27.
21. Selon POSTHUMUS, *op cit.,* p. 14, le MP vaut les 2/3 du florin rhénan à la fin du XVe siècle.

1409	1596 m 1 fird = 6100 marcs Finkenaugen, ce qui met le MP à près de 4 marcs Finkenaugen
1418	1 Florin de Lübeck = 1 m 10 scot[22]

EQUIVALENCES LIVRES DE GROS DE FLANDRE-MARCS DE LÜBECK[23]

RAPPEL: 1 marc lübeckois = 16 schillinge (sl) = 48 blancs = 192 den (pf)
1 schilling = 12 deniers (pfennige)
1 blanc = 4 den.

1328	1 livre	6 m 13 sl 11 den[24]	
1368		6 m	
1380		4 m 6 sl[25]	
1400		6 m 5 sl	AF1 8r°
		7 m	
1401	1 livre	6 m 3 sl	AF2 6r°
		6 m	AF2 6r° et AF1 17r°
		6 m 4 sl	AF1 8r°
		6 m 2 1/2 sl	AF1 17r°
		6 m 2 sl	AF1 17v°, AF2 9r°[26]
1402		6 m -6 den	AF2 8r°
		6 m 2 sl	AF1 20r°
1403		6 m 2 sl	AF2 10v°
		6 m 4 sl	AF2 10v°
		6 m 5 sl	AF2 10v°
		6 m à Lübeck	AF1 27r° (3fois) et 36v°
		6 m 1 sl	AF1 37v° (3fois)
		6 m 10s l 3 den[27]	
1404			
2 lg = 12 ML, soit 1 lg =		6 m	AF1 54r°
1 lg =		6 m	AF1 27v°, 29v° et 34r°
		6 m 1 sl	AF1 27v°, 34r°, 35r° à Wismar

22. Et STIEDA, Bw 232.

23. Le Florin d'or en cours à Lübeck depuis 1340 équivalait en 1401 à 1/6 du marc de Lübeck: UB.L V, n° 18, p. 21. D'après une lettre de la correspondance des Veckinchusen en 1423, le dit florin valait alors 17 sous: STIEDA, Bw 354, p. 373, note 2».

24. STIEDA, *Hansisch…*, p. 77.

25. NIRRNHEIM, *Geldersen*, p. LXXII, pour les références de 1368 et 1380. Cette dernière peut s'expliquer par le rappel d'une équivalence antérieure, comme par un change exceptionnellement favorable pour le Lübeckois.

26. Le 21 Janvier payable à Lübeck en deux fois, l'une 8 jours avant Pâques et l'autre à la Saint Jean.

27. *Ibidem*. L'auteur considère la valeur moyenne de la livre à 6M 8 sl.

		6 m 2 sl	AF1 38r°
	le 24 /11	6 m 4 sl	AF1 45v°
1405		6 m	AF1 57r° après Pâques[28]
		6 m 2 sl	AF2 61r° et AF1 48r° en Janvier 54v° en Févri 82v°
		6 m 1sl	AF2 61 r° et 88r°
		6 m 3 sl	AF2 61r° et AF1 46r°, 54v° en Fév.
		6 m 2 sl 9 den	AF1 47r°
		6 m -2 sl	AF1 69v°
		6 m 4 sl à Lübeck	AF1 53r°, 75r° et 82v°
		6 m-6den	AF1 57r° le 11 Mai
1406	1 livre	6 m 4 sl	Stieda, *Hansische...*, p. 77
1407	1 livre	6 m	AF1 114v° en Avril
		6 m 2 den	AF1 105v°
		6 m 4 den	AF1 115v°
		6 m 6 den	AF1 115v°
		6 m 18 den	AF4 9 et 16r°, AF1 119v°
		6 m 1 sl	AF1 115v°
		6 m 2 sl	AF4 9r° et AF1 119v°, 128r°
		6 m 3 sl	AF2 49v° et 67v°, AF4 45v° à Lübeck AF1 132v° et 128r° AF4 9v° à Hambourg
		6 m 3 1/2 sl	AF1 134r°
		6 m 4 sl	AF4 45v° et AF1 128r°
		6 m 4 sl 3 den	AF6 14v°
1408	1 livre	6 m 3 sl	AF1 136v° à Lübeck en Janvier AF4 10r°, 14r° de Mai à Juillet, entre Hambourg et Lübeck AF6 2r° et v°
	le 3 Mars	6 m 34 den	AF4 10v°
	le 27 Septembre	6 m 3 sl 3 den	AF4 14v°
		6 m 3 sl 6 den	AF6 2v° à Hambourg
		6 m 3 sl 1/2	AF1 140r°
	le 3 Août	6 m 4 sl	AF1 139v°, 140r°, AF6 2v°
	les 15 et 28 Août	6 m 4 sl 1/2	*ibidem*
	le 27 Septembre	6 m 4 sl 3 den	AF6 4r°
		6 m 6 sl	AF4 16v°; AF6 4r°
		6 m 6 sl 2 den	AF2 69r°
	le 13 Octobre	6 m 7 sl	AF6 4r° le 13/10,15r°, AF4 16v°

28. Même équivalence: AF1 69v°, 75r°, 76v°, 84v°, 92r°, 97r°. De même, les 71 livres 18 sl 8 g valant 424 m 13 sl de Lübeck in AF4 43r° donne la livre à 6ML. On relève aussi 3 L 12 sl 1d = 21ML: AF1 48v°; 9L 4 sl 6 den = 55m 4sl Lub: AF2 33r° et 63v°: 3L 10sl = 20m 45sl 5den: AF1 78v°.

		6 m 8 sl	AF6 2r°
		6 1/2 m	AF6 15r°
		7 m	AF3 8v° à Lübeck
1409	le 24 Avril	6 m 32 den	AF4 16r°et 24v° (le 4 Avril)
		6 m 3 sl	AF6 24v°, 25r°, 30r°, les 2 Mai et 6 Novembre
		6 m 3 sl 4 den	AF6 24v° le 26 Mai, 25r°, 31r°
		6 m 4 sl	AF4 34v°
	le 28 Juillet	6 m 7 sl	AF6 30v°
	le 22 Juillet	6 1/2 m	AF6 30v°
1410	1 livre	6 m 2 den	Stieda, *Hansisch*..., p. 77
		6 m 4 sl	AF6 46v°
		6 m 5 sl	AF6 47r°, 50r°, 54r°, 55r° 61v°[29]
		6 m 6 sl	AF6 47r°, 58v°, 61v°, 65r°[30]
		6 m 8 sl	AF6 69r°à Hambourg
1411	1 livre	6 m 7 sl	AF 6 84v°, le 14 Juin
	le 4 Janvier	6 m 7 sl 8 den	AF6 77v°
	le 30 Juillet	6 m 8 sl	AF6 80r° et 89r° le 7 Juillet[31]
		7 m	AF4 20r°, Bw 59 en Août
1412	1 livre	6 m 10 sl	AF6 103r°, le 8 Septembre
		6 m 6 den	Bw 80
		6 m 4 sl	Bw 80
		6 m 4 sl 3 den	Bw 80
1413	1 livre	5 m-2 sl	Bw 97
		5 m-6 sl	Bw 97
		6 1/2 m	AF6 121v°,122r°
	le 27 Août	6 m 9 sl	AF4 70r° à Hambourg
1414	1 livre	6 m 5 sl	AF6 133r°
		6 m 9 sl	AF6 127r°, 139r°,
	les 12 Janvier et 5 Février	6 m 9 sl	AF4 70r° à Hambourg
1415	1 livre	6 m 7 1/2 sl	AF6 162v° et Bw 107
		6 m 1 sl	Bw 103, le 9 Mai
1417	1 livre	6 m 1 sl	AF4 77r°
		6 m 4 sl	AF4 77r°
		6 1/2 m	AF6 175v°, Bw 161[32]
1418	1 livre	4 m 10 sl 2 den	Stieda, *Hansisch*..., p. 77
1419	1 livre	7 m-4 sl	Bw 210, 223[33]

29. Et Stieda, Bw 31.
30. Et Stieda, Bw 31, 36.
31. De même: 32 lg 7 sl = 210Ml: AF4 36r°.
32. En Juin: 59 1/2 ML = 9 lg 10 sl.
33. Change acheté à Anvers et tiré sur Lübeck à la Pentecôte. Et Bw 219, en setembre: 60 m -8 d en= 8 lg 11 sl 3 g, met encore la livre à 7 1/2 ML.

1420	1 livre	6 m 14 sl	AF9 13 et 26
	en Août	7 m	AF9 26 et Bw 237 et 248
1423		7 m-1 sl	Bw 354
		7 m-2 sl	Bw 354
1430	1 livre	4 m	Stieda, *Hansisch*..., p. 77
1445	6 lg = 48 ML	soit 1 lg = 8m	UB. L, VIII, n° 292, en Juin
1473		8 m 10 sl	HR2, VII, n° 86

MARC DE LÜBECK- MARC DE STRALSUND

Rappel:	1 marc de Stralsund	= 24 schilling = 288 deniers	
	1 schilling	= 12 deniers (pfennige)	
1401	34 marc sundesch	21 m 5 sl 4 den Lüb.	AF1 9r°
	soit 1ML = 1,6 MS		

LIVRE DE GROS DE FLANDRE - MARC DE STRALSUND

1401[34]	1 livre	10 marcs 2sl sundes	AF2 9r°
		10 m 4 sl	AF2 9r°
1402		10 m 1 sl	AF2 16r° et AF1 19v°, 20r°
		10 m 3 sl	AF1 20r°
		10 m 4 sl	AF1 20r°
1405		10 m 2 sl à Lübeck	AF1 65v°, 69v°
1408		10 m 6 sl	AF1 139v°
1409	le 13 Juillet	10 m 10 sl en Scanie	AF4 16v°
	le 23 Août	10 m 10 sl en Scanie	AF6 31r°
1410		10 m 15 sl	AF6 58v°, 61r°[35]
1411	le 4 Mars	12 m 2 sl à Stralsund	AF4 18v° et AF6 79v°

34. 1 marc sundes = 14 pfennige de Lübeck: AF1 17r°.

35. Et 28 livres = 408 m 8 sl- 1 1/2 den: AF6 65r°, ce qui met la livre à 14 1/2 marc de Stralsund! Il s'agit d'un achat réalisé par Hildebrand selon un change plutôt favorable.

EQUIVALENCES DE LA LIVRE DE GROS DE FLANDRE AVEC LES MONNAIES FRANCAISES

LIVRE DE FLANDRE ET COURONNE DE FRANCE[36]

1401	1 Couronne	40 gros de Flandre à Tournai	AF2 6r°[37]
1402	400 FC = 66 lg 13 sl 4 g	soit 1 FC = 40 g[38]	AF2 15r° et 76r°
1403	200 FC = 33 lg 6 sl 8 g	soit 1 FC = 40 g	AF1 25r°
1404	87 FC = 14 lg 10 sl	soit 1 FC = 40 g	AF2 54r°
1405	300 FC = 50 lg 15 sl	soit 1 FC = 40 1/2 g	AF1 54r°
	280 FC = 46 lg 13 sl 4 g	soit 1 FC = 40 g	AF1 62r°
	600 FC = 100 lg	soit 1 FC = 40 g	AF1 87v°[39]
	150 FC = 25 lg	soit 1 FC = 40 g	AF1 89r°
	4 FC = 13 sl 4 g	soit 1 FC = 40 g	AF1 92v°[40]
	100 FC = 16 lg 13 sl 4 g	soit 1 FC = 40 g	AF1 95r°
1407		1 FC = 40 g	AF1 130r°[41]
	1 FC = 3sl	1 FC = 36 g	AF1 131r°[42]
1408	200 FC = 33 lg 6 sl 2 g	soit 1 FC = 39,9 g	AF3 8v°
	122 FC = 20 lg 6 sl 8 g	soit 1 FC = 40 g	AF3 12r°
1409	122 FC = 20 lg 5 sl	soit 1 FC = 39,8 g	AF5 15
1410		1 FC = 41 g 4 myte	AF6 76v°
		41 g 6 myte	AF6 76v°
	24 FC = 4 lg	soit 1 FC = 40 g	AF5 8v°
	420 FC = 71 lg 3 sl 4 g	soit 1 FC = 40,6 g	AF6 50r°
		1 FC = 41 g	AF6 40v°
		1 FC = 40 g 2 est.	AF6 50
1411	76 FC = 98 lg 8 sl	soit 1 FC = 41 lg	AF3 10v°[43]
			AF4 18v°[44]

36. DOLLINGER, dans *La Hanse...*, p. 257, donne l'équivalence suivante pour le début du XVe siècle: 92FC = 47 nobles de Gand = 64 nobles anglais = 119 florins rhénans = 213 florins de Gueldre = 100 ducats de Venise = 100 marcs lübeckois.

37. Il y avait à Tournai un atelier de frappe des couronnes de France. Sous la même référence, on relève: 122FC = 18 lg 13 sl 4 g (soit 1 FC=36 3/4g); et au 3v°: 80 FC = 13 lg 6 sl 6 den. (soit 1FC= 40g).

38. Selon J. Day, cette valeur inclue l'agio de 8%, imposé depuis 1396 sur les monnaies d'or en circulation en Flandre. La valeur de base de la Couronne serait donc de 32g: DAY, *op. cit.,* p. 53. Quant à Nordmann qui étudie la Couronne à partir de 1408, il la donne équivalente au Ducat de Venise et au Marc de Lübeck en 1409: NORDMANN, *op. cit.,* p. 142.

39. Le 20 Mars.

40. À Diest.

41. = 27 blancs.

42. *«So solen my geven 1 cron umme 3sl ofte 20 wytte penninge vor den cronen».*

1412		1 FC = 42 g 6 myte	AF6, 107v°
1416	24 FC = 4 lg	soit 1 FC = 40 g	Bw 118
	400 FC = 68 lg 15 sl	soit 1 FC = 41 1/4 g	Bw 118
1417		1 FC = 50 g	Bw 178
	1 FC = 4 sl 2 g	soit 1 FC = 50 g	HR1, VI, p.590
	112 FC = 20 lg 5 sl	soit 1 FC = 43,3 g	Bw 161
	50 FC = 8 lg 6 sl 8 g	soit 1 FC = 40 g	Bw 161
	24 FC = 4 lg	soit 1 FC = 40 g	Bw 161
	300 FC = 68 lg 15 sl	soit 1 FC = 55 g	Bw 161
1420	200 FC = 35 lg à Anvers	soit 1 FC = 42 g	AF9, 23
	3000 FC = 190 lg 12 sl 5 den «nyes geldes»		
		soit 1 FC =15 1/4 g	AF9 30[45]
	1 FC = 3 sl 6 g	soit 1 FC =42 g	Bw 253[46]
1424		1 FC =44 g	Sattler, XLI
1426	10 FC = 2 lg	soit 1 FC = 48 g	Bw 414
	15 FC = 3 lg	soit 1 FC = 48 g	Bw 414
1430-32		1 FC = 48 g (4 sl)	Sattler, XLI

COURONNE DE FRANCE ET MARC DE LÜBECK

1410	122 FC = 125 ML,	soit 1 FC = 1,02 ML	Bw 29, 37
	1 FC = 17sl 13 den de Lüb.		UB.L5, n°347;
			HR1,V,729 §4

EQUIVALENCES DU FRANC D'OR («Franken»)[47]

RAPPEL:	1 franc	=	12 gros
		=	48 blancs
		=	240 denier
	1 gros	=	20 deniers
	1 blanc	=	1/4 de gros
		=	5 deniers

43. Le 12 Janvier.
44. Le 15 février.
45. Le 28 Mai.
46. En Octobre.
47. Monnaie réelle à Paris, ce Franc ne serait que monnaie de compte à Bruges: R. DE ROOVER, «Renseignements complémentaires sur le marché monétaire à Bruges au XIVe et au XVe siècle», *Annales de la Société d'Emulation de Bruges*, CIX (1972) 51- 91, 55.

FRANC D'OR- LIVRE DE GROS DE FLANDRE

1361		1 Fc = 27 g	HU3, n° 583[48]
1396	16 Fc = 2 lg 4 sl	soit 1 Fc = 33 g	Sattler, p. 383[49]
1404		1 Fc = 33 g	Sattler, XLI
	50 Fc = 6 lg 17 sl 5 den	soit 1 Fc = 33 g	Sattler, p. 18[50]
1411		1 Fc = 33 g	Stieda, *Hansisch...*, p. 125, n° 3
1420		1 Fc = 36 g	Sattler, XLI
1428		1 Fc = 42 g 2 et.	Sattler, XLI

FRANC D'OR- COURONNE DE FRANCE

1420-1430	1 Fc = 1 1/8 franc		Sattler, XLI

FRANC D'OR ET MARC DE PRUSSE

1417	1 Fc = 1/2 marc ,	soit 1 Fc =	12 scot	Sattler, p. 68[51]
	21 «*Franken aldir schilde*»	=	10 m 1 fird.	*ibidem*
		soit 1 Fc =	11,7 scot	
		1 Fc =	11 scot	Sattler, p. 74
	760 Fc = 348 m 4 scot,	soit 1 Fc =	10,9 scot	*ibidem*[52]

EQUIVALENCES FLORIN DU RHIN (GULDEN)[53]-LIVRE DE GROS DE FLANDRE

1395	1 RG = 31 g 16 myte	Sattler, XLI
1402	1 RG = 33 g	AF2 8v°
	33 g 4 myte	AF2 8v°

48. Et 10sl 3pf de Lübeck. En 1389, il équivaut à 14 2/5 sl de Lübeck: NIRNNHEIM, *Geldersen,* p. LXXIII.

49. Pour un drap rouge de Malines.

50. Compte du Grand Economat de Marienburg: Equivalence donnée à Kolberg.

51. Cote donnée sur Paris, par le «Diener» de l'Ordre.

52. Redonné en 1417, ce montant est en fait celui de 1404. Il s'agit du montant des indemnités demandées pour la capture du bateau de Ronefelt à la Rochelle; Même équivalence (p. 75) pour 2000 Fc réclamés sur le bateau du fils de Ronefelt capturé au large de Belle-île, par l'Amiral d'Espagne.

53. Selon NORDMANN, *op. cit.,* p. 137, qui étudie le florin à partir de 1409, le cours de cette monnaie se maintient de 1409 à 1420 tout en affichant une légère baisse par rapport à la livre flamande.

1405	8 RG = 22sl	soit 1 RG = 33 g	AF1 48v°
	20 RG = 2 lg15sl	soit 1 RG = 33 g	AF1 48v°
	10 RG = 27sl	soit 1 RG = 32,4 g	AF1 55r°
1408	80 RG = 11 lg	soit 1 RG = 33 g	AF3 8
	60 RG = 8 lg 5sl[54]	soit 1 RG = 33,6 g	AF3 8
1409		1 RG = 33 g[55]	AF4 21r°
			AF6 33r°
		1 RG = 32 g[56]	AF4 16v°
		1 RG = 32 g[57]	AF43 14v°
		1 RG = 32 g[58]	AF3 14v°
1410	500 RG = 70 lg 11 sl 19 den	1 RG = 33,9 g	AF5 8r°
		1 RG = 32 g 2 est[59]	AF3 20r°[60]
		33 g	AF3 12r° et 20r°
			AF6 58r°[61], 64
			AF2 73r°[62]
			AF4 22v°
			Bw 24[63]
		33 g 1 est.	AF6 73r°
	100 RG = 13lg 15s	1 RG = 33 g	AF3 10v°
		1 RG = 32 1/2 g	AF6 64r°
	38 RG = 5lg 4s 6g	soit 1 RG = 33 g	AF2 71v°
	3500 RG = 476lg 7s	soit 1 RG = 32,6 g	AF6 50r°
		1 RG = 33 g	Bw 25, 38[64]
1411	600 RG = 82 lg 10 sl	soit 1 RG = 33 g	AF3 14r°[65]
		1 RG = 33 g	AF3 18r°, AF6 64[66]
	500 RG = 70 lg 11 sl 1 g	soit 1 RG = 33,8 g	AF3 31r° et AF6 105v°
		1 RG = 33 g 1 est	AF4 19v°
	30 RG = 4 lg 2 sl 6 g	soit 1 RG = 33 g	AF6 74v°
		1 RG = 32 1/2 g	Bw 51[67]

54. A Cologne.
55. Le 3 Juillet.
56. Le 14 Septembre.
57. Le 6 Octobre.
58. Le 12 Octobre. On avait dejà la même équivalence en Mai: AF6, 33r°. On la retrouve le 28 Octobre: AF6, 43r°.
59. Après Pâques.
60. Et à Cologne: AF6 50v°.
61. De même le 13 Avril: AF6 50v° et en Mai: AF6 75r° et 76r°.
62. A Cologne.
63. Et Lettre 25, les deux fois à Francfort.
64. «Vor elken RG gevet eme 33 gude gr to Dancke».
65. Le 4 Mars.
66. Le 24 Mai.
67. En Janvier: «Gy solen den gulden wol vorkopen».

1412		1 RG = 33 g	AF6 97v°, Bw 81,84
	30 RG = 4 lg	soit 1 RG = 32 g	Bw 121
	50 RG = 6 lg 17 1/2 sl	soit 1 RG = 33 g	Bw 118
		1 RG = 34 g	Bw 68
1413		1 RG = 33 g 1 est	AF6 121r°
		= 33 1/2 g	AF6 124r°
1414		1 RG = 34 g	AF6 143r°
	312 RG = 57 lg 7 sl 2 g	soit 1 RG = 44 g	Bw 96
1415		1 RG = 33 1/2g	AF3 26r°
	50 RG = 7 lg 5g	soit 1 RG = 33 1/2g	AF3 34r°
	27 RG 2wytte = 3 lg 15 sl 7g	soit 1 RG = 33 1/2g	AF3 26r°
		= 34 1/2G	AF6 161r° et 165r°
		= 34g	AF6 164r°
	400 RG = 55 lg	soit 1 RG = 33g	Bw 104
1416		1 RG = 35g	Bw 136
1417		1 RG = 35g	Bw 137
	50 RG = 7 lg 6 g	soit 1 RG = 33, 4g	Bw 161
	500 RG = 71 lg 11 sl 1 g	soit 1 RG = 34,3g	Bw 161
	1 RG = 3 sl 2 g	soit 1 RG = 38g	HR1, VI, p.590
		1 RG = 36g	UB.L V, n°623
	300 RG = 55 lg	soit 1 RG = 44g	Bw 161
	30 RG = 4 lg 2 sl 6 g	soit 1 RG = 33G	Bw 161
1419		1 RG = 33g	Sattler, XLI
1420		1 RG = 32-34g	Sattler, XLI
		1 RG = 33g	AF11[68]
	600 RG = 82 lg 10 sl	soit 1 RG = 33g	AF11
	1 «overlansch»	1 RG = 33g 1 eingels	AF11 7r°[69]
1423		1 RG = 40g	Sat., XLI
1431		1 RG = 45g	Sat., XLI
1434		1 RG = 50 vieux gros ou 36 nouveaux,	

EQUIVALENCES FLORIN RHÉNAN-MARC DE LÜBECK

1371		1 GR = 10 sl	Stieda[70]
1389		1 GR = 12 sl	Stieda
1403		1 GR = 13 sl	Stieda
1410		1 GR = 14 sl	Stieda
		1 RG = 13 1/2 sl	HR1, V, n° 729 §14
	30 RG = 25 ML 10 sl	soit 1 RG = 13,6 sl	Bw 35

68. À Cologne et à Francfort.
69. En Juin. La synonymie entre termes «overlansch» et florin du rhin est donnée in Bw 208.
70. W. STIEDA, «Hansische Vereinbarung über Städtliche Gewerbe», *HGbl* (1888) 143.

1418			1 GR = 14 sl 2 den	UB L V, n° 347 UB L VI, n° 60, 259, 619
			1 GR = 15 sl 4 den	Bw 188
1419				
	394 RG = 320 m 10 sl 6 den	soit	1 GR = 13 sl	AF8 15
	1061 RG = 1500 ML	soit	1 RG = 22,6 sl	UB.L VIII n° 619
1421				
	2200 RG = 1562 1/2 ML	soit	1 RG = 11 1/3 sl	Bw 271
1423			1 GR = 16 sl (= 1ML)	Stieda[71]
1424			16 sl	Stieda
1441			21 sl	Stieda
1450			21	Stieda
1474			1 GR = 23	Sprandel[72]

EQUIVALENCES FLORIN RHÉNAN-MARC DE PRUSSE

1399	1 GR	= 10 scot	Jesse[73]
1400	1 RG	= 11 scot	Vogelsang[74]
1409	1 RG	= 13 scot	Vogelsang
1411	1 GR	= 11 scot	Sarnovsky[75]
1417	1 GR	= 1 m 16 sl	Bw 177
		= 1 m 4 scot	Bw 232
1420	1 GR	= 14 scot	Vogelsang, *ibidem*
1427	1 GR	= 12 scot 20 den	Vogelsang
1435	1 GR	= 15 1/2 scot	Vogelsang
1453	1 RG	= 1 m 1 fir. «geringes gelds» = 15 scot «gutes geldes»[76]	

EQUIVALENCES FLORIN RHÉNAN- COURONNE DE FRANCE

1410	5 RG = 4 FC soit 1 Couronne = 1 1/4 florin rhénan.	AF6 50r°
	500 RG = 300 FC soit 1 Couronne = 1, 6 florin rhénan	AF6 76r°, Bw 25

71. *Ibidem.*
72. Sprandel, *op. cit.*, p. 141: il s'agit du cours officiel imposé par l'empereur Frédéric III.
73. Jesse, *Quellenbuch…*, n° 361.
74. Vogelsang, *Comptes de Reval*, p. 13.
75. Sarnovsky, *op. cit.*, p. 551.
76. Sarnovsky, *op. cit.*, p. 630.

1412	200 GR = 160 FC soit 1 Couronne = 1 1/4 florin fhénan	Bw 84
	180 GR = 128 FC soit 1 Couronne = 1,4 florin rhénan	Bw 84
	5 GR = 4 FC soit 1 Couronne = 1 1/4 florin rhénan	Bw 84
	1 GR = 1 florin rhénan	Bw 79
	100 RG = 80 FC soit 1 Couronne = 1 1/4 florin rhénan	Bw 75
1420	500 GR = 300 FC soit 1 Couronne = 1,6 florin rhénan	AF6 76r°

ANDREAS GULDEN[77]

1489	1 AG = 1 livre de Flandre = 3 marcs de Lübeck	

BISHOFSGULDEN

1424	1 BG = 2 1/2 scot de Prusse[78]	

LE MARC DE COLOGNE

	1 marc Kölsch = 12 schillinge 1 sch = 12 deniers (pfennige)	
1407	320 «wytte colsch» ou blancs de Cologne = 2 lg 3 sl 5 g soit 1 blanc de Cologne = 1,62 g de Flandre	AF1 120v°[79]
1432	1 mark Kölsch = 1 lg 7 sl 2 den	Sattler, XXXIX

ARNOLDUS GULDEN[80]

1429	1 AG = 17 scot de Prusse	Slaski, p. 26
1430	1 AG = 1 marc de Riga	LECUB VIII, n° 253
1433	1 AG = 16 scot 1 1/2sl	Slaski, p. 26
1436	1 AG = 12 sl de Hambourg	Sprandel, 47

77. Florin rhénan de 1489. SPRANDEL, *op. cit.*, p. 151 et ARCHIBALD, *op. cit.*, p. 276.
78. SATTLER, *op. cit.*, p. XLI.
79. Frais de 20 sintener de fourrures à 16 wyte Colsch chacun donne un total de 320 wytte: *«summa in vlameschen ghelde»:* 2 lg 3 sl 5 g.
80. Monnaie d'or du duc Arnold de Gueldre.

1440	1 AG = 3/4 du marc de Riga	Vogelsang, n° 414
1441	1 AG = 5/8 du marc de Riga	*ibidem*, n° 450 et 452

FLORIN de GUELDRE[81]-LIVRE DE GROS DE FLANDRE

1405		1 florin = 30 g	AF1 49r°[82]
	120 florins = 9 lg 10 sl	soit 1 F = 19 g	AF1 46v°[83]
	80 florins = 6 lg 6 sl 8 g	soit 1 F = 19 g	AF1 46v°
1407	150 florins = 11 lg 17 sl 6g	soit 1 F = 19 g	AF1 119v°
1408	85 florins = 30 lg 6sl	soit 1 F = 18,8 g	AF1 137v°[84]
1409		1 F = 19 g	AF3 16r°
1417	1 F = 2 sl	soit 1 F = 24 g	HR1, VI, p. 590

FLORIN d'ARNHEIM

1417	1 florin = 2 sl 11 g[85]
1420	1 florin = 2 sl 5 g 1 est de Flandre[86]
1428	1 florin = 6 sl 4 g nouvelle monnaie de Flandre

FLORIN HOLLANDAIS

1398	1 holansch gulden = 25g	Sattler, p. 440
1403	1 holansch gulden = 7g ?	AF2 13r°
1408	1 holansch gulden = 22 g	AF6 200V°
1417	1 Ecu hollandais = 3 sl 4 g, soit 40 g	HR1, VI, p. 590

FLORIN D'HAARLEM

1422	1 Arlamsche gulden = 1 marc de Prusse	Bw 315
1423	1 marc-1 scot[87]	

81. En 1411, le florin de Gueldre valait 1 marc de Lübeck: UB.L V, n° 379.
82. «150 gellersche gulden, elk gulden to 30 groten».
83. «120 ghellersche gulden, dey Summa hir van es in ghelde es 9 lg 10 sl gr».
84. La citation est redonnée: AF5 11r°. Ces florins viennent de Lübeck et sont changés à Bruges.
85. HR1, VI, p. 590.
86. SATTLER, *op. cit.,* p. XLI.
87. SLASKI, *op. cit.,* p. 26. De 1423 à 1435, le florin d'Haarlem se dévalue peu à peu par rapport au marc de Prusse pour atteindre 20 scot en 1426 et 17 scot - 3pf en 1435.

FLORIN OU DUCAT DE HONGRIE

Ducat - livre de Flandre

1325	1 Ducat = 14 g	Rutkovsky[88]
1393	1 Ducat = 24 g	Rutkovsky
1417	1 Ducat = 34 g	Rutkovsky
1451	1 Ducat = 36 g	Rutkovsky
1468	1 Ducat = 32 g	Rutkovsky

Ducat- Marc de Prusse

1399-1409	1 Ducat = 11 scot 15 pf à 13 scot[89]
1436	1 Ducat = 1 1/2 MP[90]
1471	1 Ducat = 1 MP 3 firdung[91]

EQUIVALENCES DU NOBLE ANGLAIS / NOBLE ANGLAIS- LIVRE DE FLANDRE

1400	1 Noble = 6 sl		Sattler, XLI
1402	1 N = 6 sl 7 g		AF2 8v°
1403	= 6 sl 9 g		AF2 13r°
	100 N = 32 lg 14 sl 2 g	soit 1 N = 6,5 sl	AF2 13r°
	100 N = 32 lg 10 sl	soit 1 N = 6,5 sl	AF2 12v°[92]
1404	3 N = 19sl	soit 1 N = 6,3 sl	AF2 54r°
1405	50 N = 16 lg 13 sl 4 g	1 N = 6,6 sl	AF1 46v°
		1 N = 6 sl 8 g	AF1 49r°
	51 N = 16 lg 16 sl 8 g	1 N =6,6 sl	AF1 77v°
1406	100 N = 33 lg 6 sl 8 g	1 N = 6,6 sl	AF5 1r°[93]
	10 N = 3 lg 6 sl 8 g	1 N = 6,6 sl	AF2 65r°
	60 N = 20 lg	1 N = 6,6 sl	AF4 44r°

88. J. RUTKOVSKY, *Histoire économique de la Pologne avant les partages*, Institut d'études slaves 1, Paris 1927.

89. D'après JOACHIM, *Le livre du trésorier, op. cit.*

90. SLASKI, *op. cit.*, p. 26. Cette valaur d'1 1/2 MP est à peu près constante de 1429 à 1453 selon VOSSBERG, *Geschichte der preussischen Münze, op. cit.*

91. «*Den gulden (hungersch) zu 7 ferdung rechende*»: in Chronique de G. Weinreich, armateur de Danzig, publiée par Th. HIRSCH-F.A.VOSSBERG, *Scriptores rerum prussicarum*, 4, Leipzig 1870, p. 733. Le Ducat de Hongrie est également côté 7 1/2 à 8 schillinge rhénans en 1444, par Ott Ruland: K. HASSLER, *Rulands Handlungsbuch in Ulm*, Bibliotek des litteraischen Vereins in Stuttgart, vol. 1, 4, Stuttgart 1843, p. 30.

92. Achat effectué à Bruges, 3 semaines avant la Pentecôte à un homme de Kampen et payable à Lübeck.

1409		1 N = 6 sl	AF6 30r°
1411	2 N = 13 sl 10 g	1 N = 6,9 sl	AF4 64r°
		1 N = 6 sl 10 g	AF6 80v°
	64 N = 22 lg 10 g	1 N = 6,8 sl	AF6 90v°[94]
1417		1 N = 7 sl 8 g	HR1, VI, p. 590

NOBLE ANGLAIS- MARC DE LÜBECK

1363-66		1 N = 20 sl 4 1/2 pf	Geldersen[95]
1371		1 N = 21 sl 6 pf	Geldersen
		22 sl	Geldersen
1389		1 N = 28 4/5 sl	Geldersen
1400		1 N = 30 sl	Geldersen
1405	1 N = 2 ML	soit 1 N = 32 schillinge	AF1 61r°
	6 N = 12 M 3 sl	1 N = 32 1/2 sl	AF1 79v°
1406	1 N = 2 M 4 sl	1 N =36 sl	AF5
1410	96 N = 210 ML[96]	1 N = 35 sl	
		1 N = 36 1/2 sl	Archibald[97]
1412	50 N = 100 ML 25 sl	soit 1 N = 32 1/2 sl	Bw 80
	40 N = 83 ML 12 sl	soit 1 N = 33 1/2 sl	Bw 80
	200 N = 450 ML	soit 1 N = 36 sl	Bw 83
1413		1 N = 37 sl	UB.L V, n° 543[98]
1416		1 N = 46 sl 91/2 pf	Archibald, *ibidem*
	40 N = 117 ML	soit 1 N = 46,8 sl	UB.L V, n° 681

Noble anglais- Marc de Prusse

1399		1 N = 25 scot	Stieda, *Hansisch*..., p. 1
1409	1 N = 1 M 2 scot	1 N = 26 scot	Stieda, *Hansisch*..., p. 1
1411		1 N = 36 scot	Sattler, XL
1417	1 N = 3 MP 8 scot	1 N = 80 scot	Bw 139[99]

93. «*100 eighels nobelen dey mochte do wert syn*», 33 lg 6 sl 8 g.
94. En Juin.
95. NIRRNHEIM, *op. cit.*, p. LXXV.
96. Hidebrand écrit «Sint dey 96 nobelen nicht also gud, also 210 marc lub, so sal R. Swarte mer gheven»: les 96 nobles ne sont pas aussi bons que 210 marcs de Lübeck, R. Swarte doit donner davantage. AF6 70v°.
97. ARCHIBALD, *op. cit.*, p. 267.
98. À Lübeck et Reval.
99. «*De nobelen gelden 3 mark 8scot*». S'agit-il de l'équivalence avec le marc dévalué de 50%?

1414		1 N = 30 scot	Stieda, *ibidem*
1423		1 N = 37 scot 12 pf	Stieda, *ibidem*
	1 N = 1 M 331/2 sl	1 N = 37,4 scot	Sattler, XL
1431		1 N = 35 scot	Stieda, *ibidem*
1436		1 N = 44 scot	Stieda, *ibidem*
1439		1 N = 3 MP	Agats[100]

EQUIVALENCES DES DUCATS

Ducat de Venise[101] *- Livre de Flandre*

1398			1D = 35g [102]	
1404			1D = 37 1/2 g	AF1 34v°[103]
1408			1D = 36 1/2g	AF4 12r°
			1D = 35g	AF2 69v°[104]
			1D = 35g 4myte	AF6 2v°
1409			1D = 3sl	AF6 21v°
			1D = 3sl 6myte	AF6 25r°
	200 D = 30 lg 41 g	soit	1D = 36,2 sl	AF4 16r°
	1000 D = 151 lg 1sl	soit	1D = 36,2g	AF4 16r°
	= 125 lg 13 sl 10 g 2 est «nyen gheld»	soit	1D = 30g	AF4 16r°
1410	500 D = 62 lg 16 sl 11 g 8 my «an nyen ghelde»	soit	1 D = 30g	AF3 17v°
	300 D = 37 lg 13 sl 1 1/2 g «nyes geldes»	soit	1 D = 30g	AF3 17v°[105]
	= 50 lg 12 sl 6 g «in olden ghelde»	soit	1 D = 40g	AF3 17v°
	1000 D = 127 lg 15sl 6g 2est «nyes geldes»	soit	1 D = 30,6g	AF3 17v°
	= 171 lg 15 sl 8 g «in olden ghelde myt der bate»	soit	1 D = 41,2g	AF3 17v°

100. A. Agats, *Der hansische Baienhandel,* Heidelberg 1904, p. 34. Voir remarque de la note 99 ci-dessus.

101. Selon Nordmann, *op. cit.,* p. 142, le Ducat de Venise a une valeur égale à celle de la Couronne de France entre 1408 et 1420. Pour De Roover, *Renseignements...*, p. 57, le Ducat valait 24 gros de Venise. La livre de gros de Venise comptait 10 Ducats. En 1450, le ducat serait monté à 50 gros de Flandre.

102. De Roover, *Renseignements...*, p. 57. Valeur à Bruges.

103. Valeur à Rome. Vente effectuée par Veckinchusen auprès de Spinelli.

104. Et AF6 18v°.

105. Le 19 Mai.

	1700 D = 213 lg 15 sl 7 g	soit	1D= .30g	AF3 17v°
	«an olden ghelde sunder bate»[106]			
			1D= 31g	AF3 17v°
			1D= 40g	AF4 18r°
				AF6 73V°
1411[107]	1000 D = 173 lg 13 sl 8 g	soit	1D= 41,6g	AF4 24r°[108]
	1000 D = 169 lg 2 g	soit	1D= 401/2g	AF4 24r°[109]
	«in olden ghelde myt der bate van den golde»			
	500 D = 84 lg 9 sl 3 g	soit	1D= 40 1/2g	AF4 24r°
	«myt der bate van der golde»			
	300 D = 50 lg 12 sl 6 g	soit	1D= 40 1/2g	AF4 24r°
	«myt der bate van der golde»			
	1000 D = 171 lg 15 sl 8 g	soit	1D= 41,2g	AF4 24r°[110]
	1700 D = 295 lg 8 sl 5 g	soit	1D= 41,7g	AF4 24v°[111]
	500 D = 86 lg 13s l	soit	1 D= 41 1/2g	AF4 24v°[112]
	«myt der bate van den golde»			
1416			1 D = 34g	UB.L V, n° 575
1417	1 D = 3 sl 10 g	soit	1 D = 46g	HR1,VI, p. 590
1423			1 D = 46g nye geldes	Bw 362

DUCAT DE VENISE - MARC DE LÜBECK

1409	1 D = 1 ML	UB.L V, n° 253
1418	1 D = 20 Schillinge	Bw 30

DUCAT DE VENISE- MARC DE PRUSSE

1403	1 D = 6 1/2 MP 6 1/2 scot 3 pf[113]

106. Est-ce bien en vielle monnaie, car la valeur du ducat correspond plutôt à celle de la nouvelle monnaie de Flandre?

107. Il s'agit de lettres de change tirées sur Bruges par de P. Karbow de Venise et que Veckinchusen doit payer en monnaie flamande à différents intermédiaires comme le Spinelli ou Bartolomé Boytin.

108. Le 22 Février.

109. Le 15 Avril.

110. Le 17 Avril.

111. Le 25 Mai.

112. Le 24 Juin.

113. JESSE, *Quellenbuch*..., n° 361. L'auteur reprend les données contenues dans le livre du trésorier de Marienburg, voir Dr JOACHIM, *op. cit.*

DUCAT DE HONGRIE- LIVRE DE FLANDRE

1386-1437	1 D = 6 sl	Archibald, p. 287
1409	1 D = 37-38 g	Stieda, *Hansisch*..., p. 74
		Marc d'Argent[114]

Valeur en marc de Lübeck et livre flamande

1353	1 marc d'argent	=3 ML 1 sl[115]
1357	1 marc d'argent	= 3 1/2 ML - 1sl[116]
1399/1400	1 marc d'argent	= 2 ML[117]
1401	32 marcs sulvers	= 320 ML[118]
	soit 1 marc d'argent	= 10 ML
1407	27 marcs sulvers	= 430 1/2 ML = 69 lg 12 sl[119]
	soit 1 marc d'argent	= 15,9 ML
		= 2 1/2 lg
	30 marc sulvers	= 321 ML 7sl = 51 lg 18 sl 10 g [120]
	soit 1 marc d'argent	= 10,7 ML
		= 1,7 lg
1417	1 marc d'argent	= 6 ML - 2 sl[121]
1420	1 marc d'argent	= 1 lg 8 g[122]

EQUIVALENCES DU MARC DE RIGA

RAPPEL 1 Marc de Riga = 4 ferding
= 36 schilling
= 48 ore
= 144 artige
= 432 pfennige

114. Serait une unité de compte idéale, selon NORDMANN, *op. cit.,* p. 143. Pour RENKEN, *op. cit.,* p. 84, il servait surtout à payer les fourrures et la cire.
115. JESSE, *Quellenbuch*..., p. 35, d'après le livre de Wittenborg.
116. *Ibidem.*
117. AF1 3r°.
118. AF1 10r° et 15r°.
119. AF5, 4r°.
120. AF2 49v°.
121. STIEDA, Bw 166: «De mark stet in Prutzen 6 1/2 mark Prusch unde de mark sal hir (Lübeck) gelden, alzet hir weghet 6 mark -2sl».
122. Selon SATTLER, *op. cit.,* p. XXXIX.

soit:
«Item 4 ore machen in Leyfflande 1 soltyng
Item 3 artige dy machen in Leyfflande 1 or
Item 48 or Rygisch machen 1 M Rygisch
Item 12 or Rygisch machet 1 fr Rygisch»[123]

MARC DE RIGA[124]- LIVRE DE FLANDRE

1409			1 MR = 6 sl	AF4 47v°
1410			1 MR = 6 sl	AF2 71v°
1412			1 MR = 8 sl	AF4 61r°
1416	41/2 MR = 1 lg	soit	1 MR = 4,4 sl	Bw 127[125]
1420			1 MR = 4 sl	Bw 234
	5 MR = 1lg	soit	1 MR = 4 sl	Bw 244

MARC DE RIGA- MARC DE LÜBECK

1369	1 MR = 32 sl	HR1, III, n° 29.
1403	1 MR = 25 sl	HR1, V, n° 406
1436	1 MR = 10 sl Lüb	Lecub IX, n° 29
1456	1 ML = 1 1/6 MR	Lecub XI, n° 580
1457	1 ML = 1 1/4 MR	Lecub XI, n° 659

123. SATTLER, *op. cit.,* p. 173: Comptes du Grand Economat de Königsberg en 1402-1404, qui ajoute: «Item 1M Rygisch ist 12s besser wenne 1 M Prusch, sunder sy ist nu erger». Le même texte donne le «Stuck» d'argent à 60 soltynge, soit 240 ore ou 720 artige.

124. VOGELSANG, *Comptes de Reval, op. cit.*, XXVII, 1, p. 6 et XXII, 1 p. 13, donne les équivalences du marc de Riga relevées dans les comptes de Reval. Ces équivalences concernent le florin rhénan (1 florin= 1 3/4 marc de Riga), en noble russe (1NR= 4 1/2 MR), en marc de Prusse (1MP= 1,3MR), nous y renvoyons le lecteur. En revanche, il ne dit rien des équivalences avec la livre de Flandre.

125. Cette équivalence et les suivante sont données en nouvelle monnaie de Flandre.

La razionalitá monetaria cristiana fra polemica antisimoniaca e polemica antisuraria (XII-XIV sécolo)

Giacomo TODESCHINI

Almeno a partire da Raymond De Roover, gli storici dell'economia nel ricostruire i fenomeni della monetizzazione europea, hanno fatto notare che questo fenomeno ebbe un impatto decisivo sulla trasformazione della razionalità occidentale nel suo complesso[1]. Si è tuttavia quasi sempre trascurato di rilevare che il nesso fra monetizzazione e razionalizzazione aritmetica e geometrica della realtà, dunque fra monetizzazione e modernizzazione, è stato profondamente impostato dalla riflessione teologica ed ecclesiologica altomedievale. Al punto che difficilmente si potrà comprendere molta dell'etica mercantile cittadina fra XIII e XIV secolo, se si prescinda da come gli intellettuali di condizione ecclesiastica fra XI e XIII secolo formularono la dialettica fra ricchezze consacrate (*res ecclesiae*) e ricchezze dei laici.

Nemmeno nella recente e raffinata analisi di Joel Kaye dedicata alla relazione fra monetizzazione economica e crescita della razionalità scientifica fra XIII e XIV secolo[2], trova posto o significato la tensione antisimoniaca che fra XII e XIV secolo caratterizzò la riflessione ecclesiastica sugli equilibri e gli squilibri di mercato. D'altra parte, tanto l'importante analisi di Kaye, quanto le più classiche interpretazioni dell'evoluzione economica occidentale nei secoli citati sembrano sottovalutare l'importanza dei rapporti che intercorrono, dall'undicesimo al quattordicesimo secolo, fra gestione commerciale e finanziaria dei beni della Chiesa e

1. 1948, De Roover, R., *Money, Banking and Credit in Medieval Bruges: Italian Merchant Bankers, Lombards and Money Changers*, Cambridge/Mass.; 1974, De Roover, R., *Business, Banking and Economic Thought in Late Medieval and Early Modern Europe* (ed.: J. Kirshner), Chicago-London; 1988, Spufford, P., *Money and its use in medieval Europe*, Cambridge.

2. 1998, Kaye, J., *Economy and Nature in the Fourteenth Century. Money, Market Exchange, and the Emergence of Scientific Thought*, Cambridge.

delle chiese e complessivo funzionamento del mercato: una relazione, questa, che si propone come essenziale soprattutto se si tenga a mente che, appunto, la massima parte dei codificatori e dei teorici del sistema economico, in questo periodo, appartengono all'universo ecclesiastico[3]. Il problema sembra risolvibile solo se si considerino alcuni fattori fondamentali:

— che la progressiva e crescente monetizzazione occidentale è fortemente dipendente, a partire dal secolo undicesimo —in Francia, Italia, Spagna e area imperiale— da una mobilitazione delle sostanze ecclesiastiche sia in quanto sostanze, come più in generale quelle signorili, attivate in senso mercantile e monetario dalla trasformazione dei rapporti di produzione, sia in quanto sostanze più specificamente monetizzate e rese circolanti dalla decisiva svolta politica costituita dalla cosiddetta «riforma» gregoriana che volle riorganizzare l'insieme disperso ed eterogeneo delle *res ecclesiarum* in un sistema dotato di costanti che ne garantissero il funzionamento, la produttività, la persistenza, che ne facessero dunque un soggetto economico particolare in grado di tutelarsi e di accrescersi[4];

— che questa trasformazione del mondo economico ecclesiastico, dunque la mutazione dell'insieme disordinato dei beni delle chiese discendente da assegnazioni ereditarie, privilegi e concessioni disparate, in organizzazione coerente, dotata di un proprio significato carismatico e di proprie tecniche gestionali, chiarite appunto fra undicesimo e dodicesimo secolo, determinò, nelle file degli intellettuali di condizione ecclesiastica una riflessione sistematica sui rapporti di scambio, sul significato economico e politico delle transazioni commerciali-creditizie e sulla moneta in particolare[5];

— che questa riflessione, manifestatasi in primo luogo nella forma della polemica antisimoniaca, si intrecciò in modo molto serrato

3. Per l'impostazione del problema cfr. 1994, TODESCHINI, G., *Il prezzo della salvezza. Lessici medievali del pensiero economico*, Roma.

4. 1962, *La vita comune del clero nei secoli XI e XII*, Milano; 1965, CONGAR, Y.M., «Les biens temporels de l'église d'après sa tradition théologique et canonique», in *Eglise et pauvreté*, Paris, 233-258; 1975, DUBY, G., *Le origini dell'economia europea,* Bari; 1980, *Istituzioni monastiche e istituzioni canonicali in Occidente, 1123-1215*, Milano; 1982-83, DE MATTEIS, M.C., *Tematica della povertà e problema delle «res ecclesiae»: notazioni ed esemplificazioni campione su alcune collezioni canoniche del periodo della riforma ecclesiastica del sec. XI*, BISIME 90, 177-226; 1995, GROSSI, P., *L'ordine giuridico medievale*, Bari. Cfr. 1986, *Etat et Eglise dans la génèse del'Etat moderne*, a cura di J. Ph. Genet e B. Vincent, Madrid.

5. TODESCHINI, *Il prezzo.*

con la progressiva formazione di una razionalità economica, commerciale e creditizia, oltre che con la nozione stessa di moneta come oggetto enigmaticamente rappresentativo dei valori[6].

In particolare, non si dovrà dimenticare che tanto l'abbondante documentazione diplomatica quanto la complessa documentazione libellistica tipiche del secolo XI chiariscono che, almeno tra Francia, Italia e Spagna, un nesso indissolubile collega la trasformazione ecclesiologica e la mutazione degli stili di vita economici. Se, infatti, da un lato, la difesa dell'autonomia economico-politica degli istituti ecclesiastici significa in questo periodo omogeneizzazione dei loro criteri gestionali, d'altra parte proprio la messa a fuoco di questi criteri, dunque di tecniche dello scambio e del credito che potenziassero la ricchezza ecclesiastica senza arrischiarne l'integrità, equivale alla codificazione di un linguaggio del mercato garantito dai rappresentanti ufficiali della fede[7]. Al di là delle polemiche, spesso aspre, per il recupero dei dispersi beni ecclesiali di cui è specchio l'epistolario di Gregorio VII, al di là, dunque, dei conflitti miranti a centralizzare nella forma di proprietà inalienabili di una Chiesa i possessi detenuti a vario titolo dalle chiese, è evidente alla lettura della testualità antisimoniaca fra XI e XII secolo la forza che in essa viene ad assumere la volontà politica dei riformatori di parte gregoriana di codificare la nuova realtà economica in termini complementari alla nuova compatta ecclesiologia che aveva come propria chiave di volta appunto il concetto di inalienabilità dei possessi ecclesiastici, qualunque ne fosse l'origine[8].

Se si rifletta al fatto che, almeno sino al secolo XIV-XV, non ha senso parlare di una dottrina o di un codice di comportamenti economici pro-

6. Cfr. 1964, Violante, C., «I vescovi dell'Italia centro-settentrionale e lo sviluppo dell'economia monetaria», in AA.VV., *Vescovi e diocesi in Italia nel Medioevo (sec. IX-XIII)*, Padova, 193-217; 1972, Schieffer, R., «Spirituales latrones. Zu den Hintergründen der Simonieprozesse in Deutschland zwischen 1069 und 1075», *Historisches Jahrbuch*, 92, pp. 19-60

7. G. Duby, «Les chanoines réguliers et la vie économique des XIe et XII e siècles», in *La vita comune*, 72 ss.; 1994, Behrmann, T., *Domkpitel und Schriftlichkeit in Novara (11.-13. Jahrhundert). Sozial- und Wirtschaftsgeschichte von S. Maria und S. Gaudenzio im Spiegel der urkundlichen Überlieferung*, Tübingen; 1985, Szabó-Bechstein, B., *Libertas ecclesiae. Ein Schlüsselbegriff des Investiturstreits und seine Vorgeschichte. 4.-11. Jh.*, Roma (= «Studi Gregoriani» XII).

8. 1986, Capitani, O., «"Ecclesia romana" e riforma: "utilitas" in Gregorio VII», ora in Idem, *Tradizione e interpretazione*, Roma 1990; 1992, Sapir Abulafia, A., «Theology and the commercial revolution: Guibert of Nogent, St. Anselm and the Jews of northern France», in AA.VV., *Church and city 1000-1500. Essays in honour of Christopher Brooke*, ed. by D. Abulafia, M. Franklin, M. Rubin, Cambridge, pp. 23-40. Cfr. 1999, Todeschini, G., «Linguaggi economici ed ecclesiologia fra XI e XII secolo: dai Libelli de lite al Decretum Gratiani», in *Saggi in onore di Mario del Treppo,* I, a cura di G. Vitolo, Napoli.

dotti al di fuori della cerchia dei consacrati[9] (al di fuori della Chiesa, dunque), si comprenderà facilmente che l'impatto delle pratiche economiche di cui furono protagonisti gli enti ecclesiastici fra XI e XIII secolo, come pure la razionalizzazione della quotidianità economica definita all'interno della testualità antisimoniaca, teologica o etica —comunque di matrice ecclesiastica e di obbedienza romana— ebbe un'influenza decisiva sul conformarsi stesso della razionalità economica occidentale che appunto in questo periodo, dal secolo XI al XIII, cominciava a delinearsi sia attraverso un confuso sistema di relazioni contrattuali che attraverso una legislazione civile e canonica, attiva, soprattutto, nella progressiva distinzione delle pratiche lecite dalle pratiche illecite[10].

Contrariamente a quanto, forse, talvolta si è creduto, una delle prime affermazioni risolute della libertà di commercio internazionale, è rinvenibile, in questo periodo, proprio in alcune lettere che Gregorio VII, nel 1074, invia a vescovi e signori francesi: è in questi testi polemici, infatti, che l'attacco alla politica fiscale del re di Francia unisce gli interessi delle chiese e quelli dei *mercatores* itineranti, gli uni e le altre, secondo Gregorio VII, minacciati nella loro autonomia e *libertas* economico-politica dalle pretese di controllo territoriale e daziario del sovrano[11]. D'altro canto, è in uno dei testi-chiave della polemica romana contro la commerciabilità indiscriminata dei beni ecclesiastici, l'*Adversus simoniacos* di Umberto di Silvacandida, che si ritrova, nello stesso ventennio, quello che va dal 1050 al 1070, una netta dichiarazione in favore delle attività commerciali laiche, tanto positive e appropriate agli occhi del cardinale di Silvacandida quan-

9. 1992, Siems, H., *Handel und Wucher im Spiegel frühmittelalterlicher Rechtsquellen* (MGH *Schriften*, 35), Stuttgart; cfr. 1999, Todeschini, G., «Linguaggi teologici e linguaggi amministrativi: le logiche sacre del discorso economico fra VIII e X secolo», in *Quaderni Storici* 34/3.

10. Classiche le analisi di 1939-1940 Mc Laughlin, T.P., «The Teaching of the Canonists on Usury (XII, XIII and XIV Centuries)», *Medieval Studies*, 1, pp. 81-147; 2, 1-22; 1959, Baldwin, J.W., *The Medieval Theories of the Just Price: Romanists, Canonists and Theologians in the 12. and 13. Centuries*, Philadelphia; 1969, Cahn, K., «The Roman and Frankish Roots of the Just Price of Medieval Canon Law», *Studies in Medieval and Renaissance History*, VI, pp. 3-52.

11. 1920 (1955[2]), *Gregorii VII Registrum Lib. I-IX*, ed. Caspar (*MGH Epistolae selectae,* t. II, ff. 1-2), Berlin, II 5 *Archiepiscopis et episcopis Francie*; II 18: *Comiti Pictavensi*: «[Philippus rex] adeo regie dignitatis posthabuit verecundiam, ut avaritia potius inflammante quam ratione aliqua poscente Italie negotiatores, qui ad partes vestras venerant, depredatus fuerit. Qua de re quia episcopos Francie litteris nostris eum convenire monuimus, te quoque...precipue monemus, quatenus ex illis atque nobilioribus Francie melioribus quibusdam adhibitis iniquitates suas sibi notificetis et, ut ipse stultorum suggestionibus renuntiando atque bonorum et sapientium consiliis adherendo incipiat iam a confusione ecclesiarum manum retrahere et ad exemplar bonorum Francie regum pravos mores suos commutare, depredationes, quas supra commemoravimus, unde oratores sancti Petri impediuntur capiuntur atque multis modis afficiuntur, sine dilatione emendare».

to negative e improprie sono invece le contrattazioni di beni consacrati operate dai simoniaci[12]. In entrambe le fonti, la razionalità commerciale dei laici risalta se rispettosa dell'intangibilità dei possessi consacrati; appare come la sezione rispettabile di un'economia, distorta invece da chi voglia dare un prezzo a ciò che prezzo non può avere. In ambito parallelo, d'altronde, nella canonistica della fine del secolo XI e della prima metà del secolo XII, da Ivo di Chartres a Placido di Nonantola a Graziano, la gestione dei beni ecclesiastici, lungi dall'assestarsi in un'improbabile dottrina dell'accumulo immobile, diventa l'occasione per una riflessione sia sui modi contrattuali riguardanti tale gestione dunque sulla conservazione e l'accrescimento di tali beni, sia sul valore di tali beni dunque sul prezzo che essi, nel caso di loro impegno ipotecario o di loro cessione, devono assicurare all'ente ecclesiastico che ne è proprietario. Tipico di questa fase è il recupero ecclesiologico di norme riguardanti la gestione dei beni ecclesiastici contenute nel *Corpus Iuris* di Giustiniano e il loro adattamento alla situazione economica dei secoli XI e XII: un processo di ricodificazione che ben dimostra, all'epoca del concordato di Worms, la volontà ecclesiale di costituire proprie efficaci modalità d'azione economica oltre che di razionalità monetaria. In effetti per l'ecclesiologia e per il diritto canonico che vanno dal 1050 al 1190, la nozione stessa di definizione del prezzo in quanto tecnica di valutazione, è direttamente dipendente da una dottrina del mercato dei beni consacrati che nel mercato dei beni laicali ipotizza un proprio doppio, ammissibile a patto di una sua delimitazione di campo. A partire da questa testualità dottrinaria e giuridica, il mercato viene codificato come mercato suddiviso in due segmenti complementari: da un lato quello concernente le *res ecclesiae*, i sacri beni ecclesiastici che fanno tutt'uno con il corpo mistico della Chiesa, che per ciò stesso sono indivisibili e inalienabili, e che rinviano a una somma di valori di cui è pensabile soltanto l'accrescimento e in nessun caso la diminuzione, dall'altro quello concernente le merci di uso corrente, le *res publicae*, la cui contrattazione e i cui criteri di valutazione sono fluidi vista la natura non assoluta della loro utilità[13]. Per meglio intendere questa segmentazione e questa comple-

12. 1891, Umberto DI SILVACANDIDA, *Adversus simoniacos* (1058 c.), II 17-18: *De differentia negotiatorum saeculi et eorum qui dicuntur symoniani*; *De eo quod carnales ecclesiae sine fide non sint instar Ruben et Gad et dimidiae tribus Manasse* in *Monumenta Germaniae Historica, Libelli de Lite*, I, pp. 158-160. Cfr. 1997, TODESCHINI, G., «"Judas mercator pessimus". Ebrei e simoniaci dall'XI al XIII secolo», *Zakhor. Rivista di storia degli ebrei d'Italia*, I, pp. 11-23. IDEM, «La riflessione etica sulle attività economiche», in *Storia del Medioevo italiano,* a cura di G. Sergi e E. Artifoni: *Artigianato, commercio, finanza* Bari, in corso di stampa.

13. Riferimenti testuali e discussione delle fonti in TODESCHINI, *Linguaggi economici ed ecclesiologia.*

mentarità occorre riflettere attentamente sulla mutazione vissuta fra XI e XII secolo, tanto dalle dinamiche commerciali, quanto dagli stili esistenziali cristiani. In effetti, nel periodo citato, a una accelerazione degli scambi e della circolazione monetaria, determinata come è noto da una monetizzazione sempre più rapida delle risorse signorili nonché da una dinamizzazione dei rapporti di produzione, corrispose tanto la già descritta ideologia e politica delle *res ecclesiae* come corpo economico unico, quanto un diffuso orientarsi del mondo ecclesiastico post-gregoriano verso un modello di identità individuale cristiana connotato dalla scelta di povertà[14]. Il sistema dei beni consacrati, dunque, proprio nella sua inalienabilità, proprio nel suo costituire una sfera della circolazione economica separata, venne ad avere un suo ulteriore carattere nella spersonalizzazione della relazione proprietaria o dominativa. Gli enti ecclesiastici, composti, a partire dalle riforme canonicali e monastiche della fine del secolo XI, da soggetti individualmente poveri, apparvero allora come astrazioni dominative, *personae fictae*[15], protagoniste di un mercato all'interno del quale il gioco dei valori non avrebbe dovuto determinare alcun depauperamento del *corpus* economico consacrato, istituzionalmente composto dalle chiese, e trascendente la fisica, individuale presenza degli uomini che le componevano. Da questo punto di vista il modello pauperista cristiano, in quanto modello esistenziale antitesaurizzatore finalizzato all'abbandono soggettivo e individuale dei beni economici, appare decisivo per cogliere nella sua complessità il processo di crescente monetizzazione che fra XII e XIV secolo assume anche la caratteristica di un processo di razionalizzazione aritmetica della realtà quotidiana. Esiste, infatti, un diretto rapporto, ben riconoscibile nelle fonti del XII e XIII secolo, da quelle monastiche a quelle francescane a quelle cittadine, fra crescita di una religiosità proiettata nel sociale inteso come *corpus* cristiano da riformare in chiave pauperista e moltiplicazione delle dialettiche commerciali miranti all'arricchimento di soggetti collettivi ossia istituzionali secondo ipotesi di profitto possibile e di speculazione sull'eventualità[16]. Nell'un caso come nell'altro,

14. Buoni riferimenti per la questione sono ancora offerti da 1978, LITTLE, L.K., *Religious Poverty and the Profit Economy in Medieval Europe*, London; cfr. 1969, AA.VV., *Povertà e ricchezza nella Spiritualità dei secoli XI e XII* (VIII Convegno del Centro di studi sulla Spiritualità medievale), Todi; 1991, AA.VV., *La conversione alla povertà nell'Italia dei secoli XII-XV*, Spoleto; 1988, COLEMAN, J., «Property and Poverty», in *The Cambridge History of Medieval Political Thought*, Cambridge, pp. 607-648.

15. Cfr. 1995, GROSSI, P., *L'ordine giuridico medievale*, Bari, p. 220.

16. Fonti e bibliografia in 1998, TODESCHINI, G., «I vocabolari dell'analisi economica fra alto e basso medioevo: dai lessici della disciplina monastica ai lessici antiusurari (X-XIII secolo)», *Rivista Storica Italiana*, 110/3, pp. 781-833. Ma cfr. già 1980, VIOLANTE, C., «Monasteri e

è la circolazione delle persone, dei beni e delle monete, la prassi dell'investimento avente come fine la salvezza spirituale o la pubblica felicità o la felicità familiare, a fondare come metapersonale la nuova idea di ricchezza cristiana. Ovvero un'idea di prosperità e di accrescimento tutta riferita all'istituzione, all'*universitas*, al *corpus*, di cui i soggetti individuati fanno parte[17]. Se, nell'ipotesi antisimoniaca, la negazione di questo modello è rappresentata da chi, individualmente, commercia le *sacrae res* istituzionalmente pertinenti alle chiese, alla Chiesa, commercia dunque il *Corpus Christi* stesso a cui è impossibile dare un prezzo finito, nell'ipotesi etico-economica e civilistica dei secoli XIII e XIV, scaturita dalla riflessione penitenziale e canonistica di radice antisimoniaca, è invece la prassi usuraria a concretizzare la resistenza individuale, *extra ordinem*, a un'ipotesi di arricchimento che come quella mercantile ripone le proprie speranze di legittima ricchezza nell'investimento a rischio, è l'usuraio ossia il tesaurizzatore ad opporsi al mercante come figura dell'*infidelis* individualmente isolato[18], antitetico al gruppo mercantile inteso come nucleo della *societas* cittadina, una consorteria economica che, soprattutto dalla fine del Duecento viene a costituire una sorta di controfigura laica dell'ente ecclesiastico legittimata in tutta la sua evidente imperfezione proprio dal fatto di vivere la ricchezza come speculazione sull'eventualità, come abbandono delle certezze immobiliari per le fluttuazioni dei valori di scambio tipicamente rappresentate dalle monete[19]. La connessione stretta fra etica mone-

canoniche nello sviluppo dell'economia monetaria (secoli XI-XIII)», in *Istituzioni monastiche e istituzioni canonicali in Occidente, 1123-1215*, Milano, pp. 369-416.

17. Una complessa dottrina teologica supporta questi sviluppi etico-politici ed etico-economici: 1949, De Lubac, H., *Corpus mysticum. L'Eucharistie et l'Église au Moyen Age*, Paris. E cfr. 1991, Boureau, A., «Kantorowicz et Christus-Fiscus: la métaphore comme sujet de l'histoire», in Milo, D.S.-Boureau, A. (ed.), *Alter Histoire. Essais d'histoire expérimentale*, Paris, 127-138. Importante aggiornamento della questione in 1991, Rubin, M., *Corpus Christi. The Eucharist in Late Medieval Culture*, Cambridge.

18. Vasta e completa rassegna delle posizioni scolastiche sul problema in 1992, Langholm, O., *Economics in Medieval Schools: Wealth, Exchange, Value, Money and Usury according to the Paris theological Tradition, 1200-1350*, Leiden; l'equazione *usurarius = infidelis = hereticus* è ricavata dalla testualità inquisitoriale medievale e consegnata al mondo moderno e contemporaneo in 1747, Ballerini, P., *La dottrina della chiesa cattolica circa l'usura dichiarata dimostrata contro le pretese della novella opera intitolata Dell'impiego del danaro libri tre...*, seconda edizione, Bologna, p. 13 ss.

19. Cfr. 1989, Santarelli, U., *Mercanti e società fra mercanti*, Torino; 1991, Piergiovanni, V., «Un trattatello sui mercanti di Baldo degli Ubaldi», in *Scritti di storia del diritto offerti dagli allievi a Domenico Maffei* [Medioevo e umanesimo, 78], Padova, pp. 235-254; 1998, Baker, D.T., *The artistic and sociological imagery of the merchant-banker on the book covers of the Biccherna in Siena in the early Renaissance,* Tesi di PHD, University of Washington. Sul problema Todeschini, *Il prezzo*.

taria, tipica della civiltà mercantile due-trecentesca, e etica della povertà volontaria sviluppatasi dalla riforma gregoriana e cistercense sino alla profonda trasformazione francescana dello stile religioso della vita cristiana, risalta particolarmente se si consideri con attenzione il comune denominatore presente tanto nella riflessione teologico-morale sulla povertà come modello comportamentale, che nella legislazione cittadina e nella giurisprudenza economica tanto canonistica quanto civilistica riguardanti la relazione usuraria. Questo tratto comune, in effetti, è costituito, in ultima analisi, dall'avversione, presente in entrambi i contesti, per l'immobilizzo della ricchezza[20]. La ricchezza immobilizzata dei laici, infatti, tende ad apparire nella testualità teologico morale che da Urbano II e Bernardo di Clairvaux giunge fino alla canonistica del XIII secolo, quella di Innocenzo IV per esempio, come manifestazione concreta della *avaritia* ossia di una trasgressione che la Cristianità ufficiale ormai identifica con la simonia ossia con l'*infidelitas* al cattolicesimo romano; se, da un lato, dunque, i teologi, da Pier Damiani in avanti suggeriscono l'elargizione, la dispersione e la circolazione della ricchezza come forma della prosperità cristianamente ammessa[21], d'altro lato i concili che vanno dal Lateranense III al Lionese II (dal 1179 al 1274) condannano l'usura come comportamento pubblicamente scandaloso, praticato da *alienigenae* ossia stranieri, generalmente *iudaei*, nemici della prosperità cristiana perché esperti di una ricchezza intesa come tesaurizzazione e dunque negatrice del principio di distribuzione caritativa, ossia di circolazione mediata dall'istituzione ecclesiastica[22]. D'altro canto la legislazione antiusuraria delle città come pure la trattatistica giurisprudenziale di argomento economico fra XIII e XIV secolo (fino a Bartolo e Lorenzo de' Ridolfi), mentre stabilisce nella professione mercantile e nelle società fra mercanti e cambiavalute una ragione fondamentale della felicità pubblica, dunque della prosperità collettiva della *res publica christianorum*, individua nell'*usura* un contratto particolare sempre più nettamente distinto dalle pratiche creditizie di origine commerciale e rovinoso per gli equilibri economici cittadini[23]. Al modo, non sfuggirà, di mol-

20. TODESCHINI, *Il prezzo;* LANGHOLM, *Economics.*

21. Cfr. TODESCHINI, *I vocabolari dell'analisi economica.*

22. 1933, GRAYZEL, S., *The Church and the Jews in the Thirteenth Century. A Study of their Relations during the Years 1198-1254, based on the Papal Letters and the Conciliar Decrees of the Period*, Philadelphia; 1905, SCHAUB, F., *Der Kampf gegen den Zinswucher, ungerechten Preis und unlautern Handel im Mittelalter. Von Karl dem Grossen bis Papst Alexander III*, Freiburg.

23. Vedi sopra nota 19 e cfr. 1984 SANTARELLI, U., *La categoria dei contratti irregolari. Lezioni di storia del diritto*, Torino; 1997, *Del «Ius mercatorum» al derecho mercantil*, Carlos Petit ed., Madrid.

ta teologia morale due-trecentesca, ben rappresentata, per esempio nell'opera di Giovanni Duns Scoto[24]. Non a caso nello stesso periodo, da Bartolo a Baldo, i giurisperiti, come già segnalò Ernst Kantorowicz, definendo la realtà fiscale in termini di astrazione e onnipresenza istituzionale vennero vistosamente rappresentandola in analogia a modelli teologici: «...fiscus est ubique, et sic in hoc Deo est similis»; «...cum respublica et fiscus sint quid aeternum et perpetuum quantum ad essentiam...»[25].

In questa prospettiva, l'accelerarsi della circolazione dei titoli di credito e l'intensificarsi del cambio per lettera, tipici del XIV secolo italiano, potranno apparire, come ben mostra il recente contributo di Mueller su Venezia, non semplicemente, come sostenne De Roover, la via per sottrarsi alle condanne ecclesiastiche dell'usura[26], ma piuttosto la concretizzazione tecnica di una logica creditizia laica che, appunto sulla falsariga della precettistica teologico-morale e in analogia con quanto il potere cristiano aveva identificato come economicamente etico, stabilisce quale fondamento del bene comune la circolazione dei valori astratti, radica la dinamica del profitto non nella accumulazione di beni, ma nell'investimento e dunque nella trasformazione della moneta in quantità astratta di valore. Nonostante la consuetudine storiografica tendente a contrapporre le discussioni di teologi e moralisti, per esempio sul prestito pubblico, alla pratica vissuta del cambio, del ricambio e del commercio dei titoli[27], si potrà sostenere che tali discussioni, talvolta legittimanti, talvolta invalidanti aspetti delle dialettiche cittadine del cambio o del credito pubblico[28], determinano comunque il consolidamento istituzionale di tali prati-

24. 1989, Wolter, A. B., *Duns Scotus Political and Economic Philosophy*, Santa Barbara/Cal.

25. Baldo, *Ad C. 7, 37, 1, n. 2; Consilia I, 271, n. 3*: in 1989 (ma 1957) Kantorowicz, E.H., *I due corpi del re. L'idea di regalità nella teologia politica medievale*, Torino, pp. 158-159; 1991 Boureau, A., *Kantorowicz et Christus-Fiscus*. Che del resto nozioni basilari come quelle di prezzo di mercato si radicassero fra XIII e XIV secolo nella normativa canonica (come nel caso della decretale *Placuit ut presbyteri*) e di qui raggiungessero la civilistica fu già ben mostrato in 1971, De Roover, R., *La pensée économique des Scolastiques,* Montréal-Paris, pp. 22, 55.

26. 1997, Mueller, R., *Money and banking in Medieval and Renaissance Venice. II, The Venetian money market: banks, panics, and the public debt, 1200-1500*, Baltimore, p. 288 ss.

27. Ivi, p. 483 ss.

28. Rimangono classici riferimenti 1970, Kirshner, J., «The moral theology of public finance. A study and edition of Nicholas de Anglia's "Quaestio disputata" on the public debt of Venice», *Archivum Fratrum Praedicatorum*, 40, pp. 47-72; 1982, Idem, «Reading Bernardino's sermon on the public debt», in *Atti del simposio internazionale cateriniano-bernardiniano*, Siena, 547-622; 1983 Idem, «Storm over "Monte Comune": Genesis of the Moral Controversy over the Public Debt of Florence», *Archivum Fratrum Praedicatorum*, LIII, 219-276;

che[29]. Sono queste discussioni fra teologi, giuristi e amministratori a identificare nel prestito e nel commercio dei titoli obbligazionari emessi dai poteri cittadini il nucleo, linguistico ed economico, di un'organizzazione civica cristiana in grado di legittimare la transazione creditizia proprio in virtù della sua essenza pubblica. Ed è appunto l'esclusione degli *infideles*, degli ebrei soprattutto, dalla sfera di circolazione dei titoli, intesa dunque dalla *ratio* teologica e civica come tipica della natura pubblica, astratta e istituzionale della dinamica bancaria cristiana[30], a chiarire che nelle città Tre e Quattrocentesche esiste e cresce un'analogia concettuale fra economia commerciale laica ed economia del Sacro, fra, dunque, la rete di relazioni economiche di cui sono protagoniste le Compagnie commerciali e mirante all'arricchimento e alla prosperità del sistema interfamiliare cittadino cristiano[31], e la rete di relazioni economiche di cui sono protagoniste le istituzioni ecclesiastiche e il cui obiettivo è la conservazione e la crescita delle *res ecclesiae*. La nozione di bene pubblico, di *bonum commune*, che la teologia morale e la giurisprudenza delle città italiane bas-

1993, IDEM, «Encumbering Private Claims to Public Debt in Renaissance Florence», in AA.VV., *The Growth of the Bank as Institution and the Development of Money-Business Law*, a cura di V. Piergiovanni, Berlin, 19-75; 1991, AA.VV., *Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale*, Genova.

29. Al di là dunque della questione, decisiva per Kirshner, della «modernità» o del conservatorismo delle posizioni assunte nell'ambito di tali discussioni medievali. E' palese che ciò che rende storiograficamente importanti i conflitti ideologici sui monti pubblici, come in seguito sui monti di pietà, è, ben più dello spessore astrattamente teorico-economico dei partecipanti, il fatto stesso che nell'ambito di queste discussioni prende forma, come mai prima, un linguaggio dell'utilità pubblica strettamente connesso con quello del credito, e che, d'altra parte, questa emersione avviene nell'ambito dialettico caratterizzato dalla presenza e dall'intervento degli Ordini Mendicanti.

30. Per l'assenza di presenze ebraiche nell'ambito del commercio di titoli e per la connotazione «pubblica» di tale traffico connesso ai Monti comuni, cfr. MUELLER, *Money and banking*; sulle dinamiche economiche e politiche del credito ebraico in Italia fra XIII e XV secolo, cfr. 1996, TOAFF, A., «Gli Ebrei a Roma», in *Storia d'Italia. Annali* 11/1, a cura di C. Vivanti, Torino, pp. 121-152; LUZZATI, M., *Banchi e insediamenti ebraici nell'Italia centro-settentrionale fra tardo Medioevo e inizi dell'Età Moderna*, ivi, pp. 175-235. Un quadro delle relazioni economiche ebraico-cristiane in area toscana è ora accuratamente tratteggiato in 1998, VERONESE, A., *Una famiglia di banchieri ebrei tra XIV e XVI secolo: i da Volterra. Reti di credito nell'Italia del Rinascimento* Pisa, ove si osserva, p. 199, che «la presenza ebraica all'interno del mondo cristiano costituì sempre, pur con varie gradazioni, un elemento di anomalia, tale da turbare almeno di quando in quando la buona coscienza dei fedeli e da richiedere una giustificazione». Cfr. 1975, MUELLER, R., «Les préteurs juifs de Venise au Moyen Age», *Annales ESC* 30, pp. 1277-1302.

31. 1977, TABACCO, G., «Le rapport de parenté comme instrument de domination consortiale: quelques exemples piémontais», in G. DUBY-J. LE GOOF (ed.), *Famille et parenté dans l'Occident médiéval*, Paris, pp. 153-158; CAMMAROSANO, P., *Les structures familiales dans les villes de l'Italie communale. XIIe-XIVe s.*, ivi, pp. 181-194.

somedievali indicano come obiettivo dell'azione mercantile, appare da questo punto di vista come la più chiara traduzione semantica del concetto —all'origine ecclesiologico— di società cristiana come *corpus mysticum*[32]. L'avversione teologica e politica che la razionalità episcopale aveva manifestato, a partire dal secolo IX, nei confronti di coloro che commerciassero i beni consacrati, dando dunque un prezzo a ciò che era di per sé inapprezzabile, è ricodificata dalla razionalità cittadina e mercantile cristiana come esclusione di coloro, gli usurai manifesti, che commerciando il denaro inteso come oggetto finito, sembrano negarne le infinite potenzialità, rese evidenti invece, dall'angolo visuale mercantile, dall'esistenza stessa di una rete di relazioni come quella cambiaria che al denaro come oggetto veniva sostituendo la sua rappresentazione cifrata.

Non a caso, come ormai si viene riconoscendo, i più agguerriti e addottrinati conoscitori dei meccanismi dello scambio appartengono, fra

32. 1962, De Roover, R., «La doctrine scolastique en matière de monopole et son application à la politique économique des communes italiennes», in AA.VV., *Studi in onore di A. Fanfani* Milano, I, pp. 151-179; importante rassegna di casi che illustrano il nesso fra politiche assistenziali cittadine italiane fra XIV e XV secolo e crescita di una nozione di *bonum commune* quella contenuta in *Forme di povertà e innovazioni istituzionali in Italia dal Medioevo ad oggi*, a cura di V. Zamagni, I, Bologna (in corso di stampa). Cfr. 1999, Iannella, C., *Giordano da Pisa. Etica urbana e forme della società,* Pisa. Alla fine del Quattrocento un autore significativamente riassuntivo della tradizione etico-economica bassomedievale, Konrad Summenhart, nel suo *de contractibus*, sosterrà la legittimità dei prestiti pubblici, e nello stesso tempo l'immoralità dell'usura ebraica, invocando appunto la natura «mistica» dell'organismo cittadino cristiano: K. Summenhart, *De contractibus licitis atque illicitis,* Venezia 1580, p. 183: «...civitas licite potest civibus suis imponere tantam praestantiam, quanta eget pro amotione illius mali, quod reipublicae civitatis imminet: dummodo illud malum sit peius, vel perniciosum reipublicae, quam sit hoc, quod est cives cogi ad talem praestantiam, probatur dupliciter. Primo sic: quia in tali casu cives met tenentur ad tantam praestantiam, igitur ad eam possunt per habentem alias potestatem, vel donationem in eos ad hoc cogi. Consequentia nota, antecedens probatur: quia in corpore naturali natura hoc docet, quod imminente aliquo grandi malo corpori, quodlibet membrum potens occurrere tali malo naturaliter se opponit eidem, quantum potest: etiam cum preiudicio propriae salutis, si illud malum sit peius corpori quam sit hoc, quod est membrum pati tale preiudicium. Unde. Ut corpus redimas, ferrum patiaris et ignem. Igitur sic etiam erit in corpore mystico et suis membris. *Res autem publica, cuius administratrix est civitas est corpus mysticum, et cives sunt eius membra*». (sottolineatura nostra); ivi, p. 219: «Quartum est deformatio corporis mystici, scilicet reipublicae, quia pro huiusmodi mutuationem [usurariam] divitiae a pluribus membris civitatis abstrahentur et ad unum vel duo membra civitatis affluent». Cfr. 1977, Oberman, H. A., *Werden und Wertung der Reformation: Vom Wegestreit zum Glaubenskampf*, Tübingen, sezione II: «Die erste Tübinger Schule», 8: *Oeconomia moderna,* pp. 161-200. Questi ed altri passi di Summenhart rinviano, del resto, anche esplicitamente, alla dottrina economica sviluppatasi in ambito mendicante e soprattutto francescano, specificamente messa a punto da Bernardino da Siena nel primo quarto del XV secolo.

XIII e XV secolo, agli Ordini Mendicanti, a quello francescano in particolare[33]. E' infatti proprio la scelta religiosa mendicante, fra Due e Trecento, a concretizzare istituzionalmente, connettendole, sia l'ipotesi teologico-morale di una società sacralizzata strutturalmente non simoniaca, sia l'ipotesi economica di una società a dominante mercantile attenta al valore potenziale più che a quello contingente del denaro. Ma la valorizzazione e l'esaltazione della professione dei mercanti, presente nelle opere di Bonaventura da Bagnoregio, di Pietro di Giovanni Olivi, di Giovanni Duns Scoto di Giraldo Odone o di Francesco Eiximenis, alla luce di una miglior conoscenza dei loro scritti, non può più essere letta come un semplice adeguamento alla realtà dell'epoca: in effetti, nella testualità di questi autori, politicamente attivi in ambiti cittadini e nazionali di primaria importanza economica, il rilievo riconosciuto alla ricchezza imprenditoriale dei mercanti coincide con il netto rifiuto di ogni forma di accumulazione immobile della ricchezza, di ogni *avaritia*. L'usuraio e il simoniaco riappaiono nell'opera dei teologi economisti francescani come negazione tanto della povertà evangelica quanto della ricchezza orientata a determinare il bene comune delle città e dei regni. Lucidamente, nella nona questione sulla perfezione evangelica dell'Olivi, la credibilità, l'efficienza politica e complessivamente il valore sociale dei vescovi vengono fatti discendere dal loro disinteresse, dalla loro povertà e, in una parola, dalla natura istituzionale e non simoniaca del loro potere; ma analogamente nel trattato sui contratti dello stesso autore, rivelatosi di recente alla analisi di Sylvain Piron come concreta diramazione teorica delle pratiche mercantili provenzali, la ricchezza commerciale è tanto più riconoscibile come produttiva, come legittimamente fruttifera, come capitalizzabile, quanto più il mercante che ne è protagonista la attiva facendone la base di un benessere cittadino rinviante alla nozione di mercato[34]. L'usura, ma anche e più in generale il prestito o il cambio non finalizzati ad operazioni commerciali (*mutuum*, *cambium siccum*), sono in questa prospettiva considerati con sospetto e riprovazione prima di tutto perché, al di là della condizione di

33. Ci si limiterà a rinviare ai molti capitoli dedicati da O. Langholm, *Economics*, ad una «Franciscan Economics». Cfr. 1999, *Etica e politica: le teorie dei frati mendicanti nel Due e nel Trecento* (Atti del XXVI Convegno della Società Internazionale di Studi Francescani, Assisi) Spoleto. Cfr. 1998, Bériou, N., «L'esprit de lucre entre vice et vertu. Variations sur l'amour de l'argent dans la prédication du XIIIe siècle», in *L'argent au Moyen Age*, Paris, pp. 267-287.

34. Cfr. 1998, Piron, S., «Marchands et confesseurs. Le Traité des contrats d'Olivi dans son contexte (Narbonne, fin XIIIe-début XIVe siècle)», in *L'argent au Moyen Age* Paris, pp. 289-308; 1999, Todeschini, G., *Olivi e il* mercator *cristiano*, in *Pierre de Jean Olivi (1248-1298). Pensée scolastique, dissidence spirituelle et société*, a cura di A. Boureau e S. Piron, Paris, pp. 217-237.

diseguaglianza e di iniquità economica che sembrano determinare, rappresentano emblematicamente un'economia non pubblica, tutta giocata all'interno del sistema delle relazioni individuali, sfuggente pertanto all'ipotesi di società ecclesiale cristiana che teologi, canonisti e sovrani avevano, almeno a partire dal IX secolo, progressivamente formato.

Un momento decisivo per comprendere la forte relazione analogica esistente dal XIII al XV secolo, nelle città italiane soprattutto, fra etica del bene comune ed ecclesiologia antisimoniaca, sembra essere rappresentato, come si è accennato, dalle discussioni sul prestito pubblico. Queste discussioni, molto vive a Venezia, Firenze, Genova, soprattutto fra XIV e XV secolo, sono state considerate spesso dalla storiografia o come il riflesso ideologico di una novità economica, o come un indizio di modernizzazione dottrinale. Si è in genere ritenuto che in esse si manifestasse la resistenza ecclesiastica al fenomeno del Monte Comune ed al connesso pagamento di interessi da parte dei poteri cittadini a chi acquistasse i titoli di credito emessi dai poteri stessi[35]. Si può, tuttavia, intendere il fenomeno, senza scinderlo fra pratica e discussione teologico-morale sulla medesima, come insieme complesso di comportamenti economico-politici e discorsivi tipico di una fase avanzata della trasformazione civica ed economica bassomedievale, fortemente determinata dalla presenza degli Ordini mendicanti, e nettamente connotata dai lessici, semanticamente assai densi, riassunti dalla parola *mons* («monte», metaforico per risparmio collettivo). Da questo punto di vista, la meccanica del prestito pubblico, indipendentemente dall'approvazione etico-economica data o negata dai teologi alla riscossione periodica degli interessi pagati dal potere pubblico, appare come una traduzione politico-istituzionale della nozione di bene comune cittadino sostenuta dalla teologia morale soprattutto francescana e radicata nelle ipotesi sociali cristiane a sfondo antisimoniaco. Se si voglia ricordare che proprio questa Scuola teologico-morale, d'altronde, aveva sostenuto, fra XIII e XIV secolo, la legittimità degli interessi ricavati dall'investimento di denaro destinato al profitto mercantile, la legittimità dunque del credito se ancorato a un'ipotesi di *bonum commune*[36], si potrà comprendere che l'idea stessa del Monte comune, come quella del Monte delle doti, e, in seguito del Monte di pietà, ha la sua prima radice in una accezione delle relazioni economiche decantatasi all'interno di una morale della solidarietà tra *fideles*. Rappresentanti insigni di questa Scuola teologica, come alla fine del Trecento il francescano Eixi-

35. Cfr. sopra nota 28.

36. Nelle opere di Pietro Olivi, Giovanni Duns Scoto, Astesano, Giraldo Odone soprattutto: cfr. LANGHOLM, *Economics;* TODESCHINI, *Il prezzo.*

menis, faranno poi di questa teologia politica una vera e propria dottrina del buon governo[37]. Nella dialettica costituita dall'istituzione del prestito pubblico è, insomma, visibilmente attiva una razionalità in grado di monetizzare la fedeltà alla *civitas*, poiché la costruzione stessa del concetto di bene comune cittadino poggiava almeno a partire dal XII secolo sull'equivalenza fra solidarietà cristiana e legittimità del profitto. Che del resto, la nozione di Monte rinviasse a un solido retroterra teologico, sarebbe stato ben evidenziato nel Quattrocento in tutte le principali città italiane e in molte città europee, dalla rappresentazione visibile come pittura o scultura dell'emblema del Monte stesso: il Corpo di Cristo come sacro Oggetto di pietà e devozione, ma nello stesso tempo come riassunto mistico dell'unità civica[38]. Non per nulla Tolomeo da Lucca, ai primi del Trecento, aveva saldamente ancorato la nozione di unità civica a quella di *charitas*, la virtù cristiana che, per eccellenza, collegava i cristiani fra loro e ne stabiliva il rapporto con la divinità: «Amor patriae in radice Charitatis fundatur» (*De regimine principum* III 4).

D'altronde, è importante ricordare che l'uso stesso della parola *mons* per indicare l'insieme della collettività dei fedeli, il *commune* o la *civitas* come entità economica e mistica in grado di far fronte con il proprio risparmio alle emergenze della guerra o della povertà, si radicava in una tradizione teologica ed esegetica molto antica e tipica della Cristianità occidentale. Già Agostino, nel suo *Sermo* 45, commentando Isaia LVII 13, «Qui autem dediti erunt mihi, possidebunt terram et inhabitabunt montem sanctum meum», aveva interpretato il «monte» in questione come allegoria del Cristo e della Chiesa, aveva dunque inteso la promessa biblica riassunta dalla parola «monte» come promessa di una felicità coincidente con la struttura ecclesiale della società. L'abbondanza, la prosperità sono già, in questi passaggi agostiniani, visibilmente connessi all'unione mistica dei cristiani, mentre i desideri di ricchezza esterni a tale unione sono descritti come *avari*. Quel passaggio di Isaia, insieme con un altro testo

37. Cfr. 1999, Puchades i Bataller, R.J., *Als ulls de Déu, als ulls dels homes. Estereotips morals i percepció social d'algunes figures professionals en la societat medieval valenciana* Valencia; nel suo trattato antiusurario come, del resto, nel *Terç del Crestiá*, Eiximenis afferma nettamente, in chiave oliviana, il diritto del mercante di vendere l'uso del proprio denaro: 1985 Hernando i Delgado, J., *El «Tractat d'usura» de Francesc Eiximenis*, Barcelona, pp. 65-66. Nel *Regiment* (1927 Francesco Eximenis, *Regiment de la cosa pública* a cura di p. D. De Molins De Rei, Barcelona, pp. 167 ss.) lo stesso autore costruisce la propria città ideale a partire da un'altissima valutazione etico-sociale della professionalità mercantile.

38. 1982, Prodi, P., «La nascita dei Monti di Pietà: tra solidarismo cristiano e logica del profitto», *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento* 8, pp. 211-224; *Banchi pubblici*.

biblico, quello del Salmo LXVII, «Mons coagulatus, mons pinguis, mons in quo placitum est Deo habitare in eo», continuerà poi ad essere letto dai teologi occidentali come allegoria del *Corpus Christi*, ossia come immagine della coesione mistica della società cristiana. E' però soprattutto nei commentari alle Scritture composti fra secolo XI e XII, che i teologi riprendono questa tipologia esegetica per sottolineare l'identità cristologica del pubblico benessere, l'equazione fra Corpo di Cristo come sacro cumulo di infinita ricchezza, e prosperità celeste e terrena della Comunità dei fedeli. In Bruno di Segni, in Bernardo di Clairvaux, in Riccardo di San Vittore, in Pietro Lombardo, nei Certosini, Cristo stesso è il *mons* da cui scaturisce la grazia salvifica, la somma di perfezione in grado di nutrire e far prosperare la società in quanto comunità dei credenti, nello stesso tempo riassunta dalla *Ecclesia* in quanto struttura istituzionale. La Riforma sociale, economica ed ecclesiastica tipica dell'Età gregoriana ha, da questo punto di vista, nella parola *mons* («monte») una sua cifra riassuntiva. Questa parola, così tipica delle economie monetarie cittadine bassomedievali, indica che la felicità pubblica dei Cristiani ipotizzata dai poteri consacrati è pensabile solo come sublimazione istituzionale delle ricchezze private, che, dunque, soltanto l'economia del *bonum commune*, per analogia con il teorema antisimoniaco, è in grado di fare dell'economia cittadina e in particolare del risparmio cittadino una manifestazione del *Corpus Christi*[39]. Non per nulla la storiografia che più di recente (penso ai lavori di Sneider, Henderson, Terpstra, Muzzarelli, Albini[40]), si è occupata dei modi nei quali confraternite, ospedali e Monti di Pietà gestiscono fra XIV e XV secolo l'economia della ricchezza e della povertà nelle città italiane, è giunta alla conclusione che tali soggetti istituzionali costituivano una concretizzazione nello stesso tempo economica e mistica della *societas* cittadina. Nel contesto di quella che si è voluta chiamare «religion civi-

39. La storia del termine *mons* e delle sue valenze metaforiche in ambiti economici è ancora da fare; essa tuttavia potrà iniziare da una considerazione sistematica di questo lemma a partire da una serie di passi scritturali (Daniele II 34; Isaia 57, 13; Salmo 35; Salmo 67; Matteo, 5, 15: *mons coagulatus, mons pinguis, mons Sion*) e dalle interpretazioni che ne diedero la Patristica occidentale (Agostino, *Sermo* 45), e la dottrina ecclesiologica fra XI e XII secolo (Bruno di Segni *In Ps. LXVII*, PL 152, 959B ss.; Idem, *In Pentateuchum* XIX, PL 164, 275D; Bernardo di Clairvaux, *Sermo in ascensione domini*, PL 183, 312C; Idem, *Sermo XXXIII* 7-9, PL 183, 629C-630D; Gilberto de Hoilandia, *In canticum Salomonis*, PL 184, 165B; Pietro Lombardo, *In Ps. LVII*, PL 191, 537B-C; Idem, *In Ps. X*, PL 191, 147C; Zaccaria Crisopolitano, *De concordia evangelistarum III 119*, PL 186, 379A; Riccardo di San Vittore, *In Cantica Canticorum*, PL 196, 452C-D). La connessione fra *mons pinguis*, *Christus* nutritivo e oblativo e comunità dei fedeli giunge fino a Tommaso d'Aquino, *Super evangelium Johannis* 6, riga 130 ss.; Idem, *Reportationes ineditae leoninae. 1: ex lectura super Matthaeum V 10-22*, riga 27 ss. in 1996 *Thomal Aquinatis opera omnia, cum hypertextibus in CD-ROM,* ed. R. Busa, Milano.

40. *Forme di povertà e innovazioni istituzionali.*

que» bassomedievale[41], i monti di pietà, i monti comuni, i monti delle doti e in generale le istituzioni creditizie pubbliche, costituirono, dunque, la città come *Corpus*, ebbero l'effetto, come ha giustamente osservato Matthew Sneider, «to bind the city together as a spiritual community»[42].

Si può comprendere, allora, che l'identità stabilita da molta storiografia fra tradizionale divieto ecclesiastico dell'usura e avversione al credito che sarebbe stata tipica della teologia morale dal XII secolo, si basa sul totale fraintendimento della relazione che intercorse fra ecclesiologia, teologia morale e pratiche creditizie cittadine fra XIII e XV secolo. E' infatti evidente che tanto la teologia morale quanto la giurisprudenza canonistica e civilistica, percepirono in termini qualitativi e politici la transazione creditizia: distinguendo dunque fra denaro produttivo di pubblica ricchezza e speculazioni private. Fra, in altre parole, denaro istituzionale, connesso alle dinamiche della *civitas*, e denaro il cui valore, non controllabile dai garanti della *fides* religiosa e pubblica, appariva come la manifestazione di un elemento dissacrante. L'usuraio in tale contesto, come già il simoniaco, non parve in alcun caso un soggetto giuridico e morale paragonabile al potere pubblico attivatore di dialettiche del credito, né inseribile nel sistema di relazioni creditizie di cui le compagnie mercantili, le città, i sovrani furono protagonisti. Questo secondo, largo giro di promesse e impegni di pagamento, proprio perché intimamente connesso con le politiche pubbliche di governo, ma anche con le dialettiche interfamiliari di per sé strutturanti o condizionanti i poteri cittadini, non fu, infatti, né poté essere inteso in alcun caso come coincidente con la prassi privata dell'usura *manifesta* condannata tanto dal concilio di Lione del 1274, quanto dalle legislazioni cittadine coeve e successive. Né, del resto, la condanna e il bando dei debitori insolventi —tipica delle legislazioni cittadine due e trecentesche— significò mai un riconoscimento o una legalizzazione della dialettica usuraria: al contrario, come è ora mostrato da alcune ricerche, essa ebbe il significato, tutto politico, di un controllo, pubblico appunto, del sistema locale del credito, o il senso, altrettanto politico, di strumento di lotta tra gruppi di potere. Come, infatti, risulta chiaramente dagli studi di Gaulin e Milani su Bologna alla metà del XIII

41. 1995, *La religion civique à l'époque médiévale et moderne*, a cura di A. Vauchez, Roma (École Française de Rome).

42. M.T. SNEIDER, *Pane e proprietà: la politica economica di un ospedale bolognese nel Rinascimento*, in *Forme di povertà e innovazioni istituzionali*; 1995, N. TERPSTRA, *Lay confraternities and civic religion in Renaissance Bologna* Cambridge; M.G. MUZZARELLI, «Un "deposito apostolico" per i poveri meno poveri, ovvero l'invenzione del Monte di pietà», in *Forme di povertà e innovazioni istituzionali*; 1993, MENNING, C.B., *Charity and State in late Renaissance Italy: the Monte di Pietà of Florence,* Cornell University Press.

secolo, l'obbligo alla restituzione dei debiti e, in caso di insolvenza, il bando dei debitori, avveniva, per la giurisprudenza cittadina duecentesca, in conseguenza della volontà civica di rendere pubblici il prestito al consumo e il mercato del denaro di modesta entità; se, invece, i protagonisti del prestito cittadino erano mercanti di grande rilevanza politica e coinvolti in vasti giri di credito internazionale (come il pistoiese Ammanati, a Bologna), essi non venivano in alcun caso intesi dalla *ratio* giuridica cittadina come rappresentanti del quotidiano traffico usurario da espellere o disciplinare, o come normali debitori insolventi da inquisire e da allontanare a buon diritto[43]. Quando, come avvenne negli scritti dei sommisti penitenziali fra Tre e Quattrocento, il Principe fu criticato perché sembrava ammettere l'usura (ebraica, in particolare) sui propri territori o addirittura avvalersene, appare chiaro che la critica non fu certo nei confronti del potere come protagonista del credito, ma piuttosto del potere che acconsentisse a diminuire il proprio controllo sulla circolazione dei valori, convalidandone invece una libera, privata ossia desacralizzata contrattazione[44]. Analogamente, allorché Francesco da Empoli a Firenze nel Trecento, o Angelo da Chivasso a Genova nel Quattrocento, discussero la liceità del prestito pubblico, il nodo da sciogliere non fu in realtà la legittimità astratta del credito cittadino reso possibile dai prestiti richiesti dalla città ai propri *fideles*, ma piuttosto la necessità di tale dinamica creditizia, ossia la verifica della sua natura effettivamente istituzionale[45].

43. 1997, GAULIN, J.-L., «Les registres de bannis pour dettes à Bologne au XIII siècle: une nouvelle source pour l'histoire de l'endettement», in *Mélanges de l'École Française de Rome-Moyen Age* 109/2, pp. 479-499; G. MILANI, *Prime note su disciplina e pratica del bando a Bologna attorno alla metà del XIII secolo*, ivi, pp. 501-523. Il caso dell'Ammanati è considerato da Gaulin, ivi, p. 498.

44. *Summa astesana,* Venezia 1480, III 11; Angelo DA CHIVASSO, *Summa de casibus conscientiae,* Venezia 1495, f. 270r: «Tertiodecimo ne [Judei] usuras exigant sed exactas restituant... [*Post miserabilem*, Hostiensis, Iohannis Andreae] unde principes terrarum peccant mortaliter non cogendo eos ad restituendum usuras et similiter christiani si ipsis non restituendibus monerentur ne cum eis haberent commertium si post monitionem eis factam commertium cum eis haberent...».

45. Angelo DA CHIVASSO, *Summa*, f. 510v: «[utrum] ...civis a quo communitas eius indigens pecunie accipit centum contra eius voluntatem licite sine usura possit recipere certum quod puta VIII libras pro centenario quando sibi annuatim ipsa communitas constituit. Respondeo, diversi diversa scripserunt sed salvo meliori iudicio mihi videtur distinguendum quod aut communitas ipsa habet annuos redditus, aut non. Si habet sicut est civitas Ianue et de ipsis redditibus assignat certam partem tali a quo pecuniam habuit secundum proportionem pecunie habite, item quod tantum habeat omni anno de tali redditu ipse bene vel male respondet sic licite talis accipit, quia talis communitas talem pecuniam accipit non nomine mutui, cum numquam velit eam reddere, sed pro precio talis partis suorum redditiuum quos pro solutione pecunie habite vendit tali civi et sic est emptio redditiuum civitatis que fieri po-

Come già, fra XII e XIII secolo, aveva stabilito il diritto canonico, la dinamica ipotecaria quanto quella direttamente creditizia a sfondo commerciale apparvero agli autori di testi penitenziali attivi nelle città italiane bassomedievali come pratiche economiche autorizzate dal pubblico interesse, come la condizione di una felicità collettiva che il potere in quanto entità istituzionale e sovrapersonale, ossia quasi-sacra, doveva garantire, per ragioni sia teologiche che civiche, alla comunità religiosa e politica dei *fideles*. Dai Monti Comuni ai Monti di Pietà, il mercato, il credito e le dialettiche monetarie, in una parola il sistema degli scambi economici, concretizzarono in termini istituzionali e quotidiani la nozione, tutta teologica, della Cristianità come *corpus mysticum*. Il difficile equilibrio fra economia dei beni consacrati ed economia dei beni laicali formatosi in ambiente canonistico e civilistico all'indomani della riforma del secolo XI cominciò, dunque, a tradursi in un nuovo equilibrio: quello fra economia pubblica ed economia privata, fra utilità pubbliche e utilità private. La monetizzazione dei valori di scambio, tipica della storia economica dei secoli XIII-XV, può apparire, da questo punto di vista, un capitolo fondamentale nella storia della teologia politica occidentale.

test sine usura...Et secundum hoc loca Ianue, mons Florentie et imprestita Venetiarum sunt licita et sine usura...». Come già si vide, sopra, nota 31, questa dottrina raggiunge qualche decennio dopo il *Tractatus de contractibus*, di Konrad Summenhart: cfr. ivi, p. 184, la *quarta conclusio* che riprende l'argomento di Angelo sugli *annuos proventus civitatis* e sul diritto della città di *vendere* ai cittadini prestatori lo «ius percipiendi annuas pensiones de predictis eius obventionibus, si civitas habet causam rationabilem, vel eam urget necessitas».

Counterfeit of Coinage in England of the 13th Century and the way it was remembered in Medieval Provence

Joseph SHATZMILLER

Two subjects will be discussed at the present study: Patterns of Jewish moneylending in medieval England and, the horrendous events that happened in there at the second half of the thirteenth century, in particular in the years 1278-1279. In November of 1278, hundreds of Jews in all parts of the country were imprisoned in the Tower of London, accused of counterfeiting royal coinage. Dozens of them, perhaps even hundreds, were sentenced to be executed and were actually hanged. The events are well known and in describing them I will rely on works of colleagues, past and present, and not on original research of mine. On the other hand when my discussion moves to the diffusion of news of these tragedies and the knowledge that Jews outside England had about them, I will rely on my own findings in the archives of Provence in Marseilles as well as on the Hebrew literature of the period.

A. Evidence from Provencal Archives

Let me start then with three episodes concerning counterfeit and coin clipping that can be found at the judicial registers of the small Provencal city, Manosque. They all precede the black death: the first dates 1284, the second 1292, and the third 1338. The third one has to do with the events in England which I have just mentioned.

In the first document we read about a Jewish lady by the name of Rosa de Grassa, whose husband is referred to in another document as «Frenchman» (*Francigena*)[1]. For years I considered him as such until I re-

1. See my *Recherches sur la communauté juive de Manosque au moyen âge*, Paris-La-Haye, 1973, pp. 11-17.

alized that the Jewish community of Manosque had English Jews also, presumably the expulsees of 1290. Yet he and his wife appear already in documents preceding the explusion, my first reaction may have been the correct one. At any event, on July 30, 1284, Rosa, wife of the still living Abraham, was dealing in the marketplace, being paid the sum of five (or four) *tournois* from a man called Stephan Berelsus. One coin raised attention as it was lighter than the others. Her suspicions were shared by people who came to see what the noise was all about. Then Rosa turned to a professional moneychanger (it would seem) in the marketplace who had the right balances. He too confirmed her fears. Wisely she refused to conclude the transaction[2].

Rosa's actions were wise because keeping in ones possession faked coinage and putting in circulation would be treated severely by the authorities of the city. Another Manosque lady, whose name was Alasacia Ricarda, learned the hard way on one of the last days of the month in December 1292[3]. Found guilty for having dispersed «false coinage» (*peccunia falsa*) in the city, Ricarda was banished from it perpetuity, never to return again. Hers was a worse misdemeanor than Rosa's would have been: if we believe our documents she did it knowingly (*scienter*). Although the sum involved was much lower than that of her Jewish predecessor; five *denarii* in all, the court showed no mercy. An old privilege granted by the count of Forcalquier in February 1207 to the city of Manosque had another punishment for counterfeit: each time a criminal would be caught, he would have to pay no less than ten thousand gold-denarii. The count declared that he would never change his punishment. However, all evidence indicates it had been altered before the end of the century[4].

The third and last Manosque document describes an incident that occurred almost fifty years later[5]. The scenery this time was the court of the city itself. The litigation involved two rival Jewish families. They were all

2. Departmental Archives of the Bouches du Rhône, Marseilles, 56H951-fol. 9r°v°-30.7.1284.

3. *Ibid.*, 56H963-fol. 20r°22.12.1292.

4. M.Z. Isnard, *Livre des priviléges de Manosque*, Digne-Paris 1894, pp. 5-6.

5. Departmental Archives-Marseilles (as in note no. 2 above) 56H 984-fol. 26ro-10.11.1338. I have dealt already with the documents mentioned in notes 2 and 3 above in my article «Une matriarche juive au tournant du xive siècle: Rosa de Grassa», in *Femme Mariages-Lignages, xiie-xive siècles; Mélanges offerts a Georges Duby*, Bruxelles 1992, pp. 325-340. The document referred to in the present note was published by me in «Shelomo lbn Verga and the Expulsion of the Jews from England», in *Exile and Diaspora,* studies..., *presented to professor Haim Beinart*..., Jerusalem 1988, pp. 349-355, in particular pp. 354-355.

accused of being involved the previous day —the ninth of November— in a scrimmage in the synagogue. One of the litigants turned to the Judge, pointed at his adversaries saying «Don't you know that he is a coin clipper» and addressing his words to the other party exclaimed, «You have been English and you were expelled from your country because you had unlawfully tampered with the coins» (*quia rotundabatis monetam*) We know that the tribunal found at least one, and probably both, of the men to be guilty. The amount of the fine imposed is not known, but the notary of the court wrote down that it had been collected (*collecta*).

All those mentioned until this point were what we may label «ordinary people». However, reports of coin clipping were also given by famous Jews. First we have the testimony of Me'ir ben Baruch, known as Me'ir of Rothenburg [c. 1215-1293] the supreme rabbinical authority of German Jewry at the time when the expulsion from England occurred[6]. He had been asked whether certain Jews who took the oath not to engage in this criminal activity, may nevertheless have tampered with coinage, since when swearing they had not meant to stick to their word. The Great Rabbi was furious. Such people should be physically punished. It was not only a disgraceful scheme but also a dangerous one. «The communities of France and England ("The land of the Island") paid a dire, bloody, price, for having done it», he wrote. He may have written it before the 1290 expulsion took place, in reference to the hanging en masse of English Jews in 1278-1279.

Our second Hebrew source hails from the pen of a lesser-known scholar, I have in mind Profait Duran known also as the «Ephodi» of Perpignan, then a Catalan city and today French, who had written a Chronicle of Jewish catastrophes (*Zikhron ha'Shemadot*) about two years before his death in the year 1412[7]. The chronicle is lost today but was known at the second half of the 15th century to the statesman and scholar Issac Abravanel. [1437-1508] He quotes Duran in what concerns the explusion of the Jews from England, finding the cause to be coinage counterfeit. The monarch (he does not mention Edward the First by name) warned the Jews on several occasions to abandon this nefarious practice. As they would not obey, expulsion was decreed.

6. See my article «Shlomo ibn Verga», etc. mentioned in the previous note, p. 350.
7. *Ibid.*, pp. 351-352.

B. The English Experience, the Context

The general context of Jewish moneylending in the Island is of much relevance. There seems to have been no Jews in England in the early middle ages. Later on, the claim would be made that they were brought to Britain by William the Conqueror as a result of the Norman conquest of 1066. In fact we do not have any solid proof for this claim. The earliest mention of Jews living in London appears during the reign of Henry the first (1100-1135)[8]. The twelfth century seemed to be the golden age of English Jewry. Invited to serve the economy as moneylenders (and only as such) some of them acquired in relatively short time immense fortunes. The name to remember is that of Aaron of Lincoln whose fortune equaled that of the greatest of Barons, indeed the King himself. Operating from the north of England it would seem that many —if not all— Jews of other cities served as his agents. Aaron, in collaboration with other Jewish financiers handed over loans of significant amounts to the monarch himself. Churches and monasteries would turn to him and his collaborators as well. Upon his death his fortunes were confiscated by the King and a special branch of the exchequer (*scaccarium Aaronis*) was created in order to collect his outstanding debts[9].

The thirteenth century that culminated with the expulsion of the Jews in 1290 was not as forthcoming to them as the previous one. The economic boom of the 12th century was replaced by more moderate growth. Non-Jewish moneylenders —mostly Italian— appeared on the scene, and willy nilly pushed Jews aside. The centralized government changed policies: instead of being asked for loans, Jews were now imposed with taxation («tallage») which by its immensity impoverished them, and in fact brought about the extinction of the goose who laid the golden age, or (to use a metaphor by the late Cecil Roth) «the royal milk cow»[10].

The English government invested quite a lot in creating an administration to monitor Jewish moneylending and to supervise it. In cities where Jews were allowed to settle, offices called «*Archa*» were established[11]. The deeds, labeled «chirographs», were written in two copies, one of which was kept in the Archa for the sake of verifying the Jew's claim when asking that his loan to be redeemed. In Westminster a special

8. Cf. Joseph Jacobs, *The Jews of Angevin England, Documents and Records*, London 1893, pp. 1-13.
9. Cecil Roth, *A History of the Jews in England* (third edition), Oxford 1964, pp. 15-16.
10. Roth, *op. cit.*, pp. 38ff.
11. *Ibid.*, pp. 28-37.

Exchequer of the Jews had been established —the continuation of the *scacrium Aaron*— which supervised the functioning of the *Archa* system and which served also as a tribunal deciding cases of contention. At times the barons of the Exchequer would ask that the whole archa be transferred to Westminster. For this reason we have today (and for the most published) the content of the archa of the city of Norwich and some other cities, containing not only deeds but also daybooks in which the essential of Norwich Jewry transactions were recorded[12]. This enabled Dr. Vivian Lipman to publish a marvelous monograph [inspired by Professor Richard Emery's book about the Jews of Perpignan, on the French-Spanish border today][13]. Both scholars, followed later by several others, reached the conclusion that by the second half of the thirteenth century Jewish clientele consisted mainly on peasantry and of the working classes in cities. The upper echelon of society looked for credit elsewhere, probably to the Italians[14].

The progressing impoverishment of English Jews made them less and less indispensable in the country. Cities obtained from the monarch permission to expel them from their territories. The old opprobrium against «usury», shoved under the carpet for generations, made a new appearance. In 1275, King Edward the first, emulating the saintly King of France, Louis the ninth, offered them fifteen years of grace in which they would transform their occupation from moneylending to more productive and legitimate commercial activities. Although a recent historian, Robin Mundill, presented evidence that Jews tried to change their way, King Edward, in his time, refused to endorse a similar observation. When the fifteen year span was over, the Jews were ordered to leave the Island[15].

It is in a context of anxiety and impoverishment (although even between 1275-1290 some individuals managed to do well) that the 1278-1279 horrendous massacre should be considered. To be sure falsification and counterfeit were not new phenomena in the last quarter of the 13th century. They go back to the Anglo-Saxon period and are quite noticeable (as we shall see) in the second half of the thirteenth century. Jews were not the only ones accused of the crime. Recent research has re-

12. M.D. Davis, *Hebrew Deeds of English Jews before 1290*, London 1888, pp. 1-218.

13. V.D. Lipman, *The Jews of Medieval Norwich*, London 1962; and Richard W. Emery, *The Jews of Perpignan in the Thirteenth Century*, New York 1959.

14. Cf. Mavis Mate, «The Indebtedness of Canterbury Cathedra Priory, 1215-1299», *Economic History Review*, 2d ser. 26 (1973) 183-197.

15. Robin R. Mundill, *Englands Jewish Solution, Experiment and Expulsion*, 1262-1290.

vealed a greater number of non-Jews involved in these activities. By 1278-1279 the dimensions of the financial disaster were such that English authorities considered re-striking new coinage in the country[16]. And as some Jews were probably involved in counterfeit, all of them were suspected guilty, and all heads of households —men and women— were put at the mercy of the Judicial system.

English chroniclers of the period knew about the imprisonment of the Jews and of the hanging *en masse*. Dr. Zefira Entin Rokeah who discovered information in the archives about the 600 Jews imprisoned in the Tower of London, is not ready to dismiss light-heartedly the number which some chronicles suggest namely that almost 300 were hanged[17]. Six hundred heads of families, men or women, constituted the totality, or majority, of English Jewry of the time —3000 persons at all—. And indeed the *Chronicon Petroburgense* claims that around November 11, 1278, «all the Jews were arrested within twenty-four hours»[18]. As for the number of those suspended, the *«Chronicle of Bury St. Edmunds»* counted 293[19]. H.G. Richardson suggested that these numbers are inflated[20]. Dr. Rokeah takes them more seriously, albeit her research, as we shall see now, has not yet yield such numbers.

Jews, let me repeat, were not the only ones accused and punished for having committed the crime: Christians were charged as well. But H.G. Richardson has already maintained that anti-Semitism played its role, and that Jews were discriminated against[21]. Z. Rokeah agrees with the late historian, and she even provides numbers to sustain this hypothesis[22]. Hav-

16. H.G. Richardson, *The English Jewry Under Angervin Kings*, London, 1960, pp. 218, 220.

17. Dr. Z.E. Rokeah studied the question in several of her publications. See e. g. «Some Accounts of Condemned Jews' Property in the Pipe and Chancellor's Rolls», in *Bulletin of the Institute of Jewish Studies,* I-III (London 1973-5) 19-66; «Money and the hangman in late 13th Century England: Jews, Christians and Coinage offences alleged and real» (Part I), in *Jewish/Historical Studies, Transactions of the Jewish Historical Society of England*, 31 (1988-1990) 83-109; «Money and the hangman in late 13th century England: Jews, Christians and Coinage offences alleged and real» (Part II), *ibid*, 32 (1990-1992) 159-218. See in particular her «Money and the hangman» etc. (Part I), pp. 96-97.

18. Z.E. Rokeah, «Money and the hangman», etc., p. 104, note 26.

19. *Ibid.*, p. 108, note 71.

20. H.G. Richardson, *The English Jewry*, etc. (as in note 16 above), pp. 217; 219 note 3; 220 note 1.

21. H.G. Richardson, *The English Jewry*, etc., pp. 218, 222-223.

22. Z.E. Rokeah, «Money and the hangman», etc. (Part I), pp. 98-99 and Part II, pp. 160-161. In a private typewritten addition Dr. Rokeah expended even further her analysis of numbers.

ing covered the whole printed material, the Israeli historian spent years in the public record office going over an immense number of manuscripts, namely the «Pipe Rolls», «Rolls of the Jewish Exchequer», «Miscellanea of the Chancery» and many other administrative documents. This provided her with the names of hundreds of Jews who were brought before the courts in the second half of the thirteenth century. She published them all, one by one, and in alphabetical order, in a two series article. Dr. Rokeah did not publish the names of the Christians involved —and she warns us that the numbers she provides are provisional and temporary and certainly not definitive—. However they are very interesting for several reasons: against 1110 Christians she has discovered, she has found 481 Jews (although their number may have exceeded 600). But while only 5.5% of the Christians were executed, the percentage of the Jews is almost three times higher, namely 15%. Besides execution (mostly hanging) there were those who got away by paying a fine. This was the case of half of the accused Christians, but only one fifth of the Jews enjoyed such a clemency. Also of interest is the fact that among the accused, we find dozens of Jewish women: certainly over fifty (I counted 54 women); at least three of them were actually hanged. Their names were Bellassez, daughter of Salomon of Willinford; Hanna of Rising; and Florin de la Selareye Motta of Oxford[23].

A digression is required at this point when considering the punishment of hanging in the 1270'. Our medieval sources concerned with the punishment of the transgressors do not agree with one another. A similar diversity of opinions also marks modern students of the question. As for law books of the middle age, those that I have found in my files, [I have not conducted a systematic search] we have the clear statement of Philippe de Beaumanoir. In his customs of Beauvaisis (ch. 30 no. 834), he states that «Counterfeiters must be boiled and hanged, and they forfeit everything they have»[24]. Philippe accomplished his monumental work in the year 1283. Around this time «the customs of Tourraine and Anjou» saw the light of the day. There, there is no mention of boiling. Counterfeit is mentioned rather casually, together with other crimes: theft, arson and church robbery. This treatise states «that [the criminal] should lose his ear for the first offence while for the next he loses his foot and at the third theft he is to be hanged» adding: «for you do not go from the large limb to the small

23. All names are recorded in «Money and the hangman», etc. (Part II), pp. 164-218.

24. *The Coutumes de Beauwaisis of Philippe de Beaumanoir* (Trans. By F.R.P. Akehurst), Philadelphia 1992, p. 304.

one, but from the small one to the larger ones»[25]. English jurists of the time do not seem to have «boiling» in their law books. Jurists, like Glanvil, of the 12th Century, knew the Anglo-Saxon practice of amputating the hands of those involved with counterfeiting. He considered the crime in the framework of Lese-majesty. So did, in the following century, Bracton, the «Father of English Common Law», who recommended the death sentence as the «supreme penalty». The «Fleta» expands a bit on Bracton and details the ways one would be considered as involved in counterfeit[26]. One doubts with the Historian H. G. Richardson whether these legalistics were followed up in actual practice. Even in 1278-1279 many of the accused were able to get away with monetary fines, and banishment seems to have been the usual punishment[27].

For France modern research has a less skeptical conclusion to the question of punishment, especially the boiling or the hanging of the malefactors. Claudine Bloch has found dozens of corporeal sentences for the second half of the 15th century. In her study boiling is absent[28]. But Jean Luc Desnier, has 35 cases (without providing us with reference) to this horrible punishment, six of them from the 13th century and before the black death[29]. Marc Bonpaire, in a forthcoming book, also maintains that boiling was the «most common» of all punishments[30], while Lauren Feller in his study of counterfeit in late medieval France[31] discovered for the

25. I quote from the English Translation published in *The Establishments de Saint Louis* (Trans. F.R.P. Akehurst), Philadelphia 1996, pp. 15-109, in particular p. 26.

26. Frederick POLLOCK-Frederic William MAITLAND, *The History of English Law before the Times of Edward I,* second edition, London 1984, vol. 2, pp. 504-505. Amputation of the fist (or of the hand according to another manuscript) as punishment for counterfeit is mentioned by the German Jewish chronicler of the 12th century Ephraim ben Jacob of Bonn (1132-after 1197). It happened in the city of Cologne at the year 1171. The accused were two Jews, one called Benjamin of Vladimir (Volhynia) the other Abraham the scribe of Kärnten. The Jewish communities of the region succeeded in making the tribunal change the verdict but only after deploying great effort and spending a lot of money. Cf. A. NEUBAUER and M. STERN, *Hebräische Berichte über die Judenverfolgung während der Kreuzzüge,* Berlin 1892 (reprint, Hildesheim (1997) pp. 71-72 and 206-209).

27. H.G. RICHARDSON, «English Jewry», etc., p. 218.

28. Claudin BLOCH, «Les peins appliquées aux faux monnayeurs en France par la chambre des monnais fin du xve siècle», in *Révue d'histoire du droit,* 58 (1990) 73-94.

29. Jean Luc DESNIER, «La justice du chaudren ou le chaudron de verité», in *Gazette numismatique suisse,* 36 (1986) 95-101.

30. I owe the indication of the last two studies to Marc Bonpaire of the C.N.R.S., Paris. Mr. Bonpaire kindly sent me the pages of his forthcoming book which deals with the «Boiling» punishment, pp. 16-36 and in particular pp. 22-23.

31. Laurent FELLER, *Faux-Monnayeurs et fausses monnais en France à la fin du moyen âge,* Paris 1986.

thirty years that extended between 1440-1470 some fifty documents concerning individuals and groups involved in counterfeit of coinage. As for punishments, he provides us with the following: a criminal could be put in a cauldron of boiling water and oil. The public was present. Once dead he would not be buried immediately: his cadaver was carried in the street and then hanged. Only when totally decomposed was what was left of his body inhumed. Next came a «simple» hanging and next, banishment that included mutilation of a visible part of the body. The criminal would be condemned for perpetual wandering and shame. However, Laurant Feller was unable to quantify and provide statistical data; how often were each of the punishments ordered? About the horrid boiling he just says that it was «usually» (*«normalement»*) deployed. We have to take his word for it for he does not provide references.

Next comes the question of the different aspects of counterfeit, legal and technical. Here, Philippe de Bauumanoir in chapter 30, number 385 seems to be the most outspoken medieval informant[32].

> «There are several kinds of counterfeiters. The first are those who knowingly make coinage from bad metal and they want to spend it as good; and if they were caught making the money before they had spent any of it, they would be punished for [use of metal of] improper fineness. —The second kind of counterfeiter is those who make coins of the right fineness, but not of the proper weight. —The third kind of counterfeiter is one who coins money in secret, even though it is good and true and the right weight, but he does it without the permission of the lord who can and should make that money, for he steals the right of the lord by making coins on his lands without leave. —The fourth kind of counterfeiter is one who clips the edges of coins, for the coins lose their proper weight and the person who does the clipping steals what is not his. —The fifth kind of counterfeiter is the one who knowingly buys false coinage and spends it as good. —All these kinds of counterfeiters must be hanged, and before that, boiled, and they have forfeited their possessions in the manner described above».

As for modern scholars, they agree with our medieval lawyer and add some technical aspects to his description. To quote H. G. Richardson again[33] the most frequent technique consisted of «turning the clippings into ingots or sheets of silver, ...associated with this practice was the manufacture of sheets of base metal coated with silver, which then passed

32. *The coutumes de Beauvaisis*, etc. (as in note 24 above), p. 302.
33. H.G. Richardson, ‹English Jewry›, etc., p. 217.

into trade as solid silver». Laurent Feller knows more[34] (pp. 23-28): clipping and grinding are just two of the possibilities. Professionals would use much more sophisticated methods for fabrication (and also for distribution of the products in the society); they would possess workshops as well as the necessary tools and instruments. Yet even if we have evidence of the existence of Jewish mint-masters before and after the events of the late 1270[35], it does not seem that they turned to such workshops and tools. More possibly their techniques, if any, consisted of clipping the coins or rubbing them.

C. English Jews in the County of Provence

Let us come back, and conclude, with the story of the English Jews in the county of Provence, in particular in Manosque, located at the northern, mountainous parts of the county. There in the first half of the 14th century flourished a Jewish community of some two hundred persons (35 households)[36]. Among them many hailed from Northern France, and we are able to identify at least four Jews from England: Mosse Anglicus and his son Jacob, Samson of Kriclade, and in 1338, the belligerent Aronetus. There must have been more (those men were heads of families!) who hid behind names like «Sara» or «Anna» without mention of any English origins.

As often happens in Jewish history, these French Jews (and probably the English ones too) were received by the indigent «locals» in a rather cool manner. Both Hebrew and Latin documents provide us with information to this effect. Thus the famous author and translator from the Arabic Kalonymos ben Kalonymos of Arles had been invited to study in Manosque in the academy (*Yeshiva*) of the then illustrious Issac ha-Cohen, while he was still a young man. He declined the invitation because, as he had written to his family, «The Jewish inhabitants are all French and I do not like their manners»[37]. As for Latin sources, we can add the case Abraham de Grassa *Francigena* who's origin was considered disgraceful by a local inhabitant. Two questions remain however unresolved: were English Jews considered «French» by the Provencale ones? Also, was the

34. Laurent Feller, *Faux-Monnayeurs*, etc. (note 31 above), pp. 23-28.

35. Benzion Dinur, *Israel in the Diaspora*, vol. II, Book II, Jerusalem 1996, pp. 245-248. (Hebrew).

36. Cf. *Recherches sur la communauté juive de Manosque,* etc. (as in note 1 above), pp. 19-31.

37. *Ibid.*, pp. 11-13.

cleavage between South and North a Jewish version of the tension that existed all over the southern society, conquered by the Capetians in Languedoc and by the Angevins in the Provence?

It seems easier to resolve another, third, problem, namely how did they reach the conclusion that the Expulsion of 1290 was a punishment for the coin clipping? Here is how their reasoning must have been: as the punishment for tampering with coinage in Manosque was banishment from the city, local Jews simply added one and one, and concluded that in the case of English Jews who experienced both counterfeit and explusion, the first one caused the other.

Moneda Metálica y Moneda Crediticia en el Reino de Navarra (siglos XII-XV)

Juan CARRASCO PÉREZ

INTRODUCCIÓN: TEORÍA Y CONCEPTOS

Desde hace algunos decenios asistimos a una auténtica renovación de los estudios de historia monetaria, centrada en un enriquecimiento de sus técnicas y métodos de investigación y, de modo muy especial, en una amplitud conceptual y de horizontes temáticos sin precedentes. Superados los viejos recelos entre los estudiosos de la numismática y los historiadores de la economía[1], la moneda, como testimonio histórico, es hoy día considerada, casi de forma unánime, un elemento esencial para la reconstrucción y mejor comprensión de los aspectos económicos de nuestro pasado. La historia monetaria se ha constituido así en uno de los sectores más dinámicos de la moderna historia económica. De otra parte, la complejidad y amplitud del fenómeno monetario exige un conocimiento mutuo de las enseñanzas proporcionadas por la documentación escrita y los testimonios materiales (arqueológicos y numismáticos). Su materiali-

1. Los trabajos, entre otros, de Peter Spufford han contribuido a tender puentes y a aproximar puntos de vista entre numísmatas e historiadores de la economía. Sirva de referencia a este respecto *su Handbook of Medieval Exchange* (London: The Royal Historical Society, 1986), en oposición a las teorías de Raymond de Roover. Cfr. Reinhold C. MUELLER, «The Spufford Thesis on Foreing Exchange: the Evidence of Exchange Rates», en *The Journal of European Economic History,* 24 (1995) 121-129. Y sobretodo su tratado *Money and its use in Medieval Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988. Existe traducción al castellano, debida a Enrique Gavilán, y editada por Ed. Crítica, Barcelona, 1991. De igual manera son dignos de mención algunos estudios de J. Day, tales como los reunidos bajo el título de *Monnaies et marchés au Moyen Âge*, Paris, 1994 y el más reciente de *Money and Finance in the Age of Merchant Capitalism*, Oxford, 1998. Tampoco se pueden dejar de mencionar a este porpósito las rigurosas y amplias investigaciones de F.C. LANE-R.C. MUELLER, *Money and Banking in Medieval and Renaissance Venice*, I. Baltimore, 1985; R.C. MUELLER, *The Venetian Money Market. Banks, panics and the public detb, 1200-1500* II, Baltimore, 1997.

dad y, en consecuencia, su ambivalencia, en tanto en cuanto que objetos metálicos de naturaleza, peso y valor legal determinados, ofrecen al historiador los elementos básicos de análisis necesarios para permitirnos situarlos en un contexto cronológico y político preciso. Sin olvidar definir su valor como medio de cambio, garantizado por la marca impresa de la autoridad que los acuña o emite.

Desde la antigüedad tardía, la producción monetaria ha sido siempre considerada como un derecho conexo a la soberanía o, cuando menos, al ejercicio de la autoridad política e institucional que detenta el poder. Dicha autoridad imprime su propio nombre y título, mediante el cual le confiere su valor legal. Toda una simbología informa de la identidad y fisonomía del soberano, el cual tiene, o puede tener, en su moneda el instrumento propagandístico de sus actuaciones políticas en materia de economía y finanzas. Todo un universo conceptual impregna la amplia controversia sobre el papel de la moneda en la sociedad medieval[2]. Para unos, como Nicolás de Oresme (1320-1382)[3], la moneda no pertenece a Príncipe sino a la comunidad. Y tan sólo a ella, como sociedad organizada, le compete alterar o quebrar su valor, cuando excepcionales circunstancias así lo aconsejen. Otros, por el contrario, confieren su plena propiedad a la Señoría o poder político, dejando a éste la capacidad de alterarla a su conveniencia y capricho. En la mayoría de las monarquías de la Cristiandad latina prevaleció este criterio, pero tales actuaciones no siempre estuvieron en sintonía con las exigencias de la creciente monetarización que registra la economía de gran parte de la Europa occidental. Con frecuencia el intervencionismo regio produjo serias alteraciones y, en ocasiones, llegó a desdibujar u oscurecer aspectos básicos de la «fenomenología» monetaria. Una evaluación, siquiera aproximada, de la liquidez de un sistema, entendida como la cantidad y calidad de las especies monetarias puestas en circulación y utilizadas por un determinado poder

2. Cfr. Giacomo TODESCHINI, *Il prezzo della salvezza. Lessici medievali del pensiero economico,* Roma, 1994, cap. 13, pp. 187-211: «Valore e utilità del denaro: l'analisi economica nel XIII secolo...»; J. KAYE, *Economy and nature in the fourteenth century: money, market exchange, and the emergence of scientific thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

3. Alumno y Rector del Colegio de Navarra en la Universidad de París. Cfr. Jean FAVIER, *Dictionaire de la France médiévale*, s.v. Oresme, París, 1993. Su Tratado (*Tractatus de origine et natura iure et mutationibus monetarum*) ha sido editado y traducido por J. HERNANDO, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 2 (1981) 9-65. Para una lectura del pensamiento escolástico Cfr. *Traité des monnaies. Nicolas Oresme et autres écrits monétaires du XIVe siècle (Jean Buridan, Bertole de Sassoferrato).* Textes réunis et introduits par Cl. Dupuy. Traduits par Fr. Chartrin, Lyon, 1989.

político, siempre ha comportado serias dificultades. O dicho de otro modo, la masa monetaria circulante en un espacio y momento dado es un dato significativo de análisis, pero su estimación resulta a todas luces difícil y problemática. Es rara la situación en la que circula exclusivamente una moneda única de nombre y valor, lo frecuente es que las especies circulantes sean de más de una variedad o especie, pero con referencia a un cambio fijo. Disponer de instrumentos monetarios diversos es un síntoma inequívoco de una economía desarrollada o, al menos, esa diversidad de valores, en términos de moneda, apunta a una variedad de transacciones mercantiles.

Para paliar, al menos en parte, el hermetismo y oscuridad con que se presentan estas y otras cuestiones, indicadores básicos de una verdadera historia monetaria, es preciso acudir al mejor conocimiento posible de los elementos constitutivos de la moneda. Como es sabido, su composición metálica y su peso completan la caracterización de las distintas especies, a los que se une su valor como instrumento de cambio. Estos tres componentes (ley, talla, peso) son la referencia principal de que dispone el historiador de la moneda para atribuir un valor intrínseco, y también nominal, cuyas especies individuales tienen un nombre preciso (dineros, sueldos, grosses, coronas, blancas, florines, etc.). Al tiempo, parece necesario y oportuno definir la relación entre las diversas especies e interpretar, en la medida de lo posible, la política monetaria de cada príncipe y su gobierno.

La moneda medieval contiene una parte de metal precioso, oro y plata, que es la expresión de su valor real. La cantidad de metal dependía del peso de la pieza y de su ley o composición metálica. El peso era fijado por la talla, referida a la cantidad de metal por unidad fundamental de peso o marco. Es decir: el número de piezas obtenidas por cada marco monetario. Son raras las ocasiones en que el peso real de las piezas coincide con el fijado por las ordenanzas. Consciente de ello, la autoridad emisora, ante las anomalías y defectos ocasionados por los toscos procedimientos de fabricación, consiente un margen de tolerancia, previsto en las propias ordenanzas, llamada el «remedio» sobre la ley y el peso[4]. Otra causa de la alteración del peso de una moneda era la ocasionada por el uso, pero sin minusvalorar el deterioro a que podía ser sometida por medio de la «tonsura» o raspado ilegal, para así sustraer algunas cantidades de metal, conservando inmutable su valor facial. Las unidades de medi-

4. J. Belaubre, *Dictionnaire de Numismatique médiévale occidentale*, Le Léopard d'oro, Paris, 1996, s.v. «remède».

ción utilizadas difieren de unos países a otros y, en ocasiones, un mismo sistema métrico aparece entrecruzado con otros, lo que hace sumamente complejo cualquier intento de medición moderna[5]. A partir del siglo XI, la unidad de peso más frecuente es el marco de Troyes de 244'7529 gramos y su uso estuvo vigente en Navarra hasta las emisiones del segundo tercio del siglo XV, en tiempos de doña Blanca y su marido Juan II. Después empezaría a llamarse marco de Pamplona o de París, pero con idéntico valor. En general, si las libras pesaban alrededor de 400 gramos, los marcos europeos oscilan entre los 230 y los 245 gr. Esta variabilidad es frecuente en los pesos de los marcos medievales, pues no siempre responden a una referencia común, sino que con frecuencia difieren según se utilizasen en acuñaciones de oro, plata y vellón[6]. El título o ley de estos metales (oro y plata) se expresa en unidades también diversas. El oro puro es de 24 quilates; cada quilate tiene cuatro granos. Salvo excepciones, las emisiones de los reyes nunca eran inferiores a los 18 quilates. El título de la plata se cuenta en dineros; dineros de ley, ya que dicho término tiene varios significados: unidad de peso, un valor y un nombre de moneda. El dinero de ley se subdivide en 24 granos. El metal en lingotes destinado a la acuñación de monedas tenía una aleación de 23/24 de fino, llamado plata de rey por su elevado grado de pureza y cuyo título era de 12 dineros de ley.

La ley y el peso, como es sabido de todos, nos informan no sólo del valor intrínseco de la moneda, sino de sus condiciones de producción y uso. Sin embargo, es necesario valorar la composición y el volumen de la masa monetaria puesta en circulación, y conocer, asimismo, la relación existente entre los diversos instrumentos de pago. El precio del oro y de

5. Los romanos combinaron el sistema *duodecimal* con el *decimal* y de éstos nacieron los medievales, incluida la reforma de Carlomagno. Los carolingios pusieron en vigor el dinero, heredero del denario romano, y como peso de la libra que dejaría paso al marco. La libra monetal de cuenta es la reunión de 240 dineros o 20 sueldos, coincidiendo con el peso en plata de 15 onzas romanas; mientras que la Troyes-Paris es de 16 onzas y su marco, de media libra, es de 8 onzas. Su peso se estima en 244'7529 gramos, parecido a las 3/4 de la libra o sea 9 onzas romanas. Cfr. A. Dieudonné, *Manuel des poids monétaires.* Paris, 1925: A. Beltrán, *La Moneda: una introducción al estudio de la Numismática.* Madrid, 1983, pp. 61-88.

6. La moneda medieval catalana fue tallada de acuerdo a dos marcos diferentes: el marco de Barcelona para la plata y el marco de Perpiñán o de Montpelllier para el oro. Cfr. M. Crusafont-R. Comas, *El florí d'or català: Catalunya, València, Mallorca*, Barcelona, 1996, pp. 33 y ss.: «El marc de referència per a la talla del florí»; M. Crusafont, *Pesals monetaris de la Corona Catalanoaragonesa,* Barcelona, 1999, pp. 48 y ss. En Castilla también se utilizaron dos marcos diferentes: para la plata, el marco de Burgos o de Colonia, y para el oro, el marco de Toledo, cuyos pesos eran idénticos (230 gramos). Vid. A.M. Balaguer, «Los ponderales medievales castellanos: catálogo y documentación», en *Gaceta Numismática*, 118 (1995) 9-42.

la plata, tanto amonedado con sin amonedar, nos permite apreciar los cambios registrados en los distintos sistemas monetarios en función de las oscilaciones (escasez o abundancia) de uno u otro metal. Y más aún, la capacidad de penetración de las distintas especies monetarias en el mercado.

Soy consciente de lo ambicioso del programa propuesto y, al mismo tiempo, de la complejidad de muchas de las cuestiones aquí apuntadas. Con todo, y al amparo del título general de esta Semana de Estudios Medievales de Estella —Moneda y monedas— trataré de ofrecer una aproximación a la historia monetaria del pequeño reino de Navarra, uno de los más singulares espacios de poder público del Occidente europeo y que, como es bien conocido, tanto contribuyó a la forja de la monarquías peninsulares durante la llamada Edad Media hispánica[7]. El tiempo histórico en el que se enmarca mi reflexión discurre entre los años de 1150, fecha del inicio del reinado de Sancho VI el Sabio (1150-1194) —sin olvidar esos precedentes monetarios que se difunden y actúan en los mercados bajo el amparo regio de la unión dinástica con Aragón[8] (1076-1134)—, verdadero punto de partida de los primeras acuñaciones propias de moneda navarra *(moneta regis Nauarre*, *solidos nauarrenses* y, finalmente, dineros sanchetes, en justa referencia a sus creadores: los monarcas de la dinastía de los últimos Sanchos)[9]. Y para cerrar este arco temporal de casi tres siglos y medio, el año de 1495, que también coincide con el inicio de un nuevo reinado y la coronación de los monarcas —Catalina de Foix y su marido Juan III de Albret—, seguida del preceptivo monedaje o acuñación de nueva moneda: Reales de oro de una ley de 22 quilates y una talla de 72 piezas por marco (de Pamplona, Troyes o de París, de 244'7529 gr.) y un peso de 3'3993 gr. Con la misma ley se acuña-

7. Cfr. Ángel J. Martín Duque-Juan Carrasco, «Navarra, reino medieval de las Españas», en *Las Españas medievales*, Fundación Duques de Soria, junio 1998 (en prensa).

8. J. Carrasco, «Los inicios de la vida urbana en el reino de Pamplona bajo la Unión dinástica con Aragón (1076-1134)», en *El fuero de Logroño y su época,* Ayuntamiento de Logroño, Logroño, 1996, pp. 144-165.

9. Como es sabido, bajo la unión dinástica (1076-1134), los reyes de Aragón y Pamplona llevaron a cabo, acorde con los renovados impulsos de la vida urbana, abundantes emisiones de moneda jaquesa. De aquí que la moneda pequeña (dineros y óbolos), atribuida a García Ramírez el Restaurador (1134-1150) y a su hijo Sancho el Sabio puedan ser consideradas como las primeras emisiones propiamente navarras. E. Ramírez Vaquero, «Bases de la simbología monetaria», en *Signos de identidad histórica para Navarra,* t. 1, Pamplona, 1996, pp. 159-174. Para una de descripción de los diversos tipos monetales puede verse el estudio de M. Ibáñez Artica, «Catálogo Numismático de Navarra I: monetarios del Museo de Navarra y del Museo Arqueológico Nacional hasta 1305 (tipología "románica": siglos XI-XIII)», en *Trabajos de Arqueología Navarra,* 11 (1993/94) 141-197.

ron dobles y cuartos reales; reales y medios reales de plata, de una ley de 11 dineros y dos granos y a una talla de 96 piezas por marco (2'5495 gr.); y «sezenes» de 7 cornados, tarjas y blancas de muy baja ley como tendremos ocasión de ver más adelante[10].

I. MONEDA Y MONEDAS EN EL REINO DE NAVARRA: APROXIMACIÓN A LAS POLÍTICAS MONETARIAS Y A LAS GRANDES ETAPAS DE SU HISTORIA

Durante estos tiempos de plenitud, crisis e incertidumbres, el reino de Navarra experimentó grandes transformaciones en su estructura social y económica. Se podría afirmar, con todas las matizaciones que se quieran, que, a mediados de la duodécima centuria, Navarra se vio inmersa en los múltiples avatares que lleva aparejada esa incipiente economía monetaria. Burgos y juderías fueron activos mercados, donde francos y judíos aportan su dinero para ser negociado en transacciones mercantiles y en las operaciones de cambios monetarios realizados en la rúa Mayor, que por eso se llamaría también de los Cambios, propia de los enclaves urbanos de la ruta de peregrinación a Compostela y en las rúas y plazas del «mercadal» de ciudades y villas, desarrollados al amparo de la colonización de las tierras nuevas del valle del Ebro.

Quizá sea algo pretencioso, al menos en el estado actual de nuestro conocimientos, acomodarme, ya de entrada, a los elementos y niveles de dinero, moneda y crédito. Para los dos últimos no existen demasiadas dificultades, conocemos múltiples y variados testimonios que evidencian el uso y circulación de la moneda metálica (con no pocas adherencias de un bimetalismo siempre activo, propio del mundo hispánico y sobre el que gravitaría durante largo tiempo el peso del oro musulmán y, también, cristiano, en especial en tiempos del rey de Castilla Alfonso VIII —1158-1214—) y el empleo frecuente del crédito, no sólo en manos de las comunidades judías, sino de amplios sectores de mercaderes y cambiadores de los burgos de francos. Pero, como no podía ser de otra forma, la dificultad mayor radica en la noción, más o menos abstracta y con no pocas incrustaciones ideológicas, del dinero. Al margen de cuestiones de tipo semántico, creo necesario tener presente que a lo largo de la Edad Media,

10. AGN, *Comptos*, caj. 166, nº 2. F. Idoate, *Catálogo del Archivo General de Navarra* = CAGN, XLVIII, nº 921: «... que nos, considerando que a los reyes deste nuestro reyno es dado y pertenesce echar moneda empues de su coronacion, por lo qual et por la mucha necessidat que a present se ofrece de moneda en todo el dicho reyno, porque se han seguido grandes dannios por dar lugar a monedas estrangeras en mas alto precio de su valor».

tanto en sentido estricto como en sentido figurado, podemos ver como el dinero —y la moneda— son al mismo tiempo medios de cambio y patrón de valores financieros y comerciales; mercancía que se compra y se vende, tal y como aparece lúcidamente bien resumido en el famoso tratado de Nicolás Oresme[11].

1. El siglo XI y sus precedentes monetarios

Como se recordará, el sistema monetario trimetálico del tardo imperio romano, basado en la circulación simultánea de diversas especies (oro, plata y cobre), fue la referencia inicial que heredaron las diversas monarquías bárbaras de Occidente. Sin embargo, desaparecida la complejidad y amplitud que, durante largo tiempo impuso el mundo romano, dicho sistema tendió a simplificarse. Dicha simplificación se circunscribe al carácter público de la moneda y limitado a las acuñaciones áureas, como signo evidente del prestigio y la soberanía que tratan de encarnar las nuevas soberanías de origen germánico. Durante algún tiempo, pervive el *solidus*, la moneda de oro de tradición romana, pero desde fines del siglo VI el porcentaje de fino en la ley experimentó una merma considerable. En la monarquía hispano-visigoda, al igual que en la franco-merovingia, la función económica de esta monetarización fue bastante escasa y problemática, de aquí que fuese necesario producir un nuevo nominal (el *denarius*): dinero de plata de 1'36 a 1'80 gramos y que pronto acabaría imponiéndose, desafiando a la lógica económica y la mismísima ley de Gesham. Con todo, en las regiones mediterráneas fue algo más duradera la presencia del oro, favorecida por el papel político y económico que representa la expansión y conquista árabe. En el amplio dominio islámico, en el que se incluye gran parte de la Península Ibérica, se crea un sistema monetario propio y unificado, bimetalista, basado en una moneda de oro: el *dinar*, de 4'25 gramos de peso, algo inferior al sueldo romano-bizantino y que en Occidente recibiría el nombre de «mancusos»; y una moneda argéntea, inspirada en el dracma persa: el *dirhem,* de un peso de 2'95 gramos. En el siglo VIII, la moneda musulmana había alcanzado los sectores meridionales de la Europa occidental. Por el contrario, en su franja centro-septentrional, el uso del oro con fines monetarios había sido

11. Cfr. Not. 3: *Traité des monnaies..., ob. cit,* pp. 47-122, C. Dupuy, éd. Lyon, La Manufacture, 1989; «Nicolás de Oresme: Tractatus de origine et natura iure...», de J. Hernando, *art. cit.,* pp. 12 y ss. Resultan pertinentes las siempre atinadas reflexiones de Jean Favier. Cfr. «L'Argen», en *L'Argent au Moyen Âge*, XXVIIIe Congrès de la S.H.M.E.S. (Clermont-Ferrand, 30 mai-1er juin 1997, París, 1998, pp. 9-16).

casi completamente abandonado, favorecido por las reformas de Carlomagno del 794, que trajo consigo la creación del dinero de 1'8 gramos e hizo tallar 240 dineros por libra, aunque para ello fuese preciso incrementar el peso de la misma. El sueldo permanecería en el recuerdo, pero únicamente como una unidad de peso e indicar, asimismo, el valor de 12 dineros, pero sin referencia alguna a la relación de cambio. Los veinte sueldos de cuenta equivalen a una libra de cuenta en este sistema monometálico, de base argéntea, que estuvo vigente en la Europa continental hasta mediados del siglo XIII. Por otra parte, el ámbito de la moneda carolingia no parecía estar cerrado y menos aún mostrarse autosuficiente. Ya desde mediados del siglo IX, cuando dicho sistema entró en crisis, fluyen hacia las tierras norteñas una corriente de plata y oro muy estimable, procedente de la España musulmana o al-Andalus.

Por su parte, los reyes de la España cristiana no parece que acuñaran moneda[12]. Al menos, esa es la impresión que se constata también entre los monarcas pamploneses de la dinastía Jimena. A lo largo del todo el siglo X y el primer tercio del XI, desde Sancho Garcés I (905-925) hasta Sancho Garcés III el Mayor (1004-1034), la ausencia de acuñaciones es un hecho probado, aunque las causas de tales omisiones, en el estado actual de nuestros conocimientos, aún no han quedado suficientemente probadas[13]. Desde el punto de vista político, resulta a todas luces incomprensi-

12. Cfr. el interesante y bien documentado trabajo de Jean GAUTIER-DALCHÉ, «L'histoire monétaire de l'Espagne septentrionale et centrale du IXe au XII e siècles», en *Anuario de Estudios Medievales*, 6 (1969) 43-95, en especial de la 51 a 55. Aunque en el título se hace referencia a la «España septentrional», están excluidos el reino de Pamplona y los condados pirenaicos. Con su rigor y agudeza habituales, en fechas recientes (1998), ha vuelto a insistir sobre el tema. Vid. «Du royaume asturo-léonais à la monarchie castillano-léonaise: Une histoire singulière (VIII-IX siècle)», en *L'argent au Moyen Âge*, *ob. cit.*, pp. 77-92.

13. Para Eloísa Ramírez Vaquero sí parecen explicables esas ausencias, cuando afirma: «El reino de Pamplona, como el astur-leonés, no tuvo especial necesidad de acuñar moneda hasta el siglo XI. La demanda de numerario estuvo hasta entonces suficientemente cubierta por las especies hispano-godas residuales y, sobre todo, por las musulmanas, que circulaban sin ningún problema». Vid. «Bases de la simbología monetaria», en *Signos de Identidad histórica para Navarra*, t. I, Pamplona, 1996, pp. 160 y ss. En su amplia y bien plateada investigación, J.J. Larrea apenas roza esta cuestión. Cfr. *La Navarre du IVe au XIIe siécle*, Paris-Bruxelles, 1998, pp. 237 y ss. Entre 1019 y 1071 hay 6 documentos, todos procedentes del monasterio de Leire, cuyas menciones a operaciones de compraventa se efectúan bajo la fórmula «precio in argento solidos». Cfr. Ángel J. MARTÍN DUQUE, *Documentación medieval de Leire (siglos IX-XII)*, Pamplona, 1983, Doc., nº 19, 24, 34, 50, 75 y 93. Este último, de 1071, indica: «LXXª solidos argenti de pondere Alauensi». Estoy de acuerdo con J. Gautier-Dalché (vid. nota anterior), cuando afirma que no es posible identificar el *solido de argento* con el sueldo carolingio, debido, entre otras cosas, a su procedencia musulmana. El *solido de ar-*

ble e incluso paradójica tal circunstancia. Los reyes cristianos, como herederos del *Ordo Gothorum,* luchan contra los infieles para restablecer el «orden», perdido tras la conquista de Hispania por los musulmanes. En su proyecto político no hay, por tanto, la más mínima cesión del ejercicio de soberanía[14]. Tampoco resultan convincentes los argumentos que apuntan a una debilidad de los intercambios y, en consecuencia, a la falta de una verdadera función económica de las distintas especies monetales. Sabemos que la masa monetaria de la Europa carolingia era más bien escasa y de una circulación lenta, y no por ello cesaron las acuñaciones. La hipótesis que apunta a las reservas existentes, favorecidas por un largo proceso de tesaurización resulta la más verosímil, con todas las reservas que el caso requiere. Sea como fuere, debió de existir una cierta inclinación hacia los dos sistemas monetarios vigentes en aquel entonces —un preludio del peculiar bimetalismo hispano-cristiano— que pudieron afectar a estos espacios: de una parte, estarían bajo el influjo del dinero (*denario*) de plata carolingio, y, de otra, los nunca interrumpidos intercambios con al-Andalus, donde los *dinares* de oro (*mancusos* o *mitcales*) circulaban con profusión[15], hasta alcanzar, desde el primer tercio del siglo XI, las tierras del Pirineo. A este respecto, no conviene perder de vista los cambios operados a lo largo de este dinámico período, pues los flujos monetarios y de metales preciosos se vieron ampliamente favorecidos por la explotación «dineraria» de los reinos de Taifas[16] y por el desarrollo espectacular de la ruta de peregrinación a Santiago de Galicia[17]. Tales transformacio-

gento de la documentación antes citada es, como el *dinar dirham*, un cierto peso de metal blanco. Algunos ejemplos más pueden verse en. M.A. Zamanillo, «Circulación monetaria y sistemas de pago en Navarra en los siglos X a XIII», en *I Congreso General de Historia de Navarra,* Pamplona, 1987, t. 3, pp. 239-245.

14. Vid. Ángel J. Martín Duque, «Imagen histórica medieval de Navarra. Un bosquejo.», en *Príncipe de Viana*, LX (1999) 401-458.

15. A.M. Balaguer Prunés, *Del mancús a la dobla: or i paries d'Hispània*, Barcelona, 1993; «The influence of the moslem coinages upon the Monetary Systems of the Medieval Iberian Kingdoms», en *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, Satarén, 1984, pp. 307-334.

16. Vid. José Mª Lacarra, «Aspectos económicos de la sumisión de los reinos de Taifas (1010-1200)», en *Homenaje a Jaime Vicens Vives, I*, Barcelona, 1965, pp. 255-278; O.R. Constable, *Trade and Traders in Muslim Spain. The Commercial Realignment of the Iberian Peneinsula, 900-1500.* Cambridge University Press, Cambridge, 1994. Hay traducción al castellano: *Comercio y comerciantes en la España musulmana. La reordenación comercial de la Península Ibérica del 900 al 1500*, Ed. Omega, Barcelona, 1997.

17. Resulta útil a este respecto la consulta de la amplia bibliografía recogida por F. Miranda García como apéndice a la excelente obra, ya clásica, de *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela* (Luis Vázquez de Parga, José María Lacarra y Juan Uría Ríus), en las sucesivas reimpresiones que lleva a cabo el Gobierno de Navarra. La última, al menos por ahora, recoge

nes pudieron ser la causa para que, casi de forma simultánea, los reyes de la España cristiana modificaran su actitud pacata y retraída en materia de «política monetaria», como es la de contar con emisiones propias, respaldadas por sus respectivas soberanías. Con todo, es preciso recordar que la intensificación de los intercambios comerciales, perceptibles desde los inicios del siglo XI, habían creado una cierta dificultad monetaria en la mayor parte de la Cristiandad occidental, debido a la escasez de plata. En los reinos hispano-cristianos esa carencia fue compensada por un incremento del flujo del oro africano. Esta disponibilidad de metal amarillo pudo alentar voluntades para que en el conjunto de la España septentrional se acuñara una moneda propia. Con las variantes genuinas de cada espacio de soberanía, el *morabetino*, más o menos rebajado, circulaba por las rutas del Mediterráneo septentrional hasta los puertos del arco provenzal y, en especial, el de Génova. Sin dejar de mantener su singularidad, la historia monetaria peninsular se hizo más compleja. Complejidad incrementada en los espacios regidos por la monarquía pamplonesa, unida al «Casal» de Aragón después del regicidio cometido contra Sancho Garcés IV (1054-1076) en los escarpes de Peñalén.

2. Las primeras acuñaciones y las nuevas exigencias monetarias (1076-1180)

Al margen de las supuestas atribuciones de *moneta regis*, referidas, sin ningún fundamento, a Sancho III el Mayor, las impulsadas por Sancho IV el de Peñalén[18] también están sujetas a controversia. Es cierto que ma-

títulos publicados hasta 1997 (Cfr. t. III, Pamplona, 1998, pp. I-CXXVI. De ese mismo año, 1998, destacaría el trabajo de Giovanni CHERUBINI, *Santiago di Compostella. Il pellegrinaggio medievale,* Protagon Editori Toscani, 364 pp. Es una lúcida y bien documentada síntesis, cuyos planteamientos resultan, en muchos casos, sugestivos e innovadores. Vid. el apartado 3 del Cap. VI: «L'Europa delle strade, delle comunicazioni, dell'economia», pp. 303-313.

18. La amplia y vieja polémica sobre las primeras monedas «navarras» ha sido resuelta gracias, entre otros, a los trabajos de Miguel Ibáñez Artica, a los que en gran parte he seguido, al menos para estos complejos y sinuosos comienzos de la historia monetaria del reino de Pamplona. Cfr. su «Catálogo Numismático de Navarra» I, ya citado en la nota 9 y «Estudio metalográfico de monedas medievales: Reino de Pamplona-Navarra, siglos XI-XIII», en *NVMISMA*, XLVIII (1998) 59-92. Recuérdese que hasta fechas reciente nadie había puesto en duda que, como no podía ser menos, correspondía a Sancho III el Mayor la primera acuñación de dineros en la España cristiana. De acuerdo a tal aseveración, y para tratar de argumentar el cambio operado en la primera mitad del siglo XI, J. Gautier-Dalché nos dice lo siguiente: «Si Sanche le Grand a fait frapper des deniers en Navarre, l'exemple n'a pas été suivi par Ferdinand I, son fils, devenu roi de Castille, puis de Léon, qui, pourtant, exploitant systematiquement les royaumes musulmans a, de ce fait, disposé de masses importantes de métal

teria prima no le faltó, al recibir abundantes remesas de moneda y de metales preciosos andalusíes, pero los escasos testimonios conservados apuntan a *solidos* sin expresión monetaria real, mencionados como meras expresiones de valor[19]. Sin embargo, a mediados del siglo XI, es posible que la progresiva monetarización impusiese algunas exigencias en orden a disponer de numerario con el que atender las demandas mercantiles de los «hombres de la rúa» o de las colonias de *francigenae*, recientemente instalados a lo largo de la ruta de peregrinación compostelana. Con todo, habrá que esperar hasta el último tercio de dicha centuria para que este proceso se consolide y, en consecuencia, dar paso a las primeras acuñaciones propias, propiciadas por la rama aragonesa de la estirpe de los monarcas del reino de Pamplona. Fue Sancho Ramírez (1076-1094) su verdadero creador al emitir, desde la ceca de Jaca y como moneda del rey, los mancusos y dineros jaqueses. Cada mancuso-dinar tendría 3.5 gramos de oro, conforme a los acuñados por entonces en Zaragoza. La pérdida de su valor intrínseco había sido progresiva: desde los 4'5 gramos de oro de la época califal hasta los 3'90 del dinar-almorávide o morabetino. Esta práctica de imitar la moneda árabe de oro se había generalizado entre los príncipes cristianos, a lo que habría que añadir el cruce entre unidades de peso (moneda de cuenta) y valores monetales propiamente dichos, utilizados como instrumentos de pago. De aquí que los «dinares» áureos o, si se prefiere, mitcales de oro de imitación, acuñados en

précieux. Faut-il invoquer une sorte de solidarité dynastique: la frappe serait restée l'apanage de la branche navarraise de la famille issue de Sanche le Grand ? Le poids du passé et la répugnance à innover? Le fait, quoiquil en soit, mérite plus d'attention qu'on ne lui en a, jusqu'à présent, accordé». Cfr. «L'histoire monétaire de l'Espagne...», p. 59. Mientras que la animadversión de los nobles hacía Sancho el de Peñalén, y que acabaría en regicidio, tendría su causa en la avaricia mostrada ante la riqueza atesorada por las parias que había de pagar Almoctadir de Zaragoza. En 1069 se comprometió a pagarle «mille numos de auro bonos» al mes, y, en 1073, el compromiso era de «duodecim milia auri obtimi» al año. Cfr. Pío Beltrán Villagrasa, *Obra Completa. II. Numismática de la Edad Media y de los Reyes Católicos*, Zaragoza, 1972, p. 420.

19. En especial en los años centrales de su reinado. A partir de 1060 aparecen documentadas con cierta frecuencia operaciones en *solidos* pero sin referencia monetaria real y sólo en alusión a una estimación de su valor. Cfr. J.Mª Lacarra, *Colección... Irache*, *ob. cit.*, doc. 23 (1062): «...ualente quingentos solidos»; doc. 31 ([1064]: «valente CC solidos»; doc. 53 (1073, junio 19. Logroño): «balenti XL solidos»; doc. 54 (1073, junio 19. Riezu): «centum solidos ualente». Vid. Ángel J. Martín Duque, *Documentación medieval de Leire..., ob. cit.,* doc. núms. 70 ([1064, enero 22]), 76 (1066, junio 25. Albelda), 83 ([1068]) y 91 (1071, diciembre 7. Nájera). En todos estos ejemplos se utiliza la expresión «ualente», mientras que en los números 75 (1065) y 97 (1072) las distintas cuantías de moneda figuran como precio. Es curiosa la alusión al «tesoro de Cluny», como posible destino del pago de una pecha de cien sueldos. Cfr. Ibíd. doc. núm. 65 (1062, octubre 8): «per illo oro de Cluniaco, C solidos».

Jaca sean difíciles de identificar, pues la documentación apunta más bien a un uso limitado como unidad de cuenta o a la simple valoración en los pagos. En cuanto a la moneda de plata, ya desde el comienzo de estas acuñaciones, en los documentos de 1089 y 1090 las citas no pueden ser más explícitas: «moneta iaciensis o solidos de mea moneta de Iacca»[20]. Idéntica tónica se observa en el reinado de Pedro I (1094-1104), que también se alude a sueldos de dineros de la moneda del rey[21]. Estos «sólidos argénteos» son casi siempre conjuntos de doce dineros de referencia y «corribles», como los que —ante la animación de los intercambios y el desarrollo del comercio— circulan en el mercado de Estella en 1106[22]. Para estas fechas, ya en el reinado de Alfonso I el Batallador, estos dineros y medios dineros (óbolos) de vellón, con una proporción de plata que oscila entre el 50 y el 30%, se acuñan según los modelos occidentales (Tours, Angers, Melgueil o Poitiers), acomodándose también a su mismo sistema de cuenta. Se ha discutido mucho sobre la mejora de la calidad de acuñaciones del Batallador, ya sea con una ley *ternal* (tres dinero de ley) o *cuaternal* (cuatro dineros de ley), pero lo que no ofrece dudas es el incremento[23] de la masa monetaria puesta en circulación bajo su reinado y la variedad de tipos usados en su fabricación. Quizá ello fuera una exigencia de su política expansiva y colonizadora.

En las tierras de Castilla y León, como ha demostrado J. Gautier-Dalché[24], la división es clara: al norte del Duero, se emplea el sueldo de plata; al sur de la Cordillera Central es el dinar almorvedí o *morabetino*. En Ara-

20. Véase, en este misma obra de don Pío Beltrán, el capítulo XIV, dedicado a «Los dineros jaqueses», p. 421. Como testimonios navarros cabe citar la referencia de marzo de 1098, cuando García López de Erandauz vende al abad Raimundo de Leire diversas heredades en Villatuerta, Arandigoyen y Noain, por un precio de «centum quinquaginta solidos Iachenses»; y de enero de 1104: «...precium, id esto solidos quinquaginta Iacenses». Cfr. Ángel J., Martín Duque, *Documentación medieval de Leire,* doc. 163 y 203.

21. Vid. A. Ubieto, *Colección Diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Zargoza, 1951, Doc. nº 1 ([1086], enero. Jaca): «C solidos denariorum mee monete»; nº 82 ([1100], marzo. San Juan de la Peña): «CC solidos de dineros de mea moneta de Iaca».

22. Se trata de una operación en la que interviene Arnaldo, abad de Irache, al hacer donación de unos bienes, gravados con un censo de «II solidus illius monete que currerit eo die in Stella». Cfr. J.M. Lacarra, *Colección diplomática de Irache,* vol. 1 (958-1222), Zaragoza, 1965, doc. 88.

23. Está claro que dicho incremento resulta difícil de verificar, pero de lo que no hay duda es el aumento de las menciones sobre empleo de la moneda y del mayor volumen de los intercambios. Cfr. J. Ángel Lema Pueyo, *Colección Diplomática de Alfonso I de Aragón y de Pamplona (114-1134),* San Sebastián, 1990. Vid. doc. núms. 5, 16, 38, 40, 43, 50, 55, 60, 67, 78, 89, 106, 110, 115 y 116.

24. «L'histoire monétaire...», art. citado, p. 61.

gón y Pamplona esa división no aparece tan nítida y precisa, pero la coexistencia de ambos sistemas no ofrece dudas. Las orientaciones políticas y económicas de Sancho Ramírez y sus sucesores más allá de los Pirineos favorecieron los usos monetarios y los sistemas de referencia occidentales, pero sin abandonar los de tradición musulmana o andalusí[25]. La reconquista y repoblación del valle del Ebro fue factor decisivo para mantener esta dualidad. Una dualidad propia de un sistema bimetálico, ya que parece poco probable la coexistencia a su vez de dos regímenes monetarios de base argéntea (dineros jaqueses y «navarros»), con destino a los diferentes ámbitos de soberanía del mismo monarca[26]. Lo que sí ocurriría, al igual que en Castilla, es el predominio una moneda sobre otra. Hacia 1130[27], la superioridad del *morabetino* es bien patente, impuesta entre otros factores por el prestigio que conllevan sus cualidades intrínsecas.

Después de la muerte de Alfonso I, y como consecuencia de su irrealizable y utópico testamento, el reino de Pamplona fue restaurado al asumir García Ramírez (1135-1150) el título *de rex Pampilonensium*. A partir de este fecha, el nuevo soberano pudo emitir y emitió su propia moneda, referida esencialmente a la impresión de su figura y ofrecer así el testimonio de su autoridad en el espacio político ahora recuperado, pero los tipos, salidos todavía de la ceca de Zaragoza, apenas si experimentaron modificaciones sustanciales respecto a las anteriores emisiones. Quizá se mejoraría su calidad, al recuperar los 4 dineros de ley, que en los últimos años del Batallador se había rebajado a tres. Estos dineros, cuyo tenor de

25. Cfr. James J. Todesca, «Means of exchange Islamis coinage in Christian Spain, 1000-1200», en *Iberia and the Mediterranean world of the Middle Ages. Studies in Honor of Robert I. Burns S.J.*, vol. I, Leiden, 1995, pp. 232-258.

26. Esta hipótesis tan veladamente apuntada obedece a las dudas de interpretación que encierra el documento de enero de 1129, mediante el cual Alfonso el Batallador dona a la orden de San Juan de Jerusalén un collazo llamado García Sanz de Astráin. En dicha donación se incluye el compromiso de pagar 5 «solidos navarrensis monete». Cfr. Santos A. García Larragueta, *El Gran Priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén (siglos XII-XIII), II. Colección Diplomática.* Pamplona, 1957, doc. nº 7 y recogido por Lema Pueyo con el número 205 en la Colección antes citada.

27. Siempre me ha llamado la atención la cita de Yanguas *(Diccionario de Antigueda-des del reino de Navarra*, Pamplona, 1964, t. II, s.v. moneda, p. 139), en la que atribuye las primeras noticias referidas a monedas conservadas en el AGN = (Archivo General de Navarra) al año 1042 y en alusión a «maravedís mercadantes». Sorprende que no cite la fuente, un autor, por otra parte, también documentado. Creo que se trata de un error tipográfico, en el que en lugar del 0 habría que colocar un uno, pues en ese año de 1142 una tal Elvira, mujer de Pedro Martínez de Almunza, vende una «algoleca», en el término de Tudela, por el precio de 20 «morabetinos mercadantes». Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 1, nº 8 I. Publ. J. Carrasco, F. Miranda y E. Ramírez en *Navarra Judaica*, 1, doc. núm. 11.

plata es más bien bajo, circularon por el reino para atender las operaciones de menor cuantía, algunos de cuyos ejemplares se pueden ver en la exposición que acompaña a nuestras jornadas de trabajo[28]. No obstante el predominio del oro es bien patente y la primacía de la moneda áurea tiene su puntual registro en la documentación conservada. En un documento del monasterio de Irache —del año 1135— se hace mención de estos «aureos morabetinos»[29], y en la de la Catedral de Pamplona (también del mismo año), al efectuar una donación, se establece la equivalencia entre 41 marcos y cuarto con 412 morabetinos[30]. Aún más explícita es la operación fechada en Estella, en el mes de septiembre de 1137, mediante la cual el rey hace donación al monasterio de Irache de la villa de Munarrizqueta, a cambio de 2.400 «solidos de illa mea moneta qui fuerun ad compunctum CCC moravedis»[31] La presencia de la moneda de oro es cada vez mayor; su incorporación al fisco regio no hizo más que crecer, al igual que en las transacciones mercantiles. Todo parece indicar que esta especie monetaria, el morabetino, actúa como «mercancía» y referencia de valor, al tiempo que es considerada, de manera oficial u oficiosa, un instrumento de pago y moneda de cuenta, pero sin renunciar, como ya queda dicho, a las acuñaciones en dineros (*solidos denariorum*), destinadas a la comunidad para el desempeño de la función de moneda corriente y pública[32]. Después, conforme avanza el siglo, la expresión más frecuente fue la de «solidos nauarrensis monete»[33]. Parece evidente que esta convi-

28. *Monedas Medievales de Navarra*. Catálogo de la Exposición. Museo Gustavo de Maeztu, 3-25 de julio de 1999, fig. 5 6. Texto de Eloísa Ramírez Vaquero.

29. La cantidad de cien aureos, que reciben don Bodino de Estella y su mujer doña Aima de parte del abad de Irache, es por la entrega de una tienda y un horno. Dicho matrimonio había vendido sus bienes para con su importe poder hacer la peregrinación a Jerusalén. Cfr. J. Mª Lacarra, *Colección,* nº 126.

30. ACP. Libro Redondo, fol. 61. Publ. J. Goñi Gaztambide, *Colección Diplomática de la Catedral de Pamplona (829-1243)*. Pamplona, 1997, doc., nº 192 (1135, julio).

31. J.Mª Lacarra, *Colección...*, nº 131. Este documento ya fue publicado por Á.J. Martín Duque, «Documentos para el estudio de la numismática navarro-aragonesa medieval (5ª serie)», en C*esaraugusta,* 11-12 (1958) 95-123 y en especial las 102 y 103. Teóricamente, aquí se nos daría la relación de valor entre el oro y la plata: Los 2.400 sueldos de dineros de plata equivalen a 300 maravedís de oro, es decir una *ratio* de 1/8.

32. J.Mª Lacarra, *Colección...*, núms. 148 (1144): «...X solidos publice monete»; 150 (1146): «V solidos publice monete regis»; 157 (1149): «III solidos monete publice». Con semejante expresión, recogidos en las misma colección pueden verse los doc. nums. 159 (1152), que junto a 20 morabetinos se incluye un censo de 2 «solidos de monete publice»; 162 (1154); 172 (1163); 174 (1168) y 191 (1176).

33. Esa es la expresión utilizada, en 1153, en un documento de la catedral de Pamplona (J. Goñi, *Colección Diplomática de la catedral de Pamplona (829-1243)*, Pamplona, 1997, doc. nº 272); Ibídem, doc. nº 373 (1185, diciembre 1).

vencia de ambos sistemas (oro-plata) exigía el establecimiento de una relación entre el *morabetino* y el sueldo, que, a mediados del siglo XII, era de uno a ocho.

Los cambios operados en al-Aldalus, al amparo de la quiebra del dominio almorávide y su sustitución por los nuevos invasores almohades, alentó las expectativas de ganancias de los príncipes cristianos. Sancho VI el Sabio (1150-1194) había heredado de su padre un reino que carecía de fronteras con el Islam. Las ventajas de un alejamiento de la peligrosa vecindad almohade tenían su contrapartida, pues la marginación en las tareas de reconquista en que estaban empeñados los otros monarcas hispano-cristianos le privaba de una actividad guerrera y de los beneficios que ésta podía reportarles, tanto al rey como a sus nobles. Ello explica los propósitos del soberano navarro para establecer relaciones con Ibn Mardanish, conocido como el «Rey Lobo» de Murcia. Fruto de tal relación fue la corriente de moneda musulmana, los morabetinos lupinos[34], que pronto fluiría hacia el reino de Navarra. De otro lado, en la segunda mitad del siglo XII, la plata volvió a ser abundante en la Europa continental gracias a la explotación, entre otros, de los nuevos yacimientos descubiertos en Fleiberg (Sajonia), a los que pronto se unirían los de la Toscana, Bohemia y los de Iglesias en Cerdeña. Ello contribuyó a favorecer la reordenación de emisiones monetarias, especialmente en Francia, dividida en tres grandes espacios: el Languedoc, dominio de los dineros de Melgueil; la Francia del oeste, con los torneses, y los *provisinos* de Provins en el condado de Champaña. Este fraccionamiento o multiplicidad de especies también tuvo su eco tierras navarras, abierta a las principales cortes europeas por la sutil y hábil política matrimonial de Sancho VI el Sabio.

3. Reformas e innovaciones en el siglo XIII (1180-1330)

A los treinta años de reinado, en 1180, y cuando todavía le quedaban casi quince antes de morir, Sancho el Sabio había culminado su programa de acción política, cuyas principales líneas de actuación habían supuesto una moderna y sólida reorganización financiera y administrativa del reino, incluida su propia concepción de la realeza. Pese a su familiaridad con las monedas áureas, los monarcas de la dinastía de los Sanchos no acuñaron *morabetinos*, como lo hicieran otros reyes hispánicos. Su necesidad de esta tradicional especie como moneda-mercancía y unidad superior de cuenta fue subsanada, al menos en parte, con los morabetinos

34. James J. Todesca, *art. cit.*, p. 256 y not. 69.

lupinos musulmanes y con los cristianos de la cruz o alfonsinos. En cuanto a las otras especies (plata y vellón), sus políticas buscarían un progresivo viraje hacia las cortes y mercados de la Europa continental, pero sin renunciar a las más genuinas practicas de los sistemas hispánicos. Prácticamente había desaparecido la moneda jaquesa, sustituida por la navarra o del rey Navarra, sin que sepamos con seguridad dónde sería acuñada. Pamplona, la capital del reino, ostentaba la condición de dominio episcopal; quizá fuese Estella la sede de la casa de la moneda, donde la presencia del rey —con sus palacios— se hacia sentir con mayor fuerza, pese a la donación que de sus instalaciones hiciera a la orden del Hospital[35].

Las emisiones de dineros de Sancho el Sabio corresponden en su mayoría a una ley teórica de 1/3 de plata, es decir cuaternal, muy semejantes a los dineros jaqueses, pero estas piezas sufrieron un deterioro progresivo, estimado en un 20%[36]. La moneda argéntea contaría asimismo con una especie fraccionaria: los medios dineros, llamados meajas u óbolos. Nada sabemos se sus características internas, es decir su ley, talla y peso. Poco a poco fue cristalizando la denominación de «sanchetes», sujetos al sistema de cuenta occidental, tal y como se aprecian al expresar cantidades en libras de «ex nummis navarrensis monete»[37] y en solidos —sueldos— de «sanchez monete rex Sancius Navarre»[38] o simplemente *sua monete regis Navarre*. De igual modo, los morabetinos lupinos o lopinos que ahora circulan por Navarra van a estar depreciados con una rebaja en su peso (2.5 gramos). En una primera fase, al menos hasta 1180, la moneda más abundante en el tesoro real y también la más utilizada —(«corrible») en todo el *regnum*— es esa pieza de oro, de menor tamaño y peso que los morabetinos andalusíes de lo que procede, con una equivalencia media que varía entre 6 sueldos y medio y nueve. Circula y sirve de referencia en sus dos variedades: los *lupinos* y los «merchantes o mercadantes», sin duda en alusión a su origen y destino. Su diferenciación aparece perfectamente documentada, aunque nada se nos dice de sus característi-

35. Es posible que dicha donación no se llevase a efecto, pero en 1165 así figura en un documento que publica Santos A. García Larragueta, *El Gran Priorado, ob. cit.*, II, doc. nº 30.

36. M. Ibáñez Artica, «Estudio metalográfico...», art. cit., p. 88.

37. Cfr. Santos. A. García Larragueta, *El Gran Priorado..., ob. cit.,* II, doc. nº 59 (1189, marzo Estella). En dicho documento Pedro de Caonas, con su mujer Uga, y Pedro de Besaz, con su mujer Isabel, compran a García, prior del Hospital, dos casas de la Orden en la parroquia de San Miguel de Estella por el precio de: «III morabetinos, VII libras ex nummis navarrensis monete».

38. Ibídem, doc. nº 67 (1191, abril). Doña Oria Daones hace donación a su hija Guiseima de una heredad en Andión, empeñada en «MM solidos de sanchez monete rex Sancius Navarre...».

cas y valores[39]. Con el paso del tiempo estas diferencias se fueron disipando, para quedar como única expresión los morabetinos bonos, referida esa bondad al oro y al peso, aunque para las operaciones de mayor volumen[40] todavía se siguiesen utilizando los *lupinos*, lo que avalaría la hipótesis de su elevado peso y ley. Debido quizá a su apreciado valor intrínseco perduraron hasta los primeros años del siglo XIII[41]. De nuevo, hacia 1182, vuelven a convivir en Navarra la moneda de oro de cuño islámico, de larga tradición en los antiguos espacios de la Frontera Superior, y la nueva moneda de oro castellana, los morabetinos de la cruz o alfonsinos. Esta dualidad permaneció vigente durante algún tiempo[42], pero no tardaría mucho en imponerse la referencia a la moneda de Castilla, al menos hasta las convulsiones y «quiebras» de Alfonso X.

En las tierras meridionales, junto a las riberas del Ebro, gran parte de las operaciones de compraventa de heredades (casas, tierras y viñas), realizadas con ocasión de los trasvases de bienes rústicos que llevan aparejados los procesos de colonización, reconquista y repoblación cristiana, se efectuaron en esta especie monetaria de base aurífera, con desembolsos estimados en unos cinco mil morabetinos lupinos (4.950'5). Esta singular y precoz modalidad de retorno al bimetalismo, asentado sobre la herencia o legado islámico y renovado, como ya se ha visto, en Castilla por Alfonso VIII, es bien distinta de la operada, medio siglo más tarde en las ciudades mercantiles del Mediterráneo occidental, pues en realidad, y a diferencia de lo ocurrido en gran parte de la Europa cristiana, las monedas amarillas no dejaron de circular en los reinos hispánicos después del siglo VIII. Aquí, sobre la base de un «monedaje» de oro amplio y mayoritario se fueron instalando progresivamente unas emisiones de piezas de plata, sujetas cada vez más a las necesidades crecientes de un auge mercantil. Pese a la parquedad de testimonios documentales, los reyes de la recién restaurada monarquía habían efectuado varias acuñaciones de di-

39. Vid. Santos A. García Larragueta, *El Gran Priorado..., ob. cit.*, doc. 25 (1153), donde aparecen al mismo tiempo registrados 10 morabetinos mercadantes por la venta de una pieza de tierra y los 25 morabetinos lopinos, importe de las obligaciones del arrendatario de ciertos bienes.

40. Ibídem, doc. nº 48 (1178, octubre). La cuantía de 2.900 morabetinos lupinos el precio fijado por la venta del castillo y villa de Murchante, al Hospital y a la iglesia de Tudela, realizada por los hijos de don Gonzalo de Azagra y de doña María de Murieta.

41. Ibídem, doc. nº 130 (1205, enero). Se trata de la permuta que hace don Iñigo de Ezperun al Hospital de algunas heredades en Arizala por otras en Alfaro y la cantidad de 40 morabetinos lupinos.

42. Ibídem, doc. nº 58 (1188, diciembre): el importe de la viña adquirida por el Hospital en el término de Buvierca (Tudela) es de 130 morabetinos lupinos bonos, más otros 14 morabetinos de la «cruce».

neros y medios dineros u óbolos), pero el número de piezas puesto en circulación debió de ser más bien escaso, dado que el prestigio y abundancia de la moneda de oro, con la cual se atendía casi en exclusiva las necesidades comerciales, tal y como evidencian las transacciones registradas en los últimos decenios del siglo XII. Será en este tiempo, y a tenor de los cambios operados, cuando Sancho el Sabio concentró la atención en un único tipo y especie monetaria: los dineros sanchetes, al parecer acuñados en dos cecas o talleres (Estella y Monreal). Sin que sea posible aventurar una estimación, lo que sí parece probable es el crecimiento de la cantidad de numerario puesto en circulación. De aquí que, como ya quedó apuntado, sea este monarca, con el dinamismo y afanes innovadores impuestos a sus acciones de gobierno, el que inaugure la historia monetaria, propiamente navarra.

A lo largo de su reinado se sucedieron nuevas emisiones o simples reacuñaciones, que tratarían de sustituir los restos o residuos de anteriores «monedajes», todos ellos de base argéntea, aunque persista desde antiguo, tal y como venimos insistiendo, una circulación en dos niveles: los morabetinos de oro, usados en las valoraciones contables y en las operaciones de mayor cuantía; y los dineros de plata[43], sometidos a continuas perturbaciones en su ley, preludio de futuras y persistentes «quiebras». En este último nivel, la masa monetaria avalada por el rey de Navarra ha experimentado un crecimiento notable, acorde quizá con las transformaciones económicas y sociales que vive la Cristiandad occidental en los inicios del «doscientos».

En ese contexto, se sitúa la singular personalidad de un «príncipe» como la que encarna el rey de Navarra Sancho VII el Fuerte (1194-1234). Su disponibilidad monetaria es de sobra conocida[44], así como su consiguiente capacidad inversora, dentro y fuera del reino. Se podría afirmar, sin demasiadas concesiones retóricas, que bien podría ser considerado como uno de los últimos príncipes cristianos que alimentó el tesoro regio mediante acciones de saqueo y botín de guerra. Con todo, no se le pueda

43. Además de la plata del rey de Navarra (solidos navarrenses) se negociaba en sueldos morlanes (solidis morlanensium). En abril de 1164, el abad de San Severo, Bernardo, vende al arcediano de Pamplona, Bibiano, el monasterio o decanía de Asiturri y sus pertenencias por 1.250 sueldos «marlanes» y la obligación de pagar 400 cahíces de trigo, 140 morabetinos y 18 cahíces de cebada que pesaban sobre la citada decanía. Cfr. J. Goñi, *Colección diplomática de la catedral de Pamplona (829-1243),* Pamplona, 1997, doc. 298. Este uso por parte de la iglesia de Pamplona de la moneda «morlanesa» se repite diez años más tarde (1174, junio 20). Cfr. J. Goñi, *ob. cit.*, nº 347.

44. Cfr. L.J. Fortún Pérez de Ciriza, *Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*. Reyes de Navarra, Pamplona, 1987. En especial el capítulo VI y el primer epígrafe del cap. VII, donde analiza con detalle el destino y la cuantía de las inversiones reales.

negar un cierto arte de hacer fructificar el dinero. Al inicio de su reinado recibiría del obispo de Pamplona 70.000 sueldos, lo que supuso hipotecar su palacio en la capital del reino[45], pero a mediados de 1209, tres años antes de la batalla de las Navas de Tolosa, ya prestaba a Pedro II, rey de Aragón, 20.000 morabetinos alfonsinos[46]. Acuciado por las necesidades dinerarias que imponen sus actuaciones en tierras languedocianas, hubo de solicitar un nuevo préstamo, en este caso de diez mil *mazmudinas* de plata, para lo cual fue preciso entregar en prenda la villa y el castillo de Trasmoz[47]. Después de la batalla de las Navas de Tolosa (1212) su disponibilidad monetaria aumentó considerablemente, signo inequívoco del cuantioso botín obtenido en esta Cruzada contra el imperio almohade. A su ya nutrido tesoro fluyen valiosas y variadas especies de oro y plata, propias del Islam norteafricano. En esos primeros años, hasta 1220, gastó abundantes sumas de dinero para sacar a su reino del «cerco» al que le habían sometido sus poderosos vecinos. Su obsesión de contar con una salida al mar, por tierras del bajo Aragón hasta el Levante mediterráneo, le llevó a invertir la mayor parte de las monedas musulmanas (*de terra sarracenorum*) que guardaba en su tesoro[48]. Para un correcto manejo de los cambios monetarios, en tan variados y complejos sistemas, contó con el asesoramiento de expertos cambistas y monederos, judíos y cristianos, de Tudela y Estella. A partir de esa fecha, pasada la euforia inversora en el exterior, su sistema monetario recupera la dualidad originaria: morabeti-

45. Cfr. J. Goñi Gaztambide, *Colección..., ob. cit.*, doc. nº 423 (1198, julio).

46. Marichalar, Carlos de, *Colección diplomática del rey don Sancho VIII (El Fuerte) de Navarra*, Pamplona, 1934, doc. nº 45. Ese fue el valor reconocido (20 mil morabetinos), pero la entrega efectiva incluye alfonsinos «et alios multos diuersorum maneriarum et mazmutinas bene ualentes morabetinos alfonsinos». Todo un conjunto de piezas de oro, entre las que se cuentan morabetinos lupinos y «aladinos, mazmudinas y dobles mazmudinas, nuevas y viejas, hasta alcanzar dicha suma, expresada en morabetinos alfonsinos de buen oro y peso». Vid. F. Mateu y Llopis, «Morabetinos in auro y mazmudinas iucefias durante el reinado de Alfonso el Casto, Pedro el Católico y Jaime de Aragón (1162-1276)», en *I Jarique de estudios numismáticos hispano-árabes,* Zaragoza, 1988, pp. 182 y ss.

47. Ibídem, doc. nº 56 (1212, marzo 12. Zaragoza).

48. Diez mil mazmudinas «bonas de oro et de peso» fue la cantidad que entregó a Pedro Fernández, señor de Santa María de Albarracín, recibiendo como prenda el castillo y la villa de Chodas y el castillo de Zalatamor (Marichalar, *Colección..., ob. cit.*, doc. nº 61: 1213, noviembre. Tudela). Esta operación no se cerró hasta el mes de mayo de 1214 en Tudela, con la entrega efectiva de tres mil mazmudinas de oro y siete mil de una plata de buena calidad, a razón de «Xcen alquilaltis pro mazmodina in plata». Vid. doc. nº 69. Y en ese mismo año, 1214, Gonzalo Fernández empeña a favor del monarca navarro la villa y castillo de Ródenas y Burbáguena a cambio de la entrega de cinco mil mazmudinas y 400 morabetinos alfonsinos. Se da un plazo de seis meses para la devolución del dinero, en caso contrario estos enclaves turolenses pasaran a poder de Sancho el Fuerte. Vid. doc. nº 80.

nos alfonsinos, cada vez más escasos, pero todavía como medida de valor; y sobre todo los ya apreciados «solidos de sanchetes bone monete regis Nauarre», que desde mediados de 1214 no paró de crecer, guardando una relación con la moneda de referencia castellana, que oscila entre uno a 76, uno a 84 y uno 126 dineros navarros[49]. O dicho de otro modo 1/6'33, 1/7 y 1/10´5 con referencia a los sueldos. En definitiva, ésta sería la *ratio* entre el precio del oro y de la plata. Dicha «cotización» fue fijada como garantía de posibles mutaciones, a las que el monarca mostró cierta inclinación después de la batalla de las Navas.

No cabe duda que tales políticas monetarias sirvieron para fortalecer y prestigiar la moneda del rey. Su uso cada vez generalizado se aprecia en todas las transacciones mercantiles, ya fuese en las promovidas por el propio monarca como en las anotadas a nombre de particulares, pero en todas el instrumento consignado es la buena moneda de los dineros sanchetes, contabilizados en sueldos y libras, según el sistema de cuenta en vigor. No parece oportuno, al menos en esta ocasión, realizar un recuento minucioso de la masa monetaria circulante en Navarra durante el primer tercio del siglo XIII. Se puede estimar en un millón y medio de sueldos (15 millones de dineros), de los cuales casi dos tercios corresponde a la iniciativa regia. Entre las cuales cabría destacar el préstamo otorgado al obispo de Pamplona por un importe de 20.000 sueldos de sanchetes[50]; otro préstamo, en el que se empeña la villa de Cárcar, por la suma de 25.000 s.s[51]; y las compras de bienes raíces siguientes: la casa de Bonamaison, con todas sus heredades, propiedad del monasterio de Veruela, por un importe de 12. 000 s.s[52]; y la villa y el castillo de Buñuel por un precio de 9.000 morabetinos alfonsinos «in auro» y 3.000 s.s[53].

49. Ibídem, doc. nº 68: Sancha de Arlleta vende al rey Sancho una plaza en Pamplona, sita entre el cementerio de Santa María y el muro viejo por 400 morabetinos alfonsinos «pro quibus accepit VI en sueldos, IIII en dineros de sanchetes»; Ibídem, doc. 91 (1216, febrero): Pedro de la Fuente y sus hijos venden al rey tres viñas en el término de Cabanillas, junto al soto del rey, por 200 moroabetinos alfonsinos y al cambio de 7 sueldos sanchetes. Ibídem, doc. nº 123 (1220, julio 3. Tudela): En la escritura por la que Pedro Feriz y su mujer Urraca Jordan empeñan al rey Sancho la villa y el Castillo de Urzante en 10.500 sueldos sanchetes o mil morabetinos alfonsinos.

50. J. Goñi Gaztambide, *Colección*, doc. nº 531 (1222, febrero).

51. Entregados en el mes de abril de 1220 a Pedro Díaz, hijo de Diego López y de Toda Périz. Vid. Marichalar, *Colección,* doc. nº 119.

52. Ibídem, doc. nº 182. Semejante operación requería el consentimiento del monasterio de Scala Dei. Se mantiene la obligación de pagar un censo en especie (cinco cahíces de trigo y oros tantos de cebada) a la iglesia de Santa María de Tudela, y dos morabetinos a San Pedro de Jaca.

53. Ibídem, doc. nº 178 (1220. Tudela).

Las operaciones entre particulares se negocian en valores más bajos, casi siempre inferiores a los cinco mil sueldos[54]. Cercana a este cuantía está la «hipoteca» de la villa y castillo de Murillo de las Limas, suscrita por Pedro Jordán a favor de Guillem de Baldoin, cambista de Tudela[55]. Sin embargo, esta iniciativa privada no siempre es tal, pues el monopolio inversor del monarca se intenta rebajar por mediación de sus oficiales y hasta de su propio canciller. Un amplio muestrario de pequeñas operaciones, recogidas en su mayor parte en la documentación monástica, avalan el uso cada vez más frecuente de la moneda metálica, según muestran anotaciones tales como «ex nummis moneta regis Navarre»[56] o simplemente *bone monete curriblis in Nauarre*[57].

A comienzos de 1231, poco más de tres años antes de morir, todavía ejercía de prestamista, al recibir en prenda los castillos de Ferrera, Ferralón, Zalatambor, Aimuz y Castelfavit, entregados por Jaime I el Conquistador en reconocimiento de la deuda de 14.286 morabetinos[58] (también alfonsinos) debida al monarca navarro. A lo largo de sus casi cuarenta años de reinado realizó numerosas operaciones: desde grandes desembolsos para auxilio de príncipes hasta modestas compras de bienes raíces, destinadas en su mayoría a reagrupar su patrimonio en tierras de la Ribera tudelana. Aquellos, como es lógico se efectúan en piezas de oro, propias del monedaje castellano de inspiración musulmana (morabetinos y doblas —monedas de dos dinarines— y la media dobla o *mazmudina* (4'5 sueldos); éstas en moneda de plata del rey de Navarra, dineros sanchetes de una pieza o de media (óbolo). Un somero análisis de las distintas operaciones evidencian que a partir de 1220 se restringe en gran medida el uso inversor de la moneda de oro, para dar paso a un

54. Quizá la excepción sea la venta de dos tercios de la villa de Mues, con todas sus heredades, por un precio de 1.500 morabetinos «nouos in auro», que a razón de 7 sueldos por morabetino serían 10.500. Esto fue lo que realmente pagaría Johan Martín de Logroño al vendedor don Guillem Gonzálvez y a su mujer. Cfr. Jímeno Jurío-Jímeno Aranguren, [Documentos] *Archivo General de Navarra (1194-1234),* San Sebastián, 1998, doc. núm. 143.

55. Ibídem, doc. 158 (1219, abril. Tudela). El estado del documento no permite una lectura correcta de las cifras. Idoate, en su *Catálogo de Cartularios Reales del AGN (años 1007-1384),* Pamplona, 1974, doc. nº 227, dice que la cuantía del empeño es de 1.600 morabetinos alfonsinos y 4.000 medias mazmudinas «jucefinas». Caso que se levantase el embargo, la amortización supondría 24.000 sueldos. No alcanzo a saber de donde salen estas cifras, pero sería de gran interés comprobar la exactitud de tales valores monetarios, reducidos luego a la moneda navarra.

56. J.Mª Lacarra, *Colección... Irache*, doc. nº 290 (1217, julio 1).

57. Marichalar, *Colección...,* doc. nº 156 (1226, julio 6. Tudela).

58. Ibídem, doc. nº 176 (1231, febrero 26. Tudela).

mayor empleo de la moneda navarra de los sanchetes, con una ley variable —más o menos rica en plata—, según las distintas acuñaciones. Sin llegar a desaparecer el tradicional bimetalismo, al final del primer tercio del siglo XIII se aprecia un claro predominio en la circulación de la plata y un retraimiento del oro. Sancho VII el Fuerte supo, con su prestigio y solvencia financiera, dotar a su moneda de una estimable credibilidad e imponer así las líneas maestras de un sistema monetario que estaría vigente hasta bien avanzado el siglo XIV. Dicho sistema no contempla aún la creación de una moneda «gruesa» como múltiplo del dinero, pero lo que sí se hizo fue mejorar la calidad de los sanchetes al incrementar su ley o proporción de plata. Estos nuevos dineros se cambiaban en una relación de ocho por nueve viejos.

El prestigio adquirido por los dineros de buenos sanchetes fue pronto reconocido por los nuevos monarcas de la casa condal de Champaña, que en sus preceptivas, pero más bien reducidas, emisiones mantuvieron los elementos esenciales de la moneda —peso, talla y ley—, limitándose a renovar gran parte de sus aspectos faciales: desaparece el busto del anverso, que se sustituye por una gran cruz, y en el reverso aparece ahora el castillo con tres torres, propio de la nueva dinastía reinante; en la parte inferior el creciente con estrella, como señal genuina de identidad navarra, aunque esta identificación desaparecería bajo el reinado de Teobaldo II. Estos cambios sólo afectaron a la moneda como símbolo del poder[59], ya que la buena moneda que circula en el reino sigue siendo los «denarios de sanchetes», especie casi única. El primero de los Teobaldos, acostumbrado al sistema monométalico del dinero de plata de los «provinois» champañeses y de los «tournois» (que desde el comienzo del siglo XIII había pasado a ser moneda del rey de Francia), hubo de encontrar algunas dificultades, al menos en un principio, para acomodar sus proyectos e ideas de política económica a la complejidad del sistema navarro. El brillo de la moneda áurea pronto le fue familiar. Trató de liquidar las deudas, en *morabetinos*, todavía pendientes desde tiempos del rey Sancho[60]. En 1237 recibe los mil áureos *alfonsinos* que el abad de Leire le había prometido pagar[61], al ser autorizada su filiación a la orden del Císter. E in-

59. E. Ramírez Vaquero, «Imagen monetaria de los monarcas foráneos», en *Signos de identidad histórica, ob. cit., II,* Pamplona, 1996, pp. 343 y ss.

60. Este es el caso de los diez mil morabetinos, o el dinero que ahora valiesen, que el rey reclama al señor de Albarracín por la posesión de los castillos de Abid y Ademuz. Cfr. M. Martín, *Colección Diplomática de los reyes de Navarra. La dinastía de Champaña. 1. Teobaldo I (1234-1253)*, San Sebastián, 1987, doc. nº 80 (1238, abril 21. Tudela).

61. Ibídem, doc. nº 30.

cluso compra por 600 *morabetinos* unos collazos en Urbe[62]. No obstante, el grueso de su política inversora, fiel a la línea mantenida por su antecesor, su tío el rey Sancho, se concentro en el núcleo urbano de Tudela y en las tierras riberas del Ebro. Estos pagos, con valores que oscilan entre las 1.240 sueldos[63] de las casas junto a la puerta Ferrera y los 300 de otros solares, todos ellos ubicados en el perímetro urbano de la capital de Ribera[64]. Al parecer, sus crecientes necesidades monetarias aconsejan la búsqueda de nuevas e inexploradas fuentes de financiación, como los 12. 666 sueldos y 8 dineros de sanchetes que recibió del obispo de Pamplona, en marzo de 1235, por los mil cahíces de trigo que el rey le había prestado[65]; poco después, en octubre de 1236, en un gesto no exento de cierta «violencia», vendería por 30.000 sueldos sanchetes el derecho de los burgueses de Estella a celebrar mercado en la plaza, situada frente a la parroquia de San Miguel[66]. No obstante, aunque no expresamente autorizada, poco a poco otras monedas «europeas» fueron legalmente consentidas[67].

Ante la progresiva presencia de la moneda en los asuntos más vitales del reino, y al igual que en la mayoría de las monarquías occidentales, fue preciso exigir al soberano la promulgación de una norma que regulase la práctica o monopolio que de su *derecho monetario* venía haciendo uso, pero, en ocasiones, también abuso. El juramento que Teobaldo II debe prestar antes de ser alzado como rey incluye, entre otras obligaciones, la de mantener «firme» esta moneda por un período de diez años, «et en est comeyo que non la abata». «Et iuro que en mi vida non abata si non una moneda en Nauarra»[68]. Semejantes normas figuran recogidas en el Fuero General, al limitar al tiempo de cada reinado la emisión de moneda, pero dejando elementos tan esenciales como la ley y peso al «buen»

62. Ibídem, doc. nº 125.
63. Ibídem, doc. nº 41.
64. Ibídem, doc. nº 45.
65. Ibídem, doc. nº 18.
66. Ibídem, doc. nº 32 (1236, octubre 8).
67. Así parece desprenderse de la autorización dada por el soberano para que Berenguer de Clunes pueda construir unos molinos junto al Ebro, fijándose un censo de 50 sueldos sanchetes «uel alterius monete legalis uel curribilis in Navarra». Cfr. AGN, Cart. 3, p. 371. Cit. F. Idoate, *Catálogo de los Cartularios reales del AGN, ob. cit*., nº 360. Poco después, en abril de 1245, el arrendamiento de los labradores de Tafalla por todas las heredades que el rey posee en esta villa se fijan en 1.400 sueldos de «quelque moneda corriere en Nauarra», a pagar por la fiesta de San Miguel. Cfr. L.J. Fortún, «Colección...», art. cit., doc. nº 97.
68. Vid. R. García Arancón, *Colección diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 2. Teobaldo II (1253-1270)*. San Sebastián, 1985, doc. n. 1. 3.

criterio del monarca y de sus agentes u oficiales del palacio o Casa Real. Criterios que, dadas las largas ausencias del rey, eran puestos en práctica por senescales y chambelanes, como Poncio de Duyme y algunos miembros de la familia de los Sezanne (León y Creste), hombres de confianza de los condes-reyes, bien dispuestos a favorecer los beneficiosos flujos monetarios entre el reino de Navarra y el condado de Champaña. Tales actuaciones servirían para drenar los buenos sanchetes y los siempre apreciados morabetinos de «buen oro y peso» e inyectar a cambio moneda tornesa, de una ley ligeramente más baja. Ello explicaría las protestas que, a medidos de 1254, elevaron los representantes de las buenas villas para que Teobaldo II, «reparase las fuerzas» hechas por su padre, al impedir que los vecinos del burgo de San Saturnino de Pamplona, de Olite y de otros mercados del reino pudiesen disponer también de la tabla de cambios, y no únicamente la del rey, durante los cuarenta días siguiente a «cuando se batía nueva moneda»[69]. Esa moneda nueva, fruto, en muchos casos, de simples reacuñaciones y en gran parte «depreciada» —quebrantada, dirán los documentos— era exigida en todas las compraventas, sin dar tiempo a los usuarios a acomodar o, mejor aún, reajustar los nuevos valores de las «viejas» piezas.

Para mitigar, al menos en parte, los efectos perniciosos para el comercio de estas prácticas, extendidas por la Europa occidental como una auténtica plaga, se recurría al monedaje, referido a esa imposición directa, cuya recaudación venía a resarcir al monarca de los beneficios de toda manipulación monetaria, y que, años más tarde, ya en pleno siglo XV, evolucionaría hacia lo que se conoce con el nombre de «señoriaje». El rechazo e impopularidad de tales medidas vino a favorecer ciertos eufemismos y perversiones léxicas. Aquellas solicitudes de dinero se mantienen, pero ahora destinadas a la necesaria compra de nueva moneda, que trate de aliviar las pérdidas derivadas del «quebranto» de la vieja. Ante tales exigencias, las principales buenas villas del reino optaron por comprar al rey los derechos de acuñar nueva moneda y mantenerla en el peso y ley estipulados. Los concejos de Olite y Tudela se inclinaron por esta opción. El 31 de mayo de 1264, el primero de ellos suscribe dicho compromiso. Gracias a este escueto, pero significativo, texto -—el primero en el que se indican las característica de emisión de una moneda navarra— conocemos con precisión la ley (4 dineros menos *pugesa argent* —es decir 1/4 de di-

69. J.Mª Lacarra-Ángel J. Martín Duque, *Fueros derivados de Jaca, 2. Pamplona*, Pamplona, 1975, doc. nº 33; Santos García Larragueta, *Documentos Navarros en lengua occitana*, San Sebastián, 1990, doc. nº 28.

nero—, que es de 3 d. 18 granos o 0'312) y la talla (18 sueldos x 12 = 216, al marco de Troyes), cuyo peso teórico es de 1'1331 gr.[70]. Tales cualidades se asemejan en gran medida a las de los torneses. Aunque éstos todavía no habían alcanzado la consideración de moneda del rey, los soberanos de la dinastía champañesa tratan, al igual que otros príncipes de la órbita capeta, de reajustar el monedaje propio al que rige en la Francia occidental. Esta misma política de concurrencia monetaria ya había sido ensañada, en 1251, por Alfonso de Poitiers[71]. La coexistencia de estos dos dineros genera el típico el problema de su relación, que, a comienzos de la segunda mitad del siglo XIII quedaría fijada en 12 sanchetes por 14 torneses: 14 en sueldo, que anotan los registros de cuentas de esos años. En el acuerdo de Tudela nada se nos dice de las singularidades que debe tener la moneda que se desea mantener estable. Pero, dando por supuestas las mismas condiciones de la emisión, ahora se establece la tasa del monedaje en 2 morabetinos o su equivalente (15 sueldos de sanchetes) por cada casa o unidad familiar, a excepción de aquellos cuyo patrimonio fuese inferior a cien morabetinos. En tal supuesto podrían cumplir sus compromisos en dos plazos, de un año cada uno, y en la festividad de Todos los Santos[72]. Con todo, y pese la relación antes apuntada, en ocasiones el valor de la moneda navarra se equipara a los torneses pequeños[73].

Para entonces —segunda mitad del siglo XIII—, tal y como aparecen en los primeros registros de comptos, la moneda ya ejerce su función en la incipiente estructura fiscal y financiera del reino. En las cuentas de 1259 se anotan recaudaciones contabilizadas en dineros «tournois» y «morllans«, empleándose con frecuencia el doble sistema de cuenta: en sueldos sanchetes y en morabetinos, con una relación entre ambos que oscila entre uno a siete ó siete y medio[74]. Poco después, en 1266, las par-

70. Aunque no lo indica, el marco, como unidad de peso es el marco de Troyes o de París, que es el utilizado en Navarra, de 244'7529 gr. También se indica que no se acuñaran medios dineros o meajas. Cfr. R. García Arancón, *Colección...,* doc. nº 36, pero no completa los datos, por otra parte, esenciales de la talla, que lo deja en diez [...] sueldos y la ley, en cuatro dineros, sin llegar a leer la palabra pugesa o «pagessa». La «pugesa» es un cuarto de dinero de peso y un cuarto del dinero de título. En su origen fue una especie monetaria, los dineros de los obispos de Puy, muy extendidos gracias a los peregrinos que van a Santiago de Compostela. Después sería un cuarto de dinero «poitevine» y por extensión un cuarto de dinero. Vid. J. Belaubre, *Dictionnaire...,* s. v. «pougeoise, pouge poge».

71. E. Fournial, *Histoire monétaire de l'occidente médieval,* París, 1970, p. 71.

72. R. García Arancón, *Colección...*, doc. nº 44 (1264, diciembre 6).

73. Santos García Larragueta, *Documentos navarros*, nº 56. El precio de una viña se fija en 40 libras de «bons sanchetz et tornes petitz de la bona moneda corrible el regne de Nauarra».

74. Cfr. J. Carrasco y otros, *Acta Vectigalia Regni Navarrae* = AVRG, I: *Registros de Teobaldo II, 1259, 1266,* Pamplona, 1990, p. 82, asiento nº 73 y p. 93, as. 321; p. 230, as. 1406.

tidas de compra de moneda que se realizan en sanchetes, el cambio es de uno a ocho y en los torneses a razón de 14 dineros en cada sueldo[75]. Los «morlanes» presentan una relación próxima a la de 5 a 7 y su uso quedaba circunscrito a las llamadas «tierras» de Ultrapuertos. Otro dato de gran interés es el del precio de la plata. A finales de 1265, por cada marco de plata se pagan 30 sueldos morlanes[76], y al año siguiente, en los registros de comptos, el precio, expresado en sanchetes, es de 47 sueldos por marco[77] y entre 52 y 54 de torneses[78]. En esas mismas cuentas, se anotan algunas partidas por compra de dineros burgaleses, destinados quizá a la atención de pagos de mensajeros y otros conceptos relacionados con la vecina Castilla. Estos dineros, al igual que los sanchetes, equivalen a 90 unidades ó 7'5 sueldos por morabetino, pero su contenido de plata es bastante más bajo (0'46 gr). La «cotización» de los burgaleses en relación a la moneda navarra de los sanchetes del «rei don Thibalt de Nauarra»[79] es de 25 morauedis de burgaleses por 7 libras, 7 dineros[80], o bien de 8 libras de burgaleses por 6 libras de sanchetes[81].

Durante el corto reinado de Enrique I (1270-1274), las monedas que circularon de forma efectiva fueron las mismas del período anterior. No parece que aquí llegasen monedas «gruesas», pese a que en Francia —desde mediados de 1266—, ya se había creado el «gros tornés». En el juramento ante los veinte jurados y todo el pueblo de la villa de Pamplona se compromete, entre otras cosas, a mantener estable la moneda durante doce años, y que en su reinado acuñará moneda una sola vez[82]. Se mantuvo la especie en oro, el morabetino, maravedí o *áureo alfonsino,* pero con una presencia cada vez más reducida[83]. En cuanto al vellón se mantienen los dineros sanchetes, torneses y morlanes, limitándose éstos, como ya queda dicho, a los dominios de Ultrapuertos. Se observa una cir-

75. Ibídem, pp. 230-236, as. 1396-1532, donde se anota el importe de total de 18.100 libras, 10 s. 7 d.

76. F. IDOATE, *Catálogo de Cartularios Reales, ob. cit.*, nº 492.

77. AVRG; I: *Registros de Teobaldo II, ob. cit.*, p. 236, as. 1518.

78. Ibídem, p. 288, as. 2665 y 2666.

79. Santos GARCÍA LARRAGUETA, *Documentos navarros..., ob. cit.*, nº 58.

80. AVRN, I., *ob. cit.*, p. 89, as. 249.

81. Ibídem, as. 250.

82. J.M. LACARRA-Á.J. MARTÍN DUQUE, *Fueros derivados de Jaca 2. Pamplona,* Pamplona, 1975, doc. nº 46 (1271, marzo 1. Pamplona).

83. Una única mención he registrado. Se trata de la compra de unos bienes en Subiza, adquiridos por el rey por el precio de 4.200 mavaradís de oro. La vendedora es Teresa Gil de Vidaure, para lo cual obtuvo el consentimiento de Jaime y Pedro, hijos del rey de Aragón. J. ZABALO, *Colección Diplomática de los reyes de Navarra de la dinastía de Champaña. 3. Enrique I (1270-1274),* San Sebastián, 1997, doc. nº 28 (1272, mayo 23. Tiebas).

culación de variadas especies, pero dentro de un sistema bastante simplificado, todavía sobre la base del dinero, aunque con un tenor de plata diferente en cada uno de ellos. De aquí que la relación entre los metales preciosos (oro y plata) se viese aún más perturbada y el bimetalismo «peninsular» continúe aún varias décadas, pues la fragilidad de los sistemas bimetálicos continentales es bien patente, en especial el francés instaurado por Luis IX, sujeto a alzas incontroladas a partir de 1270. En estos años, la relación establecida entre el oro/plata se estima en 1/9'65, pero con tendencia al alza.

La extinción de la casa condal de Champaña y la consiguiente tutela de la Casa de Francia, fue aprovechada para que los tres estados, «plegados en cortes» en Pamplona el día 6 de octubre de 1276, autorizasen la petición del gobernador Eustaquio de Beaumarche, mediante la cual los torneses (chicos) y sanchetes quedaría equiparados, al menos hasta que las gentes del rey de Francia abandonasen los puertos de Roncesvalles. Se exceptúan las deudas y demás compromisos, adquiridos antes de esta fecha, manteniéndose en esta circunstancia los pagos de «torneses por sanchetes a quinzenes»[84]. Dicha medida se justifica por la progresiva carencia de sanchetes y por la necesidad apremiante de pagar a las tropas francesas, defensoras de los derechos doña Juana al trono de Navarra.

El mal uso de esta prerrogativa regía y la exigencia de estabilidad monetaria propugnada por los mercaderes y hombres de negocios que operan en los diversos mercados del reino, hizo posible que estas importantes cuestiones económicas y, por ende, monetarias fuesen tratadas en las asambleas representativas o Cortes generales del reino[85]. Como ya queda apuntado, desde finales del siglo XIII, en 1291, tales instituciones velan por el adecuado cumplimiento del valor y demás requisitos básicos o esenciales de la moneda. Es en esa fecha cuando el gobernador del reino Simón de Melún, de acuerdo con las indicaciones recibidas del soberano, que también lo era de Francia, solicita de las cortes la equiparación, por un período de dos años, de la moneda tornesa (torneses negros o chicos) con los sanchetes navarros. Asimismo, se indica que el gros tornés o de plata, que el año anterior había sido rebajado de 12 a 13 d., fuese precisamente ese el valor con el que sería reconocido también en Navarra. Una vez finalizado el período de concesión, debía retornar a su primitivo va-

84. M. Arigita, *Cartulario...*, pp. 127-128.

85. Las cortes de Estella de 1291 (noviembre 23) acuerdan que los dineros sanchetes tengan el mismo valor que los torneses negros y que durante dos años dichas monedas circulen por igual en todo el reino y que el tornés de plata tenga trece dineros de sanchetes o torneses. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 4, nº 84, J. Castro, CAGN, I, nº 562.

lor, tanto en su ley como en su peso. Sin embargo, los resultados de tales medidas no debieron ser los deseados, las cortes, reunidas en Pamplona el 13 de octubre de 1293, volvieron a aceptar la solicitud de Hugo de Conflanct, mariscal de Champaña y gobernador del reino, para que se prolongue durante cuatro años más la equiparación entre ambas monedas: los dineros sanchetes y los torneses chicos, sin mezcla de ninguna otra moneda. Hubo resistencias respecto a la moneda tornesa; el rechazo «popular» que inspiraba tuvo que ser sancionado[86]. Los intentos de «retornar» a la buena moneda, promovidos por los últimos capetos apenas tuvieron eco en su lejano reino de Navarra. Las mutaciones que experimenta la moneda del rey de Francia, entre 1290 y 1330, obedecen a la necesidad de adaptar el curso legal de la moneda a las oscilaciones del mercado de metales preciosos. Las circunstancias en el pequeño reino pirenaico era muy otras. Aquí, el régimen de gobernadores y las ideas políticas de los «reformadores» enviados desde París no contemplan, al menos de momento, el recurso de la «quiebra». Los sanchetes juegan todavía un papel de cierta estabilidad.

4. Turbulencias y políticas monetarias en tiempos de crisis 1330-1428

En Navarra, la activa e influyente presencia de los representantes de las ciudades en las asambleas de cortes marcó un ritmo creciente en la orientación de las «políticas» monetarias que inspiraban las actuaciones de sus soberanos, que a partir de 1329 ceñían la corona los de la dinastía Evreux: doña Juana II y don Felipe III de Navarra. Los nuevos «príncipes» recibieron un donativo de cien mil libras (de sanchetes o torneses chicos) en concepto del obligado monedaje[87]. En apenas cinco años, en 1335, las

86. «...et que non seran refusados los dichos tornes, paresciendo hy cruz y pila et qualquiere que los refusare, los dichos torneses, que peche por cada libra dos sueldos de tornes, et si menos fueren que peche dos sueldos. Et la pena pagada que reciba los torneses en tal manera que en toda compra et uendida et en otra mercaduria et depdas sanchetes et torneses chicos sean recebidos et espendidos por yguales ualias ata el dicho plazo». Cfr. AGN, *Comptos,* caj. 4, nº 96, J. Castro, CAGN, I, nº 571.

87. En las cortes de Olite, celebradas el 15 de mayo de 1329, se aprobó la concesión del citado monedaje. AGN, Comptos, caj. 6, nº 98. Cit. J. Castro, CAGN, I, 907. Hubo que requerir a algunos morosos, como los de la Navarrería, pero sin dejar éstos de reconocer «la real autoridad para fazer moneda». En el verano de 1329 enviaron a sus representantes a las cortes de Estella, donde se trataría este asunto. Vid. M.A. Irurita, *El municipio de Pamplona en la Edad Media,* Pamplona, 1959, pp. 216-218. La tasa del monedaje, comenzado a recaudar

necesidades monetarias se habían vuelto a sentir de forma apremiante. Es cierto que las turbulencias en las que vive el mercado favorecen la escasez y, en consecuencia, el alza del oro y la plata, en especial de esta última. Ante esta situación, el gobernador del reino ordena la prohibición de sacar plata fuera del reino, ya fuese amoneda o sin obrar[88]. Ante esta situación, en 1340, se requieren los servicios del florentino Paul Girardi para que aplique su experiencia y saber en la obtención de plata y otros metales amonedables de las incipientes explotaciones mineras, instaladas en las tierras septentrionales del reino. En su informe, inspirado quizá por el principio de que sin oro no hay desarrollo y sin plata no hay paz social, este maestro monedero aventura una estimación de la producción de metales, pero además se permite esbozar un plan de actuación en este complejo y esencial ámbito de la vida económica: los usos y prácticas de actuaciones monetarias. Con tales avisos, el Tesorero del reino, Guillem Le Soterel, elabora una serie de propuestas, que somete a la consideración de su rey, Felipe III de Evreux, sobre la necesidad de atender las demandas de su pueblo, al tiempo que reclama una especial atención para salvaguardar los intereses y necesidades de las gentes que usan «de la moneda» y que, según él, son tres, cada una de ellas con intereses bien dispares e incluso con frecuencia encontrados. Según este alto funcionario francés al servicio del rey de Navarra, anterior en varias décadas a las formulaciones teóricas de un Nicolás Oresme, para responder a tales necesidades son precisas cuatro «maneras» de moneda: la primera responde a las gentes que obtienen rentas en dinero y desean una moneda fuerte, *ques'entent de III deniers d'aloy* en sus.; otras son las gentes que usan «mercadería» y desean una moneda estable y no demasiado fuerte, es de decir de 2 a 3 dineros de ley; la otra manera de gentes son aquellas que *vivent du travail de luer corpos* y requieren monedas de una ley inferior a dos dineros. Cuando la moneda es débil, sigue diciendo Le Soterel, inspirado quizá por el maestro florentino Girardi, cada uno puede dividir su moneda a voluntad, pero cuando la moneda es fuerte hay serias dificultades en aplicar este criterio. Además, existe un cuarto tipo de moneda: es aquella que demandan los señores de la guerra, tal débil como sea necesario para pagar a sus gentes en la defensa de ellos y de su tierra[89]. A pe-

al año siguiente, en 1330, fue de 8 sueldos por casa, en el caso de los pudientes, y de 6 a uno para el resto. Cfr. J. Carrasco, *La Población de Navarra en el siglo XIV,* Pamplona, 1973, pp. 227-330.

88. AGN, *Comptos,* Reg. 35 (1335), fols. 340 y 431vº.

89. AGN, *Comptos*, caj., 24, nº 38 I, F. Idoate, CAGN, XLIX, nº 779. Publ. B. Leroy, «Théorie monétaire et extraction minière en Navarre vers 1340», en *Revue Numismatique*, XIV

sar de tales consejos, la quiebra de la estabilidad monetaria fue muy frecuente ya en los años finales de la primera mitad del siglo XIV. En 1341, vísperas de la campaña de Algeciras, donde el rey encontraría la muerte, se envía un mandamiento para que las gentes del reino, ante la proliferación moneda falsa, acepten los sanchetes y torneses (monedas «oficiales») y nos los equiparen por «sueldos eslavados o fendidos» (falsificados o meras imitaciones)[90]. Poco después, en 1345, las buenas villas comunican al gobernador del reino que había poca moneda (sanchetes y torneses) y que *aquella poca que es las gentes hacia tan gran refus que asi bien refusaban los bonos como malos et con tanto la moneda era mas poca*[91]. A la especulación se une la confusión que existe entre la diferencia entre el curso legal de las especies y el curso del metal en los mercados monetarios. Ello era la expresión más acabada de la delicada situación financiera de Navarra. Situación achacable, entre otras circunstancias, a los conflictos armados —derivados de la guerra franco-inglesa—, a la progresiva disminución de la población, al deterioro de las fuentes de ingreso y al fuerte proceso inflacionario al que estaba sometida la economía[92].

En las cortes de Estella de 1350 el rey solicitó, y obtuvo, la ayuda necesaria —el monedaje— para acuñar nueva moneda, como correspondía al comienzo de cada reinado. De acuerdo con la prerrogativa regia se emitieron dineros *carlines*, moneda de ley variable, según fueran blancos —con mayor proporción de plata— o negros, conocidos así por su escasa ley; en un principio la relación fue de un sueldo blanco por dos negros. En 1352, según las cuentas del obraje y monedaje de la casa de la moneda de Saint Pelay, se acuñaron, dineros carlines de un dinero de curso en la pieza y de dos dineros y seis granos de ley de «argent le rey» (11 dineros, 12 granos =0'958) de 0'108695 y de 20 sueldos de talla, es decir 240 por marco y un peso teórico de 0'9805 g. La emisión u obraje en esta ceca fue de 1.505 marcos y 5 onzas de plata, pagada al precio de 4 libras y 9 suel-

(1972) 105-123. El prof. Peter SPUFFORD se hace eco de tan importante texto en su obra *Money and its use in Medieval Europe,* Cambridge, 1988. Puede verse también la traducción castellana: *Dinero y moneda en la Europa medieval,* Barcelona, 1991, pp. 392-3993. Un análisis más a fondo, como la ordenanza de abril de 1340, de dicho texto podría aún iluminar múltiples aspectos de extracción minera y de su relación con la acuñación monetaria.

90. AGN, *Comptos*, Reg. 235vº. Aquellos que «refusasen los dichos dineros, seyendo de sachetes o torneses segunt dicho es por cada un dinero que refusase et no quisiese recebir pague de calopna 6 dineros».

91. Ibídem, Reg. 54, fols. 29vº, 134 y 166vº.

92. A principios de marzo de 1355 fue necesario tomar medidas ante la llegada de moneda de baja calidad procedente de Bretaña y de otros lugares donde se hacían «monedas contrafechas».Cfr. AGN, *Comptos,* Reg. 81, fol. 26v.

dos el marco (89 sueldos). Los beneficios se fijan en un dinero por cada 10 libras Asimismo se hicieron grosses de 12 dineros carlines la pieza y de una ley 7 dineros de plata de rey (0'6086) y de 5 s. 4 d. de talla, 64 en marcos de París[93] = 3'8242 g.). Semejantes acuñaciones representan una ruptura con todo el sistema anterior. Los dineros sanchetes son sustituidos por los *carlines,* de bastante peor ley y peso, mientras que, por primera vez, se emite moneda gruesa (el gros de un sueldo o de 12 dineros carlines), también de calidad inferior a su modelo: el antiguo gros tornés de plata, que desde 1295 había dejado de valer un sueldo, sometido a continuas mutaciones de su valor facial. Estas innovaciones monetarias revisten una gran importancia, pues se amplia la gama de especies amonedadas con la aparición de los grosses, en un principio de 12 dineros, después de dos y cuatro sueldos, al tiempo que se amplia la gama de moneda pequeña y se facilita así la abundancia de moneda «fracionaria». Quedaba inaugurado un nuevo período de la historia monetaria del reino de Navarra. Al parecer, el monarca se hizo eco, aconsejado quizá por los maestros monederos, de la necesidad de ampliar el número de especies amonedadas y, en definitiva, contar con moneda gruesa, capaz de atender la exigencias de una economía monetaria cada día más compleja, al tiempo que se trataba de sujetar los movimientos incontrolados de la masa monetaria, como demuestran las denuncias de exportaciones masivas de metal, favorecidas por la inexistencia de una relación fija entre el oro y la plata. De otra parte, una vez agotada la presencia del sistema monetario del oro castellano, fue inevitable caer en la órbita que cada día imponen las nuevas monedas fuertes como el florín de Aragón o restablecidas como el escudo o «real» francés. Su proliferación en los mercados hizo necesaria la intervención real, al ordenar que, ante las tendencias especulativas (compran, venden y toman en los mercados —«los escudados»— a mayor precio de lo aforado por el rey), los escudos de Felipe (Felipe VI), se pagarían a razón de 15 sueldos carlines, mientras que los de Juan (Juan II el Bueno) lo harían a 14 sueldos. A finales de 1352, pese a las reformas del rey Carlos —incluida la mayor abundancia de vellón—, confluyen hacia Navarra numerosas monedas extrañas al reino. Y pese a las continuas mutaciones fraudulentas a las que eran sometidas[94], los precios fijados

93. AGN, *Comptos*, caj. 184, nº 15. Cit. F. Idoate, CAGN, XLIX, nº 787. Se anota con detalle la cantidades de metal batidos y de los precios pagados por los mismos. De igual modo figuran los gastos ocasionados por el obraje, el «señoriaje» y otras cuentas de gran interés monetario.

94. El infante Luis, lugarteniente del reino en ausencia de su hermano, se ve obligado a denunciar esas manipulaciones, que afectan incluso a la forma y a las «seynnales» de las monedas del rey de Navarra. El fraude alcanza a las monedas gruesas de oro y plata, pero más

para la moneda de oro antes apuntados eran ampliamente superados en los mercados de los cambiadores[95].

De momento, no hay rastro de posibles creaciones de moneda de oro propia. Hacia ya un siglo (1253) que el florín de oro de Florencia se había difundido por gran parte de la Europa occidental. De oro puro, esta pieza fue tallada a 70 el marco de Florencia (3'54 g.) y con un valor de 20 sueldos, es decir una libra florentina = 1/2 libra tornesa. Su destacado papel en el desarrollo comercial y el prestigio adquirido favorecieron su reiterada y profusa imitación. En Francia, después de 1266 se ensaya volver al bimetalismo con la acuñación del escudo de oro de 24 quilates, tallado a 58 1/3 el marco. Su peso teórico se fija en 4'1957 g. y su curso en 10 sueldos torneses. Esta pieza circuló poco y su vida fue efímera. Más fortuna tuvo el real de Felipe «le Bel». En 1290 ordena su acuñación, en oro puro (24 quilates) y una talla de 70 piezas el marco = 3'5 gramos. Su curso también era de 10 sueldos torneses, es decir 120 dineros[96]. Con Felipe VI de Valois se vuelve, en 1337, al escudo, que en las seis emisiones que se hicieron en 12 años su ley osciló entre 24 y 21 quilates, mientras que la talla permaneció en las 54 piezas por marco = 4'53 g). Su valor fue de una libra tornesa. Es posible que a lo largo del primer tercio del siglo XIV existiesen algunos intentos de implantar —según los modelos italianos— moneda propia de oro en los sistemas monetarios de la España cristiana, pero, si los hubo, no los conozco. En 1346 Pedro IV el Ceremonioso decide adoptar al florín como unidad áurea, con una ley de 23'75 quilates, es decir oro casi puro, y una talla de 68 piezas en marco de Barcelona (3'4313)[97]. En Navarra, esa evidente necesidad de contar con una pieza propia de color amarillo es con frecuencia aducida, pero se descarta ante el elevado precio de «los dineros de oro». Se recurre una vez más a compras en el exterior, como la efectuada al arcipreste de Calatayud en 1253 y por un importe de mil libras de carlines. El precio pagado fue de 24 sueldos por el escudado viejo y 20 por el del rey Felipe[98]. Durante la dé-

aún a las menudas blancas y negras, especialmente los dineros negros «fechos en Bretaynna». Cfr. AGN, *Comptos*, Reg. nº 81, fol. 26vº.

95. AGN, *Comptos*, Reg. 71, fols. 24 y 124vº.

96. J. Favier, *Philippe le Bel,* París, ed. De 1998, p. 146.

97. M. Crusafont i Sabater-R. Comas i Ezequiel, *El florí d'or català: Caatalunya, València, Mallorca. Emes un curt temps a Saragossa i conegut hisitoricàment com a florí d'or d'Aragó*, Barcelona, 1996. Para estos autores el primer florín de oro catalán data de 1341 a instancia de Jaime III de Mallorca.

98. Ibídem, caj. 12, nº 22 XV. Cit. J. Castro, CAGN, II, nº 587. Dicha cuantía se fijo sobre la pecha de los judíos de Tudela. La falta de liquidez en la tesorería del rey de moneda de oro fue advertida con frecuencia por Guillem Le Soterel y el propio Lucas Lefevre, abad de Arro-

cada de los 50, en los frecuentes viajes a Francia y en algunas compras de artículos de lujo (caballos), los pagos se hacen en la moneda del rey de Francia (escudos de oro), mientras que desde los inicios de los años sesenta, el florín de Florencia o, simplemente, de oro será el medio más usado[99]. Pero éstas eran soluciones momentáneas que a nadie convencen. En 1366 hubo nuevos intentos de acuñación de moneda de oro, para ello fue enviado Guillem de Saias, maestro monedero, a Morlàas, con el encargo de hacer venir a gentes expertas, para «monedar» la muestra de los florines, pero se ignora el resultado de los ensayos, así como si llegaron a emitirse realmente[100]. Sea como fuere, en el famoso *Libro de fuegos de 1366*, cuyo origen es la ayuda de 40.000 florines solicitados por el rey para defensa del reino, tanto en la asignación de la tasa de los cuatro «estados» (a pagar 4, 3, 2 y 1), como en la media general (2'5), tales cantidades se expresan en florines, así como las sumas totales de cada unidad de población, merindad u otra entidad perceptora; pero en el caso de estas últimas, junto a la recaudación expresada en los dichos florines, figura la cuantía en carlines (libras, sueldos y dineros), después de haber fijado el valor de cada florín en 13 sueldos[101]. Sin descartar la existencia de una unidad monetaria real áurea, todo parece indicar que más bien se trata de una «moneda de cuenta». En cualquier caso, la masa monetaria puesta en circulación fue escasa y el fuerte drenaje a que se vio sometida apenas cubría las necesidades de los principales mercados. Escasez y baja ley lle-

niz, recibidor de la merindad de Estella y guarda de la moneda del rey. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 12, nº 7, IV. Cit. Castro, CAGN, II, nº 537.

99. A finales de 1365, el tesorero hizo entrega de 600 florines de oro para los gastos del viaje del obispo de Calahorra y del alférez del reino al ducado de Guyena, para tratar con el príncipe de Gales ciertos asuntos secretos. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 20, nº 90 X. Cit. Castro, CAGN, X, nº 1178. Llama la atención la escasa frecuencia con que se ven citadas las operaciones en moneda jaquesa. En 1362 la cotización era de 8 libras jaqueas por 10 libras de carlines (12 dineros jaqueses por 15 de carlines). Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 15, nº 40, VI. Cit. Castro, CAGN, IV, nº 189.

100. AGN, *Comptos*, caj. 21, nº 14 V. Cit. Castro, CAGN VI, nº 249. El experto fue el monedero Johan de Esteve, con la misión de «monedar la muestra de los florines d'oro que nos faziamos fazer...».

101. J. Carrasco, *La población de Navarra en el siglo XIV,* Pamplona, 1973, pp. 411 y ss. (merindad de la Ribera). En la de Sangüesa (pp. 447-516) se sigue un procedimiento distinto, los florines figuran sólo al final de la «cuyllida»: 9.717 florines y medio. De esta cantidad se dispuso para atender diversos gastos, entre ellos varias partidas de compra de moneda: escudados viejos, 18 s., 6 d.; florines de oro 13 s., 1 a 4 d.; francos, 16 s., 16 s. 10 d.; noble guayaneses, 20 s.; leopard 14 s. moltón de dux, 16 s.; moltón de oro, 18-19s. y el real, 13 s. En la merindad de las Montañas (pp. 517-581) se siguen el mismo procedimiento que en la Ribera. Incluyendo los clérigos del obispado de Bayona, la suma asciende a 2.592 florines y medio, que valen a carlines, contando 13 s. por florín = 4.220 lib., 2 s. 7 d. Y en la de Estella (pp. 582 y ss.) el procedimiento seguido es muy desigual.

varon a mercaderes y cambistas a operar con monedas foráneas, no sólo de los reinos vecinos, sino de otros «estados» que cuentan con una moneda sólida, tanto de oro como de plata. Las pequeñas operaciones se efectuaban en dineros carlines, pero las grandes transacciones se realizaban en florines de Aragón —moneda jaquesa—, de Florencia, de la «reina de Nápoles», en escudos, reales y francos de oro[102] e, incluso, en «parpaillolas» de Lombardía. Este uso de monedas tan diversas obedece a la escasez de numerario navarro, pero sin olvidar la presión de los «especuladores» que tratan de obtener amplios beneficios en los continuos cambios de cotización[103], al tiempo que es más fácil burlar las tasas de interés, sujetas, al menos teóricamente, a los preceptos legales en uso.

En la ordenanza de abril de 1355, después de invocar a la «utilidad de la cosa pública y de tener a su pueblo en buena perfección», se expresa la necesidad de «reparar el fecho de las monedas» —sobre los primeros car-

102. E. Fournial, *Histoire..., ob. cit.*, p. 102. Tableau II. «Monedas de oro emitidas de 1337 a 1360». Este mismo autor, recogiendo la opinión de Yanguas, dice que Navarra emite florines en 1358. Cfr. Ibídem, p. 82. Para ello se basa el un documento del AGN, *Comptos*, caj. 13, nº 190. Creo que lo que aquí se menciona son 75 piezas de oro «de la imagen de San Juan» (Todos los florines —también los de Aragón— llevan impresa esa imagen), las cuales fueron robadas por los domésticos de la casa del tesorero Guillem de Aubre. Resulta difícil admitir el juicio de Yanguas, que, además dice que los florines navarros —con la imagen de San Juan, por supuesto— tenían el valor de 2 florines por cada pieza; ese valor es del precio, pero nunca de su curso. Las piezas con un valor de dos florines de Florencia son los escudados del rey Felipe (de una libra tornesa), que tanta difusión tuvieron en el reino de Navarra. Aunque de forma tangencial ha terciado en este debate sobre los primeros florines «navarros». J. Lizarraga, «Notas aclaratorias sobre algunas monedas de oro, acuñadas en el reino de Navarra», en *Acta Numismática* (marzo, 1996) 33-48, en especial 33 y 34. Este mismo autor, después de revisar acertadamente los infundados juicios de Yanguas, afirma que, entre 1358 y 1366, Carlos II acuñó florines. Serían, creo yo, florines de imitación, copias, en algunos casos, fraudulentas, pero no referido, con este nombre, a la unidad de moneda áurea del rey de Navarra. Expresiones como «florines que había fecho fazer», sin indicarnos las características de la emisión, no creo que sea un argumento válido. Menos aún puede admitirse la referencia de 1360 sobre la entrega de «10 florines llamados "reales", batidos recientemente». Son los reales, del segundo cuño, de Juan II el Bueno, emitidos a mediados de abril de 1359. Y la alusión a florines está empleada como moneda de cuenta y como sinónimo de moneda áurea. Cfr. Lizarraga, art. cit. p. 38. M. Crusafont nos dice que la acuñación de florines en Navarra y Aragón, tienen una cronología «prácticamente concordante». Cfr. «La circulación monetaria en la Navarra medieval», en *Numisma*, 230 (1992) 93-117.

103. En las cuentas de los años de 1345 a 1347, el tesorero anotó diversas partidas de monedas de oro, empleadas en los negocios del rey, y cuyo precio fue rebajado por los «maestros de los comptos»: los escudos de Johan, contados a 18 s. carlines, fueron rebajados a 17 s., 2 d.; florines a 18 s, y no sufren variación.; así como los escudados viejos, que se mantienen a 24 s. Otros escudados a 17s. y 17 s. 6 d. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 12, nº 181. Cuaderno de 5 folios. Cit. Castro, CAGN, II, 750.

lines—, que al parecer había suscitado cierto malestar entre las gentes del reino. Para hacer efectivas tales reparaciones es preciso contar con moneda de oro, pero de tal manera que quede en el reino y no sea sacada ni llevada fuera. Asimismo se ordena la emisión de dineros chicos torneses del cuño de Tours (también llamados *cornados*)[104], groses torneses de plata o blancos y también moneda pequeñas como las meajas chicas, con el valor o curso, ley y peso que habían circulado en tiempos anteriores[105]. Quedaba así establecido el nuevo sistema monetario navarro, basado en una moneda de oro, cuyo nombre, ley y talla desconocemos; en una moneda de plata: el *gros tornes*, con unas características semejantes a las ya conocidas y también del mismo curso (12 d. o un sueldo); y en tres valores de vellón: dineros torneses chicos, llamados también *cornados*, dineros carlines negros[106] y las meajas o medios dineros. Poco antes de un año, el 5 de marzo de 1356, fue preciso introducir algunos reajustes para evitar o, al menos suavizar, la salidas de metal y la introducción de piezas de baja calidad («febles en ley»)[107]. Estas tensiones, agudizadas con la llegada de «dineros negros fechos en Bretayna et en otros logares a forma de karlines negros de Navarra»[108], son inherentes a todo sistema monetario plurimetálico, o, si se prefiere, trimetálico, es decir: oro, plata y vellón. Tal enumeración tiene su fiel reflejo en la referida ordenanza, al enunciar los tipos de monedas que se hacían: «gruesas de oro y plata y menudas, blanda y negra a la forma et seynnales de las monedas del rey»[109]. La diferencia que apunta al color, refleja una distinción del metal, pero sin olvidar una nueva duplicidad distintiva del valor entre gruesa y menuda. Tal distinción lleva aparejados múltiples problemas monetarios, en los que

104. AMTud. caj. 7, nº 3. Cit. F. Fuentes, *Catálogo...,* nº 103. De este documento, pero utilizando una copia de 1831, Jorge Marín de la Salud hace una transcripción en su obra*: La moneda navarra y su documentación, 1513-1838.* Madrid, 1975, pp.18 a 20.

105. M.Á. Irurita, *El municipio..., ob. cit.,* pp. 269-270. Es el mismo instrumento que el anterior, con algunas variantes, pero conservado en el archivo municipal de Pamplona.

106. En las cuentas de 1355 se hace una clara distinción entre carlines blancos y negros, con un valor de un blanco por 2 negros: «... a la valor de 2 karlines prietos por un blanco, porque entre de la nueva valor la cuilló». Cfr. AGN, *Comptos*, Reg. 76-2, fol. 12; Reg. 79, fol. 10 y Reg. 82, fol. 21vº.

107. AGN, *Comptos*, Reg. 81, fol. 27 y 27vº.

108. Ibídem, fols.26 vº y 27. También se indica en el fol. 27vº que los 12 dineros carlines blancos valgan 22 negros. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 12, nº 166 (1356, octubre 22). Publ. M. Ibañez, «Catálago numismático de Navarra II: Monetarios de Navarra, Gabinete de monedas y medallas de París, Museo Arqueológico Nacional, Gabinete Numismático de Cataluña, Museo de la Casa de la Moneda, Americam Numismatic Society y colección "Bergua". Carlos II (1349-1387)», en *Trabajos de Arqueología Navarra/12,* Pamplona, 1995-1996, p. 207. Sobre esta nueva paridad pueden verse, además, en AGN, *Comptos*, Reg. 79, fol. 3 y Reg. 82, fol. 1.

109. AGN, *Comptos*, Reg. 81, fol. 27.

entre otros aparecen implicados manipulaciones, deficiencias de peso, etc., aunque dicha separación de categorías varía con el discurrir del tiempo y en función de sus distintos usuarios. Repárese que esta sutil tipología monetaria venía a acomodarse, casi como un guante, a las exigencias del cotidiano vivir de las gentes del reino y que con tanta lucidez y anticipación había formulado el tesorero Guillem le Soterel hacia algo más de una década.

En 1360, el infante Luis había fijado los valores de cambios de los dineros carlines, creados por su hermano el rey Carlos, con diferentes monedas de otros reinos:

1. Moltón de oro de buen peso	= 18 s. 8 d. prietos.
2. Tornés viejo de buen oro y peso	= 16 s. c.p.
3. Florín de buen oro y peso	= 12 s. c.p.
4. Tornés viejo de plata	= 15 d.c.p.
5. Barcelonés de plata	= 12 d. c.p.
6. 12 jaqueses	= 13 dineros c.p[110].

Pese a la promesa de no mudar la moneda, hacia 1377 (diciembre 2), el rey dispuso una nueva acuñación, de acuerdo con el consejo de Pelegrín de Auxerre, su maestro de la moneda. La emisión incluye una nueva especie blanca, las llamadas coronas de una ley de nueve dineros y doce granos (0'7916); de talla 10 sueldos y 6 dineros, es decir 126 piezas en marco = 1'9424 g. y un valor de 12 dineros la pieza (sueldo), como las que ya estaban en circulación. El remedio permitido al dicho maestro fue de 3 granos en la ley y de 2 dineros en la talla. El precio dado a los mercaderes por cada marco de plata es de 7 libras y 4 sueldos. Y el costo máximo por «obrar et monedar et todos los costages» será por cada marco de plata fina 10 sueldos. Según parece, los fracasados intentos anteriores de acuñar moneda áurea habían sido superados. Esta moneda también se llama coronas y el modelo a tener en cuenta es la vieja dobla de Castilla u otras monedas semejantes de oro fino. Su ley fue de 23 quilates (23/24); de cinco sueldos y cinco dineros de talla =65 piezas por marco = 3'7654 g.). El remedio sería de 1/4 de quilate por cada marco obrado y el precio

110. AGN, *Comptos*, Reg. 97, fol. 32vº y 33.

64 coronas por marco de oro fino[111]. No se indica el valor o curso, pero podría ser de libra y media (30 sueldos), cercano al de las viejas doblas castellanas, escudos viejos, *guayaneses* y a otras monedas semejantes de oro fino. Esta ordenanza refleja una madurez y práctica en los usos monetarios, lo que evidencia que en esos diez años (1366-1376) pudo haber más de una acuñación, pero hasta la fecha no consta que así fuese. En los meses de abril a agosto de 1379, a la ceca de Pamplona fueron llegando remesas de plata fina (de 12 dineros) por una cuantía de 856 marcos, según las certificaciones que su guarda de la moneda extendió al proveedor, Pascual Motça, cambiador establecido en la capital del reino. El precio obtenido por marco fue de un florín de Aragón, a razón de 16 sueldos carlines la pieza[112].

En la ordenanza de 1380 (29 de marzo), en apenas tres años, las coronas de oro y plata fueron de nuevo acuñadas, con la misma talla y curso, pero con una ley más rebajada: 22 quilates para el oro y 6 dineros (50%) para la plata[113]. El sistema monetario sería completado con la acuñación, ese mismo año[114], de los dineros carlines, de una ley de 7 dineros y 8 granos (0'6111); y una talla de 25 s. (300 piezas) por marco = 0'8158 g. El remedio es de 4 granos de ley y de 6 d. por marco en la talla. El precio del marco de plata se fija en 9 libras y media. Estos distintos tipos se completaron, con la emisión, a principios de 1382 (10 de marzo), de los valores más bajos: son aquellas piezas con las que se pueda dar «limosna a los pobres»: carlines negros de un dinero de ley y una talla de 306 (25 s. y 6 d.) por marco = 0'7998 gramos, y de un dinero de curso; carlines blancos de 2 dineros de ley, 18 sueldos (216 por marco = 1'1331 g.) de talla y un curso de 3 dineros por pieza. El precio del marco de plata ha subido a 11 libras y media[115]. Recapitulando todo lo dicho, el sistema monetario navarro podría quedar expresado así:

111. AGN, *Comptos*, caj. 33, nº 114. Cit. Castro, X, nº 1010. Cfr. J. Yanguas y Miranda, *Diccionario, ob. cit.*, t. II, s. v. moneda.

112. Ibídem, caj. 35, nº 50, VI, III, V, II y II bis. Cit. Castro, CAGN, XII, nº 620, 820, 821, 1053 y 1054.

113. AGN, *Comptos*, caj. 42, nº 29, II y IV. Cit. Castro, CAGN, XIII, nº 154.

114. El uno de mayo de 1380. AGN, *Comptos*, caj. 42, nº 35 I. Cit. Castro, CAGN, XIII, nº 193.

115. Ibídem, caj. 43, nº 19, IV. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 171.

Sistema de los carlines (1380-1382)

Especie	*Ley*	*Peso en gramos*	*Curso*
I. Oro			
1. Coronas	22/24	3'7654	30 s.c
II. Plata y Vellón			
1. Coronas	0'7916	1'9424	1 s.c
2. Carlines	0'6111	0'8158	1 d.c
3. c. Blancos	0'1666	1'1331	3 d.c
4. c. Negros	0'0833	0'7998	1/2 d.c

Ante la creciente penuria de monedas de plata y vellón (blanca y negra) en los años sucesivos —últimos del reinado de Carlos II de Evreux— se llevaron a cabo varias acuñaciones, pero sujetas a una incesante manipulación o «quiebra», propiciada desde el propio Consejo del rey, para obtener así notables beneficios económicos y la no menos importante y siempre anhelada disponibilidad de numerario o liquidez. Así, en 1383 (agosto 6. Olite) se ordena el «obraje de moneda de vellón», para evitar la salida de «muchos vellones» fuera del reino, lo que suponía graves quebrantos a los mercaderes y al propio monarca. Los groses, de 4 sueldos de valor, se acuñan a una ley de 10 dineros (0'8333) y una talla de 6 sueldos (72 en marco = 3'3993 g); los medios groses, con la misma ley, pero una talla doble (12 sueldos en marco = 1'6996 g) y la mitad de su valor, es decir 2 sueldos. El obraje, realizado en la nueva sede de la ceca de Pamplona[116] y en la de Monreal[117] tendría un remedio de de 3 granos por marco, en la ley, y un dinero en la talla en ambas especies. El precio de la plata se fija en 14 libras. Y el salario del maestro es de 12 s. y medio por marco de obra[118]. Un mes más tarde se incrementó el precio en diez sueldos por marco de plata, para que este nueva cotización (14 libras y media) estimulase las ventas de este metal y poder atender así las demandas que del mismo se hacían continuamente. Tampoco este reclamo fue suficiente. Ante las exigencias de los mercaderes y las crecientes necesidades

116. La nueva casa de la moneda pertenecía a la cofradía de Santa Catalina, cfr. Ibídem, caj. 47, nº 54, IV. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 614.

117. AGN, *Comptos,* caj. 47, nº 69, IV. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 686; ibídem, caj. 47, nº 78, XIV. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 757.

118. AGN, *Comptos,* caj. 47, nº 53, III. Cit. Castro, CAGN, XIV, n º 603.

de plata que había su precio se elevó a 15 libras y media[119]. También tuvo «crecida» el salario de Pelegrín de Auxerre, fijada en 18 dineros, hasta contabilizar los 14 sueldos por marco de obra[120]. Para semejante acuñación de vellón, en los valores y especies ante citados, se recurrió a la experiencia de los técnicos y oficiales de la ceca del castillo y judería de Monreal, incluida la aportación de Nofri de Pistoia, afinador de la moneda, que, gracias a sus conocimientos y a las indicaciones recibidas, llevó a cabo una «crecida» de 3 sueldos por marco sobre una masa de 621[121].

La moneda pequeña o menuda, los llamados carlines prietos, se acuñaron algo más tarde (24 de enero de 1385) y serían de un dinero la pieza, de 25 sueldo de talla (300 piezas por marco = 0'8158 g) y a doce granos de ley cada marco de obra (0'0416). Al menos en esta ocasión, el precio de la plata se mantuvo en las 15 libras y media. Aprovechando la ocasión y la disponibilidad de materia prima, se acuñaron nuevos groses, con una ley más rebajada (8 dineros (0'6666) y la misma talla y curso que los anteriores, pero la plata sigue en alza, pagada en este emisión al precio de 16 libras, 8 sueldos. La «gran y evidente necesidad» que tenía el rey de dinero (*finanza*) por sus continuas acciones «diplomáticas» ante las cortes de los reyes de Francia y Castilla, le obligaron a nuevas mutaciones o quiebras. Poco meses después trasladaría de Monreal a San Juan de Pie de Puerto, todo el instrumental necesario para «obrar» unos groses aún más rebajados (6 dineros = 0'50) y con un remedio de tres granos en la ley, pero manteniendo la talla y el curso[122]. En estos años finales de su vida, Carlos II mostró una febril política monetaria, con acuñaciones casi anuales, destinadas a atender la necesidad de numerario existente en el reino, pero sin desdeñar los beneficios que cada emisión le reporta a la corona, hasta tal extremo que en el ejercicio de 1385 su valor fue estimado en 30.000 libras por los oficiales de los comptos[123]. Una cierta anarquía monetaria se dejó sentir por esos años. Así, antes de su muerte, en enero de 1387, rebajó aún más el precio de la moneda llamada grosses, que circulaba con un valor de 4 sueldos «febles», hasta alcanzar un curso, siquiera momentáneo, de nada menos que 15 dineros[124].

Semejante panorama —inmerso en una situación de crisis que arrastra esa especie de «plaga de las devaluaciones»— fue amortiguado, al me-

119. Ibídem, caj. 47, nº 87, IV. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 805.
120. AGN, *Comptos*, caj. 47, n º 61, VII. Cit. Castro, CAGN, XIV, nº 656.
121. Ibídem, caj. 48, nº 72, IV. Cit. Castro, CAGN, XV, 470.
122. Ibídem, caj. 49, nº 26, I y II. Cit. Castro, CAGN, XV, n º 892.
123. Ibídem, reg. 183, fol. 2vº.
124. Ibídem, caj. 52, nº 59, I y III y caj. 52, nº 46, VI.

nos en parte, por su hijo y sucesor Carlos III (1387-1425). Al comienzo de su reinado, en 1389, las cortes le concedieron un donativo de 30.000 florines, semejante cuantía le permitiría iniciar una primera estabilización de su moneda[125]. Al año siguiente, en 1390, todavía recibió más de cien mil florines por el monedaje y otros gastos extraordinarios, como la dote de alguna infanta y el proyectado viaje a Roma, que nunca se llevaría a efecto. Según las partidas del «provecho de la moneda», anotadas en el registro de las cuentas de ese mismo año, el beneficio de la acuñación fue de 1.418 libras, 9 sueldos 9 dineros. En la correspondiente ordenanza, entre el 27 de enero de 1389 y el 13 de agosto de 1390, el todavía maestro de la moneda, Pelegrín de Auxerre, acuñó reales, medios reales, carlines blancos y negros, pero cuyas características de emisión desconocemos[126].

La *ratio* oro/plata, establecida sobre el valor o curso legal de cada pieza no me ha sido posible fijarla en este marasmo de ayudas y concesiones. Al parecer debió oscilar entre 1/8.5-9.90. En cualquier caso me ha parecido ilustrativo presentar el siguiente cuadro:

Precios de la plata por marco

1352	92	sueldos
1361	120	"
1377	144	"
1380	184	"
1381	200	"
1382	230	"
1383	290	"
1384	290	"
1385	310	"
1386	328	"
1387	330	"

Así como el precio de la plata procede del fijado por el rey, al tiempo que se ordena la acuñación de monedas blancas y negras, el precio del

125. Ibídem, caj. 69, nº 53 IV y VI, donde indica expresamente el motivo de esa ayuda: el cese de la moneda No sólo estabilizó su moneda, sino que contó con importantes sumas de oro en sus cofres, sólo para su deleite personal, sino para fundir las piezas para ser utilizada en vajilla y joyería.

126. AGN, *Comptos*, reg. 207, fol. 15.

oro, se ha tomado del precio libre del mercado y siempre en relación una moneda —el florín (de Florencia)— y no a una unidad de peso, el marco, como es el modelo reflejado en el cuadro anterior.

Precio del oro por florín de Florencia

1341	15 s.s.
1345	12 s., 10 d. c
1360	12 s. c.
1361	13 s. c.
1362	13 s., 6 d. c.
1365	13 s. c.
1370	14 s. 3 d. c.
1372-1379	16 s. a 21 s. c.
1379	16 s. c.
1383	28 s. c.
1387	24 s c.
1391	25 s. c.
1392	26 s. c.
1397	26 s., 6 d. c.
1411	29 s. c.
1421	30 s. c.
1428	30 s. c.

Un variado muestrario de especies monetales fue atraído por los afanes suntuarios y los cuantiosos recursos financieros con los que contó el rey Noble. A finales del siglo XIV, en los primeros días de septiembre de 1393, recibe una nueva ayuda, en este caso de 85.000 florines, solicitados para sufragar su viaje a Francia[127]. En esas fechas los mercados navarros registran una amplia gama de cotizaciones: se paga el franco de a pie —emitido con un valor de 20 sueldos torneses— a 38 sueldos navarros; un doble de la Guyena a 52; la dobla de Castilla «del rey don Alfonso» a 44 y el florín de Francia («fecho en Tolosa a la manera de Aragón»), 34, cuando la corona de Navarra tiene un valor de curso legal de 36 sueldos[128]. En este singular mercado de «divisas» intervienen los principales cambiadores de Pamplona, como los Cruzat, y habituales proveedores de la casa del rey, tal es el caso del lombardo Mono Casini. El número de piezas de

127. AGN, *Comptos*, caj. 69, nº 53, VI. Cit. F. Idoate, CAGN, XX, nº 549. Ibídem, reg. 219, fol. 95vº.

128. Ibídem, caj. 60, nº 23. Cit. F. Idoate, XX, nº 438.

oro reseñadas es de 46, entre las que sorprende la gran variedad de florines[129]:

1. Florín del papa a dos claves (36 s.)
2. Florín de la reina de Sicilia (32 s.)
3. Florín de Aragón (26 s.)
4. Florín de Francia a la «Cathedra» (44 s.)
5. Florín de Portugal (36 s.)
6. Florín de Bearne (34 s.)
7. Florín «nuevo» del papa Clemente (40 s.)
8. Florín de «estranya tierra a cabeza de forma» (19 s.)
9. Florín de Bohemia (36 s.)
10. Florín cuadrado a la cabeza de mujer (?)
11. Florín «petit» d e Grecia (13 s.)
12. Florín de Saboya (39 s.)
13. Florín de Brabante (42 s.)
14. Florín de Alemania con un escudo cruzado (36 s.)
15. Florín del papa Gregorio (38 s.)
16. Florín de Sena a una O (38 s.)
17. Florín de Navarra (26 s.)

129. Utilizado como modelo y patrón, son muy numerosas las monedas con este nombre. Cfr. J. Favier, *Dictionnaire..., ob. cit*., s.v. florin. Además de la imitación de que fue objeto, sus condiciones de emisión fueron variables, según la autoridad que los emite,decida o no adaptar su relación de oro y la plata. En la crisis del siglo XIV, en el ámbito de la corona de Francia, el viejo sistema de libras, sueldos y dineros, como el navarro, el florín vino a ser unidad monetaria de cuenta. Cfr. J. Belaubre, *Dicctionaire..., ob. cit.,* s. v. florin. Ese es el papel que yo creo jugó en Navarra el florín bajo el dinámico y, en ocasiones, convulsivo reinado de Carlos II. Al igual su coetáneo Juan el Bueno (1350-1364) se dejó ganar por las exigencias de sus oficiales y consejeros, que ya conocían las ventajas del sistema florín-gros, utilizado, entre otros, por provenzales y aragoneses. En el documento citado en la nota anterior, donde se recoge las 46 piezas destinadas a los cofres del rey para su «plazer», hay dos menciones a florines de Navarra. La primera, bajo el epígrafe, «Otras partidas, ultra las sobredictas, que han seydo dadas al rey et no y a precio», se nos dice: florin de Nauarra a lymagin de Sant Johan Baptista que dio Johan de Agramont (caj. 60, nº 23, fol. 1); en la segunda fue comprada a Pere Yuaynes de Lecumberry, cambiador, al precio de 26 sueldos (*idem*, fol. 2). Pese a esa mención expresa, la primera que he llegado a documentar, sigo pensando que se trata de una moneda de cuenta, pero no de una moneda realmente acuñada, ya que seguimos sin conocer las condiciones de su emisión. Repárese que también se anota la corona navarra, con un valor de 36 sueldos, referida quizá a la acuñada en 1377.

Los primeros decenios del siglo XV estarán marcados por una auténtica anarquía monetaria, de esquizofrenia, al decir de algún autor. Y en este tenebroso horizonte, el rey y sus consejeros observaron, sin demasiada capacidad de actuación, como el vellón acapara e inunda los más importantes niveles de la circulación monetaria. Después de la gran acuñación de 1393, las cecas navarras debieron permanecer silenciosas o prácticamente inactivas hasta 1428.

5. Anarquía monetaria y crisis política (1428-1498)

En esa fecha, las emisiones puestas en curso obedecían al monedaje de los nuevos reyes (Blanca y Juan II), que al amparo de su reinado recién inaugurado, emitieron groses de muy buena ley —11 dineros y 12 granos (0'9583)—, bajo la talla de 6 sueldos y 8 dineros (80 en marco de Pamplona y un peso teórico de 3'0594 g) y de valor de curso legal de 2 sueldos (24 d.). El remedio consentido fue de 3 granos por marco de ley y de 2 dineros en la talla. Se batieron 5.800 marcos de plata. Para los medios groses se fijó una ley bastante más baja, de 5 dineros y 12 granos (0'4585), siendo su talla de 13 sueldos y 4 dineros (160 en marco = 1'5297 g); su valor es de un sueldo y de esta especie se emplearon 3.000 marcos. Se acuñaron además cornados de un valor de dos dineros, pero cuyas características de ley y peso remiten a las ya existentes. La cantidad de metal (plata blanca, de 11 d. y 12 gr.) destinado a este especie fue de 800 marcos y el remedio sobre la ley de 3 granos y de 6 dineros sobre la talla; para los medios cornados o carlines negros, de un dinero de curso, se emplean 400 marcos. El remedio para la ley sigue siendo el mismo (3 gr.), pero en la talla es de 9 dineros. En dicha ordenanza se insiste en la prohibición de sacar fuera del reino la plata «villonada», al tiempo que se contempla la necesidad de retirar de la circulación los antiguos reales de Carlos III, lo que unido a las innovaciones introducidas en el sistema monetario, evidencia la voluntad de iniciar una nueva etapa en la historia monetaria del reino. Ahora, la ceca emisora es la de Pamplona, y se renovó todo el personal técnico. Este es el caso del tallador Hans, argentero de Olite, y del ensayador Daniel Bonte, argentero de Pamplona[130]. De los

130. Ibídem, caj. 127, nº 5. Cit. Idoate, CAGN, XXXVII, nº 1354. Se nombra a Miguel de Rosas, guarda mayor de la Casa de la moneda de Pamplona, junto al tallador y al ensayador antes citados figuran mosen Juan de Liédena, alcalde de la Corte Mayor, y los mercaderes Martín de Aoiz, Pere Sebastián, además de Johan de León, maesto de la moneda. Por parte de la Señoría, además de Miguel de Rosas, figura mosen Piers de Peralta, maestro del Hostal Mayor, Pere de Val, protonotario, y Johan García de Lizasoain. El salario del guarda mayor

diez mil marcos de plata utilizados —al precio de 15 libras por marco—, los maestros de la moneda responderán ante la «Señoría mayor» con un *señoriaje* de 30 sueldos por marco de obra de plata fina. O bien, 13 s. y 9 dineros por cada marco en la acuñación de los groses y medios grosses, y 3 s. y 4 d. por marco de obra en los cornados. Tales emisiones quedaron completadas, el primero de diciembre de 1429, con la puesta en circulación unos groses o *blancas* de vellón de a 2 sueldos carlines, de una ley de 3 dineros (0'25) y de 6 sueldos, mientras la talla es de 8 d. (80 piezas en marco = 3'0594 g)[131]. La guerra con Castilla, con su secuela de apremiantes necesidades monetarias, haría fracasar estos primeros ensayos estabilizadores. A mediados de febrero de 1430, la reina ordena batir nuevas blancas, pero con una ley aún más baja: dos dineros «argent le roy» (0'17)[132]. Las incertidumbres que conlleva todo conflicto bélico, y la casi endémica escasez de metales preciosos, hacían inviable cualquier intento, por bien intencionado que este fuese, de estabilidad monetaria, En estas circunstancias se llegó a un acuerdo con los cambiadores para que entregasen, al precio de 22 libras y media por marco, algunas cantidades de plata, que permitiese labrar *blancas* de peor ley (un dineros y 18 granos de «argent le roy» por marco) y de una talla de 7 sueldos (84 en marco = 2'9137 g.)[133]. Pese a la frágil tregua acordada en Majano, que obligó a una tensa paz, con los ejércitos en pie de guerra, se recuperó el precio inicial de 15 libras por marco de plata. Ello pudo contribuir a una nueva emisión (10 de enero de 1432) de groses, medios groses y cornados. Los primeros, llamados carlines, de una ley de 5 dineros y 18 granos de «argent le roy» (0'4791) y la talla idéntica a las anteriores (80 piezas en marco =3'0594 g); su valor de curso es de 2 sueldos carlines. Los medios carlines de la misma ley, una talla de 13 sueldos y 5 dineros (160 en marco = 1'6297 g) y un curso de un sueldo. Y por último, el cornado, de medio sueldo (6 dineros) de curso, una ley de 1 dinero y 8 granos (0'1111) y una talla de 20 sueldos, es decir 240 piezas en marco y un peso teórico de 1'0198 g). De nuevo, las escaramuzas y conflictos bélicos desequilibraron la precaria bonanza alcanzada bajo el reino del rey Noble y los primeros años del reinado de su hija la reina Blanca. Las desavenencias de don

de la Casa de la Moneda, Miguel de Rosas, fue de 150 libras al año, el tallador 110 y el ensayador 90.

131. Ibídem, caj. 128, nº 41 V. Cit. F. Idoate, CAGN, XXXVIII, nº 737.

132. Ibídem, caj. 129, nº 7 III y IV. Cit. F. Idoate, XXXIX, nº 221 y 222.

133. Ibídem, caj. 129, nº 23 I yII. Cit. F. Idoate, CAGN, XXXIX, nº 723 y 724. A la ceca de la Torre de Pamplona, situada junto al convento de San Francisco, acudieron los monederos, traídos de Toulouse por Esteban de Montmisán y el instrumental de Montpellier.

Juan con el su hijo el Príncipe de Viana alentaron las luchas partidistas que acabarían por abrir de nuevo el camino hacia la guerra. Una guerra fratricida que agotó las últimas energías del reino. Durante casi medio siglo, hasta la implantación de la casa Foix-Albret, en 1479, Navarra vive inmersa en un caos monetario. Las anteriores reformas destinadas a atender un mercado interior a base de una moneda de vellón apreciada y estable habían fracasado.

La nueva dinastía hubo de asumir el lastre de una debilidad interna, provocada por más de treinta años de conflictos «partidistas» y cainitas, pero sin olvidar la presión ejercida por unos soberanos rivales, enfrentados por el control de los más sensibles centros de poder de la Cristiandad occidental. En este contexto, el tutelado y fugaz reinado de Francisco Febo (1479-1483) no pudo disipar las incertidumbres sin fin que atenazan a los navarros. Antes de ser coronado, el cardenal infante don Pedro ordena —en nombre del rey— la reglamentaria emisión de moneda nueva (1481, diciembre 20). Moneda de oro y plata, batida en la ceca de Pamplona (Torre del rey), bajo el control del guarda de la moneda —Pedro Marcilla de Caparroso— y la supervisión técnica del maestro Martín de Aoiz. Se labran groses de plata de una ley de 4 d. y 2 gr. (0'3402), talla de 88 piezas en marco = 2'7812 g. y un valor de curso de 16 cornados (8 sueldos). El remedio en este especie será de 3 granos en la ley y de un dinero en la talla. Los medios groses serán de la misma ley, pero de 176 piezas en marco, con un peso teórico de 1'3906 g, y un curso 8 cornados (4 sueldos). Los cornados de 6 dineros o medio sueldo se acuñaron a una ley muy baja, 15 granos (0'0520), y una talla de 32 piezas onza (288 en marco), con un peso teórico de = 0'8498 g. El dinero, llamado negro por su baja ley (8 granos de plata = 0'0277), fue tallado a 44 piezas por onza (396 por marco = 0'6180 g). La moneda, cuyo nombre no se indica, es de buen oro (23 quilates), a una talla de 72 piezas por marco = 3'3993 g. y con un valor de curso de 46 groses de 12 cornados por gros de la moneda de plata[134]. Este tenor del oro no se pudo mantener y en posteriores ordenanzas (31 de octubre de 1487), tratando de imitar a los antiguos *reales*, se rebajaría su ley a 22 quilates y medio, pero con la misma talla de las 72 piezas en marco. Estas especies de oro, cuyo valor facial se mantuvo,

134. Ibídem, caj. 164, nº 21. Cit. F. Idoate, CAGN, XLVIII, nº 688 y 693. Publ. J. Lizarraga, *art. cit.*, pp. 40 y 41. Desde el 13 de mayo de 1487 al 31 de octubre de 1488 se extiende la actuación del maestro de la moneda en su segundo compto (AGN, *Comptos*, caj. 164, nº 22. Cit. F. Idoate, XLVIII, nº 797), donde la ley de los cornados de a 6 dineros fue rebajajda a 11 granos, con uno de remedio. Y un tercer compto del «señoriage» (1488, noviembre 10 a 1493, diciembre), de una ley aún más baja (8 granos y 3/4 y de una talla de 8 s. 8 d., es decir 104 piezas en marco = 2'3533 g. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 164, nº 23. Cit. Idoate, CAGN, XLVIII, nº 814.

se llamaron *navarros*[135]. En realidad, ese mantenimiento era un tanto artificial, lo que unido a la baja ley y valor de las monedas de plata favorecería la aprobación, por parte de las cortes reunidas en Estella el 10 de abril de 1492, de una nueva ordenanza, en la que se recomienda la emisión de *escudos* de oro de una ley de 22 quilates y 3/4; y de una talla de 62 en marco = 3'9476 g. Las prolongadas ausencias de los reyes favorecían esta especie de caos monetario. En este misma normativa se establece una tabla de cotizaciones de algunas monedas de oro, cuya relación es como sigue:

1. Florín de oro = 40 groses
2. Castellanos = 72 groses
3. Ducado viejo = 70 groses
4. Ducado nueuvo = 53 groses
5. Real y escudo viejo = 70 groses
6. Escudo de la baqueta o del sol = 52 groses
7. Florín = 36 grosses.

El 12 de enero de 1494 tuvo lugar la coronación real. Se inauguraba así el reinado efectivo de Catalina de Foix y Juan III de Albret. Los reyes Juan y Catalina, al igual que sus antecesores en el trono navarro, ordenaron batir moneda nueva. Fue preciso que las Cortes, el Consejo Real y aquellos «que saben en el arte de la moneda» diesen su beneplácito para emitir moneda de oro, plata y vellón. Las razones de la misma fueron claramente expuestas en la ordenanza (1495, mayo 21). Éstas no eran otras que la costumbre existente en el reino de «echar moneda empues de su coronación»; la necesidad de moneda que hay, a lo que se une los daños y perjuicios que se derivan por la circulación fraudulenta de monedas extrañas, cotizadas al más alto precio que su valor y, finalmente, por la utilidad de la «res pública». La moneda de oro, los Reales, figura con las armas reales y con la enseña de la Cruz. Su ley sería de 22 quilates y un 1/4, pero esta fracción se concedía de remedio; la talla 72 piezas en marco, es decir con un peso teórico de 3'3939 g. Se harán, asimismo, medios y cuartos reales con la misma ley. Los «reales» de plata, tendrán de una parte la Cruz con cuatro coronas, de otra las reales armas. Se batirán a una ley de

135. Ibídem, caj. 164, nº 22. Cuad. de 16 fols. Publ. parcialmente J. LIZARRAGA, *art. cit.*, p. 42. Se describe que se imprimirán las esfinges de los reyes de un lado y, de otro, las armas reales de Navarra con su corona.

8 dineros y dos granos, siendo estos últimos de remedio (0'6666), mientras que la talla es de 96 piezas en marco = 2'5495 g. También se harían medios reales de la misma ley y peso. Otra especie acuñada fue los «sezenes», que tendría una Cruz impresa, de un lado, y, de otro, una Y, una K coronadas. Su ley es de 3 dineros y 17 granos, con un remedio de un grano (0'3055), y una talla de 8 sueldos, 4 dineros (100 piezas en marco = 2'4475 g). Su valor de curso es de 16 cornados. El precio del marco de oro es de 70 reales, mientras que el del marco de plata es de 25 florines, es decir 37 libras y media (750 sueldos)[136].

El siglo XV navarro, en contraste con los reinos vecinos o comarcanos, fue un tiempo de penuria monetaria e incluso de desprestigio de las monedas del viejo reino, hasta el extremo de llegar a solicitar, por parte de las Cortes de 1504, el cierre de la casa de la moneda[137]. Su baja calidad y la insuficiencia de la masa metálica circulante vino a favorecer el crecimiento del uso de las técnicas de pago con instrumentos no metálicos, al tiempo que se introducen algunas innovaciones en los sistemas y reglamentos crediticios, pero siempre —al menos hasta bien entrado el siglo XVI— sin abandonar el uso y referencia a la moneda metálica.

II. LA MONEDA CREDITICIA

A lo largo del siglo XIII, la normativa que regula el precio del dinero está contenida en los fueros de las poblaciones de francos de Estella y Pamplona. En un principio el predominio del préstamo sobre prendas —dado su carácter casi reservado— no contribuyó a un desarrollo normativo que regulara esta actividad, tan esencial en la vida económica y que cada vez aparece más receptiva al beneficio dinerario y a la acumulación de riqueza. En los primeros decenios del siglo XIV, con las mejoras introducidas por Felipe de Evreux, y conocidas como el *Amejoramiento de 1330,* se atendía a la nueva situación derivada de un uso cada vez más frecuente y complejo del negocio «bancario». En dicha disposición se determina que no se gane más del 20 por ciento, utilizando la expresión siguiente: ...«que gane de cada cinco seis»[138]. Pero una cosa es la norma y, a

136. Ibídem, caj. 166, nº 2. Cit. F. Idoate, XLVIII, nº 921. Publ. J. Lizarraga, *art. cit.*, pp. 44 y 45. Poco después, en 1498, de acuerdo con la norma foral se emite nueva moneda, pero la de oro, llamada ahora ducados valía tan poco, que ninguno de los reinos vecinos la quería tomar, sino era a muy bajo precio. Ibídem, caj. 166, nº 54. Cit. F. Idoate, XLVIII, nº 1007.

137. Ibídem, caj. 167, nº 33. Cit. F. Idoate, CAGN, XLIX, nº 61.

138. Cfr. *Fuero General,* edición de P. Ilarregui y S. Lapuerta, Pamplona 1896, reimpresión de 1964. Ed. Aranzadi, lib., 2, tit. 6, cap. IX-XV y XVII.

veces, otra bien distinta su correcta aplicación. La práctica más común para contratar préstamos con tasas superiores a la permitida —con los riesgos de enfrentarse no sólo a las autoridades civiles, sino a la condena de la Iglesia— era la de añadir a la cantidad realmente prestada el beneficio o interés. Ello explica que se lleguen a promulgar ordenanzas que prohiben a notarios y prestamistas consignar una cantidad superior a la prestada en realidad. Hay que tener presente que todo acto crediticio está encaminado a proporcionar auxilio económico a un sujeto, grupo familiar, asociación o comunidad, por parte de otro u otros sujetos que se ofrecen para satisfacer sus demandas. Existe, pues, una duplicidad de acciones y de sujetos. El acto que da origen a un título de deuda se consigna y anota en los libros del notario correspondiente: son los protocolos notariales, base documental imprescindible para conocer el pulso vital de toda comunidad. No parece demasiado arriesgado afirmar que la introducción del notariado en Navarra fue casi simultáneo a la promulgación de fueros y otros instrumentos normativos, destinados a fijar y regular la convivencia entre poblaciones de origen diverso, en especial francos y burgueses: es decir, desde, al menos, principios del siglo XII. Sin embargo, la documentación notarial navarra, conservada en nuestros archivos, es bastante tardía. Para paliar, al menos en parte, tales carencias se dispone de una información muy precisa, recogida en los llamados registros del sello y ello obedece, como es sabido, a la aplicación de una tasa arancelaria que impone el régimen fiscal navarro a todo documento notarial que, para su validación, precisa el sello real. En definitiva, tales anotaciones son una especie de liquidación de derechos reales. Censos, compraventas, *comendas*, cartas de deuda o *de obligança* y otros actos jurídicos, tienen un fiel y circunstanciado reflejo en estos cuadernos. Desde el último tercio del siglo XIII hay referencias a estas escribanías, pero hasta comienzos de la segunda mitad de la centuria siguiente no se cuenta con los asientos pormenorizados de las partidas que se someten a la liquidación del «guardasellos»[139].

A excepción de los títulos presentados para ser resueltos por vía judicial, en las cartas en «vivo» se consignan los nombres de los implicados por el acto contractual, con referencia precisa al lugar de vecindad, vín-

139. Situados en las cabeceras de merindad y otras importantes poblaciones como Olite, Viana, Monreal y Los Arcos. Hasta el momento se han recogido más de diez mil actas de reconocimiento de deuda, correspondientes en su mayoría ala segunda mitad del siglo XIV. Una primera entrega puede consultarse en el tomo 4 de la *Navarra Judaica*. Cfr. *Los judíos del reino de Navarra. Registros del sello (1339-1387)*, edit. Juan Carrasco, Fermín Miranda y Eloísa Ramírez, Pamplona, 705 pp.

culos familiares, etc., y, por supuesto, a los plazos de amortización de la deuda; así como el recargo o sanción a que se vería sometido el moroso por el impago de lo estipulado. La gama de términos utilizada por los notarios es muy diversa. Tal circunstancia responde no sólo a los variados tipos de operaciones registradas, sino a la utilización de diversos modelos de formularios, prácticas procesales y otros usos, propios de la formación de cada escribano. La expresión más usual es la de carta de deuda, por la inclusión en el preámbulo del verbo deber. Dicho título no siempre está avalado por o uno o más fiadores, pero cuando así concurre se pone especial énfasis en el carácter obligatorio del acto y recibe el nombre de carta de *obligança.* En ocasiones figura la expresión prestar o emprestar, acompañada de la genérica fórmula de:»con pleno amor emprestastes». Estos dos tipos de cartas son utilizados indistintamente entre prestamistas judíos y cristianos, pero estos últimos suelen utilizan con mayor frecuencia la *comanda.* En este caso se expresa el compromiso así: «fulano tiene en *comanda* o fiel guarda»[140]; no existen cláusulas de salvaguarda y se omite toda referencia al plazo de amortización, dado el carácter —al menos desde el punto de vista formal— de mero depósito, tratando así de soslayar las penas canónicas que pudieran derivarse de actuaciones usurarias. Sin embargo, estas restricciones y cautelas no son aplicables a operaciones de mayor cuantía y menos aún se están sujetas al amparo intervención del poder real. En 1286, al poco de llegar al trono de Navarra Felipe el Hermoso, ya rey de Francia, un cambiador de Estella (Johan Matheu) se reconoce deudor de 300 libras de buenos torneses negros, que le había prestado doña Estella, viuda de don Johan de Montán. Dicha deuda será cancelada cuando el antes citado cambiador estellés reciba las 600 libras que debe entregarle en París el Temple, para la cual aduce las necesarias e imprescindibles cartas u órdenes de pago, autorizadas por el propio monarca, don Felipe, por el gobernador de Navarra —Clemente de Launay— y por el maestre Gil de Lambert, preboste de la iglesia de San Martín de Tours. En todo caso, el plazo de amortización quedó fijado como más tarde un mes después de la festividad de San Juan Bautista, es decir tres meses después de haberse negociado el préstamo.

Aunque el marco de actuación es el de la comunidad judía, completan este rápido esbozo tipológico del crédito practicado en Navarra las llamadas cartas *judevencas,* designadas así por estar redactadas en he-

140. En la Pamplona de los burgos es donde se utiliza este sistema con mayor profusión. Cfr. Alfreo Elía, «El crédito cristiano en el mercado de Pamplona (1330-1360)», en *Huarte de San Juan,* 2, Pamplona, 1995, pp. 9-58. Algunos ejemplos posteriores a 1360 Vid. AGN, *Comptos*, caj. 19, nº 40, fol. 3; Ibídem, caj. 99, nº 66 y caj. 37, nº 5.

breo. Responden a préstamos entre judíos, pese a que sus leyes y ordenanzas lo prohíben[141]. Como sistema procesal, estos títulos «judevencos» presentan una casuística muy peculiar y, al menos hasta el momento, resultan desconocidos en los sistema fiscales de otros reinos, tanto peninsulares como del resto de Europa. De hecho, si la administración fiscal intervine es a instancia del acreedor. Finalizado el plazo de amortización sin que la deuda haya sido satisfecha, el perjudicado interpone demanda ante el baile o autoridad real para que, mediante el pago de una sanción diaria, se le conceda una moratoria en el pago, antes de recurrir, como última instancia, al embargo de los bienes del deudor. Estos títulos de deuda constituyen una especie de «caja de depósitos» y que, en la práctica, son negociables por individuos extraños a la comunidad judía, como son los propios mercaderes cristianos. Este es el caso del vecino de Estella Miguel Reque, al interponer —en 1346 y en nombre de Pero de Itoiz, mercader de Pamplona— una demanda por el impago de un préstamos suscrito entre miembros de la aljama estellesa. O el caso del «cambiador» de Pamplona Miguel Moza, ocurrido a mediados de 1355, cuando interpuso una demanda por la «tornadura» de seis cartas de deuda impagadas contra los «banqueros judíos» Juce y Junez de Ablitas, herederos del rico don Ezmel y por un importe de 286 libras y 15 sueldos. De forma más o menos directa, los ejemplos antes reseñados están sujetos al control fiscal de los agentes u oficiales de la Cámara de los Comptos reales. Sin embargo, existe una elevada cantidad de actuaciones que no han sido protocolizadas ante el notario. Éstas son las de mayor cuantía y, con frecuencia, las promovidas por el rey u otros dignatarios próximos a la Casas Real. En el verano del fatídico año de 1366, en espera quizá de recibir la ayuda de los 40.000 florines concedidos al soberano, el propio Carlos II reconoce la deuda parcial de cien florines de oro a Nicolás de Laxaga, burgués de Bayona, como parte aplazada de la obligación suscrita con el citado burgués por un importe de mil florines[142]. Días más tarde, desde la ciudad de Burdeos, el soberano navarro reconoce haber recibido del mercader Juan de Chandos mil francos de oro del cuño de Francia, obligándose a su devolución en el corto período de algo más de dos meses. Como cualquier particular, compromete sus bienes como garantía del crédito concedido[143].

Las situaciones y prácticas antes descritas no sólo indican una avanzada y moderna técnica de contabilidad financiera, sino que pone al des-

141. Cfr. E. Ramírez Vaquero, «Cartas tornadas y quenaces», en *Sefarad,* XLIV (1984) 71-141.

142. AGN, *Comptos*, caj. 21, nº 90, XXXIX. Cit. Castro, CAGN, VI, nº 485.

143. Ibídem, caj. 21, nº 36, II. Cit. Castro, CAGN, VI, nº 489.

cubierto contratos ilegales, plenamente consentidos, fiel reflejo de una sociedad que trata de acomodarse a las exigencias de la economía monetaria, abierta y sin fronteras, acorde con las obligaciones que impone la «república internacional del dinero»[144].

III. LOS MERCADOS MONETARIOS: CAMBISTAS Y BANQUEROS

La función de capitalidad, propia de la Pamplona de los burgos, contribuyó, que duda cabe, a propiciar un determinado tipo de actuaciones mercantiles, difícilmente realizables en otras plazas y mercados el reino. Los servicios financieros inherentes a las más diversas actuaciones y empresas del «estado» navarro, unidos a las necesidades propias de la Corte, precisan una función especial de la actividad crediticia. Actividad que es controlada en gran parte por esa media docena de familias del Burgo (Cruzat, Jurdán, Marcel, Eza, Caritat y Laceilla), cambiadores de moneda, que constituyen la cúspide de la burguesía pamplonesa, emparentados entre sí, con los Artajona, Roncesvalles, Tajonar y Undiano, verdadero núcleo oligárquico del conglomerado mercantil que opera en la capital del reino. La nobleza acudirá a esa burguesía en demanda del dinero que precisa para, en muchos casos, hacer frente a los gastos derivados del tono de vida que su condición y rango les exigen. En el verano de 1277, doña Constanza, señora de Cañas y viuda de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, asume la deuda de 2.000 libras de torneses, suscrita por sus hijos don Lope y don Diego y solicitada a don Guillem Marzel, burgués de Pamplona, durante la estancia de los sus jóvenes hijos en los dominios que ella posee en la localidad navarra de Murillo el Cuende[145]. Entre 1349 y mediados de 1353, don Arnalt Guillem, señor de Agramont y ricohombre de Navarra, llegó a ser deudor de tres créditos, todos ellos de elevada cuantía. El primero fue concedido por Johan de Undiano, mercader de Pamplona, por un importe de 289 escudados y un real de oro; el segundo, de 145 escudos de la «moneda del rey Felipe de Francia» —es decir Felipe VI de Valois, de su 5ª o 6ª emisión y de un valor de 25 sueldos torneses—, lo obtuvo de Martín y Johan de Galar, miembros de una sociedad bancaria de reconocida solvencia, arraigada desde antiguo en la Población de San Nicolás; en el tercero, de 200 libras de carlines, figura como acreedor el honrado y sabio maestre

144. *La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVII secolo* a cura de Aldo de Maddalena e Hermann Kellenbenz, Bologna, 1986, en especial la propuesta que formula el prof. De Maddalena, pp. 7-16.

145. Cfr. AGN, *Comptos*, caj. 3, nº 138. Cit. J. Castro, CAGN, I, nº 494.

Guillem le Soterel, clérigo del rey y futuro Tesorero de Navarra[146]. El plazo de amortización se hace coincidir con las festividades de San Miguel, en los dos primeros, y en la de San Martín para el último. En ningún caso se supera el año; siempre se mueven entre los seis y los nueve meses como períodos de tiempo máximo en la concesiones de sus préstamos. Todos los títulos de deuda están avalados por uno o varios fiadores —como es el caso de García de Roncesvalles en los ejemplos vistos anteriormente— y signados por tres testigos. No siempre se adoptan estas medidas de seguridad con el mismo rigor. Ello podría obedecer no sólo a la cuantía de los desembolsos, sino a la garantías ofrecidas por el deudor. A principios de abril de 1353 —el también ricohombre— don Johan Ramirez de Arellano recibe 300 libras del merecader-banquero, con tienda en la rúa Mayor de los Cambios del Burgo de San Cernin, García Arnalt de Pollán.

Aunque en la documentación son muy escasas las menciones a sociedades bancarias propiamente dichas, los comportamientos de algunos mercaderes y cambistas sí parecen responder a tales figuras. Uno de los pocos casos que se conocen corresponde a la asociación formada por los Borges (Pascal y Martín —padre e hijo—, respectivamente), vecinos de la Población de San Nicolás, y los Cruzat (don Miguel y su hijo Martín), una de las familias «burguesas» de San Cernin del más rancio abolengo. Entre las cláusulas del acuerdo figura el compromiso que adquieren los Borges de hacer participes de todas las cartas de deuda y de comanda que negocien a sus nuevos socios, a cambio de una participación, no especificada, en los arrendamientos de las rentas reales de la merindad y bailía de Pamplona[147]. Por los ejemplos analizados, parece evidente que la actividad crediticia está vinculada a sectores «burgueses»; sin embargo, estas prácticas —aunque con menor frecuencia— no fueron ignoradas por los mercaderes de la ciudad de la Navarrería. Los Roncesvalles —Domingo y Nicolás—, avecindados en este barrio de la capital, que mostraron su interés en financiar el sector de la producción de hierro y su posterior comercialización. A mediados de 1329, desembarazados de la tutela impuesta por la monarquía capeta y recuperado el tono vital después de la destrucción de la Navarrería, un grupo de mercaderes —entre los que descuellan la ya citada familia de los García de Roncesvalles y Sancho de Mayer, administrador general de las ferrerías del reino bajo el reinado de Carlos II— arriesgó

146. Cfr. J. Carrasco, «Cambistas y banqueros en el reino de Navarra (siglos XIII-XV). Dinero, banca y crédito en la Navarra bajomedieval», en *Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale*, Génova, 1990, pp. 941-962, en especial 957 y ss.

147. AGN, *Comptos*, caj. 11, nº 53, fol. 22. Cit. Castro CAGN, II, nº 467.

su dinero en las empresas «ferreras» o metalúrgicas de Vera y Lesaca. Esta extensión del ámbito de influencia hacia las tierras del norte se prolongó más allá de la muga de Ultrapuertos. Una agrupación de seis buralleros, dirigidos por Martín de Viscarret, llegó a disponer de lonjas y corresponsales en Olorón y Orthez. En definitiva, el mercado monetario de Pamplona registra operaciones de cierto relieve, siempre en metálico y con el uso frecuente —en la contratación— de monedas de muy diverso tipo. A este respecto, recuérdese los gastos cambiarios, estimados en un 4%, de los 300 escudos de oro, entregados en París, en abril de 1411, al rey Carlos III y que en sendos operaciones de cambio (al 2% cada una), realizadas por mercaderes florentinos, establecidos en Montpellier y Barcelona, respectivamente. En moneda navarra ello supuso un gasto de 28 libras y 4 sueldos carlines, lo que representa una cotización del escudo de 47 sueldos por pieza. Sin minusvalorar las actuaciones financieras y, en definitiva, los movimientos de capital, la tendencia inversora está dirigida hacia el mundo artesanal y a una modesta producción industrial —hierro y paños[148]—, pero sobre todo al consumo y al sector inmobiliario, siempre sujeto a las tensiones que alimenta la complejidad urbana de la Pamplona de los burgos y su enclave ciudadano de la Navarrería.

El mercado de Estella presenta comportamientos muy semejantes, aunque, como es comprensible, con cifras más modestas. Judíos y cristianos intervienen casi por igual en el comercio del dinero. Entre los primeros destacan los Leví, Embolat y Ezquerra, mientras que por los segundos cabe citar a los argenteros y cambiadores Miguel de Baldoin —quién jugó un destacado papel en la recuperación de los bienes saqueados a los judíos en 1328—, Pere de Viguria y Gastón de las Vacas, apellidado así en alusión a la heráldica de su origen bearnés. También de origen ultrapirenaico debía de ser doña Estrella, viuda de don Johan de Montán, que a mediados de 1286 constituyó una compañía, en régimen de comanda y con un capital inicial de 600 libras de buenos «torners negres», con su socio y futuro yerno Pero Périz de Landrén, al que aportó su parte de capital en concepto de dote matrimonial de su hija Emperia. Como no podía ser de otro modo, y dado su papel de capital comarcal de una amplia zona de valles y tierras bajas de las riberas del Ega y Ebro, en esta brillan-

148. Las compras de paños de calidad abundan en las cuentas del tesorero a partir de los últimos decenios del siglo XIV. Mercaderes como un tal Martín de Echarri realizan operaciones de elevada cuantía en sus tiendas de Pamplona. A finales de septiembre de 1386 se anotan diversas partidas de paños, en especial de Bristol y de Malinas, por valor de 854 libras, 17 s. 7 d. a razón de 44 s. el florín. El precio de la mercancía se fija en florines y para su contabilidad final se transforma en moneda navarra. Cfr. AGN, *Comptos*, Reg. 190, fol. 119vº.

te etapa de la ruta de peregrinación compostelana existe una muy estimable presencia del crédito agrícola[149].

El espacio mercantil que aglutina gran parte de las contrataciones bajo esta modalidad es Tudela, capital de la merindad y centro reordenador de intercambios[150]. En esta plaza es menos numerosa la presencia de «banqueros» cristianos. Los casos registrados corresponden a mercaderes con intereses ganaderos y muy activos en la explotación de los arrendamientos de las rentas de la bailía. Además de los Caritat, son dignos de mención Lope Martíniz de las Navarras y Yenego Périz de Ujué, ambos coetáneos y muy vinculados a la administración de Carlos II. Los distintos modelos de préstamos negociados parecen acomodarse a la compleja situación del mundo agrario, afectado por crisis y carestías casi endémicas.

Los tibios síntomas de recuperación, a duras penas perceptibles desde el último decenio del siglo XIV, parecen concentrarse en los afanes constructivos del rey Noble y en los fastos de su corte. Olite pasa a ser, al menos durante los primeros decenios del «cuatrocientos», el mercado de productos de lujo que la corte demanda. Argenteros o joyeros de Bayona, Tolosa y Montpellier cuentan con socios y agentes en las plazas de Pamplona, Estella y Olite para ofrecer sus valiosas mercancías. En las cuentas del Tesorero del reino se anotan con riguroso detalle las compras realizadas por los servidores reales. En los últimos meses del reinado de Carlos II, quizá debilitado y enfermo, los infantes Carlos —el futuro rey— y Juana —duquesa de Bretaña— adquieren valiosas piezas de orfebrería de los argenteros Concelin Blanc y Johan Boneau, pagadas en moneda de oro. Por esas mismas fechas, Jaime d'Olesvay, mercader de Bayona, por mediación de su agente en Pamplona, Machin d'Alviz, recibe la cantidad de 1.200 francos (3.292 libras y media) por un lote de joyas para la infanta Juana, como parte de la dote de su matrimonio con el duque de Bretaña.

Poco antes de quedar fijada la corte en Olite, otras «buenas villas» ostentan con orgullo su condición de sede real; acogen a los monarcas y a su séquito de familiares y servidores, y son escenario de actos de gobierno y de asambleas representativas de los estamentos del reino. En reiteradas ocasiones, la villa de Puente la Reina fue centro de la monarquía. En la citada villa, a comienzos de 1385, el rey efectuó varios mandamientos de pago a favor de Berenguer de Cortiellas, mercader de Zaragoza, por la considerable suma de 8.319 florines, al precio de dos libras por florín de

149. AGN, *Comptos,* caj. 38, nº 19. Cit. Castro, II, nº 1085.

150. Cfr. J. Carrasco, «Propietarios judíos en la ribera tudelana después de la Peste Negra», *en Sinagoga y mercado*, Pamplona, 1993, pp. 159-205.

oro y del cuño de Aragón. Tan elevada cifra se extrae de los arrendamientos de sacas y peajes —impuestos sobre el tráfico comercial— de la villa y merindad de Tudela, gestionados por el judío tudelano Samuel Amarillo, y corresponde a la entrega de ciertas «mercaderías», como paños de oro, seda, pieles y especias; vajilla de plata, gastos de viajes y embajadas. Existen indicios razonables para pensar que estas cuantiosas inversiones no eran sólo empleadas para boato y brillo de la Corte. Es preciso tener presente las dificultades por las que atraviesa la economía navarra en estos siglos finales de la Edad Media y la desconfianza en su moneda alcanza a la propia administración real. La monarquía, como los propios particulares —mercaderes y banqueros—, venían practicando una velada y sistemática política de atesorar riqueza. Una de las señales que podrían avalar dicha hipótesis radica en el comportamiento y naturaleza de una circulación monetaria sujeta a largos períodos de arritmia.

* * *

Para terminar esta ya larga exposición, soy consciente de lo limitado de algunos de los resultados obtenidos. Bien es verdad que el estado actual de la investigación no permite mayores progresos, capaces de profundizar en las relaciones ideológicas, financieras y, muy especialmente, en la nueva fiscalidad o de Estado, que propicia el dinero y la moneda. Asimismo, todo ese mundo relacionado con las industrias extractivas y mineras, los tesoros y los flujos monetarios debe quedar aparcado, al menos en esta ocasión. De igual modo, me hubiera interesado referirme al discurso, más o menos codificado, de los movimientos de pobreza voluntaria u órdenes mendicantes, referido a la usura y su secuela o cortejo de prohibiciones, tratando de acomodarse, con mayor o menor fortuna, a los usos dinerarios de los mercaderes y de las élites urbanas. Con todo, he procurado presentar un esbozo, ciertamente apresurado, de algunas etapas de la historia monetaria de este singular y dinámico reino de Navarra. Y de cómo, en esa especie de microcosmos, tiene lugar un precoz y variado uso de la moneda. Sin olvidar la presencia de mercaderes y «banqueros» occitanos e italianos, que operan desde sus bases de Bayona, Montpellier, Lombardía, Toscana o Génova, al tiempo que utilizan la plaza de Barcelona como verdadera plataforma de sus operaciones navarras. Y, como ya dejé constancia de ello hace casi diez años[151], son dignos de mención los ágiles y modernos procedimientos y técnicas «bancarias» utilizados en los mercados de este viejo reino.

151. J. Carrasco, «Cambistas y banqueros», art. cit., p. 962.

ANEXO I
Emisiones de moneda de plata (1264-1495)

Ordenanza	*Nom. Especie*	*Ley Granos*	*Talla Marco*	*Peso gramos*	*Curso*
1264, mayo 31	sanchetes	90	216	1'1331	1 d. s.
1352	carlines	54	246	0'9802	1 d. c.
1352	Grosses	168	64	3'8242	12 d. c.
1377, dici. 2	coronas	228	126	1'9424	12 d. c
1380, marzo.29	Carlines	176	300	0'8158	1 d. c.
1382, marzo 10	carl. blancos	48	216	1'1331	3 d. c.
1382, marzo 10	carl.negros	24	306	0'7998	1 d. c.
1383, agosto 6	groses	240	72	3'3993	48 d. c.
1383, agosto 6	1/2 groses	240	144	1'6996	24 d. c.
1385, enero 24	Carl. Prietos	12	300	0'8158	1 d.
1385, enero 24	Groses	192	72	3'3993	48 d.
1428, mayo 9	Groses	276	80	3'0594	24 d.
1428, mayo 9	1/2 groses	132	160	1'5297	12 d.
1428, mayo 9	Cornados	-	-	-	2 d.
1428, mayo 9	1/2 cornados	-	-	-	1 d.
1429, dici,1	Blancas	72	80	3'0594	24 d.
1430, febr. 12	Blancas	48	80	3'0594	24 d.
1430, junio 1	Blancas	42	84	2'9137	24 d.
1432, enero 10	Groses	138	80	3'0594	24 d.
1432, enero 10	1/2 groses	138	160	1'6297	12 d.
1432, enero 10	Cornado	32	240	1'0198	6 d.
1481, dici, 20	Groses	98	88	2'7812	96 d.
1481, dici, 20	1/2 groses	98	176	1'3906	48 d.
1481, dici, 20	Cornados	15	288	0'8498	6 d.
1481, dici, 20	Dinero prieto	8	396	0'6180	1 d.
1495, mayo, 21	Reales	194	96	2'5495	68 cornados
1495, mayo, 21	1/2 reales	194	96	2'5495	34, cornados
1495, mayo 21	Tarjas	89	100	2'4475	16 cornados

ANEXO II
Emisiones de moneda de oro (1377-1495)

Ordenanza	*Nom. Especie*	*Ley quilates*	*Talla Marco*	*Peso gramos*	*Curso*
1377, dici. 2	Coronas	23	65	3'7654	30 s. c.
1380, marzo.29	Coronas	22	65	3'7654	30 s. c.
1382, marzo 10		48	216	1'1331	3 d. c.
1382, marzo 10	carl.negros	24	306	0'7998	1 d. c.
1383, agosto 6	groses	240	72	3'3993	48 d. c
1383, agosto 6	1/2 groses	240	144	1'6996	24 d. c.
1385, enero 24	Carl. Prietos	12	300	0'8158	1 d.
1385, enero 24	Groses	192	72	3'3993	48 d.
1428, mayo 9	Groses	276	80	3'0594	24 d.
1428, mayo 9	1/2 groses	132	160	1'5297	12 d.
1428, mayo 9	Cornados	-	-	-	2 d.
1428, mayo 9	1/2 cornados	-	-	-	1 d.
1429, dici,1	Blancas	72	80	3'0594	24 d.
1430, febr. 12	Blancas	48	80	3'0594	24 d.
1430, junio 1	Blancas	42	84	2'9137	24 d.
1432, enero 10	Groses	138	80	3'0594	24 d.
1432, enero 10	1/2 groses	138	160	1'6297	12 d.
1432, enero 10	Cornado	32	240	1'0198	6 d.
1481, dici, 20	Groses	98	88	2'7812	96 d.
1481, dici, 20	1/2 groses	98	176	1'3906	48 d.
1481, dici, 20	Cornados	15	288	0'8498	6 d.
1481, dici, 20	Dinero prieto	8	396	0'6180	1 d.
1495, mayo, 21	Reales	194	96	2'5495	68 cornados
1495, mayo, 21	1/2 reales	194	96	2'5495	34, cornados
1495, mayo 21	Tarjas	89	100	2'4475	16 cornados

Genoveses en la corte de los Reyes Católicos: los hermanos Italian

José Enrique LÓPEZ DE COCA CASTAÑER

Cuando el comité científico de la XXVI Semana de Estudios Medievales me encargó la elaboración de una ponencia sobre el crédito y la banca genovesa en la España de los Reyes Católicos, sabía que ese trabajo había sido hecho en parte por dos jóvenes historiadores valencianos[1]. Sumido en la duda, acepté el encargo a pesar de todo.

Una opción a seguir consistía en recordar que los italianos ya eran los hombres de negocios más importantes en el umbral del llamado «siglo de los genoveses»[2]. También cabía la posibilidad de volver a insistir en el éxito alcanzado por alguno, o algunos, de esos mercaderes-banqueros[3].

He escogido una vía diferente. Voy a tratar de la extensión del crédito genovés y su penetración en los mercados, sobre todo castellanos, analizando la actividad desplegada en la corte real por un grupo familiar concreto, los hermanos Italian. Comparados con los Centurione —con quienes estuvieron asociados—, los Pinelli, Salvago y otros, son relativamente poco conocidos. Se les puede considerar, además, unos «perdedores», pues estuvieron en lo más alto para caer luego en el olvido.

1. Igual Luís, D. y Navarro Espinach, G.: *Los genoveses en España en el tránsito del siglo XV al XVI.* «Historia. Instituciones. Documentos» nº 24 (1977), 264-280. Teniendo en cuenta las aportaciones fundamentales de E. Otte, los autores subrayan el papel de los genoveses en el negocio de la letra de cambio.

2. Según la expresión acuñada por Felipe Ruiz Martín.

3. Aunque no se muy bien para qué a la vista de la bibliografía acumulada sobre personajes como Francisco Pinelo. Véase D'Arienzo, L.: *Francesco Pinelli banchiere del Papa, collettore e nuncio apostólico in Spagna all'epoca di Christophoro Colombo.* «Atti del IV Convegno Internazionale di Studi Colombiani» II (Génova, 1987), p. 55-106

Ya me había ocupado de ellos hace años, cuando estudiaba el desarrollo de la colonia mercantil genovesa en Málaga después de la conquista castellana, tocando de pasada el papel que desempeñaron como banqueros de la monarquía. Ahora tengo la oportunidad de revisar lo que escribí entonces y de añadir nuevas aportaciones documentales[4].

Aprovecharé, asimismo, la ocasión para mostrar mi desacuerdo con algunas opiniones recientes sobre estos Italian, las cuales se apoyan excesivamente en nuestros propios escritos[5]. En ese sentido, la presente contribución aspira a superar la relativa y recíproca ignorancia de cuánto se está haciendo sobre los genoveses en los departamentos de historia medieval y moderna.

Asociados con los Centurión

A comienzos de los años ochenta llegaba a España Pantaleon Italian para instalarse en la corte real. Aquí permanecerá por espacio de dos décadas, aunque de vez en cuando haga alguna escapada por tierras de Castilla y de Aragón[6]. Los registros del notario valenciano Jaume Salvador, que recogen las letras de cambio llegadas a Valencia desde distintas plazas, son elocuentes a ese respecto. Pantaleon Italian aparece como titular de once letras remitidas entre 1490 y 1495. Son las siguientes[7]:

4. LÓPEZ de COCA CASTAÑER, J.E.: *Los genoveses en Málaga durante el reinado de los Reyes Católicos.* «Anuario de Estudios Medievales» 10 (1980), 619-650; una segunda versión, escrita en colaboración con Mª Teresa López Beltrán*: Mercaderes genoveses en Málaga (1487-1516): los hermanos Centurion e Ytalian.* «Historia. Instituciones. Documentos» 7 (1980), 93-126. Los dos artículos han sido reeditados en LOPEZ de COCA CASTAÑER, J.E.: *El reino de Granada en la época de los Reyes Católicos.* Granada, 1898. II, p. 9-55 y 89-127 respectivamente. En adelante citará por esta segunda edición.

5. SANZ AYAN, C.: *La presencia del capitalismo cosmopolita durante el reinado de los Reyes Católicos: claves para una interpretación.* «El Tratado de Tordesillas y su época. Congreso Internacional de Historia» I (Madrid, 1995), p. 467-477. Siendo modernista, la autora parece ignorar la bibliografía específica del período de los Reyes Católicos, tanto española como italiana. Así se explica que, en pág. 472 y nota 14, se refiera a Francesco Pinelli como «un tal Francisco Pinelo, jurado sevillano», del que supone que mantendría «actividades financiero-mercantiles similares a las de los Centurion e Ytalian».

6. En un proceso abierto contra él en 1502, otros genoveses afirman conocerlo desde hacía 15 o 20 años; también, que durante ese período jamás había salido de España. *Infra* nº 49.

7. Datos extraídos de IGUAL Luis, D. y NAVARRO ESPINACH, G: *op. cit.*, apéndice nº 1.

Año	*Número de letras*	*Lugar de emisión*
1490	1	Córdoba
1491	2	Sevilla
1491	1	Granada
1491	1	«Corte Real»
1492	1	«Corte Real»
1492	1	Santa Fe
1492	1	Córdoba
1493	1	Barcelona
1494	1	Segovia
1495	1	Burgos

De 1490 a 1492 los reyes permanecieron en Andalucía, atentos a la conclusión de la guerra de Granada. Las letras permiten seguir el itinerario de sus desplazamientos. Luego, a partir de la primavera de 1492, los monarcas se dirigen a tierras más septentrionales y nuestro genovés les acompaña[8].

Las primeras noticias sobre Agustín Italian, hermano de Pantaleon, se remontan a la primavera de 1493. En esa fecha aparece ya como «estante» en Málaga y disfrutando de seguro real en compañía de Martín Centurion, uno de los hijos de micer Teramo Centurion, muy conocido en tierras catalano-aragonesas[9]. En el mes de julio, Fernando e Isabel les concedían el privilegio de naturalización, atendiendo a que ambos genoveses habían manifestado el deseo de

> «haser e labrar paños e sedas e lanas e açúcares, asy en la çibdad de Málaga como en las çibdades de Granada e Almuñecar»[10].

8. Se entiende que la referencia a Granada (1491) lo es al real, o campamento, del ejército sitiador.

9. Almería los había acusado de contrabando de armas con Berbería. Los reyes ordenan el desembargo de las mercancías que les habían sido requisadas por valor de 3.000 ducados. *(R)egistro (G)eneral (S)ello (Simancas)* mayo 1493, fol. 100; López de Coca Castañer, J.E.: *El reino de Granada*, II, p. 107.

10. *R.G.S.* julio 1493, fol. 14. En diciembre de 1494 se expidió una sobrecarta porque el concejo de Málaga no aceptaba esa naturalización. *(A)rchivo (M)unicipal (M)álaga* Provisiones I, f. 51-54 vº.

La merced iba acompañada del derecho a gozar de todas las exenciones y franquezas de que disfrutaban entonces los vecinos de la ciudad —que eran muchas— si bien prohibíaseles obtener rentas y beneficios eclesiásticos[11].

Está por ver que Agustín Italian y Martín Centurion se dedicasen a fabricar tejidos de seda y azúcar en los lugares citados, centro de gravedad económico del emirato nazarí en sus postrimerías[12]. Prefirieron más bien promover un comercio activo de importación y exportación por el puerto de Málaga, aprovechando la desaparición de la antigua frontera terrestre.

En una carta dirigida a los Contadores Mayores de Cuentas el 18 de julio de 1496, los monarcas advertían que los mencionados genoveses podrían gozar de las mismas franquicias fiscales que los malagueños siempre y cuando las mercaderías con las que trataban fuesen suyas y no de otros, aunque actuaran como factores de éstos. Una advertencia oportuna ya que por esas mismas fechas Hernando de Sosa, recaudador mayor de Málaga y su partido, se esforzaba vanamente para que Agustín Italian le mostrase sus libros de contabilidad[13]. Al año siguiente, un nuevo recaudador, Rodrigo Alvárez de Madrid, reclamaría ante la Contaduría Mayor porque:

> «... en la franqueza que sus altesas mandaron dar a Málaga está declarado que no gozen della qualesquier ginoveses e lonbardos e florentynos ni mercaderes de la Ytalia, e no enbargante esto estan dos ginoveses en la dicha çibdad que ynpetraron e ganaron franqueza de sus altezas como qualesquier de los otros vezinos de la dicha cibdad, y esto bien se podría sofrir salvo que estos dos ginoveses so color que es suyo todo lo que meten e sacan por mar e por tierra, gozan de muchas mercaderías agenas e de las de toda su conpañía en grand número, de que viene mucho daño e menoscabo al aduana de la dicha çibdad e se pierde todo allende de ser poco...»[14].

Es cierto que Agustín Italian pagó derechos de almojarifazgo en 1496 y 1497. Pero lo hizo sólo sobre las mercancías que importaba o exportaba por cuenta de otros, y no sobre las que pertenecían a él «y su conpañero»[15].

11. López de Coca Castañer, J.E.: *op. cit.*, II, pp. 45-47.

12. Aunque un documento notarial valenciano de 1515 nos dice que Esteban Centurion, hermano de Martín, se interesaba por introducir nueva tecnología en la industria sedera granadina. Igual Luis, D. y Navarro Espinach, G.: *op. cit.*, nota 158.

13. Un análisis detallado en López de Coca, J.E.: *op. cit.*, II, p. 29 y 30.

14. *(A)rchivo (G)eneral (S)imancas.* Escribanía Mayor de Rentas leg. 62

15. Y se pagó menos de lo que pretendía Hernando de Sosa. Un pleito entre éste y la pareja de genoveses, «coleaba» aún en 1505. Véase carta de Dª Juana (Toro, 4/marzo/1505) a Sosa en *R.G.S.* marzo 1505, sin foliar.

Así pues, no hay razón para creer que las prerrogativas concedidas por los reyes al darles carta de naturaleza tuvieran otras limitaciones que las indicadas más arriba[16].

* * *

Aunque prescindo de analizar la naturaleza de ese comercio, quiero destacar la importancia que alcanzaron las exportaciones de cereales andaluces a Génova y otras partes de Italia. Entre otros motivos, porque nos introduce de lleno en el tema del crédito genovés.

Las exportaciones de trigo y de cebada eran ilegales de no mediar el correspondiente permiso —o «licencia de saca»— de los reyes. No parece, empero, que los genoveses tuvieran problemas para conseguirlos, sino todo lo contrario. El *Cargo de las sacas de pan* del tesorero Alonso de Morales recoge 39 permisos diferentes de enero de 1498 a noviembre de 1503, de los que solamente 8 corresponden a comerciantes genoveses. Pero del total de maravedíes ingresados por el citado tesorero, unos 16.319.778, las licencias otorgadas a los ligures sumaban 11.912.500 maravedíes, un 73% del total aproximadamente[17].

El 2 de septiembre de 1497, en Medina del Campo, los reyes concedían a los hermanos Italian, y Martín Centurion, permiso para exportar 6.000 cahices de trigo a Génova y la Riviera, asegurándoles que durante el lapso comprendido entre el día de la fecha y el 30 de abril de 1498 no saldría otro cereal para Italia. Los genoveses habían de pagar por la saca 2.400.000 maravedíes, a 400 mar./cahiz, aparte de otros 600.000 (en total, 3 cuentos) que los monarcas tomaban prestados ahora —véase la cláusula nº 4 del contrato— para devolverlos en noviembre con el mismo interés al que habían aceptado otro préstamo días antes[18]. Ahora bien, si los susodichos mercaderes manifestasen dentro de un mes «que toman de término para consultar con su conpañía», intención de sacar otros 4.000 ó 6.000 cahices de trigo, podrán hacerlo durante un año y al

16. Según sostiene Sanz Ayan, C.: *op. cit.*, p. 470. Estaría de acuerdo conmigo de haber leído el primero de mis trabajos sobre la colonia genovesa en Málaga, que es básico para entender el que escribí luego con Mª Teresa López Beltrán.

17. *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas 1ª Época, leg. 42. Son partidas a nombre de Pantaleon Italian y Martín Centurion, de Pantaleon en solitario o con su hermano Agustín; de Juan Forner, estante en Málaga; Juan Batista Marin y Ambrosio de Spinola, residentes en Sevilla, y Benito Castiglione (Castellón), habitante en Toledo.

18. Nuestros genoveses entregaron 2.300.000 maravedíes al tesorero Morales el 27 de agosto de 1497, con la promesa de que les serían devueltos a fines de noviembre con un 5,5% de interés. *Infra* nº 24.

mismo precio, a cambio de condonar a la Corona los seiscientos mil maravedíes que le prestan, con sus intereses[19].

En virtud de esta última cláusula, Martín Centurion y los hermanos Italian recibían licencia para exportar 6.000 cahices en noviembre de ese mismo año[20].

Por esas fechas nuestros genoveses proporcionaban ya a la monarquía alguno de los créditos que ésta necesitaba para atender sus compromisos políticos y militares en Italia. En agosto de 1497, concretamente, Pantaleon Italian y Martín Centurion adelantaban dinero para costear la carraca que Franco Lomelin fleta para la armada real[21]. En septiembre, recibían del tesorero Alonso de Morales 1.487.000 maravedíes por los 3.500 ducados que Gonzalo Fernández de Córdoba «había tomado a canbio» en Nápoles para pagar a sus tropas, con un interés del 13,5 por ciento; esta operación fue autorizada por el banco de Batista Lomelin gracias a un crédito de Pantaleón Italian y Martín Centurion[22].

La *Relación de cambios* de Alonso de Morales para 1497-1503 recoge otras operaciones a cargo de la mentada pareja, tanto simples préstamos como operaciones de crédito, transferencia y cambio[23]. A saber:

— 27/agosto/1497: Pantaleon Italian y Martín Centurion entregan 2.300.000, que se les devolverán a fines de noviembre con un 5,5% de interés[24].

— 28/septiembre/1497: 1.800.000 maravedíes de 12.000 florines, razonados a 150 maravedíes/florín, «que la reyna nuestra señora mandó canbiar con ellos para que se los dieran e pagasen en Seçilia ...».

19. El texto del contrato está publicado en López de Coca, J.E.: *op. cit.*, II, p. 50-52. En la cláusula 5ª leemos: «E para en pago dello den los dichos 600.000 maravedíes que agora toman a canbio por nuestro mandado, e no seamos obligados a pagar ynterés alguno por los dichos 600.000 maravedíes. E sean obligados de pagar... lo que más montaren en la dicha saca...».

20. Los pagos hechos al tesorero Morales quedaron registrados de la manera siguiente:

— Sin fecha: 3 millones «que ovieron de dar en quenta de cuatro quentos ochoçientos mill maravedíes que ovieron de dar por la saca de doze mil cahices de trigo... a razón de CCCC maravedíes el cahiz».

— 15/enero/1498: 1 cuento 800.000 maravedíes «a conplimiento de los cuatro cuentos ochoçientos mill maravedíes que ovieron de dar por la saca de los XII U. cahices».

Al margen de ésta, hay otra partida a nombre de Pantaleon Italian, que pagó 500 florines (132.500 maravedíes) en Madrid, el 20/abril/1499, «que ovo de dar por saca de quinientos cahices de pan...». *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas 1ª Época, leg. 42.

21. *A.G.S.* Cámara Castilla, Libro 2-2º Cédulas, fol 324.

22. *Ibidem*

23. *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas, leg. 42

24. Ese mismo mes, otra fuente registra un préstamo de 2 millones al 5,8 por ciento, a devolver en tres meses. ¿Se trata del mismo?.

— 26/septiembre/1498: pagan 200.000 maravedíes por un cambio hecho con Dª Isabel en Zaragoza, de 1.333 florines y un tercio que había de recibir en Sicilia, razonados a 150 maravedíes, «los cuales dichos 1.333 florines paresçe que los susodichos pagaron luego de contado al dicho tesorero entregándoles la çédula de canbio e protesto».

— 20/abril/1499: Alonso de Morales recibe de Pantaleon Italian 1.406.157 maravedíes por 8.566 florines sicilianos, razonados a 165 maravedíes/florín, que Darío Imperiale y Juan Batista Salvago, genoveses estantes en Sicilia, recibieron «del maestro secreto de Seçilia en quenta de un canbio que la reyna nuestra señora mandó fazer con el dicho Pantaleon de 18.000 florines de la dicha moneda»[25].

— 11/noviembre/1499: el tesorero real toma a cambio de Pantaleon Italian y Martín Centurion 4.000 ducados (1.500.000 maravedíes) para que los den en Valencia. Les serán devueltos dentro de dos meses con un recargo del 5%.

La Corona solía garantizar la devolución de los préstamos, situándola en rentas de diferentes partidos fiscales. En ese sentido, es probable que nuestros genoveses se aseguraran su cobro arrendando algunas rentas reales; caso de las tercias de Ecija en 1497, por citar un ejemplo[26].

Como habrá podido observarse, Martín Centurion pasaba largas temporadas en la corte. El y Pantaleon abrieron en 1497 una tienda para proveer de tejidos de seda y lana a la casa real, según pone de manifiesto la relación de pagos hechos por el tesorero Gonzalo de Baeza[27]. Éste abonaba a los genoveses las cantidades que se les debían por diferentes encargos o compras, siguiendo la letra de un contrato suscrito con anterioridad[28].

25. El texto añade: «E como quiera que los dichos florines montaron 1.430.000, fueron menos 23.842 d. del daño del canbio de un carlin por onça».

26. Un documento notarial malagueño menciona a los hermanos Italian, junto con Martín Centurion, como arrendadores de dichas tercias. *(A)rchivo (H)istórico (P)rovincial (M)álaga* leg. 2; 12/septiembre/1498.

27. Cf. *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica.* Ed. A. de la Torre, Madrid, 1956. II, p. 364, 388, 390, 393 y 436.

28. El 30 de septiembre de 1499, estando la corte en Granada, Dª Isabel ordenaba a Pantaleon que diese a su camarero Sancho de Paredes cierta cantidad de tejido de varias clases. El texto de la carta concluye: «E tomad su carta de pago, con la qual e con ésta vos

De este período data el nombramiento de Pantaleón Italian como cónsul de los mercaderes peninsulares en la isla de Quíos, pudiendo ejercer el cargo personalmente «aut per vestrum idoneum substitutum ...»[29]. Noticia interesante, sin duda, que hace pensar en la existencia de una relación anterior de los Italian con esa colonia genovesa de Levante.

La separación

El 19 de noviembre de 1499 Martín Centurion concedía un préstamo de 1.000 ducados a la Corona, que se comprometía a devolverlos en el plazo de dos meses y con un recargo del 5%. Ese mismo día, el tesorero Alonso de Morales tomaba de Pantaleon Italian otros mil ducados «en çiertas çédulas para Valençia», con un interés del 2,5 por ciento[30].

Son las primeras noticias que tengo sobre la separación, por mutuo acuerdo, de los Italian y Centurion. Al año siguiente, el cierre de la tienda de tejidos en la corte traería problemas a su administrador Lucas Passano, también genovés[31]. Tanto éste como Pantaleon Italian y Martin Centurion aparecerán registrados en lo sucesivo como proveedores independientes en las cuentas de Gonzalo de Baeza[32].

A la hora de disolver su compañía, Pantaleon Italian y Martín Centurion acordaron repartirse las deudas que les pertenecían, estimadas en 2.288.578 maravedíes, aparte de otros 168.487, restos de mayores cuantías, que se debían a Teramo Centurion. Estando la corte en Sevilla, el 3 de mayo de 1500 Pantaleon tomaba a su cuenta y riesgo el cobro de esas cantidades. El mismo día firmaba una carta de obligación prometiendo pagar a Martín Centurion —ahora asociado con Agustín Grimaldo— la

mandaré pagar los maravedíes que en ello montaren a los presçios e plasos segund que estays obligado de dar para la mi cámara». *A.G.S.* Consejo y Juntas de Hacienda leg. 2, fol. 11.

29. El nombramiento se expidió en Medina del Campo, el 4 de julio de 1497. Publica TORRE, A. de la: *Documentos sobre las relaciones internacionales delos Reyes Católicos*, t. V (Barcelona, 1965), p. 496-498.

30. *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas, leg. 42.

31. En la sección «Consejo Real» de Simancas se conservan las diligencias del pleito habido por Lucas Passano con los hermanos Italian y Martín Centurion en 1500. Pero no lo he podido consultar.

32. Órdenes de pago a Martín Centurion y Diego de la Fuente (9/enero/1501), Pantaleon Italian (10/febrero/1501) y Lucas Passan (20/octubre/1501 y 24/octubre/1503), en *Cuentas de Gonzalo de Baeza*, II, p. 517, 519, 533-534 y 598 respectivamente. Pero E. Otte afirma que la tienda conjunta subsistió hasta 1510. Cf. *Il ruolo dei Genovesi nella Spagna del XV e XVI secolo*. «Annali dell'Instituto Storico italo-germanico. Quaderno 20: La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVI secolo». Bologna, 1986. p. 22

mitad correspondiente (1.212.776 maravedíes) en la feria de octubre de 1502 de Medina del Campo[33].

El 15 de septiembre de 1500, en Granada, Pantaleon reconoce que debe 300.000 maravedíes a Teramo Centurion y su hijo Martín. Los saldará en dos plazos: 150.000 maravedíes en la feria de octubre de 1501, en Medina del Campo, y otro tanto en la feria del año siguiente[34]. El 19 de marzo de 1501, tras admitir que adeudaba 22.850 maravedíes a Martín Centurion y Agustín Grimaldo, firmaba un tercer documento obligándose a devolverlos en la feria de octubre de 1502[35].

En definitiva, nuestro genovés contraía el compromiso de pagar un total de 1.535.626 maravedíes en dos ferias consecutivas. Debo advertir que tanto su antiguo socio como Agustín Grimaldo se abstuvieron de pedirle garantías. No obstante, cambiarán de parecer como se verá más adelante.

En cuanto al hermano de Pantaleon avecindado en Málaga, Agustín Italian, éste vendió a Martín Centurion su parte de las casas que ambos habían adquirido con anterioridad de varios vecinos de la ciudad, en la calle de Pozos Dulces[36]. Aparentemente, con la condición de que pudiera seguir viviendo y morando en la dicha mitad hasta el 31 de julio de 1501, por lo menos[37].

Agustín Grimaldo y Martín Centurion emparentaron al casarse el primero con Francesca, la única hija de Teramo Centurion. Por un observador veneciano sabemos que la nueva sociedad giró 42.000 ducados a Roma, a principios de 1501, para sufragar los gastos de la armada que los Reyes Católicos habían despachado contra los turcos[38]. Un año des-

33. Martín Centurion y Agustín Grimaldo le descuentan cierto número de maravedíes «que dellos vos dimos por los daños e costas que en las dichas debdas y recabdança aya o pueda aver...» A.G.S. Cámara Personas leg. 12, sin foliar.

34. En la carta de obligación leemos que esos maravedíes «quedan de debdas que yo hise y fie algunas personas de las mercaderías que yo vendí y negoçié por el dicho Teramo Centurion, y porque heran y son a mi cargo de cobrar y pagar las dichas debdas a mi riesgo y aventura». *Supra*

35. *Ibidem.* Esa suma era el remanente «de una debda de mayor contía que vos e yo teníamos en el partido de las rentas de las salinas deste reyno de Granada por Juan de Arbolancha por libramientos de sus altezas que yo tengo...»

36. Sabemos de las compras hechas a Maldonado, criado del Dr. Talavera, y a la viuda María Ruiz en 1499. *Infra* nº 84.

37. La venta se formaliza el 14 de diciembre de 1500, aunque hubo roces entre las partes. *Ibidem* y *R.G.S.* diciembre 1500, fol. 152.

38. Fueron dos giros, uno de 30.000 ducados y otro de 12.000. Cf. *I diarii di Marino Sanuto.* c. di R. Furlin, t. III (Venecia, 1880), cols. 1279 y 1385.

pués pagaban 3.400.000 maravedíes al tesorero Morales por los «rehenes» mudéjares de Sierra Bermeja, para revenderlos como esclavos[39].

Martín Centurion se trasladaba a Valencia en 1503, dejando en Málaga a su hermano Flerigo. En abril prestaba 6.000.000 maravedíes a la reina para recuperarlos en Valencia, en castellanos de oro, con un 1% de interés aproximadamente[40]. Poco después contraía matrimonio con una hija de Benedetto Pinelli, genovés de Valencia, con quien se asociaría inmediatamente[41]. Tanto este traslado como la venida a España de otros hijos de Teramo Centurion, Gaspar y Esteban, indican un nuevo rumbo en la estrategia de este grupo familiar[42]. Pero la historia posterior de los Centurione —sobre la que ha tratado reiteradamente E. Otte— no nos concierne de modo directo[43]. Volvamos pues con los hermanos Italian.

El 18 de junio de 1501 comunicaban los reyes a los concejos de Jerez, Málaga, Almería y Lorca que, habiendo autorizado a Pantaleon y Agustín Italian para que sacasen del reino 12.000 cahices de grano con destino a Génova y otras partes de Italia —abonando 470 maravedíes por cahiz en concepto de derechos de saca—, disponían ahora que se les dejase sacar otros 2.000 cahices sin pagar derechos algunos[44]. El 30 de noviembre de ese mismo año, Fernando e Isabel añadían una tercera licencia por dos mil cahices a las ya otorgadas; los hermanos Italian dis-

39. El contrato con el tesorero real se firmó el 16 de enero de 1502. LÓPEZ de COCA CASTAÑER, J.E.: *La «conversión general» en el obispado de Málaga (1500-1501)*. «Chronica Nova» 21 (1993-1994), 215-217.

40. El asiento con Morales se hizo en Alcalá de Henares, el 20 de abril de 1503. *A.G.S.* Contaduría Mayor de Ctas, leg. 42

41. Suministran créditos a los arrendadores de las carnicerías valencianas para adquirir reses en Andalucía. OTTE, E.: *Sevilla y Valencia a fines dela Edad Media*: «Lluis de Santangel i el seu temps». Valencia, 1992. p. 286.

42. En septiembre de 1503 Martín Centurion obtenía la protección regia para él, para su suegro Teramo y sus hermanos Flerigo, Esteban y Gaspar, a condición de no intervenir en el tráfico de Indias. Cf. *Documentos sobre las relaciones internacionales*, VI (1966), 347-348. Además, LÓPEZ de COCA CASTAÑER, J.E.: *El reino de Granada*, II, p. 115 y 116.

43. Recordemos, sin embargo, que fue Gaspar Centurion quien abrió un banco en Sevilla, en 1508. OTTE, E.: *Sevilla y las ferias genovesas: Lyon y Besançon, 1503-1560*. «V Atti del Congresso Internazionale di Studi Storici. Rapporti Genova-Mediterraneo-Atlantico nell età moderna». Génova, 1983, p. 250 y 251.

44. BELLO LEÓN, J. M.: *Extranjeros en Castilla (1474-1501)*. La Laguna, 1994. Doc. 882. El 23 de julio los monarcas insistían en una nueva carta. Publica MOLINA MOLINA, A. L.: *Mercaderes genoveses en Murcia en época de los Reyes Católicos (1475-1516)*. «Miscelánea Medieval Murciana» II (1976), doc. VI del apéndice. Siete días después Alonso de Morales ingresaba 5.640.000 maravedíes entregados por nuestros genoveses como derechos de saca por los 12.000 cahices. *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas leg. 42.

pondrían de dos años para hacer uso de este nuevo permiso, quedando exentos de pagar derechos de saca: ya habían entregado 300.000 maravedíes al tesorero Morales, «e de la demasía» —leemos— «Nos les hazemos merçed por çierto serviçio que nos hizieron»[45].

Hay que relacionar el número, e importancia, de los permisos de exportación de cereales andaluces concedidos a los Italian, con la ayuda financiera que estos prestaban a la monarquía. Aunque en la *relación de cambios* de Alonso Morales es ahora Benedetto Castiglione, genovés de Toledo, el principal acreedor de los reyes, no debía andar lejos Pantaleon Italian[46]. La necesidad de enviar víveres y dinero a las tropas destacadas en el Rosellón e Italian, hacía que se mimase a los mercaderes-banqueros capaces de efectuar aquel tipo de operaciones.

El compromiso regio con los Italian se mantendrá después de que empiecen las carestías. El año agrícola 1501-1502 fue malo para Andalucía debido a la sequía. El 26 de julio la reina prohibía con carácter general la saca de trigo y de cebada de sus reinos, anulando todas las licencias menos las otorgadas a Pantaleón y Agustín Italian, por el asiento especial hecho con ellos[47]. Sin embargo, a la vista de las dificultades planteadas por el concejo malagueño en los meses que siguen, me pregunto si los hermanos Italian llegaron a exportar el volumen de cereales a que tenían derecho[48].

Sobre la marcha de Pantaleon Italian

En Toledo, el 11 de julio de 1502, Agustin Grimaldo comparecía ante Pedro Mercado, alcalde de casa y corte, para denunciar las deudas que Pantaleon Italian tenía pendientes de pago con él, con Martín Centurion y con su padre Teramo. Noticioso de que Pantaleon se disponía a abandonar España, no oculta su preocupación

45. *A.G.S.* Guerra Antigua leg. 1313, fol. 45

46. En 1500 Benito Castiglione prestaba 3 cuentos para las obras militares en el Rosellón. Dos años después, el tesorero Morales recibía del mismo 8.482.575 maravedíes «para cunplir çiertas neçesidades que sus altesas le mandaron cunplir». *A.G.S.* Contaduría Mayor de Cuentas leg. 42

47. *A.M.M.* Provisiones III, f. 60 y vº. Téngase en cuenta, además, que para frenar la especulación generada por el excesivo número de licencias, se tasaron los precios de los cereales en diciembre de 1502.

48. López de Coca Castañer, J. E.: *El reino de Granada*, p. 25-26 y 122-123. Hay que relacionarlo con *Infra* nº 108.

«porque el se lleva todos sus bienes muebles e non tiene ni dexa bienes rayzes en estos reynos, e se parte e absenta con yntençion de no tornar a ellos...».

Por eso, pide a Mercado que le haga venir para que se ratifique en los compromisos contraídos y otorgue fianzas «en quien se pueda faser esecuçion por la dicha obligaçion»[49]. Agustín Grimaldo insiste en que su compatriota, que vivía en la corte desde hacía veinte años,

«de poco acá ha fecho e dicho muchas señales e muestras de se partir destos reinos rematando cuentas con mercaderes e fasiendo otras cosas que son señales e muestras de persona que se parte con yntençion de no bolver ...».

Y recaba apoyo en los testimonios de otros genoveses residentes en la corte, Tomás Calvo y Agustin Vivaldo. El primero —que era sobrino de Benedetto Pinelli—, asegura que Pantaleon le dijo «como se quería yr en fyn del mes de agosto a Valençia y dende ay yrse a Génova a casar». Menos tajante, Agustín Vivaldo declara que Pantaleon

«le ha dicho muchas vezes que se quiere yr *presto* desta corte e de los reynos de Castilla a Génova, y a su hermano avía traydo aquí para estar en la corte. Y por esto cree este testigo que se va a asentar bivienda en Génova».

Al día siguiente, Pantaleon Italian rechazaba ante el alcalde de casa y corte la posibilidad de dar fianzas porque, según sus palabras, «yo dexo en estos reynos toda mi contrataçion segund que agora la tengo». Considera, además, que ir a Génova no significa ausentarse,

«pues que voy a mi tierra donde yo e ellos somos vezinos e naturales, e aun el dicho Martin de Çentulyon es ydo allá, e yo no tengo en estos reynos naturaleza ni vezindad salvo estante como lo son los otros de mi naçion ...».

El 13 de julio Pantaleon reconocía su firma en las tres cartas de obligación presentadas por Agustín Grimaldo. Lo que no evitará que el alcalde Mercado lo encierre en la cárcel por no pagar las fianzas que exigía su oponente. Cede al fin, pero Grimaldo rechaza a los primeros fiadores que presenta —su hermano Agustín Italian y Benedetto Castiglione, entre otros— por diversas razones[50]. En cambio, aceptará a los acaudalados

49. *A.G.S.* Cámara Personas leg. 12, sin foliar. Lo que sigue procede de esta fuente a no ser que indique lo contrario.

50. Agustín Italian y el bachiller Rogel, estantes en la corte en ese momento, son desestimados porque «no son abonados en la contya que le pide, e quel uno es su hermano e es

comerciantes toledanos Diego de la Fuente y Alonso de la Torre, y al jurado Juan de San Pedro, vecino asimismo de Toledo[51].

Libre de nuevo, Pantaleon recurría ante el Consejo Real «en grado de apelaçion nulidad e agravio». En el escrito que presentó el 16 de julio, subraya que la otra parte había otorgado por contrato público no demandarle fianzas por las sumas que les debía hasta que concluyeran los plazos estipulados. También, que no es justo que se le detuviera al admitir que se iba a Génova. Recordando lo que dijo ante Mercado:

> «porque yo e las partes contrarias somos vezinos e naturales de la dicha çibdad de Génova, e al tienpo del contrato ni agora, ellos ni yo heramos ni somos vesinos ni naturales destos reynos, y los que buelven a sus propias moradas no se pueden dezir que se ausenten».

Posteriormente sostendrá que la razón de su ida a Génova era recuperar ciertas sumas que le debía Teramo Centurion, con las cuales pretendía saldar su deuda con Agustín Grimaldo, yerno del anterior. A lo que éste replica que tenía comprometido ese dinero con otro en Medina del Campo, razón por la que deseaba cobrarlo allí, en la próxima feria, y no en Génova. El careo entre ambos se prolonga del 23 al 30 de julio. Agustín Grimaldo reconoce que no habían pedido fianzas a Pantaleon inicialmente, pero agrega que las cosas cambiaron al extenderse la nueva de que éste se iba fuera de España. Pantaleon Italian, amén de insistir en lo ya conocido, lamenta que se haya injuriado a un

> «honbre de tanto crédito y fama qual es notorio en estos reinos y en otras partes donde se tiene notiçia de mí ...»

El asunto concluye bien entrado el mes de agosto, al disponer los miembros del real consejo que Agustín Italian, como fiador principal de su hermano, se obligue de mancomún a Agustín Grimaldo y Martín Centurion por la totalidad de la suma debida —que ascendía, recordémoslo, a 1.212.776 maravedíes— en el plazo fijado.

* * *

todo una cosa e el otro es un letrado...». Grimaldo tampoco acepta al mercader Martín Alonso, vecino de Toledo, y a Benedetto Castiglione, habitante en esta ciudad, porque «no son abonados porquel dicho Benito Castellon non tiene bienes raíces e está obligado a sus altesas, e Martín Alonso contador está obligado asimismo. E pidió al juez no los reçiba e está presto de dar ynformaçion dello».

51. Cada uno de ellos se constituyó en garante del pago de un tercio de las deudas de Pantaleon Italian; comprometiéndose, además, a impedir que éste saliera de los reinos de Castilla o buscara asilo en lugar sagrado.

Acaso he sido excesivamente prolijo en la relación de esta causa. Pero creo que valía la pena destacar que, si bien la postura de Agustín Grimaldo resulta inteligible (y coherente), la de Pantaleon no deja de ser extraña: después de dos décadas de estancia ininterrumpida en nuestro país, opta por marcharse apresuradamente y sin un motivo claro. Teniendo en cuenta que nuestros genoveses parecen saber más de lo que dicen ante las autoridades judiciales, me pregunto si la decisión de Pantaleon no estaría relacionada con los rumores que en esa fecha empezaron a correr sobre unas sacas ilegales de moneda de oro castellana a Valencia, y de ahí al exterior.

Me refiero al escándalo del llamado «banco de Valencia», dirigido por el genovés Francesco Palmaro y Pedro Sanchis, aragonés, en el que se vio implicado el factor del primero en Toledo, Benedetto Castiglione. No voy a contar la historia de este fraude, pues ya lo ha hecho M. A. Ladero[52]. Me limitaré a sugerir la posibilidad de que nuestro genovés participara en la trama, los primeros indicios de la cual se descubrían en julio de 1502. La orden real de pesquisa se expide en el mes de octubre, pero se demora su ejecución hasta enero del año siguiente. Casualidad o no, Pantaleon Italian salió de España por esa fecha y tardó algunos años en volver.

Agustín Italian en la corte

Pantaleon Italian se marcha de España dejando los negocios a su hermano Agustín, que en lo sucesivo residirá en la corte[53]. El apoyo financiero que presta a la monarquía es recompensado con un sustancioso contrato para abastecer a las tropas que guarnecían el Rosellón, en 1503. Una carta del rey al corregidor de Málaga, notificando el naufragio de un barco cargado de trigo en el puerto de Barcelona, da fe de la consideración que se tenía a este genovés. Leemos:

> «E porque vos m'escrivistes que dicho trigo hera de çiertos mercaderes e yo he sabido que es de Agustin Ytalian, por ende yo vos mando e encargo que averigueys a qué presçio costó este trigo a Agustín e quanto le costó el aca-

52. Cf. *El Banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro castellana, 1500-1503*. «Anuario de Estudios Medievales» 17 (1987), 571-594.

53. En febrero de 1503 apodera a tres genoveses estantes en la corte para que demanden a Gregorio d'Arbora, genovés de Vélez Málaga, 125.000 maravedíes que le debía. *A. H. P. M.* leg. 3; 14/febrero/1503.

rreo fasta Málaga, y si él non paga el flete hazed quentas con él y dadle la ganançia que justa sea y enviadme a desir por vuestra carta firmada ...»[54].

Consideración y estima que le acarrearían los primeros honores y distinciones dos años más tarde. Concretamente, al ser nombrado depositario del dinero de la cofradía del apóstol Santiago en la corte, en sustitución de Lorenzo Bertin[55].

Pero su ascenso en el ámbito cortesano iría doblado de una pérdida de prestigio e influencia en el malagueño, donde un tercer hermano, Gaspar Italian, había tomado el relevo[56]. Parece ser que este miembro de la familia no daba la talla. Recién llegado a Málaga se dejó arrebatar por Flerigo Centurion la oportunidad de hacer negocio abasteciendo de bizcocho a la armada que vigilaba el litoral del reino de Granada[57]. Después de su muerte, acaecida en noviembre de 1505, saldría a relucir que por indolencia, o falta de iniciativa, había confiado demasiado en su contable y criado Gregorio Italian, el cual, amén de robarle y manipular los libros de contabilidad, trabajó simultáneamente para su rival Flerigo Centurion[58].

Acaso sean estos los motivos por los que Agustín Italian no sacó partido de la crisis cerealista y carestía de 1503-1507. Sabido es que los ge-

54. La carta fue expedida en Barcelona en septiembre de 1503. La cuenta citada se hizo en Málaga, el 11 de octubre. *A. H. P. M.* leg. 5, f. 41 y 42.

55. La merced está fechada a 30 de noviembre de 1505. Publica FERNÁNDEZ CATON, J. M.: *El Archivo del Hospital de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela. Inventario de fondos.* Santiago, 1972. doc. 6, p. 137.

56. Venía de Granada, donde había representado a Martín Centurion y Agustín Italian mientras estos anduvieron en «conpañía». *A. H. P. M.* leg. 1 (27/septiembre/1496) y leg. 2 (29/agosto/1498).

57. En el libro de «datas» del tesorero real Alonso de Morales (1503) figura una partida de 140.000 maravedíes pagados a Flerigo Centurion y Ambrosio de Spinola, estantes en Málaga, y a los hermanos Gaspar y Esteban Centurion, estantes en la corte, por el bizcocho entregado a D. Ramon de Cardona, almirante. Lo que contrasta con los 30.000 maravedíes pagados a Gaspar y Agustín Italian por el mismo concepto. *A. G. S.* Cámara Castilla libro 269, f. 79 recto.

Los Centurion continuarán aprovisionando a las galeras de la costa: un documento notarial malagueño (11/enero/1505) inserta la carta de poder otorgada por Flerigo Centurion a su hermano Gaspar, «estante» en la corte, para cobrar de Alonso de Morales 94.000 maravedíes de otro cargamento de bizcocho para la armada. *A. H. P. M.* leg. 9, f. XXXVI vº y XXXVII (foliación original).

58. Resumo aquí las alegaciones de Pedro Becerra, procurador de Agustín Italian, en la audiencia celebrada ante el teniente de corregidor de Málaga a principios de 1506. El propio Gregorio admitiría luego que trabajaba para Flerigo Centurion. *A. G. S.* Cámara Personas, leg. 14, sin foliar.

noveses estuvieron entonces a la cabeza de los importadores de cereales, estipulando contratos de venta de grano procedente de Sicilia, norte de África y Normandía[59]. Que yo sepa, Agustín fue ajeno a los grandes contratos suscritos con algunos concejos de Andalucía y el reino de Granada[60], y apenas participó en el lucrativo negocio que suponía la venta de pequeñas cantidades de trigo a particulares[61]. Aunque en vida de Gaspar, los dos hermanos solían demandar el pago en trigo de los intereses devengados por los préstamos en metálico[62].

* * *

Agustín Italian había adelantado 1.560.000 maravedíes para costear la expedición contra Mazalquivir que, en septiembre de 1505, partió de Málaga[63], Es posible, empero, que la muerte de su hermano dos meses más tarde le hiciera perder el tren de la expansión africana. En los años siguientes serán Agustín Vivaldo y Agustín Grimaldo quienes contribuyan «generosamente» al mantenimiento de Mazalquivir, dando créditos a cuenta de las libranzas que don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y capitán general de la plaza, tenía asignadas en varios partidos fiscales de Castilla; libranzas que, pese a las promesas regias, no siempre se hacían efectivas llegado el momento[64]. En diciembre de 1508

59. Sólo en octubre de 1506 entraron en Sevilla 80 naves cargadas de cereales, fletadas especialmente por genoveses. OTTE, E.: *Il ruolo dei genovese*, p. 203.

60. Como el celebrado entre Francisco Riberol y el concejo cordobés (11/septiembre/1506), comprometiéndose el primero a suministrar 7.500 fanegas mensuales de trigo siciliano a la ciudad, entre octubre de 1506 y mayo de 1507, por un precio global de 10.000 castellanos de oro. BELLO LEÓN, J. M.: *op. cit.*, p. 166. En cuanto a Granada, una carta de Tendilla (8/septiembre/1506) menciona a cierto genovés dispuesto a suministrar 15.000 fanegas a la ciudad, «el qual pide el quarto de los dineros adelantados». Cf. *Epistolario del conde de Tendilla (1504-1506)*. Ed. A. Moreno y Mª José Osorio. Granada, 1996. II, p. 801.

61. Es Flerigo Centurion quien, aparentemente, domina el mercado: en abril y mayo de 1504 vende trigo a varios vecinos de la ciudad (*A. H. P. M.* leg. 8, f. 248 recto, 262, 380 y ss, 417-419) y a gente venida de Jaén en marzo de 1505 (leg. 9, f. 320).

62. Un vecino de Carmona se obliga a pagar a cualquiera de los dos 13.800 maravedíes de un crédito y a traer trigo a Málaga en varias caballerizas. *A. H. P. M.* leg. 3; 7/febrero/1503. Otro, de Brenes, pagará 3.000 maravedíes de préstamo y traerá trigo en 15 bestias (leg. 3; 3/marzo/1503).

63. LÓPEZ de COCA, J. E.: *Orán y el comercio genovés en la transición a los tiempos modernos*. «Anuario de Estudios Medievales» 24 (1994), 282 y nota 31. Se le devuelve con un 5% de recargo. GUTIERREZ CRUZ, R.: *Los presidios españoles del norte de Africa en tiempo de los Reyes Católicos*. Melilla, 1997. p. 254.

64. Véase carta del rey Fernando (23/septiembre/1507) a Agustín Vivaldo. *A. G. S.* Cámara Castilla, libro 14 Cédulas, f. 14 y vº.

el tesorero Vargas recibía instrucciones para devolverles 3 cuentos «en dineros contados puestos e pagados, en la feria de Medina del Canpo que será en el mes de octubre del año venidero de quinientos e nueve años»[65]. Al conquistarse Oran ese mismo año, Agustín Vivaldo adelantaba en Sevilla 2.000 ducados a Juan de Villalobos para atender las primeras necesidades del nuevo presidio[66].

La rivalidad entre Agustín Italian y el dúo formado por Agustín Vivaldo y Agustín Grimaldo —que venía a ser una especie de eje Sevilla-Valencia[67] — se hizo sentir en el escenario diplomático, donde el uno y los otros compitieron a la hora de transferir dinero a los embajadores del rey Católico dispersos por Europa. Entre febrero de 1508 y marzo de 1509 el monarca remitió seis cartas a su tesorero Vargas, y otra a Luís Sanchís, ordenando que se pagara a Agustín Italian las cantidades que éste había prestado en Lyon a los embajadores del rey ante Francia y el Imperio[68]; al primero, de nuevo, en Florencia[69] y, finalmente, a Gutierre Gómez de Fuensalida, comendador de La Membrilla y representante de don Fernando ante la corte inglesa[70].

En cuanto a la pareja Agustín Grimaldo—Agustín Vivaldo, se conservan otras siete órdenes de pago dirigidas al licenciado Vargas, tesorero

65. Dos millones eran los que no cobraron del dinero librado a D. Diego en 1506; el otro millón se les debía por las cantidades que habían adelantado entonces para socorrer a Mazalquivir. GUTIERREZ CRUZ, R.: *op, cit.*, p,255. Por este motivo, a veces preferían recuperar sus créditos en especie. Véase el contrato suscrito por don Diego con los mentados genoveses el 15 de enero de 1509, publicado en RODRÍGUEZ LUJAN, J. A.: *Mercaderes y artesanos italianos en Córdoba (1466-1538).* «Presencia italiana en Andalucía. Actas del III Coloquio Hispano-Italiano». Sevilla, 1989. Doc. 29, p. 287-290.

66. *Apud* GUTIERREZ, R.: *op. cit.*, p. 238.

67. Agustín Grimaldo había recibido permiso del rey (Medina del Campo, 27/septiembre/1504) para trasladar su domicilio de Génova a Valencia. Cf. *Documentos sobre las relaciones internacionales*, VI (1966), p. 389.

68. A guisa de ejemplo, el 8 de febrero de 1508 se ordenaba pagar 1.000 ducados a Agustín Italian, «que los ha de haber por Nesi Mari, mercader de Lion, por otros tantos que el Nesi Mari dio a Mosen Jaime d'Albion». RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Un cedulario del rey Católico (1508-1509).* «Boletín de la Real Academia de la Historia» LIV (1908), doc. 48. También cartas de 27 de febrero y 21 de junio, ordenando pagos por los dineros que tomaron en Lyon Mosen Jaime d'Albion y el obispo de Guirache, embajadores ante Francia y el Imperio, respectivamente. RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op. cit.*, LIV (1908), doc. 25; LV (1909) doc. 165.

69. Orden de 5/julio/1508 para pagar los 700 ducados que Mosen Jaime había tomado «canbiados» en Florencia, durante un viaje. RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op. cit.*, LV (1909), doc. 190.

70. Órdenes del 22/octubre/1508 y 28/marzo/1509 para devolver 240 y 500 ducados, respectivamente, entregados por Agustín al comendador Gómez de Fuensalida a cuenta de su salario. El ducado se paga a 400 maravedíes, lo que supone un interés del 6,6 por ciento. *Ibidem*, docs. 322 y 523.

real, entre agosto de 1508 y mayo del año siguiente. En una se habla de devolver los 400 ducados «que dan canbiados en Milan para mosen Jaime d'Albion...»[71]. En las seis restantes se dispone el reembolso del dinero que ambos genoveses habían proporcionado al embajador ante la Santa Sede, Jerónimo de Vich, a cuenta de su salario y otros cometidos; y al bachiller Antonio de Seron, capellán y secretario de la embajada[72].

Aunque los embajadores de Fernando el Católico tomaban dinero donde podían[73], las órdenes de pago que acabo de comentar ayudan a que nos hagamos una idea de cuales eran las redes de lazos e intereses que tenían a su disposición Agustín Italian y sus competidores. Mientras que el primero realizaba operaciones en la feria de Lyon e Inglaterra, fundamentalmente, los otros se desenvolvían con facilidad en Italia, en conexión con la firma de Batista Lomelin, que antes trabajaba con los Centurion. Flandes, en cambio, parece que se les escapaba a todos: fue la compañía de Cristóbal Calvo y Luís Grimaldo la que resolvió aquí una súbita falta de liquidez que tuvo el obispo de Guirache, embajador ante el Imperio[74].

Según Enrique Otte, en 1508 Agustín Grimaldo y Agustín Vivaldo efectuaron para el rey Fernando la transferencia a Inglaterra de la dote de la princesa Catalina[75]. Pero fue Agustín Italian quien lo hizo pues, como se ha visto, Londres era una de las plazas donde negociaba[76]. Según un testimonio tardío, por orden del monarca y de los otros testamentarios de la reina Isabel, el 23 de enero de 1508 se depositaron en el convento de S. Juan Extramuros de la ciudad de Burgos

71. Carta del 16 de mayo de 1509 en *Ibidem*, doc. 634.

72. el 11 de abril de 1509 Vargas recibe orden de pagar a A. Grimaldo-A. Vivaldo 496 florines «que los han de haber por otros tantos» que su compañía dio en Roma a Jerónimo de Vich, «para expedición de la cruzada e indulto e otras cosas» RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op, cit.*, LV (1909), doc. 568. Cartas similares en *Ibidem*, docs. 219, 445, 570, 613 y 614. En todos los casos, el tesorero pagará en florines de Aragón.

73. En carta de 7/noviembre/1508 se mencionan los 1.200 ducados que Jaime d'Albion «tomó a su cuenta en el canbio de Alvaro de Moxica» —un mercader de Burgos— «... por su cédula de canbio a vos dirigida el 2 de octubre». RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op. cit.*, LV (1909), doc. 336

74. Orden a Vargas, de 11/abril/1509, para pagar a los susodichos 1.250 ducados de oro. *Ibidem*, doc. 555.

75. Cf. *Sevilla y las ferias genovesas*, p. 252, nota 51

76. Sobre las negociaciones para el matrimonio de Catalina de Aragón con Enrique, hermano de su difunto esposo, véase DOUSSINAGUE, J. M.: *La política internacional de Fernando el Católico*. Madrid, 1944. Cap. XVI (p. 283-300).

«la corona y el collar de oro y perlas preçiosas que fueron de su alteza como por vía de seguridad de çierta cantidad de ducados que a la sazon se avían tomado de miçer Agustín Ytalian, genovés, para la paga de /la/ dote de la señora reyna de Inglaterra, quel cunplió y pagó conforme a los asientos que con él se tomó ...»[77].

Parece que fueron dos los «asientos» en cuestión: uno por valor de 65.000 ducados, que se concertó a fines de febrero de 1508, y otro, de 10.000, en el mes de abril[78]. El rey devolvió el préstamo en diversos plazos, siempre con un 10% de recargo[79]. Y Agustín Italian debió transferir parte del dinero desde Valencia, pues el 2 de mayo se ordenaba a los alcaldes de sacas de los puertos entre Castilla y Aragón que dejaran pasar a un propio del genovés, con 8.000 ducados que llevaba para lo de la dote[80].

Francisco Grimaldo fue depositario del dinero en Londres por lo que cuentan algunas cartas del rey a Gutierre Gómez de Fuensalida, ordenando ciertos pagos a cuenta de la dote[81]. Este genovés contrajo matrimonio con Francisca de Cáceres, dama de la princesa de Gales, trasladándose luego a Granada[82]. Aquí se hizo con el cortijo de Berbel, sito entre Moclín y Colomera, aparte de otras propiedades inmuebles[83].

* * *

77. Extraído de una carta que Carlos I envió (Valladolid, 4/marzo/1542) al padre prior del citado convento. *A. G. S.* Casa y Sitios Reales leg. 46, fol. 49.

78. El 10 de abril de 1508 el rey ordenaba al contador mayor Juan Velázquez que, del dinero que tuviera por las joyas y tapices de la reina Isabel, pagase 4.600 ducados a Agustín Italian,

«que los ha de haber para cunplimiento de once mill ducados de oro que agora nuevamente se asentó que ha de faser pagados en Londres para la dote ... de más y allende de los otros 65.000 ducados que obo de cunplir por otro asiento a más deste a fin de febrero pasado, de los cuales le pagad 3.666 ducados...»

RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op, cit.*, LIV (1908), doc. 99

79. *Ibidem*, docs. 98 y 117

80. *Ibidem*, doc. 118

81. Todas las órdenes son anteriores al 21 de abril de 1509, fecha de la muerte de Enrique VII de Inglaterra. RODRÍGUEZ VILLA, A.: op. cit., LV (1909), docs. 443 y 444; 472 y 473; 543. Según parece, Gutierre de Fuensalida sacó parte del dinero fuera del país por temor a la codicia del soberano inglés. DOUSSINAGUE, J. M.: *op. cit.*, p. 293.

82. Véase testimonio notarial sobre la dote de esta señora, levantado en Granada el 16 de octubre de 1510. OBRA SIERRA, J. Mª de la: *Mercaderes italianos en Granada (1508-1512).* Granada, 1992. Doc. 61.

83. *op. cit.*, docs. 49, 50, 52, 53, 56, 57, 64, 67, 71 y 118.

A comienzos de 1508 Agustín Italian compraba a Gaspar Centurion las *casas prinçipales* que su hermano Martín poseía aún en Málaga, en la collación de los Santos Mártires, la mitad de las cuales le habían pertenecido en otro tiempo[84]. La adquisición de estas casas, con sus huertas y unas casillas anejas, fue el preludio a la concesión por el rey de honores y privilegios. El 17 de abril de 1508 don Fernando otorgaba a nuestro genovés una regiduría con carácter vitalicio en el concejo malagueño[85]. Dos meses después, el 4 de junio eximía del servicio de alojamiento las casas y enseres de micer Agustín Italian, «que se halla en la corte en cosas de su serviçio», así como las casas de sus factores Pedro Becerra y Polo de Franquis[86]. Una merced inestimable en aquellas fechas, cuando Málaga estaba atestada de tropas que iban y venían del norte de África e Italia.

Estos privilegios deben interpretarse como una recompensa por los servicios financieros que Agustín Italian venía dispensando a la monarquía. Pero también hay que considerar el deseo, por parte suya, de volver a hacer sentir su presencia en Málaga y el territorio circundante.

El nuevo regidor se encargó de la recaudación del servicio pagadero por los moriscos del reino de Granada en 1508 porque, probablemente, tenía consignadas en él las libranzas de algunos préstamos[87]. Pero no le fue fácil cobrarlo. El repartimiento del servicio, que ascendía a 18.000 ducados, tardó en llegar a sus manos; luego, las exenciones locales y particulares, ciertas o falsas, retrasarían su cobro. La recaudación del impuesto concluyó en febrero de 1509, no sin que los receptores de Agustín Italian se quejasen porque no les pagaban[88]. Pero, como decía el conde de Tendilla, capitán general del reino: «La verdad es quel dinero de Granada, de su natura, es malo de cobrar porque ay muchos escondrijos ...»[89].

84. Estando en Burgos, el 8 de febrero de 1508 Agustín Italian apodera a Pedro Becerra y Diego de Alcaraz para que tomen posesión de las casas citadas. El 17 de marzo, en Málaga, Melchor Centurion les entregaba los títulos y cartas acreditando la propiedad. LÓPEZ de COCA, J. E.: *El reino de Granada*, II, p. 123 y 124.

85. *A. M. M.* Provis, V, f. 42 y vº

86. *A. M.M.* Provis, V, f. 171; Provis. VII, f. 209 vº-210.

87. No fue Agustín Grimaldo como dice MENESES, D.: *Granada y el segundo conde de Tendilla a comienzos del siglo XVI.* «Hispania» 122 (1972), 585.

88. RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op. cit.*, LIV (1908), doc. 97, p. 411. *Correspondencia del conde de Tendilla. I: 1508-1509.* Ed. E. Meneses. Granada, 1974. p. 365, 429 y 465.

89. *Ibidem,* p. 484.

El retorno de Pantaleon y los nuevos negocios de los Italian

No estoy seguro de cuando volvió Pantaleon Italian a España[90]. Pero en 1510, él y su hermano Agustín prestaron dinero a don Diego Fernández de Córdoba en circunstancias algo confusas: consta que el noble andaluz los llevó a los tribunales tras una disputa «sobre çiertos canbios e yntereses»[91]. En esa fecha, los Italian cobraban una libranza que el citado don Diego tenía situada en el servicio de la «provinçia» de Jaén[92].

En 1510, asimismo, el rey Fernando les encomendaba la recaudación de las rentas del obispado de Cartagena, que estaba vacante[93]. También se harían cargo del cobro de las rentas y frutos pertenecientes al obispo y mesa capitular de Málaga[94].

Encontramos a Pantaleón Italian en la corte a fines de 1511 e inicios del año siguiente, resolviendo asuntos pendientes desde su anterior estadía en España. Por ejemplo, el ajuste de cuentas con Lucas Passan, que aún debía 200.000 maravedíes por los géneros que recibiera de Pantaleon y sus socios para la tienda de tejidos que administraba en su nombre[95].

También actúa como portavoz de los damnificados por la quiebra de los comerciantes valencianos Forés y Torres. Un documento ácrono inserta la demanda presentada por Pantaleon Italian ante el Consejo para evitar que el Mestre Racional de Valencia y Luís Sanchís, tesorero del rey, que habían sido designados procuradores de los citados mercaderes, cobrasen las deudas que éstos tenían en Castilla. En el escrito, dirigido a Dª Juana, hay frases que me inducen a creer que Pantaleon se había naturalizado castellano. Concretamente, al solicitar el nombramiento de un curador

> «que sea natural destos vuestros reynos, al qual yo e los otros acreedores que con ellos estamos, pues somos vasallos e súbditos de vuestra alteza, podemos pedir lo que nos es devido ...»[96].

90. Estaba todavía en Génova en 1507-1508. *Infra* nº 97

91. Se deduce de una carta real de 1512. *A.G.S.* Cámara Castilla, Libro 25 Cédulas, f. 355.

92. Según documentos notariales malagueños del 31 de mayo y 10 de junio de 1510, el Alcaide delos Donceles había traspasado dicha libranza a nuestros genoveses. *A.H.P.M.* leg. 3, f. 336 y vº; 348 y vº.

93. Molina Molina, A.L.: *op. cit.*, p. 286

94. Según merced o privilegio real que traspasan a Bartolomé de Marin, también genovés. *A.H.P.M.* leg. 4; 18/junio/1511.

95. Véase el requerimiento hecho el 18 de febrero de 1512 a Luis Grimaldo y Francisco Palmaro (?), encargados de hacer la liquidación. *A.G.S.* Cámara Personas leg. 14, sin foliar.

96. *Ibidem*

El retorno de Pantaleon coincidió con la instalación de los españoles en Orán y otros puertos del reino de Tremecén, cuyo comercio había interesado a los hermanos Italian desde que el rey Católico les autorizara, en junio de 1507, a enviar allí un navío con mercancías «por un viage solamente»[97]. El contrato o «asiento» firmado por el monarca en 1510 con su tesorero de Valencia, Alonso Sanchís, concediéndole temporalmente la contratación en exclusiva con Tremecén y Tenez, supuso un duro golpe para estos genoveses. Aunque el monopolio duró poco debido a la oposición generada en Cataluña, Mallorca y, finalmente, el reino de Granada después que don Fernando extendiera el mentado «asiento» al comercio con Vélez de la Gomera[98].

Gracias a los buenos oficios de Agustín Italian como regidor de Málaga, veía la luz una provisión real (14/junio/1511) confirmando el derecho de esta ciudad a contratar libremente con el norte de Africa. Al amparo de la misma, Agustín y Pantaleon enviaron mercancías a Orán, instalando allí a Antonio Riccio como factor. Pero no pudieron controlar la parte más sustanciosa del comercio de la plaza —la importación de los paños conocidos como *bordates*—, que pasó a manos de un viejo rival, Agustín Grimaldo. Por eso, la quiebra fiscal de 1514, que tanto daño causó al comercio oraní, hizo que ambos hermanos se olvidaran de Tremecén para siempre[99].

Los Italian tuvieron más fortuna a la hora de invertir su capital en la explotación del azúcar canario. Otros genoveses se habían interesado por adquirir tierras en el archipiélago con objeto de controlar todo el proceso productivo de la cañadulce. Caso de Mateo Viña, que fue recompensado por su colaboración financiera y militar en la conquista de Tenerife con más de 200 fanegas de tierra en el norte de la isla[100]. En

97. No hicieron uso de la licencia hasta el año siguiente. En carta del rey a Pedro Navarro, almirante de la escuadra que cruzaba ante el litoral magrebí (Burgos, 25/mayo/1508), leemos: «Estando en la ciudad de Saona al tiempo de nuestras vistas con el cristianísimo Rey de Françia, mi hermano, hobe dado una çedula firmada de mi nonbre dirigida al Alcaide de los Donceles para que dexasse contratar en el reino de Tremeçén, un viage solamente, a un navío que Pantaleon Italian había de enviar de Génova al dicho reino, cargado de ciertas mercaderías, con tanto que no hubiese en ellas cosas de las por nos vedadas; y agora nos ha fecho saber que él envía el dicho navío ... E yo por haser merced al dicho Pantaleon e a Agustín Italian, su hermano, estante en nuestra corte, que me ha mucho servido e sirve, tóvelo por bien ...» RODRIGUEZ VILLA, A.: *op. cit.*, LV (1909), doc. 142 y 143.

98. LÓPEZ de COCA, J.E.: *El reino de Granada*, II, p. 76-78.

99. LÓPEZ de COCA, J.E.: *Orán y el comercio genovés*, 286-290.

100. BELLO LEÓN, J.M.: *op. cit.,* p. 53

1512, los Italian se adueñaron de una parte de la heredad levantada por Viña «en el vando del Daute», al hacerse cargo de los censos que pesaban sobre ella[101]. Algunos documentos que comentaré más adelante indican que administraron sus intereses canarios sin salir del ámbito peninsular[102].

En 1513 Agustín Italian recibía el encargo de proseguir la edición de las obras de Alonso Madrigal, obispo de Avila y consejero de Juan II de Castilla, más conocido como «El Tostado». Siete años antes, por iniciativa del Dr. Palacios Rubios, miembro del Consejo Real, se habían entregado algunos manuscritos de este prolífico autor —los tratados bíblicos, en concreto— al librero Andrea de Homedei para que los llevara a imprimir a Venecia. Pero sólo algunos textos vieron la luz antes de que el trabajo se interrumpiera del todo[103]. El 22 de agosto, estando la corte en Valladolid, Agustín Italian se comprometía con el susodicho doctor a traer a España los volúmenes restantes, en un plazo de dos años, «conforme a lo que está començado a ymprimir», recibiendo a cambio una gratificación de 500 ducados[104].

Pese a su condición de regidor, micer Agustín carecía de un sólido patrimonio fundiario en Málaga: aparte de su vivienda —espléndida, por cierto— poseía algunos solares detrás de la calle de Granada y una pequeña heredad junto al río Guadalhorce[105]. Habituado a pasar largas temporadas en la corte, el fracaso de sus negocios norteafricanos contribuiría a alejarlo todavía más de la ciudad. Los documentos notariales coetáneos apenas mencionan a Agustín Italian y, de hacerlo, es en rela-

101. Pagaron un millón de maravedíes para liberar la propiedad de las hipotecas que la gravaban. Obra Sierra, J.Mª: *op. cit.*, doc. 106

102. De momento, valga el siguiente: a fines de 1513, Agustín Italian apoderaba a Benito Negron, estante en Tenerife, para cobrar todo lo que le debían allí ciertos mercaderes castellanos y genoveses. *A.H.P.M.* leg. 59; 10/diciembre/1513.

103. Cuesta Gutierrez, L.: *La edición de las obras del Tostado, empresa de la Corona española.* «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» LVI-2 (1950), 324 y 325.

104. *A.G.S.* Estado leg. 1-II, f. 227. Entre los testigos del acuerdo figura el genovés Francisco Grimaldo.

105. Los mismos donde, en 1519, se quiso concentrar las fraguas y herrerías de la ciudad, aduciendo que los vecinos se quejaban del ruido de los talleres. *A.M.M.* Provis. VIII, f. 296vº-297vº. En cuanto a las casas donde vivía, eran de lo mejor que había en Málaga. Según un testimonio posterior: «tienen mucha agua dulçe porque tiene/n/ una noria en una huerta que en ella está, e en el patio de la dicha casa un grand poço e es todo agua dulçe e de la mejor que ay en la dicha çibdad de Málaga ... estan hedificadas al modo castellano e son casas en que un señor puede muy bien bebir...». Cf. *Infra* nº 123. Para la propiedad rural, ver *A.H.P.M.* leg. 4, f. 47vº-48.

ción a sus factores Pedro Becerra y el genovés Franco Negron[106]. Este absentismo explica en parte el cúmulo de dificultades que van a encontrar él y su hermano Pantaleon al pretender exportar trigo por el puerto de Málaga.

El rey Fernando había otorgado (Logroño, 18/septiembre/1512) a los Italian licencia para sacar 5.500 cahices de trigo, saldando así una deuda de 4.000 ducados contraída con ellos anteriormente[107]. La licencia tenía validez por dos años y a fin de que nadie estorbara a los genoveses en el ejercicio de su derecho, el monarca enviaba una sobrecédula al corregidor de Málaga el 30 de septiembre. El día 2 de octubre Pantaleon y Agustín Ytalian concedían poderes a Pedro Becerra y Franco Negron para comprar trigo y llevarlo a cargar donde pudieran[108].

La cédula regia sólo podía ser anulada por otra que dijera expresamente lo contrario. Sin embargo, la ciudad de Málaga recurrirá a la suspensión temporal de los permisos de exportación que, con carácter general, se dictaba en la primavera de 1513, para impedir que los Italian sacasen trigo por su puerto. No es extraño, pues, que el 29 de enero de 1515, habiendo expirado el plazo original de la licencia, don Fernando la prorrogase por otros doce meses.

Los hermanos Italian habían logrado expedir para entonces algo más de la mitad del cereal contemplado en la licencia de saca, unos 3.300 cahices. Pero, teniendo adquirido parte del resto y fletados los barcos, el concejo malagueño volverá a plantarles cara. En el cabildo municipal celebrado el 25 de junio de 1515 se dio lectura a una provisión real del pasado 8 de junio, suspendiendo cualquier exportación «fasta veer el pan nuevo como acudía ...»; el año había sido seco y, al estar saliendo mucho trigo fuera del país, corríase el riesgo de una carestía general. El corregidor, que presidía la asamblea municipal, decidió aplicar esa cédula a nuestros genoveses.

Agustín Italian, que estaba en Málaga en ese momento, no asistió a la reunión del concejo, y al día siguiente intentó, sin éxito, que el teniente

106. Por citar algunos casos, a fines de 1513 Agustín Italian prestaba dinero en nombre de la condesa de Ureña. *A.H.P.M.* leg. 59; 19/diciembre/1513. Al año siguiente, Franco Negron recibía poderes para arrendar una «tienda de herrería». *A.H.P.M.* leg. 25; 7/agosto/1514. Ver, además, *Supra* nº 102.

107. Dice el documento: «... que os quedamos deviendo de çiertos dineros que en los tienpos pasados nos pagastes de çierta saca que no podistes usar conforme al asyento que conmigo e con la señora reyna ... teníades».

108. *A.G.S.* Cámara Castilla Memoriales leg. 124, f. 43. Lo que sigue se basa en esta fuente a no ser que diga lo contrario.

de Almirante le autorizara a sacar el cereal que tenía almacenado. Resulta significativo que acudiera al representante de una institución que, desde su establecimiento en la ciudad en 1512, se había ganado la animadversión de sus vecinos y gobernantes.

Una estrella que se apaga

La suerte de los Italian empezó a decaer durante la segunda regencia de Cisneros, si es que no lo había hecho antes. Muy a su pesar, micer Agustín se vio involucrado en la rebelión de Málaga contra el Almirante de Castilla y de Granada: el fue uno de los regidores que, en el cabildo del 5 de marzo de 1516, se pronunció a favor de la «suspensión» temporal del oficio del Almirantazgo[109]. Pero dos meses después abandonaba la ciudad a toda prisa, al radicalizarse el movimiento[110].

No está claro en qué medida pudo perjudicarle su colaboración inicial con los insurgentes. La sublevación malagueña concluyó con la promesa de que sus líderes no serían objeto de represalias. Por eso, Agustín Italian conservó la regiduría en el concejo hasta su muerte, diez años más tarde. No obstante, las noticias disponibles sobre los Italian a partir de ahora, aluden con frecuencia a la mala marcha de sus negocios.

En lo que toca a la licencia de saca de los 5.500 cahices, poco antes de morir, el rey Fernando había concedido a los hermanos Italian una nueva prórroga de diez meses. Pero de nada les valdría el intento de sacar el pan por el puerto de Jerez debido a la oposición del concejo sevillano. Agustín Italian acabará arrojando la toalla: no sólo desiste de exportar el cereal que restaba, sino que reclama, ya en 1517, su equivalente en dinero[111].

Micer Agustín incumplió el contrato suscrito con el Dr. Palacios Rubios para editar ciertas obras del Tostado. Así se desprende de una cédula que los miembros del Consejo le remitieron desde Madrid, el 18 de junio de 1517: le recuerdan el compromiso contraído y el medio millar de

109. Una visión general del suceso en BEJARANO ROBLES, F.: *El Almirantazgo de Granada y la sublevación de Málaga en 1516*. «Hispania» XV (1955), 73-109.

110. Véase el informe que el bachiller Benavente, pesquisidor enviado por Cisneros, remite al cardenal el 23 de mayo, en *A.G.S.* Estado leg. 1-II, f. 270. Publica CEDILLO, Cde de : *El cardenal Cisneros gobernador del reino*, II (Madrid, 1928), doc. 114.

111. Unos 2.000 ducados, aparte de las costas e intereses. Véase el alegato pronunciado por sus abogados ante el Consejo el 11 de diciembre de 1517, en Valladolid. *Supra* nº 108.

ducados que había recibido al efecto para, seguidamente, pedirle que explique por qué no ha traído los libros impresos en el plazo estipulado[112]. Aunque desconozco la respuesta, si la hubo, parece que fueron las deudas (¿de Agustín Italian?) las que paralizaron el proyecto, con el riesgo añadido de que se perdieran los originales, secuestrados en Venecia[113]. Resulta elocuente, por lo demás, que el 5 de septiembre se llamara al librero burgalés Fadrique Aleman «para tomar asiento sobre la impresión» de las obras del Tostado[114].

En 1517 micer Agustín protestaba ante el Consejo porque Alonso de Lugo se había entrometido en el quehacer de los factores que administraban su hacienda de Tenerife[115]. Se refería, sin duda, al ingenio azucarero del Daute[116]. Agustín Italian pasaba ahora muchos meses al año en Sevilla y, ocasionalmente, en Cádiz[117]. Por un documento notarial malagueño, fechado a 28 de mayo de 1519, sabemos que el genovés accedió a recibir en Sevilla, mediante cédula de cambio de los banqueros Adan Vivaldo y Gaspar Centurion, mil ducados de oro que le debía el factor del rey de Portugal destacado en Málaga[118]. Otro documento, de 27 de octubre de 1520, dice que Agustín era dueño de la mitad de un barco que, habiendo sido tomado a flete en Cádiz para llevar pescado a Civitavecchia, debía cargar luego trigo, en Palermo, con destino a Canarias[119]. Por su parte, Enrique Otte, da cuenta de una letra de cambio girada a Sevilla en 1524, cuyo beneficiario era «Agostino Italiano» precisamente[120].

Los datos que vengo ofreciendo conciernen exclusivamente a Agustín Italian. Nada, o casi nada, se sabe de Pantaleon durante este período: la última referencia conjunta a los dos hermanos la he encontrado en la prórroga de la licencia de saca que don Fernando les concedió el 13 de

112. *A.G.S.* Cámara Castilla, Memoriales leg. 161, f. 5

113. Se deduce de la reclamación presentada por Carlos I a la Serenísima en 1519. Beltrán de Heredia, V.: *Cartulario de la Universidad de Salamanca.* Salamanca, 1971. III, p. 645. Según García Oro, J.: *El cardenal Cisneros. Vida y Empresas.* Madrid, 1992. II, p. 488.

114. Cedillo, Cde. de: *op. cit.*, III, doc. 369. p. 623-625.

115. *A.G.S.* Cámara Castilla, Memoriales leg. 126, f. 135.

116. Aparece mencionado en una reunión del cabildo municipal tinerfeño celebrada en junio de 1518. Cf. *Acuerdos del Cabildo de Tenerife (1514-1418).* «Fontes rerum Canariarum XI» Ed. R. Serra Rafols y L. De la Rosa. La Laguna, 1965. p. 259.

117. Pike, R.: *Enterprise and Adventure. The Genoese and the opening of the New World.* Ithaca, 1966. p. 2

118. *A.H.P.M.* leg. 100, f. 520

119. *A.H.P.M.* leg. 76, f. 292 y 293

120. Cf. *Il ruolo dei Genovesi*, p. 42

enero de 1516. Se conoce, por otra parte, que la orchilla de las islas mayores del archipiélago canario (Gran Canaria, Tenerife y La Palma) estuvo arrendada de 1513 a 1523 en 615.000 maravedíes anuales por un «miçer Pantaleon»[121]. ¿Se trataba por ventura de nuestro Pantaleon Italian?

Pero volviendo a micer Agustín, por un documento regio de 18/septiembre/1525 sabemos que éste había pedido cuenta de sus bienes en Tenerife que, desde 1516, administraba Silvestre Pinelo[122]. Al año siguiente fallecía dejando muchas deudas. Para pagarlas fue preciso sacar a la venta sus casas de Málaga por un precio sensiblemente inferior al real. Así consta en la *informaçion* hecha en Granada el 24 de noviembre de 1526, ante el alcalde de casa y corte Leguiçano, por el caballero malagueño don Sancho de Córdoba, que pretendía adquirir tales casas[123].

Se da por sentado que la regiduría vacante por muerte de Agustín Italian pasó a manos de Esteban Centurion, genovés de Granada, que se decía «pariente» del difunto[124]. Pero no fue así. El oficio permaneció sin ocupar hasta 1528, fecha en la que se otorgó al granadino Juan de Aguirre[125]. Éste renunciaría a los pocos meses, nombrando el rey como nuevo regidor de Málaga a un Francisco Alvarez[126].

Aquí termina, de momento, la historia de los hermanos Italian. Es mucho, sin duda, lo que ignoramos todavía sobre estos mercaderes-banqueros. Pero creo que se conoce lo suficiente para probar hasta qué punto es arriesgado generalizar sobre el papel de los genoveses en la España de los Reyes Católicos.

121. Aznar Vallejo, D.: *La integración de las islas Canarias en la Corona de Castilla (1478-1526)*. La Palma, 1992. p. 164.

122. *Ibidem*, p. 252

123. A tal efecto pedía licencia para empeñar 100.000 maravedíes de juro que tenía en Córdoba, Jaén y Castro del Río. *A.G.S.* Cámara Castilla, Memoriales leg. 182, f. 88.

124. Sanz Ayan, D.: *op. cit.*, p. 473. El documento que cita en nota 17, recoge la petición de Esteban Centurion, y nada más.

125. Por cédula firmada en Madrid a 12 de septiembre de 1528. *A.M.M.* Provisiones XI, f. 68-69 vº

126. *A.M.M.* Provis. XI, f. 105-106 vº.

Moneda y monedas en la Europa Medieval. Aproximación Bibliográfica

Fermín MIRANDA GARCÍA

Como es habitual en los repertorios bibliográficos que acompañan a las Actas de las Semanas de Estudios Medievales de Estella, tampoco éste pretende ser una relación exhaustiva de los trabajos relacionados con el mundo de la moneda e, igualmente, se ha ceñido básicamente a las impresiones de los últimos treinta años, en la seguridad de que los planteamientos de las obras anteriores de relevancia, y la propia referencia de las mismas, aparecen en la producción reciente.

Del mismo modo, hay que dejar constancia de que el arco temático se ha reducido conscientemente, en función de la propia atención que ha recibido en las jornadas de trabajo. Se omiten, en general, las consideraciones de carácter meramente numismático, y se centra la atención en las cuestiones relacionadas con la circulación monetaria, su influencia en el desarrollo comercial y político, el crédito y la banca y, en suma, las actividades de cáracter socio-económico, más allá de la moneda como objeto físico. No se trata de desdeñar la importancia de otras cuestiones, sino de acotar un marco de imposible aprehensión en otro caso.

La relación que sigue se ha estructurado en nueve apartados que responden a marcos geopolíticos y comerciales de cierta coherencia; se ha reservado un primera indicación para obras sobre aspectos más generales o que centran su atención en varios de los espacios acotados. El mundo alemán y báltico, Francia, las Islas Británicas, Italia, el corredor borgoñón-flamenco, la España cristiana, al-Andalus y el Oriente eslavo-bizantino son las secciones diferenciadas, sin dejar de ser conscientes de que podían haberse hecho otras divisiones igual o más adecuadas que ésta.

0. GENERAL

L'Argent au Moyen âge. XXVIII congrès de la SHMES, París, 1998.

ASSIS, Yom TOV, *Jewish capital and the conquest of Sardinia by the Catalans,* «Italia», 9, 1990, 7-18.

ASTHOR, Eliyahu, *Banking instruments between the muslim East and the christian West,* «Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio», Prato, 1985, 27-39.

ATTMAN, A., *The Bullion Flow between Europe and the East 1000-1750,* Göteborg, 1981.

AYMARD, Maurice, *Monnaie et économie paysanne*, «L'argent et la circulation des capitaux dans les pays méditerranéens (XVIe-XXe siècles)», Niza, 1981, 121-32.

BACHARACH, Jere L., *The dinar versus the ducat,* «International Journal of Middle East Studies», 4, 1973, 77-96.

BAERTEN, Jean, *Kerk en munt in de middeleeuwen*, «Pascua Mediaevalia. Studies voor Prof. Dr. J.M. De Smet», ed. R. LIEVENS, E. VAN MINGROOT y W. VERBEKE, Lovaina, 1983 52-61.

Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici, Génova, 1991.

BARRON BASKIN, Jonathan y Paul J. MIRANTI JR., *A History of Corporate Finance,* Cambridge, 1997.

BELAUBRE, Jean, *Monnaies médiévales. 2. L'Ere du denier*, París, 1987.

BERGIER, Jean-François, *From the fifteenth century in Italy to the sixteenth century in Germany: a new banking concept?,* «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 105-129, .

BISSON, Thomas N., *Conservation of Coinage, Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon, c.1000-1225 A.D.,* Oxford, 1979.

— *La monnaie fiscale: les structures régionales à l'aube de l'état médiéval (1150-1250),* «Rythmes de la production monétaire, de l'Antiquité à nos jours», ed. Georges DEPEYROT, Tony HACKENS y Ghislaine MOUCHARTE, Lovaina, 1987, 511-520.

BLOCH, Marc, *Lineamenti di una storia monetaria d'Europa,* (ed. U. Tucci), Turín, 1981.

BLOCKMANS, W., *Financiers italiens et flamands aux XIIIe-XIVe siècles,* «Aspetti delle vite economice medievale», Florencia, 1985.

BLOMQUIST, Thomas W., *De Roover on business, banking, and economic thought*, «Journal of Economic History», 35, 1975, 821-830.

— *The early history of European banking: merchants, bankers, and Lombards of thirteenth-century Lucca in the County of Champagne*, «Journal of European Economic History», 14, 1985, 521-536.

BOIS, Guy, *Sur la monnaie et les prix à la fin du Moyen Age: réponse à John Day*, «Annales ESC», 34, 1979, 319-324.

BOMPAIRE, Marc, *Monnaie et économie à la fin du Moyen Age. A propos d'ouvrages récents,* «Revue numismatique», 32, 1990, 273-283.

—, *Pour une histoire des monnaies noires,* «Finances, pouvoirs et mémoires. Memoires offerts à Jean Favier», ed. J. Kerhervé y A. Rigaudière, París, 1999, p. 349-371.

BORDO, Michael, *Money, Deflation and Seignioriage in the Fifteenth Century. A Review Essay,* «Journal of Monetary Economics», 18, 1986, 337-346.

BOYER-XAMBEU, Marie-Thérèse, Ghislain DELEPLACE, Lucien GILLARD, *Monnaie privée et pouvoir des princes. L'économie des relations monétaires à la Renaissance,* París, 1986.

BOZORGNIA, S.M., *The Role of Precious Metals in European Economic Development. From the Roman Times to the Eve of the Industrial Revolution*, Londres, 1998.

BRIDREY, Emile, *La Théorie de la monnaie au XIVe siècle, Nicole Oresme. Étude d'histoire des doctrines et des faits économiques*, Ginebra,1978.

BUR, Michel, *Le diplôme de Charles le Chauve du 22 novembre 864 relatif à la monnaie de Châlons-sur-Marne: un faux*, «Villes et campagnes au Moyen Age. Mélanges Georges Despy», ed. J.-M. DUVOSQUEL y A. DIERKENS, Lieja, 1991, 135-141.

CAMERON, Rondo, *International private banking from the late Middle Ages to the mid-nineteenth century*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 19-34.

CAPITANI, Ovidio (comp.), *L'Etica economica medievale,* Bolonia, 1974.

CAPIZZI, Carmelo, *Una lista di creditori e debitori ad uso del Bessarione, commendatario di San Giovanni Evangelista di Ravenna*, «Byzantino-Sicula II. Miscellanea di scritti in memoria di Giuseppe Rossi Taibbi», Palermo, 1975, 73-105.

CASSANDRO, Michele, *La contabilità bancaria (XIII-XIV sec.)*, «Atti delle Settimane di Studi», 22, Prato, 1991, 199-242.

CIPOLLA, Carlo M., *Money, prices, and civilization in the Mediterranean world : fifth to seventeenth century*, Nueva York, 1967.

COCKSHAW, Pierre, *Contrefaçons et imitations de monnaies au XVe siècle: II. De quelques imitations de monnaies au XVe siècle*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 118, 1972, 149-163.

COHEN, Jay, *The history of imprisonment for debt and its relation to the development of discharge in bankruptcy*, «Journal of Legal History», 3, 1982, 153-171.

CORMIER, Jean-Philippe, *Monnaies médiévales , reflets des pouvoirs*, París, 1997.

COURTENAY, Wiliam, *Token coinage and the administration of Poor Relief during the late Middle Ages,* «Journal of Interdisciplinay History», 3, 1972, 275-295.

Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio, Prato, 1985.

CHÉDEVILLE, A., *Recherches sur la circulation de l'or en Europe occidentale du Xe à la fin du XIIe siècle, d'après les cens dus au Saint-Siège,* «Le Moyen Age», 83, 1977, 413-443.

CHOWN, John F., *History of Money from A.D. 800*, Londres, 1997.

—, *A History of money*, Londres, 1994.

DAVIES, Glyn, *A History of Money. from Ancient Times to the Present Day*, Cardiff, s.a.

DAY, John, *The great bullion famine of the fifteenth century,* «Past and Present», 79, 1978, 3-54.

—, *The question of monetary contraction in late medieval Europe,* «Nordisk numismatik arsskrift», 1982, 12-29.

—, *Monnaies et marchés au Moyen Age*, París, 1994.

—, *Les frappes de monnaies en France et en Europe au XIVe-XVe siècle,* «Rythmes de la production monétaire de l'Antiquité à nos jours», ed. G. DEPEYROT, T. HACKENS, G. MOUCHARTE, Lovaina, 1987, 537-577.

— (ed.), *Etudes d'histoire monétaire*, Lille,1984.

— y Huguette BERTRAND, *Les frappes de monnaies en France et en Europe aux XIVe-XVe siècles,* «Rythmes de la production monétaire, de l'Antiquité à nos jours», ed. G. DEPEYROT, T. HACKENS y G. MOUCHARTE, Lovaina, 1987, 537-577.

DE ROOVER, Raymond, *Le marché monetaire au Moyen Âge et au début des temps modernes. Problèmes et méthodes,* «Revue Historique», 244, 1970, 5-40.

—, *La Pensée économique des scolastiques. Doctrines et méthodes,* París, 1971.

—, *Business, Banking and Economic Thought in Late Medieval and Modern Europe,* Chicago, 1974.

—, *La structure des banques au Moyen Age*, «Troisième conférence internationale d'histoire économique, Munich 1965»,. París-La Haya, 1974, 159-169.

—, *Banking and credit in the formation of capitalism*, «Fifth International Conference of Economic History. Cinquième Conférence internationale d'histoire économique. Leningrad 1970». ed. H. VAN DER WEE, V. A. VINOGRADOV Y G. G. KATOVSKY , París-Nueva York, 1974-1979, IV, 9-17.

DEPEYROT, Georges, *Les monnaies des lois barbares: lois Salica, Gombette, Wisigothe, Ripuaria, Alamanorum, Bavaroise*, «Acta Numismatica», 21-23, 1991-1993, 315-328.

—, *Histoire de la monnaie : des origines au XVIIIe siècle*, Wetteren, 1995.

—, Tony HACKENS y Ghislaine MOUCHARTE (eds.), *Rythmes de la production monétaire de l'antiquité à nos jours,* Lovaina, 1987.

DOTY, Richard G. *L'Histoire de la monnaie de l'Antiquité à nos jours*, París , 1986.

DUMAS, Françoise, *La monnaie au Xe siècle*, «Il Secolo di ferro: mito e realtà del secolo X. Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo», Spoleto, 1991, II, 565-609.

—, *Monnayage et monnayeurs,* «Artistes, artesans et production artistique au Moyen Age», I, París, 1986, p. 483-495.

—, *La monnaie comme expression du pouvoir (X^e-XIIe siècles),* «Pouvoirs et libertés au temps des premiers Capétiens». ed. E. MAGNOU-NORTIER, Maulevrier, 1992, 169-194.

DUPLESSY, Jean, *La circulation des monnaies hongroises en France et aux Pays-Bas (XIVe-XVIe siècles),* «Nummus et historia. Pieniadz Europy sredniowiecznej», ed. S. K. KUCZYNSKI, Varsovia, 1985, 289-295.

—, *Les monnaies médiévales*, «Bulletin de la Société archéologique d'Eure-et-Loir, 10, 1986, 115-122.

—, *Les monnaies concurrents de Henri VI, roi de France et d'Angleterre, et de Charles VII,* «Medieval Mints. Organisation, Administration and Technique», ed. N.J. MAYHEW y P. SPUFFORD, Londres, 1988, 126-146.

EDWARDS, J.R., *A History of Financial Accounting,* Londres, 1989.

FAVIER, Jean, *Finance et fiscalité au bas Moyen Age*, París, 1971.

FOURNIAL, Etienne, *Histoire monétaire de l'occident médiéval,* París, 1970.

FORZONI, Angiolo, *La Moneta nella storia*, Roma,1997.

FRYDE, E.B., *Studies in Medieval Trade and Finance,* Londres, 1983.

GAYLLARD, L., *Nicole Oresme, économiste*, «Revue Historique», 279, 1988, 1-39.

GAZIER, Michèle; Gazier, Bernard , *Or et monnaies chez Martin de Azpilcueta*, París, 1978.

GIL FARRÉS, Octavio, *Historia Universal de la Moneda,* Madrid, 1974.

GOLFARI, Lamberto*, Monedas del mundo medieval: diez siglos de historia*, Madrid-Buenos Aires, 1994.

GRANDELL, Axel, *Kredithan—al med tillijälp av karvstock. En epok i mänsklighetens historia*, «Fornvännen: Tidskrift för svensk antikvarisk forskning», 81, 1986, 121-128.

GRIERSON, Philip, *Monnaies du moyen âge,* Friburgo, 1976.

— , *Typologie des sources du Moyen Age occidental. 21. Les Monnaies*, Turnhout , 1977.

—, *Bibliographie numismatique,* Bruselas, 1979.

—, *Monnaies et monnayage. Introduction à la numismatique*, París, 1988.

—, *La moneta di conto nel Medioevo,* «Rivista Italiana di Numismatica», 95, 1993, p. 605-614.

—, *Later medieval Numismatics (11th-16th centuries),* Aldershot, 1979.

— Y OTROS, *Medieval European coinage,* Londres, 1987-1998, 14 vols.

GRUNZWEIG, A., *Conservation of coinage,* Oxford, 1979.

HENNEQUIN, Gilles P, *De la monnaie antique à la monnaie musulmane*, «Annales», 30, 1975, 890-899.

HOUTTE, JAN VAN (ed.), *Europäische Wirtschafts- und Sozialgeschichte im Mittelalter*, Stuttgart, 1980.

HUBRECHT, Georges, *La monnaie en droit canonique*, «L'Année canonique», 18, 1974, 15-124.

HUNT, Edwin S. y James M. MURRAY, *A History of Business in Medieval Europe, 1200-1550*, Cambridge, 1999.

JORDAN, William C, *Women and credit in the middle ages: problems and directions*, «Journal of European Economic History», 17, 1988, 33-62.

KAYE, Joel, *The impact of money and the developpment of fourteenth-century scientific thought,* «Journal of Medievla History», 14, 1988, 251-270.

—, *Economy and nature in the fourteenth century: money, market exchange and the emergence of scientific thought*, Cambridge, 1998.

KELLENBENZ, Hermann, *Geld und Kreditwesen, öffentliche Finanzen*, «Europäische Wirtschafts- und Sozialgeschichte im Mittelalter» ed. Jan A. VAN HOUTTE, Stuttgart, 1980, 584-594.

KIERSNOWSKI, Ryszard, *Les monnaies dans la civilisation médiévale: leur place et leur fonction,* «Actes du 9ème Congrès international de numismatique, Berne, Septembre 1979. Proceedings of the 9th International Congress of Numismatics, Berne, September 1979». ed. Tony HACKENS and Raymond WEILLER, Lovaina, 1982, 691-702.

La moneta nell'economia europea, secoli XIII-XVIII, «Settima Settimana di Studio», Prato, 1983.

LACOUR-LABARTHE, Dominique, *Les doctrines religieuses et les origines de la banque commerciale du XIIIe au XVIIIe siècle en Europe occidentale*, «Religion, société et politique. Mélanges en hommage à Jacques Ellul», París, 1983, 61-79.

LAFAURIE, Jean, y Cécile MORRISSON, *La pénétration des monnaies byzantines en Gaule mérovingienne et visigotique du VIe au VIIIe siècle*, «Revue numismatique», 29, 1987, 38-98.

LANE, Frederic, *La mobilità e l'utilità delle monete di conto,* «Rivista di storia economica», 1, 1984.

LANGHOLM, Odd, *Wealth and Money in the Aristotelian tradition,* Oslo, 1983.

—, *Economics in the Medieval Schools: Wealth, Exchange, Value, Money and Usury according to the Paris Theological Tradition, 1200-1350,* Leiden, 1992

LE GOFF, Jacques, *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media,* Barcelona, 1996 (2ª ed. española).

—, *Mercaderes y banqueros en la Edad Media,* Buenos Aires, 1975.

—, *The Usurer and Purgatory,* «The Dawn of Modern Banking», Los Angeles, 1979, 25-52.

—, *La naissance du Purgatoire,* París, 1981.

LEONE, Alfonso, *Maritime insurance as a source for the history of international credit in the Middle Ages,* «Journal of European Economic History», 12, 1983, 363-369.

—, *Some preliminary remarks on the study of foreign currency exchange in the medieval period,* «Journal of European Economic History», 12, 1983, 619-629.

LEWICKI, Tadeusz, *Le commerce des Samanides avec l'Europe orientale et centrale à la lumière des trésors de monnaies coufiques*, «Near Eastern Numismatics, Iconography, Epigraphy and History. Studies in honor of George C. Miles», ed. D. K. KOUYMJIAN, Beirut, 1974, 219-233.

LITTLE, Lester K, *Monnaie, commerce et population*, «Le Moyen Age et la Bible». ed. Pierre RICHÉ y Guy LOBRICHON, París, 1984, 554-579.

LOMBARD, Maurice, *Monnaie et histoire d'Alexandre à Mahomet,* «Études d'économie médiévale», París, 1971, 133-222.

—, *Les bases monetaires d'une suprématie économique. L'or musulman du VIIe au XIe siècle,* «Espaces et réseaux du haut moyen âge», París, 1972, 7-29.

LÓPEZ, Roberto S., *The dawn of medieval banking*, «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 1-23.

—, *The Shape of medieval monetary history*, Londres, 1986.

MALOWIST, Marian, *Merchant credit and the putting-out system: rural production during the Middle Ages*, «A Journal of the Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems, and Civilizations», 4, 1981, 667-681.

MARTIN, Colin, *La circulation sur les terres de Berne et de l'actuelle Suisse romande des monnaies des Pays-Bas, de la Belgique, de la Lorraine et de l'Alsace*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 126, 1980, 207-210.

MATERNÉ, Jan, *Bankieren voor behoeftigen? De maatschappelijke rol van joden en Lombarden in laat-middeleeuws Europa*, «Spiegel Historiael», 29, 1994, 346-350.

MAYHEW, Nicholas J., *Money, the Law and Legal Tender,* «Rythmes de la production monétaire de l'antiquité à nos jours», ed. G. DEPEYROT, T. HACKENS y G. MOURCHARTE, Lovaina, 1987, 697-705.

—, *Numismatic Evidence and Falling Prices in the Fourteenth century,* «Economic History Review», 27, 1974, 1-15.

— y Peter SPUFFORD (eds.), *Later Medieval Mints: Organisation, Administration and Techniques*, Oxford, 1988.

METCALF, David M., *Coinage in South-Eastern Europe, 820-1936*, Londres, 1979.

—, *The Templars as bankers and monetary transfers between West and East in the twelfth century*, «Coinage in the Latin East», ed. P.W. EDBURY y D.M. METCALF, Oxford, 1980, 1-17.

MISKIMIN, Harry A., *Cash, credit and crisis in Europe, 1300-1600*, Londres, 1989.

Moneta e Scambi nell'Alto Medioevo, VIII Settimana di studio del CISAM, Spoleto, 1961.

La moneta nell'economia europea, secoli XIII-XVIII. VII Settimana di studio di Prato, Florencia, 1981.

MORRISSON, Cécile, *Le rôle des varanges dans la transmission de la monnaie byzantine en Scandinavie*, «Les Pays du Nord et Byzance (Scandinavie et Byzance)», ed. R. ZEITLER, Uppsala, 1981, 131-140.

—, *La numismatique,* París, 1992.

MUELLER, Reinhold, *The Spufford Thesis on Forering Exchange: The Evidence of Exchange Rates,* «Journal of Euroepan Economic History», 24, 1995, p. 121-129.

MUNRO, John H., *Wool, Cloth and Gold. The Struggle for billion in Anglo-Burgundian Trade, 1340-1478,* Bruselas, 1973.

—, *Bullion Flows and Monetary Contraction in Late Medieval England and the Low Countries, 1350-1500,* «Precious Metals in the Later Medieval and Early Modern Worlds», ed. J.F. RICHARDS, Durham, 1983, 97-158.

—, *The Central European Silver Mining Boom, Mint outpouts and Prices in the Low Countries and England, 1450-1550,* «Money, Coins and Commerce. The Monetary History of Asia and Europe, ed. Eddy H.G. van Cauwenberghe, Lovaina, 1991, p. 119-183.

—, *The international law merchant and the evolution of negotiable credit in late-medieval England and the Low Countries*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici, Génova, 1991, 47-80.

NORTH, M. (ed.), *Kredit im spätmittelalterlichen und frühneuzeitlichen Europa*, Colonia, 1991.

ORESME, Nicolás, *Tractatus de origine et natura, iure et mutationibus monetarium,* ed. J. HERNANDO, «Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia», 2, 1981, 9-65.

PIOLA CASELLI, Fausto, *L'evoluzione della contabilità camerale nel periodo avignonese*, «Le Fonctionnement administratif de la papauté d'Avignon», Roma, 1990, 411-437.

POLIAKOV, Léon, *Les Banquiers juifs et le Saint Siège du 13e au 17e siècle*, París, 1967.

PORTER, Tony, *Innovation in global finance. The impact on hegemony and growth since 1000 AD*, «Review: A Journal of the Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems, and Civilizations», 18, 1995, 387-429.

POSTAN, M.M., *El ascenso de la economía monataria,* «Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval», Madrid, 1981, p. 28-40.

Prêteurs et banquiers juifs du Moyen Age au XXe siècle, París 1996.

QUAGLIONI, Diego, *Inter Iudeos et Christianos commertia sunt permissa. Questione ebraica e usura in Baldo degli Ubaldi (c. 1327-1400),* «Aspetti e problemi della presenza ebraica nell'Italia centro-settentrionale (secoli XIV e XV)», Roma, 1983, 273-305.

QUILLET, Jeannine, *Note sur le Traité de la première invention des monnaies de Nicole Oresme*, «L'Or au Moyen Age (monnaie, métal, objets, symbole)», Aix-en-Provence, 1983, 375-393.

ROLNICK, Arthur, François R. VELDE y Warren E. WEBER, *The Debasement Puzzle. An essay of medieval Monetary History,* «The Journal of Economic History», 56, 1996, 789-808.

ROMANO, R. Y U. TUCCI (eds.), *Ecomomia naturale, economia monetaria,* «Storia d'Italia. Annali», 6, Turín, 1983.

RUIZ MARTÍN, Felipe, *Demanda y oferta bancarias (1450-1600),* «Mélanges en honneur de Fernand Braudel, I: Histoire économique du monde méditerranéen (1450-1650). Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines». Toulouse, 1973, 521-536.

SAYOUS, André-E., *Commerce et finance en Méditerranée au Moyen Age*, Hamshire,1988.

SCHRAGE, Eltjo J.H. y R.P. SCHOEN, *Mora debitoris dans le droit savant avant Accurse, avec une édition des distinctions de mora d'Albericus, d'Hugolinus, de Symon Vicentinus et d'un auteur inconnu*, «Revue d'histoire du droit: Tijdschrift voor Rechtgeschiedenis / Legal History Review», 57, 1989, 87-104.

SCHWINTOWSKI, Hans-Peter, *Legitimation und öberwindung des kanonischen Zinsverbotes: Bankengeschichtliche Wirkungszusammenhänge*, «Vom mittelalterlichen Recht zur neuzeitlichen Rechtswissenschaft: Bedingungen, Wege und Probleme der europäischen Rechtsgeschichte», ed. N. BRIESKORN et al., Paderborn, 1994, 261-270.

SEGRE, Renata, *Bernardino da Feltre, i Monti di pietà e i banchi ebraici*, «Rivista storica italiana», 90, 1978, 818-833.

SHATZMILLER, Joseph, *Shylock reconsidered Jews, moneylending and medieval Society,* Los Angeles, 1990.
SIVÉRY, Gérard, *Mouvements de capitaux et taux d'intérêt en Occident au XIIIe siècle*, «Annales», 38 1983, 137-150.
SPUFFORD, Peter, *Le rôle de la monnaie dans la révolution commerciale du XIIIe siècle,* «Études d'histoire monétaire», ed. J. DAY, Lille, 1984, 355-395.
—, *Handbook of medieval exchange*, Londres, 1986.
—, *Mint Organisation in Late Medieval Europe,* «Medieval Mints. Organisation, Administration and Technique», ed. N.J. MAYHEW y P. SPUFFORD, Londres, 1988, 7-29.
—, *Dinero y moneda en la Europa medieval*, Barcelona, 1991.
—, *Spätmittelalterliche Kaufmannsnotizbücher als Quelle zur Bankengeschichte*, «Ein Projektbericht, Kredit im spätmittelalterlichen und frühneuzeitlichen Europa» ed. M. NORTH, Colonia, 1991, 103-120.
— (coord.), *Studies in numismatic method presented to Philip Grierson*, Cambridge, 1983.
— y N.J. MATHEWS (eds.) *Mint organisation in Medieval Europe,* Oxfod, 1987.
STOW, Kenneth R, *The good of the church, the good of the state: the popes and Jewish money,* «Studies in Church History», 29, 1992, 237-252.
TIMMERMANS, R., *Les Vandales ont-ils frappé monnaie?,* «Bulletin d'Alliance européenne numismatique», 19,1969, 117—118.
TRAVAINI, L. (ed.), *Moneta locale, moneta straniera, Italia ed Europa XI-XV secolo,* Milán, 1999.
UDOVITCH, Abraham L, *Credit as a means of investment in medieval Islamic trade*, «Fifth International Conference of Economic History. Cinquième Conférence internationale d'histoire économique. Leningrad 1970», ed. H. VAN DER WEE, V. A. VINOGRADOV y G. G. KATOVSKY, París-Nueva York, 1977, IV, 18-19.
UDOVITCH, Abraham L., *Bankers without banks: commerce, banking and society in the Islamic world of the Middle Ages,* «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 255-273.
VALENCIC, Vlado, *Iz kreditnega gospodarstva ob koncu srednjega veka*, [Economía crediticia a finales de la Edad Media], «Zgodovinski casopis: Glasilo Zveze zgodovinskih drustev Slovenije», 47, 1993, 5-24.
VAN CAUWENBERGHE, Eddy (ed.), *Money, Coins and Commerce. The Monetary History of Asia and Europe*, Lovaina, 1991.
VILAR, Pierre, *Oro y moneda en la historia (1450-1920),* Barcelona, 1969.
WEATHERFORD, Jack, *La Historia del dinero*, Barcelona,1998.
WOLFF, Philippe, *Monnaie et activité économique dans l'Europe du bas moyen âge*, «Académie des inscriptions et belles-lettres. Comptes-rendus des séances», 2, 1975, 225-236.
—, *The significance of the feudal period in the monetary history of Europe,* «Essays in honor of J.R. Strayer», 1976, 77-85.
—, *Monnaie et développement économique dans l'Europe médiévale*, «Histoire, économie et société», 1, 1982, 491-510.

1. IMPERIO ALEMÁN, HANSA, ESCANDINAVIA

BORDONE, Renato, *Una famiglia di «Lombardi» nella Germania Renana alla seconda metà del Trecento: gli Asinari di Asti*, «Hochfinanz im Westen des Reiches, 1150-1500». ed. F. BURGARD, Tréveris, 1996, 17-48.

BURGARD, Friedhelm, *Funktion und Rolle der stadttrierischen Bankiers von den Anfängen bis zum Ende des 14. Jahrhunderts*, «Hochfinanz im Westen des Reiches, 1150-1500», ed. F. BURGARD, Tréveris, 1996, 179-208.

CASSANDRO, Michele, *Banca e commercio fiorentini alle fiere di Ginevra nel secolo XV*, «Schweizerische Zeitschrift für Geschichte», 26, 1976, 567-611.

—, *Crisi a Ginevra. I cambi dal 1459 al 1464*, «Economia e storia», 3, 1982, 16-47.

CASTELIN, K., *Grossus Pragensis. Der Prager Groschen uns seine Teilstücke 1300-1547,* Bruswick, 1973.

Danneberg, H.-D., *Die brandenburgischer Denare des 13. und 14. Jahrhunderts,* «Numismatische Gesellchaft zu Berlin», Berlín, 1997, 62-69.

DEJOUY, André, *Sous l'Empire à Clichy-sous-Bois. Sus à l'occupant (le banquier genevois Guillaume Mallet),* «Vieux Montfermeil», 56, 1972, 10-11.

DYGO, Marian, *Weksel i Hanza w poznym sredniowieczu. Przyklad Hildebranda Veckinchusena*, [Letras de cambio y liga hanseática. El caso de Hildebranda Veckinchusewna], «Czas, przestrzen, praca w dawnych miastach. Studia ofiarowane Henrykowi Samsonowiczowi w szesdziesiata rocznice urodzin». ed. A. WYROBISZ and M. TYMOWSKI, Varsovia, 1991, 437-447.

IRSIGLER, Franz, *Rheinisches Kapital in mitteleuropäischen Montanunternehmungen des 15. und 16. Jahrhunderts*, «Zeitschrift für historische Forschung», 3, 1976, 145-164.

JENKS, Stuart, *War die Hanse kreditfeindlich?,* «Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte», 69, 1982, 305-338.

JENSEN, J.S., *Danish money in the fourteenth century,* «Medieval Scandinavia», 6, 1973, 161-171.

— (ed.), *Coinage and monetary circulation in the Baltic area c.1350-c.1500,* «Nordisk Numismatik Arsskrift», núm. esp. 1981.

LAGERQVIST, Lars, *La circulation monétaire en Suède, 1000-1600. Quelques réflexions sur la distribution et quantité,*»Rythmes de la production monetaire, de l'Antiquité à nos jours», ed. G. DEPEYROT, Lovaina, 1987, 483-497.

LÖNNROTH, Erik, *Magnus Erikssons barndom och tidiga finanser*, [Infancia y primeras finanzas de Magnus Eriksson], «Historisk tidskrift», 101, 1981, 428-434.

MENTGEN, Gerd, *Herausragende jüdische Finanziers im mittelalterlichen Strassburg*, «Hochfinanz im Westen des Reiches, 1150-1500», ed. F. BURGARD, Tréveris, 1996, 75-100.

MORARD, Nicolas, *Florins, ducats et marc d'argent à Fribourg et à Genève au XVe siècle: cours des espèces et valeur de la monnaie de compte (1420-1481),* «Schweizerische numismatische Rundschau», 58, 1979, 223-286.

PÉTRY, Klaus, *Monetäre Entwicklung, Handelsintesität und wirtschaftliche Beziehungen des oberlothringischen Raumes vom Aufang 6.bis zur Mitter des 12. Jahrunderts,* Tréveris, 1992.

POUDRET, Jean-François, *La succession des usuriers selon le Concordat de 1430 entre le duc Amédée VIII et le clergé de Savoie*, «Mémoires de la Société pour l'histoire du droit et des institutions des anciens pays bourguignons, comtois et romands», 36, 1979, 39-51.

PUNDT, Marianne, *Metzer Bankiers im Spätmittelalter: Die Familie Le Gronnais (1250-1350),* «Hochfinanz im Westen des Reiches, 1150-1500» ed. F. BURGARD, Tréveris, 1996, 153-177.

ROSEN, Josef, *Prices and public finance in Basle, 1360-1535*, «Economic History Review, 25 1972, 1-17».

SCHWARZFUCHS, Simon, *D'une inscription hébraïque médiévale de Colmar à la finance internationale*, «Revue des études juives» 141, 1982, 363-367.

SITTLER, Lucien, *Change et banque dans le vieux Colmar*, «Annuaire de la Société d'histoire et d'archéologie de Colmar», 23, 1973, 59-66.

STROMER, Wolfgang Freiherr von, *Stuktur der Banken in Oberdeutschland*, «Troisième conférence internationale d'histoire économique», París-La Haya, 1974, 259-262.

—, *Hans Friedel von Seckingen, der Bankier der Strassburger Gutenberg-Gesellschaften*, «Gutenberg-Jahrbuch», 58, 1983, 45-48.

TOCH, Michael, *Geld und Kredit in einer spätmittelalterlichen Landschaft. Zu einem unbeachteten hebräischen Schuldenregister aus Niederbayern (1329-1332),* «Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters», 38, 1982, 499-550.

WERNER, Matthias, *Prälatenschulden und hohe Politik im 13. Jahrhundert. Die Verschuldung der Kölner Erzbischöfe bei italienischen Bankiers und ihre politischen Implikationen*, «Köln. Stadt und Bistum in Kirche und Reich des Mittelalters: Festschrift für Odilo Engels zum 65. Geburtstag». ed. H. VOLLRATH y S. WEINFURTER, 1993, 511-570.

ZÖLLER, Sonja, *Gerhard Unmaze von Köln. Ein Finanzier der Reichspolitik im 12. Jahrhundert*, «Hochfinanz im Westen des Reiches, 1150-1500», ed. F. BURGARD, Tréveris, 1996, 101-119.

2. FRANCIA

ALBUQUERQUE, David, *Monnaies des ducs de Normandie*, «Echo des Calètes», 50, 1982, 9-22.

AMBLARD LAROLPHIE, Philipe, *Le crédit à Toulouse et dans le Toulousain (1140-1208),* «Annales du Midi», 106, 1994, 5-23.

BAUTIER, Robert-Henri, *Les Lombards et les problèmes du crédit en France aux XIIIe et XIVe siècles,* «Raporti culturali ed economici fra Italia e Francia», Roma, 1979, 7-34.

BELAUBRE, J., *Histoire numismatique et monétaire de la France médiévale,* París, 1986.

—, *Fiduciarisation du denier au Moyen Âge français (XIe-XVe siècles),* «Rythmes de la production monetaire, de l'Antiquité à nos jours», ed. G. DEPEYROT, Lovaina, 1987, 499-510.

— y Brun COLLIN, *Les Monnaies de France, histoire d'un peuple*, París, 1992.

BÉRIOU, Nicole, *Usure, crédit, restitutions: un dossier inattendu dans les manuscrits de Robert de Sorbon*, «Commerce, finances et société (XIe-XVIe siècles). Recueil de travaux d'histoire médiévale offert à M. le Professeur Henri Dubois». ed. Ph. CONTAMINE, T. DUTOUR and B. SCHNERB, París,, 1993, 135-155.

BERTIN, Y, *Les monnaies qui circulaient en Provence au cours des siècles*, «Chroniques de Santa-Candie», 16, 1978, 1-8.

BIGET, Jean-Louis, *Aspects du crédit dans l'Albigeois à la fin du XIIIe siècle*, «Castres et le Pays tarnais», Albi, 1972, 1-50.

BOMPAIRE, Marc, *La monnaie comtale de Blois au début du XIVe siècle*, «Bulletin de la Société française de numismatique», 39, 1984, 460-464.

—, *Identification et lecture des monnaies au XIV siècle,* «Revue Numismatique», 36, 1987, 251-277.

—, *Un livre de changeur languedocien du milieu du XIVe siècle,* «Revue Numismatique», 1987, 118-183.

— *Les ateliers de Melgueil, Cahors et Rodez d'après les sources écrites,* «Trésors et émissions monétaires de Languedoc et de Gascogne (XIe-XIIIe siècles», ed. G. DEPEYROT, Toulouse, 1987, 11-51

—, *Saisies de monnaies prohibées au milieu du XVe siècle. Le talbot d'or,* «Revue numismatique», 47, 1995, 149-185.

—, A. CLAIRAND Y R. PROT, *Le monnayage de Corbie au XIe-XIIIe siècle,* «Revue Numismatique», 1998, 297-326.

— y M. GUERRA *Analyses de monnaies françaises du XIe siècle, le problème du zinc,* «Congrès International de Numismatique. Berlin 1997», Berlín (en prensa).

— y F. DUMAS, *Numismatique française. Documents et monnaies d'origine française,* Turnhout, 1999.

BONNASSIE, Pierre, *La monnaie et les échanges en Auvergne et Rouergue aux Xe et XIe siècles, d'après les sources hagiographiques,* «Annales du Midi», 90, 1978, 275-288.

BOYER, J.-P., *Sysèmes monetaires de la Provence niçoise (vers 1350-1500),* «Provence historique», 32, 1982, 316-319.

CAPRA, Pierre, *Pour une histoire de la monnaie anglo-gasconne,* «Annales du Midi», 87, 1975, 405-430.

—, *Les espèces, les ateliers, les frappes et les émisions monétaires en Guyenne anglo-gasconne aux XIVe et XV siècles,* «Numismatic Chronicle», 19, 1979, 139-154 y 20, 1980, 132-164.

CAUSSE, Bernard , *Eglise, finance et royauté. La floraison des décimes dans la France du Moyen Age,* Lille, 1988.

CAZELLES, Raymond, *La stabilitation de la monnaie par la création du franc (décembre 1360). Blocage d'une société,* «Traditio», 32, 1976, 293-311.

CLÉMENS, Jacques, *Anciennes familles de Périgueux et la monnaie d'Agen au XIIIe siècle,* «Bulletin de la Société historique et archéologique du Périgord», 114, 1987, 307-314.

COMBES, Jean, *La monnaie de Montpellier et les gisements d'or et d'argent dans les Cévennes méridionales au XVe siècle,* «Mines et mineurs en Languedoc-Roussillon et régions voisines, de l'Antiquité à nos jours», Montpellier, 1977, 145-155.

COULET, Noèl, *Affaires d'argent et affaires de famille en Haute Provence au XIVe siècle,* Roma, 1992.

CHARTRAIN, Frédéric, *Le point de non retour. L'endettement de deux communautés rurales dauphinoises envers les prâteurs lombards et juifs et l'intervention delphinale (1342),* «Cahiers d'histoire», 34, 1989, 3-27.

CHÉDEVILLE, André, *Le rôle de la monnaie et l'apparition du crédit dans les pays de l'ouest de la France (XIe-XIIIe siècles),* «Cahiers de civilisation médiévale, Xe-XIIe siècles», 17, 1974, 305-325.

DEPEYROT, Georges, *Richesse et société chez les mérovingiens et carolingiens*, París, 1994.

— (ed.), *Trésors et émissions monétaires de Languedoc et de Gascogne (XIe-XIIIe siècles*, Toulouse, 1987.

DESPORTES, Pierre, *Monnaie et souveraineté. Les monnaies durant la période bourguignonne à Amiens (1435-1475),* «Commerce, finnaces et société (XIe-XVIe siècles) ed. Ph. CONTAMINE, T. DUTOUR y B. SCHNERB, París, 1993, p. 201-216.

DHENIN, Michel, *Les monnaies de Saint-Denis VIIe-Xe siècle*, «Un Village au temps de Charlemagne: moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VIIe siècle à l'an mil», París, 1988, 309-317.

DUBUC, André, *Marchands d'argent et Lombards à Rouen aux XIVe et XVe siècles,* «Bulletin philologique et historique du Comité des travaux historiques et scientifiques»,1977, 141-151.

DUBUIS, Pierre, *Lombards et paysans dans le vidomnat d'Ardon-Chamoson et dans la paroisse de Leytron de 1331 à 1340*, «Vallesia», 32, 1977, 275-306.

DUMAS, Étienne, *Le trésor de Fécamp et la monnaie sous les derniers carolingiens*, «Académie des inscriptions et belles-lettres. Comptes-rendus des séances», 3,1971, 574-583.

DUMAS, Françoise, *Le Trésor de Fécamp et le monnayage en France occidentale pendant la seconde moitié du Xe siècle*, París, 1971.

—, *Le début de l'époque féodale en France d'après les monnaies,* «Bulletin du cercle d'Études numismatiques», 10, 1973, 65-77.

—, *Les monnaies normandes (Xe-XIIe siècles) avec un répertoire des trouvailles*, «Revue numismatique», 21, 1979, 84-140.

—, *Les monnaies de Raoul, roi de France (923-936),* «Mélanges de numismatique, d'archéologie et d'histoire offerts à Jean Lafaurie», París, 1980, 215-222.

—, *La monnaie dans le royaume au temps de Philippe Auguste*, «La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations», ed. R.-H. BAUTIER, París, 1982,541-574.

—, *La monnaie dans les domaines Plantagenet*, «Cahiers de civilisation médiévale, Xe-XIIe siècles», 29, 1986, 53-59.

— y Jean Noel BARRANDON, *Le titre et le poids de fin des monnaies sous le règne de Philipe Auguste,* «Cahiers Ernest Babelon», 1, 1982.

ESTEVE, Anita, *Les comtes de Toulouse battaient monnaie à Mornas*, «Bulletin des amis d'Orange», 14, 1973, 3-5.

FAVIER, Jean, *La société parisienne et l'activité bancaire au XVe siècle*, «Bulletin de la Société de l'histoire de Paris et de l'Ille-de-France», 97,1970.

—, *Banque et société bancaire à Paris au XVe siècle,* «Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio», Prato, 1985, 163-169.

FELLER, L., *Faux-monnayeurs et fausses monnaies en France à la fin du Moyen Âge,* París, 1986.

FUNK, Francis, *Monnaies féodales de la région de Rabastens*, «Echo de Rabastens», 141, 1983, 23-28.

GANDAL, Neil, y Nathan SUSSMAN, *Asymetric Information and Commodity Money. Tickling the Tolerance in Medieval France,* «Journal of Money, Credit and Banking», 29, 1997, 440-457.

GASCON, Richard, *À l'échelle de l'Europe: Lyon capitale du grand commerce et de la banque*, «Histoire de Lyon et du Lyonnais», ed. A. Latreille, Toulouse, 1984, 133-154.

GEORGELIN, Jean, *Giro-banques et banques à billets*, «Lyon et l'Europe, hommes et sociétés. Mélanges d'histoire offerts à Richard Gascon», Lyon, 1980, I, 327-338.

GUÉNETTE, Maryse, *Au carrefour de la misère: les poursuites pour dettes à Brignoles et à Saint Maximin au milieu du XIVe siècle*, «Canadian Journal of History: / Annales canadiennes d'histoire», 26, 1991, 225-240,.

GUERREAU, Alain, *L'atelier monetaire royale de Mâcon (1239-1421),* «Annales», 29, 1974, 369-392.

—, *Réflexion sur les mutations monnétaires en France à la fin du Moyen Âge,* «Rythmes de la production monétaire, de l'Antiquité à nos jours», ed. Georges DEPEYROT, Tony HACKENS y Ghislaine MOUCHARTE, Lovaina, 1987, 521-535.

JEANNE-ROSE, O., *La monnaie en Poitou au début de l'époque féodale (fin IXe-début XIe siècle,* «Bull. Soc. antiquaires de l'Ouest», 9, 1995, 163-235.

JORDAN, William C., *Jewish-Christian relations in mid-thirteenth century France: an unpublished enquête from Picardy,* «Revue des études juives», 138, 1979, 47-55.

—, *An aspect of credit in Picardy in the 1240s: the deterioration of Jewish-Christian financial relations,* «Revue des études juives» 142, 1983, 141-152.

KAISER-GUYOT, Marie-Thérèse, Reinhold KAISER, *Documentation numismatique de la France médiévale. Collections de monnaies et sources de l'histoire monétaire,* París, 1982.

LACAVE, Michel, *Crédit à la consommation et conjoncture économique: l'Isle-en-Venaisin (1460-1560),* «Annales», 32,1977, 1.128-1.153.

LAFAURIE, Jean, *Numismatique. Des carolingiens aux capétiens,* «Cahiers de Civilisation médiévale», 13, 1970, 117-137.

—, *Le gros tournois en France,* «Les commencements de la grosse monnaie et de la monnaie d'or en Europe Centrale (1250-1350)», Praga, 1971, 49-64.

—, *Numismatique. Des merovingiens aux carolingiens. Les monnaies de Pépin le bref,* «Francia», 4, 1976, 59-86.

—, *Les monnaies impériales de Charlemagne,* «Académie des inscriptions et belles-lettres. Comptes-rendus des séances», 1, 1978, 154-175.

—, *Les monnaies parisiennes, palatines et provençales qui portent le nom d'Eligius,* «Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France», 1978,1979, 29-30.

—, *Les monnaies de Marseille, du VIe au VIIIe siècle,* «Bulletin de la Société française de numismatique», 36,1981, 68-73.

—, *Les monnaies mérovingiennes en région parisienne, Paris et l'Ile-de-France,* «Fédération des Sociétés historiques et archéologiques de Paris et de l'Ile-de-France», 32, 1981, 161-184.

—, *Les monnaies émises par des églises et monastères pendant la période mérovingienne,* «Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France», 1980-1981, 346-349.

—, *Monnaies du Haut-Moyen Age,* «Bulletin de la Commission départementale d'histoire et d'archéologie du Pas-de-Calais» 1983, 83-90.

—, *Monnaies émises par des parts de la Manche aux environs de l'an 600,* «Bulletin de la Société française de numismatique», 39, 1984, 521-525.

—, *L'identification de monnaies épiscopales de Paris émises aux VIIe et VIIIe siècle,* «Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France», 1986, 121-123.

—, *Les monnaies émises à Cambrai aux VIe-IXe siècles,* «Revue du Nord», 69, 1986, 393-404.

—, *Les émissions de monnaies en argent, en Gaule, au VIe siècle,* «Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France, 1990, 202-217.

MALAUSENA, P., *Commerce et crédit à Nice à la fin du XIIIe siècle,* «Nice historique», 73, 1970, 45-70.

MISKIMIN, Harry A., *Money and Power in Fifteenth century France,* New Haven, 1984.

—, *L'or, l'argent, la guerre dans la France médiévale,* «Annales», 40, 1985, 71-84.

MOESGAARD, J.C., *Surfrappes en Provence au XIIe siècle: la guerre monétaire entre le comté et le marquisat,* «Bull. Soc. Française de Numismatique», 49, 1994, 874-876.

—, *Les émissions monétaires faites à Evreux par Charles, dit le Mauvais,* «Revue Numismátique», 1998.

—, Renovatio monetae *en Normandie à l'époque ducale?,* «Bull. Soc. Française de Numismatique», 53, 1998, 127-131.

MULARD, Nelly, *La monnaie calaisienne*, «Dossiers de l'histoire calaisienne», 11, 1975, 5-6.
MUSSOT-GOULARD, Renée, *Les monnaies carolingiennes de Dax*, «Bulletin de la Société de Borda», 109, 1984, 447-464.
NEURRISSE, André, *Histoire du franc*, París, 1974.
PERROY, Edouard, *Le décrochage des monnaies en temps de mutations. Le cas du Viennois faible en 1304-1308*, «Etudes d'histoire médiévale», París, 1979, 419-430.
PHILIPPE, Michel, *La casane des Lombards de Pontailler au XIVe siècle*, «Annales de Bourgogne», 63, 1991, 5-22.
PIRON, Sylvie, *Monnaie et majesté royale dans la France du 14e siècle,* «Annales», 2, 1996, 325-354.
PITON, Camille, *Les Lombards en France et à Paris, leurs marques, leurs poids-monnaies, leurs sceaux de plomb, l'échiquier, les tailles*, París, 1992.
POURNOT, Joèlle, *Monnaies en Provence et dans le royaume de Naples (1246-1382),* «Marseille et ses rois de Naples: la diagonale angevine, 1265-1382», ed. I. BONNOT, Marsella, 1988, 51-60.
REVEL, Hervé, *Un atelier mérovingien a-t-il battu monnaie à Tremblay au VIIe siècle?,* «Bulletin de la Société d'études de Tremblay», 2, 1977, 2-3.
REYERSON, Kathryn L., *Business, Banking and Finance in Medieval Montpellier,* Toronto, 1985.
SORENSON, David W., *Silver and Bullion Coinage in France under Charles VI,* Cambridge, 1988.
STRAYER, Joseph R., *Italian bankers and Philip the Fair*, «Medieval Statecraft and the Perspectives of History: Essays by Joseph R. Strayer». Princeton, 1971, 239-247.
SUSSMAN, Nathan, *Mints and Debasements. MonetaryPolicy in France during the Second Phase of the Hundred Years War, 1400-1425,* Berkeley, 1990.
—, *Missing Bullion or Missing Documents. A Revision and Reappraisal of French Minting Statistics,* «Journal of European Economic History», 19, 1990, 147-162.
—, *Debasements, Royal Revenues and Inflation in France during the Hundred Years War, 1415-1422,* «Journal of Economic History», 25, 1993.
TROJANOWSKA, Z, *Les faux monnayeurs devant la Chambre des monnaies sous le règne de Louis XI (1461-1483),* «Proceedings of the International Numismatic Symposium», ed. I. GEDAAI y K. BIRO-SEY, Budapest, 1980, 209-215.
VALLS, Liberto, *La banque toulousaine des Constantini (1489-1530)*, «Positions de thèses de l'École nationale des chartes», 1975, 199-206.
VERCAUTEREN, Fernand, *L'interprétation économique d'une trouvaille de monnaies carolingiennes faite près d'Amiens en 1865*, «Etudes d'histoire médiévale», Bruselas, 1978, 395-403.
VIAN, Pierre-Carlo, *La monnaie de Philippe-Auguste (1180-1223),* «Annales du Groupe numismatique du Comtat et de Provence», 1973, 18.
WOLFF, Philippe, *De Rome à Toulouse: aux origines de la banque toulousaine*, «Regards sur le Midi médiéval», Toulouse, 1978, 179-198.

3. ISLAS BRITÁNICAS

ALLEN, Martin, *The Durham Mint before Boldon Book,* «Anglo-Norman Durham, 1093-1193», ed. D. ROLLASON, M. HARVEY y M. PRESWISCH, Woodbridge, 1994, 391-398.
BRITNELL, R.H., y B.M.S. CAMPBELL (eds.), *A Commercialising economy. England 1086 to c. 1300,* Manchester, 1995.

CAHN, Kenneth S, *Chaucer's merchants and the foreign exchange: an introduction to medieval finance,* «Studies in the Age of Chaucer: Yearbook of the New Chaucer Society», 2, 1980, 81-119.

CLARK, Elaine G, *Debt litigation in a late medieval English vill*, «Pathways to Medieval Peasants». ed. J.A. RAFTIS, Toronto, 1981, 247-279.

CHALLIS, Christopher E., *Assays and Assaying in the Reigns of Henri III and Edward I,* «Medieval Mints. Organisation, Administration and Technique», ed. N.J. MAYHEW y P. SPUFFORD, Londres, 1988, 76-86.

—, *Lord Hastings to the Great Silver recoinage, 1464-1699,* «A New History of the Royal Mint», Cambridge, 1992, 179-397.

— (ed.), *A New History of the Royal Mint,* Cambridge, 1992.

CHILDS, Wendy R, *«To oure losse and hindraunce»: English credit to alien merchants in the mid-fifteenth century*, «Enterprise and Individuals in Fifteenth-Century England». ed. J. KERMODE, Stroud, 1991, 68-98.

DEMPSEY, Suzanne, *The Italian community in London during the reign of Edward II*, «London Journal: A Review of Metropolitan Society Past and Present», 18, 1993, 14-22.

FRYDE, Edmund, *Magnate debts to Edward I and Edward III: a study of common problems and contrasting royal reactions to them*, «Cylchgrawn Llyfrgell Genedlaethol Cymru: / The National Library of Wales Journal», 27, 1992, 249-287, Administration, British Isles.

GEMMILL, E. y N. MAYHEW, *Changing values in medieval Scotlan. A study of prices, money and measures,* Cambridge, 1995.

GIVEN-WILSON, Christopher J, *Wealth and credit, public and private: the earls of Arundel, 1306-1397*, «English Historical Review», 106, 1991, 1-26.

GRIERSON, Philip, *Muslim coins in thirtheenth century England,* «Near Eastern Numismatics, Iconography, Epigraphy and History. Studies in Honor of Georges C. Miles», Beirut, 1974, 387-391.

—, *La fonction sociale de la monnaie en Angleterre aux VIIe-VIIIe siècles,* «Dark Age Numismatics. Selected Studies by Philip Grierson», Londres, 1979, XI, 341-362.

HARVEY, P.D.A., *The English inflation of 1180-1220*, «Past and Present», 61, 1973, 3-30.

HELMHOLZ, R.H., *Usury and the Medieval English Church Courts,* «Speculum», 61, 1986, 364-380.

JONES, G.P, *Some sources of loans and credit in Cumbria before the use of banks*, «Transactions of the Cumberland and Westmorland Antiquarian and Archaeological Society», 75, 1975, 275-292.

KAEUPER, R.W., *Bankers to the Crown. The Ricciardi of Lucca and Edward I,* Princeton, 1973.

KERMODE, Jennifer, *Money and credit in the fifteenth century: some lessons from Yorkshire*, «Business History Review», 65, 1991, 475-501.

MATE, Davis, *Monetary policies in England, 1272-1307,* «British Numismatic Journal», 41, 1972, 34-79.

—, *High prices in early fourteenth century England. causes and consequences,* «Ecomic History Review», 28, 1975, 1-16.

MAYHEW, Nicholas J, *Frappes de monnaies et hausse des prix en Angleterre de 1180 à 1220,* «Études d'histoire monétaire». ed. J. DAY, Lille, 1984, 159-177.

—, *Money and prices in England from Henri II to Edward III,* «Agricultural History Review», 35, 1987, 121-132.

—, *From Regional to Central Minting, 1158-1464,* «A New History of the Royal Mint», ed. Ch. CHALLIS, Cambridge, 1992, 83-178.
—, *Population, money supply and the velocity of circulation in England, 1300-1700,* «Ecomic History Review», 48, 1995, 238-257.
—, *Modelling medieval monetarisation,* «A Commercialising economy. England 1086 to c. 1300», ed. R.H. BRITNELL y B.M.S. CAMPBELL, Manchester, 1995, 72-77.
—, *Silver, not sterling: a reply to Prof. Miskimin,* «Economic History Review», 49, 1996, 361.
— (ed.), *Edwardian Monetary Affairs (1279-1344),* Oxford, 1977.
METCALF, D.M., *Continuity and change in English monetary history, c.973-1086,* «British Numismatic Journal», 50, 1980, 20-49 y 51, 1981, 52-90.
—, *An Atlas of Anglo-Saxon & Norman Coin Finds c.973-1086*, Londres, 1998.
— (ed.), *Coinage in Medieval Scotland (1100-1600),* Oxford, 1977.
— y M. BLACKBURN (eds.), *Wiking-Age coinage in the Northern Lands,* Oxford, 1981.
MISKIMIN, Harry A., *Silver, not sterling: a comment on Mayhew's velocity,* «Economic History Review», 49, 1996, 358-360.
MUNDILL, Robin R, *Anglo-Jewry under Edward I: credit agents and their clients*, «Jewish Historical Studies», 31, 1988-90, 1-21.
NORTH, J.J., *English Hammered Coinage,* Londres, 1975-1980.
PARKER, R.H. y B.S. YAMEY (eds.), *Accounting History. Some British Contributions,* Oxford, 1994.
PRESWICH, Michael, *Edwards I's monetary policies and their consequences,* «Economic History Review», 32, 1969, 406-416.
REDISH, Angela, *The evolution of the Gold Standar in England,* «Journal of Economic History», 50, 1991, 789-806.
ROKEAH, Z.E., *Money and the hangman in late 13th Century England: Jews, Christians and Coinage offences alleged and real,* «Jewish Historical Studies», 31, 1988-1990, 83-109 y 32, 1990-1992, 159-218.
SERGEYEVA, L.P, *Finansovy krizis v Anglii v nachale Stoletnei Voiny i Ganzeiskie kreditory angliiskogo korolya*, [La crisis financiera inglesa a comienzos de la guerra de los Cien años y los prestamistas hanseáticos], «Vestnik Leningradskogo Universiteta. Seriya 2 - Istoriya, Yazykozanie, Literaturovedenie», 3, 1983, 91-94.

4. ITALIA

AIT, Ivana, *Credito e iniziativa commerciale: aspetti dell'attività economica a Roma nella seconda metà del XV secolo*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 81-95.
ASTORRI, Antonella, *Il Libro delle senserie di Girolamo di Agostino Maringhi (1483-1485),* «Archivio storico italiano», 146, 1988, 389-408.
BARBIERI, Gino, *Un nuovo volume sulla storia del Monte di Pietà di Milano*, «Economia e storia», 20, 1973, 280-285.
—, *Credito e sviluppo economico in Italia dal Medioevo all'età contemporanea*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 7-19.
BAUTIER, Robert-Henri, *Les marchands et banquiers de Plaisence dans l'economie internationale du XIIe au XIVe siècles,* «Atti del Convengno Internazionale di Studio. Piacenza 1985», Piacenza, 1987, 182-237.

— y Elisabeth LALOU (eds.), *Commerce Mediterranean et Banquiers Italiens au Moyen Age*, Aldershot, 1992.

BERGIER, Jean-François, *Humanisme et vie d'affaires. La bibliothèque du banquier Francesco Sassetti*, «Mélanges en honneur de Fernand Braudel, I: Histoire économique du monde méditerranéen (1450-1650)», Toulouse, 1973, 107-121.

BERNOCCHI, Mario, *Le monete della repubblica fiorentina,* Florencia, 1974-1978, 4 vols.

BLOMQUIST, Thomas W., *The dawn of banking in an Italian commune: thirteenth century Lucca,* «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 53-75.

—, *Alle origini del Grosso toscano: dalla tetimonianza delle fonti del XII secolo*, «Archivio storico italiano», 144, 1986, 243-260.

—, *The Second Issuance of a Tuscan Gold Coin: the Gold Groaot of Lucca, 1256*, «Journal of Medieval History», 13, 1987, 317-325.

—, *Some observations on early foreign exchange banking based upon new evidence from XIIIth century Lucca,* «Journal of European Economic History», 19, 1990, 353-375.

—, *Alien coins and foreign exchange banking in a medieval commune: thirteenth-century Lucca*, «Journal of Medieval History,» 20, 1994, 337-346.

BOONE, M., *Apologie d'un banquier médiéval. Tommaso Portinari et l'État bourgignon,* «Le Moyen Age», 105, 1999, 31-54.

BORLANDI, Antonia, *Moneta e congiuntura a Bologna. 1360-1364*, «Bullettino dell'Istituto italiano per il Medio Evo e Archivio Muratoriano», 82, 1970, 391-478.

CAFERRO, William, *The silk business of Tommaso Spinelli, fifteenth-century Florentine merchant and papal banker*, «Renaissance Studies: Journal of the Society for Renaissance Studies», 10,1996, 417-439.

CANONICI, Luciano, *Il Monte di Pietà in Assisi,* «Studi francescani», 74, 1977, 345-373.

CAPECCHI, Ilvo, Lucia GAI, *Il monte della pietà à Pistoia e le sue origini,* Florencia, 1976.

CASSANDRO, Michele, *Credito e banca in Italia tra Medioevo e Rinascimento*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 131-145.

—, *Caratteri dell'attività bancaria fiorentina nei secoli XV e XVI*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 341-366.

CASTELLANI, Arrigo, *Frammento d'un libro di conti di banchieri fiorentini del 1211. Nuova edizione e commento linguistico*, «Saggi di Linguistica e filologia italiana e romanza (1946-1976)» Roma, 1980, II, 73-140.

CAVICCHI, A., *La moneta medievale in Italia da Carlo Magno al Rinascimento*, Roma, 1991.

CIPOLLA, Carlo M., *The monetary policy of Fourteenth Century Florence,* Los Ángeles, 1983.

—, *El Gobierno de la moneda. Ensayos de historia monetaria*, Barcelona, 1994.

COLLODO, Silvana, *Credito, movimento della proprietà fondiaria e selezione sociale a Padova nel Trecento*, «Archivio storico italiano», 141, 1983, 3-72.

Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea, Verona, 1988.

CRISTIANI, Emilio, *Note su alcuni rapporti tra le compagnie bancarie fiorentine e le legazioni in Italia del cardinale Albornoz,* «El Cardenal Albornoz y el Colegio de España». ed. E. VERDERA I TUELLS, Bolonia, 1972-1973, I, 569-575.

D'ALATRI, Mariano, *Francescani e banchieri ebrei nelle città d'Italia durante il Quattrocento,* «Picenum seraphicum», 9, 1972, 63-73.

DAY, John, *The decline of a money economy. Sardinia in the late Middle Ages,* «Studi in memoria di Federigo Melis», 3, Nápoles, 1978, 155-176.

—, *Terres, marchés et monnaies en Italie et en Sardaigne du XIIème au XVIIIème siècle. Un essai d'auto-histoire*, «Histoire, économie et société», 2, 1983, 187-203.

DE LUCA, Giuseppe, *Commercio del denaro e crescita economica a Milano : tra Cinquecento e Seicento*, Milán,1996.

FELLONI, Giuseppe, *I primi banchi pubblici della Casa di San Giorgio (1408-45),* «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 225-246.

FELLONI, Giuseppe, *Kredit und Banken in Italien, 15.-17. Jahrhundert*, «Kredit im spätmittelalterlichen und frühneuzeitlichen Europa». ed. M. NORTH, Colonia, 1991, 9-23.

FINETTI, Angelo, *La Zecca e le monete di Perugia : nel medioevo e nel rinascimento*, Perugia, 1997.

FRATIANNI, Michele, Franco SPINELLI y Anna J. SCHWARTZ, *A Monetary History of Italy*, Cambridge, 1997.

FRYDE, Edmund, *Lorenzo de Medici. High finance and the patronage of art and learning*, «The Courts of Europe. Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800». ed. A.G. DICKENS, Londres, 1977, 76-97, 329.

—, *Lorenzo de Medici's finances and their influence on his patronage of art*, «Studi in memoria di Federigo Melis», Nápoles, 1979, III, 453-467 .

GALASSI, Francesco, *Buying a passport to heaven: usury, restitution and the merchants of medieval Genoa*, «Religion», 22,1992, 313-326.

GALLI, Renato, *I capitoli del monte di pietà di Volterra del 18 dicembre 1494*, «Rassegna Volterrana», 58, 1982, 145-191.

GOLDTHWAITE, Richard A, *Local banking in renaissance Florence*, «Journal of European Economic History», 14 1985, 5-55.

—, *The Medici bank and the world of Florentine capitalism*, «Past and Present» 114, 1987, 3-31.

— y MANDICH, G., *Studi sulla moneta florentina (secoli XIII-XVI)*, Florencia, 1994.

GORINI, G. (ed.), *La Zecca di Miulano,* Milán, 1984.

GOW, Andrew y Gordon GRIFFITHS, *Pope Eugenius IV and Jewish money-lending in Florence: The case of Salomone di Bonaventura during the chancellorship of Leonardo Bruni*, «Renaissance Quarterly» 47, 1994, 282-329.

GRIERSON, Philip, *The origins of the grosso and gold coinage in Italy,* «Les commencements de la grosse monnaie et de la monnaie d'or en Europe Centrale (1250-1350)», Praga, 1971, 33-48.

—, *La moneta veneziana nell'economia mediterranea del Trecento e Quattrocento,* «La civiltà veneziana del Quattrocento», Florencia, 1987.

GROHMANN, Alberto, *Credito ed economia urbana nel basso Medioevo*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 23-52.

GUADAN, Antonio Manuel de, *La amonedación de la banca de San Jorge en el s.XV y los problemas del abastecimiento de la plata en la baja Edad Media*, «Acta Numismatica», 6, 1976, 197-213.

HIBBERT, Christopher, *The rise and fall of the Medici bank*, «History Today», 24,1974, 523-533.

ILARDI, Vincent, *The banker-statesman and the condottiere-prince: Cosimo de'Medici and Francesco Sforza (1450-1464),* «Florence and Milan: Comparisons and Relations», ed. C. H. SMYTH y G. C. GARFAGNINI, Florencia, 1989, II, 217-239.

KENT, Dale, *The Rise of the Medici. Faction in Florence, 1426-1434,* Oxford, 1978.

KERHERVÉ, J., *Jetons et histoire de Bretagne au XVe siècle,* «Finances, pouvoirs et mémoires. Memoires offerts à Jean Favier», ed. J. KERHERVÉ y A. RIGAUDIÈRE, París, 1999, p. 397-411.

KIRSHNER, Julius, *Papa Eugenio IV e il Monte Comune. Documenti su investimento e speculazione nel debito pubblico di Firenze*, «Archivio storico italiano», 127, 1969, 339-382.

—, *From usury to public finance: the ecclesiastical controversy over the public debts of Florence, Genoa and Venice (1300-1500),* «Dissertation Abstracts International - A: The Humanities and Social Sciences», 33, 1973, 3.518.

—, *Conscience and public finance: a Questio disputata of John of Legnano on the public debt of Genoa*, «Philosophy and Humanism. Renaissance Essays in Honor of Paul Oskar Kristeller», ed. E. P. MAHONEY, Leiden, 1976, 434-453.

—, *The moral problem of discounting Genoese paghe, 1450-1550*, «Archivum Fratrum Praedicatorum», 47, 1977, 109-167.

—, *An opinion of Raphael de Pornasio, O.P, on the market in Genoese lire de paghe*, «Xenia Medii Aevi historiam illustrantia oblata Thomae Kaeppli O.P.», ed. R. CREYTENS y P. KÖNZLE, Roma, 1978, II, 507-517.

—, *A consilium of Angelo da Chivasso on the Monte delle doti of Florence,* «Proceedings of the Fifth International Congress of Medieval Canon Law. Salamanca, 21-25 September 1976», ed. S. KUTTNER y K. PENNINGTON, Ciudad del Vaticano, 1980, 435-441.

—, *Reading Bernardino's sermon on the public debt*, «Atti del simposio internazionale Cateriniano-Bernardiniano, Siena, 17-20 aprile 1980», ed. D. MAFFEI and P. NARDI, Siena, 1982, 547-622.

KOTELNIKOVA, Ljubov' Aleksandrovna, *Le operazioni di credito e di usura nei secoli XI-XIV e loro importanza per i contadini italiani*, «Rivista di storia dell'agricoltura», 13 1973, 4-9.

KRASNOVA, Irina A., *Formirovanie elitarnogo samosoznaniga toskanskikh kuptsov i bankirov na chuzhbine*, [En torno a la formación de una elite consciente de mercaderes y banqueros toscanos], ed. A. A. SVANIDZE, Moscú, 1995, 194-201.

LA RONCIÈRE, Charles M. de, *Un changeur florentin du Trecento, Lippo di Fede del Sega, 1285 env.-1363 env.* París, 1973.

—, *Prix et salaires à Florence au XIVe siècle,* Roma, 1982.

LACAM, Guy, *La Fin de l'occident et le monnayage or en Italie de 455 à 493*, París, 1983.

LANE, F.C. Y MUELLER, R.C., *Money and Banking in Medieval and Renaissance Venice,* Baltimore, 1985-1997, 2 vols.

LEE, Geoffrey, *The oldest European account book: a Florentine bank ledger of 1211*, «Nottingham Medieval Studies», 16, 1972, 28-60.

LIUBOV, A., *Le operazioni di credito e di usura nei secoli XI-XIV e la loro importanza per i contadini toscani,* «Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio», Prato, 1985, 71-73.

LORI SANFILIPPO, Isa, *Operazioni di credito nei protocolli notarili romani del Trecento*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 53-66.

LULLIRI, Giuseppe, *Le Monete della Sardegna vandalica*, Sassari , 1996.

LUNARDI, G., *Le monete génoise (XIIe-début du XVe siècle),* Génova-Roma, 1978, 2 vols.
MANDICH, Giulio, *La prassi delle assegnazioni e delle lettere di pagamento a Venezia nel 1336-1339 (da un libro di conti),* «Studi veneziani», 11, 1986, 15-46.
—, *Il fiorino di conto a Firenze nel 1382-1464*, «Archivio storico italiano», 146, 1988, 155-181.
—, *Delle prime valutazioni del ducato d'oro veneziano (1285-1346)*, e»Studi veneziani», 16, 1988, 15-31.
MARTINES, Lauro, *Early effects of credit mechanisms in Italy*, «Journal of Interdisciplinary History», 4, 1974, 603-609.
MENEGHIN, Vittorino, *Bernardino da Feltre, i Monti di Pietà e i banchi ebraici*, «Archivum Franciscanum Historicum», 73, 1980, 688-703.
MIRA, G., *Alcuni aspetti del credito su pegno in Umbria nei secoli XV e XVI,* «Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio», Prato, 1985, 119-122.
MOLHO, Anthony, *Investimenti nel Monte delle doti di Firenze. Un'analisi sociale e geografica,* «Quaderni storici», 61, 1986, 147-170.
MUELLER, Reinhold C, *The role of bank money in Venice, 1300-1500*, «Studi veneziani», 3, 1979, 47-96.
—, *L'imperialismo monetario veneziano nel Quattrocento,* «Società e Storia», 8, 1980, 277-297.
—, *Guerra monetaria tra Venezia e Milano nel Quattrrocento*, «La zecca di Milano», Milán, 1984, 341-355.
—, *La Camera del frumento: un «banco pubblico» veneziano e i gruzzoli dei signori di terraferma*, «Istituzioni, società e potere nella Marca trevigiana e veronese (secoli XIII-XIV) sulle tracce di G.B. Verc», ed. G. ORTALLI y M. KNAPTON, Roma, 1988, 321-360.
—, *Domanda e offerta di moneta metallica nell'Italia settentrionale durante il Medioevo*, «Rivista italiana di numismatica e scienze affini», 97, 1996, 149-166.
—, *Quando i banchi no' ha' fede, la terra no' ha credita». Bank loans to the Venetian state in the fifteenth century*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 275-308.
MURÈ, Giuseppe, *Note sulla gestione bancaria e sul fallimento della Compagnia mercantile dei Peruzzi*, «Studi in memoria di Federigo Melis», Nápoles, 1979, II, 147-158.
MUZZARELLI, Maria Giuseppina, *Un bilancio storiografico sui monti di pietà: 1956-1976*, «Rivista di storia della Chiesa in Italia», 33 1979, 165-183.
—, *Il Gaetano ed il Bariani: per una revisione della tematica sui Monti di Pietà*, «Rivista di storia e letteratura religiosa», 16 1980, 3-19.
—, *I francescani e il problema dei Monti di Pietà*, «Atti del convegno storico bernardiniano: in occasione del sesto centenari o della nascita di s. Bernardino da Siena», Teramo, 1982, 83-95.
PALERMO, Luciano, *Aspetti dell'attività mercantile di un banco operante a Roma: i della Casa alla metà del Quattrocento*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 67-80.
—, *Banchi privati e finanze pubbliche nella Roma del primo Rinascimento*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 433-459.

PEDUTO, Paolo, *La monnaie normande à Salerne de Roger Borsa à Tancrède (1085-1194),* «Les Normands en Méditerranée dans le sillage des Tancrède» ed. P. BOUET y F. NEVEUX, Caen, 1994, 151-160. .

PESCE G Y G. FELLONI, *Le monete genovese,* Génova, 1975.

PIERGIOVANNI, Vito, *I banchieri nel diritto genovese e nella scienza giuridica tra medioevo ed età moderna*, «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, , 1991, 205-223.

PIERSANTELLI, Giuseppe, *Leon Battista Alberti fra mercanti e banchieri,* «Miscellanea di Studi Albertiani. A cura del Comitato genovese per le onoranze a Leon Battista Alberti nel quinto centenario della morte», Génova, 1975, 113-122.

PIERUCCI, Paola, *L'attività creditizia della famiglia Gondi in Abruzzo a fine '400*, «Credito e sviluppo economico in Italia dal Medio Evo all'età contemporanea», Verona, 1988, 113-129.

PINI, Antonio Ivan, *Commercio, artigianato e credito sulla Carpi di Alberto III Pio e l'istituzione del Monte di Pietà (1492),* «Società, politica e cultura a Carpi ai tempi di Alberto III Pio», Padua, 1981, II, 461-636.

PRESTWICH, Michael C, *Italian merchants in late thirteenth and early fourteenth century England,* «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 77-104.

RACINE, Pierre, *Gregorio X e i banchieri piacentini*, «Archivio storico per le province parmensi», 4, 1976, 73-81.

RICCI, R., *Monetazion luccese tra longobardi e carolingi,* «Studi Medievali», 38, 1997, 813-818.

RIGOBELLO, Bruno, *Gli Ebrei in Polesine. I primi banchi di prestito*, «Rassegna degli Archivi di Stato», 41, 1981, 74-91.

ROUTENBOURG, Victor I., *Les banques et la technique bancaire en Toscane et en Ombrie aux XIVe-XVe siècles (d'après les matériaux des archives de la Section de Léningrad de l'Institut d'histoire d'URSS de l'Académie des Sciences de L'URSS),* «Fifth International Conference of Economic History. Cinquième Conférence internationale d'histoire économique. Leningrad 1970». ed. H. VAN DER WEE, v. A. VINOGRADOV y g. G. KATOVSKY , París-Nueva York, 1977, IV, 20-22.

—, *La banche come promotrice dello sviluppo industriale nella Toscana dei secoli XIV, XV e XVI,* «Credito, banche e investimenti, secoli XIII-XX. IX Settimana di Studio», Prato, 1985, 127-130.

—, *Sistema di tassazioni e credito pubblico a Firenze nei secoli XII-XV*, «Hochfinanz, Wirtschaftsräume, Innovationen. Festschrift für Wolfgang von Stromer», ed. U. BESTMANN, F. IRSIGLER and J. SCHNEIDER, Tréveris, 1987, I, 17-34.

ROWLAND, Ingrid D., *Two notes about Agostino Chigi: the birth date of Agostino Chigi - documentary proof, some panegyrics to Agostino Chigi*, «Journal of the Warburg and Courtauld Institutes», 47, 1984, 192-199.

—, *Render unto Caesar the things which are Caesar's: humanism and the arts in the patronage of Agostino Chigi*, «Renaissance Quarterly», 39, 1986, 673-730.

RUBINSTEIN, Nicolai, *The letters of Lorenzo de' Medici and of the Medici Bank: problems of authorship*, «Rinascimento», 22, 1982, 275-279.

SANTARELLI, Umberto, *«Maxima fuit Florentiae altercatio»: l'usura e i «Montes»,* «Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 81-94.

SAPORI, Armando, *Il «Bilancio» della filiale di Roma del Banco Medici del 1495*, «Archivio storico italiano», 131, 1973, 163-224.

SCHNEEBALG-PERELMAN, Sophie, *Le rôle de la banque de Médicis dans la diffusion des tapisseries flamandes*, «Revue belge d'archéologie et d'histoire de l'art», 38,1969, 19-41.

SPALLANZANI, Marco, *A note on Florentine banking in the Renaissance: orders of payment and cheques*, «Journal of European Economic History», 7 1978, 145-168.

STAHL, Alan M., *The Venetian Tornesello. A Medsieval Colonial Coinage,* Nueva York, 1985.

STEIN-SCHNEIDER, A., *Les cathares, la banque florentine et la Renaissance italienne*, «Cahiers d'études cathares», 34, 1983, 26-37.

TRAVAINI, Lucia, *Le aree monetarie italiane alla fine del Medioevo,* «La Italia del Trado Medioevo», Pisa, 1988.

—, *La Monetazione nell'Italia normanna*, Roma, 1995.

VERONESE, Alessandra, *Rapporti tra famiglie di banchieri ebrei marchigiani e toscani nel Quattrocento: la costituzione di una societas per la gestione del banco di Casteldurante*, «Pisa e la Toscana occidentale nel Medioevo, 2: A Cinzio Violante nei suoi 70 anni», Pisa, 1991, 263-285.

Le Zecche minori toscane fino al XIV secolo, Pistoia , 1967.

5. PAÍSES BAJOS, BORGOÑA

BLOCKMANS, Willem P., *La participation des sujets flamands à la politique monétaire des ducs de Bourgogne (1384-1500),* «Revue belge de Numismatique», 119, 1973, 103-134.

BOONE, Marc, *Geldhandel en pandbedrijf in Gent tijdens de Bourgondische periode: politieke, fiscale en sociale aspecten*, «Revue belge de philologie et d'histoire», 66,1988, 767-791.

COCKSHAW, Pierre, *Les premières monnaies de Jean sans Peur: l'émission de 1407*, «Bulletin trimestriel du Cercle d'études numismatiques», 8, 1971, 41-51.

DE ROOVER, Raymond, *Renseignements complémentaires sur le marché monétaire à Bruges au XIVe et XVe siècle*, «Handelingen van het genootschap voor geschiedenis 'Société d'Emulation' te Brugge», 109, 1972, 51-91.

DE WAHA, Michel, *Note sur le cours du sou nouveau ou sou lov. Payements à Anderlecht en 1326*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 125, 1979, 55-58.

DENEUVILLE, Daniel, *Quelques aspects des finances bourguignonnes en 1437*, «Revue du Nord», 61, 1979, 571-579.

DUPLESSY, Jean, *Quelques monnaies énigmatiques des Pays-Bas (XIe-XVIe siècles),* «XLVe Congrès de la Fédération des Cercles d'archéologie et d'histoire de Belgique». Comines, 1980-1983, IV, 445-454.

FRÈRE, Hubert, *Le diner carolingien, spécialement en Belgique,* Lovaina, 1977.

—, *Evaluations de monnaies des principautés belges*, «Revue des archéologues et historiens d'art de Louvain», 20, 1987, 178-189.

GELDER, H. Enno van, *Muntnamen in de Nederlanden, 15e-17e eeuw*, [Los nombres de las monedas en los Países Bajos, siglos 15-17), «Jaarboek voor Munt- en Penningkunde», 78, 1991, 5-100.

GHYSSENS, Joseph, *Les débuts de la mite et la monnaie de compte en Flandre*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 116, 1970, 181-189.

—, *Les petits deniers de Flandre du XIIe et XIIIe siècles,* Bruselas, 1971.

—, *La monnaie de Hainaut sous Jean d'Avesnes d'après le registre B.3268 des archives départementales du Nord à Lille*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 119, 1973, 77-102..

—, *La monnaie de Hainaut sous Guillaume I le Bon*, «Bulletin du Cercle d'études numismatiques», 11 1974, 39-49.

—, *La monnaie des comtes de Hainaut jusque sous la maison d'Avesnes*, «Recueil d'études d'histoire Hainuyère offertes à Maurice-A. Arnould». ed. J.-M. CAUCHIES and J.-M. DUVOSQUEL, Mons, 1983, I, 563-581.

—, *Saint-Omer et la monnaie de Flandre au XIIe siècle*, «Bulletin de la Société française de numismatique», 38, 1983, 350-354.

La Monnaie aux Pays-Bas du 7e au 16e siècle, Bruselas, 1983.

LAFAURIE, Jean, *A propos des premières monnaies burgondes: note sur l'article de W.A. Oddy,* «Revue numismatique», 6, 1980, 136-137.

LEPHAY, Jean, *Les monnaies médiévales du pays de Montreuil: les ports maritimes de Quentovic et de Montreuil au Moyen Age, leurs ateliers monétaires, jalons de leur histoire,* «Dossiers archéologiques, historiques et culturels du Nord et du Pas-de-Calais», 1, 1982, 5-10.

LUCAS, Paul, *Robert de Béthune (1305-1322). Monnaies de convention entre Robert et Jean II, duc de Brabant*, «Vie numismatique», 33,1983, 246-248.

MAYHEW, Nicholas J. (ed.), *Coinage in the Low Countries (880-1500),* Oxford, 1979.

MUNRO, John H., *Contrefaçons et imitations de monnaies au XVe siècle. I. An aspect of medieval public finance: the profits of counterfeiting in the fifteenth-century Low Countries*, «Revue belge de numismatique et de sigillographie», 118, 1972, 127-148.

—, *Monnayage, monnaies de compte et mutations monétaires au Brabant à la fin du Moyen Age*, «Études d'histoire monétaire», ed. J. DAY, Lille, 1984, 263-294.

—, *Deflation and the Petty Coinage Problem in the Late-Medieval Econmy. The case of Flanders, 1334-1384,* «Explorations in Economic History», 25, 1988, 387-423.

MURRAY, James M, *Family, marriage and moneychanging in medieval Bruges*, «Journal of Medieval History», 14, 1988, 115-125.

POISSON, Jean-Michel, *Circulation monétaire dans le duché de Bourgogne aux XIIe et XIIIe siècles,* «109e congrès des societés savantes», París, 1987, 11-34.

SOSSON, Jean-Pierre, *Finances communales et dette publique. Le cas de Bruges à la fin du XIIIe siècle*, «Peasants & Townsmen in Medieval Europe: Studia in honorem Adrian Verhulst», ed. J.-M. DUVOSQUEL y E. THOEN, Gante, 1995, 239-257.

SPUFFORD, Peter, *Monetary problems and policies in the Burgundian Netherlands*, 1433-1496, Leyden, 1970.

—, *Dans l'espace bourguignon. 1477, un tournant monétaire?,* «Cinq-centième anniversaire de la bataille de Nancy (1477)», Nancy, 1977.

—, *Mint organisation in the Burgundian Netherlands in the fifteenth century,* «Studies in Numismatic Method presented to Philip Grierson», Cambridge, 1983.

VAN DER WELDEN, Hugo, Jan MATERNÉ, *Het kredietsysteem in Brabant tijdens de late middeleeuwen en in het begin van de nieuwe tijd*, [El sistema crediticio en Brabante a finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna], «Bijdragen tot de Geschiedenis van het Zuiden van Nederland», 73, 1987, 59-78.

VAN UYTVEN, Raymond, *Die Lombarden in Brabant in de Middeleeuwen*, «Bijdragen tot de Geschiedenis van het Zuiden van Nederland», 73, 1987, 21-36.

VERCAUTEREN, Fernand, *Monnaie et circulation monétaire en Belgique et dans le nord de la France, du VIe au XIe siècle*, «Etudes d'histoire médiévale», Bruselas, 1978, 491-526.

WEILLER, Raymond, *La circulation des monnaies sur le territoire du Luxembourg*, «Revue des archéologues et historiens d'art de Louvain», 18, 1985, 253-264.

WYFFELS, Carlos, *Les cahorsins en Flandre au XIIIe siècle,* «Annales du Midi», 103, 1991, 307-322.

6. REINOS HISPANOS

ÁLVAREZ BURGOS, Fernando, *Catálogo de la moneda medieval castellano-leonesa*, Madrid, 1998.

—. *Prontuario de la moneda hispánica,* Madrid, 1984.

ASSIS, Yom Tov, *Jewish Moneylenders in Medieval Santa-Coloma-de-Queralt,* «Jews and conversos. Studies in Society and the Inquisition», Jerusalén, 1981, 21-38.

BALAGUER PRUNÉS, Ana M., *Carta de concesión de los derechos de la casa de la moneda de Ávila a la princesa Isabel (1468),* «Numisma», 150-155, 1978, 519-530.

—, *La disgregación del monedaje en la crisis castellana del siglo XV. Enrique IV y la ceca de Ávila según los documentos del Archivo de Simancas,* «Acta Numismática», 9, 1979, 155-185.

—, *En torno a los reinados de Juan II y Enrique IV de Castilla. Tipos monetarios inéditos y comentario documental*, «Acta Numismática», 11, 1981, 183-195.

—, *Documentos referentes a la moneda y al comercio del oro africano del Tumbo de los Reyes Católicos del Concejo de Sevilla: 1474-1492*, «Numisma», 33, 1983.

—, *La moneda de Oviedo: oro y vellón*, «Primera reunión hispano- portuguesa», Avilés, 1983-1985, 59-66.

—, *Statutes governing coinage in iberian kingdoms during the middle ages*, «Problems of Medieval Coinange in the Iberian Area, Portugal», 1, 1984, 121-138.

—, *The influence of the moslim coinages upon the monetary systems of the medieval iberian kingdoms*, «Problems of Medieval Coinange in the Iberian Area, Portugal», 1, 1984, 307-334.

—, *La circulation de la monnale médiévale française dans la peninsule ibérique*, «Trésors et emissions monetaires du Languedoc et de Gascogne (XIIe et XIIIe siecles)», Toulouse, 1987, 93-109.

—, *Las emisiones monetarias de Juan II de Castilla (1406-1454)*, «Numisma», 228 1991, 31-58.

—, *Sobre els orígens de l'impot del monedatge a Catalunya (segle XI-XII)*, «Glaux», 7, 1991, 791-802.

—, *Del mancús a la dobla. Or i paries d'Hispania*, Barcelona, 1993.

—, *Los ponderales medievales castellanos: catálogo y documentación*, «Gaceta Numismática», 118, 1995, 9-41.

BARRAL I ALTET, Xavier, *La circulation des monnaies suèves et visigothiques. Contribution à l'histoire 'economique du royaume visigot,* «Francia», suplemento 4, 1976.

BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio, *La moneda medieval aragonesa: estado de la cuestión*, «Numisma», 186-191, 1984, 261-272.

—, *Sistemas económicos en la Alta Edad Media*, «Crónica Numismática», 24, 1992, 44-45.

BELTRÁN, Pío, *Obra completa. II: Numismática de la Edad Media y de los Reyes Católicos*, Zaragoza, 1972, 814 págs.

BENITO RUANO, Eloy, *La Banca Toscana y la Orden de Santiago*, «Estudios Santiaquistas», Leon, 1978, 61-153.

BENSCH, Stephen P, *La primera crisis bancaria de Barcelona*, «Anuario de Estudios Medievales», 19, 1989, 311-328.

BERGUA, Javier y OTROS, *La moneda navarra en la Edad Media*, Pamplona, 1991.

BEZLER, F. *Pénitence chrétienne et or musulman dans l'Espagne du Cid,* «Annales», 1995, 93-108.

BISSON, Thomas, *Sur les origins du* monedatge. *Quleques textes inédits,* «Annales du Midi», 34, 1973, 91-104.

—, *Credit, prices and agrarian production in Catalonia: a Templar account (1180-1188),* «Order and innovation in the Middle Ages». ed. W. C. JORDAN, B. MCNAB and T. F. RUIZ, Princeton, 446-449.

—, *Els origins de l'impot sobre la moneda a Catalunya. Una reconsideraciò,* «Acta Historia et Archaeologia Mediaevalia», 16-17, 1995-1996, 301-310.

BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes, *Efectos del cambio económico en el ámbito rural. Los sistemas de crédito en el campo sevillano (fines del siglo XV y principios del XVI),* «En la España Medieval», 5, 1986, I, 219-244.

CABAÑAS GONZÁLEZ, M.Dolores, *Notas sobre los monederos de Cuenca en el siglo XV,* «En la España Medieval», 4, 1984, 183-209.

CANO ÁVILA, Pedro, *Sobre la subrogación de crédito* (hawala*) en Córdoba y Granada (siglos X y XIV J.C.),* «Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá», Granada, 1991, I, 481-496.

CARRASCO PÉREZ, Juan, *Acerca del préstamo judío en Tudela a fines del siglo XIV, según el registro del sello de 1383,* «Príncipe de Viana», 43, 1982, 909-948.

—, *La actividad crediticia de los judíos en Pamplona (1349-1387),* «Minorités et marginaux en France méridionale et dans la peninsule ibérique (VIIe-XVIIIe siècles)», París, 1986, 221-263.

—, *Crédito agrícola y deuda mudéjar en el reino de Navarra (1436-1441). Notas para su estudio,* «Homenaje al prof. Darío Cabanelas Rodríguez, O.F.M, con motivo de su LXX aniversario», Granada, 1987, I, 203-215.

—, *Aproximación al mercado monetario de las villas navarras del camino de Santiago: Sangüesa (1362-1364),* «Anuario de Estudios Medievales», 18, 1988, 337-347.

—, *Cambistas y banqueros en el reino de Navarra (siglos XIII-XV),* «Banchi publici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale. Amministrazione, techniche operative e ruoli economici», Génova, 1991, 943-962.

—, *El crédito judío en las villas navarras del camino de Santiago: Monreal (1357-1384),* «Sefarad» 52, 1992, 355-368,.

—, *Sinagoga y mercado. Estudios y textos sobre los judíos del reino de Navarra*, Pamplona, 1993.

CASTÁN LANASPA, Guillermo, *Créditos, deudas y pagos en el área rural castellano-leonesa (siglos XI-XIV)*, «Studia historica. Historia medieval», 1, 1983, 67-85.

CASTILLO CÁCERES, F., *Los símbolos del poder real en las monedas de Pedro I de Castilla,* «Numisma», 222-227, 1990, 505-516.

—, *Notas acerca del tesoro monetario de don Álvaro de Luna en el castillo de Escalona,* «Numisma», 235, 1994, 61-75.

—, *Aproximación a las monedas del príncipe Alfonso de Castilla (1465-1468),* «VIII Congreso de Numismática», Madrid, 1994, 501-516.

COLLANTES VIDAL, E., *Notas sobre las acuñaciones de Alfonso X,* «Acta Numismática», 6, 1976, 141-161.

CONDE Y DELGADO DE MOLINA, Rafael, *Valor intrinseco y valor de curso en la moneda medieval: conversión de doblas castellanas en florines en 1376*, «Acta Numismática», 11, 1981, 165-182

—, *Las actividades y operaciones de la banca trecentista de Pere Descaus y Andreu d'Olivella*, «Revista Española de Financiación y Contabilidad», 17, 1988, 115-169.

COURTEMANCHE, Andrée, *Les femmes juives et le crédit à Manosque au tournant du XIVe siècle,* «Provence historique», 37, 1987, 545-558.

CRUSAFONT, M. *La justification documenteire des monnaies de Charles d'Aragon, Prince de Viana*, en «Bull. Soc. Fr. Numism.», 34 (1979), 562-564.

—, *Numismática de la corona Catalano-Aragonesa (785-1516)*, Madrid, 1982.

—, *Jaume III de Mallorca veritable creador del flori català*, «Acta Numismática», 15, 1985, 203-218.

—, *Acuñaciones de la corona Catalano-Aragonesa y de los Reinos de Aragón y Navarra*, Madrid, 1992.

—, *La circulación monetaria en la Navarra medieval*, «Numisma», 42, 1992, 93-117.

—, *Ponderales monetarios de la Corona Catalano-Aragonesa*, «Gaceta Numismática», 119, 1995, 520.

— y R. COMAS I EZEQUIEL, *El florí d'or catala, emes un curt temps a Saragossa i conegut históricament com a flori d'or d'Aragó*, Barcelona, 1996.

DEL VAL VALDIVIESO, Isabel, *Un motivo de descontento popular. El problema monetario en Castilla durante el reinado de Enrique IV,* «Historia. Instituciones. Documentos», 8, 1981, 151-170.

DOMINGO FIGUEROLA, L., *Nuevo valor monetario de Enrique IV: el maravedí,* «Numisma», 165-167, 1980, 271-286.

ESPAÑA, *L., Las acuñaciones monetarias de Sancho IV según el Ordenamiento de Vitoria,* «Numisma», 240, 1997, 101-122.

FELIÚ MONFORT, G., *Las ventas con pago en moneda en el condado de Barcelona hasta el año 1010,* «Cuadernos de Historia Económica de Cataluña», 4, 1971, 9-41.

FERRO TAVARES, Maria José, *Estudos de História monetária portuguesa (1383-1483).* Lisboa, 1974.

FROCHOSO SÁNCHEZ, R., A. MEDINA GÓMEZ E I. TAWFIQ IBN HAFIZ, *Datos inéditos de las primeras monedas árabes acuñadas en Toledo después de s conquista por Alfonso VI,* «Numisma, 235, 1994, 41-45.

FURIO, Antoni, *Diners i crèdit: els jueus d'Alzira en la segona meitat del segle XIV*, «Revista d'història medieval», 4, 1993, 127-160.

GALERA PEDROSA, Andreu, *El comte de Cardona Joan Ramon Folc i i els seus creditors barcelonins al començament del segle XV*, «3 congrés d'història de Barcelona: la ciutat i el seu territori, dos mil anys d'història», Barcelona, 1993, 287-291.

GARCÍA MANSILLA, Juan Vicente, *Crédito y banca en el Mediterraneo medieval. La quiebra del cambista valenciano Francesc de Pals,* «Anueario de Estudios Medievales», 25, 1995, 127-150.

GAUTIER-DALCHÉ, Jean, *Monnaies d'Outre-Pyrénées dans le Nord-Ouest de la péninsule ibérique, XIIe-XIIIe siècle*, «Bulletin philologique et historique du Comité des travaux historiques et scientifiques», 1, 1972, 75-97.

—, *Aperçus sur la monnaie et les usages monétaires dans les Asturies, d'après la documentation de San Pelayo d'Oviedo (1043-1270),* «En la España medieval, II-III. Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó». ed. M.Á Ladero Quesada. Madrid, 1982, II, 379-393.

—, *Ia monnaie dans le domaine de San Pedro de Montes (fin IXe - fin XIIIe siècle),* «Economie et société dans les pays de la Couronne de Castille. Essays by Jean Gautier Dalché», Londres, 1982, XIV: 25-53.

—, *Apperçus sur la monnaie et les usages monétaires dans les Asturies d'apres la documentation de San Pelayo d'Oviedo (1043-1270),* «En la España Medieval. Estudios en memoria del Profesor d. Salvador de Moxó», Madrid, 1982, 379-394.

—, *À propos de l'or dans l'Historia Compostelana*, «L'Or au Moyen Age», Aix-en- Provence, 1983, 153-167.

—, *Le concept d'argent dans l'Historia Compostelana*, en Études Iberiques et Ibero-américaines, Nice, 26, 1983, 163-170.

—, *La politique monétaire d'Alphonse X,* «Cuadernos de Historia de España», 69, 1987, 77-95.

—, *Le rôle de la reconquête de Tolède dans l'histoire monétaire de la Castille (1085-1174),* «Homenaje a Torres Fontes», Murcia, 1987, 613-622.

—, *Remarques sur las premières mutations monetaires d'Alfonso X de Castille,* Ecomie et société dans les pays de la couronne de Castille», Aldershot, 1992, 147-156.

—, *Du Royaume Asturo-léonais à la monarchie castillano-léonaise: une histoire monétaire singulière (VIIIe-XIe siecle),* en «L'Argent au Moyen Age, XXVIIIe Congrés de la S.H.M.E.S.», París, 1998, 77-92.

GIL FARRÉS, Octavio, *Historia de la moneda española*, Madrid, 1976.

—, *La circulación monetaria en la península hispánica entre 711 y 1100 de J.C.*, «Quaderni Ticiniesci di numismatica e antichitate classiche», 10, 1981, 375-397.

GINEBRA I MOLINS, Rafel, *La Pretesa moneda de tern de Vic de 1244*, Vic,1996.

—, *Moneda oficial y diversitat monetaria a Catalunya a la primera meitat del segle XIII: el cas de Vic*, en «Anuario de Estudios Medievales», 26, 1996, 839-877.

GOMES MARQUES, Mario, *Currency patterns in Portugal during the second half of the thirteenth century,* «Problems of Medieval Coinage in the Iberain Area», 2, Avilés, 1986, 401-416.

HEISS, Aloïss, *Descripción general de las monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes*, Zaragoza, 1962.

HERNANDO, J., *Le problema del crèdit i la moral a Catalunya (segle XIV),* «La societat barcelonina a la Baixa Edat Mitjana», Barcelona, 1982, p. 113-136.

HINOJOSA MONTALVO, José, *El préstamo judíos en la ciudad de Valencia en la segunda mitad del siglo XIV,* «Sefarad», 45, 1985, 315-339.

IBÁÑEZ ARTICA, Miguel, *Sustitución de la denominación 'reino de Pamplona' por 'reino de Navarra' en el siglo XII. Motivaciones políticas y pruebas numismáticas,* «Numisma», 236, 1995, 139-159.

—, *Tipología de las monedas emitidas por Carlos «el Malo», rey de Navarra (1349-1387) y circulación monetaria*, «Numisma, 46, 1996, 91-121.

—, *Una dobla de 10 doblas de Pedro I de Castilla en la documentación navarra del siglo XIV*, «Boletín M.A.N», 14, 1996, 111-113.

—, *Tipología de gruesos de Carlos II de Navarra (1349-1387)*, «Gaceta Numismática», 126, 1997, 25-46.

—, *Moneda de necesidad acuñada en Navarra durante la guerra con Castilla (1429-1431)*, «Gaceta Numismática», 129, 1998, 37-52.

—, *Estudio metalográfico de monedas medievales: Reino de Pamplona-Navarra, siglos XI-XIII*, «Numisma, 48, 1998, 59-92.

—, *Monedas foráneas de época medieval y moderna en los reinos hispano- cristianos*, «X Congreso Nacional de Numismática», Albacete, 1998.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo, *Las reformas monetarias de la segunda mitad del siglo XIV en Castilla y su reflejo en la documentación. Los contratos de arrendamiento de la catedral de Toledo,* «Numisma», 150-155, 1978, 491-497.

JUSUÉ SIMONENA, Carmen, Eloísa RAMÍREZ VAQUERO, *La Moneda en Navarra*, Pamplona, 1987.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Moneda y tasa de precios en 1462. Un episodio ignorado en la política económica de Enrique IV*, «Moneda y Crédito», 129, 1974, 91-115.

—, *El banco de Valencia, los genoveses y la saca de moneda de oro castellana, 1500-1503*, «Anuario de Estudios Medievales», 17, 1987, 571-594.

—, *La política monetaria en la Corona de Castilla (1369-1497),* «En la España Medieval», 11, 1988, 79-123.

—, *Crédito y comercio de dinero en la Castilla medieval*, «Acta historica et archaeologica mediaevalia», 11-12, 1990-1991, 145-159.

LEROY, Béatrice, *Théorie monétaire et extraction minière en Navarre vers 1340,* «Revue numismatique», 14, 1972, 105-123.

LEYDA, J.M. *Novedades en las acuñaciones medievales del reino de Navarra*, «Proc. X. Inter. Congr. Numismatics», Londres, 1986, 379-381.

LÓPEZ ELUM, Pedro, *Datos sobre la usura en Navarra en los comienzos del siglo XV,* «Príncipe de Viana», 32, 1971, 257-262.

LOZANO GALÁN, Mercedes, *Algunos documentos en judeo-árabe relativos a la usura y el cambio monetario en el siglo XIV del Archivo Histórico del reino de Mallorca»,* «Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos», 34, 1985, 93-108.

LLUIS Y NAVAS, J., *La ordenación de la amonedación en la Corona de Aragón en el siglo XIV*, «Numisma», 20, 1970, 59- 199.

MARÍN DE LA SALUD, J., *La moneda navarra y su documentación (1513-1838)*, Madrid, 1975.

MARTÍNEZ CARRILLO, María de los Llanos, *La Tabla murciana. Bases agrarias de una institución de crédito medieval*, «Miscelánea medieval murciana», 8, 1981, 31-54.

MATEOS ROYO, Juan Antonio, *Sobre tasas y monedas, ferias y ususras. Municipio y mercado en Daroca bajo Juan II y Fernando el Católico (1459-1516),* «Aragón en la Edad Media», 13, 1997, 195-216.

MATEU Y LLOPIS, Felipe, *Bibliografía de la Historia Monetaria de España, con suplementos referentes a los países con ella relacionados,* Barcelona, 1971.

—, *El florí d'Aragó. La ceca de Valencia,* «Acta Numismatica», 6,·1976, 167-185.

—, *El sistema monetario del reino de Aragón. Sintesis histórica*, «La moneda aragonesa», Zaragoza, 1983, 93-134.

MCKAY, Angus, *Las alteraciones monetarias en la Castilla del siglo XV: la moneda de cuenta y la historia politica*, «La España medieval. Estudios dedicados al prof. J. González», 1980, 237-248.

—, *Money, Prices and Politics in fifteenth-century Castille,* Londres, 1981.

—, *Métaux précieux et dévaluations au XVe siecle en Castille*, «Ann. Fac. Lettres et Sciences Humaines de Nice», 46, 1983, 315-319.

—, *Las cortes de Castilla y León y la historia monetaria,* «Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media», 1, Valladolid, 1988, 375-426.

METCALF, D. M., *A hoard of billon of Fernando IV*, «American Numismatic Society Museum Notes», Nueva York, 18, 1972, 87-107.

—, *A Parcel of Coins of Alfonso VI of León (1073-1109)*, «Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area», III, Santarem, 1988, 271-305.

Monedas Hispánicas 1475-1598. Sala de exposiciones del Banco de España. V Centenario del descubrimiento de América, Madrid, 1992.

MORALES MUÑIZ, D.C. Y L. HERNÁNDEZ CANUT, *El enigma de las acuñaciones abulenses. Isabel la Católica, la princesa rebelde (1470-1473),* «Cuadernos abulenses», 19, 1993, 41-68.

MOZO MONROY, Manuel, *La moneda medieval de Castilla y León. Bibliografía general,* «Medievalismo», 8, 1998, 243-318.

ORCÁSTEGUI GROS, Carmen, *La reglamentación del impuesto del monedaje en Aragón en los siglos XIII-XIV,* «Aragón en la Edad Media», 5, 1983, 113-121.

OROL PERNAS, A., *Acuñaciones de Alfonso IX,* Madrid, 1982.

PARDOS MARTÍNEZ, Julio Antonio, *Hacienda municipal y constitucion de rentas: «censos» y deuda del concejo de Burgos, 1476-1510 ca*, «Anuario de Historia del Derecho Español», 54, 1984, 599-612.

PASSOLA, Josep M, *La moneda medieval de Vic i els origens de la banca: el primer banc public d'Europa*, «Ausa», 15, 1993, 193-198.

PELLICER I BRU, J., *Iberian systems of wheights in the Middle Ages. Their role in the monetary sphere,* «Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area», I, Santarem, 1984, 105-119.

—, *Sueldo <versus> morabetin. Los sueldos monetarios en la documentación castellano-leonesa hasta el año 1265 (Metrologia)*, «Gaceta Numismática», 103, 1991.

—, *Metrological considerations on a document concerning the parias paid by Ahmad Al-Muktadir of Saragossa to Sancho IV Garcés of Navarre*, «Problems of medieval coinage in the Iberian Area», Santarém, 1988, 191-208.

—, *El morabetí. De la fiscalidad andalusí a la feudalidad leonesa (siglos XII- XIII) (Años, 1142-1230)*, «Gaceta Numismática», 112, 1994, 33-42.

—, *El marc de l'or de Barcelona i Montpeller*, «Acta Numismática», 24, 1994, 75- 105.

PÉREZ SINDREU, P., *El valor del oro según los papeles del Mayordomazgo de la ciudad de Sevilla (1387-1431),* Numisma, 238, 1996, 147-169.

Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area, ed. M. GOMES MARQUES Y D. M. METCALF, Santarem, 1984-1988.

RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa, *Bases de la simbología monetaria,* «Signos de Identidad Histórica para Navarra», ed. Á. MARTÍN DUQUE, 1, Pamplona, 1996, 155-158.

—, *Imagen monetaria de los monarcas foráneos,* «Signos de Identidad Histórica para Navarra», ed. Á. MARTÍN DUQUE, 1, Pamplona, 1996, 343-350.

—, *La moneda, una reafirmación de la singularidad política,* «Signos de Identidad Histórica para Navarra», ed. Á. MARTÍN DUQUE, 2, Pamplona, 1996, 33-40.

—, (com.), *Exposición. Monedas medievales de Navarra,* Pamplona, 1999.

RIU RIU, Manuel, *Banking and society in late medieval and early modern Aragon*, «The Dawn of Modern Banking», New Haven, 1979, 131-167.

—, *La banca i la societat a la Corona d'Arago, a finals de l'Edat Mitjana i començaments de la Moderna*, «Acta historica et archaeologica mediaevalia», 11-12, 1990 , 187-224.

ROMA VALDÉS, A., *Las reacuñaciones en Castilla y León en el reinado de Alfonso X*, «Numisma. Homenaje a Mercedes Rueda y Juan Ignacio Sáenz-Diez», 238, 1996, 55-66.

—, *La rebelión del infante don Sancho y su incidencia en las acuñaciones del siglo XIII en León y Castilla*, «Numisma», 239, 1997, 765-790.

ROMERO MOLINA, R., *Disposiciones de Enrique IV para la recuperación monetaria de 1471-1473. Estudio y revisión documental,* «Numisma», 238, 1996, 205-228.

RUEDA, Mercedes, *For a better knowledge of the florin and its role in the economy of the catalan-aragonese crown,* «Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area», 1, Santarem, 1984, 275-282.

—, *Primeras acuñaciones de Castilla y León*, Salamanca, 1991.

RUIZ MARTÍN, Felipe, *La banca en el proceso económico-social de España durante los siglos XV, XVI y XVII,* «Fifth International Conference of Economic History. Cinquième Conférence internationale d'histoire économique. Leningrad 1970», ed. H. VAN DER WEE, V. A. VINOGRADOV y G. G. KATOVSKY, París-Nueva York, 1977, IV, 23-30.

SÁINZ VARONA, Félix Á., *La moneda de vellón de Enrique IV. La Ordenanza de 1462*, «Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Artísticos e Históricos de Burgos y de la Institución Fernán González», 199, 1982, 231-265.

SÁNCHEZ MÁRTINEZ, Manuel, *Operaciones de los Peruzzi y los Acciaiuoli en la Corona de Aragón, durante el primer tercio del siglo XIV*, «Anuario de estudios medievales», 7, 1970-1971, 285-312.

TODESCA, James J., *The monetary history of Castile-León (ca. 1100-1300) in the light of the Bourgey hoard*, «American Numismatic Society Museum Notes», 33, 1988, 129-205.

—, *Money of account and ciriculating coins in Castile-León, ca. 1084-1300*, «Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area», 3, Santarem, 1988, 271-286.

—, *Coinage and the Rebellion of Sancho of Castile,* «Mediterranean Studies», 4, 1994, 27-44.

—, *Means of exchange: islamic coinage in christian Spain, 1000-1200,* «Iberia and the mediterranean World in the Middle Ages. Studies in honour of Robert I. Burns S.J.», 1, Leiden, 1995, 232-258.

UBIETO ARTUR, M. Isabel, *Los morabetinos ayadinos, circulación y cambios en el reino de Aragón según la documentación coetánea*, «Numisma. VI Congreso Nacional de Numismática», 34, 1984, 209-225.

UTRILLA UTRILLA, Juan F., *La recaudación del monedaje de 1397 en tierras oscenses: el registro 2.401 del Archivo d ela Corona de Aragón, una copia fragmentaria,* «Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros», Zaragoza, 1999, 1565-1584.

ZULAICA PALACIOS, Fernando, *Curso del florín y relación bimetálica. Una aproximación a la política monetaria bajomedieval en Aragón,* «Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros», Zaragoza, 1999, 1.627-1.654.

7. Al-Andalus

BARCELÓ, M., *El hiato de las acuñaciones de oro en al-Andalus, 127-316/744(5)-936(7) (los datos fundamentales de un problema)* «Moneda y crédito», 132, 1975, 33.

BOFARULL I COMENGE, A., *Tresoret de fraccions de dinar dels regnes de teifes (segle XI)*, en «Acta Numismática», 20, 1990, 111-122.

The Caliphate in the West: An Islamic Political Institution in the Iberian Peninsula, Oxford, 1993.

CHALMETA, Pedro, *Précisions au sujet du monnayage hispano-arabe (dirham* qasimi *et dirham* arba'ini «Journal of the Economic and Social History of the Orient», 24, 1981, 316-321.

—, *El dirham arba'ini duhl, qurtubi, andalusi: su valor*, «Acta Numismática», 16, 1986, 118-119.

—, *Monnaie de recouvrement des impots et taux de change dans al-Andalus*, «Quaderni di Studi Arabi», 5-6, 1987-1988, 153-166

IBRAHIM, T., *Ponderales andalusíes*, «Numisma», 233, 1993, 39-68 y 234, 1994, 61-72.

KASSIS, H. E., *Observations on the Fist Three Decades of the Almoravid Dynasty (A.H., 450-480 =1058-1088): A Numismatic Study*, «Der Islam», 62, 1985, 311-325.

—, *The Coinage of Muhammad inb Sa'd (Inb Mardanish) of Mursiya: An Attempt at Iberian Islamic Autonomyn*, «Problems of Medieval coinage in the Iberian area», ed. M. GOMES MARQUES Y D. M. METCALF , 3, Santarem 1988, 209-229.

MESSIER, R.A., *The Almoravids West African Gold and the Gold Currency of the Mediterranean Basin*, «Journal of Economic and Social History of the Orient», 17, 1974, 31-47

PELLICER I BRU, J., *Al-Andalus: las fuentes y la numismática*, Barcelona, 1988.

—, *Cambio y especulación: los dirhemes de Hisan II en los documentos de la Ginza de El Cairo*, «Anaquel de Estudios Árabes», 4, 1993, 121-128.

—, *El cambio metálico plata: cobre en al-Andalus (siglos III/IX) 1 dirham tabli=60 fulus*, «Gaceta Numismática», 114, 1994, 19-36.

SÁENZ-DÍEZ, J. I., *Las acuñaciones del califato de Córdoba en el norte de África*, Madrid, 1984.

—, *Early Gold Coinages of the Reconquest: A Critical Review of the Theories about their Introduction*, «Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area», ed. M. GOMES MARQUES Y D.M. METCALF, 3, Santarem, 1988, 547-553.

TODESCA, James J., *Means of exchange: Islamic coinage in christian Spain, 1000-1200*, «Iberia and the Mediterranean World of the Middle Ages. Studies in Honor of Robert I. Burns S. J.», I, Leiden, 1995, 232-258.

WASSERSTEIN. D. J., *The Rise and Fall of the Party-Kings: Politics and Society in Islamic Spain, 1002-1086*, Priceton, 1985.

VALLVÉ BERMEJO, J., *Notas de metrología hispano-árabe III: pesos y monedas*, «Al-Qantara», 5, 1984, 147-167.

8. BIZANCIO, PAÍSES ESLAVOS

ASTHOR, Eliyahu, *Les métaux précieux et la balance des payements du Proche-Orient à la Basse Époque,* París, 1971.

BACHARACH, J.L. , *The Dinar versus the Ducat*, «International Journal of Middle East Studies», 4, 1973, 77-96.

BALARD, Michel, *Monete bizantine e monete occidentali a Bisanzio dal XIII al XV secolo,* «La cultura bizantina. Oggeti e messagio. Moenta ed economia, *Roma, 1986, 273-276.*

—, *La circulation monétaire à Pera dans la seconde moitié du XIVe siècle,* «Money and Markets in the Paleologan Era, 13th-15th centuries», Atenas (en prensa).

BARNISH, S.J.B, *The wealth of Iulianus Argentarius: late Antique banking and the mediterranean economy*, «Byzantion: Revue internationale des études byzantines», 55, 1985, 5-38, .

BEDOUKIAN, Paul Z, *The small, armed-man coins of Baldwin II*, «American Numismatic Society. Museum Notes», 32, 1987, 159-167.

BERTELE, T., *Moneta veneziana e moneta bizantina,* «Venezia e il Levante fino al secolo XV», Florencia, 1973.

BONINI, Roberto, *Comportamenti illegali del creditore e perdita dell'azione o del diritto (nelle Novelle giustiniane),* «Studia et documenta historiae et iuris», 40, 1974, 111-150.

CZAJA, Roman, *Kredyt pieniezny w Starym Miescie w Toruniu do roku 1410* [El credito pecuniario en la vieja ciudad en Turon hasta 1410], «Roczniki Dziejow Spolecznych i Gospodarczych», 49, 1988, 5-19.

CHROSHKEVIC, A.L, *Il credito nel commercio russo e russo-anseatico nel XIV-XV secolo,* «Studi in memoria di Federigo Melis», Nápoles 1979, II, 529-548.

DIMITROVA-CUDILOVA, S, *Les monnaies bulgares fausses du XIVe siècle,* «Proceedings of the International Numismatic Symposium», ed. I. GEDAAI y K. BIRO-SEY, Budapest, 1980, 115-127.

EDBURY, Peter W, *A note on the repayment of loans in mid-thirteenth-century Acre,* «Coinage in the Latin East», ed. P.W. EDBURY and D.M. METCALF, Oxford, 1980, 123-125.

GRIERSON, Philip, *Byzantine coins,* Londres, 1982.

HENDY, Michael F. *Studies in the Byzantine Monetary Economy c. 300-1450,* Cambridge, 1985.

ILIESCU, Octavian, *La monnaie venitienne dans les pays roumains de 1202 à 1500,* «Revue des études sud-est européennes», 15, 1977, 355-361.

—, *La monnaie génoise dans les pays roumains aux XIIIe-XVe siècles,* «Colocviul Rômano-italian. Genovezii la Marea Neagra în secolele XIII-XIV», Bucarest, 1977, 160-165.

JOUANNIQUE, Pierre, *À propos de Digeste 35. 1. 82: survivance antique dans la comptabilité moderne,* «Revue historique de droit franáais et étranger», 4, 1986, 533-548.

KHOROSHKEVICH, Anna Leonidovna, *Kredit v Russkoi vnutrennei i Russko-Ganzeiskoi targovle XIV-XV vekov,* [El crédito en el comercio interior y hanseático ruso en los siglos XIV-XV], «Istoriya SSSR», 2, 1977, 125-140.

KREKIC, Barisa, *Italian creditors in Dubrovnik (Ragusa) and the Balkan trade, thirteenth through fifteenth centuries,* «Dubrovnik, Italy and the Balkans in the Late Middle Ages», Londres, 1980, 241-254.

LISTER, Roger, *Business finance and the vitality of the orthodox model: the Talmudic case,* «Collected Papers of the Fifth World Congress of Accounting Historians», ed. A.T. CRASWELL, Sydney 1988.

LUNARDI, G., *Le monete dei Crociati,* «Memorie dell'Accademia italiana di Studi Filatelici e Numismatici», 2, fRoma 1985.

MAZARAKIS, A., *Chio. Revisioni monetarie,* Oriente e Occidente tra Medeioevo ed Età moderna», ed. L. Balleto, *Génova, 1997, 812-901*

METCALF, D.M., *The Gros grand and the Gros petit of Henry II of Cyprus,* «Numismatic Chronicle», 142, 83-100 y 143, 177-201.

—, *A Decline in the Stock of Currency in Fourteenth-Century Cyprus?,* , *Crusade and Settlement,* ed. P.W. EDBURY, Cardiff 1985, 264-267.

— y A.G. PITSILLIDES; *Studies of the Lusignan Coinage,* «Epetèris tou Kentrou Epistèmonikôn Erevnôn», 19, 1992, p. 1-104;

Money and Markets in the Paleologan Era, 13th-15th centuries, Atenas (en prensa).

MORRISSON, Cécile, *La dévaluation de la monnaie byzantine au XIe siècle: essai d'interprétation,* «Travaux et Mémoires du Centre de Recherche d'Histoire et Civilisation de Byzance», 6, 1976, 3-48.

—, *La monnaie d'or byzantine du XIe au XIVe siècle,* «Annuaire de l'Ecole pratique des hautes-études - IVe Section», 108, 1975, 449-454 y 109, 1976, 397-405.

—, *La monnaie d'or byzantine de 1258 au milieu du XIVe siècle*, «Annuaire de l'Ecole pratique des hautes-études - IVe Section», 111, 1978-1979, 412-419.

—, *Monnaies en plomb Byzantines de la fin du VIe et du debut du VIIe siècle*, «Rivista italiana di numismatica e scienze affini», 83, 1981, 119-132.

—, *Monnaies byzantines*, «Bulletin de la Commission départementale d'histoire et d'archéologie du Pas-de-Calais», 1983, 55-82.

—, *Alterazioni e svalutazioni,* «La cultura bizantina. Oggeti e messagio. Moneta ed economia», Roma, 1986.

—, *La Monnaie et Finances a Byzance. Analyses, Techniques*, Hamsihire, 1994.

—, J.-N. Barrandon y J. Poirier, *Nouvelles recherches sur l'histoire monétaire byzantine: evolution comparée de la monnaie d'or à Constantinople et dans les provinces d'Afrique et de Sicile*, «Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik», 33, 1983, 267-286.

— y M. Bompaire, *Le monnayage du royaume médiéval de Chypre (1195-1489)*, «Historia tis Kyprou», ed. Th. Papadopoullos, , 5/2, Nicosia 1996, p. 1455-1484.

Nohejlova-Pratova, E. (ed.), *Les commencements de la grosse monnaie et de la monnaie d'or en Europe Centrale (1250-1350),* Praga, 1971.

Otten-Froux, C. y D. M. Metcalf, *Evidence concerning the activity of a mint at Famagusta in 1456-1457*, «Epetèrida», 25, 1999, 41-42.

Sabine, C.J, *Numismatic iconography of the Tower of David and the Holy Sepulchre: an emergency coinage struck during the siege of Jerusalem, 1187*, «Numismatic Chronicle»,19, 1979, 122-132.

Samsonowicz, Henryk, *Poczatki banków prywatnych w Polsce* [El nacimiento de los bancos privados en Polonia], «Slaski Kwartalnik Historyczny Sobotka», 36, 1981, 127-138.

—, *New financial institutions in Gdansk in the fifteenth century*, «Entrepreneurship and the Transformation of the Economy (10th-20th Centuries): Essays in honour of Herman Van der Wee». ed. P. Klep y E. van Cauwenberghe, Lovaina 1994, 229-233.

Semenchenko, G.B, *Kreditory udelnykh knyazei Moskovskogo doma v kontse XV - nachale XVI veka*, «Voprosy istorii», 11, 1982, 84-94.

Suchodolski, Stanislaw, *Boleslaw Chrobry a-t-il émis des monnaies à Kiev?,* «Actes du 9ème Congrès international de numismatique», Lovaina, 1982, 805-810.

Talvio, Tuukka, *Imitations de la monnaie byzantine en Finlande*, «Revue numismatique»; 34, 1994; 146-154.

The dawn of modern banking, Los Ángeles, 1979.

Thierry, François, Cécile Morrisson, *Sur les monnaies byzantines trouvées en Chine*, «Revue numismatique»,36, 1994, 109-146.

Tosic, D, *Tripe Buca, dubrovacki trgovac i protovestijar bosanskog kralja Tvrtka I Kotromanic*, [Tripe Buca, un mercader de Dubrovnik y ministro de finanzas del rey bosnio Tvrtko I Kotromanic], «Godisnjak Drusstva istoricara Bosne i Hercegovine», 20, 1972-1973, 25-29.

Urbanski, Marek, *Niektóre problemy ruchu kredytowego w ziemi sanockiej w XV w*, [La circulación del crédito en la provincia de Sanok en el siglo XV], «Przeglad Historyczny», 70, 1979, 627-651.

Zabinski, Zbigniew, *Sila nabywcza pieniadza na Balkanach w sredniowieczu,* [El poder de compra de la moneda en los Balcanes en la Edad media], «Slavia Antiqua», 31, 1988, 227-232.